





LA TORRE INVISIBLE



RAMÓN DE LA SERNA Y ESPINA, AÑOS VEINTE

RAMÓN DE LA SERNA Y ESPINA

LA TORRE INVISIBLE

ANTOLOGÍA ESENCIAL

Selección y prólogo de
Daniela Agrillo

COLECCIÓN OBRA FUNDAMENTAL

 **Santander**
Fundación

COLECCIÓN OBRA FUNDAMENTAL

Responsable literario: Francisco Javier Expósito Lorenzo

Diseño de la colección: Gonzalo Armero

Cuidado de la edición: Antonia Castaño

Impresión: Gráficas Jomagar, S. L., Móstoles (Madrid)

© De esta edición: Fundación Banco Santander, 2020

© Del prólogo: Daniela Agrillo, 2020

© Herederos de Ramón de la Serna y Espina, 2020

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 534-bis del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-17264-09-3

Depósito Legal: M-14697-2020

ÍNDICE

Un gigante mutilado. Vida y obra de Ramón de la Serna y Espina (1894-1969),
por Daniela Agrillo [IX]

UNA NOVELA: *CHAO* [1]

UN DRAMA: *BOVES* [161]

UN CUENTO: *PUENTE ROJO* [331]

ALGUNOS ARTÍCULOS [437]

Sagitario [441]

La torre invisible [445]

Cautivo de la esperanza [449]

Coloquio nocturno [461]

El valor práctico de la poesía [465]

Descrédito de lo sublime [469]

García Lorca y Neruda [473]

En torno al suicidio [479]

Elogio de lo convencional [485]

El concepto de superioridad y su contrario [489]

El profeta y su tierra [493]

La mano airada [497]

Metamorfosis del norteamericano [501]

Temor del pasado [505]

NOTAS Y UN POEMA PARA EVA [509]



DANIELA AGRILLO

UN GIGANTE MUTILADO
VIDA Y OBRA DE RAMÓN DE LA SERNA Y ESPINA
(1894-1969)

HAY ESCRITORES QUE NUNCA se han atrevido a luchar contra los cánones impuestos por la época en la que les tocó vivir; autores que han sucumbido, que han seguido viviendo con la ansiedad de decir, de expresarse, de ser reconocidos, de ser escuchados, pero han fracasado en este intento. Hablamos de escritores que han sobrevivido a tragedias humanas indecibles y han salido de estas envilecidos, enflaquecidos, con un sufrimiento enorme por dentro. A pesar de todo, han seguido escribiendo, porque esta era la única manera de salvarse del abismo. La escritura se ha convertido para ellos en el alivio de sus penas, en instrumento a través del cual reconocerse, construir su propia identidad, reafirmarse.

Hay muchos, muchísimos. Autores olvidados o ignorados porque no quisieron insertarse en el contexto histórico y literario en el que, a su pesar, vivieron; porque no se sometieron a los dictámenes que querían imponerles. Algunos de ellos, antes o después, tienen la fortuna de ser rescatados del olvido, de ser abordados por estudiosos o curiosos que, gracias a estas vidas y obras desamparadas, descubren mundos recónditos y sensibilidades desbordantes. Esta es la fortuna que he tenido con Ramón.

Ramón de la Serna y Espina nació en Valparaíso, Chile, el 13 de noviembre de 1894. Era el primer hijo de la conocida escritora Concha Espina y Tagle, que se encontraba entonces en aquel país para liquidar un testamento familiar tras la muerte de José María de la Serna y Haces, padre de su marido, Ramón de la Serna y Cueto, a quien Concha Espina había conocido algunos meses antes de casarse

en la localidad cántabra de Mazcuerras durante las vacaciones que la familia solía pasar allí. (Un paréntesis para recordar que Mazcuerras acabaría adoptando la denominación cooficial de Luzmela —topónimo que usamos en adelante— en honor a la novela *La niña de Luzmela*, que la escritora ambientó en un lugar inspirado en esta localidad.)

Los años en Chile fueron muy difíciles para Concha Espina. Su marido —que, en palabras de sus hijos, era un hombre orgulloso, poco activo y emprendedor, encerrado en sí mismo y falto de sentido realista— gastó la fortuna heredada, lo que provocó el desánimo de la futura escritora. Empezó así Concha Espina a trabajar en el periódico *El Porteño*, a cuyo director había conocido casualmente. No obstante, no consiguió aclimatarse y su deseo era regresar a España. Ante el temperamento indolente y perezoso de su marido, ella se veía obligada a enfrentarse a muchas situaciones incómodas sola. El empeoramiento de la relación matrimonial condujo, así, a una situación insostenible que le hacía necesitar la ayuda y el calor de su familia, por lo que, cuando Ramón tenía solo cuatro años y su hermano Víctor dos, decidió regresar a Luzmela.

Instalada allí la familia, Concha Espina percibía que la realidad de aquella pequeña ciudad no brindaba muchas posibilidades a sus hijos, sobre todo a Ramón, que expresaba ya el deseo de estudiar idiomas, conocer otras culturas, abrirse al mundo. Luzmela era un lugar apartado donde resultaba difícil hallar demasiados estímulos. En la biografía que consagró a su madre, Josefina de la Maza, hermana de Ramón, lo describía como un lugar entre nubes y montes, maravilloso pero solitario; Concha Espina creía que allí sus vástagos solo verían pastores, y a ella le habría gustado proporcionarles la opción de estudiar y formarse para el futuro, ofrecerles la oportunidad de desarrollar las grandes capacidades que apreciaba en ambos —de los que estaría siempre muy orgullosa—. Los hermanos crecían y daban muestra de una poderosa inteligencia.

Ramón y Víctor han demostrado ser, mundo adelante, vida adelante, hombres extraordinarios. Era Víctor el reflexivo y tierno por excelencia. Y Ramón el exaltado,

gracioso y muy gentil. No consintió mi madre que ninguno de los dos fuesen «niños prodigios», aunque eran de verdad prodigiosos niños. Ramón aprendía un inglés selecto: «En cuanto al francés —decía el hermano José a mi madre—, no hace falta que lo aprenda; lo sabe porque sí, yo no comprendo de qué manera...».

Le brillaban las pupilas verdes a Ramón, con una luz ambiciosa de otros horizontes. Temía mi madre: aquel niño le inquietaba; una imaginación poderosa gobernada por un gran talento: apasionado, vehemente, todo se podía esperar de Ramón.¹

Cuenta Josefina que, encontrándose Ramón en la casa de su abuelo en el pueblo asturiano de Ujo, con tan solo ocho años, le hizo pasar más de un buen susto a la familia. Un día escapó, no le encontraban por ningún sitio. La familia, horrorizada y viendo que allí existían dos grandes peligros para un niño, el río y el tren, pidió la ayuda de todo el pueblo; el cura tocó a rebato; se juntó una brigada de obreros que salieron a buscarle; la Guardia Civil inspeccionó los montes. Por fin, los mineros llegaron con él. «Regresaba Ramón muy serio, con la cabeza erguida y los ojos flameantes»; Ramón —afirma Josefina—, que en su vida solo hizo caso a las palabras del abuelo Víctor, afirmó con orgullo que había desobedecido y se había escapado por un «motivo divino»; pensaba, de ahí en adelante, hacer «vida santa» de ermitaño².

Ya iba delineándose su carácter: no aceptaba imposiciones, era un niño inteligente, perspicaz y, sobre todo, independiente; características que le acompañarían siempre y que se convertirían en determinación e incluso en cierta testarudez.

Cinco años después, la familia se trasladó a Cabezón de la Sal, a casa de los abuelos paternos, pero Ramón permaneció muy poco allí. Con el objetivo de aprender inglés, pidió y obtuvo el permiso para viajar a Inglaterra con un matrimonio andaluz amigo de familia. Sabemos —guiados de nuevo por las palabras de Josefina de la Maza en la biografía dedicada a su madre— que el niño insistió mucho, que luchó

¹ Josefina de la Maza, *Vida de mi madre*, Concha Espina, Madrid, Editorial Magisterio Español, 1969, p. 62.

² *Ibíd.*, p. 63.

firmemente por obtener el consentimiento materno. Temerosa, pues era un chico de tan solo trece años, su madre se negó inicialmente, pero al final cedió, brindándole la posibilidad que marcaría de manera decisiva la vida del futuro literato. Su natural predisposición para aprender idiomas fácil y rápidamente le llevaría a ser uno de los traductores más importantes y preparados del momento.

«Déjame, déjame marchar a Londres, mamá; esos amigos tuyos son muy simpáticos, y ya son amigos míos desde aquel día que vinieron a verte; con ellos estaré muy bien, ya verás. Quiero irme a Londres, mamá.» Ramón tenía trece años. Adoraba mi madre a sus hijos y le espantaba separarse de ellos; pero soñaba, por otra parte, que salieran del círculo agobiador de las montañas. [...]. Y Ramón, con mil recomendaciones maternas, una medalla de la Virgen al cuello y muchos besos, se embarcó para Londres, con un matrimonio andaluz muy amigo de Concha Espina. Tardaría diez años en volver a España.³

Ramón partió así para Inglaterra iniciando una etapa en la que pasó asimismo una temporada en México con su padre —del que Concha Espina, mientras tanto, había obtenido el divorcio— y también en Cuba. A pesar de que, lamentablemente, no tenemos apenas noticias de este período, sí podemos afirmar que, ya en esta primera fase de su vida, se va perfilando en Ramón esa personalidad fuerte, firme, decidida, no dispuesta a someterse a compromisos externos. Durante este período, el escritor dio muy pocas noticias a su familia, no envió cartas, cortó las comunicaciones. De hecho, Josefina de la Maza cuenta, en la biografía ya mencionada, que la ausencia de aquel hijo era la obsesión de su madre. Muy conmovedor es el relato que hace la querida hermana del momento en que Ramón regresa, diez años después, a casa; volvió a Madrid, donde se había trasladado la familia por motivos de trabajo de Concha Espina, una de las primeras mujeres que consiguió sola, sin marido, dar sustento a sus hijos con su propia escritura.

³ Ibid.

De pronto un día sonó el timbre de la puerta a hora desacostumbrada en un hogar tan ordenado como el nuestro. Y a la puerta, con una límpida sonrisa de sus dientes deslumbrados, y con una maleta posada a su lado, estaba un muchacho muy joven. Cuando Julia abrió, aquel joven señor se quitó el sombrero con respetuosa violencia, y casi no podía hablar:

—¿No me conoces?

En lugar de responder, Julia le fue mirando despacio, y de repente echó a correr hacia las habitaciones de mi madre; apenas podía decir:

—¡Es Ramón..., es Ramoncito!

Apenas lo pudo decir, porque ya el hijo estaba abrazando a su madre, besándole las manos y la cara con enorme emoción. Todos sus hermanos le rodeábamos y le mirábamos con un poco de asombro.

Concha Espina, con aquella serenidad augusta, solo decía:

—Te esperaba siempre... Vendrás cansado; ¿dónde está tu equipaje?

Los ojos verdes nos abarcaban en una ancha, fluida mirada, húmedos y alegres. Con donaire, Ramón respondía:

—No creas, mamá, que traigo solo esta maleta... Soy el hijo pródigo que viene con un baúl tremendo. Ahora lo subirán. Deja que te mire... ¡qué guapa estás, madre! Y vosotros...

Nos fue mirando con detenimiento y hacía un comentario, entre emocionado y gracioso, de cada uno. Para Víctor fue el abrazo de los dos hermanos mayores; dos hombres muy jóvenes y muy audaces.

El baúl de Ramón estaba lleno de libros, naturalmente. Libros espléndidos que yo no entendía. Él me regaló aquellos que estaban a mi alcance.⁴

Concha Espina se tranquilizó: tenía a su lado a los dos hijos mayores, sus confidentes, sus puntos de referencia. Los dos se querían mucho, pero no salían juntos, no tenían los mismos amigos. Se querían, sí, pero eran muy diferentes. «La sobremesa se

⁴ Ibid., p. 93.

hace muy larga y lo que sale es la voluntad de la madre de enderezar la conversación, Ramón y Víctor quieren y deben seguir su voluntad», escribe Josefina en su libro.

Ramón permaneció en Madrid muy poco tiempo. Acompañó a su madre a Huelva y Riotinto, cuando ella empezó a pensar en una novela sobre las condiciones de vida de los mineros en aquellas explotaciones; pasarían juntos una temporada allí y Concha Espina, con la ayuda de su hijo, escribiría la novela *El metal de los muertos*, éxito literario de los años veinte.

El estudioso francés Gérard Lavergne afirmó que, en una entrevista a Eva Cargher, esposa de Ramón, esta insistió en la presencia de su marido junto a Concha Espina redactando *El metal de los muertos*. Además, le enseñó a Lavergne la siguiente dedicatoria de la escritora a su hijo: «A mi queridísimo compañero y colaborador nervense, Ramoncito, con el mayor abrazo». Lavergne continúa diciendo: «La obra en que estaba se estropeó y la dedicatoria fue recortada y pegada en un ejemplar de *El metal de los muertos*»⁵.

Al regreso, Ramón se matriculó en la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Central, pero era un ambiente en el que no se encontraba muy cómodo. No aguantaba las reglas impuestas; mal soportaba la sociedad machista, las jerarquías, las formalidades y la rigidez, que no formaban parte de su *forma mentis*. En el invierno de 1919, el escritor empezó a quejarse; quería ir a Berlín:

Madre, quiero irme a Berlín. En Alemania tengo que aprender muchas cosas. ¿Me voy? Hablo el alemán estupendamente. Quiero estudiar allí mucho. ¿Te parece a ti bien? Me voy, ¿quieres?⁶

Además, un incidente le dificultaba continuar en la facultad: había increpado a Cejador, el profesor de latín. Estudiaban entonces muy pocas chicas, y el docente se complacía en ponerlas en un brete. Así que un día, para defender a una compañera de curso, Ramón levantó la voz y abandonó el aula hecho una furia:

⁵ Gérard Lavergne, *Vida y obra de Concha Espina*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1986, p. 87.

⁶ *Ibíd.*, p. 122.

Ramón salió como una centella y dio un portazo de miedo en la puerta del aula. Después se quedó en la calle, en la acera de la Facultad, de repente tranquilo, esperando a sus compañeros. Le rodearon en triunfo.⁷

Dadas las circunstancias, decidió abandonar Madrid para proseguir sus estudios en Alemania, país que amaría siempre. Daba comienzo así un período muy importante en su vida, a lo largo del cual recorrería media Europa. Ramón representa el espíritu de la Generación del 14: hombre culto, abierto, cosmopolita.

Alemania es un país que ama, una nación en la que se siente cómodo. Cortó, como solía hacer, las comunicaciones con su familia; era como si solo soltando el hilo que le conectaba a ellos —y a pesar del amor que sentía— tuviera la capacidad de emerger. Otra vez empezó la que Josefina define como la eterna canción de su madre: «No sé nada de Ramón». Atormentada, preocupada, Concha Espina, mujer cuyo ánimo jamás flaqueaba, decidió ir a visitar a su hijo. Dispuso los pasaportes y con Luis, el hermano menor, y Josefina, viajó a Alemania.

En Berlín, Ramón se estableció en Charlottenburg y allí empezó a frecuentar un estimulante ambiente bohemio; entró en contacto con Paul Klee y Vasili Kandinski, con quienes acudía al teatro o a visitar exposiciones.

Empezó asimismo a trabajar como corresponsal extranjero para el periódico español *La Libertad*, publicando sus artículos bajo el epígrafe «Desde Berlín» y firmándolos como Ramón de Luzmela. Los artículos de esta primera etapa comienzan a desvelar el hondo espíritu crítico del escritor, su capacidad de captar hasta los pequeños detalles de la realidad circundante, que descomponía en minúsculos pedazos para después analizarlos con lupa, y finalmente, reunirlos otra vez, ofreciendo una imagen totalmente nueva y sorprendente.

En Berlín transcurrió una temporada feliz con su madre, que estaba, no obstante, preocupada porque su hijo se lamentaba de fuertes dolores de cabeza. Lo llevó entonces —según afirma Concha de la Serna, hija del hermano menor de Ramón, Luis— al

⁷ *Ibíd.*, p. 124.

célebre doctor Freud, que se encontraba en aquel momento en Hamburgo y que, tras la visita de Ramón, concluyó: «Nada que hacer: un temperamento tremendo»:

—¿Es usted español?

—Sí, doctor.

—¡Si yo pudiese hipnotizarle a usted..., dormirle!

—A sus órdenes, doctor.

Aquel hombre de ciencia, famosísimo en el mundo, que no contaba fracasos en sus consultas, fracasó con Ramón de la Serna y Espina.⁸

Este primer contacto con la hipnosis y el psicoanálisis dejó una honda impresión en Ramón, hasta el punto de que marcaría su vida. Pidió la opinión de su madre, pero Concha Espina, una mujer pragmática, además de muy religiosa, entendía esta práctica como una suerte de hechicería. Ramón no insistió, pero, desde entonces, la hipnosis se convirtió en uno de sus mayores intereses, al que dedicaría no pocos artículos.

Concha Espina y sus hijos Luis y Josefina regresaron a España. Ramón se casó mientras tanto con Eva Cargher, una mujer rumana de origen judío. Celebraron su boda en Charlottenburg y del matrimonio nació una hija que vivió muy poco, pues a temprana edad murió de tuberculosis en París. No tenemos datos sobre la niña; en el archivo no se encuentran sus documentos, ni fotos, ni una huella. Es como si no hubiera existido; como si los padres, golpeados por tamaño dolor, hubieran querido borrar hasta los pocos recuerdos que les quedaban. Para un maniático como Ramón, que guardaba todo, hasta las notitas más insignificantes, la ausencia de cualquier cosa que hable de su hija es un silencio de gran elocuencia; habla de un enorme dolor, tan hondo que no se podía nombrar y que le impulsó a volver a España y refugiarse en el seno de su familia en Madrid. Llegados a la capital, el matrimonio se alojó en el piso familiar de la calle Goya.

⁸ *Ibíd.*, p. 128.

En este período, Ramón fue contratado para la traducción de un importante libro que marcaría para siempre su reputación: *Lope de Vega y su tiempo*, de Karl Vossler, obra que sería publicada en 1933 bajo el sello de Revista de Occidente.

Asimismo, emprendió un proyecto para la redacción de las biografías de varios personajes. La primera de esta serie, que llevaría, de hecho, a término, sería la de Antonio Ruiz, primer boxeador de origen español que llegó a ser campeón de Europa en la categoría peso pluma. Ramón consiguió publicar la novela, que se tituló *Antonio Ruiz. La vida extraordinaria del campeón de Europa*, en la Editorial Rivalendeyra en 1927. El siguiente título de la serie habría sido *Anita Delgado, princesa de Oriente*; el tercero, *El duque de Montemar, Grande de España*, y el último, *Antonio Vargas, domador de leones*, pero Ramón abandonó el proyecto.

La novela dedicada a Antonio Ruiz tuvo muy buena acogida. Elogiosas fueron las palabras del propio Vossler, a quien Ramón había enviado el libro; entre los dos había nacido una profunda amistad basada en la recíproca admiración. Vossler escribe a Ramón:

He leído *Antonio Ruiz* con gran placer y admiración. Ha sabido fundir muy felizmente la antigua tradición española con el espíritu moderno. Y en todo se advierte, no solo hasta qué punto considera las fuerzas naturales y físicas como algo espiritual, sino también cómo, por percepción inmediata, usted mismo lo siente así. De modo que la vida aparentemente miserable del héroe cobra una profundidad y una nobleza no impuestas desde fuera, sino que viven en su intimidad.⁹

De hecho, *Antonio Ruiz* es una obra que mira atrás, hacia la literatura española clásica, y mira hacia delante, a la literatura de vanguardia. Se puede definir como una novela picaresca de su tiempo. A Ramón le interesa contar la historia previa de Antonio Ruiz, no sus triunfos; de hecho, la narración termina cuando el boxeador logra sus primeras victorias. El escritor cuenta la trayectoria marcada por

⁹ Carta fechada el 20 de enero de 1928, encontrada en el archivo de Ramón de la Serna y Espina.

padecimientos, sacrificios y privaciones que han llevado al pequeño Antonio al éxito. El protagonista es todavía un niño cuando empieza a trabajar, pues su familia no puede ocuparse de él. En su periplo le acompaña el Venegas, un compañero suyo que, como un moderno Sancho, le sigue en sus desventuras sin motivo alguno, solo porque le quiere. Es un moderno Lazarillo que al final consigue el objetivo que se había marcado desde el principio: mejorar su condición económica y social. Sin duda, este es el elemento que vincula la novela a la literatura española clásica; sin embargo, el deporte nos permite encontrar en la obra huellas de la literatura de vanguardia. Además, el boxeo era uno de los deportes más importantes del momento: se trataba de la actividad del «rescate» para quien pertenecía a las clases sociales más bajas; solo gracias a la fuerza física, sin otros instrumentos, el boxeador consigue su victoria; puede ascender así en la escala social, dibujando la misma trayectoria ascendente del puñetazo.

Una buena reseña de esta novela apareció firmada por el periodista José María Salaverría en *ABC*:

Sobre mi mesa se han unido ahora, en un extraño consorcio, tres volúmenes dispares: *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski, el cuarto tomo de *La decadencia de Occidente* de Spengler y una novelita que se titula *Antonio Ruiz. La vida extraordinaria del campeón de Europa*. Hay algo más en *Antonio Ruiz*: algo más que el elogio del boxeador, y lo que le diferencia de las habituales obras deportistas, lo esencial en el libro de De la Serna (evítese la confusión con Ramón Gómez) estriba en el realce que se da al hombre, y en cómo lo importante no es el púgil o el héroe de anfiteatro, sino el «arribista», el hombre de aventura y lucha, el ejemplar humano típico que, en el moderno exisistismo [existencialismo], sensualismo, violencia, dinero a toda costa, se abre dramáticamente camino desde el bajo fondo de la miseria hasta el renombre y el bienestar. Tal es la historia de Antonio Ruiz que Ramón nos relata con estilo fuerte y pintoresco, ágil y consumado.¹⁰

¹⁰ José María Salaverría, «Los héroes novelescos», *ABC*, 17 de marzo 1927.

Sin embargo, después del auge, la obra cayó en el olvido, y en una nota que encontramos en el archivo de Ramón, leemos:

Este primer libro tuvo la suerte de su héroe. Después de un triunfo internacional y rápido y brillante, se hunde en la oscuridad con la misma rapidez. Cuánta cosa hay detrás de él. Ruiz quitándose los guantes con lágrimas. Yo pugnando en la sombra.¹¹

Muy probablemente, después de escribir *Antonio Ruiz*, Ramón colaboró con su madre en la redacción de algunos cuentos que fueron incluidos por la escritora en la antología *Copa de horizontes*. La decepción del escritor al no ser tomado en consideración cuando se publicaron dichos cuentos en 1930 bajo la autoría de su madre empezó a abrir una brecha entre los dos. Una brecha que fue haciéndose más profunda año tras año, pero que pugnaba con el amor que el hijo profesaba a su madre, por lo que renunciar a la relación con ella le fue muy difícil.

A comienzos de los años treinta, Ramón inició su colaboración con la *Revista de Occidente*; era muy estimado por José Ortega y Gasset, que recurría a él para traducciones difíciles del alemán al español. El gran filósofo español siempre se lo agradeció al literato y, en más de una ocasión, le envió cartas y postales comentando su traducción impecable y su amplio conocimiento de la lengua y de la cultura alemana. Entre ellas, destaca, sobre todo, la valoración que hace de dos de sus trabajos: las traducciones de *Tipos psicológicos*, de Carl Gustav Jung, y la del mencionado *Lope de Vega y su tiempo*, de Vossler. Respecto a este último, leemos en una de las cartas:

Madrid 13 marzo 1934

Sr. D. Ramón de la Serna

Mi querido amigo:

No había podido hasta estos días leer el libro de Vossler pero una vez que he podido tener el solaz, en algunos rincones del día, de entrar en su lectura no quiero que pase

¹¹ Nota encontrada en el archivo de Ramón de la Serna y Espina.

[XX] RAMÓN DE LA SERNA Y ESPINA: UN GIGANTE MUTILADO

uno más sin comunicarle mi entusiasmo por la maravillosa traducción que ha hecho usted. Creo que es la mejor traducción de un libro alemán hecha en los últimos veinte años. [...]. Me considero pues obligado a enviarle mi más entusiasta aplauso y mi gratitud como español. [...].

Con un saludo afectuoso de su amigo

José Ortega y Gasset.¹²

La segunda novela que publicó Ramón fue *Chao*, en la editorial Araluce de Barcelona. Con gran confianza depositada en esta obra, emprendió una larga correspondencia con el sacerdote Félix García, que colaboraba con la revista *Cultura y Religión*, fundada en 1928 por los padres Agustinos. El «Padre Félix», como cariñosamente firmaba las numerosas cartas enviadas a Ramón, hacía de intermediario con la editorial; el sacerdote había conseguido publicar con Araluce varios trabajos y además, como puede constatarse a través de las cartas, contó con la ayuda de Ramón para traducir algunos textos del alemán al español. De este modo, aprovechando las buenas relaciones del padre con la editorial catalana, Ramón consiguió tras algunos meses publicar la novela. Fue un proyecto que le ocupó bastante tiempo; de hecho, tal como refleja la correspondencia, el escritor ya se había puesto manos a la obra en 1931. En 1932 se intensifica considerablemente el intercambio epistolar entre ambos, pues Ramón tenía urgencia en publicar su escrito, al esperar que aquello fuese su rescate literario. El padre Félix le escribió: «¡A ver si para Navidad levantamos una copa de champán por *Chao*, conquistador». Y pasados algunos meses le informa del paso dado:

Querido Ramón: ayer recibí carta de Araluce, en la que me decía que había recibido *Chao* y lo estaba leyendo con verdadero interés. Me decía también que daría las 1000 pesetas para la traducción de Jaspers. [...]. Ahora espero impaciente la

¹² Carta encontrada en el archivo de Ramón de la Serna y Espina.

contestación respecto de *Chao*. Ya sabéis el interés que tengo en verle por esos mundos cuanto antes [...].¹³

La correspondencia entre ambos se extendió largamente durante la redacción de *Chao*, que finalmente fue impresa en marzo de 1933. La novela fue erróneamente atribuida a Ramón Gómez de la Serna, quien le envió una postal a su tocayo para felicitarle.

Fueron años muy tormentosos. Ramón era una persona inteligente, curiosa. Manejaba perfectamente siete idiomas: español —su lengua materna—, alemán, inglés, francés, hebreo, ruso y árabe. Leía muchísimo; la literatura y la filosofía eran su fuente de inspiración. Sin embargo, no consiguió cultivar relaciones, no logró insertarse en el ambiente al que, por sus aptitudes intelectuales y creativas, habría podido tener fácil acceso. Su madre organizaba en su domicilio de la calle Goya «Los miércoles de Concha Espina», tertulias a las que acudían los intelectuales más señalados del momento, entre ellos Federico García Lorca. Luis Araujo-Costa, uno de los asistentes más asiduos, hablaba de esta convocatoria como uno de los últimos salones de Madrid: «algo muy especial, que no era “salón literario” ni “salón social”, sino todo junto o quién sabe si ninguna de las dos cosas»¹⁴. Ramón nunca participó en estas reuniones; su vida seguía un curso propio, una trayectoria casi paralela que compartía muy poco con su familia; recluso en su habitación, no quería ver a nadie. Era una persona muy aislada, callada, pero con una alta consideración de sí mismo y de su valor; era consciente de que merecería más. Pensaba, de hecho, que el éxito que seguía teniendo Concha Espina era inmerecido, al igual que ocurría con el de su hermano Víctor.

Gérard Lavergne, que tuvo la fortuna de conversar con Luis de la Serna, el hermano menor del escritor, así como con Gerardo Diego, afirma que Ramón era muy apreciado tanto por los intelectuales españoles como por los alemanes, dada su enorme cultura; y sigue escribiendo:

¹³ Cartas encontradas en el archivo de Ramón de la Serna y Espina.

¹⁴ Gérard Lavergne, *op. cit.*, p. 62.

Sin embargo, no llegaba nunca a terminar sus trabajos, ni a publicarlos, ni a darse a conocer al gran público, porque llevaba al extremo su deseo de perfeccionar todo lo que emprendía. Esto hace que tal vez no sea imposible que entre madre e hijo naciera una cierta envidia de autores. [...]. Gerardo Diego nos dijo que, en una entrevista que concedió Ramón, este se pasó todo el tiempo criticándoles. Sus familiares explicaban esta actitud diciendo que estaba ligeramente desequilibrado.¹⁵

Cuando estalló la Guerra Civil, la familia se refugió en Luzmela. Ramón, en cambio, prefirió quedarse en Madrid, con su mujer y su perro, sumergido en sus libros, en sus estudios, casi ajeno a la tragedia que se estaba desatando a su alrededor. Esta decisión preocupó mucho a su madre, que no quería que su hijo permaneciese en la capital, pero él no cedió, se quedó en la calle Goya durante toda la guerra. Su madre solo consiguió ponerse en contacto con él a través de la Cruz Roja; en el libro de Lavergne sobre Concha Espina leemos:

Comienza el calvario de la escritora. [...]. Busca por todos los medios, especialmente a través de la Cruz Roja, obtener noticias de Ramón, que permanece en Madrid protegido por un pasaporte chileno. Cuando las tuvo y consiguió preguntarle si necesitaba algo, él contestó que «galletas para el perro y polvos antiparasitarios para él». Parece que no quiso aceptar nada de ella.¹⁶

Ramón se sumergió en la redacción de *¡Viva Asturias!*, manuscrito sobre la revolución de Asturias de 1934, escrito en papel biblia y a lápiz, que permaneció inédito y guardado en el archivo personal. Le dedicó palabras de eterno agradecimiento a su mujer, que hizo una copia de la obra para que no se perdiera durante la guerra y la depositó, para recuperarla después, en la biblioteca de la Columbia University de Nueva York, según leemos en una nota encontrada en el archivo del escritor (véase p. 513 del presente volumen). Él se encerró aún más

¹⁵ *Ibíd.*, p. 123.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 121.

en sí mismo y adoptó con su familia una actitud bastante fría. Lavergne recoge en su libro el siguiente episodio ocurrido una vez acabada la contienda:

28 de marzo de 1939. Madrid se rinde a las tropas franquistas y don Luis se apresura a buscar a su hermano Ramón. No sabe lo que habrá sido de él. A pesar del largo tiempo que habían pasado sin verse, Ramón se limita a contestar a su «¡Hola!» y se pone a echar pestes contra... el panadero que no había traído pan para su perro.¹⁷

Terminada la guerra, Ramón tomó una decisión muy importante que marcaría para siempre su vida y la de su esposa, así como su futuro como escritor: en agosto de 1939 decidió abandonar España para trasladarse a Chile. Sería el hermano menor, Luis, quien le ayudaría a reanudar sus asuntos y a preparar los papeles necesarios para viajar a aquel país con su mujer, Eva, la única persona que permanecería siempre a su lado y que le animaría a seguir adelante. Aunque después se estableció en Santiago, durante largas temporadas se refugiaba en Cartagena de Chile, lugar muy apartado y solitario. Hombre decepcionado, insatisfecho, se sentía traicionado por su madre patria, que no le había brindado las oportunidades que merecía, y decidió encerrarse en un nido inaccesible a los demás.

Concha Espina definía aquel lugar como un desierto; estaba muy agradecida a Eva, que aceptaba muy sumisamente, pero sin sufrimiento, todas las decisiones de su marido, permaneciendo siempre a su lado, soportando incluso sus malos momentos. En una carta que le escribió a su nuera leemos:

Sé que el panorama es magnífico pero tan solitario que me da miedo desde aquí. Te incluyo para Ramón un recorte del diario falangista *Arriba* donde lo nombran, dando importancia de memoración y documento a su precioso libro *Antonio Ruiz*. Nada te digo de mis impaciencias por la salud del querido autor y la esperanza con que espero sus noticias.¹⁸

¹⁷ *Ibíd.*, p. 122.

¹⁸ Carta fechada el 15 de marzo de 1940, encontrada en el archivo de Ramón de la Serna y Espina.

Claro está que después de la Guerra Civil, durante el período de la dictadura, si Ramón se hubiese quedado en Madrid, la novela sobre el boxeador habría podido tener éxito; la historia de un deportista español que había alcanzado altas cumbres ganando numerosos premios bien se habría podido insertar en el proyecto franquista de exaltación de la patria orgullosa de sus hijos. Pero el escritor ya no pensaba en proyectos antiguos; había cortado todos los lazos, quería olvidar todo lo que le recordaba a Madrid, España y su familia, incluso sus novelas. Aquello habría significado poner el dedo en una llaga abierta y aún sangrante; de hecho, fue una herida que nunca sanó.

Incluso Josefina de la Maza describía el nuevo enclave elegido para vivir por Ramón como un lugar que reflejaba la personalidad de su hermano: ella, que era, entre los hijos de Concha Espina, la de temperamento más suave y que sentía la angustia de no poder compartir la vida de cada día con el hermano mayor, al escribir la biografía de la madre, adoptó estas melancólicas palabras:

Por avatares de la suerte, mi hermano ocupa en su tierra natal, y en la misma ciudad de Santiago de Chile, un puesto único como él, extraordinario como él. Y nos cuenta que tiene una casa sin ruidos, rodeada de un jardín maravilloso, cuidado por uno de los jardineros mejores de América.¹⁹

A los pocos meses de establecerse en Chile, Ramón empezó a colaborar con la editorial Losada de Buenos Aires dedicándose a importantes traducciones: *La poesía de la soledad en España*, de Vossler; *Cervantes*, *Goethe*, *Freud*, de Thomas Mann. Publicó, además, dos interesantes artículos en la revista *Occidente*: «Lo inasible en Goethe», en 1949, y «Cautivo de la esperanza», que apareció en 1957 en el número homenaje a Juan Ramón Jiménez (véanse pp. 449-459 en este volumen).

Durante diez años dejó sus proyectos propios; tan fuerte había sido la decepción y la desilusión por la falta de éxito en España que en ese lapso abandonó la idea de dedicarse a la escritura creativa.

¹⁹ Josefina de la Maza, *op. cit.*, p. 134.

En 1951 ingresó como profesor en la Universidad de Santiago de Chile. Además, gracias al éxito de sus traducciones, el Instituto de Extensión y Relaciones Universitarias le contrató para un Curso de Teoría y Práctica de la Traducción, que tenía por objeto establecer los fundamentos teóricos de esta práctica y llevar a cabo simultáneamente ejercicios prácticos. Nadie mejor que Ramón para impartirlo.

Un año más tarde, en 1952, la misma Universidad de Santiago, en colaboración con el Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales, le contrató como traductor, con el estatus de funcionario de planta, una labor que habría debido cubrir hasta enero de 1954 pero que finalizó antes al ser suprimido el cargo. El carácter nada fácil de Ramón obstaculizó e, incluso, impidió muchas relaciones tanto profesionales como personales. De su obstinación nos enteramos a través de la carta que envió al director del mencionado instituto, el señor Mario de Góngora. Las cartas nos informan del temperamento de Ramón, de la decepción profunda que le provocan las situaciones y las personas que no comprenden el trabajo que hace, la pasión con la que responde a cada cometido. Ramón se dedicaba plenamente a sus proyectos, invertía energías y toda su alma, llegaba a consumirse, trabajaba durante la noche, incansablemente, pero la verdad es que se trataba de un trabajo sumergido, escondido, que nadie veía, del que nadie se daba cuenta; y es un deber desvelarlo. Tal es la finalidad de este libro.

Porque Ramón era realmente un trabajador incansable; leía mucho, escribía muchísimo. En su archivo se guarda un gran número de artículos que no llegó a publicar; y no porque periódicos, revistas o diarios los rechazasen, sino porque no los enviaba. La perfección era su obsesión. Corrobora esta afirmación el hecho de que entre sus papeles encontramos centenares de artículos y de borradores. La escritura llegó a consumirlo; adelgazó mucho, tanto que la gente no lo reconocía; algo que percibió su amigo el periodista Gery —al que había conocido durante su etapa en Madrid—, quien, cuando volvió a verle en Chile después de algunos años, se quedó tan asombrado que escribió un artículo contando lo mucho que había cambiado.

El escritor siguió, mientras tanto, su colaboración con el periódico chileno *El Mercurio*, en el que aparecieron muchos artículos interesantes. Asimismo, empezó a colaborar también en el diario *ABC* de Madrid, un vínculo profesional que mantendría hasta 1957.

En este período, después de muchos años de estancamiento, Ramón retomó su dedicación a la escritura creativa. Pero fue otro el género que decidió abordar en esta etapa en Chile: el teatro. Llegó a escribir tres obras teatrales que, aunque tratan temas diferentes, están conectadas por la complejidad de sus controvertidos protagonistas.

El primer drama es *Boves*, protagonizado por el militar asturiano José Tomás Boves, quien se opuso a Simón Bolívar durante las luchas de la guerra de independencia venezolana. Boves es un personaje complejo, de múltiples facetas, que se mueve entre los dos mundos: España y América Latina. ¿No son estas también algunas de las peculiaridades de Ramón? El autor fija su atención en un personaje que hasta aquel momento había sido ignorado, cuya importancia no había sido reconocida, del que solo se señalaban los aspectos negativos; nadie se había preocupado en abordar el episodio de la independencia de Venezuela intentando llevar a cabo un análisis profundo, desde una mirada objetiva, sobre los protagonistas de esta guerra, sin dividirlos simplemente en buenos y malos; la realidad es siempre mucho más compleja.

Boves es el drama en el que Ramón más trabajó; creía mucho en sus posibilidades, y sobre todo creía obstinadamente que podía constituir la ocasión de ver su obra rescatada del olvido. Entabló correspondencia hasta con las autoridades españolas para que se estrenara (véase el apéndice, pp. 166-170 en este volumen), lo cual finalmente no sucedió; y ello principalmente por una razón: las dificultades de representación derivadas de los numerosos personajes que aparecían en escena y del monólogo final del protagonista, muy interesante, denso, pero demasiado largo para que un actor pudiese interpretarlo. Las largas reflexiones a las que se abandonaban los personajes dejaban perplejos a los empresarios. Vanos fueron los intentos de convencer a José Tamayo, director del Teatro Español. Sin

embargo, *Boves*, como afirmó la hermana del autor en una carta que le envió, «es un portento»; el drama recibió palabras halagadoras, pero no llegó a estrenarse mientras Ramón vivía. Solo en 1971, en el teatro Nuestra Señora de Guadalupe de Madrid, se representarían los primeros dos actos gracias a un grupo de jóvenes actores bajo la dirección del empresario argentino Julio Vier.

El proyecto al que Ramón se dedicó después de *Boves* fue un ciclo de conferencias radiofónicas que tenían como hilo conductor la cultura alemana. Animado, invirtió todas sus energías en estas conferencias, que le brindaban además la posibilidad de mostrar el amplio conocimiento que tenía de ese país. Después de la lectura de las primeras cinco, surgieron algunos problemas; Ramón se quejó enérgicamente, primero ante el director del Instituto Chileno-Alemán, el conde de Raczynski, y después ante el embajador alemán, Günter Diehl, porque, según él, la última conferencia no fue tan bien promovida como las primeras; asimismo, pretendía que se respetase el orden en el que habían sido escritas, argumentando que solo así tenían sentido. Ramón no admitía réplicas, no quería someter su voluntad a exigencias ajenas, y esto hacía que siempre adoptase una actitud bastante firme e intransigente con sus interlocutores. Los textos de las conferencias muestran una cultura profunda, una mirada progresista y visionaria; al leerlos entendemos la enorme sensibilidad de su autor, su capacidad crítica, su escritura precisa e incisiva.

Explicando aquellas contrariedades, Ramón envió una carta un tanto brusca al director del Instituto:

Mi querido amigo:

No me ha llegado su carta (siempre está a tiempo de enviarme una copia). Estas líneas se refieren al caso insólito de la quinta audición («Un gigante llama a la puerta»), sobre el que nunca creí que fuera necesario volver. Y ello —en primer lugar— por ser sencillamente absurdo y total negación de la finalidad de estas audiciones que una pieza de ese calibre se haya pasado poco menos que de contrabando, sin que se haya enterado absolutamente nadie, y —en segundo lugar— por tratar del documento, no

solo para la cultura alemana, sino para todos los pueblos de lenguas portuguesas y españolas, de América y Europa, a los que van dirigidas estas audiciones.

Como, en realidad, se trata de una modalidad estética nueva en el género, el orden de transmisión de las audiciones, para que no se pierda el hilo de la idea que les presta unidad, ni el ritmo de la *Steigerung*, tiene que ser, naturalmente, el orden en que han sido grabadas. [...]

Perdone, pues, la insistencia innecesaria de este sincero y claro amigo, que de veras le admira, le respeta y le quiere, en quien usted, desde la elevación de su cultura, como alemán de estirpe, y sobre todo como hombre inteligente, puede ver un colaborador más o menos valioso, pero jamás un competidor, ni un intruso. ¡Todavía soy de los que se comportan *mos maiorum*, gran Raczyński!

Un cordial saludo de su muy devoto

P. S. Después de lo retrasados que estamos y después de pasar semanas en que ha sobrado espacio, me dice Eva que acaso no se transmitan seguidas las audiciones, que, encima, puede haber interrupciones en la transmisión. ¡Pero Eva debe haber entendido mal!²⁰

Se dedicó entonces a otro drama, *Olga Chéjova*, cuya protagonista era esta actriz rusa que él había conocido personalmente en el Berlín de los años veinte. Empezó a trabajar en esta obra entre 1959 y 1960. De hecho, en una carta que envió a Günter Diehl en 1960 ya hablaba de las peculiaridades de la obra: «excepto los artículos y “cosas narrativas”», como él las nombra, siente el impulso de «llevar la obra a la cinta magnetofónica». Ramón quería experimentar; la suya era una inteligencia viva, ferviente. Siempre estaba pensando en algún proyecto; su fantasía trabajaba día y noche, sin descanso; inquieto y diligente. Sus obras, por diferentes que sean, revelan su pluma y su ingenio; una escritura culta que busca constantemente la palabra más adecuada para alcanzar la perfección.

También en este caso se trata de un personaje controvertido, de doble cara. Olga Chéjova era la actriz amada por Hitler y fue en muchas ocasiones fotografiada a su lado; años después se desveló su verdadera identidad: era una espía rusa. En el drama

²⁰ Carta fechada el 20 de mayo de 1960, encontrada en el archivo de Ramón de la Serna y Espina.

que escribe Ramón se percibe la influencia de los expresionistas alemanes: la importancia que adquieren las luces y los contrastes de los colores, la obsesión que tiene el autor por marcar los tiempos con precisión, los cambios repentinos de escenas, las historias que se entrelazan, aunque sin ninguna relación aparente; son muchos, en definitiva, los rasgos que muestran la huella de los años alemanes.

En unas notas que Ramón guardó, casi como si fuera un diario de páginas esparcidas, afirmó ese hecho de que había conocido a la actriz rusa en la capital alemana:

Trabajaba como actriz, muy estimada por su cultura y considerada como rusa blanca; durante la segunda guerra era la amiga de más confianza de Hitler, en las grandes fiestas estaba siempre sentada a su derecha, según las fotografías de las revistas; por desgracia se ha perdido un recorte que teníamos.

Al entrar los rusos en Berlín, lo primero que hacían era buscar a Olga Chéjova, la encontraron en un refugio antiaéreo en Berlín toda sucia, la sacaron en triunfo por sus grandes servicios a Rusia como espía.

Olga Chéjova pertenece a las grandes figuras en la historia del espionaje de la última guerra.²¹

En este drama también sobresale la importancia de la relación entre madre e hija. Se trata de una mujer que no es capaz de alimentar a su hija ni cuidar de ella, una madre que abandona a su retoño; a ello se añade, además, la total ausencia del padre. Esto nos lleva a encontrar rasgos autobiográficos también en esta obra. Ramón y sus hermanos se criaron y vivieron sin la presencia de la figura paterna. Su único punto de referencia siempre había sido la madre; una mujer muy fuerte, cuya voluntad dominaba a sus hijos, que no eran capaces de rebelarse, sometidos bajo el peso de sus alas, protectoras pero asfixiantes al mismo tiempo. Para Ramón, la situación había acabado convirtiéndose en algo insostenible que le obligó a alejarse para intentar liberarse de estas circunstancias.

²¹ Nota encontrada en el archivo de Ramón de la Serna y Espina.

Al mismo tiempo, la madre que rechaza a sus hijos podría representar también a España, la patria que no le había dado al autor lo que deseaba y merecía: el éxito literario. En varias ocasiones, Ramón afirmó ser chileno en dos sentidos: por nacimiento y por elección. Al sentirse rechazado, se refugió en su patria adoptiva, Chile.

Ramón siguió escribiendo, pero ya lo hizo exclusivamente por sí mismo y por Eva, no para obtener la aclamación del público. Sus condiciones de salud empeoraron progresivamente, así como su estado mental y psicológico. De este período son algunas notas que escribió a Eva y a través de las cuales conocemos que no dormía bien y que tenía en ocasiones dificultades para escribir: a veces le era fácil, otras no, y esto le afectaba, ya fuera para levantar su ánimo o para hundirle en la depresión más profunda.

La última obra teatral que escribió fue *La noche inclinada*, drama sobre la independencia de Chile cuyos protagonistas son los hermanos Carrera. Ramón se documentó muchísimos sobre ellos; entre sus papeles encontramos centenares de artículos y apuntes, y estamos seguros de que consultó muchos libros. Consiguió leer la obra en el Centro Cultural Brasileño, ante un público que llenaba la sala:

Sr. D. Pedro Orthaus, Director del Instituto de Teatro.

Querido y admirado amigo, no por llegarte con tanto retraso, por motivos de salud, es menos cordial y entusiasmada mi felicitación. ¡No imagina mi alegría!

Le envío mi obra *La noche inclinada*, con José Miguel Carrera como protagonista.

La reacción de la gente ha sido probada ante el público más heterogéneo, provocando una verdadera irrupción tumultuosa. Además, hubo que cerrar las puertas porque no cabía la gente. De todo ello fue testigo Orlando Rodríguez, que tuvo la generosa debilidad, en su crítica, de definir la obra «con acción genial y diálogo impresionante».

Excepto en el primer período —en el que hay viva acción, pero fue claro que tiene que ser hasta cierto punto expositivo en una obra de fundamento histórico—, tal vez se ha tenido demasiado en cuenta a las masas en algunas escenas, pero esto es inevitable hoy (y acaso siempre lo fue de modo distinto). En algunas escenas (en

la montanera sobre todo) posiblemente es excesivo cierto «vocabulario» muy en boga en estos momentos.²²

A pesar de las cartas que, como la anterior, siguió enviando al director del Instituto de Teatro, Pedro Orthaus, Ramón no consiguió estrenar este drama. Sus obras son demasiado intelectuales y, por mucho que procurase bajar el tono de su expresión, no lo conseguía; intentaba poner límites a su escritura, simplificarla y adaptarla para conectar con las exigencias del público, pero ella latía, no era posible contenerla, y estallaba. Hombre culto y refinado, no pudo cambiar su forma de ser, que no fue comprendida por sus contemporáneos.

Con *La noche inclinada* se apagaron tanto su vena creativa como su voluntad. Cansado, consumido en alma y cuerpo, casi irreconocible, había ido negándose toda clase de nutrición, tanto en el sentido literal como metafórico. Era un hombre que suscitaba envidia por la honda cultura que poseía, pero se hallaba totalmente aislado, solo acompañado por su mujer y sus libros. Y ni quiso ni pudo seguir adelante.

Pocos años antes de su muerte, consciente del deterioro de su salud, acudió a un notario para hacer testamento; le dejó todo a la mujer que siempre había estado a su lado. Un testamento privado nos muestra la poca confianza que tenía en el mundo que le rodeaba, lo poco que creía en la escritura a la que había dedicado toda su vida: ordenó que se destruyeran todos sus papeles, pero su esposa, Eva Cargher, no lo haría. Ramón de la Serna y Espina murió el 5 de julio de 1969. El crítico y escritor chileno Raúl Silva Castro le dedicó unas bellas palabras en las páginas de *El Mercurio*:

[...] En su charla hacía notoria su cultura excepcional. ¡Cuánto más habría de lucir ella en los ensayos, en los discursos críticos, en las semblanzas que pudo acendrar! Pero el haber vivido por años tras los nombres de los insignes y enmarañados tratadistas de que se hacía versión española para la *Revista de Occidente* desarrolló en él uno que

²² Carta fechada el 13 de junio de 1960, encontrada en el archivo de Ramón de la Serna y Espina.

podríamos llamar el complejo del biombo. Se acostumbró a vivir oculto, en sordina, en la sombra, solo para servir de eco al pensar ajeno.

Delgado, pequeño, ingrátido, blanco, de finas facciones, con algo de torero por la levedad corporal, en su fisionomía sobresalían los ojos grandes, apagados por una secreta melancolía, la frente amplia, despejada, demasiado extensa para tan poco cuerpo, y la boca, provista de infinitas variaciones para expresar el asombro, la sonrisa, la duda, la curiosidad, la fe. Y así, con paso fantasmal y abstraído, discurrió por la literatura chilena, a la cual se había incorporado ya maduro, después de largos años de ausencia en España, a la vera de su madre novelista.

En *El Mercurio* quedan casi todos los artículos que escribió en este período final de su existencia. No muchos: no se prodigaba. Era sumamente severo en la selección de los temas, y quería poner tal precisión y sutileza en la prosa que no le era fácil completar las carillas de un escrito capaz de albergarse en la prensa. Le agradaba contemplar las cosas por todos lados, morosamente, como si el tiempo tuviese para él márgenes infinitos. Parece como que cada hombre llega a la tierra con un ritmo predeterminado, del cual es imposible —o casi— evadirse.

Y si esto es así, el ritmo de Ramón de la Serna habría sido de una lentitud increíble, como el ralenti del cine o el galopar de la pesadilla, en donde los remos del caballo se hunden en el algodonoso vacío y el jinete no avanza aunque se agite.²³

El artículo capta la esencia de Ramón y el malestar que le había afectado durante toda su vida. Sin embargo, hay cosas imposibles de percibir para la mirada ajena; lo que la gente veía era la punta del iceberg; debajo había muchas cosas, las más importantes: su trabajo incansable, sus lecturas incesantes, el hambre nunca satisfecha de conocimiento que le devoraba y le devoró de verdad, que le consumió, dejando una cara desolada y triste en la que lucían dos grandes ojos que expresaban su sufrimiento.

De esa exigente, constante e intensa labor de escritura es testimonio el presente volumen, que hemos querido llamar, como homenaje a la personalidad del autor,

²³ Raúl Silva Castro, artículo publicado en *El Mercurio*, julio de 1969.

La torre invisible —título de uno de los artículos aquí recogidos—. En él incluimos los ejemplos más relevantes de los distintos géneros que Ramón cultivó a lo largo de su trayectoria: *Chao*, su más interesante novela y podríamos decir que la única propiamente tal —pues la dedicada a Antonio Ruiz tiene, más bien, el carácter de un cuento largo—; *Boves*, la obra teatral en la que más confiaba y en la que más empeño puso para que fuera llevada a escena; *Puente Rojo*, el único cuento que escribió, si excluimos los que redactó junto a su madre, y una selección de catorce artículos periodísticos. Se trata de material en su mayor parte inédito, a excepción de la novela *Chao* —para la que partimos de la edición publicada por Araluce en 1933— y de algunos de los artículos. Cierra el volumen una muestra de las notas encontradas en el archivo del escritor que atestiguan la importante presencia en su vida de su mujer, Eva Cargher; notas entre las que se encuentra el único poema hallado entre sus papeles y a ella dirigido.

Este colofón quiere ser un reconocimiento a la labor de esta mujer que, tras la muerte de Ramón, regresó a España llevando consigo todos los papeles de su marido; todos: los centenares de escritos que había ido acumulando a lo largo de los años. Eva, con ocasión del estreno de *Boves* arriba mencionado, consignó el archivo a Alfredo Pérez de Armiñán, movida por la esperanza de que, antes o después, alguien sacara del olvido la obra de este gigante mutilado. Por fin, esperamos haber cumplido su deseo.



UNA NOVELA: *CHAO*



La que aquí se edita es la segunda novela escrita por Ramón de la Serna y Espina, *Chao*, que fue publicada en 1933 por la editorial Araluce de Barcelona.

Aunque aparente serlo, pocos rasgos tiene de una novela policíaca; es, insertándose plenamente en su tiempo, una *novela intelectual*. Su protagonista es un bandido, José Chao, que roba la diadema de una dama argentina, quien, para recuperarla, acude a un detective bastante notorio, Justo Peralta. Sin embargo, la intriga que debe conducir a recobrar la joya y, sobre todo, el descubrimiento de la identidad del bandido Chao se yuxtaponen a una larga serie de digresiones y observaciones cuyo contenido, altamente filosófico, y cuya perspectiva, progresista y detallada, captan la atención del lector haciéndole olvidar el supuesto asunto principal de la trama.

Resulta pertinente centrar nuestra atención en el estilo: para dar cuerpo a sus pensamientos, a sus inquietudes y a sus observaciones, Ramón recurre a atrevidas metáforas, bellamente construidas, que en un primer momento desorientan al lector. Este tiene que esforzarse, debe colaborar para acceder al sentido de lo que el autor está diciendo; a través de este juego, pues, se establece una íntima relación entre el escritor y el lector, de forma que, cuando el segundo consigue captar la esencia del mensaje del autor, se siente satisfecho.

Es como si Ramón quisiera comunicarse solo con quienes estén dispuestos a hacer ese esfuerzo; no quiere ser fácilmente accesible. Quien consiga llegar al meollo del asunto gana; la recompensa es entrar en la psicología de Ramón, acercarse más a esta criatura a la que, como a su Chao, nadie conoce de veras.

Una lectura más atenta y profunda nos permite identificar rasgos autobiográficos en el protagonista: hombre entre dos mundos, España y América Latina; individuo con el que nadie consigue entrar en contacto, nadie lo ha visto de cerca, nadie conoce su verdadera identidad. Chao es una sombra. El desamparo y la soledad que progresivamente se van apoderando de la vida de Ramón son delatados a través de la construcción de este personaje que, como él, se queda solo y aislado.

[4] UNA NOVELA: *CHAO*

La novela fue valorada de manera positiva por muchos contemporáneos del escritor, lo que confirma que el olvido en el que cayó el autor no depende de la calidad de sus obras, que, de hecho, nada tenían que envidiar a los éxitos literarios de aquel momento.

Benjamín Jarnés escribe:

Biografía libre, bien nutrida de hallazgos expresivos. Diálogos donde se incrustan ágiles pensamientos, ideas cogidas al vuelo. Al vuelo del espíritu, siempre presente en este libro donde tanto se exalta el músculo. Una prosa cuajada de paradojas sorprendentes, de metáforas bellamente atrevidas por la novedad de las conexiones que descubren, van llenando de luz los escenarios por donde transita la acción, penetrando aguda y profundamente en las reconditeces de su contenido espiritual, con hábil y certera disección analizadora.¹

Del mismo modo, halagadoras son las palabras de López Prudencio en su reseña de la obra publicada en *ABC*:

Deja a la imaginación del lector ancho campo para llenar los vacíos, espoleada por el acicate sugeridor de las hondas huellas impresas, con rico y abundante contenido. Tiene, además, este procedimiento otra ventaja para el escritor observador, filósofo y comentarista de la vida. Reducida la narración a breves, sugerentes y esquemáticas cifras indicadoras de su rumbo y desarrollo, se analiza y estudia hondamente la psicología de la vida individual y social que se describe [...].²

Chao es una novela densa, comprimida; pero, en cuanto el lector deshace los nudos, se abren pistas de reflexión y sugerencias tan actuales que a veces parece increíble que fuera escrita en los años treinta. Tal vez la gran sensibilidad de Ramón, su enorme capacidad de observación, de captación de los problemas que afectaban a la sociedad en que vivió, hizo que sus contemporáneos no lo comprendieran y que pasara más bien por un visionario.

[D. A.]

¹ Apuntes encontrados en el archivo de Ramón de la Serna y Espina en la carpeta «Notas y críticas de *Chao*».

² P. López Prudencio, «*Chao* de Ramón de la Serna», *ABC*, Sevilla, 28 de mayo de 1933.

CHAO

*Y en todo se advierte, no solo hasta qué punto
considera las fuerzas naturales y físicas como algo espiritual,
sino también cómo, por percepción inmediata,
usted mismo lo siente así.*

*[Und überall spürt man, wie sehr Sie die natürlichen
und Körperlichen Kräfte als etwas Geistiges nicht nur
erkennen, sondern unmittelbar empfinden.]*

De KARL VOSSLER al autor



I

TONG TANG, HORA DEL TÉ a bordo. El ritmo de los hábitos adquiridos en ese paréntesis interminable que aún es una travesía no se altera ni un instante por la visión cercana de las dunas béticas, ni por el arribo próximo al puerto andaluz. Cádiz no interesa. El pasaje que aquí cuenta —el de lujo, naturalmente— acude al salón del gran paquebote italiano y se congrega en torno de las mesitas olorosas. Los conocidos de ayer se dirían ya viejos amigos. Hay argentinos de elegancia tan extremada que no parecen millonarios; y hay muchachas chilenas incomparables.

Tong tang, repostería británica, *odor di femina*. Saludos, ademanes que deben ser pausados, sonrisas que han de ser discretas. Y un aire de pasividad efusiva.

La onda suave y cordial se tiende, se atenúa, se apaga casi unos segundos; la curiosidad vuelve sus cien cabezas: en el salón ha penetrado un hombre, un desconocido, mas no un intruso, a juzgar por la prestancia de su relieve humano y por la holgura negligente de su andar. Pero se oscurece el ámbito, se anima la pantalla del fondo, ya suena y tiembla la película transparente. El desconocido, entrevisto apenas como en aparición, se esfumó al pie de la pantalla, ante la mesa reservada siempre al convidado espectral.

Noticiario sonoro, Manhattan en el lienzo, allí ronca la leona de Asur. (Caen los martillos como acentos, como fustas sobre la rotación de los caballos de fuerza; si apretaran sus mandíbulas en minutos de silencio y de escucha todos los frenos de la calle y de las almenas taylorizadas, se alzaría de las máquinas de escribir ese grilleo bíblico de plaga que oscurece el cielo.)

Aún rodaba el film con sus visiones de la urbe máxima —disonante en tan mansas suavidades su giro de grúa titán— cuando el desconocido se irguió sobre el gran cuadro, quedando su silueta aventajada inscrita en Nueva York. Salió con pasos tácitos de entre el aire de sombra para dar, elástico, el brinco de salvación en la luz violenta y larga de aquella tarde. Saltó atrás: del terno inglés al monte de Andalucía.

[8] CHAO

El misterio en lo claro.

—No es un hombre.

—Es un hombre y pierde fuerzas por momentos. Está nadando tan despacio que casi no se mueve —repuso el patrón del pesquero de Huelva, cerrando el timón para virar redondo, al mismo tiempo que ordenaba—: ¡Todo el motor! ¡Aviar un cabo!

Cuando el barquito se aproximó al «náufrago», vio la tripulación, con sorpresa, a un hombre desnudo que nadaba rítmicamente, sin prisa y, a lo que parecía, sin la menor señal de cansancio. Se asió al cabo que le lanzaron y se dejó izar a bordo. Mojado allí, sobre cubierta, anduvo unos pasos de gimnasta, se sacudió, se aplastó el cabello negrísimo para escurrir el agua y, volviéndose a sus «salvadores», dijo:

—Gracias. Buenas tardes.

Contestadas con brevedad las preguntas de los marineros, vestido con una camisa blanca —que tuvo que rasgar para que entrase en ella su amplio tronco pigmentado— y con unos pantalones azules, tan cortos para su talla que parecían calzones de púgil; atusado el pelo, remangado y descalzo, se mueve, con ademán ausente, el extraño personaje, entre la indiferencia de los serios pescadores de Huelva, que le contemplan sin la más tenue sombra de estupor.

—¿Quiere café? —le preguntó un muchacho.

—Sí —respondió—, pero tráeme además un jarro de agua.

Cuando le sirvieron, mezcló el café con el agua y apuró, con gran lentitud, hasta la última gota. Sabía el peligro que le amenazaba. «Bebo como un dromedario», pensó, sonriendo levísimamente. También sabía por qué había reservado antes sus fuerzas al nadar. ¿No estaba allí, como una dócil jauría de terranovas inocentes, toda la flota pesquera de Huelva y Ayamonte? Y del paquebote no necesitaba alejarse: ya se alejaba él con sus cuatro hélices. Allí iba, muda la sirena y firme la derrota, con su modesta carga de españoles e italianos, con su orgullosa carga de chilenos y argentinos. Tal vez arden aún las lamparitas encima de las mesas, difundiendo su palidez

blanda por el salón con fantasmagoría inocua de tenida mundana, mientras se superproyecta un film de gran metraje, que tiene la obligación de estimular la fantasía hasta el delirio, allí, frente al rugido muerto de Tartésida. O acaso se deshila un tango entre el aroma de las mermeladas y las confituras. Al pasaje de cámara se le ocultó la alarma como se oculta la muerte de un huésped en los hoteles de lujo. Los agentes de a bordo tardaron más de lo conveniente en darse cuenta de la falta del fogonero vigilado y ya a la vista de Cádiz terminó la rebusca por todos los escondrijos del barco, llegando al convencimiento absoluto de la inaudita desaparición.

Mientras tanto sucedió algo inusitado en el pesquero: la pequeña estación de radio del barquito había dejado de funcionar, fracasando todos los intentos de reparación. El patrón decidió aprovechar la marea para llegar a Bonanza y hacer allí noche.

El mismo muchacho del equipaje que antes había ofrecido café al atlético huésped surgido de las olas se brindó para buscarle alojamiento:

—En Bonanza irá usted a tierra; allí hay buena posada, yo le enseñaré —dijo. Una clara sonrisa fue la respuesta. Y estas palabras:

—Gracias, gracias, no es necesario... me esperan en el muelle.

Cuando el barquito enfiló la boca del río y recaló frente a Sanlúcar, bien alto el sol todavía, avanzó a su encuentro con premura la canoa que estaba al costado de un pesquero sanluqueño. Llevaba un cabo de mar y cuatro hombres armados: interrogatorio, requisa a bordo...

El extraño personaje había desaparecido misteriosamente en la luz.



Salió a la superficie después de pasar bajo la quilla del barco ruso que esperaba autorización para seguir a Sevilla y estaba fondeado en el río, vigilado por un torpedero español. Cubierta la retirada por su sombra, emergió de lo profundo el busto del fugitivo para mostrarse en temple, cortando, veloz, la anchura de esa cosa boba y enorme que es un estuario. Respondieron magníficamente sus pulmones, pero, cuando calculó que la cabeza (sumergida casi al nadar) y el golpe de sus brazos señalarían un

[10] CHAO

blanco ya difícil en caso de persecución, atenuó el brío de sus movimientos: cien segundos, mentalmente contados, para recobrase. Y si antes había probado su monstruosa resistencia buceando igual que una morsa, le vemos ahora, nadador prodigioso, lanzándose a un *forcing* frenético, como un corredor en el *sprint* final. Tira la marea y se hincha el seno libre ya y marino en la margen opuesta de duna y bosque. Allá el mar grande y enfrente el desierto y el ataque del hombre en el agua pirata. Una onda de mito anciano y respiro curvo deposita al fugitivo con blandura en la riba sola. Sin eruirse, se arrastra, busca una trinchera que le oculte, desnuda sus hombros suaves, pone a secar en la arena su andrajo blanco, su andrajo azul, se tiende él mismo para reposar, resuella con anhelo todavía, palpita, yacente. Su piel oscura y mojada tiene ahora, en la radiación de un gran sol que declina, bruñidos fabulosos de arroz.



—He situado a mis agentes donde serán más necesarios —dijo el hombre ancho de la voz ronca y los dedos brutales.

—¿Y dónde cree usted que serán más necesarios sus agentes? —replicó el señor joven y elegante, con su leve acento argentino.

—En el portalón y en la escala, que es donde habrá aglomeración de pasajeros, y en la banda libre, a estribor.

—¡Ah!...

—He hecho también indicaciones a la Guardia Civil y está dispuesta la lancha de la compañía de mar.

—Veo, amigo García, que dispone usted de fuerzas de mar y tierra... Es usted hombre de recursos y para mí un auxiliar incomparable —añadió el señor elegante con ecuaníme sonrisa de hombre tranquilo. Encendió, como es de rigor, un habano oloroso y, apartándose del costado negro del espléndido *liner* italiano, fue hasta la orilla libre del malecón, andando con aire de negligencia y paseo, como si nada le interesara. Y, de momento, nada interesaba, efectivamente, en aquel sitio, a Justo Peralta, el temido detective bonaerense.

Empezó el desembarque de pasajeros. García desplegó una increíble actividad. Con su cuerpo macizo, su ademán enérgico y su grito cavernoso, estaba en todas partes. Mandaba como un sargento y sudaba como un coronel obeso en maniobras. Cuando terminó el desembarque de los pasajeros que rendían viaje en Cádiz, obligó a presentarse a los tripulantes españoles y —acompañado de un oficial italiano— empezó el examen de la documentación. Después encerró a la gente en el fumador de segunda clase y puso dos hombres a la puerta:

—¡De aquí no sale ni una rata! —vociferó.

Pronto advirtió el pasaje de cámara que algo anormal sucedía y eso era inconveniente. La oficialidad del barco empezaba a inquietarse cuando Peralta subió la escala con lentitud, se informó brevemente y aconsejó, imperioso y afable, al celoso con-militón:

—Está bien, García, está bien ya. Usted ha terminado, ¿no? Ahora tengo yo alguna cosita que hacer por ahí dentro.

Cuando el fugitivo despertó, desnudo en la arena caliente, sus ojos, de rasa dureza negra, tenían esa ojera que pinta el carbón en la cara lavada de los muchachos mineros. Limpio sobre todo: en la pupila y en la uña, en la mejilla, en el mordisco blanquísimo de su boca, limpio con color de lienzo planchado. Limpio.

Tumbado como un río él mismo, contempla un instante lo amplio del mar abierto: sube de un lado humo de nubes, más allá fuerte luz, mitad sombrío de siluetas de barcos, mitad delicado en su claror. Atardece. ¿Cuánto tiempo habrá reposado? Siguiendo su hábito de economía, se concentró para dormir unos minutos. «No más de veinte, esta vez», calcula mirando al sol.

Con una flexión rápida está en pie. Se siente ágil y nuevo, frescos los labios; sin sed. Están en la arena secos sus andrajos. De la camisa rasga un jirón que humedece en el río, con él ciñe su frente: venda blanca de futbolista o bandido de trabuco, atada en nudo grueso, igual que una moña, sobre su nuca prieta de extremeño. Se ríe, divertido, al

[12] CHAO

introducirse en aquel pantalón de hombre, que para él es de niño; viste los restos de la camisa y se va al bosque.

Le separan metros de los primeros pinos y kilómetros de los últimos. Más allá, los manchones de monte, el más salvaje cubil de Europa. Y al sur y el este —a su izquierda y a su derecha según avanza en la umbría—, leguas de duna inhóspita, leguas de marisma desierta.

El bosque le acoge propicio, a su diestra vuela una corneja gangosa. Penumbra y silencio, espesuras de la noche que llega; en los claros tiende la congestión crepuscular sus haces de vidriera traspasada, ascuas de rescoldo que se van enfriando. Toda esta visión, aceptada escasamente, queda externa, intacta casi y pura, en la preconciencia del fugitivo. Cautela humana e instinto animal le guían y su recelo pausado mira detrás de las cosas. De la aventura inmediata le separan un sueño y un río; solo vive lo mediato, íntegro y presente, en su conciencia: los últimos minutos a bordo del paquebote, las voces discretas del salón, las lamparitas sobre las mesas, el clamor desdoblado de una urbe fantasma... Existencia en clímax de intensidad la suya, estruja la acción extensa, contrae la fluencia temporal, tiene dimensiones verticales de raíz errabunda, emergencias de brote, desvelos de intimidad simple, rica de sabor. Su mano, que ahora engarra, montés, el ramo áspero de un leño, sentía, no hace más de tres horas, en los dedos sensibles, la porcelana tibia de una taza de té.

Se interna el fugitivo, con el mudo andar de sus pies descalzos. Se detiene de pronto: ¿qué ha visto? Su mano se abre y deja caer el leño que apretaba. Distante y súbito entre los árboles, aparece un jinete. Al mismo tiempo empieza a oírse, lejano, el gruñido de un motor.

Retrocede hasta un árbol para cubrirse y desde allí avizora unos segundos: el jinete es un guarda y lleva además otro caballo. El grupo se mueve en la dirección del río. El fugitivo se lanza bosque adentro en carrera rapidísima y extraña: de un tranco va de un árbol a otro, de tal manera que puede detenerse, protegido y oculto, en cualquier momento. Sus pies desnudos le llevan al encuentro del jinete incauto con sigilo de agua. Cuando tuvo cercana la figura tosca del montero, se desvió a su izquierda para flanquearle a su paso. Pero la margen del río estaba próxima y descubierta, con

su mayor claridad. Además aumentaba, acercándose tempestuoso, el ronquido del motor. El fugitivo se dio minutos de plazo para terminar allí. Se encorvó, acortando distancia con celeridad pasmosa, sin cubrirse ya. Un grito delgado y un salto de mono: el guarda quedó desmontado como un pelele. Antes de que pudiera hablar —en realidad, la sorpresa y el susto no se lo permitían—, el salteador puso el índice de su diestra en los labios, ordenando silencio, mientras con la mano izquierda tenía el arzón de la jaca. Desenfundó la carabina y, alejándose unos pasos del guarda estupefacto, fue a sujetar el otro caballo, que se encabritaba, nervioso. Era un animal hermosísimo, arreado con lujo. El lustre de sus ancas tenía reflejos de chistera.

—¡Ea, cuaco! —le habló, con cariño.

Sujeto al sillín colgaba un par de botas inglesas, armadas de macizas espuelas de plata. Se las probó. Se veía que estaban destinadas a un hombre de gran corpulencia, pues llegaban, exactas, a sus rodillas. Pero dentro bailaba su pie. Unos puñados de hierba blanda remediaron este defecto. Como volaban los minutos, trajo el caballo hasta el sitio donde esperaba el montero, sin salir de su pasmo ante la tremenda despreocupación del raro personaje, que se detuvo junto a él, dejó resbalar por el brazo la rienda y examinó un instante la tercerola, que no había dejado de la mano. «Esto solo ha de servirme para hacer salvas a los ojeadores», pensó. Y al mismo tiempo que arrancaba de la jaca del guarda la menuda alforja, devolvió a este la carabina, invitándole con un gesto a montar.

—¡Eh! —oyó el cuitado con susto, apenas había cabalgado unos metros. Cuando volvió la cabeza vio a su asaltador que, con ese ademán de los matadores, lanzaba su sombrero andaluz, se lo devolvía trazando en el aire un giro de fiesta. Como autómatas sumiso extendió el guarda su brazo para recogerlo... Y picando la jaca, galopó hacia el río sin mirar atrás.

A su vez, nuestro atleta harapiento se convierte de nadador en jinete. De un salto está en la silla, sujeta la alforja, prueba los estribos. ¡Cómo se tiene en el caballo! Le hace levantar las manos, le dobla a derecha e izquierda con alegría y le pone al trote bonito.

Cerraba la noche y no tenía prisa. Pero el zumbido del motor no solo había aumentado: era ya un trueno en el bosque. Se detuvo a escuchar y, volviendo grupas,

[14] CHAO

cabalgó con precaución hacia la ribera, que mandaba desde el agua un palor tardío. Vio algo brillar en el suelo: era la bandolera del guarda, con su placa de latón pulido. Sin detenerse y sin esfuerzo, antes con gracia, la recogió desde el caballo mismo y su erguirse tuvo esa manera propia de quien es un jinete fenomenal.

●

Cortó gas y cedió el volante al mecánico.

—Atracaremos sobre el motor porque tira mucho la corriente en este sitio. Yo le avisaré —advirtió, saltando a la pequeña cubierta de proa. Allí, alto y mecido, con la mano en visera sobre los ojos, oteaba la orilla cercana Juanito Bohorques. Había cesado el bramar del poderoso motor de la canoa, especialmente construido por Venturi.

En el embarcadero particular, nadie. Bohorques dio unas zancadas impacientes y ruidosas sobre los tablones carcomidos y ya pedía al mecánico que conectase el potente faro cuando salió de la sombra una voz y, tras ella, medrosa, una figura:

—Don Juanito, por Dios, no alumbre aquí ni con una cerilla.

—¿Qué haces aquí?, ¿qué dices?

—Que estamos en peligro... Me acaban de asaltar y me han robado el caballo, Tragabuches...

Bohorques se encendió de cólera: ¡su mejor caballo! Se fue al guarda, le sujetó por los hombros, le injurió, desatado, zarandeándole con brutalidad. Excitada su hombría insolente, ciego de enojo, habituado a mandar el señor, no admitía réplica. Era uno de esos tipos sanguíneos de los que se dice que tienen una gran vitalidad.

—¿Para qué quieres esto?... ¡cobarde! —vociferó, arrebatando al guarda la tercerola y arrojándola al río con hercúlea violencia. Estaba herido en lo más sensible de su orgullo de ganadero señorial. El preclaro Tragabuches, de estampa rutilante y alzada preciosa, era un animal de fama, mejor entre los mejores caballos de pelea. Le tenía en mayor aprecio que su balandro más veloz.

Con las orejas gachas, sumisa igual que un perro castigado, se acercó la jaca del guarda. Bohorques la tomó de la rienda e hizo ademán de montar. Se volvió aún.

—¿Cuántos eran ellos? —preguntó.

El guarda contó el trance a su amo de esa manera tan salada y ridícula propia del andaluz de tipo inferior. Bohorques volvió sobre sus pasos y le dio la espalda sin dejarle concluir el relato espeluznante. Ya en el borde del embarcadero, le gritó:

—La jaca encontrará su camino. Tú vienes con nosotros.

La ciudad se había iluminado en la margen opuesta, los barcos habían encendido sus lantías y el faro mandaba su relámpago mudo sobre la marisma, cuando Juanito Bohorques y Liniers, el mozo guapo y riquísimo, elegante y bruto, atravesaba como un endemoniado la calma paciente del estero, envuelto en estruendo y fantasía.



En las cercanías de la ribera había esperado el fugitivo a que subiese la luna. Y ahora cruza con lentitud el bosque, velado por un sordo blancor, al paso de su caballo antiguo. Olían ramas y raíces y olía la bestia crinada en la noche caliente. El jinete se había dado cuenta en seguida de las condiciones del animal: para la fatiga delicado, vistoso y bueno en la carrera tendida, duro de boca para el regate —de los que hacen trabajar la muñeca—, pero un huracán en corto trecho. Por eso le reservaba. Además sabe que le han de buscar lejos de allí, que han de querer morderle y tatarle la salida.

Se deja llevar, la rienda suelta y en ánfora los dos brazos, las manos apoyadas en el talle escurrido. Ha hecho con la bandolera del guarda un cincho apretado, un ancho cinturón que le faja y le sostiene y le decora con la placa de azófar pulido sobre el vientre musculoso. Así, con el jirón en la frente, el tronco semidesnudo bajo la camisa desgarrada, las botas suntuosas de caballero y las espuelas brillantes, hace un visaje de grotesca belleza, que contrasta muy graciosamente con la intensidad curva del caballo, recordando a esas torres que han asimilado, incorporándolo a su esencia radical, un pináculo extraño, airón de conquista o de dádiva. Para un encuentro de encrucijada o camino, tiene este nocturno jinete reposado la más sorprendente y curiosa catadura.

[16] CHAO

El recuerdo desplaza la propia imagen, el tiempo es inerme contra él, igual que en los sueños; distrayéndose del contorno, se traslada, ecuestre, por levitación, evoca sus cabalgadas de América entre los grandes ríos como látigos y avernos blancos de volcanes. Raro espejismo: se veía de espaldas en aquel tordo poblano más fiero que un coyote, tan bien arrendado que se revolvía en un metro; se veía compitiendo con la charriada en San Bartolo Naucalpan, floreado, muy limpia, la reata y rematando la bestia con primor.

Un grito y un extraño de Tragabuches le hicieron volver a su viejo bosque marismeño, tierra indolente y fácil, buen sitio del mundo. Pero no le inquietan los bichos peludos que se asesinan maullando en la espesura. Al sentir el resuello del poderoso animal que cabalga, piensa que de las dehesas contiguas salieron para América los caballos padres. Requiere la rienda y aprovechando el claro del bosque prueba un galope en el claro de luna. A la excitación obedece el animal, fino de nervios, haciendo un fragor de cólera. Y no se atreve a aguijarle en el terreno difícil, que azota con la furia de sus cascos, sonoras las entrañas y obstinada la crin. Se sirve de la palabra más que de la rienda para contenerle y amansarle, como el conjuro aplaca al meteoro.

Entre las voces del monte, oye una lejana, para él preciosa: el ladrido de un perro. «Los carboneritos —piensa, en soliloquio—; pronto veré fuego y pronto encontraré agua.» No le preocupa que el animal no coma en algunas horas. Pero quiere abreviarlo de amanecida.

Se detiene en un calvero gredoso para registrar la alforja y entonces la tierra, en declive muy suave, que hace reverberos azogados al globo de la luna, destaca la silueta bizarra del solitario jinete, su fantasma dulce y terrible. El tipo humano que materializa, de profunda raigambre hispánica, es, en realidad, una consecución, un ápice. Y una emergencia al mismo tiempo.

La alforja contenía por todo viático un cuchillo de monte y una caja de fósforos. Desenvainó el acero blanco, lleno de palidez, y probó el filo en una uña, igual que los barberos.

—¡Solingen! —exclamó, riéndose. Después avanzó hasta el árbol más próximo y, empuñando el cuchillo por la hoja, lo mandó, sin pararse, de un tiro exacto y agudo

como un silbo. El dardo improvisado se hundió en el tronco hasta la guarnición. Lo extrajo con tino y cuidado y lo examinó aún—: Bueno... Esto es hambre para mañana, pero res segura para esta noche.

Juzgó que se había internado lo suficiente. Además no quería aventurarse en la ciénaga de noche, aunque conocía el vado. Una espina de luz clavada en la espesura respondió, tardía, al ladrido del perro que antes oyera profundo, casi celeste: la detonación invertida precediendo a la chispa y anunciándola. No precisaba norte ni guía por aquellos parajes, mas el candil remoto le evidenciaba el amparo de un caño para guarecerse y la posibilidad de encender fuego en su depresión. El terral, con su hálito de calmas, arrastraría el humo en dirección opuesta a la choza de los carboneros. En la mata puede ocultar el caballo, lejos de la hoguera y de su yacija, con táctica de guerrillero.

Desmonta, sujeta la rienda tibia en la horca de una rama y se embosca en acecho, ventea una presa, empuñado el hierro del sacrificio. Es dueño del fuego también: hará su festín cruento en el bosque y ganará el reposo yerto del sueño.

Por integración, había quedado inserto en el país y componía maravillosamente con su realidad, tan peregrina para el extraño. Sede primaria de opulencia y finura, hoy es un nido inmenso, nevado y negro de plumajes —invernadero de Europa—, campo de ferial desierto, con manchas de huraña intacta y guaridas hirsutas de salvajada; tiene floresta oscura y duna clara y yermo de romería bronca, ruta de caravana en su linde, una vez todos los años. Edén no ameno, albergó a una falsa pastora de sonetillo erótico y sonsonete canalla y a un genio cincuentón y ensañado. Tiene un bisel nauta de mar y un río viejo y mercader, con dos hombres augustos de cántico, arranque y atalaya de continentes; tiene alcornoques cervantinos y toros navarros; en su aldea se extinguen, incógnitos, los últimos indios neblés y esquivos y lentos como cisnes, vagan por su páramo los últimos camellos cimarrones de la marisma.

Ahí queda el fugitivo. Ondas de jaripeo radian su apodo en la brisa, sobre la Sierra Morena; le gritan en Buenos Aires y en Berlín, máquinas y hombres le acosan. Mas ha podido hurtar el documento vivo de su retrato a la codicia de sus perseguidores. Le conocen todos, pero nadie podrá reconocer en él más que una sombra.

Cuando la monstruosidad se ha hecho habitual, se pierde la medida de sus proporciones. La indignación de Juanito Bohorques era como una válvula de estrépito para la fuerza estéril de aquella vida ociosa de señorito. ¡Su mejor caballo!

Había telegrafiado (con tuteo) al ministro de la gobernación y al director de la Guardia Civil. No le parecía excesivo poner en movimiento un tercio de la Benemérita, levantar una polvareda de alarma y conmover el planeta con los hilos y antenas acechantes de todas las agencias *united* y *associated*. ¡Su mejor caballo!

En los espejos enormes del casino, lujoso intolerablemente, de la ciudad, se han bañado las dos Andalucías: la fea y tosca del ceceo rural, de las burguesas jaraneras y fondonas, de los borrachones libertinos, muy devotos, eso sí; y la otra, la ruda y linda de los mozos delgados y de las muchachitas que son muy serias. Como un hito de frontera tendía Bohorques los dos brazos entre el humo fuerte de los cigarrillos y el aroma del café servido a los socios de su tertulia, derribados en gigantescos butacones de club:

—Esta misma noche salgo en la canoa río arriba para atajar a ese cañí. Me esperan los mayores y antes del mediodía de mañana habré recuperado mi caballo.

El ingenioso de la peña saltó, puntual, recurriendo a la brega de juego doble. Se empinó para alcanzar con su cigarro el mechero que Bohorques —rubio como un flamenco— acababa de encender:

—Dame lumbré, moreno —dijo. Y después de una pausa—: No es que dude de ti ni de tus mayores..., ni siquiera de tus monteros, armados con aquellas carabinas estupendas que encargaste el año pasado... Vamos, estoy seguro de que tú solo eres capaz de recobrar el caballo que te birlaron con tan inconcebible frescura..., pero hazme caso: no te reduzcas a los monteros y a los mayores, y avisa a la Guardia Civil.

Bohorques reaccionó tarde, con inocencia:

—Ya lo creo que he avisado. Lo hice inmediatamente y no me contenté con eso: he telegrafiado también a Madrid. Por cierto que han tomado el asunto con gran

interés, pues el ministro me ha llamado a conferencia telefónica para pedirme detalles y algo me ha dicho de una gestión diplomática.

—Se deberá a la intervención de ese policía argentino —apuntó uno de los contertulios.

El golpe, célebre ya, de Buenos Aires y la teatral fuga del barco donde Peralta, con ardid genial, consiguió encajonarle igual que a una res de lidia habían prestado a la personalidad enigmática del fugitivo de la marisma desierta una gran resonancia periodística y popular. Y las informaciones, por doble motivo, seguían rezumando sensación. En primer lugar, nadie acertaba a explicar satisfactoriamente el robo de una prodigiosa tiara de platino y monstruosos brillantes —un portento de moderna joyería— que por su rareza y por el inmenso valor de sus elementos era verdaderamente inalienable y, por otra parte, resultaba incompresible que la dama despojada —la mujer más rica de Suramérica, esposa de un prócer inglés— no pusiera el menor empeño en aclarar las circunstancias, muy singulares, en que desapareció la rutilante diadema. Solo recuperar la joya parecía interesarle: que volviera la preciosa lumbré a poner fuegos de pureza extraña en sus sienes audaces de amazona, que entrara nuevamente el ascua de viril sagrado a ocultarse en la bóveda de su tesoro frío, hecha de acero impenetrable como el ánima de los cañones; su tesoro cavado en tierra de pampa, rondado en vigilancia fiel por dos gauchos tigreros. Cuando se celebraban en el Buenos Aires hermético de la fastuosa plutocracia argentina esas fiestas que son un absurdo y un asombro, acudía siempre Justo Peralta, con su propio coche, por él personalmente conducido, a la aislada mansión que la falta de espíritu y la sobra de buen gusto características del patricio inglés habían hecho surgir magníficamente sobre un gran llano de tierras americanas. La célebre tiara de la adusta belleza, castellana rebelde en aquel baluarte pampero, tenía, naturalmente, su aureola de falsa pedrería literaria y su leyenda mundana de chismografía truculenta. Incluso epigramas de aliño pícaro se colgaron en las puntas de su resplandor. Con Peralta —guardando las distancias debidas a quien tenía fama de ser el detective más caro del mundo— solían llegar, en patrulla, los *reporters* de los grandes diarios, preludiando su maquinal información la divina labor poética de los señores cronistas. Tenía algo de entrada

[20] CHAO

procesional —con sus ya está ahí, ya llega, ahí viene— la aparición mayestática de la gran dama coronada de destellos. Una ausencia, prolongada extraordinariamente, precedió al robo sensacional de la tiara prodigiosa. Peralta, contra su costumbre de hombre discreto pero explícito, se negó, al ser interrogado, a hacer la menor alusión a lo que entonces era el suceso candente de actualidad. Se dijo que fue interceptado un apremiante aviso suyo, que no se escucharon sus advertencias o que fueron ignoradas deliberadamente. Su prestigio profesional no quedó por este contratiempo en absoluto mermado. Antes al contrario: salió fortalecido al conocerse la noticia, oficialmente divulgada por los diarios, de que la multimillonaria argentina había confiado exclusivamente a Peralta, abriéndole un crédito —material y moral— ilimitado, la gestión policíaca conducente a la recuperación de la diadema. Mientras tanto, con su mundana media voz, el escándalo había hecho carne en la reputación de la fuerte amazona envidiada:

—Ha abdicado para coronar a su marido...

Por otra parte, el formidable detective bonaerense, ahora tan reservado, había hecho una declaración impresionante al embarcar, a pleno sol, rumbo a Europa:

—Volveré con la diadema a Buenos Aires —dijo.

Por eso, cuando a la noticia de la fuga del espectral pasajero del barco italiano y de la intervención de Peralta en el asunto se añadió la del asalto al montero del bosque marismeño y, sobre todo, cuando se supo que al omnipotente prócer andaluz que era Juanito Bohorques le habían robado su famoso y soberbio Tragabuches, la emoción y la curiosidad de las gentes alcanzó un punto agudo de tensión.

El montero, con locuacidad ridícula, había lanzado una versión dantesca del asalto, que en dos horas escasas se propagó por la ciudad. Al saberse que Bohorques estaba en el casino, acudieron conocidos y amigos deseosos de noticias, funcionó el teléfono y hasta un «enviado especial» del pequeño diario provinciano hizo acto de presencia. Juanito se sentía rodeado de un rumor de marea que empezaba a aturdirle. Paco Díaz, el ingenioso implacable de toda reunión, que antes le zahirió con poca fortuna, volvió a su faena. Como le conocía, lo primero que hizo fue pedir vino:

—Vino, señores: hay que entonar los nervios.

Se descorchan unas botellas de abolengo y su líquido esencial esparce ese aroma chillón de los vinos andaluces.

Un estruendo súbito desemboca en la calle; se pueblan los balcones, los socios del casino se agolpan en la terraza: Guardia Civil de caballería. Pasan al trote largo las parejas en dirección del río, levantando ecos de inquietud con su martilleo, que no acaba de extinguirse. Varado en la arena aguarda el gabarrón que ha de llevarlas a la margen opuesta, con los guías y los barqueros.

Paco Díaz esperó a que las espaldas indolentes refluyeran a los butacones, a que el encrespado comentario atenuase el burdo manoteo hiperbólico. Y aprovechando una calma en que las palabras dejaron de ser gritos, escupió, apuró su caña, y dijo con estridencia:

—Ten cuidado, Juanito: anda la voz de que es Chao quien corre la marisma.

—¿Ese bandido americano de que hablan los periódicos?

—No es americano.

—Pues de América nos llega: vendrá huyendo de la crisis.

—En todo caso se ha emboscado en tu coto. ¡Buena pieza para una puntería como la tuya! Con esa prestancia que tienes de tirador de copa de concurso... Pero no hay sabueso que eche a ese jabato del monte.

—Ya le echará el hambre.

Juanito era un hombre maravilloso de juego, un muchacho espléndido para el salón y para el estadio: su cultura social podía calificarse de excelente. De sus dos preceptores, solo el inglés obtuvo éxito; al preceptor alemán hubo de renunciar pronto... Así lucía una ignorancia de todas las cosas y una carencia de curiosidad solo concebibles en un inglés que además de inglés fuera señorito andaluz. Esto agrada a algunos de aquellos provincianos importantes, muy resabidos y enterados. Ahora mismo Juanito no acierta bien a anudar la referencia, un poco legendaria a sus oídos, del Chao popularizado últimamente por las informaciones periodísticas con la resonancia palpitante y cálida del suceso vivo que le agita y le atañe. Y esta incapacidad patente de conciliar lo tangible y próximo con lo extraño y remoto abre un tajo en su vida que la duplica, la merma y la hace, más acá, grosera y torpe, más allá, falsamente ingenua, ficticia,

[22] CHAO

purely imaginary. Al hombre falto de pulimento espiritual, la realidad inmediata le parece siempre mentira. Como tiene tan ignorantes los ojos y tan horra de inquietud la curiosidad, necesita que le inventen leyendas. Pero la manzanilla, además, en este caso de Juanito Bohorques y Liniers... Tenía el vino autoritario y la «autoridad», para imponerse, enzarza siempre su raíz en una negación. Bohorques empezaba a engallarse a medida que se iba dando cuenta, lo que siempre tardaba un poco en suceder. Una vez enconado su humor, sostenía con indomable tenacidad su empeño, por disparatado que fuese. Entonces era temible.

Paco Díaz vuelve a la carga con insolencia:

—Si te atreves a mantener el propósito de esperar a Chao, puedes encontrarte con que sea él quien te espere a ti, sin que los mayores te sirvan de mucho. El terreno es extraño para la Guardia Civil y en cambio Chao lo conoce, según dicen, tan bien como tú mismo. Si te decides, tendrás que fajarte, querido: el mozo es todo un señor.

La brusca reacción de Juanito fue prueba de que había conseguido irritarle.

—¡Es un cuatrero sinvergüenza! —gritó. El desdén de su gesto alcanzó en pleno rostro al malévolo bromista, que, como tal, era muy puntilloso y susceptible. En su frente hubo un entrecejo de rabia y en sus manos ese temblor del que se domina.

Bohorques balanceaba desde sus hombros altos aquellos brazos de púgil que en cierta ocasión memorable vaciaron una taberna llena de hombres y jipíos, de vino y de navajas. Y cuentan aún que después obligó al dueño a cerrar la puerta y que se llevó a casa la llave.

Paco Díaz roe su impotencia rebelde ante aquel paroxismo de virilidad que era Juanito. Ríe con aparente campechanía y hace un viraje de actitud; sigue hablando con gran naturalidad, sin ironía en la palabra ni en el ademán. Pero se dirige a todos, habla en general, substraer muy hábilmente la persona de Juanito a la atención de los reunidos y es tanto su arte que incluso la misma presencia física del mocetón parece borrarse y desmaterializarse, para ser sustituida por el raro aporte de otra imagen, muy acusada y fuerte de color: la del feroz bandido que corre de noche la marisma. No, a Paco Díaz no se le confunde, así, no más... Lo sorprendente, sin embargo, fue la unanimidad con que le siguieron el juego todos, como por un previo acuerdo.

Bohorques se sintió disminuido, ignorado, cuando unos minutos antes era el señuelo de la nutrida reunión.

La España del bromazo siniestro. Por derecho de conquista tiene en ella Juanito su lugar como víctima de rango. Mas los pequeños hierofantes de este culto sombrío adoran, naturalmente, a sus propias víctimas. Se contaban las barbaridades de Juanito Bohorques, por sus amigos, con hipérbole llena de entusiasmo, con admiración expresa o tácita. Y entre sus amigos había médicos y abogados, arquitectos y poetas.

Un cuchicheo breve bastó para que la atención de los concurrentes envolviera nuevamente a Bohorques. Y esta vez fue con visaje preocupado, con demostración de afecto leal, casi con desvelo. Se trajeron más botellas.



Cuando, dos horas más tarde, la mayoría de los concurrentes a la peña del casino, cumpliendo religiosamente —en sentido estricto— su palabra, se reunía en el embarcadero, Paco Díaz, el mezquino idiota, exclamó con solemnidad:

—¡Nosotros, muy serios!

Fuerte gemación lunar sobre el río. Los buenos amigos que le habían «organizado» la despedida rodearon en silencio el Rolls de Bohorques. Mientras el montero y el mecánico trasladaban a la canoa las armas y el equipaje, se cambiaron unas frases cortadas que fingían emoción. ¡Pero no la fingían! Juanito —vestido de campo, al hombro la zamarra gris, sobre las piernas largas y robustas los amplios zahones que al andar tenían un ludir señorial, en la arbolada cabeza el sombrero andaluz de ala oscura, que sujetaba el barboquejo— mostraba en su cara infantil una contenida expresión de dolor y era de una soñada hermosura, allí, de clara noche, a la ribera del agua. En su decisión había nobleza: era el actor, pero también el héroe mismo. Y su valiente verdad de hombre, su acto dinámico de vida viva, la ausencia de arte en su conducta y de doblez en su carácter hirsuto impresionaron sinceramente a aquellos histriones desangrados. Hubo un movimiento fallido de rectificación por parte de alguno de estos, cobarde ante un movimiento de responsabilidad. La tímida finta

[24] CHAO

fracasó apenas iniciada, pues además de inoportuna y tardía, hubiera sido contraproducente. Bohorques, amparado en su orgullo, ni se dio cuenta siquiera. El trabajo estaba hecho, la faena cumplida y bien lograda. Ya lo sabía su muñidor solapado: era propicia la ocasión y estaba andado la mitad del camino cuando su intervención vino a colmar lo somero de la medida. Además, se había hecho honor a esa costumbre, arraigada en sañudos atavismos, que consiste en suscitar la pendencia excitando, atizando, azuzando, complaciéndose en ello como en el martirio de un animal.

Juanito se despidió bruscamente, estrecha la mano de todos, repitiendo, cada vez, un corto «adió». Deja el volante al mecánico, se sienta a popa, pone el chaquetón sobre las rodillas y, al reclinarsse mientras arranca la canoa, vuelve la mirada inexpresiva y levanta un brazo en saludo.

Cuando el grupo emprende, con paseo lento y silencioso, el retorno a la ciudad, parece su actitud de ceremonia, y en realidad lo es. Se encienden los detestables cigarrillos españoles, se llenan de acritud los pulmones y las gargantas, alientan las bocas peste de tabacalera. Humo y tos rituales. Paco Díaz escupe y avanza, decidido, unos pasos. Suya es la teoría de la miseria nacional: «del garbanzo nos viene el agarbanzamiento y del estanco... el estancamiento». Para confirmarlo, se advierte ahora en él, bien clara, la acción deletérea que pregona. A las primeras chupadas se rehace bravamente. Se vuelve hacia la pandilla que capitanea y empieza a remedar a Bohorques. Lo hace de modo admirable: se pone de puntillas para aproximarse a la estatura de Juanito, enronquece la voz, adopta un aire deportivo y señoril en los movimientos, grotescamente desmesurados con insuperable propiedad... Qué feo de alma, qué vil. Su magia diabólica produjo el efecto que esperaba. La risa tuvo rugidos en aquellos hombres contorsionados que se tambaleaban, como borrachos, de placer, y se retor-cían a la luna. En sus ojos había lágrimas.



La Guardia Civil había batido los manchones desde la madrugada. Los tricornios echaron por delante liebres y venados, jabalíes, conejos y sencillas codornices. Pero ni un hombre, ni un zorro.

Sol enemigo, grietas en la tierra, azul blanco de sofocación en el cielo de la mañana. Acostumbrado a los pasos conocidos en su experiencia de cazador, Juanito, seguido de sus dos más expertos mayores, flanquea el bosque por la linde oriental, espiando las salidas posibles y probables, teniendo en cuenta la hora y la dirección en que van convirtiendo su avance las fuerzas destacadas para el duro servicio. Monteros y guardas puntean la marisma en dilatados espacios y más que otra cosa su fin es vigilar salidas inesperadas, pasos desusados y difíciles y dar urgente aviso en caso necesario.

Bohorques lleva un potro cerril casi, delgado y precioso, de gran alzada, que aún tiene tundido el ijar por el talón romo del desbravador. Templa el vistoso cabeceo de la bestia su fuerte brazo de piquero y hace una noble estampa de esplendor evocado el joven señor del yermo limpio, con sus caporales a la zaga, tres tallas ardientes en aquella anchura tendida y allá el monte andaluz oscuro. Consulta Bohorques su reloj de pulsera y, al advertirlo uno de los mayores, busca el sol con los ojos: mediodía. Juanito se detiene de cara al bosque y aguarda. En los primeros momentos se le había presentado una angustia opresiva en el pecho, como síntoma impreciso. Era miedo, sencillamente, temor a lo incierto, a lo amenazante sin contorno. Pero hubo una reacción afirmativa de su voluntad rebelde, mantenida con fiera pertinacia. Y después, con la fatiga de siete horas de caballo a la furia del sol, sobrevino la indiferencia. Por otra parte, la posibilidad de que la Guardia Civil hubiera trabajado con suerte y, sobre todo, la esperanza de que la persecución fuera inútil produjeron en él un recóndito bienestar soslayado. Ahora contempla el bosque prohibido que albergó festines de Camachos ducales en su asombrado borde y acogió a los reyes extranjeros macerados en Castilla y resonó cien veces, entre murmullos acordados de gran tramoya, clangores sostenidos de halalí. Piensa en el intruso que profana el vedado ámbito, mira desde fuera la inmensa penumbra, imagina la sombra humana errante, acosada, igual que una alimaña, en su aspereza. Una sombra, sí. Y allí él: un hombre nada más.

Se le unieron los mayores. Uno de ellos, entornando la pestaña del sombrero cordobés, lamentó:

—Hace congoja.

[26] CHAO

En aquel momento se percibieron detonaciones que parecían lejanas. Se miraron los tres hombres, como si estuvieran seguros de haber oído bien. Bohorques dijo:

—Son tiros.

—Y es cerca —observó un mayoral— porque viene del río el aire. Aquí estamos descubiertos.

—Aquí estamos bien —replicó Juanito cortando el diálogo y haciendo avanzar a su caballo unos pasos.

Silencio de escucha, vaho de silencio. La marisma tiene un aliento abrasado de espera, un callar pálido en sus distancias. Por el norte la lejanía se sumerge en un gran lago de ilusión: espejismo. En la arena radiante dejó su huella equina la sed de las jacas.

Tiznan el cielo por el oeste ceños remotos de nubes y se abre un céfiro enorme que alivia un poco la secura y trae el eco, muy próximo ya, de nuevos disparos.

Bohorques desveló un candor magnífico no disimulando su contrariedad. No volvía, en regresión, de la indiferencia a la angustia: con pena sofrenada, saltaba en su pecho la ira.

—Mis prismáticos —pide, de pronto. Lejos, a su izquierda, se ve un jinete. Instantes después surgen del bosque otros dos, que se dirigen a él.

—Un montero y una de las parejas que sale a su encuentro —dijo, después de haber observado con inquietud.

El grupo de Bohorques y sus hombres había sido visto por los guardias y el montero, que, haciendo un pequeño desvío sin alejarse del bosque, se acercaron lo suficiente para que se oyera bien su alerta:

—¡Ahí va!, ¡ahí va! —gritaron, internándose de nuevo con precaución.

No le vieron salir. Sin golpe de aparición y sin relieve de fantasía, con presencia inverosímil de tan natural y suave, Chao estaba allí con sus ojos ávidos. Siguió la orilla del bosque, amparado en el marco sombrío, y cruzó en trote de paseo ante el

grupo atónito. ¿Era verdad? Eso pensaban los tres hombres quietos sobre la arena candente. Para Chao, en cambio, sí que era verdad su prestancia dura en el foco del sol. Reconocía bien la silueta de Juanito, atisbada horas antes desde la espesura, en una agonía de claridad.

Pero el aviso de alarma, el pergeño raro del jinete y el testimonio evidente de sus propios ojos forzaron la pasividad de Bohorques y los suyos, venciendo el aturdimiento de la sorpresa. Cuando una previsión azarosa se cumple, se duda de la visión palpitante que supone, de su viva realidad, ahora, como siempre, inesperada. ¿Cómo otorgar fe de vida sensible al viejo cuento pueril de guardias y ladrones? Se ha abierto la cortina sin romance del pinar bético: misterio a la luz de pastores fusileros a caballo, en las cabezas el sombrero redondo y simple o la negra mitra bicorne; guerrilla erizada en descubierta, militar acoso, rodeo en la marisma.

Rehechos los tres jinetes expectantes, se miraron: «¿Qué hacemos aquí?»... Bohorques, súbito, enronqueció para exclamar con arresto, al mismo tiempo que aguijaba a su potro:

—¡Voy allá!

—¡Espere, don Juanito —gritó, imperativo, uno de los mayores. Y los dos hombres, como por un tácito acuerdo, avanzaron para cerrarle el paso con los caballos. Volvió el suyo Bohorques de un tirón salvaje, le sangró el flanco para hacer un regate rabioso y hurtándose, brusco, galopó solo hacia el bandido.

Los dos hombres, fieles y prudentes, le siguieron a distancia, pero pronto quedaron atrás con su jacas sufridas. Juanito se alejaba de los mayores. El perseguido —fresco y entero como su caballo— juzgaba a los demás suficientemente cansados...

Grave y distante se oye un trémolo, mientras Bohorques, iracundo, deja en la blanda liza sin palenque el sordo impacto de su carrera. Va ígneo por la lentitud meridiana, está rojo en el aire.

Chao está pálido. Hace galopar al soberbio Tragabuches, sin forzarle, antes bien conteniendo su ímpetu con el engarre de su puño avezado. Y como el monte se encorva hacia el oeste y Bohorques sigue, ciego, al fugitivo, ya están los dos solos en un gran campo de silencio.

[28] CHAO

Pero ha vuelto a oírse, con proximidad redoblada, el trémolo que antes era preludio lejano. Se precipita, en segundos, sobre las capas tórridas, como derumbe aparatoso, desgarrón de aquella alta soledad callada: entre el perseguido y su atacante, cruza la arena, igual que un velo arrebatado, la rígida sombra del alcotán. Es un avión de Sevilla que pasa, bajo y sucio, sin ver a los jinetes, naturalmente.

Juanito se enardece al creerse observado y corta terreno con codicia. Pero Chao no le responde y se le escurre sin mucho esfuerzo: parece que se esquiva jugando. Envalentonado al ver que no busca pelea, Bohorques le ataja ya sin cuidarse. Pronto le tiene cerca, ve su perfil descolorido, y diríase un niño que va a hacer una locura. Mas surge la acritud viril del señorito encorajinado, salta, maldiciente, el hábito canalla y Juanito lanza, como una piedra, el bárbaro insulto:

—¡Collón!...

Chao detiene la montura y se planta. Su palidez es ahora de granito, su rostro no tiene expresión de vida. Hostiga a Tragabuches, que se arbola, obligándole con su voz bronceada:

—¡Gira, eh!

Echa el animal de cara y le corre los acicates. Inerme y feroz, transmite su ímpetu sin estridencia al galope convulso del caballo: habían botado todos los resortes de aquel organismo, que se desató con la violencia de una racha. Metido en el sol ahora el talle fino del jinete, hace lumbres de peto la placa del cinturón bizarro y copia la venda blanca de su frente un ampo cortijero de cal viva.

Con su amortiguador de arena suave, sofoca la marisma el avance tendido de los caballos, que atacan de poder a poder. Ni testigos, ni voces: algo lleno de pavor en su mudez tirante. Acción desligada, contra el tiempo del mundo, acto de sueño en una extensión ficticia, como el capricho terrible de muñecos sin venas.

La colisión es inminente. Juanito empuña ya la Colt de corvino azul pulido, pero solo queda vigor en sus dedos. Un aliento de fuerza irrumpe allí, precediendo al fantasma que viene sobre él agrandado por el vértigo: sus piernas aflojan la tensión ecuestre, el trauma de visión le sobrecoge, le desazona, le derriba.

Con pericia increíble sortea el encuentro Chao para no arrollar al caído. Sienta las ancas el caballo al frenazo durísimo y derrapa igual que un torpedo, surcando la arena blanda. Salta el jinete como un raposo y queda inmóvil, abiertas las manos y los ojos limpios. Pero Bohorques, aterrado, se tapa con su potro, se revuelve con ventaja y dispara a quemarropa cinco veces. Sabe manejar el arma corta. Al hacer fuego mueve el brazo en sacudida como si fustigara y cada tiro fuese un trallazo de cómitre sobre carne de siervo. Chao extiende en cruz los brazos y vacila para caer: cinco balas clavadas en su cuerpo como cinco puñales.

Los brazos mismos le sostienen con su cruz, semejante al balancín de un funámbulo. Despacio, mas sin mirarse —igual que los toreros— va hacia Bohorques, hace por él sin esfuerzo aparente. Ya le tiene preso, ya se han cerrado sus manos pálidas: esposa con ellas las muñecas robustas del señorito, estruja la lisa piel de color de rosa y hace crujir las poderosas articulaciones con la tenaza fiera de sus falanges. Pero la llave de tormento cede en su presión mortífera ante la mueca del vencido inerte. Chao le deja tendido y recoge la pistola, caliente todavía. Saca el cilindro y, entre las cápsulas mordidas por el percutor, ve una intacta: la última. Entonces tira el arma con dejadez y su voz apagada murmura en soledad:

—¡Os falta convencimiento!...



Enhiesto el vencido, doblado el vencedor sobre la montura, cabalgan los dos, sin prisa, por el campo de Almonte. Como es domingo por la tarde, están desiertas las anchas dehesas ganaderas y ellos siguen el camino desolado del yermo, rara vez hollado por los pastores. Nadie les ve. Media hora de trote acelerado bastó para que la distancia tragara por el sur los puntos imperceptibles que se movían en el último horizonte de marisma. Roto el cerco y libre la grupa, Chao lleva su presa en demanda de poblado, acecha la salida. No tantea el desenlace: obedece, más bien, a la simplicidad enorme del juego elemental que le sentencia. Ha de huir de los hombres para salvarse y ha de volver a ellos para ganar su parte y su partida, para buscar el centro

[30] CHAO

normal de su acción humana, desciñendo antes, con cauta previsión, los alamares crujientes del episodio.

Enhiesto el vencido: no hay quién doble el espinazo con las muñecas atadas a la espalda. Bohorques va delante, el sombrero encima de los ojos afrentados, va conducido igual que un malhechor, sobre su famoso Tragabuches. Han cambiado los caballos. El corcel bonito de la estampa señorial había dado todo su rendimiento y, desbridado, va gacho y cansino entre los palmitos y los ixtles. Arrancada la rienda, su cuero sirve de ligadura, y en torsión cruel inmoviliza al prisionero, agarrotando el vuelo libre de sus brazos jóvenes.

Doblado el vencedor, transido, flotante la negrura del pelo hermoso en el aire seco, descubierta la frente de ceniza. Quemado de heridas que se van enfriando y le rasgan de ayes lentos, romero de pena ebrio de ojos, «no puede con su alma». Ahora sí, ahora es todo expresión y exorbitancia sin disfraz: se ha desprendido la venda de brigante y está su cinto sangrado y sin reflejos, como una fíbula excavada. Hay en él una lejanía ausente, un estar sin presencia, todo futuro y antiguo. Tiene un frunce de rencor en las cejas melosas y deforma sus labios desteñidos de espectro un visaje de obstinación brutal. Descompuesto de rostro y de actitud, excéntrico, fuera de sí, obedece al instinto y blande la voluntad como los débiles, sacando del odio energía para sostenerse en espera, doblado y sin rendirse. No puede con su cuerpo. Mas hay un tope de frialdad en la desmesura de su ánimo: se entrega, no se abandona. Ya solo con esfuerzo y contorsión mantiene su dominio, pero lo mantiene. Y todo es resistir. El trance es descomunal para el exhausto. Le llegó de costado el enjambre de balas y por eso tiene solo dos heridas profundas, en el muslo izquierdo, que se ha ligado fuertemente con la faja de seda de Bohorques. Las heridas del pecho, de la garganta y del hombro le hacen sufrir más, aunque no sean graves. La venda blanca que tapaba su frente es ahora un pañuelo rojo al cuello.

Se encorva, sucio de sangre, como desmayado, sobre la crin áspera del potro, en ella mete una mano que se agarra. Con la otra oprime el látigo que quitó al prisionero. Este ha perdido el valor de su fuerza prestada, el lujo de su razón y de su moral. Desmoralizado, menoscabado por una exuberancia más potente que la suya, está su

voluntad rendida sin condiciones, con íntegra aceptación, no exenta de pánico supersticioso. Como se inclina el sol ya, ve tenderse a su flanco la tremenda silueta de una sombra vigilante y ve la suya propia tumbarse en la vereda que sigue, dócil, su caballo. La fatiga, el calor y el silencio grande que les rodea ejercen sobre el alma infantil de Bohorques su acción soporífera. La palidez de Chao, entrevista apenas en un poco de sol, le pareció terrible: un mudo jinete amarillo le conduce a la muerte por aquel camino de trasgos. Delira y siente impulsos de aliviar su congoja de hombre con rezo y con lloro de niño. No se atreve a volver la cabeza, caída sobre el pecho levantado. La imagen de Chao es para él una visión incierta de pesadilla. El bandido continúa siendo ignoto en la luz.



A la vista de Almonte, nubes de presagio, en cerrado avance negro, alcanzan con su bandera al sol, que se ha enrojecido de pronto y muestra, horrendo, su congestión de cuello decapitado. Un gavián de serranía vuela en retorno y hace un reviro sobre los jinetes, quedando inmóvil y sagrado un instante, como el signo de Horus.

Tiene Almonte desgastadas las aristas de piedra de su calle mayor de Jaca y es que afilan sus navajas los almonteños mozos en las esquinas donde descarga el viento. Geranios solos en las ventanas. Hay pueblo danzante en la plaza dominguera, silbo de mirlo en el pito de fresno, ronquido grave en el parche nómada.

Se meten los jinetes fantasmas por una callecita curva y caen sobre la multitud como aparecidos. Chao se para y lanza un grito de auriga:

—¡Guarda!

Al mismo tiempo hace restallar el látigo con un fustazo salvaje en las ancas de Tragabuches, que da un bote y se dispara entre el gentío. Bohorques, igual que un manteado, se tambalea pugnando por sostenerse en la silla. Chillan las mujeres en aquel polvo de capea, pero los mozos no tienen que bajar los brazos de la danza y atajan al caballo suelto con manos arriba de encañonados:

—¡Ho, ho!

[32] CHAO

A un extraño de la bestia espantada, rueda el jinete indefenso, por tierra, con testarazo brutal de picador. Un aullido bronco de muta clama en la rustiquez de las gargantas renegridas, el polvo hace humo de hoguera sobre las convulsiones del inmolado que se revuelca en tizones de dolor: ligaduras viles de ajusticiado le atenan, contra él se erizan las cañas de ultraje y las varas de acebo de escarnio. La bárbara conmoción de sus vísceras le oprime con el bloque de arcilla del ahogo y el síncope retrata en sus pupilas dulces la muerte.



Cuando remonta Chao el tramo sombrío de la calleja rural, ha recobrado su inexpressión de cera, y su belleza exangüe ya es delicada. Negrea la transparencia de sus mejillas una barba reciente de desvelo que le demacra y aníña, peregrino de cromo, lacerado el cuerpo en los andrajos mendicantes, deslucidas las botas viajeras, sucio el caballo y lento por los collados mustios.

Como un felino cansado, la tormenta opaca llega con su arrastre premioso de truenos. La lluvia, igual, moja la cara del jinete, cala su pelo y le lava el pecho colorado. El hilo postrero de la querencia tira de su vida aferrada y milenios de hambre le empujan hacia los asilos tenebrosos.

Le alivia el frescor de las nubes y se entrega un poco a la lasitud, con la figura triste sobre el corcel mohíno. Anda, anda, lejano. Se pierde. Se borra en la cortina de agua. Su acción sumergida zapa fugitiva de la luz. No se le ve ya.

Pero vino el día claro. Un reguero incierto de excitación lleva la noticia y se para en el telégrafo público de las estaciones. Cuentan las voces que a la madrugada se oyeron los cascos de un caballito por las veredas y que algunos los vieron y que eran de acero brillante, igual que rieles blancos, pero otros dicen que pasó un caballo grande como de metal verde y así airoso, que tenía las manos siempre levantadas, y otros dicen que era un media sangre y que el jinete montaba a la inglesa y el caballo echaba humo de la piel como de rastros prendidos, y cuentan otros que el jinete llevaba un impermeable largo con capucha negra, y otros dicen que era un fraile misionero y otros un padre cura.

II

CARRETÈRE SE ACERCÓ al oído de Peralta —que impaciente y amable le escuchaba de pie junto a la puerta de su sección de pasaportes— y, con sigilosa voz conspiradora, le espetó la terrible confidencia:

—¿Sabe usted?: ¡yo fui uno de los que mataron a Prim!

—Sí, sí... ¡ya lo creo!... Quiero decir que lo creo sinceramente. Aún se nota el hombre que ha sido usted...

Peralta, muy divertido, se despidió del viejo, cuya relación cultivaba con cálculo y cuyos «servicios» retribuía con americana esplendidez. Insistente, reiteró todavía, antes de sacudirse el último cumplido del teatral burócrata:

—Le repito que no volveré por aquí en adelante. No olvide que ha de ser usted quien me busque. Ya le he dicho la hora y el sitio adonde debe acudir.

—¡Con el escudo o sobre el escudo irá este servidor! Y con exactitud astronómica.

La fe sin escepticismo conduce entre los hombres a la tosca pugna de lo que solo en apariencia es lucha de una virtud contra otra virtud. Hay la fe que venda con tules ilusionados y la fe con gafas contra la excesiva luminosidad. Pero cuidado con el es-céptico que se pasa de listo. Justo Peralta no pretendió nunca ser (parecer) un aquilino detective invulnerable. Era el hombre de las precauciones inverosímiles y de las decisiones fulminantes. No dejaba madurar demasiado el fruto para que cayera en la red del experimento por propia gravitación. Sabía que lo maduro es algo a punto de ser abandonado del espíritu. Mas tampoco precipitaba el salto para arrancar el brote con prematuro desgarrón. Se daba tiempo, esperando la fugacidad del instante que había de llegar. Que había de llegar «por allí», estaba convencido, porque nada llega sin nuncio y por sorpresa para quien sabe esperar su llegada, previniendo su huida. Cuando gentes congregadas callan, se dice que pasa un serafín. Justo Peralta espía en los silencios el paso de un arcángel.

[34] CHAO

Las circunstancias hicieron que su entrada en Madrid fuera ruidosa, mas ha conseguido recogerse, contraerse de tal manera en su vida de relación que las amistades improvisadas perdieron por completo su laxa capacidad adherente. Y las nuevas que se le brindan son sorteadas con flexibilidad correctísima o aceptadas condicionalmente, una vez ponderado su valor utilitario. Se daba tiempo el argentino, precisamente porque no quería perderlo. Ya se vería obligado más tarde a forzar su actividad social de hombre necesariamente mundano. No era el momento ahora.

—¿Qué habrá de oculto, de callado, detrás de este Carretère tan delicioso? —cavilaba, sin la menor preocupación, mientras avanzaba, con paso lento, por la vieja calle madrileña. Se cruzó con un grupo de cinco personas, al frente una muchacha, en último término un hombre joven, que le sonrió, reconociéndole.

—Un momento —dijo. Y corrió, presuroso, a despedirse de sus acompañantes, que habían continuado sin volver la cabeza—. Adiós, adiós —les dijo, con inocente amabilidad—, yo me quedo... He encontrado a un amigo... Adiós..., hasta mañana.

Fue doloroso aquello. El saludo de despedida les parecía, sin duda, inconveniente y ridículo, excesivo desde luego, a los compañeros del cordial muchacho, inexperto en las maneras del «estilo brusco». Devolvieron —literalmente— el saludo al novato estudiante con la actitud de quien repele: con ademán repulsivo.

—Son condiscípulos, sabes... Hace poco tiempo que nos conocemos —explicó el muchacho a Peralta, después de recibir el cariñoso abrazo del detective, que parecía complacido con el encuentro inesperado.

El padre de Jesús Quintero —y tío de Peralta— había cambiado la Córdoba bética por la Córdoba argentina, pero de fortuna no cambió, ciertamente. Era un fino señor de cortos vuelos y su muerte fue una desgracia para los suyos, mas no fue una catástrofe familiar. Con los modestos ahorros que dejó, pudo su viuda pasar a España acompañada de sus tres hijos, dos hembras y un varón (le acabamos de conocer) y establecerse en Madrid. Gente sufrida y buena. Pero Jesús Quintero no vuelve de América: viene de América.

—Nunca para estudiar es tarde, aunque sea duro llegar con retraso a ciertas experiencias. Tú has trabajado desde que eras niño. Y ahora quieres estudiar, que no es

lo mismo exactamente —replicó Peralta, con alusiva amplitud, a las aclaraciones de su joven allegado.

—Puede que tengas razón. Estudiar me parece una cosa muy importante, desde luego, aunque no acabe de convencerme que sea una cosa seria. Sin embargo, tengo mis aficiones y mis ambiciones enredadas por ese camino.

Estaba enterado, cómo no, de la presencia en Madrid de su famoso pariente. Pero, tímido y discreto, había reservado el momento ritual de la visita y del ofrecimiento imprescindible.

—Pensaba ir a saludarte. También en nombre de mi madre y de mis hermanas. Temía ser importuno y por eso he esperado. Ignorarías que estábamos en Madrid. Aquí, mi dirección... —añadió, entregando al detective una tarjeta—. Ya sabes dónde nos tienes...

Quien no sabe bien la oportunidad de su ofrecimiento, ni las extrañas consecuencias que había de traer consigo aquel encuentro providencial en una calleja de Madrid es el ingenuo y bondadoso estudiante hispanoargentino.

Justo Peralta conserva en sus dedos la tarjeta cuidadosamente. No la ha mirado. Contempla, en cambio, al muchacho, absorto y complacido. Se interrumpe bruscamente para consultar la hora: poco más de las seis de la tarde.

—Es necesario que me invite a cenar con vosotros esta misma noche —dice.



El otoño suele entrar en Madrid con embate. Su asalto rudo es más bien un movimiento de acomodo, en realidad es el mismo invierno claro que ya hace su apresto y acampa en su sede villana de Castilla central.

Con el abrigo de entretiempo al brazo, avanza, en marcha rápida, el detective argentino. Calcula que un vehículo tardará más en llevarle por la dirección autorizada que sus propios pasos por las estrechas calles que ahora sigue. Además, nada calma tanto los nervios excitados como andar y fumar. Su figura alta y ligeramente gruesa tiene una elegancia particularísima. Hay algo de prematuramente cardenalicio, por

reposado, en sus magníficos treinta y ocho años que no representa. Será con el tiempo uno de esos ejemplares humanos que conservan espléndidamente el vigor y la presancia de la mejor edad. Es más resistente que violento: el hombre que soporta, con dominio increíble, la fatiga y el insomnio, que mantiene la tensión del más agotador trabajo sin que se arruguen su ceño ni su ropa, fresco y entero como si acabara de salir del baño, cepillado y correcto y «a punto»: incansable, invencible. No es bebedor habitual. Pero si hay que beber, acepta, sin límites, con asombrosa inmunidad para el veneno. Cuando la mano amiga o el propósito avieso escancian en su copa, es su frase cortés la misma siempre: «Gracias, bebo mucho...». Pero no definamos su persona considerando el perfil engañoso. Veámosle de frente: la cara rasurada, fuerte y blanca, en la que azulea la barba, de tan negra, es toda inteligencia y finura. Utiliza la poderosa naturaleza a su servicio solo como instrumento humilde, con dignidad y sin complicaciones que intenten justificar lo que es simplemente un oficio y nunca una misión. Es el secreto de la simpatía. No habrá jamás que restarle el tanto de histrionismo a la noble figura de Justo Peralta.

La falta de fe es en él exceso de inteligencia. No teme el castigo de los dioses como el héroe o el genio —rara vez inteligentes— ni pide víctimas como el santón, invocando su sombra tutelar. Nada le esclaviza bajo el sol y las estrellas fuera de lo suficiente, lo cotidiano y honesto. Ni juez, ni censor: «agente». Busca el provecho material y sabe encontrarlo con la labor de cada día. La fama será una nube ingrátida y fugaz sobre su cabeza, no un duro pedestal inmóvil bajo sus pies. Su acción es la réplica exacta de la acción ajena, su táctica de púgil, la contra. Recibe el poder que la sociedad resigna en su brazo de hombre como recibe el niño el agua bautismal: sin íntima adhesión imposible, innecesaria. La rebelión frente a la norma es pecado angélico y él es de carne y de dolor muy humanos. Con inminencia regular de orto, se entrevera por los atajos del crimen disipando tinieblas de mito, la linterna eléctrica en su mano segura de policía.

A medida que el momento se acerca, su indignación le coacciona con mayor tenacidad. Se detiene a encender un cigarro, continúa con paso más acelerado cada vez. No... ¿Cómo va a dejarse ganar por el impulso de venganza, aunque él crea que

solo es de justicia? Apresura el paso todavía, se lleva el puro nerviosamente a los labios, menudea las chupadas profundas. Consulta el reloj. Dobla una esquina: una plaza pequeña que tiene como fondo una ancha calle de tráfico moderado. Tira Peralta su cigarro con violencia, levantando en el pavimento un haz pequeñito de chispas. Está menos inquieto...

Se detiene a la puerta iluminada de un hotel distinguido, que no es un hotel de lujo. Junto a la acera, un fastuoso coche cerrado. Al lado del chófer se sienta un hombre vestido de negro, que se toca con un sombrero hongo y se envuelve en amplia bufanda de viaje. A la mirada inquiridora de Peralta, responde con un imperceptible ademán de asentimiento.

El detective empuja, decidido, la puerta giratoria, penetra en el vestíbulo del hotel, se dirige al *bureau*, da un nombre y pregunta un número. Detiene el movimiento del empleado que se inclina sobre el teléfono:

—Estoy citado, no es necesario que me anuncie...

El ascensor le deja en una encrucijada de pasillos alfombrados que tiene algo de panóptico.

—Por aquí, a la izquierda —le indica, servicial, el botones.

Un solo golpe enérgico con el dorso de la mano, un golpe autoritario que, más que preguntar si «se puede», avisa que se entra. Ya en el interior, de espaldas a la puerta cerrada —permanece así, sin avanzar, un momento—, la figura de Peralta se yergue un poco teatral por la fuerza de la situación. A lo que contribuye, con fatalidad irremediable, el que la dama, que palidece hasta los labios sin pintar, sea una mujer soberbia. Su vestido es de un color y está cerrado en el cuello y en las muñecas. Pero desnuda hasta las sienes la frente dinámica, que recobra, con el ritmo normal de los pulsos, la blancura de sal fulgente de quien vuelve la cabeza y encara los ojos a la hoguera maldita de la ajena culpa, que es siempre la culpa máxima nuestra. Ni una alhaja descompone la simplicidad deliberada del atavío. Únicamente la riqueza del abrigo de pieles suntuosas denuncia sobre el diván un lujo desplazado allí.

—Me perdona usted la desconsideración, aparente nada más.

—Excesivo... —replica la dama sin mirarle, ya por completo rehecha.

[38] CHAO

—Imagino que no me esperaba —prosigue el detective dando unos pasos.

—No... Es decir: no tan pronto...

—Me consta que su pasaporte está en regla.

—No comprendo su celo en averiguarlo... Excesivo...

Las aristas cortantes de su voz metálica entre las pausas no suponen ironía. Su voz, como su temperamento, carece de gradaciones intermedias perceptibles. Ahora, inmóvil, mira al intruso y espera.

Peralta huye de la gravedad enfadosa de las formalidades y busca la daga eficaz de la fórmula. Al cabo de un silencio, dice:

—El hotel es de una modestia inconveniente para usted. No puede permanecer aquí. —Después añade, ya con decisión que no admite réplica—: Hay que mandar recoger este equipaje.

Como si no le interesara conocer el efecto de sus palabras, se aproxima al espejo de la chimenea de mármol y toma en sus manos el anticuado teléfono de mesa. Podría contarse por segundos el lapso de lo que entonces sucedió.

Peralta, en tensión de acecho todos los músculos —hasta el extremo de que se ha levantado sobre las puntas de los pies— vuelve, con gran lentitud y sin hacer el menor ruido, a colocar el teléfono, que no ha utilizado, sobre el mármol de la chimenea. Sus ojos están clavados en el espejo, que refleja la puerta de entrada. La empuñadura del pasador gira muy despacio, con un leve crujido. Hay una presión... inútil: la puerta está cerrada por dentro. Peralta había tomado sus precauciones, naturalmente. De puntillas, con muelle salto de bailarín, sorprendente en su pesada contextura, está él mismo junto a la puerta.

Una tabla de ley ciega separa dos impulsos: ¿qué fuerza incógnita pugna del otro lado, qué rebeldía abate su cólera enjaulada y resbala su picotazo mudo sobre una burla frágil; qué vida se represa allí, detenida con trampa de chiquero como el derrote fluido de un caudal; qué embestida cautelosa mella sus navajas, rematando sin pompa en aquella barrera; qué aliento se contiene en la angustia oscura de aquel instante? Peralta va a desvelar el sospechoso enigma con un tirón de su mano firme, buena manopla de cetrero.

De pronto, un cerrojazo. Es indudable: han introducido una llave y han cerrado por fuera, obturando la cerradura de modo que no sea posible utilizar otra llave desde dentro. Sí, efectivamente... Peralta ni siquiera intenta abrir. No se oye una pisada. Ni un eco.

El detective, entre interrogante y amenazador, se vuelve a la mujer, replegada en su margen de indiferencia sumisa, y se le enfrenta largamente con su fijo mirar. No hay palabras. Sabe que a ningún mandato suyo ha de oponerse. Porque nadie mejor que él conoce la magnitud de lo que allí se juega. Además, su manera rechaza el apóstrofe de guante blanco y palor truculento, dos veces repugnante en aquella ocasión y en aquel sitio. Va al teléfono con presteza y avisa para que suban a abrir:

—Alguien ha cerrado impensadamente desde fuera... También habrá que recoger el equipaje de mano... La señora abandona el hotel... Sí, ahora mismo... No, gracias: el coche espera ya...

Pasó la cuadriga del silencio extraño. Peralta «lo siente» con respiro de desenlace. Se oyen ahora pasos duros que se acercan. Pero... ¿qué sucede?

Han dado vuelta a la llave y los pasos se alejan, presurosos. Entonces algo se aclara con rapidez fulmínea, algo que se formula en esta exclamación mental del detective:

—¡No han tenido tiempo de subir!

El lienzo profundo del espejo registra en la frialdad de su pozo de olvido la evasión de una imagen. Abierta con violenta mano la puerta de la estancia, el muro se ha hecho mágico y transparente sobre el corredor iluminado en ocre. Por su tránsito aletea colado un golpe de aire que estremece las cortinas apagadas y hace timbrar la vieja araña de prismas.

Peralta se lanza en persecución igual que un perro. Ve por la espalda al hombre delgado que alcanza ya el cruce de pasillos, pateando la alfombra con prisa y brutalidad. Lleva en la mano el sombrero flexible y, al doblar la esquina por la derecha, recibe su perfil la claridad suficiente para que el detective fije su instantánea con avidez: nariz merovingia, barbilla en punta, pelo muy rubio.

Tuvo Peralta que renunciar. Algo más urgente y comprometido le ata y le retiene dentro del hotel, y dividirse, a veces —en esta ocasión, por ejemplo—, es debilitarse. Se conforma con haber captado la seña personal del «hombre del pasillo», la base

mínima para llegar al documento y a la ficha. Esto es bastante: es mucho. Ahora, más que reducir la libertad ajena, le interesa recobrar plenamente la propia.

Cuando llega, portador de la llave, el empleado, Peralta tiene en sus manos el abrigo de pieles de la dama y le abre, acercándose a ella con lentitud en la sonrisa y en el gesto galante. Ademanes y palabras tienen un ritmo distinto de expansión, han sufrido un *ralentissement*, han recuperado la fisionomía habitual de la segunda naturaleza.



Dos testimonios vagos —del empleado del *comptoir* y de la señorita del guardarropa— y uno preciso —del agente vestido de negro que esperaba en el coche de la millonaria argentina— confirman al detective en su fugaz visión del hombre rubio. El coche rueda ya por la carretera de Aragón, señalando una falsa ruta.

El detective insiste con la señorita del guardarropa:

—Dice usted que dejó aquí el sombrero y el sobretodo y que los recogió al salir.

—Sí, señor.

—¿Cómo es posible que en el *comptoir* no se advirtiera su entrada?

—Vendría aquí directamente.

—¿Y está usted segura de que recogió aquí mismo su sombrero, de que no traía un sombrero flexible en la mano?

—Segurísima.

—¿Era su actitud de prisa, de impaciencia?

—No, al contrario...

—¿Tenía acento extranjero?

—No habló una palabra. Ya le he dicho que tipo extranjero, sí... Parecía un alemán.

También el empleado del *bureau* —que le vio salir aunque no le viera entrar— repite que el hombre rubio no daba señales de apresuramiento.

Peralta piensa que si acudió al guardarropa en primer lugar, fue para eludir el control y que si, cuando él le sorprendió, fugitivo, llevaba en la mano un sombrero flexible, fácilmente ocultable, era para evitar la detención en el guardarropa si se veía

obligado a salir con apuro. Dada la cruda temperatura otoñal, habría de sorprender la salida precipitada de un hombre, ya no joven, sin sombrero... Como no se vio perseguido, se presentó en el guardarropa tranquilamente, con toda calma: «con flema», se dijo Peralta (sonriendo) en voz alta casi... Por otra parte, la duplicidad que posiblemente se derivaría del *trick* de los dos sombreros... Quedaba, con todo, un peligro sin cubrir: la pista del sombrerero y del sastre en las prendas hipotéticamente abandonadas. Pero en semejante inocencia no había que pensar...

No ocuparon mucho tiempo al detective estas conjeturas. Se encuentra en la calle de nuevo entre gentes que salen de su trabajo, grupos de desocupados gesticulantes, mujeres agobiadas por el aburrimiento, voceadores de periódicos. Un reloj, rabiosamente consistorial, da la hora en una torre que pone rejas dobles sin claveles a la al-tisonancia de las campanas. Sumergido Peralta en el tumulto callejero, abriría una pantalla protectora de su sensibilidad auditiva como abre, el que se deslumbra, las manos en visera sobre los ojos. Acaba de ganar su partida de hoy y..., sin embargo, le dura un malestar insistente y minúsculo, algo así como si le hubiesen arañado sacándole una línea ardiente de sangre.

(Verdaderamente que Peralta corre un peligro con el que no cuenta. Se merece que desde una de esas bocacalles de vieja cultura le aceche un genio feo, de abolengo acumulado, y que eche sobre él uno de esos personajes horribles que amagan con el índice ideológico en alto y dicen, «en representación del autor», verdades crueles que castigan y enseñan con mordacidad de disciplinas:

—Vamos a ver: ¿por qué era de modestia «inconveniente» el hotel para esa... seeñora? ¿Por qué...?

Estamos viendo a Peralta volviéndose con americana despreocupación y argentina suavidad al literario espectro para decirle:

—Bien, amigo: pero lávese.)

Los móviles de una acción suelen ser, para el detective, de competencia secundaria. Por eso no insiste, por ahora, Peralta, sobre el único punto que, tal vez, opone franca dificultad a una inmediata elucidación: el motivo que indujo al hombre rubio a abrir la puerta cerrada por otra mano. Porque esto era de evidencia indubitable para el expertísimo

[42] CHAO

policía: que andaban en el juego dos personajes distintos. El último —de bien inferior calibre— apenas le preocupa. Su rutina profesional sin secreto le salvó de pagar cara una intervención que más que generosidad fue alarde. Tal vez... Para Peralta, en todo caso, la figura del hombre rubio queda provisionalmente eliminada del campo de su atención.

Aunque, por ser puntual, va despacio, le aguija con impaciencia un verdadero anhelo de distracción y reposo mientras se dirige a casa de sus deudos para sentarse a su mesa y compartir palabras amigas. Le mueve el deseo de olvidar profundamente, fecundamente, con lasitud querida en doble sentido, la tirantez de forzado que le retuvo, en su esfera prescrita, de seis y media a nueve.



Carretère es uno de esos tipos de los que todavía se dice que han sido una «gran» figura y han ocupado una «gran» posición y han «arrastrado un gran tren». La historia indecente, apestosa a colillas y escupideras: el juego, las mujeres, el vino... Ha sido él mismo quien ha contribuido no poco a que se forme la pobre leyenda de sus grandezas de fantasmón caído. Se llama Lucio Carretera. Pero como habla, por defecto, con la «eggue» y como tiene la manía de salpicar de galicismos y expresiones francesas su conversación castellana, sus compañeros de oficina empezaron a llamarle Carretère y el remoquete hizo fortuna. Era hombre que se había batido en duelo, pero tan cortés como valiente. Y más que amable, melifluo. Excepto cuando se encontraba en una plaza de toros o cuando tenía que hablar por teléfono. Contestaba con rugidos a las llamadas telefónicas y en su tendido bramaba como un león de Etiopía. El pobre majadero también era temible con los dados en la mano. Casi representaba los setenta y seis inviernos cumplidos que tenía, pero estaba duro y terne y era de extraordinaria vivacidad. «¡A mí no me jubila nadie!», solía decir. Efectivamente, hacía años que desempeñaba con carácter provisional lo que sus mañas y habilidades habían convertido en un cargo vitalicio. ¡Y bien sustancioso!

Peralta no creía mucho en la vida de crápula que Carretère se achacaba a sí mismo: ¡el viejo bebía ferozmente café!... Por otra parte, pensaba que, como suele suceder en cierto

tipo de mentiroso, extraño a la patología, eran realidades palpables y no fantásticas lo que procuraba tapar con sus mentiras o con la desmesura de sus exageraciones. Además: no mentía siempre, ni mucho menos... Peralta sabía muy bien eliminar sus hipérboles; y sus «verdades» le eran, en ocasiones, muy útiles. Ah, si siempre dijera todas las que sabía...

Carretère tiene delante el tercer café negro cuando el detective, que le ha hecho esperar contra su costumbre, penetra en el local apacible y poco frecuentado.

—¿Se han enterado en la Embajada británica? —pregunta, con voz discreta, ofreciendo un habano al viejo, que se apodera de él vorazmente.

—No queriendo yo, nadie se entera.

—Bien, bien, pero... ¿ha querido usted? —replica Peralta, un poco impaciente.

El silencio de Carretère, vulgarísimo en su elocuencia, confirma al detective sus temores. No busca rodeos, ni espera más. Saca de la cartera el cheque preparado y lo pone sobre la mesa sin el menor disimulo.

—Conformes. El asunto «es» perfecto —dice, muy amable, Carretère. Y con un cambio brusco de tema—: Me ha dicho García que pronto colaborará con usted.

Peralta, muy tranquilo ahora, acepta complacido el viraje de la conversación.

—De eso se trata.

—Algo susceptible es. Y con aquello de Cádiz...

—Yo acepto con gusto su colaboración, porque es hombre experimentado que conoce bien esta latitud —responde el argentino, eludiendo.

Carretère junta los puños sobre el pecho, levanta los codos simulando una gran amplitud de espaldas y añade, aludiendo plásticamente a García con una risa bonachona:

—Bajo y *trapu*: ¡buen *cogneur*!

—Y de una acometividad imprescindible en determinadas ocasiones.

—Famoso bárbaro... ¡ah, qué García! Frenándole puede dar rendimiento, *ça va sans dire*... Además es incansable y está siempre en la brecha con diligencia excepcional, estoy por decir que con verdadera saña. —Carretère oculta la mirada y recalca acerbamente la expresión. Pero la atenúa en seguida—: Es que ese es policía por instinto carnicero... ¡Yo le quiero mucho!...

Peralta se ríe francamente al replicarle:

[44] CHAO

—Su afecto está compensado por parte de García en moneda legítima... ¡le quiere a usted mucho!

—¡Oh, de siempre!... —exclama el viejo, ponderativo. Su amabilidad, llena de gradaciones y matices solapados, con explosiones repentinas, producía una repulsión invencible. Parecía remedar, a veces, la olvidada sombra del señorón que se inclinaba sobre un flácido escote de palco de ópera. Especialmente cuando la entrevista había sido para él de resultado positivo, la despedida era temible. Nada le arredraba. Una noche de éxito, remató así a Peralta, sin inmutarse: «*Cher maître*: ¡a los pies de usted!». Pero esta vez la despedida quedó frustrada trágicamente.

El detective, con su aguante portentoso, resistía, impertérrito, las inútiles tarascadas del histrión glacial. Pensaba de él que aquella elasticidad íntima de espada, al permitirle doblarse tan eficazmente, le permitiría también vivir cien años tomando café. Sabe que con un listo no vale la listeza. Que solo el golpe o la paciencia de quien puede imponerse le reducen. Por eso se armó de paciencia desde el primer momento y con tal arma descarga, secamente, alguna vez, sus golpes.

—Usted nació en un pueblo de Ávila y ha sido recaudador en Extremadura —dice, de improviso, sorprendiendo a Carretère, que no se deja sorprender, como el payo cauteloso no se deja asombrar por el sonámbulo de circo.

—Yo me considero madrileño... Ah, *pardon*, antes de que se me olvide, digo, si no soy indiscreto: después de tanto revuelo, ¿no le extraña este silencio en torno de Chao? ¿*Est-ce que* ha hecho usted alguna visita por las gerencias de los periódicos? ¿O la ha hecho otra persona?

—Aquí no hay esa costumbre. Usted sabe muy bien que suele bastar una súplica justificada y atenta a las direcciones.

—¡Sobre todo cuando es don Justo Peralta quien la hace!

El argentino apenas le escucha. Le contempla, como abstraído, un instante. La sobre haz de su pensamiento tácito, transcrito en exclamación expresa, con toda su banalidad aparente, podría formularse así: «¡Debe haber sido un hombre guapo, este canalla!».

Es indudable que Carretère chochea ya un poco. ¡Y cómo sabe servirse alevemente de esta flaqueza! Por ejemplo: para no enterarse de determinadas preguntas.

Peralta, que ha vuelto, súbito, de su cavilación, le requiere con suavidad:

—Diga, don Lucio, usted tiene un hijo, ¿no?

El viejo no se entera. Lleva a los labios el vaso de café: su mano tiembla más que de costumbre.

—Hace frío... —murmura. Y mira hacia la puerta, que se abre.

Ha entrado en el local un hombre muy alto, joven todavía. Un hombre elegante... ¿Elegante?...

Hay algo de insensible, de violentado, en la impasibilidad inglesa, que es una falsa virtud. Pero en lo que se refiere al punto de negligencia y descuido, estudiadísimos, en cosa tan importante como es la indumentaria, son admirables, son inimitables los ingleses. El más hermoso muchacho egipcio, bien vestido a la inglesa, parecerá siempre que viene de retratarse. Un egipcio no debe nunca vestirse así.

El hombre que ha entrado en el café se detiene, un instante, aislado, enfocado bajo una luz. Su cara es de un moreno frío que presta exaltación metálica a la regularidad excesiva de las facciones. Su gabán es impecable y todo su atavío recuerda el lujo de algunos matadores de toros que son señoritos modernos y no usan alhajas ni perfumes y sí tienen lleno de reflejos el cabello oscuro y los finos zapatos lustrados. Mas también podría ser el desconocido un levantino; o el hombre que Alfonso Reyes definiría como «un tropical», un secretario de la Legación de Venezuela en París, por ejemplo. Es evidente, pues, que no se viste a la inglesa, pero sí es elegante, cómo no.

—¡Hola! —dice, saludando familiarmente a Carretère. Y se dirige a la mesa que este y Peralta ocupan—: ¿Ustedes permiten? —Tiende la mano a Peralta y hace él mismo su presentación—: Ramón Castañer...

El argentino no tiene tiempo de contestar. Carretère, presa de un ataque de tos convulsiva, oculta el rostro en un descomunal pañuelo de seda cruda que sostiene con las manos temblonas.

—Me siento mal —dice, cuando se calma un poco. Y levantándose—: Estoy algo congestionado. Ya pasará... Un momento, soy con ustedes en seguida... Agua fría en las sienes me hará bien...

[46] CHAO

No espera réplica ni ayuda y se dirige, con insospechada rapidez, al lavabo. Cuando furtivamente vuelve la cabeza hacia el grupo de los dos hombres, en su cara hay una auténtica, una incontenible expresión de terror.



Si se consigue captar lo típico del individuo, se sabe, con aproximación prácticamente útil, cómo ha de reaccionar en circunstancias determinadas. Porque se aprende, pero no se cambia: queda siempre una última intimidad radicalmente inalterable. A Peralta le desconcierta, por eso mismo, un poco, la extraña conducta de Carretère. Hay algo allí que falla inesperada, inexplicablemente. Sin embargo, juzga razonable estar alerta.

Cortada su réplica a la autopresentación del llegado —que se ha sentado a su derecha—, el detective, que tenía en la mano la petaca de piel marroquí, le ofrece, con movimiento maquinal, un cigarro.

—Gracias, fumo solo cigarrillos. Dicen que a los que fuman puro les engañan sus mujeres. Yo no tengo mujer, pero tengo esa preocupación. Una tontería... una tontería más... —Le interrumpe el mozo preguntándole su deseo. Su deseo es—: Una copa de aguardiente de Cazalla.

Peralta no reprime (no vale la pena) un gesto de leve sorpresa, de desagrado. Se ha dejado sugestionar por la torpe rusticidad de las palabras. Y su interlocutor, que lo ha advertido, comenta, con antipática desenvoltura:

—Raspa un poquito. Pero es la más espiritual de las bebidas espirituosas. A pesar del clavel en la botella, su esencia, más que jacarandosa y rural, es mosqueteril y romántica. Agua ardiente, corrosiva y dulce. Algo que abrasa las entrañas, intolerable para los señores de la hiperclorhidria y el bicarbonato.

—Y el más activo cordial para los desfallecimientos repentinos —ataja con crueldad Peralta, guillotinando en frío la ensortijada testa de la viciosa argumentación.

—Incuestionablemente —asiente Ramón Castañer sin evidenciarse. Enciende un cigarrillo y olvida su copa.

Hay un silencio que interrumpe el argentino:

—Es curioso que viviéramos en París en la misma calle, aunque solo breves días, y que viva usted ahora igualmente en Madrid en la misma calle en que yo vivo, número...

—Treinta y cuatro... No le digo que en esa dirección «tiene usted su casa» porque, como habrá advertido, soy algo receloso y desde este mismo momento ha dejado de ser ese mi domicilio.

Peralta se levantó rápidamente:

—Dispense: me ofende esa luz. Prefiero sentarme de espaldas a la puerta.

—Como guste, señor Peralta...

—Sí, perdone el olvido: Justo Peralta... Sabrá usted, desde luego, mi dirección actual... y la anterior también, ¿no?

El sedicente Castañer, sin suavizar para nada su ademán de impertinencia, replica:

—Eso lo sabe cualquiera.

Y Peralta, con naturalidad:

—Sí, cualquiera: usted, por ejemplo.

El detective lanzó el plomo del agravio como una sonda de exploración en la tersura engañosa de aquel engreimiento intolerable.

Una contracción de tristeza, de dolor casi, ennobleció, con parvo reflejo de conmoción profunda, la belleza agresiva del semblante hostil. Castañer levantó la mirada joven y la puso, abierta y tibia, en quien ya era declaradamente su adversario.

La sonrisa buena de Peralta veló la desnudez de la pausa embarazosa y su voz la cerró, tranquila y firme:

—Diga: ¿usted recibe *The Times*?

—Sí.

—Algunos días, como ayer, con cierto retraso.

—Sí...

—Pues vea usted cómo, por una casualidad inocente y nada extraña, he venido a averiguar, sin proponérmelo, sus domicilios o paraderos últimos de París y Madrid.

[48] CHAO

Tenemos el mismo cartero, correspondiente a la misma estafeta, y los dos estamos suscritos a *The Times*. Un bordecito de goma de la faja de su paquete de ayer se adhirió al que venía dirigido a mi nombre y el cartero los entregó juntos. Se devolvió el suyo aprovechando el segundo reparto de correspondencia y usted recibiría, por lo tanto, su paquete, con unas horas de retraso. Ahora bien, el ejemplar venía reexpedido de su dirección de París, que, pensando lógicamente, sería la última. Parece que no me he equivocado, pero créame que tiene sus quiebras grotescas este sistema de deducción, quiero decir este procedimiento, y que aludí solo por broma a lo que para mí no han dejado de ser sus direcciones privadas... privadísimas. No me crea capaz de jugar despistadamente a Holmes y Watson. En cambio hay alarde y... enigma en su conocimiento de mis domicilios privados. Supongo que no pretenderá usted jugar a Lupin...

—No... ¡cuitado!

La incoherencia, la dulzura y el exotismo prosódico de la exclamación lograron lo que la anterior actitud del soberbio mozo no había conseguido: desconcertar un segundo a Peralta. No por lo que se le ocultaba, no, al contrario: por el abigarramiento, por la frondosidad de lo que se le descubría.

Todavía no sabe el detective si el hombre que se sienta allí, del otro lado de la mesa de café, «puede irse». Pero claro que él mantiene en aquel momento lo que considera su obligación mantener y que puede expresarse con una palabra única: dominio. Por eso se ha «situado» previamente con sabia precaución. No quiere ser el primero en aludir a la ausencia, ya con exceso prolongada, de Carretère, ni quiere delatar inquietud mandando al camarero que averigüe. Por desgracia hay que poner, a veces, la habilidad al servicio del talento. Una fuga inopinada del viejo por el escotillón de la puerta de servicio no le preocupa. Sabe que ha de volver, si puede, que carece de valor para enmascararse. Y sobre todo: que a su edad se es necesariamente fiel a las traiciones. Lo que exige ahora extrema vigilancia, dado lo insólito de su conducta, es una posible proximidad acechante. Peralta comprueba al tacto que no falta la potente linterna en su bolsillo. Después, aprovechando la taza de té que se lleva a los labios, examina —como esos présbitas que miran por encima de las gafas—, con mirada fugaz de experto, la instalación eléctrica del local.

Todo previsto y cerrada la salida, el detective acude a su petaca y espera.



Replegado en buen orden, en apariencia indemne, ileso, Ramón Castañer se estira nuevamente guarecido en su soberbia. También él pasea la mirada inquiridora en torno, pero con lentitud detallada. Al cabo dice:

—Se está bien aquí. —Y reclinado sobre esta insospechada aseveración, empieza a hablar de arquitectura moderna con raro acento impreciso y segura sintaxis. Parece que está muy enterado.

He aquí un tipo humano peligroso en su brega para otro que no fuese Peralta. No se deja el argentino sacar de sus casillas, ni acepta otro papel que el contundente de delegado de la autoridad que callando otorga o interviniendo prohíbe. No hace una conversión de frente para maniobrar con flexibilidad de estrategia: mantiene, irreductible, sus posiciones, es decir, su dominio ganado con sabia previsión. Deja contonearse a su adversario sin tomar parte en el contoneo. Sabe muy bien que con las conversiones de actitud puede suceder lo que con algunas conversiones de credo: que, además de lo que no son nunca, son siempre la equivocación a que aludía Fouché (el archiাপóstata, equivocado a la postre, que, como no sabía reírse, no le importó —después de lo bailado que nadie pudo quitarle— no reírse él último).

Es Castañer «muy largo» en todos sentidos, como esos toreros que, sin culminar excelentemente, son eficaces y completos. Por eso perderá en el parangón y en la contienda quien, sin disponer de dotes excepcionales —o singulares por lo menos— se deje atraer por su destreza y seducir por su reto demostrativo. Los discretos y los callados que no lo sean genialmente (Peralta lo es), los artífices y los cortos, harán bien en mantener su reserva razonable. Si se tiran al ruedo de la lidia, se arriesgan a que les empitone el ridículo sin piedad.

No, no es lo mismo la pugna en el gabinete que la esgrima de justa en grande y a campo abierto. En grande y con esa forma de grandiosidad entonada que es la

[50] CHAO

grandeza. Lo grande, que no es necesariamente lo voluminoso, puede ser terriblemente esquivo. Esquivez: pasividad candente. Lo raro es menos condición de lo precioso que lo esquivo. Lo esquivo es difícil y puede ser, no solo monumental, sino copioso, uránico, magno y puro como un monte sin accesos. Pero el discreto y corto, no singular, se encuentra desplazado en la plaza y hace mala figura. Se le ve más la cojera a un veragua tremebundo que a un grillo canoro.

Lo grande no solo exige valer más, tener más valor, exige también exactitud y agilidad y precisión mayores, más delicada gracia y más delgada finura. Además puede el fuerte gladiador agitado —si no lidia desnudo— desceñir la guerrera sudada y rutilante y bañarse... si hace falta, en agua de rosas. Y metido ya en el batín de casa, buscar la poltrona y requerir la lente y el filtro y el estilete premeditado que usa como plegadera.

Sin embargo, pocos son los llamados y menos los elegidos: la siniestra faena portentosa y la diestra capacidad, primorosa y menuda, suelen excluirse. El discreto, el corto, debe, pues, taparse y no aceptar el terreno cambiado que se le brinda, tal vez por un hombre «largo» y mediocre. Cuando el púgil de mucha escuela y escaso *punch* se atreve a fajarse y a «cambiar golpes» con el *fighter*, está perdido. El más tosco golpador acabará holgadamente con él. Por eso un *manager* inteligente no pondrá nunca a su pupilo en semejante trance. Y por eso no debe tirarse al ruedo de la lidia y sí atenerse al *manager* de la prudencia el discreto que no quiera dejar de serlo. Que Peralta no se encuentra en este caso es evidente. Pero conviene poner de relieve el peligro que un hombre como Castañer supone para quien no sea Peralta.



A Carretère le había dolido bien poco la enfermedad de la vejez. En el enfermo se transparentan, agudizándose, virtudes y miserias. Miserias casi siempre y nada más. De estas cosas quien menos suele saber es el médico, que viene a ser el marido ignorante de la adúltera. El enfermo, en cambio, sabe hacer su comedia ante el doctor.

Carretère aparece con salida tabernaria: poco le falta para dar traspies igual que un ebrio. El rostro de Peralta se ha endurecido al verle. Si siempre es de medalla su corte vístico, doblemente ahora que se acusa con inmovilidad increíble.

El viejo se detiene, se apoya en el respaldo de una silla, se curva demudado por la cara blanca del morir. Castañer acude con presteza y disimulo a sostenerle. El busto del detective se duplica, duro, dentro de los párpados del desmayado. Aunque se rehace en seguida, la mueca de su expresión afilada le deforma sin transformarle, le exprime y exalta la caricatura o la parodia: es más que nunca él mismo, al descarnarse.

Llega hasta la mesa fácilmente y se sienta junto a Peralta, que parece no participar en lo que allí está sucediendo. Castañer, moreno cobre, queda de pie, alto detrás del viejo doblado; se yergue, masculino, como el trasplante letal de la saga hiperbórea. Qué, ¿es la muerte ya con su ballesta?

Pero también se sienta Ramón Castañer.

—Está muy mal —dice, bajito, inclinándose hacia Peralta, que replica:

—Está muy viejo. —Y añade, alzando la voz—: Don Lucio: su amigo le acompañará.

Se levantan los dos hombres jóvenes. Castañer se adelanta a poner dos monedas encima de la mesa. Y —tomándole del brazo— se lleva, casi en vilo, a Carretère. Afuera está su auto. Peralta, que les ha seguido, apresura la despedida, sin fórmulas. Aún se ve a Castañer izar al viejo como a un niño en sus brazos de gigante y depositarlo con suavidad en el interior del coche.

Dentro del café recoge el mozo las monedas que quedaron sobre la mesa, las examina: son dos duros sevillanos. Pero los embolsa naturalmente, con esa resignación del español para aceptar la moneda falsa, digo, con esa satisfacción reincidente con que se aferra a ella, prefiriéndola a la legítima. De los duros sevillanos se dice, se exclama: «¡Son mejores que los otros!».

Ahí queda el aguardiente cazallero en la copita colmada, que se agranda con orfandad en un primer término atravesado y se descompone y se quiebra. Es algo intacto, sin apurar en su naturaleza, propicia a la transmutación noble de Pablo Ruiz, el de la capa monzónica y el quite constante (siempre con su ambiciosa mano de

[52] CHAO

jabegote liberto coleando cometas igual que novillos, en un cielo de horóscopo). Es algo que efluye y se adapta y vaga por los arrabales y los aledaños más comprometidos. Motores en la playa de Sanlúcar, el penal y la mina y el camino de hierro, Cartagena, Huelva y Alcázar de San Juan, la muleta grana de los guardagujas.



El crema y rosa de Salvation Army o de sociedad protectora de animales esconde apenas, bajo el reblandecimiento de su envoltura, una dureza de hueso malo de roer. A Jesús Quintero le repelían igualmente las asociaciones de beneficencia y las casas de baños públicos (es decir, la moral en común y el baño en manada), pero, aunque le repugnase compartir estas cosas, no podía poner a su sensibilidad compartimentos estancos y decir hasta aquí me conmuevo —para mantener la obra muerta de lo ecuanime a flote— como dice esta y no más el señor que no se ha emborrachado nunca. Le sublevaba sobre todo el que se pretendiera enarbolar, con sucio alarde humanitario, contra la protección de animales, el argumento de los niños abandonados, y precisamente por los que aborrecen tanto a los niños como a los animales que no son de su propiedad. Así, Jesús Quintero, que fuera de España había sido ingenuo defensor de las corridas de toros (con las reservas de decencia elemental), paga puntualmente en Madrid su cuota de miembro de la sociedad protectora de animales y aporta su granito de proselitismo persuasivo, a veces con entusiasmo sincero de neófito.

Había querido descansar, estudiando, en un pueblo rico de la costa santanderina. Era su primer veraneo de España y fue memorable: dejó en sus noches la marca del espanto sobre el sumidero de las pesadillas angustiosas. Hay algo desde entonces que rastrea y se crispa en sus horas de sueño, minando la equilibrada economía de su reposo. Pero no se trata de horrores fuera de la común norma, vigente aún entre hombres pensantes. No, al contrario: se trata de algo regular y cotidiano en uno de los lugares más civilizados de España, donde no hay analfabetos y sí hay personas que «han leído mucho», que han viajado y saben inglés. Se trata, en fin, de algo que a nadie indigna ni sorprende.

—Has de caer.

—No sabe usted la verdad que dice: he de caer con lentitud, tendiéndome por voluntad resignada, después de haberme apartado del camino. Así he de caer.

—Y... ¿por qué he de apartarme yo si nadie viene?

—Claro, usted no ve venir a nadie —replica vivamente Jesús Quintero, un poco dolido, pero, al mismo tiempo, con una fuerte ironía desacostumbrada. Aún añade, enérgico—: Hay que andar «con la barba sobre el hombro», igual que los soldados de Cortés. Pero como sea ello: si usted no conoce y no reconoce, porque no quiere o porque no puede... ¡defiéndose!

Al mismo Quintero le extraña la violencia nueva y excesiva de sus palabras, que caen sobre el terco viejo agruesado como un argayo que se desprende. Decididamente, el muchacho se desmanda. ¡Él tan comedido! Inexplicable... ¿Será porque le hablan de tú? Su actitud resuelta es la de aquí hay un jaque y ¡rece el Credo! Inexplicable, inexplicable. Además, le parece haber oído lo que va decir. ¿Lo había dicho ya él mismo? ¿O va a repetir como un catedrático de liceo? Porque no solo sabe lo que va a decir: sabe también lo que le pueden contestar, con psicología de parlamentario curtido. Repetición, repetición. Desde luego, tiene el convencimiento de que no defiende nada y de que ataca, que no es la misma cosa. Y sin motivo evidente ni subterráneo y en nombre de algo que no es suyo. Siempre se combate por lo ajeno, por lo que no es nuestro y necesitamos o por lo que nos hemos apropiado y no queremos soltar. ¿Siempre?... Ahora le hablan de tú a Jesús Quintero. Y él se descoyunta todo como un tanque laminador.

El auténtico energúmeno ibérico es jaro y de Valencia. Pero hay múltiples aproximaciones, más o menos mixtificadas y eficaces. Este plantígrado, flojo de garra, que tiene ante sí Quintero es de injerto y recría y, tras un proceso de estabulación pirenaica, olvidó nada menos que su Roma y su Jerusalén originarias, como olvidó su Asia desértica el caballo inglés de Hyde Park.

No se había sentado el estudiante. Tenía la sospecha de que el viejo no estaba tan solo allí, en su butacón de pana. Al llegar por el pasillo, iluminado pobremente

con una lámpara de bayoneta y filamento de carbón, se percibían voces y luces violentas a través de la puerta a medio abrir. Cerraron desde dentro con un portazo, apagándose la rabia de las luces como por un golpe de aire y atenuándose la estridencia de la peroración, que empezó a tener eco de vecindad a través de un tabique medianero y con ese tono bélico de consejo de horda que adquieren en esta latitud las disputas familiares entre amigos. Dos golpes decididos a la puerta hicieron el milagro de ahogar toda la resonancia verbal, como si se hubiera desconectado un altavoz. Mas, cuando hubo entrado, vio el muchacho los ceniceros llenos de colillas y vio poso negro y amargo en las tazas cafeteras del velador. Pero no había humo. Extraño. Quintero permaneció de pie en la estancia llena de luz eléctrica y de fría transparencia inmóvil. Rastreaba con disimulo la huella hirsuta de las voces idas: estaba en guardia. Pero él había hablado también. ¿O es que iba a hablar?

De pronto se oyó un siseo, como de metales al rojo blanco. El muchacho se volvió con desconfianza interrogante:

—Es el brasero que se enfría —dijo, riéndose, el viejo.

Jesús Quintero no se dominó ya. Habló con tal vehemencia que a él mismo le parecía que estaban gritándole al oído.

El viejo se encogió en un repeluzno de indiferencia y de a mí qué y dejó caer sobre las rodillas una mano que abrió su rugosa palma bajo la radiación de las luces. Quintero leyó mentalmente en sus rayas sinuosas. Y resumió su lectura en una totalización caracterológica y quiromántica que a él mismo le dejó estupefacto: «¡Pero si esto lo sabe todo el mundo y él mejor que nadie!», se dijo. A pesar del desconcertante descubrimiento, repitió Quintero la lectura tácita, para convencerse, acaso, de que algo tan evidente puede ser verdadero. Como un rezo de liturgia anquilosada y hueca, reiteró:

—Es maldiciente, solapado, ingenioso, tozudo, socarrón, sentimental, maniaco y un poco tonto. Y le agrada que se lo digan.

Abrió un balcón para respirar: le angustiaba aquel aire de gruta. Se encontró asomado a la escalinata de un entresuelo que daba al semipatio de recurso, con su solar descampado y su calle a medio abrir, posterior y nocturna. Lámparas y llamitas cerca

y lejos, arriba y enfrente. Muy próxima, una hoguera de resplandor sin incendio, ofuscadora su lengua resollante de gas corrosivo. Hacían este fragor y esta luz unos obreros —engafados y hundidos en una trinchera— que soldaban el hierro negro de un tubo. Abierto, casi al pie de la escalinata, se sume un pozo de atarjea y sobre él hay una cabria inmóvil con su trinca de garrote patibulario y hay una estaca que sostiene, como un grito suspenso, la linterna roja de la precaución.

La desmesura imprecisa de lo pequeño, cuando se trata de algo vacío y no deliberado (lo grotesco menudo e inconsciente), es lo que digiere con mayor tortura el filtro sensible de la inteligencia. Ni en más amplia escala se justifican ciertos fenómenos por una razón de ser. Pues, si concebimos la expansión exacta del tornado que aniquila, no nos explicamos el anticiclón incierto, ululante y desmedido, que no va a ninguna parte. Siendo esto así, ¿qué suplicio será para un espíritu de noble inteligencia esa cosa literalmente acerba y monstruosa y nimia que es una tempestad en un vaso de café! Jesús Quintero desorbitó los ojos incrédulos y se llevó las uñas a la cabeza destocada y su rostro formó el visaje de la desventura. Ingenuo y pueril, interrogó al reaparecido, le preguntó si era su visión verdadera:

—Ah... ¿pero está usted ahí?

No le oyó el viejo implacable, ahogada su exclamación por el estruendo de los soldados. Le había jugado la vuelta y llegaba transfigurado. Forzada metamorfosis. Sus pasos querían ser enérgicos y empuñaban sus dedos anchos el bastón de estoque de la represalia. Andaba suelto el ogro, al viento la bufanda gris, fugitivo de la espelunca, trifauce para amedrentar a los niños. Su naturaleza, hecha de fea obstinación, al salir despedida por la puerta se acercaba, fatal, a la ventana.

Recibió en la cara el vómito resplandeciente, que le enmascaró con su baño violeta, quimérico viejo extraño. Se llevó una mano a los ojos, ciegos de luz, mientras con la otra blandía el bastón igual que un puntero de castigo, señalando al muchacho atónito, al mismo tiempo que le apostrofaba con su voz poderosa:

—Aquí estoy: ¡no me aparto!

Reprimió su réplica Quintero, calculando el alcance de sus pulmones antes de disparar la voz. El clamor de los sopletes inflamados le imponía el tono de esos

[56] CHAO

diálogos bárbaros de tendido a tendido. En cuanto fue posible hacerse oír, hinchó el cuello y desató sus palabras, excitadas por un matiz de súplica:

—Si no quiere apartarse, ¿cómo puedo, entonces, tenerle compasión?

—¡No quiero compasión!

—Tampoco es apto para el amor.

—¡No quiero amor! Quiero acabar como todos... como casi todos. ¡No me aparto! No quiero confirmar ninguna regla con la presunción imbécil de la originalidad. No me aparto. Pruebe el topetazo generador: lo prefiero así.

Quintero advirtió que el viejo le hablaba de usted, como esos papás que se ponen serios con sus hijos. Pero cambió súbitamente de actitud y empezó a reírse con una de esas abominables carcajadas de trémolo que fingen los cómicos. Después se aproximó. Y con tal renqueo de premura y con un aire tan persuasivo y confidencial que el muchacho descendió la escalinata a su encuentro. Desde el último escalón se dobló, heroico, para escuchar, iniciándose entre ambos un desafinado cuchicheo mantenido en voz alta.

—Lo que aquí sucede no es que usted llega: lo que en realidad ocurre es que yo sigo, que llego también. Este alivio verbal es solo un alto en mis errancias y por eso me ve usted plantado sobre un falso poniente.

—¿Y si es falso poniente resulta un amanecer verdadero?

—El sol sale por todos los caminos y este choque de cruce no quiere decir que yo me ponga en el suyo. Espere y déjeme pasar.

—No puedo: es mi ocasión..., mi coyuntura.

—Piense que pasado mañana volverá a ser la mía.

—Me asombra que usted crea, como yo, en el resurgimiento de la carne. Cuando el actor chino muere, caído en escena, se yergue de nuevo: su cuerpo resucita encarnando su alma. Vaya del camino y échese a morir. Téngase después recto en su efigie, ni delante, ni atrás: al margen. Situado en el eje de su sistema liliput en movimiento, signo de equidistancias.

El viejo —que confundía el límite con la limitación— se sintió gratuitamente humillado en su soberbia rústica. Interrumpió a Quintero con impaciencia:

—¡Por ese lado está franco el portillo!

—Gracias: su rumbo de vuelta no es mi rumbo de ida —replicó el muchacho.

La factura decida y cortante de estas palabras impresionó, en apariencia, a su interlocutor obstinado, que hizo una mueca de conciliación acogedora como una tenaza que se abre. Violentando la sonrisa, impulsó nuevamente el diálogo:

—No domina quien más lejos llega sino quien más alto sube.

—Pero... hay quien sabe tirar por elevación y quien dispone del percutor sutilísimo de lo radiante que penetra los cuerpos.

Algo tenía el viejo de hombrón heráldico, rampante sin nobleza. Era de piedra tenaz su insistencia indomable y el muchacho no tenía más defensa que un revólver de calibre infantil, un arma de torneo entre sedas, como el puñalito de un paje. Pero desconfiaba el cazurro de sus articulaciones oxidadas.

Pesadez de pesadilla. Jesús Quintero no sabía cómo librarse de aquella opresión. Rezó unas palabras de jaculatoria:

—¿Por qué me hizo llamar? Nuestro encuentro es ficticio. Aunque no soy luchador, acepto, si es necesario, la lucha. Pero otra. ¡Más dura! Esta pugna de patio me invalida. Déjeme, déjeme. ¿Por qué no me deja?

—Sería tan fácil... ¡sería tan cómodo! Pues será lo más difícil. Ahí es nada, que le dejen... Pero yo no le voy a entretener mucho: ¿no ve que ya me han gritado el mándese cambiar, como usted diría, no ve que estoy retirado, que sufro de gota? A usted, que tiene piernas y agilidad, le sobran facultades para saltar a la torera sobre mi boina fronteriza.



Vuelve Quintero como de una momentánea abstracción desdoblada, interpuesta un instante como una adarga de primer sueño plácido frente a la pica angustiosa de incubo que le amaga allí, entre el artificio plutónico de los fontaneros. Una sofocación repentina, como eruptiva, le enroja la nuca y arrebola de sangre el pabellón fino de sus orejas: le medida se colma y la ira se enciende, al cabo, y se desenfrena en aquel

temperamento sufrido. Los suaves dedos buscan el mango de nácar tan sin violencia que su exasperación irremediable parece disimulo.

El viejo tiene ahora con las dos manos su bastón, igual que una lanza partida, y su voz increpa y se descompone al forzarse y se arranca inflexiones corajudas de virago:

—Engañará con el tiempo a la gente. Siempre creará el vulgo que usted es el fantasmón que lleve a su vera. ¡Pero a mí no me engaña! Ya lo he dicho y lo vuelvo a decir: prefiero la embestida en los riñones y quedar en la cuneta, listo para el arrastre. Oiré, sin ojos ya, triscar la tralla de los chulos y tocar a vísperas quién sabe dónde.

Entre el contenido de los apóstrofes y lo estentóreo de su emisión hay tal desajuste y hay un tan inconcebible desvarío en la acción expeditiva de final de acto, con bajas seguras, a que los dos se lanzan que Jesús Quintero no podrá recordar nunca si esta frase postrera se anticipó en segundos apreciables a los tañidos o si fue con ellos simultánea. Tres martillazos funerales en un riel anuncian la soldada de los soldados: alto el fuego. Se apagan los sopletes gimiendo igual que hachas inmersas y cesa la luz como un molino que se para. El viejo desenvaina el estoque de su bastón. Pero no es un estoque. Ni es un bastón lo que empuña. Es una estilográfica disforme que más bien parece un arma de panoplia, o una muestra de reclamo, o un obsequio de distrito. Descubre el artilugio en su extremidad una lanceta de médico cerril, sucia de tinta y de sangre. Su punta se ensañó con los desgraciados y se refociló, procaz, con los muertos.

Desguarecido en el silencio súbito, desamparado sin los parches del estruendo, el viejo, torpe, vaciló sobre el pozo de la atarjea. Había retrocedido por falta de apoyo, no porque él fuera capaz de ceder sin ser arrastrado. Basculó, ciego, un instante, crispó una horrible mano fría en el tambor inasible de la cabria y desapareció por el escotillón hediondo, feneciendo allí con todo su siglo diecinueve y su Madrid gallosiano. Pobre señor.



Cuando el muchacho le vio sumirse, hundido sin salvación en aquel Taygetos suburbano, lanzó un agudo ay de ahogo, anheloso de estertor y fatiga, que le

produjo esa tos desesperada de quien pide auxilio tosiendo con locura y que acabó por despertarle.

Tintos de oscuridad los dedos, se llevó la mano a los ojos, ciegos de sombra. Se sentó en el lecho suave con el vértigo de quien no se encuentra y tentó la espalda tibia del muro sin alcanzar el interruptor. Tenía sudado el pijama y arrebatados los pulsos. ¿Tendría fiebre también?

Como un recién nacido dotado de conciencia y privado de visión o como el narcotizado que vuelve de su desmayo violento en las tenebrosas profundidades de una mazmorra, formuló Quintero mentalmente el «¿dónde estoy?» de rigor y se preguntó con ansia de mareo dónde tenía la cabeza y dónde los pies. No fue tan sencillo fijar la propia situación. Al fin, poco a poco, refluó el recuerdo y al muchacho se le escapó tan hondo suspiro de alivio que no pudo menos de reírse.

—Para una mazmorra —se dijo— la calefacción es excelente... ¡Como que es demasiada calefacción!

Le llegó una sensación olfativa remota y romántica. La misma que en otra ocasión le llegara —por la transferencia undívaga de un Chopin radiado— como gas de lluvia y hojas y vaho joven de lloro cristalino: despertar sin luz en el hotel extranjero tras la arribada nocturna a la ciudad desconocida; extravío de nuevo huésped de Kurhaus suiza a quien sorprende un apagón de medianoche y, sin saber cómo, se encuentra, con sus pasos forasteros y sus fósforos cobardes, en medio de un bosque de pinos, o al borde medroso de un torrente, o a la orilla de un lago, perdido sin remedio.

Recorre al pedernal de su encendedor de bencina y con él busca la huraña llavecita de la luz eléctrica. Allí estaba, servicial y accesible junto al amplio y muelle diván que le sirve de cama, pero a contraria mano. Enciende la lámpara de cabecera, que ilumina con parquedad el aposento magnífico.

—¡Aquí se ahoga uno! —dice, ponderativo y como muy satisfecho de semejante exuberancia de confort. Pero cierra las llaves de los radiadores, entreabre la ventana y apaga nuevamente para intentar dormir.

Al cabo de las semanas transcurridas desde su encuentro con Peralta, es esta la primera noche que se queda en su domicilio. En breves días se trasladará el resto de

[60] CHAO

la familia, según lo acordado con la complacencia de todos. El detective ha abandonado, pues, su hotel, instalándose privadamente. Su tarea inmediata y sus planes a seguir así lo exigen. Y también necesita en torno suyo a personas de todo punto adictas y leales. Es obvio que nadie podía inspirarle confianza más profunda que sus deudos y amigos de tantos años, por rara fortuna dignos de ella.

«El patio de mi sueño disparatado —piensa, aproximadamente, Quintero, que ha cerrado los ojos, pero no duerme— es, sin duda, el lujoso patio-jardín, deformado por la pesadilla, de esta lujosa casa en que tan mala noche estoy pasando. Con este calor de invernadero no es posible un reposo natural. ¡Qué malos sueños me acosan hace una temporada! Y con más modesta calefacción. Son las huellas del veraneo maldito, con su cortejo de animales torturados. No acabo de reponerme de este desequilibrio nervioso...» Etc., etc.

Pronto deja de pensar en monólogo, abriendo un acceso más holgado a la fluencia imaginativa. El malestar, no vencido, le perturba con el tóxico de una excitación desorientada. Se desconoce en su soñar hirsuto, tan claro y preciso de contornos que su despertar incierto y el golpe de visiones que asaltan ahora el rojo envés de sus párpados antes le parecen ensueño que vigilia. Descifrado íncubo y fantasmas en vela rondadores, todo es vivir acaso. En batido romance o en prosa vil. La interpretación, meridiana y simple, de la pesadilla inconexa le desentona y deprime y altera como el ensueño torpe a la cándida novicia. Un diantre bujarrón le burla y afrenta desde algún entresijo incógnito de su propia intimidad. ¡Si hasta en el mismo sueño se encontraba extraño!



Quintero sentía el horror ineludible de lo inmenso que sienten frente al mar los amigos de tertulia y sentía el mareo de la sangre ante lo terrible sin freno: confusión y náusea, vértigo, invalidez. Cualquiera diría que contaba entre sus antepasados en línea directa un inquisidor famoso. Amaba la disciplina de los astros conocidos y odiaba con mansedumbre lo que le parecían «irregularidades» cósmicas. Le estremecía la disolución, lo relajado y undoso, lo infinito, lo desquiciado: lo sin quicios ni fron-

teras. Pero la pugna de la vida le había curtido suficientemente de cara a todos los vientos probables y él se gobernaba con sus asideros y sus puntos de mira. Por eso el dislocado torbellino de aquel sueño sin tiempo, al precipitarse con espuma de recuerdo claro en su presente, le anonadaba, enturbiando el paciente camino de arroyo de su modo vital. Se desconocía: no era él quien hablaba soñando. Un redomado traspunte le dictó palabras de desahogo que no eran suyas: había declamado «en nombre de otro», como en las novelas de tesis y en los aborrecibles poemas didácticos y en las epístolas morales y en los prólogos de algunos dramas.

Él era humilde con los grandes, que esto es lo auténtico y valioso. La humildad con los humildes no es humildad: es regodeo. Como era inteligente también, sabía dónde estaba la grandeza para orientar su acatamiento. El servil suele serlo por ignorancia, cuando no por idiotez; por falso conocimiento, por servir a un mal señor.

Dura humildad de piedrecitas limpias, la suya delicada. Pero atención: nadie más lejos del cuitado que Jesús Quintero. Armoniosa ternura en la palabra e insistente puericia en la expresión sin sombra... ¿es poquedad esto? No confundamos. Sería tanto como confundir la placidez con la bondad. Y... ¡qué bondad en sus tácitos porqués! Bondad relativa y humana en su escala mísera, claro. ¡Mísera! A lo bueno sabroso y a lo bello tierno en castellano se le dice rico. Las bellísimas personas suelen tener una pequeña renta cuando menos, o un decoroso destinillo en el peor de los casos. Nuestro noble muchacho es, sencilla y elementalmente, bueno. Mas sin llegar al sacrificio, así, ligero y fácil. El sacrificio es algo que normalmente se nos impone desde fuera, aunque creamos que somos nosotros quienes nos lo imponemos. Se nos impone a la manera de esa arma cargada de normas —o patrones, como los alemanes llaman a los cartuchos— que se ofrece a los culpables de alta traición por sus camaradas de milicia imperial, para que se hagan justicia por sí mismos, con el más calderoniano y teológico de los pistoletazos. Y aun más calderoniano si cabe, aunque menos teológico desde luego, es el tiro limpio, amañado según idéntico protocolo, que se usa en los dramas de honor conyugal austrohúngaro.

En nombre del buen gusto (de una superstición, pues) se dejaba Quintero cohibir por ciertas supersticiones. Y es que —no parece serio decirlo— no le sobraba salud.

Pero no nos alarmemos excesivamente: ahora no le falta, por otra parte, ese *mínimum* de tranquilidad económica indispensable para que un personaje no parezca hoy aburrido en demasía. Clase media, hijo de familia, poca salud... ¡ya está bien! No le exigamos pobreza de solemnidad, y por añadidura vergonzante, al infeliz chico.



No acaba de dormir, ni acaba de despertar y de sacudirse el polvo de la somnolencia. El recuerdo en la nube. El recuerdo en la nube aterrada pilotea con su brochazo perplejo, se cierne, indeciso. Como un azor proyectado se cala entre nieblas sutiles y se abate —rayo al fin— sobre una figura yerta. Su propio cuerpo yacente sufre la conmoción de una caída.

Reminiscencia que se reitera, obstinada, de aquel viaje por Europa, del obligado itinerario al regreso de América. Veinte días en Londres, pensión de Russell Square, el hermanito muerto; «la guerra y la paz»: dos y dos.

«La guerra», marido y mujer: dos que no se entienden. Vecinos de cuarto. Feo él y fea ella, matrimonio inglés mal avenido. Segundas nupcias. El marido tiene, de la primera coyunda, un hijo mozo, que llega por las tardes, se sienta, toma el té y calla. La mujer tiene un faldero mimado que consume *cakes* finos y acapara su afectividad. Marido y mujer se insultan, sin pausa, durante todas las horas del día. También dedican a esta faena algunas horas de la noche. La guerra, la guerra.

«La paz», marido y mujer: dos que se entienden. Enhiestos, educados, amables. Son los criados de la pensión que se ocupan de la limpieza. Altos los dos, su corrección no les dobla servilmente nunca. Están bien: dos ingleses de acuerdo. Quintero, en americano, les daba propinas espléndidas, que aceptaban a pesar y además del tanto por ciento para el servicio, adicionado a la nota semanal. Oficialmente no había propina. Quintero se excedía con su esplendidez. Era que le complacía la exactitud de aquellos brazos diligentes, los pasos sin ruido, las palabras cortas y la voz serena, los ojos tímidos y veraces. ¡Estos ingleses! Ellos solos, sin ayuda, puntuales y pródigos, se bastaban para mantener el brillo pulquérrimo de la casa enorme. A las siete de la

mañana (en Madrid ocultaba Quintero, como un delito, que se levantaba a las siete de la mañana), con el minuterero clavado en la cifra, dos golpecitos a la puerta:

—*Come in!*

—*Good morning, sir.*

Allí estaban el desayuno y los periódicos, encargados para esa hora: ni un minuto antes, ni un minuto después. ¡Estos ingleses!

Y se dijo —poco más o menos— el muchacho, el psicólogo listo que abandona ya el *devoir* y la *composition*, como los andadores, y se aplica a las circunstancias, proponiendo su ejercicio práctico, de petulancia sin hiel: esta «guerra» de vecinos machacones —sus vecinos de cuarto— viene a ser una bronca de vaqueros con traumatismos menos graves. Unos desgraciados. Que «están ahí» llenando sitio, haciendo ruido y estorbando. No me importa ahora por qué. Carecen de trascendencia. Pero esta «paz» silente del matrimonio encargado del servicio doméstico «está ahí» para que yo me dé el tropezón y la costalada de incauto y caiga de bruces en la emboscada tenebrosa. Para que me ponga en guardia y prepare la guerra contra una paz tremendamente diplomática, para que gaste en vano los tiros y en salvas la pólvora. Bajo la cautela de estos falsos personajes, se advierte algo de convenido y de convencional, un aparente acuerdo de conjura que me parece sospechoso. Me parece sospechoso... ¡luego no es temible! Es la pareja —suele ser una pareja— que sirve de gancho en el enredo de las novelas «policíacas» y motiva esa falsa pista ineludible para que pique el intrigado pez bobo de la curiosidad. Cuando los policías de uniforme, que andan desorientados siempre —así lo exige la técnica de *murder party*—, aprehenden a la mujer, acorralan al supuesto asesino y enderezan ya, exactos, la boca de las pistolas justicieras al fementido corazón de *child killer*, surge el detective de paisano —si no tiene a bien reservarse— y lo aclara todo con estupenda tranquilidad. No es «por ahí», naturalmente. El autor (nos referimos al autor del otro crimen, al que se gana su yate de recreo a punta de estilográfica) deja que trascienda, rastreando hasta las narices lúbricas de sus millones de habituales, un olor agrio: pingüe unto de infantes pungidos, mujeres destripadas como caballos de picador... No necesita imprescindiblemente descorrer la cortina del melodrama carnicero: sería excesivo y honrado,

y con el olor basta y sobra. No es simulación y finta, es disimulo canalla. La emoción, el llanto, el miedo y el misterio no tienen aquí más alta virtud que la cebolla, el cambio, el coco y el cuarto oscuro. Los «malos» no son malos... o lo son menos de lo que parecen. Se les hace inspirar desconfianza para engañar con su interposición. Y así, los criados sospechosos —pensaba el Jesús Quintero de la pensión londinense— son de todo punto inofensivos. Unos desgraciados también.

Efectivamente... El procedimiento falló esta vez en el ejercicio práctico del bisoño. Inesperada y repentina, ocurrió la muerte del hermanito. No hay como la muerte y el triunfo para contrastar las humanas aleaciones. Aunque sea un triunfo modesto, desvirtuado, tal vez. Aunque sea una muerte humilde o inapreciada en su magnitud y potencia infausta..., aunque no se trate de una muerte física y de plañido cárdeno. El dolor de su madre y de sus hermanas y su propia desolación como único hombre de la familia en casa y tierra extranjeras experimentaron claro alivio en la ternura pudorosa, en la participación espontánea y conmovida de los enfadosos vecinos de cuarto de Quintero. En cambio, los criados, recompensados con esplendidez, inofensivos en teoría... No, ni entre sueños puede acordarse de ellos el muchacho. Si no fueron «los asesinos» precisamente, se portaron como tales. Era indudable que en la práctica tenía el procedimiento sus quiebras.

«¡Lo mejor es renunciar a los procedimientos!», exclama Quintero, de quien no se sabe si es que no acaba de dormir o es que no acaba de despertar. Esta exclamación fue lo único diáfananamente enunciado. De nuevo quedó la cadena sin fin de sus pensamientos cubierta por vellones translúcidos, como una tropa velada en parte por el humo, pero rígida y sin perder la formación.

Una evocación detenida, que pide ser aceptada, puede, al cabo, filtrarse por las paredes maestras de la hostilidad. Y allí está de golpe. Quintero siente desde la seca cisterna en que le sumieron, oculto, sus ojos cerrados, esa sensación primaria que el ya hombre retiene, atávico, del todavía niño en él y para la que algunos organismos hipersensibles conservan una aptitud vivacísima. Consiste en registrar, en sentir, prescindiendo de los sentidos oficiales, una presencia insólita. Recordó muy bien Quintero que en la ocasión aquella le despertaron unas detonaciones. Un tiroteo

madrugador desde la calle. En el acto *sintió* que en la habitación había otra persona. Se volvió en el lecho, incorporándose a medias: allí mismo, junto a la cama, estaba sentado un hombre. Su inmovilidad era absoluta y era tan quieta la mirada que el miedo que se apoderó del muchacho fue definitivo. Pero aquel estupor evidente no hizo abandonar su impasibilidad de escalofrío al espectral personaje. Había fijeza hipnótica en el caliente negror de sus ojos extraños que le miraban tan cerca, hundidos en una amarillez de máscara inerte, sobre el muñón asiático de las mejillas. Tenían el párpado superior velado a la manera de los mongoles y se mostraban pequeños y fulgentes en la inexpressión letal del rostro. El muchacho se estremeció hasta la médula al advertir cómo la mano tibia del sopor se apretaba contra su frente. Ya sabía Quintero entonces que el sueño hipnótico es una burda ficción de inocentes y de truhanes, un simulacro de milicianos eruditos, con venerables calvas de Academia los más y con postizas y doctorales gafas de concha los menos y atrincherados todos en ingentes montañas de bibliografía metapsíquica. Pero lo que nos han hecho creer alguna vez deja siempre una huella de fosforescencia supersticiosa en nosotros, que se adueñará de nuestra voluntad precisamente cuando más inermes e inválidos nos encontremos. Pugnaba el muchacho, hasta la crispatura, por sostenerse. Parecía «la víctima» de una ilustración de folletín por entregas, allí en la cama del hotel sombrío, blancas las facciones por la demudación intensísima, crespo el cabello y un pasmo indecible en el mirar exoftálmico. Con una convulsión pudo arrancarse, al fin, esta pregunta rápida:

—¿Qué hace usted ahí?

Lenta —como si llegara de una ausencia, con tardo impulso— la más clara y pueril sonrisa pintó la madera de efigie de aquel rostro, deshelo su quietud enorme, se extendió, primero suave y delgada, después ancha, tosca y chillona, de oreja a oreja. Y una voz candorosa entonó, como respuesta, lo que, por mayor comedimiento, adquirió también inflexiones de pregunta:

—¿La *lopa*?

Era el lavandero chino que esperaba, imperturbable, para llevarse la ropa usada. Quintero acababa de llegar al puerto centroamericano y —como ahora en casa de Peralta— era la primera noche que dormía en el hotel. A pesar de que, tal vez por ser

domingo, había revolución (le despertaron a golpe de Winchester), el lavandero chino del establecimiento llegó como de costumbre, y entre las balas de costumbre, a preguntar si había también nuevos huéspedes. Le contestaron que uno, en el cuarto número tantos. Encontró la puerta abierta y al huésped dormido. Y se sentó a esperar.



No sabría calcular Quintero el tiempo que transcurrió desde el momento preciso en que el eco de su memoria dejó de reproducir monstruos amansados. Lo mismo pudo haber dormido dos horas que diez minutos. Le despertó, dulcemente, una claridad exangüe, digna de esos verlenianos faroles de gas que son disfrazados reverberos de luna. La luz se colaba por la ventana entreabierta y ponía su hálito fijado en el lomo de libros de un anaquel oscuro, diluyendo tenuidades por la estancia. No recordaba el muchacho haber soñado de nuevo, lo que era tan sorprendente como la desaparición completa del malestar que antes le oprimía. Porque una noche de pesadilla febril suele mantener tercamente su uniformidad de exasperación. Si el sueño se interrumpe es para delirar despierto y si se vuelve a dormir es para volver a soñar. Estas noches crueles dejan un rastro angustioso, que es visible y se hace sentir, a veces, hasta dos días. Sin embargo, él se despierta eufórico y como si abandonara un baño sedante: con una sensación de ingravidez y delicia, casi voluptuosa. Y se despierta por un mudo aviso de reloj de azufre, por un signo puro y largo de selenógrafo: aquella luz de... qué sé yo... de violín húngaro, de fado inasible, de serenata, de romanza en... Pero ¿qué sucede?

Han apagado. Alguien abre una ventana junto a la suya entreabierta. Ahora que escucha, le parece a Quintero el silencio más cóncavo. El globo eléctrico del jardín alcanza apenas las sombras altas del aposento con su radiación difusa. De pronto: ... trac... trac... Ese crujir de élitros que se hace al montar un arma. El muchacho se sienta, tantea con las manos hasta encontrar sus babuchas, mete en ellas los pies y se acerca, sin ruido, a la ventana.

Cuando distingue a Peralta, inmóvil (la lámpara del jardín y la misma iluminación exterior permiten una visión suficiente) a dos metros de donde él se halla, y le ve en-

cuadrado por el marco gris del hueco y apuntando hacia la calle con un rifle, Quintero está a punto de pellizcarse para convencerse de que no sueña todavía. El argentino, apoyado sobre el alféizar, está maravilloso de actitud. En su manera de enarcar el busto se descubre al buen tirador, como el buen automóvil en la bella postura de las líneas eficaces. Contiene la respiración según la regla y hasta diríase que en sus muñecas de cazador se paran los pulsos. Hay una dureza de forja en su afilada rigidez y una tensión potente que incluso se realza cuando, irguiéndose, deshace naturalmente el contorno, sin descomponer el ánima viva del huraño bronce que plasmaba.

El detective ha visto a Quintero. Pone el índice en los labios metálicos y le ordena después, con voz muy baja:

—No enciendas. Vístete como puedas. ¡Aprisa!

El mismo Peralta abre la puerta del pasillo y hace entrar al muchacho, que, intrigado y nervioso, le pregunta:

—¿Qué pasa, hay algún peligro?

El detective no tiene tiempo de dar explicaciones.

—Harás lo que voy a decirte —contesta por toda réplica. Idas su amabilidad y su sonrisa habituales, habla con la corrección y la serenidad de que no sabría prescindir, pero con un nuevo acento cortante y una desusada economía de palabras. De un velador recoge dos llaves —la de la puerta de la escalera y la del portal— y una linterna de bolsillo que entrega a Quintero. Mientras lo hace, no quita los ojos de la ventana.

—Me interesa una descripción, lo más exacta posible, del personaje que ronda por ahí —dice, señalando la calle— en estos momentos. Irás a su encuentro con decisión, pero sin apartarte de la verja del jardín, ni de mi vista. Yo estaré alerta. Si no voy personalmente es porque a mí no me esperaría y de ninguna manera conviene ahuyentarlo y mucho menos perder esta ocasión que puede ser única. Das la vuelta por la esquina inmediata, es decir, a la derecha según sales, procurando evitar al sereno. Si es necesario, esperas a que este se aleje. Y te vas al hombre con naturalidad. Lo importante es que él no se te vaya y que fijes bien su fisionomía. Si no te rehúye, haz por atraerle hacia el foco de la puerta del jardín. Así seremos dos a observar. Aquí tengo mis prismáticos...

Quintero ha tomado las llaves y la linterna de manos del detective. Pero, súbito, Peralta le sujeta y le lleva hasta la ventana abierta en la noche:

—¿Le ves? —exclama, con voz velada y áspera.

Fue una visión instantánea. La silueta de sombra de una figura se mostró unos segundos por el borde macizo del muro medianero. Un hombre de talla regular y amplio torso. Y a cuerpo. Vestido con un jersey y tocado con una boina... Eso parecía...

—Recela. Cuando antes encendí luz, pudo escabullirse... Mi prueba no falló... ¡Pronto! Que no se nos escape ahora. No te apartes de mis indicaciones... ni del foco del jardín —dice aún el detective, impulsando, expeditivo, a Quintero.

El muchacho parece dudar, volviendo la mirada como si buscase algo. Peralta le adivina:

—No, no debes llevar armas —añade. Y requiere, brusco, sus Zeiss, sin admitir réplica.

Transcurren unos minutos, más de impaciencia que de ansiedad por parte del detective, que concentra su atención, en centinela desde el lugar que las circunstancias le imponen. Él está en su sitio. Firme y seguro. Como siempre.

¿El hombre del hotel? Su fugaz imagen de celuloide animado, perdida en el túnel de aquel pasillo, fue lo primero que la excitación proyectó, fulgurante, en su recuerdo, cuando antes sorprendió al personaje de la ronda siniestra. No pudo encañonarle con sus prismáticos certeramente. Se le emboscaba en las zonas de penumbra. Entonces, rápido, encendió todas las lámparas de la estancia, que desbordaron, a través de las anchas vidrieras, una claridad escandalosa. El hombre se hundió en la tiniebla y Peralta confirmó, una vez más, que las fieras temen al fuego. La segunda aparición instantánea en el borde, mejor alumbrado, del muro, descartó la más remota posibilidad de su identificación con el hombre del hotel. El sospechoso personaje delataba, en cambio, por lo que pudo entreverse, un extraordinario parecido somático nada menos que con el agente García. Tendría gracia —piensa el detective— que su colaborador trasnochara para madrugarle, quién sabe con qué fines y desde luego con más espíritu de emulación que de compañerismo. Tendría verdaderamente «gracia» de escena de film cómico el que ahora se encontrase...

—Pero ¿qué hace ese muchacho? —exclama Peralta, interrumpiendo, ya con cierta inquietud, su conjetura.

Repentina y próxima, se oye una voz estridente. En seguida aparece Quintero, mas por contrario lado, es decir, viene de la dirección opuesta a la indicada por Peralta. La celeridad con que se sucede todo no permite al detective definir la ansiedad que de él se apodera. El muchacho se detiene bajo el foco de la puerta del jardín y se vuelve, con rapidez, hacia la ventana, no se sabe si en tácita demanda de auxilio. Acaso para dar a entender, al situarse, que no ha olvidado esta medida de precaución. Inmediatamente gira sobre los talones y, en posición de guardia, espera. Como la desgarrada voz oculta es señal indudable de peligro para el indefenso, el detective se echa el arma a la cara y se mantiene clavado igual que un hito. Cuando el hombre del *sweater* alcanza, vociferante, la arista del muro que le tapa y Quintero, con loca temeridad, se encorva, extiende el brazo izquierdo y se dispone a agredirle, suena un chasquido y el foco eléctrico del jardín salta con estrépito. No ha habido trueno de disparo. Diríase que se ha hecho restallar un *knut* en la sombra. El hombre del *sweater* huye. No le ve ya el detective. Pero observa el estupor que denuncia la inmovilidad extraña de Quintero en la incierta claridad de la calle y oye, instantes después, un chillido penetrante de cuadrumano, un grito agudo que se aleja y se ahínca en el aire frígido como un hacha lanzada. En el acto ilumina su habitación, llama con siseo apremiante al muchacho atónito y le hace signos de que suba.



Quintero llega con la linterna encendida, que en su mano parece la batuta de un excéntrico. Cuando acciona con ella, todo trémulo y agitado, hace una figura grotesca y lastimosa. Peralta no se ríe. Le quita la linterna, que apaga en silencio, le ofrece un cigarro y le deja que se desahogue y se calme.

El muchacho trae las mejillas arreboladas por el frío y la vehemencia. Se pasea y habla, mientras fuma:

—¡Qué salvaje, qué bárbaro! Vino detrás de mí enfurecido, insultándome de una manera soez. Al principio, cuando pasé a su lado, me miró abiertamente. Se reía con sus ojillos... Sí, sí, estoy seguro de que se reía. Confiado yo entonces, atravesé la calle para volver la cabeza con mayor disimulo y poder observarle mejor mientras cruzaba. Una vez del otro lado, como advertí que no se movía, volví atrás por la misma acera...

Ahora sonrío Peralta. Sin el menor aire de reconvención, interrumpe al inepto aprendiz de esbirro.

—Estaba ya bien. Yo te recomendé naturalidad.

No intenta Quintero defender su inocencia torpe. Ha cometido uno de esos errores de estilo y de tacto que tan frecuentes son en hombres de su tipo mental cuando se enfrentan con la acción viva y tocan su aspereza. Al darse cuenta de la propia ineptitud, un cauto movimiento, que puede llamarse instintivo muy bien, les hace replegarse sobre sí mismos normalmente. Así Jesús Quintero recobra su reconcentrada quietud característica, no erizada por cierto con púas de estúpida soberbia. El formidable prestigio de Peralta, el afecto, la simpatía y la noble admiración que siente hacia él contribuyen también, sin duda, a que dicho movimiento secundario aparezca esta vez acompañado de alivio y sosiego evidentes. El muchacho se tranquiliza por completo. Incluso empieza a divertirse, con nueva excitación de muy distinto género, el lance de rara fantasía que le ha tocado vivir a pesar suyo. Impulso vacilante y sumiso, encauzado por el ajeno imperio, movió, hidráulica, su insegura mano, ese molino azaroso de ruleta que produce el efecto propicio, desesperado ya. El muchacho se siente descargado como de una angustia, de la energía tensa que electrizaba su cuerpo inducido. Ha dejado de ser instrumento. Se ha hurtado, con fatigas, a la motora rabia del salto generador y —atrás el torbellino de las rotaciones— se complace en la débil espuma engañosa del agua pasada.

Quintero se da cuenta de que el detective está cuidadosamente vestido, con su escrúpulo habitual. Y ahora se fija también en una carabina flamante, acostada, igual que un violín, en el mullido raso de un estuche abierto.

—Inofensiva casi, pero de gran precisión. Construida especialmente —aclara Peralta, cerrando el estuche. Se sienta después en el diván junto a la mesa escritorio,

toma su petaca y elige, despacio, un puro. Sin prenderlo, mantiene encendida la lámpara del mechero en sus dedos largos. Con muda contemplación mira sobre lo ocurrido —que desconoce en su total magnitud— como sobre un parapeo.

Elegante y brusco, enciende el tabaco fragante y se encara, decidido, con el muchacho. Le ve calmado, tranquilo y curioso, advierte cómo saborea, pueril, su situación llena de novedad y maravilla. Le interrumpe con cálida voz, que no se preocupa de suavizar:

—Tienes la impetuosidad sobresaltada de los tímidos. Hay que corregir eso. Gracias a que el viejo recurso... Y ¿por qué no atendiste mi recomendación de doblar la esquina de la calle por el lado derecho?

—También me recomendaste que evitara al sereno y por eso di la vuelta en sentido contrario.

—Pues otra vez, si llega el caso..., lo que es difícil, procura seguir minuciosamente mis indicaciones. Te había dicho que, si era necesario, esperases a que se alejara el sereno. Pero dejemos esto ya. Quedamos en que retrocediste por la misma acera donde te encontrabas...

—Sí... Entonces el bárbaro, inesperadamente, se arrancó hacia mí, cruzando la calle. No le esperé y a mi vez crucé, desviándome, casi a la carrera, para ganarle ventaja, consiguiendo llegar hasta la puerta del jardín antes de que pudiera alcanzarme.

—Tuviste dos ocasiones de observarle perfectamente. Dime cómo era.

—De mi estatura, poco más o menos.

—Más bajo que tú.

—Es posible... Los ojos muy pequeños y oblicuos, la cara descolorida y el cuello atlético.

—También dijiste que al principio, cuando pasaste a su lado sin que sospechara de ti, parecía reírse.

—No es que lo parecía: estoy seguro de que se reía infantilmente.

—¿Infantilmente?

—Sí, igual que un niño. Su cólera vino explosiva, sin transición.

—Al apostrofarte, lo haría en castellano.

[72] CHAO

—Sí.

—La estridencia confusa de sus gritos no me permitió desde aquí entender las palabras, ni precisar su matiz. ¿Con qué acento hablaba español?

El muchacho queda pensativo un momento. Después, sin titubear:

—Con acento gallego.

—¿Con acento gallego?

—Sí... como los mozos que trajeron los muebles.

Al instante surge la imagen de Castañer, como una visión sensible, ante los ojos de Peralta, que no se deja seducir —aunque le impresione— por la coincidencia diabólica. En este aspecto el caso no ofrece la menor dificultad.

—Entonces —asegura el detective— solo puede ser un ruso de humilde extracción..., aunque no sea un eslavo precisamente.

—¿Y el caballo?

—¿Qué caballo?

—¿No oíste gritar al hombre?

—Oí un chillido largo, espeluznante.

—Habrás visto, al final de la calle, en la dirección que siguió él, a mano izquierda, en el lado opuesto a la fachada de esta casa..., me refiero a la fachada posterior —puntualiza Quintero, señalando la ventana sobre el patio jardín—, habrás visto allí unos solares muy extensos que forman una especie de parque rudimentario y que se utilizan también como campo de deportes.

—Sí, donde termina la calle y la parte urbanizada de este sector.

—Exactamente. Por ahí apareció el caballo, acudiendo al grito singular del fugitivo como un can doméstico. No tuvo que correr mucho el hombre, pues el animal, trotando, ligerísimo, vino a su encuentro dócilmente. Era mayor y más robusto que un *poney*, pero pequeño y muy peludo y sin rienda ni silla. Igual que las Amazonas de los circos ecuestres, montó el hombre de un brinco y, al galope, desapareció por el descampado en sombra.

—Naturalmente —explica el detective, pausado—... naturalmente. Aun quedan atajos en las ciudades y en sus alrededores. Y por ellos, no hay piernas de corredor, no

hay ciclista, ni moto, ni coche que siga a un jinete. Todavía, en una ciudad, puede ser la salvación un caballo en la noche.

Peralta calla. Continúa, en realidad, hablando consigo mismo. De repente pregunta al muchacho:

—¿Tú nunca te has avergonzado por otro?

—Tal vez... en alguna ocasión... —balbuce Quintero, un poco desconcertado.

—Pues yo he tenido hoy miedo por ti —dice, con semblante frío, el detective—.

¿No viste —añade, sin precisar la persona— «su» anatomía heráclea transparentarse, como un basalto pulido y violento, bajo el *sweater* ajustado?



Suena el gong perezoso del reloj exacto y responden ecos vigilantes por las torres oscuras. Se anuncia el día. Ladra, cerca, un perro de pastor y, caídos en patios hondos, cantan los gallos de las veletas. Se oye la tracción suave del ascensor bruñido: agobiado con el mismo cuerpo y alma de la víspera, un borracho sube al quinto cielo. Antes del día blanco. Casas apagadas igual que nichos, un millón de amortajados en las sábanas negras, unidad aplastante y empedernida, sordidez bajo el gran plomo de la indolencia sin orgullo, diversidad parva de belleza y de anhelos acechantes, fallidos, logrados, inertes. En el monte, los fosos de agua; en el llano, los fosos de tierra, y en medio, ciegas, sin llama, las casas de barro y cristal.

Hora de desvelo y agonía. Va a nacer el día nuevo. Hordas fantásticas de ceniza humana oscurecen el sol y le preceden y le siguen tendidas, con su amenaza eterna, y le plantan, como la tienda rubia de un incendio, en su vivac. Un *jañ* pálido y celeste, domador de enjambres irritados, hizo estrujar hierro de aerolitos, filo de estrellas para sus yataganes.

Rendido en una de esas sillas de cuero tirante y metal aséptico que electrocutan al exhausto, Quintero guarda silencio ojeroso. Es ahora el detective quien pasea por la amplísima estancia con lentitud de ensimismamiento y expresión a un tiempo exaltada y glacial, marmórea. La tangencia que resbala sanguíneos reflejos oportunos

y de circunstancia estricta, sin alterar un punto lo sereno estable, lo inconvulso equi- libre, presta un visaje irregular, desacostumbrado y peregrino a la estatua severa de Peralta y entinta su voz con orales rasgos de pluma de ave agorera.

—Son la fuerza —dice, con vago mirar y fijo acento—, son la fuerza, limpia de leyenda propia, con esa fantasía primera, inocente igual que la hermosura cuando aún se desconoce el espejo de los remansos. Y esta fuerza pura tiene la destrucción por fin y este fin se cumple como una ley. Sin ellos no se movería el mundo: son el azote, la espuela de Dios. ¡Que el Señor nos libre de su furor sin mancha!

Es de día. No ha recobrado Peralta su sonrisa, mas acaricia ya la suavidad en sus palabras bondadosas cuando, tomándole del brazo paternalmente, dice al muchacho (que ha encontrado su dulce quietud):

—Debes acostarte. Ese hombre ha sido sorprendido y no me interesa, ni me atañe... de una manera directa. Hemos espantado al pájaro de momento, sin demasiado escán- dalo. Pero, atiende bien: será preciso que de todo ello no se vuelva a hablar más.

Quintero ya no sabe lo que ha soñado y lo que no ha soñado y, cuando se en- cuentra nuevamente bajo el edredón, se encuentra también lo que se dice sumido en un mar de confusiones. Es como si le hubiese atrapado el puño de un gran viento para sacarle del mundo aparente donde buscaba efugio y zarandearle, con su chico- tazo, a la intemperie de las polvaredas y las celliscas.

Peralta ha encendido el segundo cigarro, ha desenroscado la boca humeante de un termo y sigue midiendo la alfombra con pasos lentos y elásticos. Encima del fi- chero de metal barnizado hay un revólver que hace de pisapapeles sujetando unas cartas ya contestadas, pero no archivadas todavía. También hay un sobre y un paquete sin abrir. El detective consulta su reloj de pulsera y mira instintivamente al teléfono. Va hasta el fichero después, toma el paquete y el sobre y apaga todas las luces, menos la lámpara de mesa, junto a la que coloca el paquete y bajo cuyo foco —después de sentarse en el mullido butacón— rasga el sobre con una plegadera de marfil. Desdo- bla la atractiva cubierta azul y descubre el texto pulcramente dactilografiado y cosido a ella. Encabeza la primera página el membrete de esa institución cervantina que es The Anti-Opium Information Bureau, de Ginebra, y cuyas comunicaciones perió-

dicas recibe y estudia Peralta no solo por deber profesional, ya que siente una fuerte simpatía de conmlitón hacia el tenaz caudillo de la nobilísima cruzada.

Esta vez se refiere el informe al tráfico de estupefacientes en Manchuria y en la frontera mongola. Su interés, de imponderable dramatismo, adquiere relieve grandioso en la objetividad documental. El detective, indefenso, no para la sacudida que le estremece todo. Un haz de contactos imprevisibles chispea, hace horas, en torno suyo. Advierte que un peligro le invade y le coacciona y le desplaza: está emocionado, simplemente.

Es lógico, quién lo duda, que a los literatos de diverso jaez y no digamos a los señores periodistas se les haya ido, sin «verla», tamaña información, hecha para ellos; mas no es equiparable su caso al de un minucioso policía sin magia como este argentino del mundo. Pero leamos con él:

«Ginebra, 22, 1, 1932.— En junio de 1931, un oficial nipón que viajaba por Manchuria fue detenido por soldados chinos. Su muerte a manos de estos y la consiguiente protesta del gobierno japonés constituyeron el prelude de la ocupación de la Manchuria. El *rapport* del general del ejército de Mukden reproduce el siguiente diálogo entre el militar japonés y los soldados que procedieron a su arresto —según la versión francesa del Bureau ginebrino:

—*Quel est votre nom?*

—*Je suis le capitaine Shintaro Nakamura.*

—*Quel est l'objet de votre arrivée en Chine?*

—*Surveiller les opérations de restitution et l'état des chemins de fer.*

—*A quel objet destinez-vous l'héroïne qui est en votre possession?*

—*Ce n'est qu'une drogue.»*

Puntos suspensivos en metralla... continuados muy discretamente por los moderados puntos acústicos del teléfono.

Una persona situada en el otro extremo de la misma estancia oiría con dificultad la voz clarísima del detective, al aparato:

—*Hallo... Biarritz?... Hallo... C'est vous, Grimaldo?... Sí, hable... Bien... Bien... Bien... Bien... ¿Cómo?... Hallo... Hallo... ¿Cuándo ha terminado la fiesta en casa de los Monterrey?... Pues nada hay que hacer ya de ese lado de la frontera... Naturalmente...*

Tiene usted instrucciones precisas, Grimaldo... Eso sí, gracias... ¿Completamente solo?... Sí... Sí... Cabriolet, ¿no?... Ahora no hay para qué hablar de eso... ¿Alguna otra peculiaridad?... ¿Está usted seguro de que no cruzó con ella la palabra?... ¿Nada más que en francés?... ¿Con qué acento?... No hay acento español... Por nada... ¿Con acento gallego? Dirá usted portugués... En efecto... No se ocupe de esto ya... En Madrid sin moverme... Pues va usted a Saint Moritz... Sí, sí, pobre Chaplin... En absoluto... Muy buena hora... Sí, como siempre... Adiós, Grimaldo.

Avanza la mañana vigorosa y el cielo empieza a cobrar intensidad. La triste florecencia de la lámpara matutina cohibe su palor trasnochado sobre la mesa del detective insomne cuando ya afuera se oye el piar afanoso de los gorriones municipales y se oyen los timbrazos de los tranvías jornaleros y las bocinas cascadas de los taxis que se desvencijan camino de las estaciones ferroviarias y se oye la andanada sorda y telúrica del metro a intervalos constantes y cuando, bajo el tremor alto de las primeras avionetas de aprendizaje, se oye también el galope marcial de los lecheros.

Peralta, que ha vuelto a medir la alfombra con pasos ausentes, se llega, mecánico, a la mesa y hace girar la llave del interruptor como una espita. La lámpara se desangra y seca su halo desvaído, y el detective, que parece recuperarse, retornando del transitorio descentramiento, reanuda el holgado paseo de un extremo a otro de la estancia. Su soliloquio, en momentos susurrado, permite una traducción muy verosímil. Al cabo sonriente, viene a decir ahora, con amargura y sin acritud: «Un menudo avispero... Pobre *cockney*. Lo mismo que Douglas. Se parecen por los marqueses, estos judíos. Indudable... Se pueden tener ciertos talentos y... ¿No tiene talento poético Giraudoux? Y Proust mismo, ¿no se parecía por los marqueses? Claro que el genio es siempre un poco *parvenu*, cuando no es un dios lar. *Parvenu* aunque no quiera y se disfraze de huraño y taciturno».

Lleva la palma de la mano Peralta a su pelo, dócil y brillante, y la deja caer como si se sacudiese algo. Consulta el reloj nuevamente. No es hora del baño todavía. Como no quiere dormir, busca unos minutos de distracción y de descanso.

Abre el paquete que puso antes encima de la mesa. Libros: el *Napoleón* para señoras de Ludwig y una nueva traducción interesante de la *Ilíada*. Hojea el *epos* de los

inmortales y pronto le gana su desenfado encantador, su «buen gusto» inconcebible, su inmoral mentira. Se abandona con lasitud, empieza a deleitarse, a gozar...

Pero suspende la lectura, prohibitivo, con una mueca difícil:

—¡Ah!... *Ce n'est qu'une drogue!* —exclama.



Debe ser tardísimo. Está ya el sol muy alto cuando se despierta Quintero. De un brinco se planta en medio de la habitación. Ve la ventana abierta y se asoma, protegiendo los ojos con la mano, tal es la claridad que desborda el patio-jardín, con su cuidado césped, su verja de escasa altura y su gran puerta de hierro, que sirve de entrada a los garajes de los inquilinos. Haciendo visos de blancor silíceo en el día, el globo de alumbrado que remata el arco sobre la puerta luce su integridad oronda. Una doncella, muy mona con su delantalito, cruza, nalgueando, el soleado asfalto de la calle.

Quintero no quiere, ni puede, recordar. La luz todo lo ha borrado. Nada vela y apaga como su polvo radiante que funde las cosas en una realidad de sueño.

Con la esperanza de alcanzar la última clase de la mañana, el estudiante se bañó y afeitó en minutos. La nariz, empolvada con exceso, y una cortadura indiscreta y rebelde, que intenta restañar con el pañuelo, son testimonio elocuente de su premura. Pensando desayunar cualquier cosa, de pie, en cualquier sitio, se dispone a salir. En la puerta misma tropieza con la mujer del portero, encargada provisionalmente de la limpieza y de atender en lo más necesario al nuevo vecino, que, por cierto, recompensa sus servicios con generosidad capaz de ganar la voluntad más hostil. (Las hermanas de Quintero acuden también por las tardes, ayudando en lo urgente, remediando las comprensibles deficiencias, procurando amoldarse a los hábitos de su primo y adaptarse a un género de vida nuevo para ellas.)

El muchacho se lanza ya escaleras abajo. Pero la portera, muy sorprendida, le interpela y le detiene:

—El señorito salió temprano con el coche y me advirtió que cuidara de no despertarle.

[78] CHAO

—¿No dijo a qué hora volvería?

—Mandó que se avisara al chófer para las seis y media.

—¿Nada más?

—Nada más dijo.

—Bien, hasta luego.

—Vaya con Dios.

La advertencia previa de Peralta, reveladora de sus propósitos —cuando decidió la convivencia con sus parientes—, no había de quedar invalidada por la singular intervención del muchacho en algo que, si por sí mismo no confirmara su carácter de excepcionalidad (confirmando, de paso, lo regular de la ulterior conducta del detective respecto de Quintero), ya reforzado por la elocuencia del mandato que obligaba a olvidar lo sucedido, se convertía en reiteración bien clara y suficiente: «Será preciso que de todo ello no se vuelva a hablar más».

Como nadie sabía Peralta cuándo le sobraba un colaborador y cuándo y hasta dónde era utilizable el que necesitaba en un momento dado. ¿No había de saber que a la fidelidad inapreciable de Quintero no se le podían exigir cosas imposibles?

Además, no había para qué distraer las querencias del estudiante, bajo su Camino de Santiago. Él no dejará de avanzar en su «carrera», aunque no sea corredor de los cien metros. Antes bien, es de explorador su avío, y su viático moral ha de permitirle jornadas penosas y largas. Y así parece más diligente que aplicado y más tenaz que constante. No tiene posaderas de empollón.

La portera gorda y laboriosa y las mismas Amparo y Manolita Quintero —las hermanas de Jesús— conocían ya mejor que el estudiante ciertas costumbres del detective, particularmente las domésticas, como es natural. Por eso, en la madrugada última, se admiró el muchacho de ver a Peralta vestido y correcto, sin que faltara un detalle a su indumentaria, lo mismo que si esperase una visita. La explicación está en el hecho de que este sencillo policía sin actitudes (y con actitud) duerme vestido siempre, como aquellos famosos caballeros de los libros, tan aferrados a su armadura que no se la quitaban jamás. Pero sin el tufillo. Con un poco más de higiene, que no en vano cambian los tiempos. Un argentino más o menos prócer (¡y no digamos una argentina!), si puede

humanamente, no se priva por ningún motivo de sus tres o cuatro baños diarios y de sus tres o cuatro cambios diarios e íntegros de ropa y calzado. Tampoco descuida nunca el argentino sus rasuradas de mañana y tarde. Este hábito nacional, cultivado por Peralta con minucia y aun llevado a la exageración, si ella es posible en estas cosas, le permitía meterse, «en forma» y completamente vestido, a última hora de la noche, bajo su manta de viaje, sobre el diván que le servía de lecho, y levantarse, «en condiciones», cuando fuera necesario, siempre a la orden, obediente siempre a la exigencia del momento, igual que un autómatas. Cuando las circunstancias le dejaban hacer una vida relativamente normal, se entregaba, tanto al acostarse como al levantarse, a un largo rito higiénico, rigurosamente estudiado. Solo esto y su extraordinaria naturaleza hacían factibles la resistencia sin angustia, la exactitud sin esfuerzo, el ritmo y el equilibrio en toda su persona y hasta un extremo tal que estas virtudes recatadas y de índole nada detonante, por cierto, habían adquirido, a pesar suyo, resonancias de celebridad y ecos de leyenda. Peralta desconocía ese indumento casero y ridículo a base de pijamas preciosos, batines y pantuflas. Igualmente detestaba (y aquí era su delicado gusto lo que decidía sobre toda consideración de utilidad) ese alarde de indumentario deportivismo que —en su exceso tartarinesco— le inspiraba verdadera repugnancia, sobre todo en los países hispánicos, donde suele ser más disfraz que otra cosa.

La madre de Quintero, por cumplir a conciencia el encargo de Peralta, ha ido a Córdoba. El fin de este viaje es traerse a dos mujeres que asistan en las faenas de la casa eficazmente y en cuya fidelidad puedan descansar tanto ella como sus hijas. El detective solo quiere a su lado personas de antiguo conocidas y probadas. En cuanto a la vecindad del piso que habita y la personalidad de los porteros, tiene la garantía inmejorable del agente García (es detective o inspector, en realidad, pero le titulan agente, como a sus subordinados), que fue quien le presentó al administrador de la finca, allanando servicialmente las dificultades que surgieron para el contrato. Era evidente que Peralta se instalaba en Madrid de una manera provisional y transitoria, y no podía llenar todas las condiciones que el documento exigía.

Cuando Amparo y Manolita Quintero llegan al domicilio de su primo, les sorprende que nadie responda a su llamada. Como el día anterior entregaron a su

hermano el llavín que Peralta les dio la primera vez que acudieron para ayudar en la instalación del sobrio menaje, requieren al portero, llamándole por el hueco de la escalera. El buen hombre, muy reluciente de librea, sube en el ascensor y les franquea la entrada, con sus ademanes ceremoniosos de diplomático jubilado.

—¿Podría usted dejarnos el llavín? —pregunta Manolita.

—Imposible... Tengo órdenes especiales del señor —replica, con indudable aire de misterio en la voz sentenciosa, el hombre del uniforme.

—Será que como ha estado el piso solo y acaso quede solo también cuando nos vayamos nosotras, Justo le habrá encomendado alguna misión secreta: recoger y subir la correspondencia o los telegramas que lleguen, por ejemplo... —dice Amparo, mientras avanzan las dos por el pasillo con sus pasos ágiles de despreocupación, que se apagan, silenciosos, en la gruesa alfombra.

Empieza su faena por el despacho de Peralta —que se ha reservado, con Jesús, la parte posterior del piso— y consiste en detalles de limpieza y ordenación. Ya hemos adivinado que el detective no usa dormitorio (no nos atrevemos a escribir la palabra «alcoba», símbolo y resumen de la carroña moral de un siglo): sería tan absurdo como usar quinqué petrolero. Porque podemos alumbrarnos con un candil de aceite, con una tea o con un velón, pero no con ese repulsivo artefacto que nadie sabe para qué sirve, ni si ha existido (!). Peralta dormía en un diván de su despacho. Este comunica, por un lado, con uno de los tres cuartos de baño, que a su vez tiene entrada independiente; y por otro lado, con un pasillo, al que se abre, próxima, la puerta del cuarto de Quintero, y más al fondo, la puerta de la cocina. Como el aposento reservado del detective es de grandes proporciones, se comprende que la segunda puerta del cuarto de baño anexo dé a la cocina misma, desde donde se puede entrar para hacer la limpieza y preparar el servicio, sin tener que atravesar el despacho, naturalmente. De modo que esta segunda puerta del cuarto de baño pone en comunicación —cuando se abre la primera— el despacho con la cocina. Pero desde aquel no puede observarse lo que en esta sucede, porque ambas puertas no están una enfrente de la otra. Como detalle interesante, advirtamos que hay en la cocina, además de la puerta que se abre al pasillo y de la mencionada del cuarto de baño, una tercera puerta: la

correspondiente a la escalera de servicio. El torno, que debe comunicar con el comedor y que no se ha utilizado todavía, tiene obturado su hueco por la corredera. En el pasillo —que forma ángulo recto con el más amplio de entrada, y a su final— hay también otras dos puertas, de habitaciones, vacías aún, para servidumbre. Todos los balcones y ventanas están cerrados, pues se ha ventilado hace poco tiempo. Hay un tibio ambiente de propicia conductibilidad.

Pero hemos olvidado a las dos muchachas y ni siquiera hemos hecho, en regla, su presentación. Imperdonable. Son muy agradables, muy jóvenes y muy semejantes. Manolita y Amparo. Procuran disimular esta semejanza, que no las enajena, con una indumentaria diversa en lo asequible dentro de los cánones de tiranía que la modernidad les impone. Puede decirse que solo llevan dos prendas iguales, aunque de distinto color: los dos sombreritos minúsculos y graciosos. A nadie, dueño de sí, le agrada ser un doble o tenerlo. Manolita es casi tres años menos joven. Quién lo diría: parece mayor Amparo. No..., no son inteligentes..., ¡cómo podían serlo! ¿Qué falta les hace? Pero tienen ingenio vivaz, que, por ventura, no prodigan. Son deliciosamente serias, y en la meta de su juventud lograda, son criaturas que no encuentran qué aprender ya en el mundo. Viven del recuerdo breve, porque apenas saben sufrir y nada puede aguijar en ellas el avance de una huida. ¿Huida?... Todo lo más una fuga sin agravantes, que termina en boda si no es ingrata la suerte. Esto hay todavía. Nuestra educación lo estimula. ¡No se ve el remedio! Y hasta tiene su encanto, cuando se toman las debidas precauciones. Aprender... ¿para qué? Se evita, con generosidad, el fuego —y el riesgo— de lo mejor, porque retiene gratamente el mimo de lo bueno conocido y su calor amable. El hondo aprendizaje se verifica solo por aquellos que ganan renunciando, tal vez porque a nada tienen que renunciar. En este clima, en este lugar y en este momento, son como tienen que ser, Amparo y Manolita, con sus gorros de legionario y sus bragas infantiles.

Y qué ocurrencia, qué dulce peligro de tentaciones si imaginamos esta coyuntura —más dionisiaca que apolínea— favoreciendo la solución circunstancial, con decoro y conveniencia, del trámite erótico, no desdeñable en un detective como Justo Peralta, desdivinizado y razonable, desconocedor íntimo de todos los iconos y desfacedor

práctico de ellos, cuando era posible sin faltar a lo decoroso, ni rozar lo inconveniente. En este arte sabía llegar al prodigio. Figúrense ustedes.

Todo está listo y primoroso en el despacho del policía. Manolita se dirige al cuarto de su hermano. Se dispone a salir ya cuando suena un timbrazo potente, que la asusta un poco. No llega a abrir la puerta del pasillo y vuelve sobre sus pasos, indecisa. Entonces Amparo, que es muy medrosa, dice:

—¡Qué llamada tan fuerte! Me da miedo.

—Debe ser en la escalera de servicio. Ningún otro timbre tiene un sonido así —contesta Manolita. Y añade—: Voy a ver.

Entra en la cocina por el cuarto de baño. Amparo, desde el despacho, donde espera, oye un rumor de cadenas y cerrojos que le parece siniestro. Y un diálogo tan corto y mantenido en tono tan discreto que no puede entender las palabras. Pero en seguida vuelve Manolita, compungidos el rostro y la voz.

—Las pobres tienen que subir ahora por la escalera de servicio: son unas hermanas de la Caridad que piden limosna.

—Pues dásela. Ya sabes lo que Justo dice: «Hay que creer en algo». Lo dice en francés siempre.

—Claro que les doy limosna, pero sin acordarme de lo que Justo dice.

Toma unas monedas de su bolso mexicano y sale con pasos ligeros. Instantes después se oye cerrar la puerta de la escalera de servicio de un solo golpe, sin rumor de cadenas ni cerrojos siniestros. Manolita entra en el despacho seguidamente, dejando abiertas las dos puertas del cuarto de baño.

Amparo insiste —ya tranquilizada— sobre el tema de la limosna y las creencias.

—¿Por qué dijiste que das limosna sin acordarte de Justo, que es tan compasivo? —pregunta.

—A Justo le define su nombre de pila mejor que tú acabas de hacerlo. Es más justo que compasivo, aunque él sostenga que no es ninguna de las dos cosas. Vaya usted a saber... Esto me trae a la memoria los temas de moral que nos ponían en el colegio. ¿Te acuerdas de la infeliz doña Sinforosa, a quien llamábamos doña «Rigorosa»? ¿Y te acuerdas de cómo prodigaba la palabra «emperro»? ¿Y de que, en vez de

decir se confirmó, le saluda, le hizo, le quiso, decía siempre, como los telegramas, «confirmose», «salúdale», «hízole», «quísolo»?... Los telegramas tienen, a veces, un énfasis de capa y espada.

Manolita ha perdido el hilo y no sabe adónde van sus palabras dispersas. Hace esa pausa de la niña que no sabe la lección. En su auxilio acude Amparo, que apunta, sentenciosa:

—... Que nuestro primo es menos compasivo que «justo»... Que dabas limosna sin acordarte de él... Yo te había preguntado por qué razón.

—Sí, eso mismo... —¡Ay, Manolita! Ya dice su mamá que abusa de la fantasía esta niña. Cuando habla de su primo, divaga. Sigue por la tangente—:... Aunque es aventurado suponer lo que Justo piensa... A pesar de su amabilidad tan natural, no se puede hablar en confianza con él. Para Justo es sencillísimo conseguir de la gente lo que otros pretenden imponer, sin conseguirlo, a fuerza de tiesura y empaque: un cierto respeto... ¡Yo se lo tengo!... Pero quería decir que no me convence esa expresión francesa «hay que creer en algo», por mucho que la repita. Al contrario: me hace desconfiar de su religiosidad. Tú eres más burlona y callada que yo y te precias de conocer antes a las personas. En cambio, yo acabo conociéndolas mejor que tú. Y aquí tienes una prueba de que no debo andar muy equivocada en cuanto a las creencias de nuestro primo: Justo no es religioso prácticamente. Pues con los incrédulos sucede lo que con los afeminados: hombre a quien no se le ve practicar es hereje, y muchacho a quien no se le conoce amistad de mujer es afeminado.

—Pero los hay de estos precisamente que frecuentan la amistad de mujeres para despistar y los hay también «epícenos», como diría doña «Rigorosa» —interrumpe, viva de ademán, Amparo.

Se ríen las dos con saludable regocijo. No decimos que tienen de su primo una idea absurda, porque esto ya estaría bien. Mejor es decir que no tienen la menor idea de su personalidad íntegra. Le consideran desde el ángulo doméstico, le ven desde el rincón familiar. ¿Puede pedirse menos?

El peculiar dinamismo de Manolita no se reduce a la divagación verbal. Con su andar de danza se dirige otra vez a la puerta del pasillo. Amparo la detiene:

—Espera a que vuelva Jesús y no toques nada en su cuarto. Sus papeles y sus libros son intangibles y no sabemos aún como habrá adaptado sus manías al nuevo medio.

—¿Y si no vuelve antes de que nos vayamos?



Hay postes clavados en una margen de la pista. Al entrar en el pueblo acorta Peralta la velocidad del coche y, guiado por el haz de hilos tirantes en el aire, se detiene ante la centralita local. Instantes después suena el timbre del teléfono dentro de su domicilio. El detective nota que una mano se mueve y el micrófono de su propia mesa de trabajo vibra con el eco de una canción. Espera la voz que ha de contestar y va a reclamarla cuando oye un grito de mujer, un ay corto y penetrante.

—*Hallo... hallo... hallo... hallo...*

Nadie responde, pero sigue oyéndose la canción extraña. Peralta insiste, en vano. Piensa rectificar. No hay tiempo: sabe de quién es el grito. Rápido, imperioso, pide a la señorita empleada comunicación urgente con la Jefatura de Policía de Madrid.

Apenas ha dado el nombre de García cuando ya está el solicitado personalmente al aparato. Habla Peralta y su locución es, como toda orden, un monólogo:

—En mi casa ocurre algo anormal. Acuda en el acto con dos números y lleven las motos de la Jefatura para que no les detengan los guardias de la circulación. Vayan por la Castellana y haga lo posible por no alarmar a la vecindad. Mande un agente por la escalera de servicio. Aunque el portero le conoce, se debe avisar telefónicamente desde ahí para que le espere. Mientras se da el aviso habrá usted llegado. Y ya sabe que se me ha reiterado por la superioridad autorización para disponer libremente.

El argentino corta sin despedirse ni esperar réplica. Sin admitirla. ¡No tiene más que hacer! Cuando abandona la central de teléfonos, oprime con los dientes blancos un puro, que enciende sin dejar de andar hacia su coche. Este aguarda con belleza y apagado temblor de buen inglés. ¡Qué bien está Peralta, la calzada mano en la rueda flamante!

La arrancada suave y velocísima de su carro nuevo, sobre la pista embetunada, sincroniza con el frenazo de las motos disparadas ante la puerta de su casa de Madrid.

García, que pone la automática obediencia del subordinado perfecto (en este caso no se trata de una establecida subordinación jerárquica) en la ejecución de las órdenes recibidas, manda un agente por la escalera de servicio. Ha tomado el llavín de manos del portero solícito, pero rechaza el ascensor.

—¡Yo llego antes! —dice.

Y seguido del otro agente, que se le queda zaguero, gana la escalera principal con saltos de toro.

—¡Usted espera en la puerta! —grita hacia atrás, ya introducido el llavín en la cerradura. El agente, que machaca, bruto, con sus botazas, la alfombra, no tiene pulmones para asentir. Pronto está arriba, sin embargo. Se detiene junto a la puerta entornada, en los labios el resuello y la indiferencia en los ojos de animal triste. Es uno de esos bigotudos impertérritos, macizos y resignados de la vieja guardia (de seguridad), que han sobrevivido entre los nuevos gladiadores de asalto. Se encoge, zafio, de hombros; enciende un pestilente cigarrillo canario y empieza a fumar a grandes bocanadas. El portero se ha decidido por su parte a hacer acto de presencia y sube en el ascensor con toda comodidad.

Ya dentro, en el pasillo, García oye voces violentas. Como ha encargado Peralta que no se alarme a la vecindad, saca una navaja de gran tamaño, cuyos frenos hace crujir al abrirla, relampagueante, igual que un abanico. Es de las que llaman lengua de vaca.

Avanza de puntillas, doblándose y tapándose con el sombrero en la mano izquierda. Pero retrocede, rapidísimo, para cerrar. Antes hace signo al agente de que pase y, cuando va a hacerlo este, de una manotada le arranca el cigarro de la boca, al mismo tiempo que, cerrando sin ruido, da con la puerta en las narices al señorial portero. En voz baja y amenazante, advierte a su subordinado:

—No haga, por nada, uso del revólver. Un disparo puede costarnos la vida. Sígame y no respire profundamente. Si es posible, no respire.

Guiados por las voces, más arrebatadas a medida que se acercan, se dirigen hacia la parte posterior del piso. Llegan al cruce de pasillos encontrando la puerta de la cocina cerrada, lo mismo que la del despacho de Peralta y la del cuarto de Quintero.

García detiene con un ademán al agente y, acercándose él mismo a la puerta del despacho de Peralta, intenta, sin conseguirlo, atisbar por las junturas; después aplica el oído a la madera, hace el gesto de quien comprende al fin, cierra y guarda la navaja y abre la puerta rudamente.

Manolita y Amparo están tendidas en el suelo, casi juntas, y al aparecer sin vida.

—¡No entre! —grita García a su subordinado. Igual que un gorila raptor, se apodera de los cuerpos laxos y calientes de las muchachas, de ligereza infantil para sus brazos, abultados como muslos.

—¡Cierre! —manda, congestionado, mientras sale, hinchadas las venas, frenético y vacilante, y se lanza por el pasillo con carrera de ebrio, en dirección a la parte anterior de la casa.

No espera a que el agente llegue para franquearle la entrada de la habitación, ni tiene tiempo de hacerlo él mismo dejando un instante su frágil carga. Se siente desvanecer por segundos, las energías le abandonan. Se vuelve entonces de espaldas y con un fortísimo empujón hace saltar el pestillo de la puerta, que se abre de par en par. Sin preocuparse de suavidades, deja en la alfombra los cuerpos de las dos muchachas, se llega hasta el balcón y lo abre con violencia. El agente le encuentra apoyado en el muro, restregándose los ojos con el dorso de la mano. Se rehace en el acto y su voz entera de mandón ya está dando órdenes terminantes:

—Desabróchelas..., aquí tiene tijeras. Deje correr el grifo del lavabo, empape bien esas toallas en el agua fría y se las pone sobre el pecho. De momento nada más. Y no cierre el balcón de ninguna manera..., pero esta puerta debe quedar cerrada para que no se establezca corriente y tengamos una explosión. Coloque una silla para sujetarla. Yo estoy aquí ahora mismo.

García vuelve por el corredor de entrada y llega hasta el angosto pasillo donde está la puerta del despacho. Entra decididamente, cerrando tras de sí, y abre las ventanas pero no por completo, pues no conviene que penetre, repentino, el aire. Pasa después a la cocina por el cuarto de baño. Titubea... No están abiertas las llaves de los hornillos, ni siquiera la llave de paso. Ah..., pero ha sido seccionada la cañería, que deja escapar el gas a chorro. ¿Qué hacer? Busca con los ojos, lleno de ansiedad.

Como tiene contados momentos de vida en aquel sitio, saca el pañuelo, se envuelve la mano derecha y con un furibundo puñetazo aplasta el plomo de la conducción. No se arriesga a atravesar el despacho nuevamente, ni se atreve a abrir la ventana de la cocina, por cuya puerta —que encaja de modo perfecto, como todas las de la casa, construida sin escatimar detalle— puede salir indemne. Su proximidad le salva.

El guardia no se anduvo con contemplaciones y en el suelo mismo realizó su faena con eficaz brutalidad. El miedo surte efectos admirables a veces y, si García no es hombre que inspire respeto a nadie, sabe, en cambio, hacerse temer. Cumplidas literalmente las instrucciones dadas, las muchachas se reanimaron con el aire fresco y la ducha copiosa. García toma en sus brazos a Amparo, que se ha rehecho antes, y la sienta en una butaca. Tiende después a Manolita en un sofá, libra de las compresas los curvos escotes blancos y trae, del cuarto de baño próximo, dos albornoces. Una fricción ligera y unas palabras tranquilizadoras bastan para que las accidentadas se recobren. Pero su aspecto es lastimoso y se quejan de náusea y malestar intenso.

Visiblemente satisfecho de su maniobra, el guardia se ríe con la malicia del asturiano bigotudo, a nada comparable. García, al ver su actitud, tiene que reprimir su propia hilaridad, para decir, muy serio:

—Salga de aquí. —Él sale también y añade, con su modo autoritario—: Puede irse ya. Que quede abajo una moto. Y reserve el parte hasta que yo llegue.

Se dirige al despacho de Peralta. La ventilación ha surtido efecto y puede abrir de par en par las ventanas. También abre la de la cocina y la puerta de servicio, lo que hace después de comprobar que se ha cortado el escape de gas totalmente. Se asoma a la escalera de servidumbre:

—Qué... ¿nada? —pregunta al agente apostado allí.

—Sin novedad.

—Bien. Continúe en su puesto.

Cierra nuevamente y al volver, con el propósito de seguir atendiendo a las accidentadas, se le ocurre, por fin, colgar el teléfono y desconectar el altavoz magnífico, que sigue desgañitándose con su fantástico perorar, cuya intrusión de desconcierto había enhebrado una absurda confusión de disparate mecánico en la truculencia

desorbitada de lo que, merced acaso al tirón preciso de Peralta, no se desbocó en tragedia irreparable.

El agente enviado por García desciende la escalera principal con sus botazas demolidoras y un fermentido cigarrillo canario entre los dedos, cuya ceniza deja caer sobre la alfombra con primor. El portero se indigna:

—¡Buena me ha puesto usted la escalera! —exclama, desahogando su contenido celo porteril.

No se inmuta el guardia, impasible. Extiende el brazo de la ley, como el automovilista en un viraje, y manda, sobrio, con su puro acento de Tineo:

—Aparte.



El coche de Peralta hace un quejido corto de chirrión de lujo al parar en seco ante la puerta de hierro del jardín, sobre cuyo remate alumbra ya el foco, por orden del detective repuesto. Acude el chófer para hacerse cargo del auto y el argentino salta con premura y penetra en el patio para subir por la escalera de servicio —que tiene de este lado un segundo acceso— buscando el camino más breve. Lleva una pequeña maleta de viaje y de un bolsillo exterior de su chaqueta sobresale un periódico.

El agente situado por García en la entrada le reconoce y se cuadra para saludarle.

—¿Qué hay? —interroga Peralta.

—Sin novedad. El señor inspector me ha ordenado que continúe en mi puesto.

A la llamada de Peralta acuden, unánimes, Quintero —que ha regresado entretanto— y García. Este le da cuenta de lo sucedido mientras se dirigen los tres a la habitación donde están las muchachas, físicamente recobradas, aunque no rehechas del susto.

Para las jóvenes, cuyos nervios quebradizos no están habituados a conmociones semejantes, tiene virtud sedativa la llegada de su primo. Este no quiere que hablen mucho y les ruega que respondan con brevedad a sus preguntas. No lo consigue: Manolita se desborda con un relato presuroso. El detective entonces se sienta junto a ella en el sofá y le toma la mano dulcemente:

—Chist... Vas a contestarme «sí» o «no» a lo que te pregunte..., ¿verdad?... Dime: la monja con quien hablaste ¿era vieja?

—Sí.

—¿Y alta?

—Sí.

—¿Pudiste ver bien a la otra monja que la acompañaba?

—No.

—¿Fue Amparo quien gritó al verte caer?

—Sí.

—¿Tú sentías antes malestar?

—Sí.

—El desvanecimiento ¿fue inmediato y casi repentino?

—Sí.

Manolita hace muecas de cómica nerviosidad. Parece una niña reprendida. Con toda su buena voluntad a duras penas somete los gárrulos impulsos estallantes, aguijados por la excitación. Amparo entorna sus manos encima de la cara y empantalla su risa como un fuego. Peralta da por terminado el brevísimo interrogatorio y, dirigiéndose a Quintero, que calla su impresión tremenda, le dice:

—Haz el favor de avisar por teléfono, de mi parte, al doctor Gilbert. Le ruegas que venga lo antes posible.

—No es necesario si tú estás con nosotras —se atreve a suplicar Manolita.

—No, niña, no. Jesús va a haceros compañía hasta que venga el médico —replica el detective, con su sonrisa de bondad.

Y cuando el muchacho —el encargo cumplido— está allí de nuevo, abandona la estancia acompañado de García.

Peralta reconoce, con una ojeada imperceptible, su fichero intacto. Y empieza la inspección por la cocina. Al ver descorrido el cerrojo de la puerta de servicio, por donde él mismo entró, y colgante la cadena de seguridad, pregunta:

—Esto ¿lo encontró usted así?

—Exactamente —responde García.

—Entrar hubiera sido cosa de juego.

—De todos modos hubiera sido fácil entrar. Pero ¿por qué llamaron entonces?

—Un exceso de precaución muy comprensible. Con el timbrazo se venía a preguntar: «¿Quién está ahí?». No bastaba saber que yo no estaba.

—¿Y por qué recurrir, para sus designios, a un procedimiento de tanto peligro o complicación?

—El más sencillo para conseguir lo que se proponían: operar en silencio y sin ser importunados durante mi ausencia. ¡Ningún procedimiento más sigiloso!

—Cuando al avanzar por el pasillo noté el olor a gas —advierte García—, yo supuse que «ellos» estarían protegidos con máscaras y al oír las voces imaginé que se disputaban algo.

—Sí es posible que tuviesen máscaras para protegerse..., aunque ya hubieran tomado sus medidas para no necesitarlas. Lo de la disputa, en cambio, es una sorprendente ocurrencia. No, «ellos» no se hubieran disputado cosa alguna. Y hubiesen procurado evitar víctimas. Es lo probable que solo hayamos anticipado el salvamento. La intoxicación hubiera sido más grave acaso y mis primas habrían reaccionado sin darse cuenta de nada, tal como ha sucedido. Pero la maniobra no hubiese quedado reducida a un deterioro en la conducción del gas. No..., no estaba ideado torpemente. Y es, por otra parte, un aviso que debo agradecer. ¡Yo esperaba más! Aunque no todavía, he de confesarlo... En este caso debí contar con el absurdo.

—Su intervención ha demostrado que contaba usted con todo —comenta García, que siente un extraño respeto hacia el famoso detective.

Este sonríe apenas, al preguntar, insinuante:

—El portero ¿subió con usted?

—Subió en el ascensor a los pocos momentos, pero quedó fuera.

—Usted mandó un agente por la escalera de servicio, según le indiqué, ¿no?

—Aún le tengo situado en la escalera misma. Usted le habrá tropezado al subir.

—Bien: le quisiera interrogar. Es decir, quisiera hacerle una sola pregunta.

García abre la puerta de servidumbre y hace pasar al agente, que allí está, en efecto.

—A la orden, señor inspector.

—¿Recuerda —interroga el argentino— si estaba el montacargas abajo cuando llegó usted?

—No... Creo que no estaba.

—¡Seguramente que no! —ataja Peralta, rápido, mirando a García, en cuyo rostro se manifiesta comprensión, vivo asentimiento. Después añade—: Nada más.

Cuando el agente se retira, Peralta dice a su colega:

—Creo que puede prescindir ya de esa vigilancia. Y espero que no se dará parte por usted, ni por ninguno de sus subordinados. Esta reserva se supone en las atribuciones que he solicitado y que se me han concedido plenamente.

—Se hará lo que usted mande. El agente que intervino a mi lado en los primeros momentos tiene instrucciones de no comunicar nada hasta que yo llegue.

Mientras García da su nueva orden, Peralta pasa a su despacho y espera.

Interrumpen breves instantes de ensimismamiento las pisadas fuertes de su colaborador. El detective cierra todas las puertas, enciende todas las lámparas, abre una caja de habanos y le invita a sentarse y a fumar.

—Podemos cerrar las ventanas también: el ambiente no puede ser más puro. Ah... y debo darle las gracias, mi amigo. Su actuación no necesita elogios.

García, que está muy satisfecho, apresta su cigarro con voluptuosidad de gozador.

Inicia el diálogo Peralta con algo que a los oídos del no técnico parecerán minucias —no olvidemos la minuciosidad implacable del argentino—, pero la suma de las cuales constituye nada menos que un plan completo de adaptación y encaje de servicios, un acoplamiento muy hábil que evita la intromisión recíproca y excesiva de actividades para que no se estorbe y obstruya la labor, que a juicio de Peralta debe ser plural y convergente.

Pero aprovechemos la ocasión pintada, con enfoque de oportunistas. Nunca hemos visto a García con tan precisa luz sobre el rostro duro y encima del basto relieve de su cuerpo. Nunca hemos escuchado mejor su voz no distraída. Fichemos, pues, al personaje.

Es digno de pertenecer a una de las generaciones de los García de Paredes fincados en Don Benito, pues García de Paredes se llama. Pero como unas fornidas espaldas

no justifican, al parecer, un apellido tan ingente, aunque venido a menos y aun vilipendiado, se desprendió el Paredes por atrofia y quedó mondo el García, que ya es bastante. Su nombre de pila es Rafael y esto es comprensible, siendo él jienense. Pero no se le conocen familiares, ni familiaridades de íntimos afectos y por lo tanto le llaman todos —lo que ajusta muy bien a su persona—, sin respeto y sin confianza, García.

Como por su oficio ha tenido ocasión de alternar —a esa cierta distancia de las institutrices que se sientan a la mesa de los señores— con aristócratas y aun con intelectuales de séquito, ha aprendido a contener su autenticidad nacionalísima, que en el fondo radical aparece de ínfima casta: del género valiente de capa y garrote. Jamás los usó García, pero es el bragado... ¿no le conocéis? Le caló bien Peralta. Su viaje anterior, de incógnito, metió al detective en la Península por Lisboa y él sacó botín de aquellas vacaciones de viajero desconocido, dedicado a medir la cancha ibérica. Por eso reconoce perfectamente a su hombre, cohibido nada más en su presencia, pero imborrable, inconfundible.

Cicatriz en la sien: es el blasfemo del patio de caballos, maqueto de frontón, expicador o pelotari, empresario y tahúr; es el tratante colérico de feria que acogota al gitano; es el capataz, el consumero, el maderista, el garduño jurado del cacique, munidor del acta en las elecciones de campanario; es en Sevilla el brazo de Cruz Conde y el pistolero máximo de Anido en Barcelona; es el terne, el templado, el malacara, el que pisa fuerte y pasa delante porque sí.

Grueso y bajo, durísimo y ágil, más que un atleta a la griega o a la moderna, parece un forzudo a la oriental, de barraca. ¿No conocéis al ronco achulado que se ríe con la frente, como los cínicos, y tiene, del tabaco, amarillo el pulgar izquierdo y supera la marca del *punching* en todas las verbenas y es uno de esos cervigudos españoles que ahogan su carcajada en un golpe de tos? Para todas estas alusiones específicas nos sirve García de «extra» mímico admirable. Pero ya hemos dicho que se sienta a la mesa de los señores. Sin embargo, apenas le mixtifica semejante desplazamiento. Viste caro y descuida el detalle de su línea viril. Es mujeriego exigente y, en consecuencia, limpio de cuerpo como un nipón. Se le ve mucho con amigas calificadas de «estupendas». Y le gustan finitas al espaldado; y con pitones de choto, como él dice.

¡Qué bien sabe tratarlas! No hay en él esa voracidad de desesperado tan frecuente en hombres que lo juegan todo porque viven en vilo y esperan acabar de un tajo en cualquier vereda. Le salva, por aquí, lo que hay de activo en él. No es el indolente que se acuerda tarde y quién sabe si... a tiempo todavía, y se lanza a un *forcing* por lo perdido y alcanza su final con el resuello agónico de su maratón en la palabra última, mensajero y víctima de un triunfo patético, boceto apenas del *epos* no logrado —de tono menor, tal vez, aunque hubiese granado en plenitud— pero cabal y digno de vivirse. Por el contrario, García tiene la virtud entera: es útil, eficaz, en acto y voluntad acorde. Es el emplazado que cumple la sentencia por no faltar al hecho. De él suele Carretère decir: «Ese no muere en la cama». Pues bien, será consecuente hasta el extremo de responder al destino con su muerte, como responde, bravo, con su vida. Este es el secreto, inexplicable para el flojo, de que ciertos hombres suban y, a su manera, lleguen o arriben. Con astucia y pugna y valor y otras cosas poco sutiles además, naturalmente.

La intensidad azul de los ojos en la piel oscura de García enciende su persona y le presta un agresivo carácter de brutalidad. Con el cráneo y el puño —y con ambos— ha de pelear quien no sabe estar quieto y se echa para adelante donde hay una frontera. Y más en señaladas horas de climas determinados en que acción y batalla son sinónimos. Como no es un asceta, pues, desconoce la avaricia y para él no excluye la utilidad el placer desdoblado, que, si no le embriaga con exceso, le halaga de forma ignorada por los que buscan el goce magro de la potencia o del poder —que es lujo funeral— como supremo fin. Mas ha de ser utilitarista, y bien diferenciado, para su propósito, y poseer un sentido claro de tanteo y decisión y retener lo que, sin duda, le sirva por su valor de instrumento y eliminar cuanto pueda entorpecer el ancho manejo de lo adquirido. Un pesado bagaje fatiga y dificulta el asalto y por eso el verdadero hombre de acción, en distinta medida, es hombre que prescinde y renuncia y sabe olvidar y dejar el equipo a un lado, para no caerse con todo él.

—Se trata, por algún tiempo —dice Peralta, que, ya en pie frente a García, da por terminada la entrevista— de una labor de escuchas, a la espera más bien, pues se nos ha interpuesto..., además, gente «suave», aparecida sin golpe y que no necesita

[94] CHAO

escapar, ni servirse de la detonación, ni de motores raudos, pues está en su casa. Yo lo creo así.

El timbre de la entrada principal anuncia la llegada del médico. Aún interroga el detective, con ademán distraído:

—¿Ha visto últimamente a Carretère?

—Hoy mismo —replica García—, hoy mismo en la sección de pasaportes. Allí estaba el viejo, tan campante. Me hizo, con una regla, un pomposo saludo de espadachín.

—¡Es de pórfido! —comenta Peralta. Y añade—: ¿Sigue yendo por las tardes también a su negociado?

—No. Ahora tiene servicio solamente por las mañanas.

Un cuarto de hora después —no ha exigido más el examen facultativo— está de nuevo el detective en su despacho y esta vez le acompaña Jesús Quintero, que en su perplejidad busca el modo de ser útil de alguna manera y que siente el pudor de quien no concilia su presencia con una misión, porque no representa allí ningún papel. Son toda buena voluntad sus palabras cuando pregunta, ingenuamente, a su primo:

—¿Habrás almorzado ya?

Tranquilo, regocijado casi, ante la ocurrencia, responde Peralta, mientras extrae un bañador, todavía húmedo, de su maletín:

—Ya lo creo. He saboreado una magnífica paella después de un baño de mar delicioso.

Ha extendido sobre la mesa un diario de provincias, del que recorta algo. Abre su fichero y rotula y archiva cuidadosamente el recorte. Quintero puede ver que se trata de un periódico de Valencia, pero no se atreve a inquirir más detalles. Peralta, sin mirarle, habla, como en soliloquio:

—Puede decirse que anoche arrancamos la mecha del explosivo. Hay quien coloca una bomba y hay quien pone un hombre en su lugar. No se dieron bien cuenta de lo que hacían. Para «ellos» hubiera sido una locura el que hubiese ocurrido un hecho grave. Nada hubieran logrado. Y para mí hubiera sido un contratiempo muy

desagradable, mucho... Algo que me hubiese agobiado... sin desviarme, naturalmente. Ya te dije que el hombre fue sorprendido. Ahora puedo añadir que yo también lo fui, en parte. Y más por el cambio de táctica o de procedimiento con que se corrigieron en el intento llevado a cabo esta tarde aprovechando mi ausencia. No necesitas saber más y solo quiero manifestarte mi deseo de que tu madre no se entere, puesto que el percance no ha sido trascendido y afortunadamente, según acabas de oír al doctor Gilbert, no pueden ser más leves las consecuencias. Hablaré de esto también con tus hermanas cuando se hayan tranquilizado definitivamente. Excuso decirte que el aviso tiene para mí, desde otro punto de vista, un valor inapreciable y que no habrá, en adelante, nada que temer. Lo que no impediré que yo insista, con toda energía, para que mis advertencias se atiendan con el debido rigor. No lo hiciste tú anoche y tus hermanas las olvidaron hoy con temeraria ligereza. Perdonable, claro, ante lo absurdo...



García tiene húmedo y atusado el cabello y en su cara se advierte, además de la frescura expresiva que es norma en su persona, esa frescura de prestada juventud matinal que infunde al trasnochador el baño de las tres de la tarde.

Está sentado a una mesa, ya servida, en la penumbra de un saloncito público de té y le acompaña una muchacha con quien nunca se le ha visto. En el local hay una silenciosa clientela y una sorda música, producida por tan discretos rapsodas que se esconden, invisibles casi, en un ángulo; y hasta logran disimular en la distracción del auditorio, que no lo es, la vulgaridad meliflua de sus falsas rapsodias. Como el día persiste aún muy luminoso, llega de la calle un polvoriento hálito que todo lo ennoblece.

Nunca se ha visto a García con esta muchacha, en efecto. Es además en él extraña la respetuosa indiferencia que en sus palabras pone. Ella es una menor, o lo parece: sin senos y corto su pelo rubio, como el de un chico. Se diría mineral puro el verdor de las pupilas de tierra, de piedra, de agua. Y toda su belleza, de inverosímil fragilidad, rebasa el límite de lo perfecto para tocar el punto de lo excesivo. No es una niña, es

un ángel y esta sí que es la gran judiada, hacer de los ángeles demonios. Se llama Raimunda, y el choque de su nombre contrastado qué bien le está. Es jienense también. Pronuncia un andaluz libre de entonación y es así un encanto escuchar la voz adusta, que acentúa su fría delicadeza por igual manera que su mismo nombre. Para definir el ser de esta criatura hay que recurrir al diminutivo en illo: a Murillo y a Salzillo, a lo bonito maravilloso. El ángel murciano, tan ceceante y nuevo, tiene garbo de estrella escandinava y es bobo como una nena y un buey y un caramelo transparente y como tantas dulces cosas del mundo. ¡Que nos dejen alguna vez márgenes de chuchería, que no nos sacudan siempre con las disciplinas del anticromo, haciéndonos sentir olor de comida y de sustancia en el olor de santidad de la santa cena! En el labio superior reside su turbación toda, el defecto que oficia de rasgo y otorga esquivez, angélica en verdad e intangible, a esta rubia de Jaén. La más aguda fuerza de seducción anida en lo esquivo por naturaleza, no por arte. Liviana muchachita es Raimunda, mas por ello inasible: se desliza, ligera, entre los dedos del halago y se recoge, arisca en su pliegue, desde fuera inexpugnable. Solo escucha y sigue, dócil, la palabra íntima que se ampara en un derecho reconocido. ¡Inútil ronda, forastero! Es una sierva, pues, aunque no haya conocido ajorca dorada la garganta de su pie ágil como la caña de un potro. Vivir tiene para ella, en realidad, un sentido de ciega restricción pasiva y se reduce, uniforme, a la obediencia. Se nace para torturar o para sufrir tortura, se nace para regalar o para ser regalado. Raimunda es dádiva fragante y vale por eso nada más. La guarda una ley de sayal, vidrio y ceniza (es un ángel), no el ardid que encarece la oferta. El azar decide situando bajo nuestra autoridad —pues a la autoridad solo responden— estos instrumentos de delicia, cuando somos conscientes de su virtud.

Se levanta García. Es que llega, puntual, Peralta, que no espera encontrarle así acompañado.

—Saldremos —dice, tras una presentación muy breve. El argentino desea conferenciar con él y es evidente que la presencia de la muchacha... Pero la observa como si en ella buscase algo. ¿Sabe él mismo por qué?

Salen. Raimunda, que lleva su gorro en la mano, se adelanta un poco. Por discreción ahora, es posible. Sin embargo, el hombre, que en la carrera suele ser más rápido

que la mujer, al paso, cuando pasea, queda siempre a la zaga de sus muslos, reclamado por la brama específica de su chillido tonto. La hembra se mueve por propulsión y por tracción el hombre, visionario.

La muchacha juega con su boina y al andar se recrea, como los majos bonitos. No deja de llamar la atención de Peralta su estrecha y escurrida pelvis de muchacho. Es natural su examen objetivo: amor de policía, que por ahí se mide. Si en las novelas policíacas el amor no cuenta, es que se le subordina a los principios de la ética drusa (licitud de lo clandestino, según Rivadeneyra). Espíritu de cuerpo, se diría, jugando con el vocablo. Esoterismo de congregación. Aquí el amor es el único crimen que no se descubre. Por lo demás, nuestro detective se considera tan inmune al morbo del otro amor sin tino —el romántico— como al veneno del alcohol. Si cuando el momento llega no dice: «Gracias, bebo mucho», es porque sus modales no toleran el gesto. Mas acepta el envite sin esquivarlo y sin rendirse a él; con actitud que, más que resignación, indica la impavidez con que está dispuesto a recibir todo lo que le manden. El amor «por excelencia» —el romántico, pues— requiere cura y tratamiento, condición sin la cual no hay esgrima posible contra sus saetillas enconadas. Dolencia de cultivo, zumo de víscera secretado a presión, fermento dulce y agrio, provocado aborto y pasión de trance, es también siempre maniobra fatal, accionando sobre objetos inermes, descarriados y «precoces». Cuestión de sobrevivir y de saber defender la supervivencia. Los casos tardíos son más de opresión que de presión: enfermedad carcelaria, de esposa y reja. No tiene cura si el atacado no se desembaraza, violento, para entregarse. En cualquiera de estas formas adopta la anormalidad un aire cotidiano. La excepción de Peralta reside en el hecho de que vivió la edad pueril en estado de naturaleza y que guardó su sabiduría de pequeño salvaje pampero, arrojándola de cultura, amparando —en vez de ahogarla— su legitimidad superna. Por eso teme solo a este amor inmediato «de policía», que no se debe delatar. Y aquí, a la zaga de su rastro, en su pista, como un sabueso, mide y otea y es sobrio bebedor y cauto, si con la invitación el daño amaga.

El discreto diálogo que sostiene el argentino con su colaborador queda roto al detenerse Raimunda, casi «atropellada» por el aro de un niño. Con ligereza de domador

toma la muchacha en sus dedos la curva graciosa y por espacio de un segundo la tiene, horizontal, sobre los rizos negros del pequeño aturdido, como un cerco beato de inocencia. Mas devuelve pronto el juguete rauda: en la cara de su minúsculo dueño el pasmo se convierte ya en irremediable compunción. Besa también al precioso morenito, que le huele a corteza de guindo soleado y que al verse libre huye sin mirar atrás. ¡Divina ingratitud!

No sonrío Peralta. Y aprovecha, con forzado pretexto, la incidencia, para despedirse. García solo puede percibir el inopinado sesgo de semejante decisión, pues, cuando quiere confirmarse, el detective se ha transparentado en la calle.

Lo que hace es correr junto a un tranvía, oculto por el coche. Está relativamente próxima la parada, mas no piensa utilizar el vehículo. Se cubre con el grupo de personas que aguarda para hacerlo y dobla la esquina de la calle rápidamente. Sigue a buen paso, que atenúa pronto. Enciende el puro indispensable y continúa, manteniendo la conveniente distancia.

La sorpresa es indecible, a medida que avanza en su persecución. Pero al final es ya un golpe de teatro. Sin precauciones, al parecer indiferente y sin ocuparse de si le siguen o le observan, el fugitivo del hotel en persona, el hombre rubio del pasillo, emboca la calle en que Peralta vive y penetra en su misma casa.



Pocas semanas bastaron para que la vida doméstica del argentino en Madrid tomara un cauce de hábito, no interrumpido por acontecimientos de novedad extraordinaria. Excepto con Jesús Quintero, Peralta guarda siempre lo que él, para sí mismo, ha definido como su «reserva instrumental». Es necesario... En las pequeñas cosas precisamente y con personas bondadosas y obligadas. En otros casos y con otras gentes, si la eliminación es imposible, hay que hacer posible la eficacia del procedimiento expeditivo.

No duró mucho este derivar pausado encima de una aparente quietud de habitual relieve. Mas ahora no fue un surgir de la entraña misma de esta quietud lo que vino a alterar su ritmo. Vino desde fuera la convulsión inesperada. ¿Inesperada?...

Fue una afluencia escandalosa lo que llegó por la superficie de sus preocupaciones. Peralta se recogió, concentrado; cedió el palenque, hizo sitio, hizo hueco para que el escándalo incontenible de lo que más parecía una agresión pudiera sumir el estruendo y hacer apta su violencia como exploración útil, a modo de sondeo acústico.

El tema de Chao adquirió viveza de llama, inusitadamente, en ciertos periódicos. Se habló de Broock, de Pinkerton... Y de la llegada de un famoso detective norteamericano. En realidad, este agente de la prensa amarilla hacía tempo que se encontraba en Madrid... organizando su aparición. ¿Por qué en Madrid precisamente? Se diría que el orden reinaba en su Varsovia y que no había faena en su patria...

La actividad del yanqui fue, como conviene, meteórica. Llegado apenas, telefoneó a Londres, a Berlín, habló con Nueva York, utilizó el cable, la radio, dos coches, cuatro motos. Contrató los servicios de un conocido boxeador y artilló los sidecars de sus bucaneros robustos con fusiles-ametralladoras disimulados ingeniosamente. Impulsivo, imperioso, no perdía ocasión de lucir su ropa interior espléndida y sus velludos antebrazos. En la acerada nube de su torpedo gris, remangada hasta el codo la camisa, que hincha como un farol japonés el viento de la velocidad, pronto fue, con sus virajes y frenazos maestros, el terror de las bocacalles. Habla el más puro español, *please*, recordado en México City, que es donde se habla el castellano más puro. Mas su acento inglés, de fuerte matiz gringo, es su desdicha. Por el acento se desprecia a un hombre. Siempre se burlaron en Sión, por su prosodia, de las gentes de Galilea. ¡Y aún quedan estas cosas! En una embajada imperial llegaron a reírse del desenvuelto detective.

Pero... ¿quién es, en definitiva, este personaje?

Acaba de salir de la Embajada. Entremos a informarnos y consideremos.



Se trata de un hebreoamericano llamado Eduardo Nessi, pariente próximo de los propietarios de la conocida firma de joyeros Caro & Nessi. Este Nessi, joyero y acaudalado, que empezó su carrera como almacenista de harinas (de alijo) y que había sido

[100] CHAO

también chamarilero de afición, se asoció a Caro, exropavejero sórdido y extraficante en postales obscenas, fundando, entre los dos, un gran negocio de joyería. Tal asegura el jefe de la sección comercial de la Embajada, que los conoce de antiguo.

Eduardo Nessi, nuestro policía tonante, vio la luz en Malta. Procedamos con exactitud, no omitiendo este detalle. Pero es un americano de los llamados «cien por cien». ¡Lo menos! En su primera juventud —no ha rebasado la segunda— fue, con otro nombre, un excelente boxeador, muy popular. Los mejores púgiles americanos son hebreos generalmente y muchos no han nacido siquiera en los Estados Unidos. Estos sansones israelitas solo encuentran fuertes rivales (sin hablar de un Kearns sinvergüenza... o de un Jacobs tonguero, enemigo si conviene, astilla del mismo palo) entre los negros y también entre los italianos y los irlandeses, por lo común naturalizados y mimetizados por el Stetson y el hablar gangoso, por los amplios pantalones negligentes, por el cinturón y la camisa holgada y el andar arrastrado y eficaz. Claro que no fue Nessi un «Harry» Greb —el felino de quien Dempsey huyó... dándose importancia—, ni siquiera un Benny Leonard. Pero impresiona todavía.

Eduardo Nessi tiene, con abundancia de derroche, lo de yanqui. Ya llegarán las vacas flacas (mas no os regocijéis con exceso prematuro) para que ganen ritmo y unidad los estados y cuajen con la pausa y para que su Nínive y su Lourdes —lo antes irreductible vencido— se ligen, con la agitación profunda, en un todo homogéneo. Galitzia suministra el excipiente. Por entrenarse con la zurda erige el yanqui torres, mientras tanto, y las derriba; construye la piscina y se ahoga en ella; crea la *security* y produce la catástrofe. Lo fabuloso de los Estados Unidos es su potencia para la duplicidad ilimitada, y en ella es lo dinámico (¿dinámico?) su virtud. Se afirma, por ejemplo, allí una cualidad, con contundencia de martinets, para negarla, en el acto, con ese cabeceo dubitativo de los grandes timones, que al cabo presupone también una afirmación: la de un rumbo. Con diferenciación bien clara, pero en contacto íntimo, vemos, entre Oregón y Virginia, rozarse, mas no excluirse, lloronas blanduras

y frigdeces de daga, estacazo limpio y sucia filantropía, intoxicación sistemática e higiene perfecta, desenfreno bestial y desmayada guirnalda de virtud, racionalización y despilfarro, alcohol mixtificado, carnicería humana, canibalismo periodístico, lamento de asfalto y pradera e incienso de literatura rosiblanca, toda tiernos azúcares y éticos rosicleres y negros jipíos adulterados; desgano, lasitud, serenidad y humor a la orden (*keep smiling!*), por una parte, y voracidad, inflexibilidad, intransigencia y arrebató, por otra. La cozo, el jarabe y el cosquilleo farmacológico de fresca espuma sonriente. (Agítese.) Mientras ganan euritmia los estados y funden su integridad, se desahoga la gente como puede. En la vieja Rusia del Papaíto, cuando había mala cosecha, *pogrom* seguro. Las malas cosechas se purgan en la América del Norte con buena justicia: se mutila o achicharra a un pobre moreno, codiciado y viril, o se lleva a un comunista italiano a la silla eléctrica. Pero no desesperéis y orad tranquilos, que si pasa el tiempo y la mies no cunde, *pogrom* seguro.

Escoceses de todas las razas, llegados de todos los rincones del planeta, rebuscarán las torres de acero y las catacumbas de hormigón para hallar su Shylock inexcusable y necesario, después de romper todos los espejos de las urbes y de votar una ley de sanción corporal contra el suicidio. Ah, pero es Shylock quien va a su encuentro, no necesitan buscar mucho, ahí está, en cualquier parte, su Ahasverus pálido. Ya le tienen: como a un rey francés le inmolarán a las plantas de la Libertad asiria.



La tradición, más o menos cortijera y contrabandista, del siciliano, del calabrés o del corso logra imponer sus valores de singularidad dentro de la metodización y la magnitud del bandolerismo yanqui. Y en esta imposición incluye todo su romanticismo averiado, que, al desplazarse, solo ha logrado sustituir ciertos elementos, o ciertos instrumentos de acción si se quiere, pero que es el mismo, rematadamente el mismo. Los órganos de represión se tiñen de su estilo por contacto.

No tardaron los sandungueros —¡tendría que ver!— en bautizar a la tropa de Nessi con un apodo colectivo. Les llamaron la «banda lila» y también los lilas de la banda.

[102] CHAO

En doce días ventilaron los americanos su negocio, que acabó con una redada de gran espectáculo. Cayeron en ella el viejo «Morro de higo», el maduro «Largo de Valdepeñas», el joven «Zepelín chico» y el imberbe «Pica menor». Como este muchachito rabioso hizo resistencia, los americanos trabaron combate. En pocos minutos se hicieron innumerables disparos, las motos, desbocadas, organizaron un estruendo pavoroso y ya se disponían a emplazar las ametralladoras unos hombres en mangas remangadas de camisa cuando llegó, providencial, una sección de guardias de asalto.

Se las manejó bien «el» Nessi, como García le llamaba. Hemos dicho ya que recordó en México su español vernáculo. Dadas sus condiciones, este dominio soberano del idioma le allanó —montado sobre él, como un charro de los puros— todas las dificultades. Dio... para pedir más de lo que daba y parece que estuvo en tratos con Castañer. No se complicaba la fuerza del dinero en sus manos impías con otra cosa que con la fuerza de sus propios músculos de ávido. La Biblia, con sus rigores o sus zalemas —según, según— no debe salir de las cuaderñas firmes de cemento y hierros, bien estibada en las naves de su coro estricto. Así Nessi, con «lo suyo», es mucho más simple, más limpio, más honrado que toda esa pequeña plebe de ricos menudos con su dinerete que agarra las raíces en «tradiciones seculares».

Los niños «malos» suelen ser de más clara condición que los «buenos», y algo de esto sucede con los hombres.



Tras esta nube —de prematuro estío—, diríase que Peralta surge más limpio y cepillado que nunca, incontaminado, respetado por el escándalo y los gases de pólvora y bencina: impecable y sonriente, no solo por costumbre ahora.

García prepara un servicio en Zaragoza y Peralta le deja que actúe con independencia absoluta. Nada quiso saber de sus propósitos y su colaborador no fue, por cierto, muy explícito.

—Se trata de una exploración. Por el momento... —dijo al despedirse.

En su ausencia, el argentino se ve obligado a hacer, personal y directamente, la gestión, inaplazable ya, cerca del dueño de la casa.

No utiliza el ascensor y sube por la escalera, desde su piso, hasta el ático soberbio que para habitación se ha reservado su casero incógnito, el don José Arjona de las notas de sociedad, el Pepe Arjona de quien habla García con un aire de familiaridad suficiente.

Claro que no es lo mismo un soltero que un solterón. Hay solterones casados, padres de quince hijos. Pepe Arjona es, además y «todavía», un muchacho: lo es verdaderamente. Y desde luego su soltería no admite, con la mejor voluntad, el aumentativo. Digamos un muchacho, un muchachote soltero, y estará bien.

Aparece frente a Peralta con ese andar perezoso y ágil de los galgos. Tiene oscuro el rostro y el cuello y el pecho y abrasado el color de sus manos largas, que anudan, mientras avanza, el cordón trenzado de su rojo albornoz de seda fuerte, ceñido como un *jalat*. Y tiene las pupilas negrísimas y azul férreo lo blanco de los ojos.

—Dispense que le reciba así. Estaba tomando mi baño de sol. José Arjona... ¿Cómo está? Rafael García me ha hablado con frecuencia...

Sin soltar su mano —un poco a la oriental—, Arjona lleva al detective hasta la penumbra recogida en el fondo de la estancia, invitándole a tomar asiento. Con la luz más débil se advierte mejor el untuoso lustre reflectante de su piel ungida y es más luminoso el blancor perfecto de sus dientes y más apagada la tristeza noble de su expresión.

Peralta, que tiene, por García, precisos informes de Arjona, va certero al asunto y no titubea en hacerle confidente de sus sospechas.

El muchacho responde con un hablar frío, sin ademanes, teñido el suave acento por el dejo andaluz. Y proporciona, puntual y sobriamente, al argentino la información que este necesita. No menos de la que necesita.

Se hace esa quietud de silencio penoso, de pena. Cayeron las palabras y quedaron caídas, sin sangre. La atención, alerta siempre, de Peralta no se inclinó para recogerlas y sus labios mudos reclamaban ya el cigarro fiel de las pausas cuando se oyó, cercano, un silbido, y un perrazo enorme cruzó, agitado, la estancia, corriendo hacia la puerta.

Vibró un timbre de sordina y, entre el ronco alborozo del animal, percibió el detective una voz inconfundible. Al cabo de un instante, Raimunda estaba en su presencia.

—Ya nos conocemos —dijo, seco, el argentino, adelantándose a la presentación.

Solo por evitar la incorrección de irse en el momento que llega otra persona, no se despidió Peralta. Algo le inquieta. No se encuentra bien, es indudable. Pero también y sin embargo, no sabe qué le detiene... y le seduce allí.

Su actitud, la sorpresa del encuentro acaso, hacen que la muchacha se arrebale maravillosamente. Hay en sus ojos burbuja de turbación. Y rinde las pupilas intensas. El apartar la mirada es, a veces, signo de incapacidad cínica y no otra cosa. Cuán a menudo el farsante nos abre, francos, los ojos llenos de claridad y mansedumbre.

Raimunda envuelve su rubor como en ceniza. Deja su sombrero de la mano, extrae una cinta de su bolso y se coloca frente a lo duro de un espejo para ceñir la cabeza y estirar la negra seda mate sobre lo rubio. Se abraza después a Tetuán.

Lllaman al perro así porque en Tetuán lo encontró Arjona, hecho un ovillo en una cuneta, cuando pasaba con su coche. Era un cachorro. Había quedado enfermo, rezagado al paso de un rebaño de merinas trashumantes. Bien cuidado, se convirtió en este espléndido animal que juega como un oso. Tetuán es un mastín amarillo, de orejas cortadas y mimosa piel y salvaje cuello abroquelado por una rumbosa carlanca de acero y plata maciza, con púas auténticas. Un hirsuto collar dardeante... (Todas las mañanas, Arjona leía en su terraza, Tetuán echado al amparo de una sombra y el muchacho allí, entre el perro y el sol.)

El argentino consulta su reloj sin enterarse de la hora y dice unas palabras sin poner atención en ellas:

—Hace unos días he ingresado, como socio, en su club. Julio Ansorena me ha hablado de usted: le echan de menos...

Interrumpe su inmóvil silencio Arjona para replicar:

—He estado en la sierra.

Se levanta. Como hace ademán de salir, el perro pugna por desprenderse de los brazos que le aprisionan. Tan bobo es que tiene para su amo una fidelidad bárbara.

—Quieto —manda Arjona con dulzura. Y sale sin disculparse.

La niña de voz y nombre adustos —para cubrir su fragilidad— queda allí con el perro, a su vera más grande: amazónico. Rebelde y casi hostil a su amor. Esquivez extraña. Se dice que el perro es el amigo del hombre, mas conviene puntualizar añadiendo que es, sobre todo, el amigo de la mujer y que lo ha sido siempre. Ella le domó, cariciosa, y le esclavizó, amante, junto al lar. Cuando se liberó, con tirón empuje, del vivac y la hoguera, llevó consigo al can, por ella furioso, diente con diente y fiebre de latidos a su flanco.

Los personajes de muchas comedias ¿cómo se arreglarán para hablar tan bien y tan seguido? Más de una vez se lo había preguntado Peralta. En esta ocasión, a pesar de que allí se mueven tres personas y un mastín, es evidente que falta ese «tercero» que habla por su cuenta o por cuenta de otro. Hay que irse y echar el telón de final de pantomima...

«Es que no debemos ser personajes. Probablemente somos nada más personas... Claro, eso debe ser», piensa el argentino, con seriedad tremenda. ¡Ha perdido los papeles! Y le parece, un segundo, representar tan poco en su tramoya... que la acción amenaza trocarse en pasión de carne y aliento.

No más de un segundo imagina que algo así puede suceder.

Busca su cigarrera y mira en torno: abierto el piano... libros, revistas musicales... ¿Se prohíbe fumar?

Raimunda «no le ve». Pero, con súbito movimiento, se llega hasta un velador y pone un cenicero a su alcance. Hay, pues, un cenicero...

—Gracias.

En fin, no son mucho dos sílabas. La muchacha continúa «sin verle».

El argentino enciende su cigarro y aventura unos pasos de espera sobre la alfombra. Se ve en el espejo..., ¿se mira?

A Peralta le regalaban años sus viejos amigos. Le suele ocurrir esto a quien se parapeta en una juventud que parece excesiva. Y es que para los viejos amigos se tienen «muchos» más años cuando se representan unos «pocos» menos de los que en realidad se tienen. Es decir, que la escasa resta de la «representación» se transforma en suma cuantiosa —y pronto lo es una suma de inviernos— cargada en... o mejor: descargada

[106] CHAO

sobre la cuenta de las primaveras. Son esos años que separan la última de la primera clase del colegio y que, a medida que el tiempo transcurre, los viejos amigos van cerrando como un acordeón. Su compatriota Julio Ansorena, con quien, al cabo de largo tiempo, volvió a encontrarse en el club, hace unos días precisamente, le dijo: «Tendrás un par de años menos que yo...». «Tú eras galanteador ya —replicó el detective— cuando iba yo aún con las pantorrillas al aire... Son ocho años». Tiene buena memoria y le agrada la exactitud.

Sorprende la reaparición de Arjona a Peralta, que se había olvidado de él. Pero más le sorprende su violenta metamorfosis. Se ha bañado y vestido con rapidez femenina. Trae una risa increíble y un traje de color muy apagado, que le agracia sobremedida. Cuando llega junto a Raimunda, la toma en sus brazos, por juego. Se entrega ella al rapto, complacida, y espera el efecto habitual con deleite. Y es así: al ver el arrebato ligerísimo, se arbola Tetuán de un salto y lanza, montés, un aullido eléctrico.

Mientras desciende, pausado, las escaleras, se dice Peralta: «Todo esto parece, desde luego, inusitado, pero absurdo no lo parece. Es posible que el tonto sea yo... Acepto el lindo albur».

III

PERALTA RECIBE sin actitudes al periodista.

—No entra el secreto, y mucho menos el misterio, en mis procedimientos. No es esa mi escuela. Una cabal discreción me basta.

—Pues muy bien. Usted solicita, simplemente, una información. Muy bien. Pero la literatura correrá de mi cuenta. Después de todo, es lo más lógico: yo no soy literato. Además, alguna ventaja expansiva he de tener, ya que también cargo con la responsabilidad de las inexactitudes. Bien entendido que han de publicarse íntegras mis palabras, sin mutilaciones que desfigurarían su intención; sin esa censura que se pregonaba como ilícita y nefanda de puertas afuera y se impone, implacablemente, de puertas adentro.

—Sí, ya sé que los términos no están planteados con el rigor preciso; pero también el punto de vista que podríamos llamar instrumental, de disciplina interior, se contenta con una aproximación dudosa. Para mí, inaceptable... Mas hablemos ya de la prehistoria de José Chao Pérez, que este es, parece ser al menos, su verdadero nombre. Pregunte.

—Nació en Extremadura, pero ni del lugar ni de la fecha puedo decirle nada terminante. De esto y de la estancia en México de nuestro personaje dramático, solo indicios poseo. El primer dato seguro es que, siendo un niño todavía, ingresó en un seminario ilustre. Sé que al cabo del tiempo cesó la correspondencia con sus familiares, aunque siguió recibiendo modestas sumas todos los meses. Llegaban las cantidades en sobre monedero. Cuando, ya terminados casi sus estudios, salió de allí para no volver, borró con gran destreza las huellas documentales de su familia y de su persona.

—Durante las vacaciones permanecía, los últimos años, en el seminario mismo, sustituyendo al organista, de quien era el más aventajado alumno.

—Como de momento a nadie sorprendió, no se cuidaron de recordar nada... útil. Fue un buen estudiante, sin ningún rasgo excepcional, según sus maestros. Ya conoce usted la finura psicológica de los maestros para sondear la capacidad excepcional de sus discípulos... De allí salió con su latín y su griego, aprendidos a fuerza de tinta roja. He tenido en mis manos un cuaderno del Chao seminarista...

—... No, lo de la letra no me interesa. La letra nada importante nos dice y con un poco de paciencia se transforma a voluntad. Más me interesó el saber que era ambidextro y que no tenía rival en el frontón. Su juego a mano era una maravilla según los padres profesores, todos vizcaínos. Me han dicho también que era un guapo mozo. Pero no son capaces de decirme «otra cosa»...

—No lo crea usted. Si hubiera entre sus antiguos profesores —que viven todos, pues han transcurrido muy pocos años—, si hubiera entre ellos un observador sensible, su información me hubiera sido preciosa. Porque se aprende, pero no se cambia.

—Los intentos de investigación acerca de sus condiscípulos se han estrellado ante el tosco recelo rural propio de estas gentes: son hoy, en Aragón, curas aldeanos todos los que he podido descubrir. No se acuerdan de nada, no saben nada de nada...

—Ya le he dicho que de su estancia en México solo poseo indicios. Sabemos, con certeza, una cosa: que ha estado allí. Publicada esta información, tal vez surja un comunicante inesperado. Es difícil. Los peninsulares inmigrantes proceden allí, casi todos, del norte de España y son, generalmente, campesinos que aprendieron las primeras letras y no pasaron de ahí. Gente honrada y laboriosa que habla un castellano abrupto, de esos feroces. Este suave extremeño, pertrechado de clásica cultura, estoy seguro de que por su prestancia y su prosodia nadie podría, con seguridad, distinguirlo, al poco tiempo, de un mexicano.

—Entró por Tampa, en Florida, que es la «puerta hispánica» de los boxeadores.

—Sí, llegó a hablar corrientemente el inglés. Tengo datos que no ofrecen dudas. Puedo también asegurarle que más tarde aprendió el portugués a la perfección.

—«Fue a la escuela» con Rothstein, el «maestro» temible. Y siendo todavía un verdadero adolescente, «trabajó» con Aiello, alcanzando tan rápidamente aureola en su cuadrilla que llegó a inquietarse el siciliano y Chao salvó la vida refugiándose entre

los trabajadores de las dragas de Nueva York, que eran entonces españoles casi todos. Sus compatriotas le protegieron lealmente y le amparaba también Rotella, «el Goliath de las dragas»..., que si hubiera sido más joven... Este no dejaba que el muchacho saliera de su gabarrón ni para dormir. Chao no es un Houdini, un mago de la evasión precisamente y a pesar de todo lo que se ha escrito. Es hombre que no juega, por su desdicha. Poco después consiguió filtrarse hasta los fogones en un barco que zarpaba rumbo a Suramérica.

—Eso cae fuera de la zona de mi interés. Ocuparme de semejante cosa me parecería deportivismo, quijotismo..., heroísmo si usted quiere. Ya conoce lo de «que nunca peleo ni mato / sino por necesidad». Es mi consigna. De casta me viene. Yo, como el Cid —y en la medida de mis fuerzas, naturalmente—, lucho por el pan y por necesidad batallo. Quiero decir que mi trabajo está retribuido.

—No debe serlo y no lo es en este caso... ¿Cómo le sonaría a usted el estilo «crónica de sociedad» oído en la Posada del cabo Moreno? No, el bandido no debe ser eso profesionalmente. Lo mismo da bandido generoso que filántropo de comité. La generosidad que se desborda es grosera hasta en los vinos. En su punto de pudor es tolerable y aun necesaria, por desgracia, en ocasiones. Si es un recurso, un atajo, nunca será norma o camino eficaz.

—El bandido no se produce, como tipo extraordinario, merced a las injusticias sociales, aunque su aire de ocasión le sea propicio y le brinde cultivo tentador su coto. Pues claro que, donde no hay presa, no hay garra. El atavismo suele darle matiz, pero no impulso. Obedece a una de esas leyes naturales establecidas al margen de la ley oficial promulgada, obedece a una de esas leyes cuando es fiel a su carácter y su acción es auténtica. Si no lo es por incapacidad, fallará oscuramente y, si su obstinación o su empeño son desmesurados, se incluirá en esa especie degenerada de los quijotes y los tartarís o se maquillará por unas monedas como un Bartoli de guiñol corso para turistas. Si estando dotado retrocede ante la consecuencia, es lo mismo que si se acobardara frente al enemigo y pagará su delito de ilegitimidad con la pena cruel que en la sombra castiga siempre a lo mediocre y lo fallido. En cuanto al facineroso, al malhechor y asesino miserable, es una presa para nuestros perros y nada más.

—Pasó La Línea. Y aparece en Iquitos con un mulato brasileiro. A esta época corresponde la única noticia que se conoce sobre una actividad, digamos político-social, de Chao, entre los mestizos indo-negro-lusitanos de una gigantesca explotación de caucho concedida al gran capitalismo yanqui en la ribera del Amazonas. De una curiosa proclama, recogida en Manaos, he reproducido y le voy a leer algunos fragmentos. Verá usted de qué literatura característica se sirvió para arengar al adormecido paria, que no necesitó comprender mucho de lo que le sacudía, hiriéndole con agudos de flecha. Así gritaba Chao al exprimido seringueiro: «¡No os dejéis seducir por salarios altos, que siempre serán mezquinos y son la prima de una expoliación arterial! Esa misión presbiteriana no acoge en sus cuencos rituales las lágrimas cósmicas y la sangre divina de Israel, porque solo aprovecha, con avaricia caledonia, la secreción humana del judío y el desagüe de su baño, que se brindó, ya antiguo, a la sabea y hasta en el turco es viejo ya. Esas asfaltadas calles en plena mata brava, esos bungalós con duchas y piscinas, esos sanatorios blancos, esas conducciones de agua esterilizada, os dan una falsa idea del *standard* de vida en la metrópoli explotadora. Allí hay hombres que huelgan, oprimidos, entre la más insolente opulencia de los privilegiados; allí hay una miseria que hacen más dura el conocimiento y el clima y la hacen más dolorosa. Ellos no tienen callecitas asfaltadas entre jardines para sus coches de lujo, porque no hay coches de lujo para los desheredados; ni tienen ventilados bungalós, ni piscinas transparentes, ni duchas niqueladas, ni sillones de club para sus huesos tundidos. Solo tienen, y es ya la dicha, pan escaso. Y tenían alcohol de taberna. Pero esto último también se lo han quitado, en nombre de la moral y de la higiene, como a vosotros. ¡No os dejéis seducir por la asepsia mecánica surgida en el milagro limpio y terrible de vuestra selva! Otros hermanos de servidumbre han arrebatado a los sojuzgadores el secreto de la organización, de la eficacia y del poder, y en calvario trabajan también para vosotros. ¡No alimentéis al dragón con vuestro esfuerzo! Toda esa suma de riqueza y bienestar que veis, en realidad, es una resta. Siempre tuvo el plutócrata siervos y lacayos bien vestidos a su servicio, o bien desnudos si eran hermosos; siempre los quiso robustos y los nutrió bien, por que rindieran; siempre necesitó caporales aptos y brutos y serviles, eficaces y diligentes. ¡Y siempre supo

pagarlos! Habrá luz eléctrica, pero también silla eléctrica, en vez del flagelo del capataz, para los que no sean razonables. ¡No os dejéis seducir! ¡Antes ser destruidos que fortalecer el instrumento de nuestra opresión!». Como final viene aquella arenga de acicate que ondeó su banderín envenenado sobre la gran corriente hispánica, de las fuentes al delta, y que amenazó unos días convertirse en tea de incendio elemental: «¡Sangrad al gringo como al árbol, seringueiros!». Mas aflojó el puño que flameara un instante el hacha enrojecida, entre Cáncer y Capricornio: pasó el meteoro ígneo dejando un rastro de proclamas en la prietas manos de la desventura, como un heráldico avión rebelde: «¡Sangrad al gringo como al árbol, seringueiros!».

—Sabemos que después se presentó, en pleno monte y acompañado de un aventurero filipino, a la abigarrada columna que llevó a cabo la primera expedición a Toro Viejo. No había usado hasta este momento Chao —no sabemos que lo hiciera— nombre supuesto, ni utilizado falsos papeles. Parece que sin ellos y... sin fotografías deladoras, pudo arreglarse. La verdad es que, hasta entonces, no había tenido motivos realmente graves para hacerlo. Pero ya se sabe: la sociedad civilizada es más dura con el que se rebela que con el que delinque. Ahora bien, el que Chao tenga una personalidad singularísima y acusada no quiere decir, en absoluto, que sea incapaz de cambiar de procedimientos... aunque siempre los utilice a su modo: personalmente. Lo cierto es que aquí perdemos la huella de su verdadero nombre. Su apodada imagen adquiere nueva sombra derivando al sur y pasa ya desprendida las distancias, de sol a sol. Su contorno evocado se afina y sutiliza más. El mote será divisa: desde este momento es conocido por «Huiracocha». Usted sabe bien cómo se propagó este apodo por la gran prensa yanqui. Todavía en los Estados Unidos le llaman así.

—Los apellidos Chao Pérez le fueron otorgados graciosamente a José Chao por su padre verosímil, según la más probable conjetura, ya que no existe —es un hábito negar la existencia de las cosas que no conocemos— documento alguno revelador de una sedicente legitimidad. Solo sabemos, por su hermanastro, que Chao es mánecer. Proporcionó este dato interesante un pastor aprehendido en la región patagónica de Puerto Gallegos —con motivo del suceso de que voy a hablar— y me parece fidedigno. La autenticidad de los apellidos Chao Pérez ha llegado a nosotros a través

de la partida de defunción de su hermano y por el testimonio del mencionado pastor. Aunque las fuentes puedan parecer sospechosas, yo me inclino a conceder cierto crédito a la versión esta, pues fue un personaje demasiado rudo e impropio de habilidades el hermano de Chao y, a juzgar por la oscura información que poseemos, también siniestro de alma. Se llamaba Amador y era un forajido..., para qué vamos a andar con circunloquios. Bastante mayor en edad que nuestro brigante, llevaba en Patagonia, donde dejó descendencia, muchos años cuando se le unió el joven «Huiracocha», fugitivo en aquella desolación y reducido, aunque por breve tiempo, a apacentar piaras con su brutal hermano de padre, a caballo desde el amanecer, por compañía los perros del rebaño, en el país del viento. Tan grande era la inseguridad entonces por allí que no circulaba moneda. Y todo, hasta la libación en la cantina, se pagaba con cheques. Hay lugares de la comarca donde persiste todavía esta costumbre. Al mayor de los Chao le llamaban «Manco». Era un tipo de ferocidad, tenía la cara cortada y se abría paso por la vida derribando hombres, como si fueran árboles. Así perdió el brazo, que le amputaron a cercén, y así cayó él mismo. Una sección de ronda le acribilló al aparecer huido por una encrucijada, sobre el caballo sin freno. Se encontró el cadáver atado al animal y se le encontró en la boca el fragmento de un papel escrito a lápiz, en que solo podían leerse estas palabras: «... donde has puesto... borde hijo de tal...». Borde le dicen al bastardo en algunos pueblos de Extremadura. El detalle permite la hipótesis de otra persona que, después de romper en pedazos el papel escrito, los arrojó a la cara de «Manco», matándole después, acaso con la propia pistola de la víctima, pues del cinto faltaba el arma. ¿Por venganza únicamente? No solo la mano rapaz o vengadora mata: también se mata por no ser muerto. Como por aquellos pagos no se puede exigir de las autopsias una excesiva escrupulosidad y como se trata de un episodio lleno de sugestión, pero de escaso interés para mí, no me he ocupado de esclarecer su hipotético enigma. Yo creo que la gendarmería solo mató al caballo.

—... Hagamos un paréntesis y atravesamos el túnel que forman sus arcos de sombra... Hemos hablando de la prehistoria de Chao. La historia estamos haciéndola con su imagen velada para nuestros ojos, tal vez por un exceso de luminosidad en

torno suyo. Su vida es el sueño que se desvive, su vida sin derecho, fuera de comunión, maldita: prohibida.

—Es inalienable, desde luego, fraccionada o desfigurada y mucho más íntegra. No puede guardarse en la caja de un banco, no se la puede confiar a persona extraña sin «venderse», ni se la puede ocultar en donde una denuncia, un registro o una delación supondrían evidente «peligro». Sin la más tenue vacilación puedo asegurarle que la tiara se encuentra en lugar, no solo incógnito..., decirlo es perogrullesco..., sino en lugar inaccesible, que únicamente conoce el «interesado».

—Habíamos hecho un paréntesis... Y no salimos de su tiniebla con repetir el cuento en circulación que descubre, ello es lógico, entre disparates de pobre fantasía, aplastantes verdades de gran calibre. Como estas: que «parece enigmática la causa del robo»..., «que Chao entró en el barco igual que un toro en el chiquero»..., etcétera, etc.

—La valija diplomática, por ejemplo, es inviolable. En nuestro oficio se conocen perfectamente las manipulaciones a que se presta esa inviolabilidad. El inocente es, unas veces, el funcionario subalterno. Otras lo es el alto funcionario. Y todos viven flanqueados por las organizaciones de espionaje y contraespionaje, nutridas ya se sabe cómo. ¡Un piélago de candor! Crea que no es tan difícil, abriendo la puerta, el célebre zigzag que en las fronteras viene a ser lo que el regate famoso del pirata en las costas. Por señas se entienden, cobran y callan por la cuenta que les trae y, como si obedecieran a un acuerdo tácito, son instrumento, ciego a menudo, de designios punibles o delictivos. El uso desgasta los obstáculos y al abuso se llega raramente. Se peca, mas a la manera de esas damas que afectan pudor... tal vez por creer indispensable no acabar de perderlo. Y... ¡nunca más seguro!... en ese resto de pudor se ampara el que sabe utilizar la mano de quien delinque por débil y no por fuerte.

—No. En este caso ni eso siquiera... Pensemos bien para hacernos la ilusión de que no acertamos... El portador del «encargo» no... sabía, en verdad, de qué se trataba. Ni lo sabrá nunca, probablemente...

—Con una audacia y una exactitud de cálculo asombrosas. ¿Por qué no lo he de decir? Hay algo de deslumbrante y frío en este ladrón de estrellas. Esta corta vida de hombre ¡qué lejana parece!

—Los casos más difíciles —lo que llaman casos «interesantes»— suelen ser los más claros. A veces, de una simplicidad increíble, de trayectoria inocente, infantil. Casi nunca necesitamos en ellos ir eliminando pistas falsas, pues reconocemos fácilmente los indicios de confusión. Lo que sucede es que si lo típico, por el hecho de serlo, es también, hasta cierto punto, de uniformidad prácticamente clasificable, lo sintomático es, en cambio, inseguro, falaz, en estas cosas. El mismo síntoma puede darse en tipos completamente diversos y, así, lo que es elocuente en el uno, nada nos dice en el otro... o nos dice todo lo contrario. Nos denuncia, por ejemplo, una ficción no deliberada que en realidad no es otra cosa que una deformación de carácter. Entonces nuestro trabajo es de insistente monotonía, de tenacidad, de paciencia, hasta llegar al convencimiento. Lo contrario sucede en los casos vulgares, con actores de mentalidad inferior: aquí es mucho más complicada la nudosa corteza del conflicto. ¿Hay algo comparable a la complicación, al artificio novelesco y enmadejado de algunos crímenes rurales?



Decir que los coches que esperan en el parque del club son medios de transporte sería tanto como decir que Bonaparte se dedicó unos años a ser emperador de los franceses para sostener a su familia. Sostuvo, efectivamente, el corso a los suyos, pagando en especie (tributo de sangre). Y quién duda de que estos carros (tracción de sangre, transfusión de sangre en los motores) son artificios muy útiles. Pero son también, y sobre todo, exponentes de belleza noble —como las flores del parque mismo—, a lo que precisamente contribuye, con su fuerza, su eficacia de utilidad. Es decir, son algo soberbio, injustísimo contra ese paisaje allende y en esta fecha malparada.

Siempre ha sido injusto lo bello en función de lo humano nuestro y la cosa menos democrática del mundo. Hasta tal extremo que, cuando surge de lo plural amasado, se desnuda de su envoltura congénita, se descortezas y singulariza prodigiosamente. Es lamentable, pero es así todavía y por los siglos, qué quieren ustedes.

Peralta ha salido un poco de su retracción: lo necesario. Su asistencia al club no es solo un intermedio, pero también lo es. El cronista ha de sentirse forzosamente cronista de sociedad a su manera y con la venia de sus parientes linajudos. No hablará de las «alocadas cabecitas», pero dará sus resbalones de bisoño en estos menesteres. Verdaderamente que, cuando se trata de tan insignes motivos, nobleza obliga. Aun a riesgo de tropezar con la punta del pie y llevarse cosas por delante. Hay que acumular denuedo —como la abeja proustiana miel— para las altas ocasiones. Ciertamente sin curarse demasiado antes de encajar, rebotada, la serie de tropiezos. Abunda el tipo que se disminuye por táctica: ya se sabe que lo que dice es «un decir». Y que la propia disminución solo es la treta o la disculpa que, erróneamente, supone ha de servirle para acometer al prójimo con mayor libertad y a mansalva. Pareja maniobra e igual de torpe la de quien se burla de sí mismo —llegando a lo asqueroso— para poderse burlar después, sin vallas, de los demás. Pero ambos tipos son en extremo susceptibles cuando la iniciativa del ataque o la burla viene de fuera.

Dos coches preceden al de Peralta y de ellos desciende gente «muy bien», que se lanza, con precipitación jocunda, a la terraza del club para elegir mesas situadas estratégicamente. Son aristócratas españoles y argentinos: Ansorenas y Nuños aliados. A su encuentro sale Julio Ansorena, el camarada del detective, que al verle anuncia:

—Os voy a presentar a Justo Peralta. Un momento.

Interés por parte de todos. Casi sensación.

Cuando se han reunido y saludado, Julio Ansorena, dice:

—Venid ahora. Tengo dos mesas estupendas. Al lado de Gorostiza... ¡que ya está dando el mitin!

Pero también cerca —advierde Peralta— de Ramón Castañer, que, al verle, apenas hace una inclinación fría. Allí está, displicente y dulzón como un moro, sin olvidar su reconocida impertinencia. Atenorado entre las mujeres, hace muy buen papel.

Gorostiza, el ogro del club, divierte una barbaridad al concurso. Ustedes perdonen: don Manuel Gorostiza y Urdapilleta en la lista de viajeros distinguidos. Emigrante que se hizo en América periodista, fundó una revista famosa y atesoró una fortuna respetable. Se pasa la vida entre el Plata y la Riviera, con breves estancias en

Madrid y en su Bilbao. Saluda con efusión a Peralta. Le conoce y le admira. (Es que de verdad le conoce.)

La temperatura deliciosamente templada y el lugar amable producen euforia en Gorostiza y estimulan sus dotes, insuperables, de captación. Podría jactarse de ser la única persona que logra cautivar allí a los dos sexos —con excepciones raras— y hacer que se le atienda, que se le busque y se le incite, a fuerza de preguntas; que se le persiga casi, como hacen los niños con el tío que sabe contar cuentos. Es tan feo don Manuel, tan poderoso, tan rico, tan desprendido y... después de todo tan cordial... Tiene esa cultura, un poco revuelta, del autodidacto. Pero sabe servirse de ella con gran vivacidad y sin fraude. Es un irónico entusiasta. Para él, quien dice algo «en serio» jamás cree lo que dice. Solo hay sinceridad en la ironía..., que no debe confundirse con la broma del gandul. Tiene el viejo emigrante una voz barítona, robusta y dulcísima. El secreto de su influjo es, probablemente, el secreto de su voz. Los más desorbitados sarcasmos, las más crueles sátiras y los más despiadados apóstrofes se visten de naturalidad y aun de decoro al pasar por aquel instrumento armonioso y claro. Su voz, nunca estridente, crecía, en ocasiones, con volumen de trompa, dominando y cautivando a un tiempo. Su órgano conoce todos los registros, menos el entonado de la oración. Puede arrebatarse y hablar con sostenido fuego, pero desconoce la parrafada y no sabe declamar. Así, aunque acertemos a repetir sus palabras, apuradamente; aunque imitemos, en lo posible, la dicción, ha de faltarnos lo esencial de ellas, lo que no tiene —diríamos— parangón humano: la voz con que fueron dichas. Estará ausente lo primordial, que es el verbo.

●

No sabemos cómo se ha colado aquí un poeta y cómo es posible que se le tolere sin exigirle ciertos servicios. Pero cualquiera le va con exigencias a un andaluz estirado.

Mercadé pasó la angostura de recelo profundo que se le abre, igual que un foso, al literato y logró sacudirse el polvo de desprecio que le cubre y rodea en todos los climas y bajo todos los laureles.

Los grupos, al desplazarse, pueblan, poco a poco, la terraza descubierta, que constituye un incomparable mirador serrano y un tendido de sol frente a la piscina.

«Cambiando lo que ha cambiado, jaleo en la Venta Nueva», se dice Mercadé, a quien la visión de Charo en el césped (la raqueta en la liga), a través de los cristales, corrobora su alusión.

Ha quedado solo y ha evocado una venta. Él mismo, pues, se nos abstrae, con una pausa. Curiosos y flexibles, eliminamos contornos para atenderle, como a un Anselmo florentino, sin Lotario actual ni compañía, pero envuelto de ausencia, representable y en su fantasma viva.

Se llama el poeta Francisco Mercadé y le han colgado el sambenito judaico. Esta imputación, de procedencia oscura, fue pronto clave de su personalidad. Sus mejores paladines, que son también sus buenos amigos y personas escogidas intelectualmente, le llaman, entre sí, «Curra». Es increíble, inconcebible que él lo ignore. En fin, la cantinela de que «todo el mundo lo sabía»... Claro que, por su parte, había él remoqueado muy picaronamente a sus buenos camaradas. Pero estos, que sí lo saben, le perdonan y como consecuentes compadres le ríen el comadreo, exclamando:

—¡Qué mala es esta «Curra»!

No hay en el comentario la menor acritud, antes bien una hipérbole admirativa de su «maldad» pajolera, como cuando se dice de la picardía o de la gracia de un niño: «¡Anda, bribón!».



Lo taciturno de Mercadé, impuesto desde fuera, no es síntoma de complejas depresiones de menosprecio y de reacciones enfermizas. No es él bondadoso, no comparte dolor, y alegría mucho menos: no es buena persona. Su conducta, esquinada, muy de circunstancias, sustituye al complejo con una especie de sordera artificial. La taciturnidad le abandona, ligera, cuando se evade de ciertos medios—donde lo amable del contacto y su propia conveniencia le retienen— y sus amigos y amigos no ignoran a un Mercadé gárrulo y chispeante. Solo entre gentes

que le desconocen o le conocen por su prestigio, se desconcierta o se apaga y se pone soberbio. Pero, cuando logra dominarse, puede ser certeramente brusco en la réplica... Había escrito una novela de sutileza rigurosa y juego sereno, en grises: un libro admirable. Y esquivo, sin duda, para quien paga y es justo que se le hable de otra manera. La señorona guapa y letrada, última cultivadora imponente —lo postrero es, a veces, tenaz— del sonetillo madrigalesco, de la octava real mayestática y del ovillejo alevoso, le interpeló un día:

—Su novela me ha gustado sobre toda ponderación —le dijo—, pero hubiera preferido encontrar en ella menos alambicamiento, menos «filosofía»..., ¡más naturalidad!

No sabía lo que decía, es claro. Pero Mercadé comprendió lo que la ilustre dama de los ovillejos deseaba decir.

—Si quiere naturalidad —contestó—, repase el texto de su preceptiva, cante algo a media luz o asómese usted al patio, señora.

Esto no impide que él mismo se desahogue, después, en el patio. Su ingenio es tan temible como su cautela, mas toda es poca —por no decir nula— donde la listeza envuelve los pasos de quien acepta su enredo, y burla, con blando regate, al más astuto, que se encuentra superado cuando menos lo imagina y acaba, fatalmente, preso en sus lianas y siendo hombre que está perdido. Así, nuestro lírico no se da cuenta bien de hasta qué extremo es él víctima del ingenio de los demás. Si de algo le sirve su «maldad» envainada es de ayuda para el aguante. A quien es capaz de «hacerla», no le duele tanto que se «la hagan», y este es el secreto y la virtud que le prestan impavidez ante lo infame. Pues cuando cobra o paga lo suyo —los términos son equivalentes— piensa que también ha cobrado el otro y que ya se la pagará en su hora. Para él es «perdonar» muy fácil (y para cualquiera cómodo, según Quevedo). La difícil venganza verdadera no es un placer para los pobres mortales.

Despojado Mercadé de sus habilidades lastimosas, tan torpes, quedará siempre crecido, como esos atletas que no lo parecen hasta que no se arrancan un día el hábito hecho naturaleza. Ah, pero es víctima, ya lo sabemos: ¡el ingenioso a palos! Si hay que aullar entre lobos, entre bebedores hay que beber y hay que jugar entre tahúres.

Avanza su silla don Manuel hasta el borde de la piscina y se cala sus gafas de concha igual que bayonetas: le centellean los cristales y los ojos. Una muchacha tiende los brazos desnudos para hacer el ángel endiabladamente y otra ocupa la peana ya, dispuesta a lanzarse, muy santita y angelical también. En el agua se intentan todas las agitaciones posibles. Aquello, que es una revuelta, le parece a don Manuel, con su encantadora promiscuidad, casi una revolución. Se vuelve discretamente a Peralta, que está a su lado:

—Fíjese cómo, para ganar tierra firme, se agarran, sin mucho apuro, al salvavidas, renovado siempre, de las convenciones. ¡Las pobrecitas quieren tanto a sus mamás!

Empieza la música de baile. Juanita Olea, cocida más que tostada por el sol —y que se ha divertido con locura ganando en todas las pruebas a los más decididos muchachos—, pasa, corriendo, junto al lugar donde Peralta y Gorostiza departen. Ve a Julio Ansorena un poco más lejos. Le pregunta:

—¿Y Pepe Arjona?

—De serrano... —responde el argentino.

Desbandada para vestirse. ¡Qué contentos están todos! ¡Qué alegría!

(«No vayan ustedes a creer... Nosotros también tenemos nuestras preocupaciones y nuestros trabajos y nuestros quebraderos de cabeza. ¡Hasta nos morimos!»)

¡Qué alegría tan fuerte! ¿No es esto hermoso? Aquí se llama, con generosidad, «aventurilla» a uno de los crímenes vedados por la ira celeste, que talló a fuego su edicto en las piedras angulares sobre las que esta sociedad construyó su economía. ¡Qué hermoso lugar! ¡Qué aire claro! ¡Qué temperatura!

Mas hay quien ya se marcha, buscando la bella consecuencia de tanta belleza regalada, sin asombrarse de que sea verdad. Empiezan a oírse motores preciosos como relojías, clarines de partida y reclamo. ¿No es hermoso esto?

Tiene fugas de parto el invierno en Castilla y, desde la grupa de montañas, sus flechas traspasan, desgarrantes, el velo de ilusión primaveral que, con engaño, finge lindes igual que una frontera. Si hace días, sobre el campo del club, era el aire sutil, pero el cielo despedía ya, de su álveo corpulento, un polvo de estiaje, hoy deriva, con lentitud de navegación, por la gran oquedad, una fluida marea de limpio azul metálico. Y capeando el frío, trastea las torres y toca las campanas de la ensabanada villa rumí, en sus corcovas, un fresco aleo de brisas.

Cuando llega Peralta, le reclaman desde el grupo de Gorostiza como a uno de los suyos. Hay más animación en la terraza cubierta. En el parque solo se ve a los que toman el deporte como un trabajo heráclida más que como un juego apolíneo. «Predestinados», les llama Charo Teba... Por su parte, Castañer sostiene que hacer deporte así equivale a fumar puro. Y con voz que puede oír Peralta muy bien, dice:

—Allí está el inglés entregado a su deporte como a su alcohol y a su placer solitario.

El detective comprueba el hallazgo de «el inglés» por un cínico sin linterna. En el club hay varios socios de nacionalidad británica, sin faltar el *dandy*, pero «el inglés» es aquel, indudablemente.

Ante la mirada que Peralta le impone, desvía Castañer la suya. El detective ha interpretado la indicación a su manera, dándole un sentido que no traía. Pero claro que captó el sentido, mejor dicho, la intención con que paladinamente se había querido aludir, más que a «el inglés», a «su inglés», como si se la advirtiese: «También yo estoy enterado y estoy de vuelta».

Mas he aquí a Gorostiza en funciones y acaparando ya la curiosidad y aun la emoción de todos.

—Hoy está en otro plan —se comenta, en voz baja.

Quiere decirse que está en otro plano. Y el comentario es incluso perspicaz.

Le sirve de pretexto una frase —que apresó, como un milano, don Manuel— al azar dicha por el doctor ilustre, abrumado, y joven todavía, figura célebre por su vocación manifiesta de forzado y de artífice. Diríase que Gorostiza estaba en acecho, dispuesto a aprovechar una de las breves apariciones del hombre de ciencia

por el club. Es un hecho que el viejo emigrante botó. Mas se fue recobrando a medida que hablaba.

—Doctor, usted no puede saber de estas cosas, porque no las ha sufrido, usted no puede saber de estas cosas aunque las haya visto sufrir cien mil veces y aunque haya soportado en sí mismo el dolor irreparable que a nadie se le niega. Pero tal vez su padre hubiera podido contarle algo. Le hubiera podido recordar cómo saltó de la atarazana al bauprés de aquella fragata Normandie una noche de ansia, cómo pudo ocultarse y cómo, ya en mar libre, fue descubierto y torturado igual que un siervo de Argel. Le hubiera podido contar además cómo se vengó en guajiros y morenos, y cómo se hizo fiera humana y consejero del Banco Insular para que usted estudiase con holgura y placer, y tuviera salud y belleza y aplomo, e hiciera suyas la fácil simpatía y la sencilla tolerancia de aristócrata verdadero. ¡Todos agradecidísimos! Para que ninguna satisfacción le falte. ¡Si hasta tiene más mérito!... ¿No es así? Porque todo conspiró también para que el hijo del indiano tosco hubiera salido un señorito canalla. O un joven... mundano, aspirante a pareja de la hija menor del salchichero nobilísimo, solo porque la muchacha bailó con el príncipe «una vez en Tucumán...». Aspiración muy en su lugar, amigos míos. ¡Qué idea tienen de nosotros los consejeros de los príncipes! Las circunstancias, en fin, conspiraban también, lo reconozco, para que el resultado hubiera sido este: señorito canalla o joven mundano. ¡Y no! ¡Y todos agradecidísimos! El chico ha salido un sabio, nada menos. Y un ciudadano ejemplar. ¡Nuestra gratitud no conoce fronteras! Ni las conoce nuestra admiración ante el suave frenado con que aplica su rara noción del punto donde lo flexible se quiebra y se paga cara la tolerante sencillez. Su pronóstico certero conjuró y dispuso todo lo que no es ciego en la suerte para que usted llegara a sabio y aumentara con bodas su bienestar merecido, más responsable y justo desde entonces, y para que pudiese rendir las devociones levantadas y aun ser amado maravillosamente al volver del hospital miserable o del *duar* paupérrimo. Y sin angustia ni espanto pudoroso, sin suciedad en su cuerpo y sin vileza en su orgullo, sin limo de Flandes, ni piojos de Rusia, ni balas de pena y gloria desconocida, qué sabe usted de estas cosas, doctor. Pero, aunque llegara a saber de todas ellas, más que por desdicha, por voluntad y por designio...

¡lo que ya es gloria entre clarines!..., aunque llegara a saber de todas ellas por virtud de empeño claro, por ímpetu de ambición suma, por decoro, por dignidad..., estaría compensado bien su dolor con la ventura limpia de una juventud libre del yugo filial del indigente, que es decir sin peligro de iniquidad enmadejada y alevosa, de cruel abandono, de acorazada envidia y estulta hipocresía beatificada, de inhumana ingratitud impuesta, de maligna burla y de recelo, más que ignorante, ignaro; que es decir imposible reclusión en los plomos de la servidumbre clandestina, sin patria bajo la patria potestad, Segismundo pueril encadenado, que no sueña, ni blande hierro azul, ni se inserta, tenaz, en un linaje: nada más la vida infeliz con su anhélito y su molino de piedra; que es decir libre de una juventud pungida en la lucha estéril y fea y sin consuelo: de desheredado, de reo sin culpa. ¡Toda una fuerza virgen en erial, paralizada cuando los vuelos más ardidos y antes de ese arranque primero que es el de ilusión! Las bestias de Judá y Roma torturan a Jesús viril, no a Jesús niño, degollado en efigie. Y la imagen tutelar blanca no pone hiel mordaz en lo desgarrado, ni es su palabra delación y treta, ni su silencio consigna de rencor, ni su abrazo caída con doble cruz, ni traición su beso, ni su auxilio despojo. ¡Cómo podría imaginar usted, y sentir mucho menos, la pasión infantil sin Verónica de amor, sin salud y sin guía celeste, sin Cirineo en la amargura, sin paz de lástima siquiera, ni toscos brazos de buena voluntad! ¡Una sensible orfandad inmensa, con la tierra abajo y el cielo arriba, sin el Padre nuestro de que vive el hijo, sin el pan nuestro de que vive el hombre! ¡Y una orfandad rica en potencias, que anhela sin soñar, que quiere, sola y desolada en su afán de cada día! Mi admirable amigo, estos sufrimientos de la indigencia que no brinda el más menudo puentecito de plata pueden, hasta un límite, hasta aquí, ser acaso fecundos, mas con la persistencia son embrutecedores. Entregados a ellos, no estamos en el grado prudente fiados al azar: estamos por entero a su merced. A nuestra conciencia, atónita, le parece tan imposible que la malaventura nuestra pueda ser fruto de la maldad ajena que acabamos por culparnos a nosotros mismos de todo. Y si el *fatum* prescrito y el mazo de la voluntad que da sin ruego nos hurtan al infierno de sevicia con un divino tirón y la experiencia nos enseña la verdad con su índice desengañado, en la vida nueva somos intrusos siempre, aunque rebasemos su propio

nivel dentro de ella. No es... helioterápico el bronce de nuestro color, ni deportiva la dureza de nuestras manos, ni es el lloro exquisito en el apagamiento de nuestros ojos. Nos dura el hambre o lo que es peor: el miedo de su amenaza bronca... Si otra vez aparece el judío eterno frente al viejo Mammón empedernido y le arroja sus tablas, repite su conjuro y perfila metamorfosis, su verdad... social... no importa el nombre, ni cismas de grado, posiciones en un solo avance, importan mucho, donde hay liturgia escasa... su verdad, que es hoy del César, si fue ayer de Dios, es también de pan ácimo y la misma. Con ella hay menos dolor y ríe el proverbio. Y a mí, admirable amigo, me lleva más lejos mi trofia vizcaína y sentencio que no hay duelos con pan.



Aunque los signos de admiración presenten, igual que un arma, el énfasis de su badajo, aprisionando algún período, la verdad es que Gorostiza cobró, a las pocas palabras, una serenidad de entonación perfecta y sorprendente. Y que aun suavizó sus frases postreras un movimiento cordial de matiz intraducible.

El doctor calló, sin replicar. Pero no hay silencio humillado en la contención llana de su gesto, ni hay soberbia tampoco y mucho menos ironía. Si Gorostiza tiene razón, como siempre, él tiene nobleza, que, en último término, es una manera de tener razón también, quién lo duda.

Don Manuel se despide.

—No deje de ir esta noche —le dice a Charo Teba. Y añade—: Verá qué deliquio. Los números enérgicos de Paul Valéry alternarán con cante grande, de ay que no puedo, por el Rojo de Salamanca. Es decir, la Hélade apañadita, en filtro de claridades y los ardientes barnices de espesura, en barro de manigua profanada y secarral. ¡Todo promiscuo y sabrosísimo!

El doctor se despide también y sale decididamente por la izquierda.

Se hace un rumor de entreacto, mientras husmea por los grupos, con su naricita, ese esnobismo que no oculta la fecha, como las señoras que ya renuncian a una juventud imposible.

Alguien murmura, con tono discreto, refiriéndose a Gorostiza:

—A mí me queda la impresión de que este hombre es un resentido, de que se contradice y de que entre su teoría y su práctica sabe establecer respetables diferencias.

—Y tan respetables —remeda la voz clara y suave de Peralta (que apenas había hablado), subrayando la atinada y burda observación. Aún arguye—: Una situación irregular y desdichada puede, un momento, presentarnos la conducta del hombre en contradicción con su doctrina, con su raíz moral. Pero esto, apreciable como experiencia y contrastación convenientes, no cabe, muchas veces, evitarlo. Acaso es ahora inexpugnable la circunstancia hostil que podrá ser después salvada, vencida. Hay que medir, con fe de creyente y convencimiento heroico, lo que impide y se opone, y hay que fijar el tope de lo imposible. Todo es, más o menos, cuestión de íntima virtud y de coyuntura, de ver y sentir la hora que llega propicia con su estímulo, con su ya. Pero aun en los casos de humana lasitud y desfallecimiento, más que en contradicción, se está en conflicto. El hombre puede ser producto y víctima de lo que impugna y ha de reñir consigo el mayor combate. Piense además que la simulación..., adjetive el hecho como quiera..., piense que la simulación, que no es la mentira, no solo constituye un arma lícita en ocasiones, sino la única posible, la necesaria, dramáticamente necesaria, por ejemplo, en ciertas formas de vida elemental. Hay en todo esto, y ello es obvio, roces agudos que duelen y no hacen feliz. Ni amable. Pero hablar de resentimiento, sin cautela máxima, es imprudente hoy por estos pagos: ya empiezan a abusar de la expresión los resentidos. ¡Y con qué placer de hallazgo venturoso la descargan!... No es, por otra parte, Gorostiza el tipo que ante la cosa se divierte y se preocupa más de su ademán que de la cosa misma. A esta especie de desenvuelto personaje se le reconocen talentos si los tiene y aunque no los tenga, si cae en gracia. Y se le consiente como a un inofensivo niño travieso de buena familia y no importa que el pibe sea un astuto viejo vanidoso y enredador, un venerable botarate con cierta sobra de gloria y mucha falta de consecuencia y de dignidad. Pero la tolerancia del concurso, si no es bastante más que eso, encierra crueldad siempre. Y así, no solo se cuenta con el ademán obligado, que «no va de veras», como un número del programa,

sino que se exige como un tributo y se patea con grosera impaciencia cuando ya es tiempo: a ver, que salga, que baile... Se le llama, se le deja, se le aplaude y se le soporta, y puede salir, impunemente, con su gesticulación, porque es «el hombre a quien no se hace caso». Nada de esto es Gorostiza. A él se le respeta, se le odia y se le teme... fuera de aquí. No, no es un consentido. Tal vez un consumido... Además, pertenece a esa raza de hombres cabales que guardan a sus convicciones la misma fidelidad que a sus afectos. Esto nos explica sus paradojas y su sentido, muchas veces trágico. Todo es Gorostiza, menos un desleal.



Charlas «sin jugo» —como en Persia dicen— que no nos interesan. Ahí está el marqués de Calañas, absurdamente dieciochesco, versallesco, madrigalesco, desplazado y ridículo.

En el grupo que Mercadé y Castañer presiden, se ve a Charo. Peligrosísima. Es de esas mujeres que son más hermosas cuanto más cerca de ellas se está. Tiene un apagado caliente y de abolengo, un vaho mate de voz y de actitud. Solo el cabello, raso y oscuro, es reflectante. Tranquilo demonio, tan natural en su medio que se le parecen niñas en el barrio, diferenciada en grado, únicamente, su belleza peculiar, de casta. Inclina por hábito la cabeza sobre el cuerpo erguido y flexuoso, y si anda, tiene su paso de querencias un ligero estrabismo turbador y al moverse mima un dejo y mete el codo en el aire con levedad. Se ríe con los ojos cerrados. Condesa de gran linaje, es Rosario su nombre. Entre amigos y afines, Charo Teba.

Pisando firme sobre la arena del parque, pasa, cerca, «el inglés», en demanda de su ducha. Peralta queda invisible, cobijado por los grupos.

Mercadé comenta, refiriéndose al hombre rubio intercambiable, que se aleja ya, metido en la isla de su individualidad nebulosa, más cerrada y hostil que espléndida:

—No ve a las mujeres. No mirarlas está bien, pero no verlas...

El marqués de Calañas se conmueve de gusto al creerse tropezado a distancia por la mirada, natural siempre, de Charo. Hace una leve reverencia, cortesanísima, como

si dijera: «¿Es que quiere usía tomarme a su servicio?». Y la condesa incomparable vuelve la mirada con suprema naturalidad y como si ella, a su vez, dijera: «No».

Mercadé siente el gesto. Murmura, discreto y sonriente:

—Muy volteriano, pero es de los que mandan a los criados a misa para que no les falte en el cielo servidumbre.

—Sí, él lo hace precisamente por volteriano —replica Charo Teba entornando los ojos y mostrando los dientes al reír.

Mercadé, a veces, olvida, cerca de Charo, su propia taciturnidad impuesta y la olvida, sobre todo, cerca de Ramón Castañer. Todavía comenta, divertido, aludiendo al señor de Calañas:

—Si el inglés parece llevar siempre una abstracta ducha sobre el cogote, este delicioso superviviente parece que lleva sobre la calva un empolvado peluquín abstracto. Me quedo con la ducha, tan jarro de agua fría entre nosotros...

—¿Y también con la evidente consciencia de su estirpe nórdica y con el culto a la fuerza física, de su exclusiva propiedad, de que tan orgullosos se muestran los ingleses con silencio ostensivo y aun con alarde?

Castañer dobla en la silla de acero su talla de guardia de asalto e interviene:

—Hacen mal. Su raza ha sido más fuerte mientras los demás pueblos seesteaban. Hay argumentos que se pueden llamar estrictamente de fuerza. En los últimos tiempos, Inglaterra ha tenido tres buenos púgiles de rango internacional: un mulato, un hebreo y un gitano. Pues no solo hay en España y en Hungría gitanos, que, por cierto, constituyen la estirpe más purasangre de Occidente y son los verdaderos indoeuropeos, los únicos. Además, un mulato canadiense ostenta hoy el título de campeón máximo de todo el Imperio. Fíjense ustedes: ¡de todo el Imperio! Y el canadiense oscuro no tiene nada de maravilla. ¡Cómo serán los demás! Imaginen ustedes que el mejor matador de toros, en vez de español o mexicano, fuese danés, y por añadidura un «maleta»: o que el mejor pelotari fuese, como Sharkey, ruso, y tan malo como él... ¿Se quieren pruebas más... contundentes? Dempsey, que sí fue auténtico y sin fraude, y que es verdadero americano, tiene sangre camita... Los americanos ya son otra cosa. Aunque, a veces, no puedan librarse del rancio legado de imbéciles prejuicios y quieran dejar de ser lo

que, por fortuna, son. Mas a pesar de la autenticidad indiscutible de un Dempsey, el titán negro Harry Wills envejeció persiguiéndole con sus retos desoídos y cayó, al fin, derribado por los puños de un español a quien también se dejó envejecer sin darle, en su hora, la pregonada *chance* del código tan alabado por los voceros de la hidalguía anglosajona. ¡Estirpe nórdica!... Los escandinavos no han visto lograrse un solo púgil de clase magnífica, a pesar de que entre ellos el deporte es obligatorio como la escuela. Esto no impide que lo tengan algún día, como lo tendrán, si se empeñan, los serbios... ¡y hasta los ingleses! En cuanto a los alemanes, han de pasar por la amargura de tener un buen boxeador de pelo negro. ¡Y también les ha salido un gitano!... Dirán ustedes que a nosotros qué nos importan estas cosas. Por ventura no nos importan grandemente. Pero a un escandinavo, por ejemplo, suelen importarle mucho más que la belleza insuperable y la inteligencia noble de su raza. Para algunas cabezas inglesas, noruegas o alemanas, los uruguayos, por ejemplo, son hombres morenos y por lo tanto en lo heroico y lo físico de raza *minderwertig*, gentes que mueven las manos como aspas de autogiro y gritan, gritan. Ellos, en cambio, trotan, violentos y callados, sobre el globo. Si hablan es para mandar en seco. Pero los uruguayos han demostrado que también saben mover los pies muy bellamente y que pueden disciplinar sus bravos gritos. Así para lanzar con poderoso puntapié justo la bala de cuero disputada. ¡Campeones del mundo tres veces! ¡Y cómo jugaron con los duros futbolistas alemanes, agresivos y exasperados, en Ámsterdam! Les ganaron como quisieron: ¡jugando!... ¿Y en lucha libre? Al cabo de milenios «sigue siendo» un griego campeón del mundo...

—Esto debe recordarle —interrumpe Mercadé, negligente— que ni el culto de la fuerza, ni la cultura física, ni el deportivismo, ni siquiera el pugilato constituyen creaciones típicas del genio inglés a la manera de la tauromaquia, exclusiva creación del genio ibérico.

—Ya sé que los ingleses no inventaron lo que ellos, con *pathos* excesivo, llaman el «noble arte», que es un deporte muy antiguo y originario, como todas las cosas..., aquí la hipérbole se disculpa..., de la Europa meridional. Pero los ingleses revivieron esta lid y definieron su nobleza de justa, dándole reglas, condicionándola en un cartel de normas fijadas para siempre en su lengua y haciendo suyo y nacional, por legítimo

derecho, el arte de lidiar con los puños. Y aun resolviendo, de paso, con un estilo muy inglés de «Rule, Britannia», la cuadratura del círculo, al llamar, con vocablo redondo, «ring» a ese tirante cuadrilátero que forma el pódium de combate.



El que no mostrara Castañer satisfacción al dar por concluida la expresión verbal de sus opiniones defendidas no quiere decir que no la sintiera. Es feliz en esto. Donde él se encuentra, solo excepcionalmente se producen huecos de silencio embarazoso; donde él interviene, se habla seguido y muy bien, como sucede «siempre» —o como siempre «suele» suceder— en el teatro. Si sirviera el verso para hablar, él hablaría en verso, con esfuerzo mínimo. Su cultura general es, por otra parte, de extraordinaria superficie. Y no podía faltar la irremediable huella sabihonda, no por velada en él menos viva, de quien ha sentido una vez el letal contacto del dómene, con su «jota subscriptum» y su «vocativo carece». Pero es un vidente genial, como sucede al *outsider* a menudo. Su visión desinteresada, desde fuera, le permite una frialdad consciente de sí misma, una sostenida atención y una seguridad de juicio de que no dispone con pareja holgura quien ha de sumirse con dolor en su faena.

El poeta se confía mucho con Ramón Castañer, se confía sospechosamente... Aunque no puede neutralizar lo acre de su autenticidad poderosa, reflejada en su actitud con poder más fuerte, en ocasiones, que su deseo. Castañer, en cambio, no intenta siquiera graduar la frígida insolencia de sus reacciones. Así ahora, que se habla de poesía, suena desabrida, destemplada, su réplica.

—Es curioso cómo usted —dice—, que no quiere ser humilde, logra ser modesto sin darse cuenta. Es algo curioso y, en su parvedad, trágico. Su mano bien dotada, cuando escinde «campos» de disociación, cumple signos de clara dificultad, concluye algo legítimo. Mas, si no abre usted los ojos duramente a la esquivada transparencia, caerá de la cifra en el hábito, como un leguleyo hábil y hasta sutil, pero modesto siempre. Habrá cambiado, en una fecha inicial, los términos, no la esencia. Se habrá conformado con sustituir aquellos y será lo mismo.

—¿Y por qué han de interesarme los problemas, como usted quiere?... No los tengo.

—Pero al menos tiene usted el problema intacto de su desinterés.

—¡Tampoco!

—Ah, vamos. Esto es, puesto al día... aproximadamente, lo del canto de las aves «no aprendido».

—Tal vez. Yo aspiro a la virginidad, en lo asequible.

Domina Castañer la ocurrencia burda que la fama del poeta y su apodo de mentidero le inspiran. Y arguye, sin sonreír:

—Pero eso es ya una actitud problemática. No olvide que pisa una zona cruel. No basta la voluntad de alcanzar algo, si no está el demonio de nuestra parte. No basta querer para que se nos entregue lo querido; querer no es poder siempre.

—No disputo el favor del demonio a nadie y me quedo con mi diablillo sin problemas.

—Mientras no consiga imponerlo, sufrirá usted oprobio. El ya olímpico no quiere acordarse de sus rodilleras de aprendiz y suele olvidar con frecuencia excesiva que un pobre diablo puede muy bien llevar un genio dentro.



Si cuando bebía Arjona se le notaba en una cordialidad tímida, que le hacía repartir abrazos tristes y silenciosos, a Castañer se le nota en la elocuencia. Y no es que haya bebido en esta ocasión; mas la proximidad de Charo se comprende que produzca efectos de embriaguez, aunque ella ignore, con voluntario desconocimiento, el arte, o las artes, mejor dicho, de eso que el vulgo llama *sex appeal*, artes que tendrían en su persona, como algo excesivo por innecesario, la vanidad grosera de la redundancia.

El tono de la conversación maniobró el lógico desglose individual y el grupo fue adelgazando de manera insensible y afinándose, yendo sus componentes a engrosar otras reuniones más compactas. Igual que en un aparte quedan solos, con Castañer, Charo y el poeta.

Y ahora vemos más de cerca a Ramón Castañer, más bruno. Su voz clara cobra realce, vigorizada por el medio silencio en torno. Aquí está la mujer y la inclinación viril del atlante muestra curvada insolencia de blanduras; se resbala, tesonera, con tal felonía potente y sabrosa que exige lo duro y afilado para detener su coacción y cortar la pulpa de su aliento, que suspira y atrae y ofende. Lo peculiar se acentúa en lo meloso punzante: quejumbre de goce y desquiciado anhelo, brama de padre cálido, brisa desgarrada, desgaje frutal y azote de la espuma que es nieve cariciosa y tibia. Vistas de perfil sus facciones regulares, se advierte, aunque ligero, ese aplastamiento de la frente plana, tan acusado en el atleta normal, que es un ser atávico siempre, una aparición con su ley, igual que el genio y el caín y el gólem, y como el arcángel humano que funde en su haz angustia y cólera y armonía. Se adivina que este hombre puede sollozar como un salvaje y sentir elementalmente la belleza y el gran dolor del mundo y enfrentarse al terror con lo espantable —que eso es ser fiero— y sucumbir al miedo del milagro y decir la mentira inocente y ser capaz de mugido tierno y de amorosos refinamientos aguzados y suaves, cosa infantil o primitiva: sagrada. Pero puede ser impasible y cauteloso también, de emboscados silencios, cazador mudo a la espera, inmóvil y acechante, con uñas y dardos. Guarda el lado siniestro para el abrazo y la defensa, y aveza el derecho para la repulsión y el ataque: la vida en cruz y la cruz en el fiel de la norma.

Bajito, junto a su cara, le dice a Charo:

—Puede usted ser raptada un día...

—Pero... ¿qué he hecho yo para que me amenace con ese tormento? —replica ella, mordaz y alegre.

—Mucho y grave... En el antiguo régimen militar prusiano no se penaba al ladrón, sino a quien daba ocasión al hurto.

Indiferencia terrible en Charo, que, de improviso, interroga, cortante:

—¿Y Pepe Arjona?

—Ya sabe que nuestro trato es muy superficial.

—Verdaderamente yo no sé cómo se abroquela de superficialidad en su trato con todos, con casi todos.

—Casi, ha dicho usted.

—¿Le tiene envidia?

—Le envidio. Más que al doctor Lavín...

—Es admirable la sinceridad con que se delata usted. Admirable.

No supieron cómo se encontró Peralta junto a ellos, ni cómo su voz, muy queda, les llegó, para decir:

—No se delata: se traiciona. Hay personas que, no teniendo ya a quién traicionar, acaban traicionándose a sí mismas.

Cuando el argentino habla así, es que no consiente el diálogo. Lo sabe Castañer y su fluidez insinuante se para, inmóvil como un hielo. Cuando se impone el momento, el detective prescinde de las habilidades. Su intervención de ahora no es un golpe de sagacidad.

Balanceando su figurilla valiente, aparece sola entre los grupos, con titubeo gracioso, Juanita Olea.

—Se transfigura vestida esa muchacha. Su aspecto es enfermizo —comenta Mercadé.

—Contrastes. El nuevo estilo coloca al hombre frente a nuevas exigencias. Hoy más que nunca la mujer necesita a su lado un hombre poderoso —dice Charo. Con una pausa breve, añade—: Usted no lo parece mucho. ¿Contraste?... —Pero, muy amable, rectifica—: A mí me gustan los hombres fuertes que no exhiben su fortaleza como las carniceras acaudaladas de hace años exhibían, sobre su opulencia somática, la opulenta pedrería de sus aderezos. Claro que es difícil llegar a lo obsceno en lo desnudo, pero imposible no lo es.

—Quién sabe —observa Mercadé con viveza irreprimible— si en delicado trance no se olvide, a veces, incluso la fuerza..., esa especie de fuerza o esa fuerza específica..., como les guste..., que ocultan por pudor algunos hombres, o velan por doblez. Cuando el terrible guerrero de los romances corre los venados de encendida cornadura por los montes de León, siempre le engaña un paje fino de muñeca.

Son demasiadas cifras para un solo lector, aun multiplicado. Quede sin descifrar la alusión punzante... Charo deja caer sobre el *parvenu* un gesto que olvida incluso

la condescendencia otorgada como una merced que se hace sentir, cruel, si hace falta. (El derecho a hostilizar constituye una prerrogativa que no se adquiere.) Mas se reduce casi al gesto, y ya es bastante, cuando replica:

—Gracias. No puede dudarse que su neocatolicismo literario encierra la precisa caridad. Si no muestra el fanatismo necio y bravucón del tráfuga, se debe a su enorme y... absurda inteligencia. ¿Es usted un católico ferviente!

—Puedo permitirme ese lujo, ya que mi catolicismo no es... neo. Se trata, más bien, y a pesar de lo que cuentan por ahí, de un paleocatolicismo, si se me deja la hipérbole. Lo mismo podía haber sido republicanismo federal... hereditario. Suele ser esto cuestión de familia y de folklore. No es menuda cosa.

Otra vez se confirma que el corto de palabras, aunque lo sea circunstancialmente, no debe, teniendo en cuenta la circunstancia —no puede, acaso— renunciar a serlo. Bajo pena fatal de indiscreción, que aquí agrava el entonado matiz de antipatía.

Un «¡ah!» tácito desgarró el ademán, ahora incontinido y vibrante, de la mujer soberbia. Calca las palabras y tiene su dicción aristas que hieren.

—Si yo hablaba antes de fortaleza viril —dice—, no prescindía de lo delicado en ella. Y no me refería, desde luego, al hombre anormal que no gusta de las mujeres..., tal vez porque se imagina un ser extraordinario.

Palidece Mercadé, dramático y huesudo allí, al sentir una presión que no es juego de burla, porque ya, en la intención, es sangriento vejamen.

No hay viva serenidad sin brasa plutónica, ni pedernal enhiesto de cima que no responda con fuego a la percusión. No hay genio que no eche chispas. Francisco Mercadé aguanta. Y como el toro ibérico, se crece al castigo, si lo es de veras.

—Será que esa... anormalidad —repite, severo— se les nota más a los hombres extraordinarios. Quiero decir que es en ellos más conocida por ser ellos precisamente más conocidos. Pero de parecida... anormalidad se resienten lo mismo chupatintas y horteras que bardos y titanes. —Hace una pausa de temblor—. Cuando acudía yo a la universidad de Madrid —añade, premioso— encontraba todos los días, a la hora del atardecer, a un gigante ciego y anciano, plantado con su cachava hercúlea y ambarina y su platillo mendicante, en la esquina solar de Leganitos. Era el Chato del

Escorial, ya excarcelado, que seguía cumpliendo su condena, arrastrando los grillos, la calígene torva del presidio en las pupilas devoradas y a sus pies una perra blanca y sumisa. También tienen su norma los meteoros y se extingue su lumbre y su fragor, y su impulsión descarga y aun pueden pervivir en sombra inerte, monumental y de horno frío, como el cerro apagado que un arroyo faldea y mitiga y lame. Yo, que era un estudiante fáustico y hambriento, llamaba «Antígona» al manso lazarillo de aquel fantasma y le guardaba siempre una piedrecita dulce de mi café. Han pasado años de plomo y a la puerta de la iglesia de los Dolores se va encogiendo el adosado relieve del mendigo consunto: rigidez erecta de cadáver macerado a la intemperie, sin piadoso manto de tierra echada. En el umbral del templo, sin asilo... Si traigo aquí su pavorosa imagen es, tal vez, porque mi... neocatolicismo ha conservado, en prenda, la vieja caridad precisa.

En Charo Teba culmina la aristocracia, que es decir lo popular sublimado. Y el pueblo, como sociedad y órgano, piensa en esquemas, pero la verdad es que piensa más que siente.

Francisco Mercadé, insólito y desnudo a jirones por el conocido guante de hierro, se produce con la palpitación elemental de una víscera.



IV

*Il faudrait conclure de là que quand un Méridional sait
unir la fourberie du Nord à l'audace d'outre-Loire, il est
complet et reste roi de Suède.*

HONORÉ DE BALZAC, *Le Père Goriot*

TANTO GARCÍA COMO PERALTA fueron sorprendidos por la nueva intervención, inusitada en verdad.

—¿Por qué se prescinde de la policía? Esto tiene la apariencia inequívoca de lo que puede llamarse un pleito de competencias.

—Así es —repite el agente— y no acierto a imaginar la causa. Nada he conseguido averiguar hasta ahora. Me encuentro desorientado.

El detective advierte muy auténtica sinceridad en las palabras de su colaborador. Es verdad que está desorientado.

—Usted preparaba —añade— un servicio en Zaragoza. Le han jugado la vuelta o han coincidido. Deje que se adelanten.

Claro que Peralta tiene el don de no dejarse arrastrar por el lío de los acontecimientos y de saber situarse cuando estos se amontonan. No es fácil que él se desoriente, ni que, en su camino, la sorpresa sea completamente inesperada: verdadera sorpresa. La interviú concedida en calidad de hombre que no «se encierra en una reserva impenetrable» provocó la calculada sensación y se reprodujo, con profuso reclamo, por las grandes agencias. Conoce muy bien el efecto traumático, eficaz en su oficio, del clavo que saca otro clavo. ¿Se trata ahora de clavarle a él?

—El golpe es inminente —informa García— y los encargados de ejecutarlo parecen escogidos. Va ese cabo chulo capaz de suscitar un Castilblanco en Upsala y va el más castizo teniente de la Benemérita: un fanfarrón especialista en cuentos tártaros.

—Los cuentos tártaros suceden a veces... Yo supongo que han elegido con perspicacia.

—Eso no lo dudo.

—No olvide que existe el tipo que miente sin necesidad, estoy por decir que de manera misteriosa. Yo tengo una amiga aviadora que ha llevado a fin las más increíbles barrabasadas con su aparato, volando sobre mares, desiertos y cordilleras. Una agencia le contrató los reportajes que acabo de leer. Pues Elli, que es deliciosa muchacha y escribe con esa soltura característica..., ¡miente en ellos más que un cazador! ¿Por qué?... No por necesidad, desde luego. Probablemente por literatura. La literatura hace estragos en las aviadoras y en los tenientes de la Guardia Civil.

Calla García. Se le ve preocupado, sombrío casi. El aire zumbón que le distingue y le hace un poco repulsivo deja lugar a una calma de su fisonomía reconcentrada y que ahora no obedece a la contención que él se impone, por respeto, en presencia del detective.

Este, amable, silencioso a su vez, le despide por el expeditivo procedimiento de extender la mano y decir adiós.

Anochece. Cuando el argentino, solo en su despacho, consulta el reloj de pulsera, es como si hubiese hecho girar en un cuadrante el círculo de las estaciones y señalase la aguja lenta, en aquel ámbito y sobre el dorso viril de su mano dura, la hora activa del despertar: ya se siente calor.

Antes de encender luz, Peralta se acerca a una de las ventanas sobre el patio —que muestra iluminados interiores— y observa con atención. Sus ojos van recorriendo los pisos y detienen la mirada en dos oscuros planos que interrumpen la claridad de los marcos, señalando, en penumbra, dos líneas de huecos sin iluminar.

Se acerca después a su mesa, enciende la lámpara y consulta, minucioso, una guía de ferrocarriles. Hace notas en un papel, que guarda.

Acompañado de sus primos, atendido maternalmente por su tía, momentos después le vemos sentado a la mesa del comedor, ante una olorosa tetera, unas pastas y unas frutas.

—¿No vas en el coche? —pregunta Manolita.

—No —replica el detective. Y añade, dirigiéndose a su primo—: Jesús, haz el favor de dar orden para que avisen un taxi.

El fidelísimo puro y una menuda valija constituyen todo su avío cuando Peralta llega al portal. Acude, presuroso, el portero.

—¿Se le ofrece algo al señor?

—Nada.

Dentro del taxi ya, se inclina el argentino para decir al chófer:

—A la estación del Mediodía.



Todavía está el sol bastante alto. El camión deja atrás el arrabal frondoso de la villa aragonesa para seguir la vía que cruza el páramo con su recta de ochenta kilómetros «sin firme especial». Vía de polvo y reatas, de partida y caciques, de conducidos hirsutos entre la pareja sudorosa, de fielato y tratantes, en la faja el diario de la capital con su artículo de fondo. Vía española de cantar y romería. Los obreros —eso parecen— que ocupan el camión dejan en el aire un coro igual. Su canción se desgarrá al pasar y se pierde, lejana, al modo de esas coplas de los quintos («que tienen madre») en los trenes caldeados.

Por el caminito de Haro,

Por la carretera de Haro,

Por el caminito de Haro,

Por el camino de Haro.

Desde la última huerta, ya en la linde del yermo, una mujer ve pasar el camión. Hay oscuridades de odio en su mirada inmóvil. Al erguirse no deshace lo corvo su cuerpo raquíptico. ¡Pero las manos! Zarpas de servidumbre cóncavas, se diría que pertenecen a un cuerpo enorme. Pueden estrangular estas manos.

La zona desierta se ondula igual que un mar quieto, pero la carretera se plegó a las combas tendidas sin necesidad de buscar la persuasión del rodeo y sin que sus

rampas se repechen con la esquivez de muy elevadas cotas. Así no hay riesgo en lanzarse con todo el motor sobre la recta ondulante, a la manera de una canoa sobre olas paralizadas. Y lo mismo que una embarcación entre dos vientres de agua henchidos, quedan los vehículos, al avanzar, ocultos por los desniveles. El polvo les anuncia, como el humo al incendio, pero, en la calva huraña de este páramo, al enemigo que llega no se le ve venir: surge.

Tres cuartos de hora escasamente lleva el camión de marcha por la soledad, que hasta en la misma carretera lo es —un carro de gitanos, dos camionetas de carga y una recua trajinera se cruzaron o fueron alcanzados y pasados en el trayecto recorrido—, cuando cesan los cantares. Minutos después aminora el vehículo su velocidad. Al parecer avanza con precaución.

Donde el terreno, a la izquierda, levanta al sol un lomo corcovado, deja la carretera el camión y se mete por una calzada rústica, bajo la sombra de un talud espectral que corta allí las peñas como un escarpe marino.

—¡Alto! —reza la orden, dicha con voz velada.

El extraño equipo requiere los fusiles y salta a tierra, mientras el camión azul permanece vigilado por su conductor, al resguardo sombrío del talud, que denuncia huellas violentas en el pétreo desgaje lleno de mutilaciones. Se trata de una cantera abandonada.

Se agrupan los hombres, silenciosos, con la actitud uniforme de lo que son: guardia civil de paisano. El teniente que los manda lleva instrucciones puntuales. Las mismas que el designado para el servicio, de primera intención, y sustituido en el último momento. Se adelanta, de descubierta, con dos números y manda esperar al resto sobre las armas en la oquedad rocosa de la cantera. Hombre esbelto, de talla media y oblicuos ojos de carbón, es hijo de filipinos y uno de los buenos ejemplares de raza malaya que aún quedan en los institutos armados españoles.

Tarda en volver... Media hora larga transcurre y la espera se prolonga. Al fin aparece, solo, después de dejar situados a los guardias que llevó consigo. Ordena el avance, que se verifica sin una voz, y lo conduce por cubiertos atajos, con seguridad y pericia de experto. Cuando llegan a un lugar determinado, el teniente divide la fuerza. Los hombres destacados anteriormente servirán de enlace a los dos núcleos que se forman.

A simple vista nada insólito descubre aquel desamparo mudo: en torno, maleza y peñas hostiles. Pero antes de emprender la marcha, el teniente se separa con el sargento y va con él hasta el portillo natural que allí cerca se eleva, ofreciendo atalaya y parapeto. Con toda precisión, le informa, reiterando y aclarando sus instrucciones. Se le ve señalar en dos direcciones sobre todo, que pueden ser dos objetivos de acción. Le entrega después sus prismáticos. El sargento mira con ellos buen espacio y los devuelve, asintiendo: ha visto y ha comprendido.

Ha visto, en una depresión y a una distancia de tres kilómetros aproximadamente, una especie de masía que parece más bien tosco hacinamiento de piedras, alzadas en la luz fuerte como un dolmen. También ha visto, a mucha mayor distancia —ocho..., nueve kilómetros—, el recodo liso de la carretera, «con firme especial», que puede servir de acceso —por aquel lado— a la masía y señala el objetivo secundario y posible punto de evasión, que debe cubrir el sargento con sus hombres. El objetivo principal corre a cargo del teniente en persona.

Los guardias se han despojado de toda indumentaria embarazosa, dejando las prendas en aquel lugar, donde coincidirán de nuevo al concentrarse. Desnudos los brazos, ceñidas las cananas, ya empuñan los fusiles y esperan la orden. Mas algunos piden el último refrigerio a los botijos de Extremadura con que cargaron y que deben abandonar igualmente allí.

—Beban —dice el teniente.

Van a introducirse en un reverbero de sofocación que los pájaros mismos evitan y lo van a hacer cuando la brisa no recala un hálito.



A trescientos metros de la masía, el teniente hace que sus hombres se detengan y uno a uno los va situando. Hay que dar tiempo a que el resto de la fuerza cubra la posición señalada. Pero la previsión falla esta vez.

Se oye un disparo de arma corta en la dirección de la masía... Una pausa breve. Y nuevos disparos, también en la misma dirección... ¿Contestando al primero?

[140] CHAO

Dos hombres luchan indudablemente allí, anticipándose al ataque envolvente que se prepara.

—¡Nadie se mueva! —ordena el oficial. Teme que sea una finta.

El sargento se lanza a la carrera con los suyos para ganar terreno. Mas ya se lo han ganado a él...

Con buena ventaja surge de entre las peñas un hombre que huye sin taparse, fiado a la celeridad de sus piernas, buscando la evasión por la vía más rápida.

Se tiran los guardias al suelo, desplegándose; aprietan la madera de los fusiles contra la quijada y se llena el páramo de ecos. Ahoga el calor. Como de la piel disforme y rugosa de un paquidermo en letargo, trasciende una estuosidad animal de la tierra insolada.

Se agacha el fugitivo, acaso para correr mejor, pues en sus manos lleva un objeto, al parecer un estuche, que le obliga a inclinarse y le embaraza. Su figura desaparece algunos momentos en las desigualdades del campo y se empequeñece al alejarse. Perdido casi en el color de las piedras, se le ve gatear sobre el obstáculo postrero.

Cesan los disparos y en el silencio grande se escucha el gruñido potente de un motor. Y se ve el coche lanzado como un proyectil sobre el recodo de la carretera.

—¡Se escapa! —grita el sargento. Y le tira con rabia y sin fe ya.

El teniente manda avanzar y la masía está cercada minutos después.

—Hay gente dentro —dice el cabo al número que le empareja.

Y apenas acaba de decirlo cuando los dos encañonan a un hombre que, encorvándose, abandona el mísero cubil por la puerta exigua y, antes de que le requieran, levanta las manos. Sin resistencia, pues, indiferente, se entrega a los guardias. Está en mangas de camisa; el sudor le moja el pecho y la cara, encendida por la congestión. Mientras el cabo le cachea y le quita una pistola, caliente de los disparos todavía, sus ojos audaces buscan. Y al inferir, por la decisión cortante del gesto, quién es el teniente y ver una autoritaria faz, insulinda y señorial, que allí se impone, su expresión delata indomitable sorpresa, por transición trocada en malhumor y disgusto.

Da el cabo al teniente la pistola y este manda esposar al aprehendido y se dispone a interrogarle. Pero el hombre se lleva las manos de orante a la boca y a un oído, dando a entender que ni habla ni oye: que es sordomudo.

—Y si no lo es, ya cantaré. A ver, dos parejas... Llénenle conducido hasta el camión y esperen allí —dice el oficial. Y no precisamente por humanidad, añade, al percatarse de su estado—: Vayan despacio y no le den de beber hasta que yo llegue.

El preso vuelve a un lado y a otro la mirada como si algo le interesase por aquellos lugares más que su aprehensión. Busca..., parece que busca, inútilmente.

El examen ocular de la masía no dio resultado apreciable. Un cachorrillo detonador, con el pistón machacado, fue todo el botín. Pero los impactos atestiguan, en la puerta y las ventanas, que desde fuera se había tirado a herir, sin duelo. Por el calibre de una bala encontrada se dedujo que habían sido hechos los disparos con la pistola quitada al preso, ya que, además, el teniente, con visión exacta, no permitió hacer fuego a sus hombres.

Incorporado con el resto de la fuerza el sargento, se organizó una ronda y se registraron los alrededores, también sin resultado. Inútil búsqueda.

El oficial dio orden de retirada y emprendió el regreso con su gente.



El coche fugitivo penetra en Zaragoza por atajos inverosímiles, llenos de baches fangosos, entre canales quietos. A su trasera, un anochecer candente.

La ciudad ilumina su coso y el coche apagado pasa, lento, varias calles y se detiene, inadvertido, ante un hotel de lujo. Salta del vehículo un muchacho que entra por la puerta giratoria y busca a ese señor que espera leyendo *The Times* en el *hall* de todos los hoteles confortables del planeta. Aquí está, en un extremo recogido, con la mirada expectante. Es Justo Peralta...

Se estrechan la mano. Llega el muchacho sucio, fatigado y alegre.

—Me entran deseos de sacudirme las balas como un santón —dice.

Peralta, que reacciona, comunicativo, replica:

—Sí, los santones toman muy en serio sus propias bromas. Después de todo, es lo que suelen hacer siempre los bromistas, aunque no sean santones.

—Creo que mi fuga despistó a la Guardia Civil.

[142] CHAO

—Nada hubiera logrado sin despistarse... Pero nosotros sí hemos conseguido algo, ¿no?

—Aquí está preso «el de las piernas largas», según usted le designó, con expresión que me he repetido mentalmente. Aquí está. Por lo menos una vez estoy seguro de haberle cazado... de lejos.

Y el muchacho golpea con alborozo el polvoriento estuche, que no suelta de sus manos ágiles.

Está satisfecho el argentino.

—Es usted digno de su popularidad —dice—, aunque ella no me convenga en esta ocasión. Los diarios hablarán mañana. Pero cuidado: usted en su papel de héroe anónimo. Si no se puede aprovechar del reclamo bien merecido, yo le compensaré, por mi parte, con creces.

A Marín le divierten estas cosas de manera indecible. Fino muchacho y excelente persona, es el más popular y querido *reporter* gráfico de la ciudad del Ebro y un mozo sin jota de literatura... ni de la otra. Es además un campeón: tiene el récord de multas por exceso de velocidad.

No se dejó Peralta llevar al terreno desventajoso donde se le requería. Pero, hombre correcto y cumplido siempre, acudió a la cita enviando a un fotógrafo.

Las agencias informativas y el celo de las autoridades se encargarán del resto.

●

—El preso desconocido fue puesto en libertad a las pocas horas. Usted no habrá intervenido en esto... —inquieta, cauto, García.

No ha logrado sacudir la preocupación, ni vela su inquietud. El lapso de días agitados tampoco se evidencia en sus palabras con una alteración de tono. Parece que este sinuoso diálogo en el despacho del detective reanuda, borrando el tiempo, la última conversación aquí mismo sostenida.

—Yo no he intervenido en esto —repite, tras una pausa, el argentino, mirando con firmeza.

Callan los dos. Llega de la calle el grito de los vendedores de periódicos. Toma Peralta un sobre de la mesa y lo tiene entre los dedos un instante. Brusco, lo deja de nuevo y dice:

—Usted sabe que el teniente de la Guardia Civil a quien se había confiado el servicio fue sustituido en el último momento por orden telefónica. Y también que se comunicaron al sustituto idénticas instrucciones que al primeramente designado. De la Jefatura no partió la orden y allí se ignora todo. Se ha abierto una investigación de cuyo resultado yo no espero mucho. Todo esto lo sabe usted, ¿no?

—Efectivamente.

—A un hombre de su actividad se le ofrece aquí un asunto agradecido que debe estimularle.

—Yo me he limitado a dejar que se adelanten quienes se han adelantado. Y al hacerlo he seguido una indicación suya.

—Más exacto: ha escuchado una opinión mía expuesta vagamente.

—Es que yo no tengo opinión en este caso. Mi desorientación persiste. Por primera vez en mi vida siento que me falta el instinto de voluntad que, si no me ha llevado siempre al acierto, nunca ha dejado de impulsarme a la acción. No sé qué hacer... El preso fue libertado por orden expresa y lacónica del ministro, sin tomarle declaración..., sin intentar tomarle declaración siquiera. ¿No es para desconcertar? Si usted no ha intervenido...

—Repito que no he intervenido.

—Entonces, ¿qué influencias se han puesto en juego?

Evade Peralta la respuesta y a su vez pregunta:

—¿Cuándo ha visto a Carretère?

—Le he telefoneado esta mañana. Se hace, igualmente, el sordomudo...

—Ah... ¿Usted cree que el preso...?

—Creo que se trata de un sordo que oye crecer la hierba.

El detective sonríe al preguntar:

—¿Y el fugitivo?

—Sí, también debe preocuparnos.

[144] CHAO

—¿También?... ¡Sobre todo! ¿O es que vamos a olvidar a José Chao para dedicarnos a cazar fantasmas? —declama Peralta con deliberado énfasis de actor.

García se conmueve ligeramente y dice:

—Se nos ha escapado... Esto nos crea una situación...

—Se la crea a usted, que preparaba un servicio por tierras de Zaragoza.

—Yo no desisto. Me parece llegado el momento de desplazar nuestro campo de acción.

—Yo actúo por mi cuenta.

García se impresiona visiblemente. Diríase que quiere hablar y no se resuelve, que, sin velar su inquietud, lucha por no parecer el hombre abatido que reconoce lo inútil de su habilidad ante la soberana presencia dominadora de quien incluso puede servirse de esa habilidad suya como de un instrumento. Deseos le entran de prescindir, de renunciar con una entrega, humillante para su mentalidad de hombre «muy hombre». Este viril desfallecimiento es de una elocuencia máxima: donde decae la fuerza, es que hay fuerza. Pero hay también una relatividad que la presión de las circunstancias patentiza y exagera cuando el fenómeno se produce condicionado por el desdoblamiento de una fuerza mayor. Vencido el punto muerto, sin embargo, desbordada la fluctuación en quien no es ciego y duda, el instinto vuelve por su fuero inalienable —con su bálsamo de pasividad, con su activo veneno— tan pronto como la angustia del conflicto cede y el trágico alumbramiento de lo que se llama decisión establece el contacto misterioso.

No, no hay habilidad, ciertamente —y no responde a designio esta carencia— en la pregunta que, interrumpiendo su íntimo soliloquio, aventura García. Por el contrario, hay en su manera simple la tácita demanda de amparo que tatúa de corazones el volumen del pecho a los marineros brutos, revelando su flaqueza con un «frágil» delator. El último resto de inocencia se le sublima, ínfimo, al agente, a través de la exclamación tonta:

—Bueno... ¿y el preso?

Peralta le mira con viveza y contiene la ironía, para replicar, impasible, sin afectar lo ambiguo de la actitud en que se coloca naturalmente:

—Ah, el preso.

Han dado unos golpecitos a la puerta del despacho. El detective se pone en pie.

—Pasa, Jesús —dice.

El muchacho entra con los periódicos de la tarde y sale de nuevo acompañando a García, que se ha despedido...

Hojea el argentino los diarios con intensa curiosidad. Le hace gracia el golpe de teatro con que colaboró a la maniobra, sirviéndose bonitamente del decidido fotógrafo, y le complace en extremo la buena fe de los informadores y su contribución prevista. «Solo falta —piensa— que, ateniéndose a los datos facilitados por la interviú, recorran los curatos aragoneses rastreando viejos condiscípulos del presunto fugado».

Porque es evidente que la fuga definitiva de Chao no se discute. Se ha logrado el efecto y al mismo García le oímos insinuar la conveniencia de «desplazar el campo de acción». Del horizonte geográfico se ha evadido una sombra.

«No está mal pensado», comenta, para sí, Peralta.



—Parecemos horteras en domingo —dice Arjona, que siente hacia los horteras una prudente estimación.

Él mismo parece un niño en día de fiesta. Se le ve gozar puerilmente. Con su indiferencia y su frialdad conocidas, carece de las dotes necesarias para desplegar seriedad e importancia, dotes que la naturaleza, compensadora, prodiga con las personas que no son importantes ni serias. Peralta sabe ya bien a qué atenerse y acepta, propicio, su efusión. Desde la primera visita inesperada, se ha encontrado en el club con Pepe Arjona y le ha encontrado accesible siempre ante la perspectiva de una libación cordial. Si lo de *In vino veritas* es exacto, su frialdad e indiferencia quedan delatadas por el único síntoma de la embriaguez en su fortaleza táurica: los abrazos repartidos en silencio cuando ha bebido un poquito más de lo conveniente.

Al ver que, ya en la calle —se han reunido en la escalera—, el argentino dobla hacia el patio posterior, Pepe Arjona le dice:

—Yo creo que para estar más en carácter debemos ir, a falta de calesa, en taxi vil. Se detiene un momento. Raimunda y García se les reúnen, y aprueban, regocijados.

El agente para un alquiler que se presenta como a la orden. Peralta observa al chófer de gafas amarillas y lividez cadavérica. García le indica un lugar de placer en la más castiza afuera de la villa.

—Vamos en plan democrático, don Justo.

—Me agrada —repite el argentino, con la sonrisa más amable de su repertorio.

Se le había presentado García recompuesto y curado, al parecer, de su extraño decaimiento. Le enteró, por fórmula, de la falta de novedades y le comunicó su cita con el amigo y vecino, invitándole, con cierta reserva comedida y sin interés manifiesto, a formar parte de la reunión. Aceptó el detective en el acto y no recató su complacencia.

—Ya se ha ido mucha gente —dice García, aludiendo a la desanimación de las calles y mirando a Peralta, que afirma:

—Pues yo me quedo.

Raimunda cuchichea algo breve al oído de Arjona y sonrío, confusa, al advertir que el argentino se ha dado cuenta. Riendo, su confidente aclara:

—Pregunta por Tetuán esta chulilla.

Pronuncia, en sevillano, la «che» casi a la francesa y como «ye» la «elle».

—Sí, Jesús, mi primo, ha tenido la peregrina ocurrencia de pedir prestado el mastín. «Se conocieron» en la escalera del patio, según me dijo. Pero no fue tan fácil que el precioso animal se dejara conducir. Verdaderamente que pedir un perro prestado por puro amor a la especie...

—La niña echó de menos el recibimiento acostumbrado. Lo que me sorprende es que haya esperado a preguntar —añade Pepe Arjona. Y volviéndose a la muchacha, le dice, acaso por verla callar y sonreír, turbada—: ¿Cómo ha sido eso?

Cruzan un lugar «peligroso» para García. El hombre de Jaén pertenece a ese tipo de individuo atrozmente inculto, pero muy leído, que tanto abunda. No deja escaparse la ocasión y menciona, de pasada, a don Ramón de la Cruz. También murmura los adjetivos goyesco y velazqueño. Con el último ataca, sin compasión, a la sierra.

En el follaje tieso y pobre, como de artificio, que circunda el local, se ceba la luz violenta. Bajo la vela del toldo, ante la sala enorme, sin mamparas, se abren las botellas y se anima el grupo. Madrid. Lleg a aroma de café tostado y vainilla. Público especial y escaso aún. Ese polvo, que es vaho, empaña el lustre de los zapatos. Ocio ardiente, color rosa de arbol sofocado, color verano joven, como el plumaje tibio de los flamencos.

Pepe Arjona se inclina, flexible, hacia Raimunda y con dehiscencia de hábito, saboreada, que ahora le derrite las consonantes, dice a la niña, bajito:

—Chulilla...

El argentino bebe sin cumplimiento ni rito fuera de lugar: a la española. Pero se levanta con el primer sorbo y va, mudo, al interior de la sala. También García se levanta y llega hasta la gramola próxima, introduce una moneda barata por la ranura del cepo musical, se produce un carraspeo mecánico y truena el fandanguillo de Almería.

Arjona siente la querencia de la copa colmada. Va a beber, ya tiene el cristal en los labios... Mas se oye una detonación súbita y le saltan añicos de los dedos, que se le mojan y crisan: dedos cruentos, de estocada en la cruz.

—No había otro modo de evitar que se nos envenenara. Le grité de lejos, pero tenía usted próximo el redoble ululante del fandanguillo de Almería y no me oyó —dice el argentino a Pepe Arjona, mientras guarda su arma.

Tal que un signo de fuerza que pugnase, le azulea, viril, la barba poderosa, bajo la piel rasurada, láctea, en el traspuesto semblante de mármol.

Al recibir el tiro, extendió Arjona el brazo siniestro, con susto, y rozó, inofensivo, los labios de Raimunda, que tiñeron el dorso de su mano dejándole una herida roja, sesgada en la piel bruna y suave. Un instante solo pareció temblar, llegando a plegarse como para el salto.

Acude gente, se congrega el público y se produce un revuelo que desagrada al detective, a juzgar por el tono de rudeza inusitada con que se dirige a García:

[148] CHAO

—Usted que sabe mandar...

No aguarda más Peralta y se lleva a Pepe Arjona y a Raimunda. Todavía oyen a su espalda un acento brutal y zumbón de brigadier:

—Vamos, ha sido una broma sin consecuencias.

Debe preludiar una tormenta de calor y empezar a moverse el cielo. Sobre la tierra cegada se ve la sombra de sus ademanes.



Ha llovido y persiste un manto nuboso encima de la villa. La noche es transparente, como de otoño, por las calles iluminadas con una discreción sobria de parque, y así la claridad tiene imprevista delicadeza.

Jesús Quintero acompaña al detective en este paseo de las altas horas. Peralta mira el nublado, por mirar alguna cosa, y por decir algo, dice:

—Parece que se oye el tiempo, que está la noche llena de relojes.

No sabe qué replicar el muchacho y contempla a su interlocutor, que añade:

—Volvamos ya.

Ante la puerta de hierro y cristal se detienen y Quintero se dispone a abrir cuando Peralta le sujeta, rápido, y él mismo queda inmóvil, en actitud de escucha.

Pero también está Jesús paralizado y atónito.

Hasta los dos hombres descienden como ayes inhumanos de agonía y pavor: un manar sonoro de virgen tristeza fluye, se tiende allí, en el fondo del aire. Y es irreal, filtrado en lo remoto, y es cercano y penetrante, de tal manera que escucharlo traspasa y da grima.

Cesa la quejumbre, llevada por un golpe suave de viento; se oye la bocina de un taxi; reclaman al vigilante unas palmadas como de burla... Y por una boca de nubes la noche acerca ese candelabro.

Quintero advierte, por primera vez, demudación profunda en el semblante de su primo. Entonces, con su pueril candor, se atreve a confesar:

—Da miedo.

Peralta se responde a sí mismo, acaso, al balbucir:

—Inconfundible... Hasta parece sentirse la congoja del soroche indio... Se diría presagio... —Después, cortante, agrega—: ¡Entremos!

Para quien le emplaza con fe de sortilegio, llegará el segundo sol (extinto el de mañana) como si diera tumbos por el horizonte de la ciudad negra del este, y arderá lumbre exacta en el fanal rojo de su furgón tardío.



Le abre la puerta el mismo Arjona. En la casa hay un silencio de deshabitación.

Peralta no había intentado ver antes del mediodía a su vecino y casero y llega, de improviso, a esta hora de atardecer. Nada justifica la visita, ni el detective intenta justificarla.

Pepe Arjona está en situación: dentro de su indiferencia característica. No menos firme se tiene el argentino en su habitual serenidad.

Se sienta en el sillón que Arjona, cortés, le indica, mientras él mismo, a horcajadas sobre el taburete del piano y de espaldas al teclado frío, se inclina, expectante, se encorva y recoge igual que un jinete disparado: le sobran busto y piernas al buen mozo.

A través del arco de salida que da a la espléndida terraza, mira la sierra y calla, esperando.

Sin aludir al trance, bien reciente, del frustrado envenenamiento, extiende Peralta la mano y ofrece a Arjona las fotografías que acaba de extraer de un sobre:

—Obtenidas en Aragón. Imprecisas todas menos una que es lo suficientemente certera... aunque no sea del todo clara.

Pepe Arjona las va examinando con atención y lentitud que se dirían excesivas. Sus dedos pasan y repasan las imágenes ante los ojos... Pero ¿las mira en realidad? Al fin, levantando con suavidad los párpados, comenta:

—Son curiosas. Parecen hechas desde un caballo al galope. —Y al devolverlas, pregunta—: ¿Se las he enseñado a García?

—Todavía no. He de verle mañana y se las enseñaré.

Arjona vuelve a mirar los montes y deja en ellos la mirada. Trae, despaciosa, del contemplar intenso, una exclamación vulgar en su forma, pero matizada en su esencia, hasta el punto de entonarse con tipicidad y como sucede siempre que algo íntimo se escapa sin censura. Algunas mujeres se expresan así y así se suelen expresar los niños.

—¡Qué bonita la sierra! —exclama Pepe Arjona.

Parece que ha hablado de una jaca.

El argentino se yergue y avanza unos pasos en la terraza libre, proyectada su silueta contra la agonía que él juzga crepúsculo aún. Mas ya es la luna.

Brusco, se arranca de aquella decoración, negándola, y se va, derecho, hacia Arjona. Como la tiniebla se ha hecho fuerte en el interior, no le ve al pronto y se hace preceder por palabras tajantes, que le abren plaza con su interrogación:

—¿Ha visto usted al vecino de abajo? —pregunta.

—Sí, le he visto —responde, apagada, igual que el ámbito donde surge, la voz de Pepe Arjona, ensombrecido allí, remoto.



Están echadas las persianas del despecho. Ha sonado el timbre, se oyen pisadas fuertes y llaman a la puerta con decisión.

—Quédate —ordena Peralta a Jesús Quintero, mientras se pone la chaqueta con lentitud. Y después, a la persona que solicita entrar—: ¡Adelante!

Sin pausa entre el saludo y las palabras con que le requiere, como si ellas fueran el verdadero saludo en este momento, dice el detective a García:

—Usted no conoce al preso libertado que tanto le preocupa. No lo dudo. Pero al fugitivo, al auténtico fugitivo del yermo aragonés, sí le conoce. Aquí está...

Le entrega las fotografías que enseñó a Arjona la víspera.

Hay casi voracidad en los ojos azules, que apresan las imágenes aparecidas en las oscuras manos. Como naipes de suerte malhadada las baraja García, las reúne de nuevo y las arroja, con golpe de tahúr, sobre la mesa pulida.

Mira de frente al argentino y, sin perder entereza, exclama:

—¡Está bien!

Peralta va al teléfono:

—Considero inexcusable la comparecencia de Arjona. Le voy a llamar —dice.

—Es inútil a su domicilio. Le acabo de dejar en la Embajada próxima y allí debe encontrarse. Yo mismo iré... Es mejor que yo vaya... —El frunce brutal de sus cejas acentúa la frase cuando agrega, bronco—: ¡Voy por él!

Sale, desapoderado, sin que haya en Peralta siquiera un ademán para detenerle. Ha dado el percutor, agudo, en el fulminante y la adivinada presión estalla incontenible y sin freno, volcánica. Peralta le deja ir: ¡sabe que va a por él! Su táctica de siempre se evidencia; su afilado estilo se desnuda, punzante... como siempre. ¿A qué dejar que madure demasiado el fruto, si él puede, sin precipitarse, precipitar los acontecimientos?

Mas no esquiva la intervención directa un minuto. También como siempre, él estará en su sitio.

—¡Acompáñame! —dice a Jesús, apenas oye, tras el ímpetu de García, frenético, batir la puerta de entrada.

Todavía le ven doblar la esquina y se apresuran para no perderle. Un trecho de basalto férreo, lleno de sol, les separa cuando recobran su imagen con avidez. Es la hora estival de siesta y abandono, y un silencio candente se desploma sobre la vía muerta del barrio, sosegado y rico.

García se lanza por la pendiente de la calle sola, donde se curva esta en descenso brusco. Se ciñe, cauteloso, a la valla de solar que la limita y queda oculto de nuevo para los que siguen, anhelantes, su carrera de *amok*.

Transcurren, con aleteo, unos segundos que son de congoja. De pronto se oyen gritos y un lancinante aullido que se quiebra en ahogo de furia. Por el espacio visible de la calle surgen dos mujeres que huyen espantadas. Después suena un tiro. Uno solo.

El argentino salva la distancia en un vuelo y desaparece también, seguido por Jesús, que se descoyunta con esfuerzo inútil y queda más atrás cuanto más corre.

Pero llega, jadeante y pálido, cuando se inclina el detective sobre el cuerpo de García, exánime, inmóvil, tendido allí. Tiene una faca descomunal hundida en el pecho y la hemorragia fluye por el bárbaro puñalón a chortales.

—Se tambaleó, clavado, como un ebrio, a juzgar por estos surcos —dice Peralta.

—¿Se encontraron aquí? —pregunta Quintero, con desorbitada expresión.

—Fue choque, más que encuentro.

Calle abajo se advierten gotas de sangre, que puntean con su rastro el polvo y marcan una huella cruenta.

Las señala Quintero y dice:

—Arjona va herido.

—No, Chao va indemne —corrige Peralta.

—¿Entonces, Pepe Arjona...?

—Es José Chao. Y García era su único cómplice. Mi juego le puso en trance de rendirse o eliminar a quien le comprometía. Cayó en el intento. ¡No pude evitarlo!

Jesús, que apenas sale de su incompreensión, vuelve la mirada al rastro bermejo que se pierde en la calle:

—¿Y esas huellas...? —pregunta.

El detective se inclina otra vez sobre el cadáver y le descubre la garganta, levantando, despacio, la barbilla. Rojea, terrible, al sol, un sangriento pespunte, como la dentellada feroz de un leopardo.

—El perro... Con esto hubiera tenido suficiente —dijo.

—¡Tetuán! —exclama Jesús, que no coordina.

—Sí. Las huellas de sangre son del mastín herido. —Aún agrega—: Mira la mano izquierda, desgarrada. Tenía el arma, es natural, con la mano derecha y, antes de disparar, pugnó, instintivo, por quitarse el animal de encima, desollándose los dedos con el erizo metálico de la carlanca. Se hirió como un lobo.

Caída en el suelo, fulge, negra, la Star castiza del agente, junto a su mano derecha, encogida, que tiene esposada la muñeca por el aro brillante del reloj. Se presume el frágil tacto de su máquina, latiendo, pulsando, temblorosa, viva, como sucede, a veces, con el motor de los autos volcados.

Un hombre en la calle tendido... Apuñalado a navaja infame: con la suya propia, arrebatada por el matador inerme, blandida su lengua blanca por el más violento puño de humana rebelión.

Peralta mira la valla del solar contiguo: está vencida, como si, embistiendo, hubiesen rematado en ella.

—Chao debió revolverse aquí, entablado. La breve lucha tiene que haber sido salvaje —dice. Contempla después la inerte dureza del rostro yerto, que se va poniendo cianótico.

La gente que se ha congregado se mantiene a alguna distancia. Dos guardias acuden, por fin. Peralta se da a conocer, pronuncia cortas palabras que son precisas instrucciones y vuelve la espalda, con aciago ademán de desenlace, al *fatum* de la hora sin remedio... *Out!* El pampero zahorí había tendido su última red: la de la muerte.



—Se me figura que no necesito presentarme a usted, Mr. Fraser.

El hombre rubio que sale del ascensor no está seguro de si la sorpresa es completamente desagradable. Por de pronto, él tiende la mano correcta y dice:

—Señor Peralta...

—El calor de Madrid es angustioso, para un inglés, en esta época.

—Yo he trabajado en Bagdad.

—Y en Bagdad no se conoce la plaga de las cimicidas porque estos vampiros no pueden soportar la temperatura. También ha trabajado, si no me equivoco, en el yermo aragonés y allí existen lugares donde ni siquiera pájaros hay en verano. Lo que yo no comprendo es por qué ha de permanecer usted sufriendo calor donde nada tiene que hacer ya.

Si Mr. Fraser no supiera callarse a tiempo se consideraría deshonorado y se ve que no está dispuesto a tolerar semejante consideración innecesaria.

Peralta le invita a penetrar de nuevo en el ascensor abierto y lo hace él mismo detrás. Oprime el último botón y como de una litera blanda salen, al cabo de un instante, los

dos policías y se encuentran —inquiridor el inglés, quién sabe si un poco triste el argentino— ante la puerta suntuosa del ático, bajo la amplia claraboya que inunda el mármol profuso de caldeado resplandor.

Peralta saca una llave y franquea la entrada.

«Sésamo, ábrete», pudo haber dicho. Pues de encantamiento es la visión del tesoro expuesto allí.

—¡La tiara! —pronuncia el inglés, derrochando toda la capacidad de asombro de que dispone.

Sobre una especie de vargueño desnaturalizado, arde, con flameo demostrativo, la diadema legendaria, que, por más escándalo de lumbres, se duplica, pródiga, en un espejo.

—¡Magnífica pirotecnia! Está bien imitada... ¿no? —comenta el argentino.

¿Es preciso decir que la policía londinense reiteró su decisión de callar para no deshonorarse?

—Pues —continúa, sin alarde, Peralta— ni está bien imitada siquiera. Hecha sobre un diseño, ya que otra cosa parece inconcebible, no pasa de hábil reproducción. La joya auténtica se encuentra en mi poder y en sitio inexpugnable. Se me envió de grado lo que nadie hubiese podido conquistar por fuerza en su integridad. «Esto»... —señala, con laxo ademán, la falsa corona— se habrá reservado para usted..., que, naturalmente, renuncia, incluyendo en la abdicación previa su gratitud anticipada.

Sonríen los dos.

Hace girar Peralta la llavecita del vargueño, lo abre y de su interior extrae un objeto que enseña, enigmático, al inglés.

—Como, a pesar del falso testimonio que le han levantado lenguas maliciosas —dice—, sus órganos de audición son excelentes, habrá usted oído, una noche, el quejido temeroso y sin par de este instrumento. Es la quena, la flauta india que conjura la muerte por los caminos que llevan al Dorado.

—Todo esto es nuevo para mí: simple y desconcertante —replica Mr. Fraser, con la fértil ingenuidad de algunos hombres enérgicos.

—Es que usted mismo es nuevo en esta gran violencia, tan engañosa. Váyase de España pronto. A veces la luz deslumbra: igual que si entráramos en una zona

de tiniebla, nos vuelve ciegos. Su tentáculo estruja los semblantes, los desmaya, como en Londres aquel incendio de coturno... que aún busca su autor y le pide... fundió las máscaras de cera.



Por muy buena voluntad que hubiera puesto en su propósito de llevarse algo pintoresco, y liviano de transporte, que no le ofreciera dificultades en la aduana fronteriza —género fácilmente exportable y cómodo de pasar—, no se hubiera decidido Peralta: no entiende de estas cosas, no le gustan. Porque no le gustan, por eso no entiende. ¿O es que entiende demasiado y por eso no le gustan?...

En compañía de Grimaldo, taciturno y complaciente, a su vera, atento, no solo a cuanto Peralta dice, sino a lo que piensa casi (y no es hipérbole, pues de tal manera le conoce que, en las menudas cosas, sobre todo, bien se puede asegurar que le adivina), el detective ilustre viaja camino de París en tren expreso. Y sin manta zamorana, se sobrentiende por lo dicho. Claro que nadie puede viajar con avío semejante, por la sencilla razón de que en Zamora no se fabrican, ni se han fabricado nunca mantas. Pero a base de «mantas zamoranas» se ha hecho españolería durante medio siglo. Y Peralta puede contar algo de su tierra, donde, por no ser menos, se ha establecido una industria similar, en gran serie, alcanzando el género niveles inauditos de baratura.

Como fuera del tiempo considera el detective lo vivido. Hablar con Grimaldo es para él una manera de explicarse la propia labor y hacer balance, rendirse cuentas, permitirse una expansión, que necesita, con el viejo amigo, con el compañero único. Al ver que se le brinda, propicia, la ocasión, este se atreve a preguntar y algunas de las respuestas obtenidas pueden tener el interés circunstancial de un resumen.

—De la tiara, como filón y prenda, nada podía obtenerse ya. Usted lo sabe, puesto que ofició, cuando fue posible, de eficaz obstáculo. Al fin llegó a ser efectiva esta posibilidad y lo que constituía instrumento de ubérrima sangría se convirtió en lastre embarazoso del que no era fácil desprenderse, debido a la peligrosísima complicidad de García sobre todo. Por esto y porque el desplazamiento es natural que ofreciera

excesivas dificultades, evidentes después del riesgo aventurado ya, quedó localizado en Madrid el asunto.

—El supuesto Arjona me habló sobriamente, mas con perfecta sinceridad. Incluso llegó a decirme: «Yo creo que le vigilan a usted...». Claro que no era solo Fraser quien lo hacía. Pero este prestarme yo abiertamente y sin reservas..., en apariencia por lo menos..., este prestarme yo a que me vigilen facilita de increíble manera mi labor. La simplifica, usted lo sabe por experiencia reiterada.

—La servidumbre fue despedida con espléndidas gratificaciones. Todo estaba preparado, ante la fuga inminente.

—García utilizaba a «Raimunda» para espiar a Chao de cerca. A mí me sorprendió, desde el primer momento, el respeto extraño con que trataba a la muchacha, que resultó ser... un muchachito. Cosa vieja, en verdad.

—Receloso primero ante la presión ejercida, que determinó un cambio de actitud en Chao y llegó a adquirir carácter de despotismo brutal, agravado por la disminución en las entregas reclamadas y por la negativa, más tarde, a nuevas peticiones, al fin García se sintió vacilar en un seísmo de terror, como un animal espantado. Viéndose caer, no le importaba arrastrar víctimas consigo. El intento, disparatado a todas luces, de envenenar a Chao pudo convertirse, por nada, en crimen estúpido, sin disculpa y sin objeto casi, en un acto cerril de desesperación, de venganza y de miedo.

—No, no se advierte en Chao nada parecido a doble vida. Todo lo contrario: es la suya una vida simple, extraordinariamente simple desde este punto de vista. No juzgaba probable que le pudieran aprehender, pero sí posible. No se le hubiera sorprendido jamás.

—Cuando él intentó atraerme para simular una evasión, García estaba en la creencia de que solo se trataba de mi persona. Ignoraba por completo que había enredado a Fraser en la estratagema, con certera visión del efecto. Este evitó la colaboración policiaca y recurrió a la Guardia Civil para esquivarme. Como el teniente que reemplazó al sustituido, en virtud de la orden misteriosa, no le conocía, le aprehendió. Para que no se evidenciara su acento extranjero, delatándole, se fingió Fraser, muy tranquilamente, sordomudo...

—Contrató sus servicios el esposo de nuestra... protegida, por medio de su oficina de Lombard Street. Yo le sabía también en relación con la Embajada y por eso prescindí, en cuanto materialmente pude hacerlo, de Carretère. Le dejé libre, como a Castañer, con calculada abstención y no por generosidad, que no merecían estos pájaros de mal agüero. Y a pesar de su intento descabellado.

—Castañer..., que no se llama así..., es portugués de nación. Niño todavía, residió algunos años en Vigo. Su *trick* consiste en ganar a la víctima que debe financiar un *affaire* fantástico. Se sirve de su inteligencia no vulgar, de su cultura de estudiante en el París literario y de su seducción para las mujeres. Terminada apenas la carrera universitaria, inició esta otra carrera. No quiso tolerar la humillación de la ruina económica, ni quiso tampoco soportar la lentitud de una recuperación. Y acabó prescindiendo de la moral vigente. Bien: pero lo grave es que se hizo una moral privada, para su uso particular, como quien se fabrica una ganzúa. En esta ocasión le hemos chafado su campaña de Madrid, que se presentaba brillante. Por cierto que Fraser identificó a este Ramón Castañer con el otro, con el Castañer de Gerona, a quien los diarios londinenses llamaban «the terror of Soho», con ese estilo desmesurado, propio de cierta prensa anglo-yanqui, estilo que se atribuye con exclusividad a los portugueses. Confusión deliciosa en el momento mismo que Ramón Castañer se había introducido en la sociedad matritense con admirable holgura: como uno más, que no es menos. Su soberbia de loco le hizo aspirar... a la «corona», todavía después de la prueba de aproximación en Biarritz, de cuyo fracaso definitivo me informo usted. Se necesita la audacia del incauto para buscar en mi fichero una clave que pueda ser de utilidad. Es algo así como el inepto que quisiese robar, con un microscopio, una clave de sabiduría. Antes requirió, a buen precio, el auxilio de Vainura, el antiguo luchador manchú que se encontraba en Madrid, de paso para Valencia, con un número ecuestre. En Valencia estaba la más importante compañía de circo que había en España por entonces y obtuve cuanta información quise. Vainura es aquel hombre-mono célebre, que se paseaba por la bóveda de los circos y que ahora divide su actividad entre el número ecuestre y el oficio de escalatorres. También arregla parrayos como un armero.

[158] CHAO

—Sí, una verdadera movilización... Constituíamos un minúsculo sistema que se movía hacia la constelación diamantina que un Hércules joven custodiaba.

—Carretère fue a Lisboa, supongo que ya a morirse..., si es que es mortal. Castañer embarcó para el Brasil, desolado.

●

Consumación.

Donde no llegan las mochilas, donde nunca es domingo.

Le empujó la querencia a la barrera de rocas y allí le retiene, encadenado. Como una resaca le tragó el monte.

El perro herido, contra sí: sangre con sangre temblorosa.

En la erosión de una mambla, grita el águila chivera. Sube el atardecer de viento y el macizo es un ascua silbante.

Noche llena, suave de respiro. A esta hora entran las familias decentes en el comedor. Se enoja el firmamento como una vieja y humea la ciudad, confusa y lejos: terrones calurosos que se llagan de luces.

Vagan pasos de penitente. Sigue la etérea huella el mastín, sufriendo la sigue: vacía y desgarrada una órbita. Y roja de lloro denso. ¡Lucero errante de las cimas, su ojo canino fulgurado!

Sufre y llama el animal, espantoso. Un ululato de merodeo pasa la sierra.





UN DRAMA: *BOVES*



Boves es la primera de las tres obras teatrales que Ramón de la Serna y Espina escribió en Chile. La finalizó en 1957, año en el que registró su propiedad intelectual.

El drama trata de la independencia de Venezuela, pero, en el preámbulo, el autor declara que el punto de vista adoptado es el de los realistas y no el de los independentistas, como ha venido siendo habitual. El objetivo parece ser desmitificar la figura del «Liberador», poner el acento en su lado humano y, como tal, vulnerable y susceptible al encanto del poder. José Tomás Boves, líder de las tropas realistas, fue siempre descrito como un hombre malvado, capaz de cometer los más atroces crímenes. Nadie hasta entonces había intentado comprender sus distintas facetas, y solo en tiempos relativamente recientes, su acción y su persona han sido revisadas y revaluadas por los historiadores.

Uno de los primeros que revaluó la figura de Boves y al mismo tiempo redimensionó la de Bolívar fue José Antonio de Armas Chitty, que en 1976 publicó en Caracas el texto *Boves a través de sus biógrafos*. Ramón lo hizo casi veinte años antes. En esto, como en otras cosas, se adelantó a su tiempo.

Sin embargo, esta no fue la única razón que le empujó a centrarse en esta figura histórica: intentaba ganarse el favor del caudillo Francisco Franco eligiendo a un personaje español que habría podido otorgar esplendor a España en el episodio de la guerra de Independencia. De hecho, Ramón envió varias cartas al embajador de España en Chile, Suñer y Ferrer, así como al mismo Francisco Franco, con el fin de convencerles de la relevancia de la obra para el rescate de la imagen de España, de su interés histórico y nacional, y de la importancia de su estreno tras la filmación de una película sobre Simón Bolívar, financiada por el productor italiano Aurelio De Laurentiis. Ramón deseaba a toda costa que se estrenara este drama, y en esas cartas —dos de las cuales se incluyen como apéndice a continuación de esta introducción a *Boves*— se manifiesta orgulloso de su obra, plenamente convencido de su valor.

No obstante, Ramón ni siquiera deseaba exaltar la figura de Boves; su objetivo era la imparcialidad; quería detenerse, observar y desvelar fortalezas y debilidades

que se esconden detrás de los luchadores; quería ver el lado humano de ambos personajes, Boves y Bolívar, que presentaban muchos puntos de contacto.

Uno de los pasajes más importantes e interesantes se encuentra en el primer acto, cuando, en el cara a cara entre Bolívar y el arzobispo de Caracas, se desarrolla un intenso discurso sobre el concepto de libertad. Aquí está el eje alrededor del que gira el drama: Ramón quiere discutir a fondo sobre este concepto, quiere desentrañarlo abordando sus distintas facetas, y lo hace a través del diálogo, que le permite analizar la cuestión desde varios puntos de vista.

En el segundo acto es muy notable el experimento metateatral que Ramón inserta, llevado por su gusto por la experimentación. Es como si quisiera sacudir al espectador desorientándolo con una escena que nada tiene que ver con los protagonistas; los vuelos pindáricos le agradan, su cerebro trabaja incansablemente para tejer historias que nada dan por descontado; exige al espectador mantenerse en un alto grado de atención, no permite que se relaje.

Finalmente, en el tercer acto encontramos el monólogo de Boves, de gran extensión y densidad, características que se esgrimieron como los principales obstáculos para la representación de la obra. A través del monólogo emerge la falta de habilidad para comunicar del protagonista, el aislamiento en el que se ha sumido. La apología que hace de España se inserta en ese plan del autor para que la obra sea considerada de interés nacional y apoyada, consecuentemente, por las instituciones españolas.

La hermana de Ramón, Josefina de la Maza, le envía una carta muy cariñosa en la que habla de *Boves*:

Queridísimo hermano Ramón: *Boves* a mí me parece un portento. Yo no soy quién para juzgar literariamente. Pero *Boves* tiene, además de los fastuosos valores literarios, los humanos y patrióticos. Yo soy solo una lectora, y como lectora-hermana te digo esto: es soberbia tu obra; que es dignísima además, limpia de conciencia, valiente y muchas cosas que se me ocurren y que tú las das por descritas: porque tú mismo sabes lo que has escrito. Pero no te ensoberbezcas, hermano, que es fácil; no, no lo hagas.¹

¹ Carta fechada el 1 de febrero de 1960, encontrada en el archivo de Ramón de la Serna y Espina.

Podemos caer en la tentación de afirmar que estas son meramente las palabras afectuosas de una hermana. Pero incluso Gerardo Diego expresó su juicio positivo sobre la obra: «Se lee ávidamente, se aprenden hechos y cosas y puede imaginarse la eficacia de una representación plástica y sonora»². Y más exhaustivo fue el juicio de Camón Aznar: «Atraviesa el diálogo un acento épico. Llevar a escena a un personaje como Bolívar exige ya un temperamento dramático y una decisión poética de los más altos vuelos. Y la dificultad está resuelta con los mejores recursos. Se lee “ávidamente”, sin embargo, para hablar con las palabras del insigne Gerardo Diego»³.

Ramón escribió innumerables veces al director del Teatro Español, José Tamayo, hablándole de la obra e insistiendo en la necesidad de su representación —una de estas cartas se incluye asimismo a continuación en el apéndice.

Sabemos además que envió una copia de *Boves* a Italia, a la hija de Benedetto Croce, Alda Croce —que, por supuesto, conocía al escritor por la traducción de *Lope de Vega y su tiempo*, de Karl Vossler—, con objeto de solicitar una traducción de la obra al italiano.

A pesar de sus incasables esfuerzos, Ramón no llegaría a ver *Boves* en escena. La obra no sería estrenada hasta 1971 en Madrid —con la representación de los dos primeros actos—. Pero afortunadamente lo fue. Y ahí empezó el recorrido por el que los papeles, a través de diversas vías, han llegado a su publicación.

[D. A.]

² Carta de fecha ilegible, encontrada en el archivo de Ramón de la Serna y Espina.

³ Nota sin fecha, encontrada en el archivo de Ramón de la Serna y Espina.

APÉNDICE:
CARTAS DE RAMÓN DE LA SERNA Y ESPINA SOBRE *BOVES*

Sr. Don José Tamayo, Director del Teatro Español Madrid⁴

Ilustre maestro:

Desde el Pardo me envían copia de su informe sobre *Boves* al señor Director General de Cine y Teatro. Mucho agradezco que *Boves* le haya parecido obra de «gran brillantez», pero aún agradezco más sus objeciones para su representación, que considero atinadísimas: que es de muy difícil representación, que el tipo del diálogo no responde al usual, que intervienen numerosos personajes y que durante todo el último acto solo habla el protagonista. Porque claro que esto no pueden ser objeciones, sino estímulos, para un gran Director moderno como José Tamayo. Cabalmente mi ciega fe en sus geniales dotes de dirección me movieron a confiarle una obra de tan gran dificultad, en la seguridad de que nadie sabría superarla con mayor maestría. Para ocasiones así y para maestros así, es el laurel. ¡En momentos de trágica decadencia de nuestro teatro, de verdadero clamor por nuevas obras, solo usted podrá conquistarlo para España! Solo usted podrá responder al reto de *Boves* con soberano dominio. No seré solo yo quien se lo va a agradecer.

A pesar de ser una obra de reivindicación española, escrita para españoles, *Boves* se representará —en la próxima temporada— en Fráncfort, en Roma y en París (aquí por mi cuñado). ¿Será posible que no ocurra otro tanto en Madrid? Claro que no es posible.

España no tiene hoy teatro. El juicio sobre *Boves* de las más exigentes y autorizadas personalidades de la intelectualidad española y extranjera, no obstante, permiten

⁴ Carta de fecha ilegible, encontrada en el archivo de Ramón de la Serna y Espina.

afirmar, sin alarde y sin hipérbole, que puede empezar a tenerlo, incluso con espléndido resultado económico.

Deseando y esperando poder estar muy pronto en contacto directo con usted, le envía un muy cordial saludo el más devoto y sincero de sus admiradores.

Ramón de la Serna



A Su Excelencia el Jefe del Estado y Generalísimo Francisco Franco⁵

Excelencia:

Maravillado recibo la carta de V. E. del 26 de noviembre del pasado año 1959. Ella me pone en presencia de un extraño mecanismo, en el que todo fuera fortaleza y fuera todo delicadeza al mismo tiempo. Un asombro es el descubrir —maravillado, repito— cómo a quien lleva a cuestras la Historia de la más compleja nación, entre las grandes, le queda espacio para atender, con tan soberano dominio, a las más dispares cuestiones. ¡Privilegio que Dios otorgó a muy escasos elegidos en el transcurrir de las centurias!

Es natural que con su autoridad y sus buenas razones, el Sr. Tamayo haya influido en la decisión de los dignos señores de la Junta, recurriendo a argumentos técnicos, y sobre todo, económicos. Pero no está aquí la dificultad. De otro modo sería inexplicable la actitud del Director del Teatro Español, que no ha contestado ni a una sola de mis correctísimas cartas, que negó haber recibido el primer ejemplar de *Boves* que se le envió certificado, y cuando don Manuel Olarra, Director General de Espasa-Calpe —empresa, que, con fines editoriales, tiene enorme interés en el estreno de la obra— se presentó personalmente para entregar un nuevo ejemplar, se negó a recibirle, fracasando después repetidos intentos para conseguir una entrevista (don Manuel Olarra tuvo con él grandes atenciones durante su visita a Buenos Aires). El Sr. Tamayo pone reparos de otro tiempo —pasado y no mejor, por ventura— al largo

⁵ Carta fechada el 5 de febrero de 1960, encontrada en el archivo de Ramón de la Serna y Espina.

parlamento del último acto, cuando precisamente la aparición del protagonista —el tremendo Boves— como un meteoro prefado [*sic*] de enigma en toda la grandeza y majestad de su destino, para apoderarse, él solo, como solo luchó siempre, de la escena, arrebatada literalmente por la presencia de la gran sombra, en el acto tercero, sin que la intensidad dramática, ni el interés, decaigan un solo instante, se ha considerado el más alto mérito de la obra [...]. Este sería el reparo técnico. Ante el reparo económico habrá que considerar los millones de dólares que se están gastando en la filmación de las películas sobre Bolívar, San Martín y O'Higgins, con fuerte subvención estatal, aun tratándose de países en bancarrota, como Chile, y considerar, al mismo tiempo, que *Boves* es obra *para el gran público* (acaso la primera obra de teatro que tiene éxito *antes* de su estreno), que resarcirá en seguida, por concepto de representación teatral, lo que en ella se invierte, viniendo inmediatamente la filmación [...]. Sin embargo, la habilidad del director italiano De Laurentiis (en la película sobre Bolívar, basada en la mediocre biografía del millonario chileno Campos Menéndez) gravitará indudablemente como instrumento internacional de propaganda. Y ya en los países americanos encontrarán ecos y aplausos todas estas películas por los resortes de artificial nacionalismo a que se recurre en ellos. España no lo puede contemplar indiferente, diríase que «encogida».

No, ni en lo técnico ni en lo económico puede estar la dificultad. Si se consideran las obras que han constituido éxitos de dirección para el Sr. Tamayo (del repertorio zarzuelero algunas) y se considera que, de pronto, se encuentra con una obra del volumen de *Boves*, de tan ardua estructura, y de la que se ha dicho que en ella «tanto como el autor está presente el director escénico», si se considera esto, se comprende —muy humano es— que el director del Teatro Español se resista fieramente. Es aquí donde está la dificultad, la única. Sin embargo, yo considero al Sr. Tamayo, cuyos méritos respeto y estimo sinceramente, muy capaz de sobreponerse a estos impedimentos y responder gallardamente al esfuerzo que de él se pide, sobre todo si fuera posible algún estímulo especial en este caso, en verdad infrecuente, ya que se le somete a dura prueba, lo que haría aconsejable que las consideraciones de patriotismo y sacrificio por el arte se vieran completadas por alguna compensación de otra índole.

Por lo demás, el caso de *Boves* y el Sr. Tamayo es el eterno caso, eternamente repetido, del director de teatro y la obra nueva. Hubiera sido ingenuidad no contar con ello.

A la Embajada de España en Santiago de Chile he pedido que envíe (deberá retrasarse unos días por encontrarse ausente el Embajador) el informe fidedigno que mi probidad exige sobre la serie de audiciones que me ha contratado, en condiciones de excepción, el Gobierno de Alemania Occidental para su Servicio de Propaganda, que serán difundidas por toda América y Europa, y sobre mi actuación en ellas como autor y actor, así como sobre mi ofrecimiento de, en caso necesario, encargarme yo mismo de dirigir la escenificación y representación de *Boves*. En las compañías teatrales, como en las orquestas sinfónicas, no es costumbre nueva la actuación de directores invitados.

Cuando en una obra que tenía que ser muy moderna y universal precisamente para responder a la gran tradición de nuestro teatro, *Boves*, enterrado por una historia hecha por el enemigo, surge, en resurrección *espiritual*, milagrosamente, ¿cómo podría negarle lo material España, a la que entregó su vida en una de las más grandiosas epopeyas de que América fue testigo? [...]

Con la admiración y la veneración hondísima del más devoto y leal de vuestros súbditos.

Ramón de la Serna



[Carta a Tomás Suñer y Ferrer, embajador de España en Chile⁶.]

[...] Ahora bien, para privar a Tamayo de la última arma a que se aferra, la de la exigencia económica, bien falaz, por cierto, ya que un éxito siempre resulta barato, y como la excelencia y teatralidad de la obra no solo no se ha atrevido a discutir, sino que las ha reconocido abiertamente, he decidido convertir el Acto Primero de *Boves* en una obra independiente, con el título de «Rebato», lo que me ha sido muy

⁶ Carta fechada el 22 de agosto de 1960, encontrada en el archivo de Ramón de la Serna y Espina.

[170] UN DRAMA: *BOVES*

fácil, pues el todo había sido concebido como una trilogía, anticipándome al riesgo de posibles contingencias. El resultado, sin embargo, me ha sorprendido a mí mismo. Pero esto ya se verá. No quedará así, no solo un motivo, ni siquiera un pretexto, para retrasar el estreno de lo que viene a restaurar la dignidad de nuestro teatro, confirmando la venerable máxima de que no existe una gran época histórica sin su gran teatro nacional.

Habrà, pues, que invitar para la primera lectura de «Rebato», obra dramática de Ramón de la Serna (Bolívar y el Arzobispo de Caracas son los protagonistas). Como la lectura hay que prepararla con alguna anticipación (en todo caso no convendría que coincidiera con los tres días de Fiestas Patrias), me anticipo a informarle sobre el asunto. [...]

La lectura tendrá una duración aproximada de dos horas, que se pasarán sin sentir, esto puedo adelantarlo. Será una gran fiesta del espíritu y además entretenida: la gente va a divertirse; quien está muy al tanto de lo que se hace hoy en el mundo incurriría en ridiculez, más que en modestia, si temiese asegurar que en ninguna parte se ha logrado nada semejante, ni siquiera parecido. Y es que en esta esfera y en esta hora, España no había hablado aún: va a hacerlo. Sería muy interesante si pudiera grabarse la lectura en cinta magnetofónica.

Convendrá mucho que la invitación sea para una hora calculada con suficiente anterioridad al momento en que usted decida que debe dar comienzo la lectura. Yo solo necesitaré una mesita baja, una silla, un vaso de agua y una lámpara. Convendría atenuar el resto de la iluminación durante la lectura.

¡Y quiera Dios que sea una fecha memorable! No sabré cómo agradecer su hospitalidad para esta voz española. Nuestro más fervoroso saludo para su admirable esposa. Y la incondicional obediencia del más devoto de sus admiradores y amigos.

Ramón de la Serna

BOVES

*A la memoria inmaculada
del gran soldado de América
Antonio José de Sucre*



PREÁMBULO

UN SOLDADO PODRÁ TENER DERROTAS, pero ni tan desastrosas ni tantas, si es soldado. Boves puso a la defensiva al Libertador ya con el primer ataque. Después le deshizo. Aunque no hubiese perecido en la demanda, la emancipación de América hubiera venido siempre y quién sabe si por su mano. Hay cosas que hacen del designio individual de las criaturas su instrumento y están por encima de él. Pero la independencia americana hubiera sido distinta seguramente. Esto no nos importa nada, porque una hipótesis así no es nada. Se ha levantado tanto el zócalo de esa estatua ecuestre, sin embargo, que había que rebajarlo bastante o había que erguir mucho la figura del terrible buhonero. Es casi disculpable que no se hiciera. ¡Era casi imposible! Si hasta para afrentarle se «olvidó» al personaje descomunal, si se le ignoró con obstinación tan misteriosa, tenía que ser por algo. ¡Tenía que ser por algo! Mas, en la Historia, figuras y verdades se escamotean en plazos bajo especie histórica cortos siempre. Ante la evidencia misma, no obstante, proceder por reacción, con «injusticia justificada», sin cautela extremadísima, solo sería torpeza.

No ha de tratarse de fallas de gusto o de carácter, o solo de forma muy secundaria. El genio puede tener mal gusto y mal carácter. Lo que claro que nada alega contra lo admirable del buen carácter y el buen gusto. Hay genios que los tienen. Y efectivamente no se trata, en primer término, de esto, ni de nada parecido. No se trata de fallas: se trata de fraudes. ¿Quién ignora que los hay gigantescos, increíbles, y aunque de duración siempre limitada en su presunta validez como no fraudes, en sus primeros efectos, por lo menos, también de increíble duración? Se trata, en fin, no de lo que hubiera podido ser y que acaso no hubiera podido ser, sino de lo que fue y de cómo fue.

El gran suceso de la emancipación americana, hasta ahora, solo se había visto desde el campo patriota, como si los realistas no tuviesen nada que argumentar, incluso como si no tuvieran nada que decir, ni derecho a decirlo. En cuanto a la

libertad, solo hablan de ella quienes, con disponer de bien poca, se supone que la tienen acaparada. Piénsese que el mejor, el más ilustrado y esclarecido despotismo en el concepto, no iría a ninguna parte si falta el «déspota». Desde el gran ateniense de los pórticos, acusado de tiranía por la plebe, hasta el gran prusiano de Sanssouci, inculcado de despotismo por el vulgo, no conoce la Humanidad más alto camino que el señalado por sus sistemas, en la realidad nunca de inflexible dogmatismo, incluso ingenuamente «progresistas» en ciertos aspectos y determinados lapsos. Tampoco conoce el mundo, en el advenir de los pueblos como gran unidad y variedad, camino más alto que el señalado por el Imperio, ese devorador de naciones. (El Imperio Mayor de España incluso «devoró» Imperios tribales.) Mas ha acontecido y acontece que donde falta el Imperio, incluso en su versión última de potestad espiritual, le sustituya y suplante la anfictionía mercantil y que donde falta el «tirano» o el «déspota», ocupen su sitio un cazurro bárbaro o un demente, elegidos por sufragio universal libérrimo. ¡Estos personajes fueron siempre elegidos así!

Sería descomedido pretender que los realistas no hablasen como realistas donde los patriotas con tanto descomedimiento han hablado (con muy pocas excepciones, casi todas de data muy reciente). El hablar de estos, a veces, no suena a historia, ni siquiera a literatura, porque es ya desapoderado mandoble, cuando no es cántico o plegaria. Tendrán que hablar como realistas los realistas. Y si se tratara de hugonotes, tendrían que hablar como tales para no ser falsos hugonotes.

Se ha visto el autor desbordado por una realidad tan avasalladora que apenas ha dejado lugar a la invención. Si los personajes «están ahí», viviendo, con la certidumbre de la muerte, mas con el anhélito de su existencia, con su querencia y su debilidad y su aflicción, pero también con su fuerza, con la lozanía de su fuerza, debeladora de la muerte misma, entonces, habrá designio, destino, acaso sangre en lo que sigue. Lo que, si esto es cierto, no habrá es «tesis». No la habrá ni en la dialéctica de más encendido empaque, que será hija siempre de privatisimos impulsos ajenos a una deliberación calculada y a tal punto que de lo dicho solo los personajes podrán responder, no el autor.

¡Era tanto lo que debía tenerse en cuenta! Había que dejar hablar a los personajes sin «corregirles»... Las mismas palabras del verbo que palpita y vibra, del que se oye,

no del que se «ve», reducidas a signo escrito, pueden ser de una crueldad o una barbarie tan inocentes como las del meteoro que asuela: pueden ser ellas mismas meteoro, pueden haber nacido trágicamente. En su situación, en su circunstancia y su momento hay que juzgarlas: como lo que son, como tales hay que juzgarlas. Las concebidas en el paseo literario, en el delirio del Tequendama o en el gabinete político tienen muy otro valor.

¿Descubrimiento Boves? ¿Revelación? ¡Qué memoria la de hombres y pueblos! Porque la España que se iba como un ocaso de galaxias, la que todavía Boves sostuvo con sus puños de cíclope —¡él solo!— le hizo ya grandiosos funerales en la Caracas rescatada.

No lo serán menos los que, en el nombre de Dios, en el nombre del arte y del espíritu, esa misma España, rediviva, va a dedicarle hoy.

[176] BOVES

COMO PRELUDIO

Y COMO UNA RESONANCIA DISTANTE, se oirán pedazos del Beethoven más sordo, lejano y anacrónico, del que, por los tiempos de José Tomás Rodríguez, gemía y mugía entre charcos y luceros.

Buscar en algo más moderno la congenial sería perfectamente estéril, incluso llamar moderno a eso que, en magnitud plausible, solo existiría como horra matriz sería ya incurrir en el despropósito terminológico y anfibológico. Solo sería moderno, siendo coetáneo y no siendo solo boga, si fuera «renacimiento» ya.

DRAMATIS PERSONAE

CRIADO 1	EL RECTOR
CRIADO 2 (gracioso)	EL TRISTÓN
SIMÓN BOLÍVAR	EL CAPITÁN
ALCAHUETA	EL SUBORDINADO
NIÑA OSORIO	EL HISTRIÓN (gracioso)
LEANDRO	EL ALFÉREZ
FAMILIAR	LOS CHAFAROTES
ARZOBISPO	SOLDADO
ELÍAS (siervo)	EL PAPAGAYO
MANUEL (siervo)	EL GENERAL
CORO DE LA ACUSACIÓN	LA COYA (segundo papel)
DOS MUÑECOS BARROCOS	AYUDANTE 1
EL DONCEL ENAJENADO (<i>Hosenrolle</i>)	AYUDANTE 2
LA COYA (primer papel)	OFICIAL
DON ALONSO (<i>Hosenrolle</i>)	EL NEGRO
LOS HABLADORES	EL CRIOLLITO
TRANSEÚNTES	EL BAQUEANO
LA PELOTA DE LUZ	CENTINELAS
LA NIÑA DESPOJADA	OFICIAL DE CABALLERÍA
EL TROPEZADO	YÁÑEZ
EL MOZO DE LA FRANELA BLANCA	BOVES
EL CAMINANTE	EL RAPSODA



Azar, azar, ¿quién te gobierna?

ACTO PRIMERO

Cámara de la residencia de Simón Bolívar. Derecha e izquierda, las del espectador. En el centro de la pared lateral de la derecha, la gran puerta plateresca —cerrada— de la Santa Capilla. A la izquierda, la sala se continúa en forma de espacioso corredor sobre el segundo fondo. En el centro de la pared del primer fondo, el de la derecha, un gran espejo, cuya inclinación estará graduada de modo que las imágenes reflejadas en él sean visibles para el mayor número de espectadores. Bajo el espejo, una enorme repisa y, sobre ella, hacia su borde izquierdo, un potente gong con su percutor. Junto a la repisa, una silla, terciada. Entre el espejo y el ángulo del corredor, una gran mesa con una réplica de Bernini. Ante ella, un sillón. En la pared lateral de la izquierda, y en primer término, la puerta blanca e historiada que conduce a las habitaciones privadas de Simón Bolívar. En la misma pared, en segundo término y ya dentro del corredor, un acceso de servicio. El telón que cierra el segundo fondo, el del corredor, puede transparentarse. En él, hacia la derecha, se abre la puerta de entrada. Da al vestíbulo y este a la escalera, ambos invisibles. A la izquierda de esta puerta, la ancha ventana —cerrada— que da a la gran terraza, volada sobre el viejo patio de armas. Terraza y hueco del patio, invisibles. La ventana tiene alféizar movable y está cubierta por un cortinaje sin pliegues. Entre la puerta y la ventana cuelga un retrato ecuestre de Bonaparte en su característica actitud, bien visible, pero de proporciones reducidas. Sillas, un canapé. Repisas y veladores con búcaros vacíos. Solo el corredor está alfombrado. Rampa oblicua o escalones de acceso al escenario desde la orquesta, exactamente frente al gran espejo. Es de noche. La hora de la cena no ha sonado aún en la ciudad de Caracas.

(Se utilizará el micrófono por sincronización de otra voz o por la voz misma del que habla, a través de micrófonos ocultos, o bien conectando una grabación del propio actor

o por otro procedimiento. Los segundos de duración indicados para pausas, etc. —que en ocasiones podrán ser calculados mentalmente— tienen la significación de un minimum.)

Aparece desierto el pódium: transcurridos trece segundos, se abre lentamente la puerta del fondo y con gran cautela asoma la cabeza de un hombre de siniestra catadura, de brutal entrecejo y mirada salvaje. Cuando cree haber espiado lo suficiente, acaba de abrir la puerta y avanza de puntillas, mirando en torno con recelo. Registra el ámbito con los ojos, da unos pasos, siempre de puntillas, en uno y otro sentido y finalmente se acerca al acceso de servicio, ante el que se detiene, poniendo la mano tras la oreja con ademán de escuchar. Permanece así unos instantes. Luego da una sonora palmada —macrófono— y se va rápidamente por el fondo, siempre de puntillas. Los últimos pasos los da corriendo y cierra la puerta con premura y cuidado. Catorce segundos después de que ha desaparecido, salen por el acceso de servicio dos criados. El primero empuña una larga varilla blanca y empieza a sacudir con ella suavemente el cortinaje de la ventana del fondo; el segundo se va por la puerta de entrada y reaparece, al poco, andando de espaldas, con un canasto azul, alto y angosto, que coloca en el suelo, en lugar bien visible, junto a la pared lateral de la izquierda. Los dos criados se mueven como autómatas. Hay algo sombrío, inmóvil, en su expresión. Su manera mecánica de andar, de moverse, la impassibilidad en su rostro, con ser tan ostensibles, están muy lejos de lo grotesco. Después de colocar en el suelo el canasto azul, el Criado 2 se va por el acceso de servicio y vuelve en seguida con un bastidor al que están sujetos tres plumeros sin mango —de plumas verdes el uno, blancas el otro y negras el tercero—, una trompeta de azófar de larguísima empuñadura, como las que reproducen los relieves antiguos, y una disforme brocha de cerdas amarillas que pasa repetidas veces sobre los plumeros del bastidor, que ha puesto en una repisa. Afirma luego uno de los plumeros en la espiga que tiene la trompeta en su boca, y empieza, rítmico y como en trance, a limpiar los muebles. El Criado 1, que ha terminado la limpieza del cortinaje, se va con la varilla por el acceso de servicio, vuelve al punto con un jarro de plata y hace ademán de echar agua en los búcaros que hay sobre repisas y veladores. Transcurridos veintidós segundos empieza a oírse una melodía de Vivaldi en el violín. Macrófono. Se oye durante diecisiete segundos. El Criado 1 se restriega los ojos con la mano izquierda. Se sienta en el canapé; el Criado 2 parpadea, se despereza.

CRIADO 1.—Es como si algo me hubiera despertado.

CRIADO 2.—(*Con voz aún lejana.*) Algo muy dulce.

CRIADO 1.—Y engañoso y soporífero como un drama falso.

CRIADO 2.—¿Como un drama falso?

CRIADO 1.—No sé por qué digo eso.

CRIADO 2.—¡Un drama falso!, pero dulce.

CRIADO 1.—(*Enfático.*) Engolado, meloso.

CRIADO 2.—Hablas como desde el púlpito.

CRIADO 1.—¿Olvidas que he sido sacristán? (*Pausa.*) ¿Pero no sería mejor volver a nuestra modorra y nuestra pesadilla? (*En voz muy baja, casi un cuchicheo y mirando en torno, como si temiera ser oído.*) Es tarde: ¡nos han despertado!

CRIADO 2.—¡Quedo! ¡Quedo!

CRIADO 1.—No tan quedo, hermano. Leandro canta siempre a esta hora y le gusta oírse. No se va a interrumpir para escucharnos. Y lo que me hizo hablar tan bajo se ha ido ya (*agita las manos*), ¡voló! Era el misterio, ¿sabes? (*Siguen trajinando mientras hablan; han recobrado la elasticidad, la agilidad, la naturalidad.*)

CRIADO 2.—(*Entreabre la puerta de entrada y mira afuera; vuelve a cerrarla.*) Bonita noche para un buen paseo después de una buena cena.

CRIADO 1.—La hora de la cena no ha sonado aún y buena cena no falta aquí.

CRIADO 2.—Ni trajín tampoco.

CRIADO 1.—Desde que Leandro llegó a esta casa, tampoco. Y los paseos se acaban. Vivimos en reclusión, como los que están ahí dentro. (*Señala la puerta de la Santa Capilla; ambos la contemplan, con grave silencio, unos instantes.*)

CRIADO 2.—¿Por qué estará cerrada siempre la puerta de la Santa Capilla?

CRIADO 1.—Defiende la clausura, luego tiene que estar clausurada.

CRIADO 2.—¡Nunca me atrevería a entrar!

CRIADO 1.—Ni podrías: tendrías antes que dejar afuera todo lo que sobra.

CRIADO 2.—¿Entonces todo lo que hay aquí (*señala en torno*) sobra?

CRIADO 1.—¡Quién sabe! Estamos en América, pero claro que no son solo cosas las que sobran ahí dentro: hay personas que sobran también. Tú, yo...

CRIADO 2.—En el claustro de poniente está la fuente que late como una víscera.

CRIADO 1.—El borbotón de vida le llaman. Surte a intervalos iguales y no mengua ni se extingue nunca. Lleva siglos manando así. Su agua santifica a los puros y mata a los impuros.

CRIADO 2.—Pero nuestro patrón...

CRIADO 1.—¿Nuestro santo patrón?

CRIADO 2.—No le cuadra lo de santo a Simón Bolívar..., pues él asegura que lo de la fuente y su virtud son consejas, necias patrañas de la superstición.

CRIADO 1.—No, no le cuadra lo de santo a nuestro amo y señor, no le cuadra. No es santo.

CRIADO 2.—Es no santo, que significa algo bien distinto.

CRIADO 1.—Libertador empiezan a llamarle algunos: el Libertador Bolívar. Y el señor Rector dice que no, que no es santo, pero que, si no tiene halo todavía, tiene aureola ya.

CRIADO 2.—(*Mirando a su hermano de modo muy significativo.*) A lo mejor se la estropean.

CRIADO 1.—(*Con gesto y entonación también significativos.*) ¡A lo mejor!

CRIADO 2.—¿Por qué cuando de él habla dice siempre el señor Rector que «uno se muere por dentro»?

CRIADO 1.—¿Olvidas que es nuestro confesor también? ¿Olvidas sus pláticas? (*Remedando discretamente la grandilocuencia de algunos predicadores.*) ¿Lo de «las cosas y las personas puede parecer que están vivas y están muertas ya, y pueden por fuera parecer muertas y estallarles (*se golpea el pecho*) la vida dentro»? ¿Y lo de «nos movemos entre un bullicio de cadáveres, no entre un silencio de seres vivientes»? «¡Se muere por dentro, ah, se muere por dentro!»

CRIADO 2.—Otra vez hablas como desde el púlpito.

CRIADO 1.—Otra vez te recuerdo que he sido sacristán.

CRIADO 2.—En definitiva quiere decirse que alguien hay que está muerto por dentro. (*Pausa; queda mirando fijamente la puerta de la Santa Capilla, la señala con laxo movimiento y al cabo de un instante.*) A veces se oye el cántico de los tiples, muy apagado. Serafines parecen. El cielo ahí. Y aquí...

CRIADO 1.—Dilo, igualmente, con las palabras del señor Rector.

CRIADO 2.—... El limbo.

CRIADO 1.—¡El cielo y el limbo pared por medio! ¡Puerta por medio!

CRIADO 2.—(*Señalando la puerta nuevamente.*) Da al coro: antes se oía misa desde ahí.

CRIADO 1.—(*Levantando los brazos.*) ¡Antes!

CRIADO 2.—(*Abstraído.*) Esa puerta siempre cerrada...

CRIADO 1.—¡La Iglesia no entrega nunca las llaves!

CRIADO 2.—(*Pausa, con repentino movimiento se encoge de hombros y reanuda el trajín; su hermano le imita.*) Una casa tan grande para hombre solo.

CRIADO 1.—Y no muy grande.

CRIADO 2.—Suponen que según por donde se mire.

CRIADO 1.—Por donde se mire.

CRIADO 2.—Al título de Libertador añaden, a veces, «de la patria». ¿De cuál?

CRIADO 1.—Todavía no está claro. Porque no se podía hablar —y no sé si se puede— de la suya y de la nuestra. Eran la misma: ¡inmensa!, ¡sin fin!

CRIADO 2.—Bueno, ello no quita que la casa sea grande y que esté solo en ella.

CRIADO 1.—Con los demás en San Mateo, respirando el aire campestre del hato familiar, se encuentra aquí, solo, más a sus anchas. Se siente más holgado, más libre: no en vano canta a la libertad.

CRIADO 2.—De veras, de veras, tiene algo de cantante. También canta a la igualdad y a la fraternidad.

CRIADO 1.—Libertad para él y para nosotros obediencia. ¿Igualdad? La que estás viendo. ¿Fraternidad? Predicando el odio y armando asesinos.

CRIADO 2.—¿No hablará en nosotros la amargura del pariente pobre, del siervo? No digo del villano, que por no ser villanos estamos aquí.

CRIADO 1.—¿Por qué la Niña Osorio, que está más alto, nos inspira adoración y no amargura?

CRIADO 2.—¿Íbamos a ser los únicos que no estamos enamorados de ella, empezando por sus peores enemigos?

CRIADO 1.—Como lo que dices suena a broma, sin serlo, acaso sea verdad. Pero aquí es muy distinto. Recuerda que, ya de niño, fue él quien no nos disimuló su aversión. Y entonces le admirábamos y hasta le queríamos. Ahora, le queremos aún, pero no podemos admirarle. Sospecha de nosotros, sabe que con él no estamos, pero también sabe que con actos no le venderemos nunca. Contrató a Leandro para que rija esto y nos vigile. No se fía de nosotros, pero se fía de él mucho menos. ¡Es tan rudo y servil! Va junto siempre. No en nosotros, en Leandro, hablaría, si no se escondiera tras el sigilo, la amargura del siervo. Aquí (*se señala el corazón*) no carcome nada: ¡se lo digo a un hermano! Pero las cosas son como son, no como se quiere que sean. Lo que el señor Rector insinúa cristianamente es verdad, por desdicha: está tan muerto por dentro que ya hiede.

CRIADO 2.—Le queremos aún, con todo.

CRIADO 1.—¡Sí!

CRIADO 2.—Por nuestra parte creo que cumplimos y no nos salimos de nuestro papel.

CRIADO 1.—Es por lo que no se decide a sustituirnos y es lo que le induce a desplegar con nosotros los recursos de la más amable cortesía.

CRIADO 2.—Le correspondemos, le correspondemos. Hasta hemos aprendido la posición de «semifirmes» para cuando pasa a nuestro lado, como él lo desea. ¡Así! (*Adopta la postura.*) ¿Qué tal? (*Ríe.*) Lo toma más en serio Leandro que él mismo.

CRIADO 1.—Leandro es quien manda aquí y es lo que suele suceder.

CRIADO 2.—Quien manda y quien habla alto. ¡Cómo le gusta! Y cuando se quiere algo de él, nunca tiene tiempo.

CRIADO 1.—Los que no tienen tiempo jamás creen que haya otro que tampoco lo tenga. Sucede como con los que trabajan mucho, que creen siempre que solo ellos trabajan mucho.

CRIADO 2.—Trabajador sí lo es. Y hábil.

CRIADO 1.—Muy trabajador y muy hábil. (*Irónico.*) ¡Demasiado hábil!

CRIADO 2.—Demasiado enérgico también. Al ordenar la tercera limpieza de hoy me dijo que no perdonará descuidos, que tiene que quedar esto como una patena. ¿Habrà visita sonada? Porque esto es lo que importa.

CRIADO 1.—Temo que sea más de una, pues, además de limpio, lo quiere perfumado con esas rosas naturales (*señala el canasto azul*) que de noche embriagan el aire hasta marear. Esto no es cosa de Leandro. Algo espera otra persona, aunque, si llega, se haga el sorprendido. Aquí anda todo por la trastienda. (*Cesura.*) ¡Habilidad y solo habilidad!

CRIADO 2.—Monteverde sacó a Boves de la cárcel y no hubo habilidad ni secreto. Y ahora anda en boca de todos que la Niña Osorio le protege y ayuda. Tampoco hay secreto ni habilidad.

CRIADO 1.—Si la Niña Osorio le protege, nada podrá oponerse a un Boves.

CRIADO 2.—Simón Bolívar grita en sueños su nombre. Pero si unas veces dice que le persigue su sombra, dice otras veces que una sombra es una sombra que nada puede, una alucinación sin consistencia. Según se levanta, así opina. Es su modo de ser. Mas parece que sueña con la Niña Osorio igualmente. No todo han de ser pesadillas.

CRIADO 1.—¡Quién sabe si también pesadillas! (*Se va con el jarro de plata y vuelve con un taburete negro y una franela gris. Coloca el taburete junto a la repisa que hay bajo el gran espejo y entrega la franela al Criado 2, que le da la trompeta de azófar y empieza a limpiar el espejo con la franela por su parte inferior. El Criado 1 saca del bastidor un plumero nuevo, lo cambia por el que tiene la trompeta en su boca y prosigue su trajín de aseo con la puerta de la Santa Capilla.*)

CRIADO 2.—¡Hermano!

CRIADO 1.—Dime.

CRIADO 2.—¿Tendrán explicación los sueños?

CRIADO 1.—Podrán tenerla. Pero lo que no tendrá explicación nunca es por qué los sueños existen. Y esto sí que sería una clave.

CRIADO 2.—¡Cuánto sabes, hermano! ¡Cuánto cavilas! (*Cesura.*) ¿No te parece que cuando despertamos es como si saliéramos de una cueva?

CRIADO 1.—Pues dice el señor Rector que es al despertar cuando entramos en la cueva. Y que es dentro de nosotros, en nuestro sueño mismo, donde lo infinito se abre, con un cielo de más estrellas que el que vemos con los ojos abiertos, pero también con el infierno más espantable.

CRIADO 2.—¿Por qué el señor Rector dirá siempre despertar y no despertar?

CRIADO 1.—Por sus lecturas. Habla medio en latín.

CRIADO 2.—¿No será la mirada de Leandro lo que nos adormece? Cuentan que es brujo, que tiene poderes mágicos y que por eso le han puesto aquí. Y porque toca el violín como un maestro y nuestro amo adora el violín. A veces se oye la música cuando no lo toca, como si sonara solo. También es diabólico esto.

CRIADO 1.—Se repite mucho esa leyenda. Pero hay a quien no le impresiona nada. En cuanto a nuestro sueño, la verdad es que somos hermanos y que heredamos de nuestra madre la rareza de perseguir dormidos la luna o el sol o las musarañas, y no hay más que preguntar porque nadie va a contestarnos con juicio.

CRIADO 2.—*(Interrumpe la limpieza del espejo, se vuelve hacia su hermano; tras una pausa.)* ¿Pero no es sorprendente que nos invada el sueño a deshora? ¿Y a los dos?

CRIADO 1.—Sigues preguntando.

CRIADO 2.—Porque yo sí creo que se puede contestar con juicio. ¿Te pregunto a ti!

CRIADO 1.—Es sorprendente. Hay que aguardar, sin embargo. Más vale retrasar una interpretación que precipitarla. Con lo primero no se yerra y con lo segundo se peligra. Sabes muy bien que no peco de cauteloso, como Leandro. En él, hasta la rudeza es estudiada.

CRIADO 2.—Siempre parece que está representando. Los papeles más diversos. ¡Y con qué desenvoltura y perfección! Es lo que llaman un virtuoso.

CRIADO 1.—Un farsante redomado.

CRIADO 2.—*(Sube al taburete y empieza a limpiar la parte superior del espejo; canta a media voz, con dicción clarísima; macrófono.)* «Esta sí que es la tira-tirana...» *(Se interrumpe; sigue trajinando en silencio durante nueve segundos; se vuelve, quedando de espaldas al espejo, siempre subido al taburete; permanece así, ensimismado, con los brazos caídos, durante siete segundos; como rememorando.)* Leandro canta como un divo *(Pausa.)* Leandro es de Sicilia. *(Pausa.)* Leandro es... *(se dirige a su hermano)* es de Sicilia y tiene cara de envenenador. Sabe preparar ungüentos y brebajes. ¿No pondrá algo en el café? Le gusta colarlo él mismo para nosotros y cuando nos lo sirve siempre suele repetir: «¡Para que andéis despiertos!» *(Levantando la voz*

con seria comicidad.) ¡Para que andéis despiertos! (*Pausa.*) Y después suelta una carcajada estúpida.

CRIADO 1.—A lo mejor es dramática, como la de los actores.

CRIADO 2.—Ya no se estila.

CRIADO 1.—Todavía se estila en los cómicos de la legua. Y puede volver a los teatros de ceremonia, con algún cambio. Con algún cambio, las cosas suelen volver.

CRIADO 2.—Así es como ríe Leandro, así: (*imita la carcajada homérica; macrófono*) ¡ja, ja, jaaa...! (*Queda pensativo, inmóvil, y de pronto, como dándose cuenta, se estremece, espasmódico; macrófono.*) ¡Brrr! ¡Aaah! ¡Va a envenenarnos! (*Pausa.*)

CRIADO 1.—¿Quién?

CRIADO 2.—¡Leandro nos quiere envenenar! ¡Es él! ¡Nos quiere envenenar! ¡Nos da un soporífero que envenena poco a poco! ¡Es italiano como los Borgia!

CRIADO 1.—Los Borgia eran españoles.

CRIADO 2.—(*Grita desafortadamente, pero «con cuidado», espionando como con miedo de ser oído; su dicción es ahora de enorme celeridad, pero muy clara; macrófono.*) No importa. Como si fueran italianos. Los actores son italianos, como los cantantes y los violinistas. Los grandes envenenadores son italianos, Leandro es italiano... (*Vacila como si fuera a caerse del taburete; su hermano acude a sostenerle y le ayuda a bajar.*)

CRIADO 1.—¿Habrás que usar los exorcismos para librarte del mal de ojo de ese hechicero de guardarropía? ¡Vamos! (*Le sacude con ambas manos, cariñosamente.*) Estoy en tu caso y el efecto es distinto. Ya ves como este puede depender del objeto y no del sujeto.

CRIADO 2.—(*Un poco ausente aún.*) No entiendo nada.

CRIADO 1.—¡Que depende de ti y no de ese histrión despistado! Dejémoslo, que empieza a hacerse tarde. Y con todo esto no vayas a olvidar las últimas normas que deben guiarnos.

CRIADO 2.—Sí, las últimas, porque cambian ahora casi por días (*Recobrándose.*)

CRIADO 1.—Es importante, en un Simón Bolívar, tener muy en cuenta lo del uniforme.

CRIADO 2.—Que según el traje que viste hay que tratarle, que cuando se cambia por fuera es como si se cambiara por dentro.

CRIADO 1.—Es una torre que no tendrá campanas, pero tiene campanillas. Desvaría por el bronce, sin embargo, que es su anhelo y su obsesión (*Enfático, declamatorio; macrófono.*) ¡En el trueno de las batallas, en el rebato de los templos, en la estatua sonora, de laurel coronada!

CRIADO 2.—¿No le veremos demasiado de cerca? Tú cavilabas ayer sobre esto.

CRIADO 1.—Por la experiencia que tenemos le he dado muchas vueltas. (*Se sienta en la silla terciada ante la repisa, casi de espaldas al espejo; el Criado 2 se sienta en el taburete. Se atenúa la luz en la cámara y se ilumina el vestíbulo. Se oyen durante quince segundos, acercándose, los pasos de Simón Bolívar, que sube la escalera. Macrófono. El Criado 1 interrumpe el hilo del diálogo unos instantes.*)

CRIADO 2.—(*Persuasivo.*) Siempre se detiene en el vestíbulo: continúa.

CRIADO 1.—Sí, le he dado muchas vueltas, por la experiencia que tenemos, a lo de si no le veremos demasiado de cerca. (*Con cierta hesitación.*) No, a los grandes de veras creo que no puede vérselos de cerca. Porque se ve lo que no son: necesitan la lejanía. A los otros... (*Por el telón de fondo se transparenta, en silueta, la figura de Simón Bolívar, que se toca con el bolívar, el célebre sombrero; con la diestra empuña un bastón; queda de perfil durante trece segundos, en completa inmovilidad; después, como si hablara con una persona que está frente a él, pero invisible, se le ve accionar, ininterrumpidamente, con lentitud; el Criado 1, que ha hecho una pausa muy breve, reanuda el diálogo.*) A los otros de lejos no se les ve. O se ve una ficción, un fantasma. Como aquí sucede.

CRIADO 2.—(*Con cómica ponderación.*) ¡Lo he entendido todo!

CRIADO 1.—Pero esto debe depender de los ojos que miran. (*Aparte.*) Porque habrá extraños seres que sepan ver de lejos, y sobre todo, ver también de cerca. (*Las manos de Leandro, lo único que de él se percibe, se transparentan en terrible crispatura, como garras, al coger el bastón y el sombrero que le entrega Simón Bolívar. Este continúa accionando con gran lentitud, prosiguiendo el tácito diálogo de las sombras. Prosiguen el suyo los criados y, mientras el Criado 2 permanece sentado, el Criado 1 se levanta y da unos pasos hacia el corredor, produciendo la impresión de que va a ver la silueta que se transparenta por el telón de fondo, pero se detiene un punto y señala el canasto azul, cuyo contenido no se advierte.*) Así funciona esta amargura. ¡Le inventaron un olor, un hedor!

CRIADO 2.—¿A quién?

CRIADO 1.—(*Sarcástico.*) ¡A la Niña Osorio!

CRIADO 2.—¿Pero quién?

CRIADO 1.—¿Quién iba a ser? ¡Las nuevas currutacas! (*Pianissimo al principio, en crescendo después, empieza a oírse un tema de Vivaldi en el violín. Macrófono.*)

CRIADO 2.—Pero nadie lo cree.

CRIADO 1.—Los hombres, no. (*Cesura.*) Y las mismas que lo pregonan probablemente tampoco. Ella no usa perfumes, ni afeites, todos lo saben. Una vez le tuve el estribo al salir de la Santa Capilla. ¡Nadie me vio! Me rozó con su cuerpo, casi con su cara, pues cuando cabalga no lo hace a mujeriegas: monta. El sofaldo deja al atisbo, entonces, la línea entera, apenas resguardada. Al flexionar sobre el estribo se dobla hasta tocar la crin con la frente. ¡Percibí su aliento!

CRIADO 2.—¿Y qué sentiste?

CRIADO 1.—Que su boca, su cuerpo, sus mejillas, su pelo, sus manos, exhalaban como un aroma de naranjas y violeta. (*Por el telón transparente del fondo se ve a la silueta de Simón Bolívar recibir la copa que en una bandeja le ofrece Leandro —invisible este— y apurar su contenido. Deja de oírse el violín, el vestíbulo se oscurece y se restablece la iluminación en la cámara. Dándose cuenta de que Simón Bolívar está a punto de penetrar en ella, el Criado 1 se golpea los muslos con las manos en actitud de sorpresa y apuro.*) Hablando, hablando, pasaron más de mil noches.

CRIADO 2.—¡Se nos olvidan los bártulos! (*Empieza a recogerlos apresuradamente.*)

CRIADO 1.—(*Que tiene en la mano la trompeta de azófar.*) A mí no. (*El Criado 2 carga ya con el bastidor de los plumeros, la brocha, la franela y el taburete.*) ¡El estratega nos cortó la retirada! No lo olvides: semifirmes. ¡Pero sin presentar armas!

(*Leandro abre la puerta para que Simón Bolívar entre, mas queda afuera él mismo. Se le entrevé, sin embargo, lo suficiente para percibir su traza inconfundible y el salvaje fulgurar de sus pupilas, hasta quedar oculto por la puerta, que cierra, rápido. Los criados se alinean adoptando la posición de semifirmes: con toda su carga, el Criado 2 hace una triste figura.*)

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Divertido.*) Caisteis en el copo con toda la impedimenta. (*Su aspecto es jovial, expresivo, en grado sumo atrayente; sus ademanes son cortesanos, su voz*

[190] BOVES

meliflua. Los criados se disponen a retirarse con una leve inclinación. Simón Bolívar les habla aún.) ¡Ah! ¿Por qué no me dijo Leandro que estaba encendido el comedor de respeto y cubierta la mesa para recibir huéspedes? Lo vi al pasar. ¿Por qué no advirtió algo? (Pausa.) Pero me siento confortado con el néctar que me escanció. (Hay una expresión de espanto indomitable en el semblante del Criado 2, que casi hace ademán de expresar lo que piensa. Simón Bolívar les despide con un gesto. Se inclinan nuevamente y se retiran por el acceso de servicio. En adelante adoptarán siempre la posición de semifirmes en presencia de su señor; no así Leandro, el mayordomo. Simón Bolívar ha quedado solo en la cámara. Su primera mirada es para el espejo. Ante su imagen reflejada, exclama, con burla.) ¡Desvelado! (Pasea unos instantes, atrás las manos, abismado y melancólico y al mismo tiempo inquieto.) ¡Solo!... ¿Solo? ¿Quién puede estar solo? Creo que nadie puede estar solo, que nadie lo ha estado nunca, que nadie lo estará jamás. (Con énfasis.) ¡Segismundo salió de la soledad con una hidra en el corazón! (Al cabo de un momento, como recobrándose, vuelve sobre el espejo y se sienta ante él, enderezando la silla al hacerlo y quedando de espaldas. La iluminación de la cámara se atenúa al mismo tiempo que su rostro es enfocado. Se arregla los bucles con los dedos, sonríe muy levemente: se contempla. De pronto, algo se advierte en su expresión, algo que todavía no es nada. Su fisonomía se torna seria gradualmente y adquiere al fin una gran quietud. Permanece así ocho segundos hasta que en ella se trasuntan los rasgos del terror, sin deformación, sin mueca, pero profundo, todo pavor. Sin tener aún la visión, diríase que la presiente, que la espera: que la está esperando. Se pone la mano sobre el lado izquierdo del pecho. Por la rampa de acceso al escenario desde la orquesta, frente al espejo, exactamente, sube el espectro materializado de Boves. Viste chaqueta corta, de jinete, de cuero gualda, pantalón oscuro, con faja almagre, por la que asoma la manopla negra, botas de montar con enormes y pesadas espuelas, que hacen sonoros sus pasos. Es como una alucinación para Simón Bolívar, que no le ve llegar y avanzar sobre él, a sus espaldas, ni le verá irse. El espectro se detiene solo al topar con el respaldo mismo de la silla en que él está sentado. El fantasma vivo del guerrero es una tremenda aparición en el espejo frío, que devuelve su semblante de inexpressividad inaudita. Once segundos permanece así. En su estupor, Simón Bolívar, despacio, se pasa las manos por los ojos dos veces. Moviendo solo los brazos, que no alteran

la inmovilidad completa del cuerpo y de la cara, el espectral personaje se arranca de la faja, rudo, la manopla de empuñar la lanza y calza con ella la diestra, que cierra y abre intensamente tres veces, como probándola para la lid. Simón Bolívar se tapa los ojos con la palma de su mano izquierda y así permanece hasta la desaparición del espectro, que, en este instante, deja caer, como inanimados, ambos brazos, dejándolos colgar y balancearse ligeramente. Gira luego, enhiesto, a la izquierda, por el corredor; sobre el fondo, vuelve a oírse el ludir metálico de sus pasos, mas al punto entra en la parte alfombrada y se apaga su andar. Como si caminara sobre una nube, se pierde, tácito, en la oscuridad que se hace durante tres segundos, restableciéndose instantáneamente la iluminación de la cámara. No hay portazo, ni corriente, ni cortinajes agitados. La gran sombra deja una estela de sahumero agreste, que trasciende hasta la sala y cuyo humo pronto se disipa —proyector silencioso de aire—. Simón Bolívar sale de su ausencia mental sin visaje, solo descubriendo los ojos. Se vuelve, terciando la silla de nuevo, y habla con decaimiento y fatiga.) ¡Cómo moldea el espíritu la carne! En él y en mí. El espejo y la cara: dos caras, dos espejos que se miran. Es como si lo material fuera en nosotros también espejo, reflejo de otra cosa. (Pausa de siete segundos.) Esa sombra. José Tomás Rodríguez, le dicen Boves. Esa sombra. En la vigilia me persigue, me acosa en sueños. Esa sombra. Me acosa, me persigue, me oscurece la vida como un gran árbol. (Con cierto énfasis ya.) ¿Va a erguirse como un gran árbol de sombra sobre mi memoria y mi sepulcro? (Poniéndose de pie, con la voz en grito.) ¿Adónde peregrinas, José Tomás Rodríguez? (Macrófono. Da unos pasos de incertidumbre, se acerca a la repisa del espejo y golpea el gong nerviosamente. Macrófono. Antes de que este suene se abre la puerta del fondo y corriendo de puntillas se ve avanzar al mayordomo, al que Simón Bolívar, muy excitado, llama.) ¡Leandro! ¡Leandro! (Hace una ligera contracción de susto al verle a su lado ya, como un aparecido. Le increpa con desvarío.) ¿Son estos los huéspedes fatídicos que esperabas? ¿Para recibirlos iluminaste el comedor y cubriste la mesa? (En la mirada del italiano hay como un impenetrable enigma: su réplica es esa. Simón Bolívar le da la espalda bruscamente y en esta posición le habla.) Tapa ese espejo con un paño de luto. De crespón: ¿lo hay? (Apenas ha girado para darle la cara de nuevo. De la mano derecha del mayordomo cuelga ya el crespón que se ha sacado de la casaca como

un ilusionista y con la izquierda, y sin volverse, recoge el taburete negro de manos del Criado 2, que lo había traído, con premura, sin que se le llamara ni se le pidiese; mira a Leandro de través, con patente aprensión y, al tropezar con la mirada de Simón Bolívar, quiere adoptar la posición de semifirmes, duda si quedarse o irse y vase al fin con paso inseguro. Simón Bolívar mira larga y significativamente al mayordomo, le vuelve la espalda de nuevo y pasea, con preocupado semblante, por la estancia, sin observarle ya y mientras el italiano sube al taburete y tapa el espejo, lo que hace con gran rapidez, yéndose al punto, con el taburete, por el acceso de servicio. Simón Bolívar se detiene ante el espejo, ciego ya.) ¡Que esa alma no lllore y pene viéndose sin cuerpo! (Aparta la mirada del espejo, queda un instante pensativo, se encoge de hombros y dice, sarcástico, como burlándose de sí mismo.) ¡Un alucinado, eso soy! (Reanuda su paseo, que pronto se hace más vivo, como si por momentos se recuperase. Su semblante se va iluminando gradualmente. De pronto, con convicción, con vehemencia.) ¡Un alucinado, un alucinado, no soy otra cosa! (Su paso se acelera aún, pero rítmicamente, y una amable sonrisa asoma a su rostro. Con énfasis.) No, no será fácil para mí, ¡pero tampoco para ellos! (Continúa con el mismo ritmo, la alegría de su expresión se acentúa y acaba riendo y repitiendo.) Ya verán... ya verán... ya verán. (Macrófono. Casi en paso de danza, empieza a silbar la Carmagnole —macrófono—. Al cabo de dieciocho segundos se detiene, interrumpido por el Criado 1, que sale por el acceso de servicio y se dirige a él.)

CRIADO 1.—La Alcahueta, señor... La... Alcahueta.

SIMÓN BOLÍVAR.—(Permanece siete segundos serio, pensativo, muy importante. Después, casi riendo.) ¡Que entre, que entre! (El Criado 1 desaparece por el acceso de servicio y reaparece por la puerta del fondo, abriéndola para que entre la Alcahueta. Simón Bolívar, mientras espera, saca una tabaquera de rapé y aspira un polvillo. Conserva en la mano la tabaquera; jugará con ella durante un rato. El Criado 1 tiene la puerta del fondo, por la que entra una dama de mucha distinción, de cabello gris y pausados ademanes. El Criado 1 avanza tras ella después de haber cerrado la puerta, la alcanza, la pasa, sin mirarla, con andar decidido, por su lado derecho, y se sitúa, en posición de semifirmes, dando la espalda a la puerta de las habitaciones de Simón Bolívar. Este sale al encuentro de la Alcahueta.) Buen día, que la noche es día para ti. Para todas las aves de tu especie.

ALCAHUETA.—Ya es honra ser reconocida en este siglo. Buen día, Simón Bolívar. Cuando se creía de veras, se nos aceptaba como un bien necesario.

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Le da la espalda y le habla así. Juega con la tabaquera.*) ¿Como un mal necesario, decíais?

ALCAHUETA.—Como un bien mensajero de un mal necesario.

SIMÓN BOLÍVAR.—¿Y qué me traes? ¿Qué mal me traes?

ALCAHUETA.—Uno que os tiene a mal traer, Simón Bolívar.

SIMÓN BOLÍVAR.—¡Oh! (*Se vuelve y la observa, visiblemente intrigado.*)

ALCAHUETA.—Se desvaneció como un polen. (*Con dramática comicidad.*) ¡Qué vergüenza y qué dolor!

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Impaciente.*) ¡Tus preámbulos!

ALCAHUETA.—Pero no puede haberse perdido. Iba como en trance, como si volviera adonde había estado ya. ¿Y dónde no habrá estado antes? ¿Cómo podría perderse?

SIMÓN BOLÍVAR.—¿Quién? (*Con viveza.*) ¿Pero quién?

(*Desde el acceso de servicio llega el Criado 2 con ademán afectadamente resuelto, se coloca al lado del Criado 1, que, al ver que quiere hablarle, le ordena silencio con el índice en los labios. Por el borde del acceso de servicio aparece la figura de Leandro, que se mantiene allí inmóvil y al que solo de espaldas se ve.*)

ALCAHUETA.—Le dan un nombre, un nombre mágico. Por la terraza se me adelantó la aparecida. Decid su nombre y surgirá. Pero basta pensarlo. ¡Pensadlo! (*Con un grito.*) ¡Pensadlo! (*Macrófono. Queda inmóvil, dramática, durante trece segundos. Se siente, diríase, la emoción expectante en la quietud y la atención de Simón Bolívar, de Leandro, del Criado 1, del Criado 2. De pronto, la Alcahueta, con celeridad pasmosa, avanza sobre la ventana y la abre de par en par. Se atenúa la iluminación, se enfoca con luz amortiguada la ventana abierta. Por estar en un plano más elevado la terraza, la Niña Osorio aparece como una imagen de retablo contra un cielo de estrellas encendidas. Proyector. Tiene la color de barro cocido, de ceniza tibia, la figura muy esbelta, las facciones de extrañísima suavidad. Viste una blusa granate de crepé de china, ajustada a la cintura, sin cinturón, cerrada en el centro por una hilera de negros botones de vidrio,*

[194] BOVES

no muy grandes, ceñido el breve busto de amazona, mangas sobradas, recogidas en la muñeca, y amplia falda de terciopelo negro, de vuelo generoso. Ni una alhaja. Bordada sobre el corazón, una manzana dura y minúscula. Calza lustrosas botas de montar, de ancho y alto tacón, sin espuelas. La cabeza destocada, sin flor ni adorno. El cabello, sedoso y negro, castaño muy oscuro, tal vez, en peinado natural, sin carácter. Nada «típico» en su indumentaria sin época. No tiene levantada la cabeza, a pesar de mantenerse muy erguida, la barbilla casi apunta al pecho, sobre el que ha puesto la mano izquierda, que ase una fusta con empuñadura de plata, mientras cuelga, laxo, el brazo derecho. Mantendrá en el rostro una impasibilidad casi sombría hasta el momento mismo de irse. La Alcahueta, sin énfasis, mirando a Simón Bolívar, dice, no exclama.) ¡El ángel soberbio del señor! (Quedan todos como paralizados, inmóviles, mudos, durante doce segundos.)

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Casi con veneración.*) ¡La Niña Osorio en persona!

ALCAHUETA.—Constelada de luceros...

SIMÓN BOLÍVAR.—(*A la Alcahueta, volviendo en sí de su arrobo, repentino, violento, gritando.*) ¡No sigas! Lo que viene ahora de la copla rima con llaneros. Y de eso no quiero saber nada, ¿entiendes? (*Pausa. A la Niña Osorio.*) Llegas con tu romance: ¡llega! ¿Pero ángel tú? Aunque sí... Ángel de rebelión, como el otro. Turbador y sin sexo. Como el otro. (*Pausa.*) ¡Llega! (*Avanza hasta la ventana y abre el alféizar movable. La Niña Osorio desciende, ligera, los dos escalones, hasta el nivel del piso de la cámara. Sigue después hasta la esquina del corredor, sin llegar al primer término, en el que se mantienen los criados, que continúan ante la puerta de las habitaciones de Simón Bolívar.*)

NIÑA OSORIO.—(*Como volviendo de una ausencia mental.*) ¡Ah! (*Retrocede y tiende la diestra a Simón Bolívar, que la besa.*) Ya sabes que te deseo buenas noches, primo. No quería sorprenderte.

SIMÓN BOLÍVAR.—¿Qué puede sorprenderme en ti? (*Pausa.*) Escogiste la introductora mejor. (*Hay una melancólica vislumbre en los ojos de Simón Bolívar.*)

NIÑA OSORIO.—La mejor posible. ¿Qué introductor de embajadores hubiese podido franquearme la entrada, sin antesala ni espera, con tan admirable prontitud? (*La Alcahueta se hispe, muy orgullosa. La Niña Osorio, mirándola, indiferente.*) Buena pieza, ¿no?

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Caído en el arrobo nuevamente, tarda en contestar.*) No..., es decir, sí. Sí, muy buena.

NIÑA OSORIO.—¡Perdona el asalto! Se acerca la hora.

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Con sonrisa que finge displicencia.*) Puedes dar la ciudadela por inexpugnable.

NIÑA OSORIO.—¿Es admonición?

SIMÓN BOLÍVAR.—Es un consejo.

NIÑA OSORIO.—Siendo del enemigo, por dos vale. (*Se restablece la iluminación. Silencio embarazoso de diecinueve segundos.*)

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Se aproxima a su interlocutora. Muy cerca ya, la mira de arriba abajo lentamente: de la cabeza a los pies. Al levantar de nuevo la mirada tropiezan sus ojos con la empuñadura de plata de la fusta, que, asida por su mitad, sostiene, con la mano izquierda, la Niña Osorio. La mirada se detiene ahí. Simón Bolívar toma la fusta con la diestra, sin que su dueña la suelte, la contempla, la examina.*) Empuñadura de plata antigua y en el pomo, grabado, un blasón: «La espada rota con los gavilanes tintos». (*Pausa.*) Las armas de Osorio en cerco de amatistas (*Suelta la fusta. Pausa.*) El injerto prendió. ¿A qué te obliga esta nobleza, si es que te obliga?

NIÑA OSORIO.—A la lealtad, acaso.

SIMÓN BOLÍVAR.—Para con los tuyos, supongo. ¿Me cuento entre ellos?

NIÑA OSORIO.—Por abolengo, sí: por lo que obliga.

(*La Niña Osorio deja la fusta sobre una silla y avanza unos pasos sobre el primer término. Simón Bolívar la sigue. En este momento, la figura, hasta ahora inmóvil y de espaldas siempre, de Leandro, se dirige hacia la ventana y al pasar, sin detenerse casi, coge la fusta, la retiene un instante, sin volverse para nada, y con gran rapidez la deja de nuevo sobre la silla donde estaba. Lo hace con tal limpieza que el presunto trueque no puede advertirse. Llega luego hasta la ventana y cierra el alféizar movable, quedando nuevamente ocultos los escalones. Deja abierta la ventana contra el cielo estrellado y sale por la puerta del fondo, sin volverse tampoco al cerrarla. La Alcahueta, que había avanzado unos pasos también sobre el primer término, se vuelve con un movimiento brusco y se queda mirando la fusta que la Niña Osorio había abandonado sobre la silla.*)

SIMÓN BOLÍVAR.—(*A la Niña Osorio.*) Sin la fusta en la mano es como si algo te faltara.

NIÑA OSORIO.—(*Irónica.*) ¿La nobleza, tal vez? Por lo menos el arma para defender su fuero. ¡Es nobleza de armas tomar la nuestra!

SIMÓN BOLÍVAR.—Me seduce verte armada, en todo caso. ¿Armada contra quién? (*Retrocede para recoger la fusta, con el propósito de devolvérsela. Más despacio, la Niña Osorio y la Alcahueta le siguen.*)

NIÑA OSORIO.—Contra algún fantasma descarriado, será.

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Toma la fusta y la mira durante seis segundos.*) ¡La empuñadura es de oro! (*Levanta la fusta, mostrándola. Se le aproximan la Niña Osorio y la Alcahueta. Los criados observan la escena con interés y sorpresa ostensibles. Un par de veces, algo se dicen por lo bajo. Se atenúa la iluminación y se enfoca al grupo en coloquio.*)

ALCAHUETA.—En vuestras manos finge ser oro la plata. Con el alma se pueden teñir los objetos de azul, de verde. Y también de amarillo. ¡También de amarillo! Esto dice nuestra sabiduría sin tiempo.

SIMÓN BOLÍVAR.—¿Sin tiempo? ¿Sin vida, entonces?

ALCAHUETA.—Es de antes y después de la vida.

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Todo estupor, queda absorto en la contemplación de la empuñadura rutilante. La figura de Leandro aparece en el foco de la luz, unida al grupo. Simón Bolívar, que no lo ha visto, llama.*) ¡Leandro! (*Hace un leve movimiento de sorpresa al verle ya a su lado.*) ¡Ah! (*Pausa de hesitación.*) ¿Qué pensamiento has leído?

LEANDRO.—El vuestro (*Pausa. A la Niña Osorio.*) Y el vuestro.

ALCAHUETA.—¿El mío no?

LEANDRO.—¿Cuál?

SIMÓN BOLÍVAR.—¿Eres brujo o vidente?

LEANDRO.—Soy un humilde servidor de la fe.

SIMÓN BOLÍVAR.—Su venda me la he arrancado hace tiempo. La venda de la fe. Ahora la luz de la razón me ilumina.

LEANDRO.—Si es interior esa luz, será fe igualmente. La venda sagrada es inasible cuando es de razón. Cuando se llama razón y lo es de veras. Razón de veras. De veras.

SIMÓN BOLÍVAR.—¡No me hables con enigmas!

LEANDRO.—Señor, ¿qué no es enigma?

SIMÓN BOLÍVAR.—Juego de palabras. ¡Tahúr!

LEANDRO.—Esta moneda no tolera la trampa. Juego de palabras, sí, ciertamente, señor. Pero como juego armónico, tiene su fin. Su fin de propia virtud, logrado, alcanzado. No impuesto desde dentro o desde fuera. Juego de palabras, pero así. Juego de palabras porque lo que no es dialéctica armoniosa es caos. Señor, yo no hablo como la filosofía, que nunca acaba de hablar, aunque calle. La filosofía se hace deshaciéndose en la búsqueda. Nunca acaba. La filosofía nunca acaba de hablar. ¿Cómo podría acabar de decir lo que quiere, si no lo sabe? No sabe lo que quiere. No lo sabrá nunca una voluntad que es ciega y no puede llamarse fe.

SIMÓN BOLÍVAR.—Y tú ¿has acabado ya?

LEANDRO.—He acabado, señor. Mas no porque deba hacerlo. He acabado simplemente.

SIMÓN BOLÍVAR.—Yo no. Respóndeme a esto: tu lectura del pensamiento ¿maneja la sugestión también?

LEANDRO.—Mezclar lo heterogéneo aquí, en este caso, significaría confusión.

SIMÓN BOLÍVAR.—¿No eres tú diestro en mezclas? ¿No eres hábil para confundir?

LEANDRO.—(*Levanta las manos con gesto de discreta y respetuosa perplejidad.*) No lo soy. Combinar no es mezclar, señor. Presentar realidades distintas no es confundir con deliberación, aunque se confundan las cosas por otros sin querer o quieran confundirse. No, no manejo la sugestión. Pero en esa lectura del pensamiento a que habéis aludido manejo palabras, mudas, pero articuladas férreamente. De modo que la lectura, por sí sola, es ya ligadura de algo que se resiste y es encadenado por las palabras.

SIMÓN BOLÍVAR.—¿Entonces, al leer los pensamientos pones cadenas, sujetas a los demás a tu albedrío?

LEANDRO.—Sería así, aun contra mi deseo. Cuando la palabra es certera, no cuando lo pretende o lo parece tan solo, sucede siempre así. En mí y en todos los seres de este mundo maravilloso y horrible.

SIMÓN BOLÍVAR.—¡Maravilloso, Leandro! ¡Maravilloso! La transmutación. Si creyera en ciertas cosas diría transubstanciación. Porque ¿no es divino esto? ¡Grandes señales hay! ¿Qué azar dichoso me deparó el símbolo? (*Contempla la empuñadura con unción.*) ¡Y mirad! ¡El blasón de Osorio ha desaparecido! ¡Ved el pomo liso, limpio, libre para otras armas! (*Acaricia la empuñadura con los dedos.*) ¡El metal se ha puesto tibio! ¡Irradia lumbre! (*Pone la empuñadura suavemente en la mejilla de la Niña Osorio, luego en su propia mejilla, junto al oído.*) Y tiene pulsación, rumor de marea: ¡suena como una caracola! ¡América me llama en este trozo de metal! (*Alza la fusta, con la diestra y con gran lentitud, sobre la frente.*) ¿No es como un cetro en mi mano?

LEANDRO.—Señor, con vuestra venia. (*Toma la fusta de manos de Simón Bolívar.*) ¡Dadme! (*Sostiene la fusta con la mano derecha y cubre con la izquierda la empuñadura, que queda oculta. Cierra los ojos y dice la invocación con voz clara y vibrante.*) En el nombre del agua, en el del fuego. (*Al apretarse el círculo del expectante grupo, quedan, durante cinco segundos, invisibles las manos de Leandro, que abre los ojos y la mano izquierda y descubre la empuñadura, refulgente, argéntea. Se la muestra a Simón Bolívar.*) Empuñadura de plata antigua.

SIMÓN BOLÍVAR.—¿Fue, entonces, ilusión?

LEANDRO.—Vuestra fe ha sido. Por ella seréis grande: ¡solo por ella! (*Devuelve la fusta a la Niña Osorio. Se restablece la iluminación.*)

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Alegre, exultante, vehementísimo.*) ¡Si esto es alucinación, también lo otro, lo que me roba el sueño! ¡No va a ser fácil, Niña Osorio! ¡Ya verán! (*A Leandro, con risa un poco extraña.*) ¿Qué te parecen mis peripecias?

LEANDRO.—De eso, Leandro no opina: os sirve. (*Retrocede tres pasos andando hacia atrás, después se cubre la cara con ambas manos, inclina la cabeza, gira lentamente hasta quedar de espaldas y se va, siempre cubierto el rostro con las manos e inclinada la cabeza, por la puerta del fondo, que se abre sola. Los demás le ven ir en silencio. Ya afuera, en el vestíbulo, se enfoca por la espalda la figura que se aleja y la puerta que se cierra sola muy lentamente.*)

SIMÓN BOLÍVAR.—¡Grandes señales, Niña Osorio!

NIÑA OSORIO.—¡Grandes señales, Simón Bolívar! (*Le muestra el pomo de la empuñadura de plata de la fusta.*) Las armas de Osorio en cerco de amatistas.

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Sarcástico.*) Sobre frígida plata. ¡Frígida! Como tú. (*Ase de nuevo la empuñadura, como si la quisiera retener. Su dueña no la suelta. Simón Bolívar examina el pomo. Riendo.*) Sí, naturalmente: ¡naturalmente! (*Con dignidad un poco displicente y protectora.*) Esto está en el orden regular de las cosas. Pero lo otro ¿no es fantástico?

NIÑA OSORIO.—(*En laxo ademán, como ausente, afirma con la cabeza. Al cabo pronuncia.*) Sí.

SIMÓN BOLÍVAR.—¡Fantástico! Sin la más ligera, sin la más remota duda: ¡fantástico! Te lo dice quien no cree ya en milagrerías. (*La Niña Osorio hace girar la fusta sin violencia para que se desprenda de los dedos de Simón Bolívar, que al fin la suelta.*)

(*Coloquio simultáneo: A: entre Simón Bolívar, la Niña Osorio y la Alcahueta; B: entre el Criado 1 y el Criado 2. Hablarán todos al mismo tiempo; el diálogo A se percibirá de modo claro y distinto, pero el diálogo B entre los criados impondrá su voz con el volumen del micrófono: se entenderá ya perfectamente; a pesar de ser el diálogo A muy perceptible, quedará anulado por este.*)

[*Diálogo A. La primera palabra sincronizada con la primera palabra del diálogo B:*]

ALCAHUETA.—(*Alude a la Niña Osorio con discreto ademán.*) ¿En el milagro de esos ojos tampoco?

SIMÓN BOLÍVAR.—En los ojos no creo.

ALCAHUETA.—(*Respetuosa.*) Perdón, señor, sé que no debo. Que no debo permitirte preguntas. Pero decidme: ¿creéis en ese milagro?

SIMÓN BOLÍVAR.—Si no creo en los ojos, ¿cómo voy a creer en el milagro? ¿Cómo? (*Mira, inquisitivo, en las pupilas, a la Niña Osorio.*)

NIÑA OSORIO.—(*Ha puesto un pie en el palo inferior de una silla y abate la mirada. La yergue de nuevo para dirigirse a la Alcahueta.*) La respuesta es clara. Tú misma has dicho que no debes permitirte preguntas. ¡No debes!

ALCAHUETA.—Mas sí una réplica, señora, con hartos respeto y humildad, para admitir que la respuesta de Su Excelencia no es clara.

[200] BOVES

SIMÓN BOLÍVAR.—¿No lo será demasiado?

ALCAHUETA.—Señor, entre clara y demasiado clara, hay una diferencia. Si es demasiado clara, no es clara.

SIMÓN BOLÍVAR.—¡Siempre supisteis latín! *(Continúan hablando como si no hubiera habido interrupción y sin que importe en qué punto se coincide con el momento en que se desconecta el micrófono.)*

[Diálogo B:] (Micrófono.)

CRIADO 2.—Hoy estás de guardia tú.

CRIADO 1.—*(Enérgico.)* ¡Tú estás de guardia! *(El Criado 2 hace unos cómicos ademanes, como para asentir y aplacarle.)*

CRIADO 2.—Si nunca busca rodeos para presentarse, ¿por qué llega hoy por la ventana? Conoce bien esto.

CRIADO 1.—Lo recuerda bien. ¿Que por qué llega así? Pensará caer por la retaguardia de alguna manera.

CRIADO 2.—¿Será cierto que es hija de Don Diego Osorio?

CRIADO 1.—¡Grande de España!

CRIADO 2.—Quién lo diría.

CRIADO 1.—Ciego hay que estar para no verlo. Pero tú eres demasiado lince. El momento ha llegado: ¡ocupa tu puesto! *(Abre la puerta de las habitaciones de Simón Bolívar y le invita a entrar.)*

CRIADO 2.—*(Obedece, dócil y abatido, pero, cuando está dentro ya, se vuelve, se planta y saliendo de nuevo.)* ¡Yo me quedo aquí!

CRIADO 1.—*(Tomándole de un brazo.)* ¡Ocupa tu puesto!

CRIADO 2.—*(Al entrar nuevamente, cómicamente acongojado.)* ¡Hermanito, que están ocurriendo hoy cosas muy extrañas!

(El Criado 1, con ademán malhumorado, cierra la puerta, ante la que permanece, dándole la espalda; se desconecta el micrófono.)

[Fin del diálogo B.]

NIÑA OSORIO.—*(Mira a la Alcahueta como con un interés nuevo. Se dirige después a Simón Bolívar.)* Es cierto. Tuvieron siempre retórica, fueron siempre un poco lite-

ratas. Pero si decían, a los demás, esas verdades, bueno, esas verdades que se blanden como un arma arrojadiza sin pensar que el tocado por ellas tiene en las manos un arma exactamente igual; si decían a los demás esas verdades, lo hacían con donaire y hasta con elegancia y sabían decírselas a sí mismas también y aguantaban irónicas que se las dijeran, aunque se hiciera con menos tino, sin replicar descompuestamente. ¡Y esto es ya heroico! Estoy por decir que es maravilloso.

SIMÓN BOLÍVAR.—Me sorprende oírte hablar así.

NIÑA OSORIO.—Es que no hablo así.

SIMÓN BOLÍVAR.—Eres voluble y obstinada.

NIÑA OSORIO.—Si cambiamos el género en las palabras tendremos voluble y obstinado: lo que tú eres. Yo me conformo con la obstinación. A lo otro, renuncio.

SIMÓN BOLÍVAR.—Tratándose de ti, no cambio nada: los dos géneros te convienen. También lo femenino te conviene.

ALCAHUETA.—Con todo mi respeto, señora: en la mariposa la obstinación es voluble. Tiene alas y se obstina en abrasarse donde hay una luz.

SIMÓN BOLÍVAR.—Más exacto será que se abrasa sin querer. No hablo con vanidad, no lo necesito. Pero... a lo mejor... ¡a lo mejor, Niña Osorio! Aunque no quieras. Por Dios que no sería la primera, por Dios que no será la última. ¡Aunque no quieras, aunque no quieras!

NIÑA OSORIO.—(*Le mira larga, intensamente.*) ¿He dicho que no quiero?

ALCAHUETA.—¡Señora, que os abrasáis!

SIMÓN BOLÍVAR.—¡Mariposa, te estás abrasando! (*Interrumpe el diálogo abrupta, pero gentilmente.*) Pardon! (*La erre gutural y la nasal francesa muy recalcadas, exageradísimas. Con vivo y eufórico ademán de la diestra llama al Criado 1. Cuando este acude, sale a su encuentro y se sitúan los dos en primer término, entre el espejo y la puerta de la Santa Capilla. Simón Bolívar habla largamente, en voz baja, al Criado 1, que escucha con gestos de asentimiento respetuoso, en su posición de semifirmes; la duración del diálogo se calculará por la de las escenas mudas de los demás personajes. Con impaciencia y enfado visibles, la Niña Osorio pasea nerviosamente, en espacio muy reducido, yendo y volviendo sobre sus pasos, mientras la Alcahueta observa con inquietud sus movimientos. Se detiene*

[202] BOVES

de pronto: casi en trance, levanta la mirada como al cielo, levanta después los brazos, abiertas las manos; entre el índice y el pulgar de la diestra, que no necesita cerrar, sostiene la fusta; luego crispa lentamente las manos y va juntándolas y bajándolas poco a poco, convulsa, como en ademán de estrangular. El Criado 2, que ha entreabierto la puerta de las habitaciones de Simón Bolívar, en cauto atisbo, parpadea, aterrorizado, al ver la muda y amenazadora escena, retrocede, inadvertido, y cierra de nuevo la puerta con gran cuidado y aspaviento. La Alcahueta, que ha comprendido lo que el ademán de la Niña Osorio significa, da cómicas muestras de vehemente aprobación con el gesto, con algún murmullo inarticulado. Aquí, Simón Bolívar da por terminado su coloquio con el Criado 1, que se separa de él. Cuando ha dado unos pasos, todavía le dice algo, ya en voz alta.) ¡Que no le confundan con el otro uniforme! Es el que he probado, pero no estrenado aún. (El Criado 1 asiente, entra en las habitaciones de Simón Bolívar, cerrando tras de sí la puerta. Tres minutos después reaparece y ocupa de nuevo su puesto junto a la puerta misma, como antes. Entretanto, Simón Bolívar había reanudado el diálogo con la Niña Osorio.) ¡Sí, mariposa, te estás abrasando, aunque no quieras! ¿O querías que me abrasara yo? (La Alcahueta se retira a segundo término y sigue el discurso con discreto interés.)

NIÑA OSORIO.—No aspiraba a tanto (*Lo mira de nuevo intensamente, ahora con pasión, con delirio.*)

SIMÓN BOLÍVAR.—Eres tú misma abrasadora. (*Cesura.*) Como la de Saba.

NIÑA OSORIO.—¿Por qué?

SIMÓN BOLÍVAR.—Porque la bíblica reina tenía sangre africana también.

NIÑA OSORIO.—¿También celos africanos?

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Con vaciedad.*) Sí, creo que sí: también. Pero lo de la sangre africana no te importe: donde hay belleza, este saetero (*se señala el corazón*) no hace distinguos. (*La Niña Osorio mira al suelo como en ausencia. Simón Bolívar se le aproxima, cautivado; cuando ella levanta los ojos, le pregunta.*) ¿De dónde vuelves?

NIÑA OSORIO.—De un ensueño: de algo que no parece verdad.

SIMÓN BOLÍVAR.—¿Debo creer yo que lo es?

ALCAHUETA.—(*Avanza en irrupción; con severa actitud y voz enérgica.*) ¡No, Simón Bolívar! ¡No debéis creerlo! (*A la Niña Osorio.*) Perdón, señora, yo soy quien de esto entiende.

NIÑA OSORIO.—Sí, madre secular, señora también, acaso: tú entiendes.

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Confuso.*) Mas yo no. (*La Alcahueta se retira nuevamente a segundo término.*)

NIÑA OSORIO.—Te resistes a entender.

SIMÓN BOLÍVAR.—¡No entiendo, no entiendo! ¿Qué farsa es esta? (*Con aire grave, receloso.*) ¿A quién debo creer?

NIÑA OSORIO.—Es muy sencillo, Simón Bolívar: a ti mismo. (*Con leve ironía.*) ¿Puedes creerte a ti mismo?

SIMÓN BOLÍVAR.—¿Qué? (*Pausa, excitado.*) ¿Cómo?

NIÑA OSORIO.—Acaso creas en tus palabras... mientras las pronuncias. Podrías decirlas con lágrimas en los ojos. ¿Y por qué no cantarlas? Pero esto ya lo hace Leandro por ti.

SIMÓN BOLÍVAR.—¡No quiero sospechar!

NIÑA OSORIO.—Hay quien vive en la sospecha. ¿Pero no comprendes lo que juego? ¿Cómo no ves, cómo no adivinas que con la mente y el convencimiento soy el enemigo mismo...?

SIMÓN BOLÍVAR.—¡El más ambiguo demonio!

NIÑA OSORIO.—¿... Y con el alma soy tuya y me maldigo por serlo? ¿No comprendes que esa madre eterna (*señala a la Alcahueta*) ha creído que al declararlo voy a desmerecer a tus ojos?

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Con feroz sarcasmo.*) ¿Qué quieres?

NIÑA OSORIO.—¿Por qué no preguntas cuánto quieres? ¡No me ofenderías más!

SIMÓN BOLÍVAR.—Ni quiero ofenderte, ni te temo.

NIÑA OSORIO.—Estás muy seguro. (*Pausa.*) ¡Pero no estás seguro!

SIMÓN BOLÍVAR.—¡Qué confusión! (*Cesura.*) ¡Qué confusión!

NIÑA OSORIO.—¡Tiene que haber confusión, tiene que haberla! ¿Vamos a hablar como en el teatro, con esa claridad inocente, con palabras medidas para el efecto? Esto es un drama, pero no de falsos personajes. (*Cesura.*) Aunque la falsedad y aun la falsía anden entre nosotros. ¡Dejaríamos de ser humanas criaturas!

SIMÓN BOLÍVAR.—¡Qué confusión, qué confusión!

NIÑA OSORIO.—(*Con calma.*) Tiene que haberla, Simón Bolívar: la situación es confusa.

SIMÓN BOLÍVAR.—¿También para ti?

NIÑA OSORIO.—Solo un poco menos que para ti.

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Gritando, colérico.*) ¡Sigo sin comprender! ¡No aguanto burlas!

NIÑA OSORIO.—¡La Niña Osorio de cerca! La leyenda te ha acercado y ha dejado de serlo para ti. De mi leyenda no soy culpable, si culpa hay en tenerla. No es algo que se busca: es una dádiva. Leyenda digo, no quimera. La leyenda se te ha acercado, Simón Bolívar, y te rebelas contra sus seducciones porque algo te hurga el alma, algo idominable, secreto, inadvertido, a veces: algo más fuerte que todas las cosas. No quieres saberlo. Y como el niño en la oscuridad, gritas. Has nacido entre el halago, has vivido entre el halago. ¡Que el desengaño no sea terrible!

SIMÓN BOLÍVAR.—No me conoces. (*Sarcástico.*) Te aseguro que no me conoces. ¡Pero vas a conocerme!

NIÑA OSORIO.—Que sea pronto. Tendrá que ser muy pronto. (*Con emoción.*) Me duele separarme, y en esta hora..., (*bajísimo*) cuando se me brinda lo que más se anhela.

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Sonríe.*) Nunca me has parecido más niña, Niña Osorio. (*Pausa.*) La mesa está cubierta, encendidos los candelabros: ¿quieres ser mi huésped esta noche?

NIÑA OSORIO.—(*En raptó.*) ¡Sí! (*Pausa. Abate la mirada y permanece así once segundos; la alza luego, repentina, abruptamente, para ponerla, con rudeza, en Simón Bolívar. Le vuelve la espalda y avanza con celeridad, como si fuera a irse por la puerta del fondo; antes de llegar a ella, se detiene, diríase que vacila: de pronto levanta la mirada hacia el retrato de Bonaparte, lo mira largamente, echando atrás la cabeza y pasándose por detrás la fusta, que sujeta con ambas manos; así permanece durante quince segundos; se vuelve después, sin moverse del sitio, y contempla también largamente —once segundos— a Simón Bolívar. Su expresión no dice nada. Retrocede luego con negligencia y se acerca a Simón Bolívar, que la observa con inquietud. La Niña Osorio empieza a hablar con lentitud y parsimonia, en voz queda.*) Se necesita fundamento, base. También para esto se necesita. Se necesita para todo.

SIMÓN BOLÍVAR.—¿Para la belleza?

NIÑA OSORIO.—Para todo. Hasta para la elegancia.

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Vehementísimo.*) ¡Más que para ninguna otra cosa!

NIÑA OSORIO.—En el genio, la fama no yerra. El genio se salva siempre. Se pierden talentos, pero no genios. La fama misma yerra aquí, a veces: puede pasar por talento lo que no lo es. Y de la elegancia apenas puede hablarse en singular, porque un peluquero puede tener la suya, muy digna de respeto. (*Con muy irónico énfasis.*) ¡Los ha habido famosos por su elegancia, Simón Bolívar! Pero aun dejando en paz las elegancias, dejándolo en singular: ¿puede decirse que es elegante un dios?

SIMÓN BOLÍVAR.—Claro que no. Pero todo esto, ¿lo sacas de tu cabeza?

NIÑA OSORIO.—Sí, pero en la cabeza me lo habían metido antes. Parece que, sin darnos cuenta, repetimos todos. ¡Todos! (*Pausa de ocho segundos.*) No sigo, sin embargo. No quiero agotarme, no quiero sacar todo lo que tengo dentro de la cabeza, aunque tardara un poco. Es una cautela que no solemos tener las mujeres. Se comprende. ¡No solemos tener nada en la cabeza! Pero muchos hombres tampoco tienen esta cautela: hablan, escriben sin tino y al hacerlo se denuncian. Pronto podemos decir de ellos que ya sabemos lo que pueden dar de sí, que de ahí no sale nada más, que eso se agotó; hasta podemos decir, a menudo, que se agotó apenas había salido nada. (*Bruscamente, como nunca lo ha hecho, ni volverá a hacerlo, levanta, casi hasta el grito, la voz, que se le enronquece, como queriendo contener una ira incontenible. Simón Bolívar va formando, muy gradualmente, una displicente sonrisa, que mantendrá en las escenas a continuación. Apóstrofe de la Niña Osorio.*) Pero un golpe propicio de circunstancias, la contingencia simple de una constelación, bastan para darnos una falsa imagen de esta nada, para convertirla en algo, hasta en algo grande, en algo gigantesco, que también la mentira tiene su instante. ¡Mas si el azar puede poner arboles en lo exangüe, el azar mismo puede borrar el afeite engañoso en esa hora de justicia que llega siempre y dejar al anémico fantasma como es!

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Riendo, protector.*) ¡Ja, ja, Niña Osorio! ¡De veras niña! Casi me conmueves. (*Se le acerca mucho, detiene la mirada en la manzana bordada sobre su pecho, toma la fusta, sin que su dueña la suelte, y la señala con el pomo.*) ¡La manzana

de oro sobre el seno izquierdo! No morderé de ahí. Quiero seguir viviendo sin esa ciencia del mal, quiero seguir viviendo virgen de su sabor. (*Suelta la fusta, se aparta un poco.*) No, no la veo.

NIÑA OSORIO.—Para la conciencia de las cosas, decir que no se ve es estar viendo. Decir así que no se ve es estar viendo. Eres débil. Debilidad no es maldad siempre, pero tampoco inocencia. ¡Del abismo donde el mal todavía no existe te sacó tu madre, te sacó tu esposa, te sacó tu hermana, te sacó tu hija!

SIMÓN BOLÍVAR.—(*De pronto serio, apasionado.*) ¿Quieres tú que yo vea la manzana de oro? (*Se le acerca de nuevo, despacio, bajando la voz.*) El busto breve. (*Con ademán de escultor delinea en el aire con la mano el contorno del muslo y de la pierna.*) El remo largo y suave. (*Pausa, sonriendo.*) ¿Puedes confiar en mí!

NIÑA OSORIO.—(*Con gesto de ambigua ironía.*) ¡Oh!

SIMÓN BOLÍVAR.—Pero tendré que confesarte antes de absolverte. ¡Pide!

NIÑA OSORIO.—(*Serena, sin súplica.*) ¡Suspende la orden de ejecución de los prisioneros españoles!

SIMÓN BOLÍVAR.—¿En nombre de qué?

NIÑA OSORIO.—(*Con tranquila entonación.*) De tu orgullo.

SIMÓN BOLÍVAR.—Ellos lo ultrajaron. Y cuesta muy caro ultrajar mi orgullo. (*Pausa. Baja la mirada, queda ensimismado nueve segundos. Levantando muy poco a poco la mirada.*) ¿Pides de mí clemencia?

NIÑA OSORIO.—(*Sin ningún énfasis, en voz baja.*) No.

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Con gran tranquilidad, como hablando para sí.*) Lo que pueda venir no viene del futuro: viene del pasado. El futuro mismo es pasado y la lucha no es contra otra cosa. Somos el país del ayer. Lo del mañana nos llegará siempre de fuera. ¡Acabaremos aferrándonos a tradiciones! Lo otro empieza a ser superstición. (*Pausa, sarcástico.*) Mi orgullo es ya otra cosa. (*Despacio, bajo, arrastrando las sílabas, en disminuyendo.*) Ultrajar mi orgullo costará muy caro siempre.

NIÑA OSORIO.—(*En voz baja igualmente.*) No puedo..., no puedo esperar (*Vuelve los ojos a la Alcahueta, que se mantiene en segundo término; mira después a Simón Bolívar y hace ademán de irse.*)

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Como volviendo de una ausencia, levantado la voz.*) ¡Espera! El comedor está iluminado. Ya no puede apagarse esa luz..., esa llama. ¡Eres mi huésped! ¿Vamos? (*Señala la entrada de sus habitaciones. La Niña Osorio pone en él una larga mirada inexpresiva y, con muy leve gesto, asiente. Simón Bolívar sonríe, con satisfacción sincera, y añade, de buen humor.*) Si tu entrada fue de acuerdo con normas venerables, ¿no te parece pura consecuencia que tu salida lo sea también? (*Pausa.*) ¡Por aquí! (*Da unos pasos en dirección a la puerta. La Niña Osorio se le une. Repentinamente se detiene Simón Bolívar y su rostro se ensombrece. En su mirada hay un extraño relampagueo y baja de nuevo la voz para decir, serio, sarcástico.*) ¡Alerta, niña..., alerta! No tengo vocación de Holofernes (*cesura*) si tú tienes vocación de Judit. (*Sin ninguna indicación, sin ningún gesto, sin ningún movimiento, sin mirar siquiera a la Niña Osorio, sigue hacia la puerta, que, para que salgan, abre el Criado 1. Sin alarde, impasible, la Niña Osorio pasa delante. Y por primera y única vez, sonríe, leve, pero ostensiblemente.*)

LEANDRO.—(*Apenas el Criado 1 cierra de nuevo la puerta de las habitaciones de Simón Bolívar, aparece Leandro por la puerta del fondo. Su mirada es feroz como nunca, es siniestra. Con decidido andar se dirige al Criado 1 y le ordena, rudo.*) ¡Sustitúyeme afuera! (*Es todo lo que dice. El Criado 1 le escucha, indiferente, y se va, sin prisa, por la puerta del fondo. A la Alcahueta, Leandro es como si no la hubiera visto. Ella le observa con una mezcla de miedo y burla. Antes de desaparecer por la puerta del fondo, el Criado 1 permanece nueve segundos aguitando. Leandro, que se ha situado dando la espalda a la puerta de las habitaciones de Simón Bolívar, mira fijamente, con extravío, a la puerta de la Santa Capilla. Avanza, al fin, hacia ella con paso rápido, hasta casi tropezar; levanta los brazos en un ademán de desesperación y la golpea, frenético, con ambos puños. Deja caer los brazos y aplica el oído para escuchar. Permanece así catorce segundos. Luego, con andar cansino, doblada la cabeza hacia el suelo, con aire de terrible abatimiento, vuelve sobre sus pasos. Apenas está de nuevo junto a la puerta de las habitaciones de Simón Bolívar, se vuelve hacia la puerta del fondo, que acaba de abrirse y por la que aparece el Criado 1.*)

CRIADO 1.—Un familiar de Su Eminencia Ilustrísima el Arzobispo de Caracas pide ser recibido inmediatamente. Espera en el vestíbulo.

LEANDRO.—(*Violento.*) ¡Hazle pasar! ¿No me oyes?

(*Él mismo, Leandro, sale por el acceso de servicio y vuelve a poco con recado de escribir —carpeta, papel, tintero, espolvoreador y pluma de ave, que coloca sobre la mesa—. La Alcahueta, intranquila, espía a un lado y otro con la mirada. El Criado 1 abre la puerta del fondo y aparece el familiar, hombre aún joven, esbelto, de gran prestancia y apostura y altiva presencia. Trae en la mano su breviario.*)

LEANDRO.—(*Con una inclinación.*) Monsignore?

FAMILIAR.—(*Sin responder al saludo, con palabra cortante, imperativa.*) ¡Audiencia para el Arzobispo de Caracas!

LEANDRO.—(*Con nueva inclinación, respetuosísimo.*) Al punto le anunciaré a Su Excelencia. (*Señala el sillón al familiar, que, casi imperceptiblemente, agradece con el gesto, sin sentarse. Después, de pie, inclinándose sobre la mesa, Leandro escribe pausadamente algo que, cuando termina, lee con profunda atención. Aún añade alguna cosa, espolvorea lo escrito con arena, sopla el papel, lo dobla y se dirige a la puerta de las habitaciones de Simón Bolívar, que él mismo abre: nunca ha sido más ferozmente «teatral», más indeciblemente brutal, más salvaje, la expresión de su rostro; al abrir la puerta tropieza casi con el Criado 2, que se asusta terriblemente; le entrega Leandro el papel y le ordena.*) Por debajo de la puerta, golpeando discretamente con los nudillos; espera la orden de Su Excelencia en la misma forma, pero sin aviso de su parte. (*Entretanto, la Alcahueta mira de reojo al familiar repetidas veces, muy ostensiblemente, pero este no la ve; no la ve en ningún momento. Se irá sin haberla visto. Por fin empieza a dar vueltas cautelosas a su alrededor, iniciando cómicas reverencias, que resultan fallidas, ya que el familiar las ignora. El Criado 2, en la mano el papel que Leandro le entregó. Retrocede con aprensión ante el mayordomo, que sigue hablándole, ahora inaudiblemente, y que avanza hacia el interior hasta quedar oculto, permaneciendo la puerta abierta; cuando reaparece, al cabo de treinta y cuatro segundos, está vestido de escarlata, pues ha cambiado de traje. Se ha suavizado extraña, visiblemente la expresión de su rostro; la mutación le transforma, en cuerpo y alma, en otro hombre, muy cortés, muy tranquilo; hay en su mirada una digna melancolía, está ligeramente pálido y aparecen discretamente rectificadas ciertos rasgos del maquillaje. Al salir cierra, tras de sí, la puerta. La Alcahueta detiene su ronda en torno al*

familiar, que había empezado en el momento en que la voz de Leandro dejó de oírse, y al avanzar este se retira de nuevo a segundo término con un respingo. Leandro se le acerca y algo parece decirle inaudiblemente que la tranquiliza. Le indica el acceso al servicio. Mutis de la Alcahueta por aquí. Después se dirige Leandro a la puerta del fondo: la abre, da una palmada y con el Criado 1, que acude, habla inaudiblemente durante once segundos; vuelve después sobre sus pasos lentamente y, cuando se encuentra junto al familiar, hace una inclinación.) No tardará la respuesta, Monsignore. (En este momento se abre la puerta de las habitaciones de Simón Bolívar y aparece el Criado 2 con un papel doblado en mano. Leandro, al familiar.) Ya está aquí. (Recibe el papel doblado de manos del Criado 2, que se le ha acercado sin ningún recelo, lo desdobra y lo lee para sí. Muy rápidamente, al familiar.) Su Excelencia espera a Su Eminencia Ilustrísima.

FAMILIAR.—Volveré para la llegada del Santo Pastor. *(Pausa prolongada.)* Dentro de breves instantes. *(Vase por la puerta del fondo, que Leandro se adelanta a abrir. Se ve al Criado 1 que sale a su encuentro para guiarle. El Criado 2 vuelve a las habitaciones de Simón Bolívar, cerrando la puerta tras de sí.)*

LEANDRO.—*(Cierra la puerta del fondo y queda inmóvil, dándole la espalda, durante trece segundos. Se dirige a la gran mesa con lentísimo andar y cogitabunda expresión. Con mucha parsimonia, se inclina sobre la carpeta, toma la pluma de ave y escribe largamente. Durante veintiocho segundos se oye el rasgueo de la pluma: macrófono. Cuando termina, lee lo escrito en once segundos, suspira, lo espolvorea con arena secante, sopla y sacude levemente el papel, lo dobla y lo guarda en un bolsillo.)* ¡No se dirá que muero sin testar! *(Se dirige después, lentamente, al canasto azul que contiene las rosas invisibles, cuyo aroma aspira. Cuando lo vuelve a dejar en el suelo, vacila, dobla una rodilla hasta hincarla, se lleva a la frente la diestra, parece que va a desmayarse. Se recupera con angustia y vuelve a ponerse en pie con gran esfuerzo. En este momento abre la puerta del fondo el Criado 1, la cierra tras de sí, avanza hacia la puerta de las habitaciones de Simón Bolívar para reanudar su guardia, de acuerdo con las instrucciones recibidas de Leandro, que le habla cuando pasa a su lado.)* A tiempo llegas. *(El Criado 1 le mira un poco sorprendido y sigue su camino sin comprender. La Alcahueta reaparece por el acceso al servicio en actitud de cauto curioso. Apenas ocupa su sitio el Criado 1, se le ve*

[210] BOVES

apartarse a un lado y adoptar, no la postura de semifirmes, sino rígida postura de firmes. Siete segundos después abre el Criado 2 la puerta de las habitaciones de Simón Bolívar, sale y se coloca enfrente del Criado 1 y en rígida postura de firmes igualmente. Nueve segundos después sale Simón Bolívar, resplandeciente en su uniforme blanco, azul y oro, de general de dragones con espada al cinto y lustrosas botas negras sin espuelas. El Criado 2 entra de nuevo en las habitaciones de Simón Bolívar, cerrando tras de sí la puerta. El Criado 1 queda de guardia en postura normal.)

SIMÓN BOLÍVAR.—*(Apenas ha dado unos pasos, se inclina bastante mirando al suelo y habla absorto, en soliloquio, muy bajo.)* No sé, noto en mí algo alígero: como si me hubiese hurtado al hechizo de una sombra. *(Cesura.)* Ya es magnífico todo. No tengo necesidad de ir a la Iglesia: ¡la Iglesia viene a mí! Ya es magnífico todo. No me explico que haya dolor, que haya desgracia. *(Se yergue y a Leandro, que se ha ido acercando muy cautamente y hace una inclinación.)* ¿Por qué hay dolor, desgracia?

LEANDRO.—*(Pausa, parece concentrarse.)* Al por qué no podría contestar. *(Cesura.)* Al para qué, acaso. Acaso haya dolor para que haya goce, acaso haya desgracia para que haya dicha. Sin el dolor y la desgracia, el goce y la dicha no existirían para nosotros: ni siquiera sabríamos que son dicha, goce. Nos faltaría hasta el concepto de su ser. *(Simón Bolívar escucha erguido, frío, mirando con altivez a Leandro, que baja la mirada. Tras una pausa de nueve segundos, Leandro alza los ojos y, servicial, con la más bondadosa expresión.)* Excelencia, ¿se apareja el caballo blanco o el overo?

SIMÓN BOLÍVAR.—Olvidaba hoy la orden de preparar la montura al verme de uniforme, Leandro. *(Pausa.)* De noche es más lindo el blanco. *(Cesura.)* ¡Sí, el blanco! Que lo dejen en el patio abrevado y suelto, como de costumbre. *(Cuando Leandro se retira con una reverencia, aún añade, levantando la voz.)* Ya sabes que solo por mí se deja montar. *(Cesura.)* ¡Ah, y donde siempre las espuelas de oro! *(Leandro se aleja para transmitir la orden y, al pasar junto a la Alcahueta, le señala el acceso de servicio, bondadoso, como indicándole que debe salir por allí. Ella hace ademán de obedecer, pero, en cuanto Leandro vuelve la espalda, retrocede con disimulo y muy ostensible actitud de fiska y se queda. Leandro se va por la puerta del fondo, que cierra tras de sí. De pronto, Simón Bolívar se da cuenta de la presencia de la Alcahueta y se dirige a ella.)* Larga espera la tuya hoy. ¿No te cansa?

ALCAHUETA.—Hecha estoy a esperar durante siglos, Excelencia.

SIMÓN BOLÍVAR.—Sí, diríase que tu llegada ha sido una vuelta a la vida, una *reprise*, como en París decimos.

ALCAHUETA.—Tal vez sea de las que siempre vuelven ya, de las que ya no pueden morir nunca.

SIMÓN BOLÍVAR.—Tal vez sea así. *(Le vuelve la espalda, cruza atrás las manos y pasea, enhiesto, impaciente, de un extremo a otro de la cámara, como sin ver a nadie, como sin ver nada. Sus ademanes son militares; en adelante, su voz y su palabra, cortantes, lo serán también. No ha terminado de recorrer dos veces la distancia entre los dos extremos de la cámara cuando se oyen, durante catorce segundos, sobre las losas del patio, los cascos del caballo aparejado —macrófono—; se detiene a escuchar.)* El bridón de mármol, de bronce la figura, la voluntad de acero, elástica y buida *(golpeando el cuerpo de su espada)*, como esta espada que Toledo forjó..., si no fue el rayo. ¡Más holgado me sintiera con cota y con brial! *(Reanuda su impaciente paseo durante dieciséis segundos, al cabo de los cuales se dirige al Criado 1.)* Alerta a todos los movimientos.

CRIADO 1.—Sí, Excelencia. *(En postura de semifirmes.)*

SIMÓN BOLÍVAR.—¡Sin pasar un detalle!

CRIADO 1.—No, Excelencia. *(En postura de semifirmes.)*

LEANDRO.—*(Aparece por la puerta del fondo, que cierra tras de sí, se llega con paso rápido hasta Simón Bolívar.)* Vuelve el familiar de Su Eminencia. Transmitidas las órdenes.

(Apenas ha acabado de hablar cuando un criado negro, vestido de verdegay, abre la puerta del fondo. Seguirá teniendo la puerta con la mano hasta que el familiar haya penetrado en la cámara. Todos, inmóviles, dirigen la mirada a esta puerta. Se atenúa la iluminación. Se enfocan la puerta y el criado negro con fuerte luz blanca. Pausa de espera de trece segundos. Se oyen, acercándose, los pasos del familiar —macrófono— y la fuerte luz blanca se transforma en luz de un azul muy intenso.)

FAMILIAR.—*(Avanza hasta primer término, siempre envuelto en esta luz. A Simón Bolívar, sin saludarle.)* Su Eminencia Ilustrísima el Arzobispo de Caracas llegará al punto.

(Se desconecta el reflector. La iluminación se restablece. El criado negro cierra la puerta, vase. Mutis inadvertido de Leandro, que, con tácito andar, se desliza por el acceso de servicio.)

SIMÓN BOLÍVAR.—Han precedido muy dignamente a Su Eminencia Ilustrísima. *(Con leve pero significativo ademán de la cabeza, señala a la Alcahueta, que todavía permanece allí. El familiar pone en la mujer una evasiva mirada y mira luego, inexpresiva pero fijamente, a Simón Bolívar. Silencio embarazoso de trece segundos. Por el acceso de servicio reaparece Leandro, como un duende, andando de puntillas. La Alcahueta, que no le ha sentido, se asusta, parece que va a gritar. Leandro se lleva el índice a los labios, se vuelve a un lado y a otro para espiar si es observado y le habla al oído, impulsándola después, suavemente, hacia el acceso de servicio. Mutis de la Alcahueta. Leandro se sitúa en el acceso de servicio, casi de espaldas y solo visible medio cuerpo.)*

FAMILIAR.—*(Aparta, repentino, su mirada de Simón Bolívar y este dirige la suya al sitio donde estaba la Alcahueta. Parece echarla de menos y mira en torno un instante como si la buscara. La mirada del familiar se ha clavado, fija, en la puerta de la Santa Capilla; permanece así, inmóvil, durante dieciocho segundos, transcurridos los cuales se acerca a ella en devota actitud. Inclina la cabeza y junta las manos, con el breviario entre ambas, como en oración. Pausa de diecinueve segundos, se vuelve lentamente a Simón Bolívar, con sonora voz.) ¡Vuestro Prelado! (Golpea tres veces la puerta con los nudillos, solemnemente, con pausa entre golpe y golpe. Macrófono. El familiar se retira rápidamente a segundo término y acepta la silla que se apresura a ofrecerle Leandro, que la coloca entre la puerta del fondo y la gran ventana abierta, bajo el retrato de Bonaparte. Toma asiento en ella el familiar, que queda de perfil, con el rostro hacia la ventana, y se abisma en la lectura de su breviario. Leandro se va por la puerta del fondo. La puerta de la Santa Capilla se abre hacia adentro con gran lentitud; se oye durante diecinueve segundos un murmullo vago de canto litúrgico. Es enfocada la puerta y después, con atenuación de la iluminación general, la zona en que han de moverse los dos protagonistas y la figura del familiar sentado, las manos y el breviario algo más intensamente. Se constituyen así dos planos de luz, fuerte el del primer término y débil el del segundo término. En el marco de la ventana, un cielo rabioso de estrellas. Han transcurrido los diecinueve segundos indicados: pausada, imponente,*

ingresa en la zona de luz la excelsa figura del pastor de América ataviada de pontifical, con mitra y báculo. Calza alto coturno, sujeto al desnudo pie con correas, a modo de sandalia y con suelas de goma del mismo color, «invisibles», que hacen su andar silencioso. Su semblante es de granítica severidad. La puerta de la Santa Capilla permanece abierta. Simón Bolívar besa el anillo del Arzobispo de Caracas, sin hincarse. Como invitándole a que se siente, señala después el sillón con un ademán de la mano.)

ARZOBISPO.—(Con sobria repulsa.) Voy de camino. (A partir de este instante, la actitud de Simón Bolívar experimenta una teatral mutación: se ha convertido en esfinge. Con voz sofrenada, densa, habla el Prelado.) Es grande el misterio del mal, tremendo, terrible, pero el misterio del bien, ¿ese sí que es misterio! ¡No menos terrible, Simón Bolívar! (Pausa de dieciséis segundos.) Sospechas lo que me trae hasta ti. Será mejor decir que me esperabas. Pues bien: aquí estoy. La vida de los ochocientos sesenta y seis españoles que quieres condenar a muerte vale esta visita. (Sesga la figura, dirigiendo la mirada hacia la Santa Capilla como en invocación. Permanece así trece segundos. Volviéndose, súbito.) Los diecisiete prisioneros españoles ahorcados por Miranda pagaron por crímenes que no cometieron. ¡Basta ya, Simón Bolívar! Sus cadáveres, cortados en pedazos, se pudrieron al sol de América. ¡Basta ya, Simón Bolívar! (Da unos pasos, cruzando por delante de Simón Bolívar, que, inmóvil, parece no verle ni oírle. Vuelve al lugar que antes ocupaba y mira abiertamente al reanudar su apóstrofe.) Un soldado no dejará de ser grande por ser injusto y cruel, como una cortesana no dejará de ser bella por depravada y falsa, pero hasta en la injusticia y el pecado puede haber cierta grandeza, por punible, por abominable que sea, y la pasión del instante, las mismas circunstancias en que el sino coloca a las criaturas, pueden atenuar la gravedad de sus acciones y aun disculparlas en alguna medida. Lo que quieres hacer es minúsculo y a la par monstruoso, considéralo. ¡La gloria chorrea sangre en la historia del mundo y casi no hay héroe cuya fama no mancille el crimen, considéralo! Pero lo que vas a hacer tú es depravación, es crimen, es falsía, es mácula, es injusticia y es todo esto sin resplandor, sin gloria y sin heroísmo. ¡Considéralo! Hasta la grandeza de pueblos y de hombres puede tener por fundamento el crimen. ¡Inescrutables son, enigma puro, los decretos del Alto y sus designios! La rebelión, si es angélica, es

maldita más veces. En el mísero, en el inocente, la rebelión y el crimen son menos pecado. Pecado y crimen se perdonan al penitente, al humilde, al orgulloso en su humildad. ¡Mas hay pecados, hay crímenes de soberbia que no se perdonan, Simón Bolívar! (*Diminuendo.*) Y así, como lo pretendes, ni humana disculpa de grandeza tendrán. Eso no es ambición, que, si lo fuera, la propia ambición te salvaría; eso no es ambición, ni siquiera avidez; eso no es nada. Que nada es lo que ni por una necesidad, ni por la creencia, aunque sea torpe, en una necesidad, nos es impuesto. Ni hay necesidad aquí, ni crees que la haya, ni esa creencia te impone su mandato. ¡Eso no es nada! Vas a mancillarte por nada, Simón Bolívar. ¡Considéralo!

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Tras una pausa de veintidós segundos. Altivo, con voz vibrante, sin mirar al Prelado.*) El mal como culpa es fantasía. Porque la vida es el mal. Ni el bruto mismo, en su oscura conciencia, atisba el mal de la muerte propia. Nos podemos permitir la metáfora de decir que no la concibe. ¡Le empavorece! ¡Y puede temerse a lo que no existe? Pero mata para vivir. ¡Matamos para vivir! Vivir es matar y envejecer. No concebimos la vejez, pero envejecemos; no concebimos la muerte, pero morimos. (*Pausa.*) Acaso, acaso temamos a lo que no existe. (*Cesura.*) O existe por el aliento que nuestro temor le infunde. (*Pausa.*) ¡Y este no saber de antes, ni de después! (*Pausa.*) No es por ignorancia por lo que veo un mal en el dolor. El hombre ha inventado que el dolor puede ser un bien. La enfermedad más horrible puede ser un bien, hasta puede ser prenda de eterna gloria. Dado que así sea en el hombre mismo, ¿podría serlo en el bruto infelice? Tampoco lo concebimos, ¿no es maravilla?

ARZOBISPO.—La ironía del intelecto no es la que habla así, no te equivoques. ¡Hay más en mi fe que en tu escepticismo!

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Sin oírle.*) El hombre necesitó siempre estímulos para ayudarse a vivir: el espíritu de un licor, de un brebaje, de una píldora encantada, de una fe cualquiera, de una ambición, que la mía tengo aunque la hayáis negado. No de riquezas: me sobran. De gloria, quizá, aunque también se niegue. Pero esto ya no es una ambición: ¡es una sed!

ARZOBISPO.—Necesitas el brebaje de la gloria más perecedera y qué te importa el pretexto para lograrlo.

SIMÓN BOLÍVAR.—El brebaje de la gloria, ¿por qué no? Su espíritu es como el del vino áureo. Lo material y lo espiritual se mezclan para mí en él hasta tal punto que lo material deja de ser y acaba siendo todo espíritu. Como en el licor, en el brebaje, en la píldora encantada. Y como en la fe que aún no me habéis negado.

ARZOBISPO.—¿Cualquier pretexto te parece plausible!

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Abatiendo la mirada, bajando la voz.*) Cualquier pretexto, padre, para olvidarme de que vivir es destruir.

ARZOBISPO.—¿Pues no lo olvidas! ¿Que en el olvido juegas la destrucción propia! ¿Sabes que puedes ser destruido hoy, serlo mañana y para la historia misma? No lo olvides, no lo olvidas. El brebaje aturde, pero luchar así es ir a la lid ebrio de quimera. ¡No hiriendo por el pan, como el cantar lo quiere! No por necesidad, con el clangor al fin y no al principio, como en el héroe. ¡No con su estilo! (*Cesura.*) Con su parodia, acaso.

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Sobrecogido, intimidado.*) ¿Habláis de sombras? (*Se pasa una mano por los ojos, mira al pastor como a un aparecido. Gritando.*) ¿Sois una aparición, sois como un sueño! ¿Quién os trajo hasta aquí? ¿Cómo llegasteis? Por ventura, ¿quién sois? ¡Oh, por ventura! (*Pausa de veintidós segundos. Simón Bolívar se rehace, poco a poco recobra la frígida expresión, la altiva actitud. De nuevo su palabra es tajante.*) No veáis mi retrato solo en mi caricatura: yo no soy solo eso.

ARZOBISPO.—Ya lo sé.

SIMÓN BOLÍVAR.—Soy paciente y creyente y obstinado.

ARZOBISPO.—Ya lo sé.

SIMÓN BOLÍVAR.—La volubilidad repentina, externa, solo externa, pasajera, siempre pasajera, de que no tengo conciencia muy clara, me sorprende a mí mismo y me traiciona. No excluye la seria pertinacia, que es lo constante en mí, esa exterioridad, superpuesta a la fe y lo más visible en esta órbita que es la mía. Si digo que me traiciona no es porque la desconozca, sino porque me resisto a darle la importancia que acaso tiene. Es cosa de mi órbita. (*Pausa.*) Es cosa mía. ¡Muy mía! Pertenezco en esto a los grandes, debo decirlo. Fueron todos grandes actores también. Hasta los que no lo parecían. Y posiblemente estos eran los más grandes. ¿Qué no es teatro? ¿No lo estaremos haciendo ahora, en este instante? ¿No seréis

[216] BOVES

un gran actor vos mismo... (*con leve inclinación y respetuosa ironía*) aunque no queráis parecerlo? (*Pausa.*) ¿Qué no será teatro? No, no es mengua esto que me completa: es perfección. Tengo fe en la misión que me atribuyo y no he perdido la otra. Como los grandes también, a la gran fe no he renunciado. La pongo aparte, donde corresponde y conviene, eso es todo.

ARZOBISPO.—Ya lo sé.

SIMÓN BOLÍVAR.—Muy torpe habrá que ser para no descubrir la semejanza con los grandes.

ARZOBISPO.—No debo pensar en imitación. O en remedo. Mas aun la semejanza es falacísima: puede ocurrir que nos parezcamos en el detalle y nos diferenciamos en la totalidad.

SIMÓN BOLÍVAR.—Mi obra ha empezado a hablar por mí. (*Su rostro ha adquirido nuevamente frialdad glacial, inmovilidad de esfinge.*)

ARZOBISPO.—¡No esperes a que acabe, Simón Bolívar! ¡Habla por ella! Lo de hijos de nuestras obras ha de entenderse con razón y medida. Puede llegar el momento en que nuestra obra, que a lo mejor no es nuestra porque ni siquiera la hemos iniciado y solo nos hemos asido a ella, se haga ya por sí y ella nos lleve. O se haga por la mera contingencia: puedes llamarla sino afortunado. ¡Arrullada por él rodó tu cuna! Pero no se sabe esto cuando la obra empieza a hablar, sino cuando acaba. Y no será con tu obra con quien el futuro ajustará cuentas, sino contigo. No bastará entonces con que hable por ti: ¡tendrás tú también que hablar por ella! Tu obra ha empezado a hablar: ¡no esperes a que acabe! (*En disminuyendo, con lentitud.*) Puede acusarte, Simón Bolívar.

SIMÓN BOLÍVAR.—Soy hombre de palabra y de acción: de las dos cosas. Acción se llama también a la batalla. (*Cortante.*) ¡Qué caiga en ella el que la hora dicte! (*Señalando a la altura con el índice.*) ¡Y responda de ello quien debe responder!

ARZOBISPO.—¡Tú respondes! (*Pausa, bajando la voz.*) Si eres responsable...

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Muy lentamente, andando de espaldas, retrocede dos pasos; vuelve, por dos veces también, la mirada, hacia el sitio donde está el canasto azul.*) ¡Muy largo plazo me dais!

ARZOBISPO.—¡Tú respondes si eres responsable! Porque aquí sí que tu obra va a hablar por ti! Tú respondes. Lo pagarán los caídos. Mas tú pagarás por ellos. (*Simón Bolívar se acerca muy rápidamente al canasto azul y mira dentro de él, como para comprobar su contenido, un brevísimo instante; rápidamente también vuelve al lugar que ocupaba. El Prelado, que no le ha seguido con la vista, cuando está de nuevo a su lado, le pregunta.*) ¿Son claras mis palabras? (*Simón Bolívar le mira fríamente y no contesta. Tras una pausa, el Prelado vuelve a preguntarle.*) ¿Son claras mis palabras? (*Simón Bolívar tampoco contesta. Tras una pausa, continúa el Prelado.*) ¡Ah, no son claras! (*Cesura.*) ¡Pues procuraré que lo sean! (*Simón Bolívar sigue poniendo, fija, en el Prelado, su glacial mirada. Este, tras una pausa, continúa hablando.*) Quien es capaz de hacer el mal, que, aunque solo sea como curiosa invención, por Dios que existe, quien es capaz de hacer el mal está ya armado contra el mal mismo al hacerlo, está ya luchando contra él. (*Con énfasis.*) ¡Pero no entiende su lucha! Obra por instinto, no por reflexión. Sufre menos, pero se expone más. Porque no cuenta con el mal ajeno, lo teme solo de forma oscura y como daño que le amenaza, no como mal. No lo es, a veces, aunque lo suela ser. (*Con vehemencia.*) Pero cuando el daño que amenaza no es mal, que tiemble el capaz de hacerlo, el por el mal alentado. Pues el no llevado de instintos solo, el que entiende, el que lo entiende, el incapaz de dañarnos sin necesidad, el incapaz de mal innecesario, ese lo ve venir, ese lo espera. ¡Y ese sí que está armado y es de temer! ¡Que tiemble el que concite su furia! (*Bajando la voz.*) Que tiemble, Simón Bolívar.

SIMÓN BOLÍVAR.—¿Es vuestra admonición la de la Iglesia?

ARZOBISPO.—No.

SIMÓN BOLÍVAR.—Tened presente que yo soy el Estado, si esa fuere la Iglesia. Dos cosas que están separadas ya.

ARZOBISPO.—¡Es imposible! (*Pausa de dieciséis segundos.*) No quiero hablarte de la alta verdad de la religión. ¡No me entenderías! Pero como gobernante, como hombre de muchedumbres, de rebaños, te digo que a la religión no se la reemplaza. Yo, pastor por gracia divina, sé lo que es mi grey. ¡Requirió severo aprendizaje, por ventura! ¿Separar la Iglesia del Estado? ¿Son dos torres gemelas, inseparables! Quien

separarlas intente pagará su fechoría y el inocente rebaño lo pagará también. (*Cesura.*)
 ¡Son dos torres gemelas! Cada una en su fuste, en su cimientto. ¡Cada una en su lugar!

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Enérgico.*) ¡Luego el Estado en el suyo!

ARZOBISPO.—¡Del suyo no se ha movido la Iglesia, Simón Bolívar! ¡Está fundada en roca!

SIMÓN BOLÍVAR.—¡En el suyo encontraréis al Estado, padre! (*Golpeándose la espada. Macrófono.*) ¡El acero es su fundamento! (*Pausa de dieciséis segundos. Se apaga el relampagueo en los ojos de Simón Bolívar, que abate la mirada. La levanta con lentitud y la pone, contrita, en el Prelado. Respetuoso.*) Disculpad. (*Pausa.*) Ya os he dicho que no he renunciado a la fe.

ARZOBISPO.—¿Te la he negado?

SIMÓN BOLÍVAR.—Pero al Estado no he renunciado tampoco. No debo.

ARZOBISPO.—Tú eres el Estado, dijiste. ¡Parece un eco!

SIMÓN BOLÍVAR.—No es un eco mi voz. El Estado habla por ella. Me impone sus mandatos, que no son mis deberes.

ARZOBISPO.—¿Debo repetirte que ninguna necesidad te impone nada? ¿Que por nada vas a mancillarte? (*Pausa.*) ¿No mandas tú en el Estado?

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Con vehemencia.*) ¡Oh, sí!

ARZOBISPO.—¿Ves que nada se te impone? ¿Ves que no hay necesidad? ¿Ves que no hay nada? La voz del Estado debe ser hoy, aquí, no la voz de la vindicta: debe ser la voz de una conciencia. ¡Esos son tus deberes! (*Pausa.*) No te negué la fe. ¡Sería negarme la esperanza! Es lo último que me abandona en nuestra miseria: la esperanza. Preñada de temor, no he de mentirte.

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Sonríe levisísimamente, halagado. Recobra la rigidez su semblante. Protector.*) ¡Sosegaos!

ARZOBISPO.—(*Hablando para sí.*) ¡Parece un eco! (*A Simón Bolívar.*) ¿Concibes lo que sería nuestra miseria sin esperanza? Sería el infierno ya.

SIMÓN BOLÍVAR.—Esperáis un fallo y esperáis benevolencia.

ARZOBISPO.—El fallo sé que ya se ha pronunciado...

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Sorprendido, excitado.*) ¿Cómo lo sabéis? ¿Cómo? ¿Cómo es posible?

(*Mira al suelo. Mordiendo las palabras.*) ¡A esto se ha llegado! ¡A que todo sea posible! (*Al Prelado, dominando la ira.*) Pues bien: el fallo se ha pronunciado. ¡Recordad el Rubicón!

ARZOBISPO.—(*Con levísima ironía.*) Habláis con modestia. ¡El Rubicón! Ciertamente no es el Orinoco: es un riachuelo. Ni siquiera la grandeza de un río está solo en lo material de su dimensión. En todo caso, el hombre, el hombre de sangre y espíritu, un César resucitado, representaría él mismo, en este trance, al Orinoco. ¡No al Rubicón, Simón Bolívar! (*Pausa.*) Está echada la suerte, pues. Y aún hablas de benevolencia. Me conformaría con justicia, nada más.

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Sarcástico.*) ¡Se hará justicia!

ARZOBISPO.—Quieres decir que serán ajusticiados, que serán ejecutados los prisioneros españoles. Habría que llamar a esto justicia con premeditación. ¡No sé si con alevosía! (*Pausa, secamente.*) ¿Significa este fallo la sentencia terrible?

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Cínico.*) Diría que huelga la pregunta en quien tan informado parece estar. La respuesta equivaldría a una violación de secreto. Fallo y sentencia se harán públicos en su hora. (*Pausa.*) Una hora muy próxima. (*Bajando la voz.*) Muy próxima.

ARZOBISPO.—¿Qué fuerza te mueve? (*Pausa.*) ¡Ineluctable debe ser!

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Sin mirarle.*) ¡Quien me humilló será humillado!

ARZOBISPO.—¡La fuerza que te mueve es la vindicta! Eso quiere decir que hablar de una conciencia es presunción en mí y que es ficción hablar del Estado y tus deberes. Y eso quiere decir también que no es por estos prisioneros que has decidido sacrificar por quienes te sientes agraviado, sino por otros, por los que se te rebelaron un día y te hicieron perder el primer mando y la apostura: aquellos pocos reclusos, casi inermes, que deslucieron tu estreno supones que te humillaron. ¡Ah, se comprende! No serías humano ya si tu odio pidiese menos. ¡Se comprende que en sangre de prisioneros quieras vengarte!

SIMÓN BOLÍVAR.—¡Hubo traición, no humillación! Hablé en metáfora. ¡Quien haya de humillarme a mí aún no ha nacido! (*Pausa de dieciocho segundos, muy bajo.*) Y las sombras, sombras son.

ARZOBISPO.—Traición, humillación, sombras, venganza: ¿qué más, Simón Bolívar? ¿Fue tu revés desgracia, o fue impericia, fue miedo? Sería todo esto y nada sería o bien poco sin esa desatentada soberbia, que, si montes se le atravesaran, contra montes cerraría. Tan humana es que casi es animal. No solo en ti: lo sería en un santo. Pide la víctima la presa, que no se contenta con menos y solo se aplaca así. ¡Por eso te decía que comprendo que en sangre de prisioneros quieras vengarte! Y por eso antes te dije que quieres mancillarte por nada. Porque eso, sin la soberbia, no es nada, bien poco. ¿Quién no resbala, quién no tropieza? ¡Ese sí que no ha nacido! Si de orgullo supieras, sabrías erguirte en la humillación, contar con ella y con los muchos que han nacido para humillarnos y escarnecernos. Pero no temas: no voy a hablarte de humildad. ¡A practicarla he venido! (*Bajando la voz.*) Hasta ti he venido. Con humildad he venido. ¡Pero también con dignidad! Todavía con dignidad. (*Pausa. Casi inaudiblemente.*) No sé hasta cuándo.

SIMÓN BOLÍVAR.—¡Por delación vinisteis! ¡Por artimaña! ¡Vinisteis a humillarme! ¡Con ser quien sois, no podréis lograrlo! (*Pausa.*) Tampoco va a engañarme vuestra humildad fingida. Son viejos vuestros arbitrios. (*Gritando.*) ¡Ni fui humillado entonces, ni ahora lo seré! ¡Y no me engañaron! ¡Me traicionaron, como ahora! ¡No, no me engañaron! ¡No me engañaréis!

ARZOBISPO.—(*Con calma y firmeza*) Eres soldado; tu nombre, Simón Bolívar. No he venido a engañarte: ¿cómo es el engaño? ¿Cómo es, dime? Pero no vas a decírmelo, porque tú mismo no lo sabes. Si lo supieras, no hubieras gritado como un caporal siendo capitán ilustre. ¿No es el ardid de guerra al cabo engaño? La guerra misma ¿no es engaño hasta en una gloria que no es tampoco como la imaginas? ¡Para engañarte no hubiera necesitado venir! Y de humildad, hasta aquí no has visto mucho. Pero piensa que la humildad es engañosa solo cuando no supone sacrificio. ¡El alma en holocausto no sabe engañar, Simón Bolívar! ¡Eres soldado! Ni al engaño debes temer, ni al desengaño. ¿Eres soldado, Simón Bolívar?

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Tranquilo nuevamente.*) Nací soldado, padre.

ARZOBISPO.—Dije que vine a ti con humildad. (*Pausa.*) ¡Pero también con dignidad! ¡No la he perdido aún, mas, si la pierdo, con dolor tan inmenso ha de ser que

al cielo clame! ¡Más te valdrá oírme digno, como al pastor, como al padre! ¡Más te valdrá! Por tu salud, será mejor que escuches palabras severas del Prelado que súplicas dolientes del hombre. El hombre no te ha hablado aún, ni quiere hablarte. Como soldado, no debiste temer al engaño, y más no existiendo. ¿Temerás la voz del desengaño, siendo soldado ilustre?

SIMÓN BOLÍVAR.—No sé lo que es temor, nunca lo supe. Si en mí lo presumisteis, vos sois el engañado. Ni las palabras lo dicen todo, ni lo dice todo la actitud de un momento. ¡Mil veces demostré las reservas que guarda mi carácter!

ARZOBISPO.—Pues escucha, entonces. ¡Escucha! (*Pausa.*) Eso no es nada. Eso que alegas no es nada y por Dios que no puedes mancillarte por nada.

SIMÓN BOLÍVAR.—Ya lo dijisteis.

ARZOBISPO.—¡No acabaría de repetirlo! Mas podría apostarse ahí, en tu mente, no en tu corazón, como lo otro, en tu mente, el calculado designio de ganarte, con el tajo que quieres descargar, las voluntades que alimentan el odio, de dominar a los cuervos que estás criando, de impresionarles con un golpe teatral, muy tuyo, y de paso ahuyentar la amenaza de una lucha para la que no has nacido..., aunque hayas nacido soldado, como dices, una lucha que acaso temes sin saberlo bien. ¡Sería como caer por la espalda sobre el adversario desde una encrucijada o desde un cerro!

SIMÓN BOLÍVAR.—¡Ardid de guerra!

ARZOBISPO.—¡De paz, dirías mejor! ¡De paz artera! ¡Ardid de pescador, no de soldado! (*Pausa.*) A decírtelo iba. (*Pausa.*) Escucha..., escucha. (*Pausa.*) La guerra tiene normas, reglas, siempre las tuvo. ¡Y la emboscada siempre fue emboscada! Doblemente: por estar en la acción y en el propósito. La sorpresa, el ardid del guerrero, es otra cosa. Es pericia y es pugna y heroísmo. Es recurso lo más, pero no es regla. Es recurso final, hijo del riesgo. No es palabra, propósito: ¡es juego duro! ¡Es prueba! ¡A ese extremo se va para morir en ese extremo! ¡Hijo de la emboscada el héroe? ¡Antes del crimen! ¡Inhumano mejor que humano así! (*Pausa.*) En el ardid de guerra se juega todo: entre otras cosas, la vida. (*Pausa, lentamente.*) Mis palabras primeras aquí fueron de aviso, de sangre fueron, de fervor y temor ante decretos del más excelso, del más terrible enigma. ¿Qué sabemos de ello? Solo la fe puede acorrernos. (*Bajando la voz.*)

Salvarnos. *(Pausa.)* Considera, en fin, Simón Bolívar, que el gran soldado puede tender la emboscada y, sin embargo, hombre de emboscada el gran soldado no lo fue nunca. *(Pausa, le mira largamente.)* ¿No quieres entenderme? *(Simón Bolívar abate la mirada y no contesta. Pausa.)* ¡No puedes entenderme! *(Pausa. El Prelado, que extendió el brazo con la mano abierta, al recogerlo queda un instante contemplando la palma de su mano. En voz muy baja.)* No puedes entenderme. *(Pausa.)* ¿Ves esta pavesa en mi mano? ¿De qué incendio será, de qué incendio será? ¡Mira, mira para probar adónde llega tu atisbo! *(Con gran asombro y misterio.)* Mira: tan menuda y encierra la fuerza de los mundos. *(Mirada indiferente de Simón Bolívar.)* Es tan parva, tan pequeña, que no la ves. ¡Pero sería una montaña y no la verías tampoco! ¡Tan ciego estás! *(Pausa.)* Una pavesa, una montaña, mi mano, todo en un solo haz, en este instante, atado por la voluntad divina. Piensa, hijo, en esta santa ligadura, mira despacio, detén los ojos: lo más menudo puede ser lo más grande y el perdón del Alto y su bendición pueden estar en unos mortales dedos. Piensa, hijo mío, y considera: una montaña, una mano, una pavesa. *(El Prelado se sopla en la palma de la mano con negligente ademán. Tras un embarazoso silencio de veintidós segundos.)* Te llamo a razón. ¿No pretendes hablar en nombre de esta diosa?

SIMÓN BOLÍVAR.—*(Con irónica condescendencia.)* Bueno... ¡bueno! *(Andando hacia atrás muy lentamente, retrocede tres pasos. Su gesto es de escuchar con profunda atención. De pronto, sin violencia, con suprema naturalidad, gira sobre los talones, se acerca, muy pausado, al canasto azul y extrae de su interior un puñado de rosas de color rosa, que, siempre muy pausado, empieza a colocar en los búcaros vacíos. Mas entre ellas advierte una encarnada. La toma en sus dedos, la contempla un instante y la arroja al canasto. Continúa colocando las demás en los búcaros.)*

ARZOBISPO.—*(Sigue los movimientos de Simón Bolívar con gran indiferencia y, tras una pausa de cuarenta y ocho segundos.)* A razón quería llamarte. *(Cesura.)* Pero no atiendes a razones. *(Con gran facilidad y con la mano izquierda —con la derecha sostiene siempre el báculo—, el Prelado extrae de su faltriquera un menudo papel, que despliega también con gran facilidad, sin ayudarse con la mano derecha. Tras una pausa, continúa.)* La guerra a muerte proclamaste y la llamaste así: guerra a muerte. Con la palabra echaste la guerra

por delante, sacaste a la muerte de sus cubiles. *(Pausa.)* ¡Rachas sembraste así! ¿Estás presto, estás listo, estás fuerte para la cosecha de huracanes? ¿Sabes que ha de arrastrarse esa palabra impía si esperas mucho? ¿Sabes que aún puedes recogerla, antes de que prenda y cunda como simiente de maldición? ¿Sabes que la palabra viva es también arma y como el arma en el noble tiene sus leyes? Noble cuna tuviste, Simón Bolívar: ¡usa tu arma! ¡Haz que se enfunden los puñales desenvainados! Estás a tiempo. ¡Ah, pero no esperes! ¿Sabes que eso prende como la plaga, sabes que eso prende como la envidia? Usa el arma noble: ¡usa tu arma! *(Pausa. Blandiendo el papel que tiene en la mano.)* ¿Es esta la tuya? Tus palabras sí son, escucha. *(Simón Bolívar se detiene, a veces, un instante y mira al Prelado en actitud de escucharle con atención, pero su expresión es glacial, su rostro de hielo; termina alguna de estas detenciones aspirando el aroma de una rosa. El Prelado le ignora con los ojos, mientras le hostiga su voz.)* Diría mejor escúchate a ti mismo. *(Lee, maquinal, pausada y muy claramente, la proclama escrita a pluma en el papel que tiene en la mano.)* «Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la justa causa, por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo, castigado como traidor a la patria y, en consecuencia, será irremisiblemente pasado por las armas». *(Pausa.)* ¡Tu proclama de Trujillo! No la he leído para recordártela, sino para que sepas que no se olvida y sobre todo: para que la consideres. *(Pausa. Bajando la voz.)* Para que la consideres. *(Pausa. Elevando la voz.)* Aquí *(mostrando el papel)* dispones que los españoles que contra sí mismos no conspiren con resultado positivo sean fusilados sin misericordia, ¿no es eso lo que pretendes? *(Pausa.)* ¡La historia del mundo no registra un documento igual! *(Bajando la voz, con lentitud.)* Ni más bárbaro. *(Cesura.)* Ni más estúpido. *(Simón Bolívar, que ha terminado de colocar las rosas en los búcaros, vuelve al sitio que ocupaba, cerca del Prelado, frígido el rostro siempre, mas con ademán de atención hondísima. Desde la sala se difunde una suave fragancia. El Prelado permanece silencioso durante veintidós segundos, con la mirada ausente. Luego, como si hablara para sí.)* Te denuncias en este documento: te confiesas a gritos. Y esa será tu voluntad, eso quedará como tu voluntad y así expresada, en esa confesión sin par, sin precedente. Haz que se manifieste algo distinto y se declare, algo que venga a anular su designio y apagar su estridor. ¡Antes de que la hora llegue! Se acercan sombras.

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Impresionado.*) ¿Sombras, decís?

ARZOBISPO.—He dicho sombras por decir lo incierto: ¿hay algo más medroso? (*Pausa, con impaciencia.*) ¡La contrición antes de que la hora llegue! ¡La contrición, Simón Bolívar! Confesada a gritos también, como la que en esa proclama te delató: ¿confesión pública!

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Sarcástico.*) Con pregonero y picota, podríais añadir cristianamente, padre. Creo que los tiempos han cambiado...

ARZOBISPO.—Para mensajes como tu proclama de Trujillo, cambiaron los tiempos. Mas en muy curiosa forma: en los pasados una proclama así no era posible. Y si hoy lo ha sido, es que cambiaron los tiempos. Para un noble ademán que te daría fuerza, para una pública declaración, magnánima, los tiempos nunca cambian, si se llega a tiempo. ¿O piensas que te da fuerza esa proclama y significa fuerza? Si dije confesión a gritos, no dije todo: confesión de desmayo, testimonio inaudito de debilidad, quise decir. (*Pausa.*) Confesión pública ha de ser aunque sea profana. (*Bajando la voz.*) La otra confesión tú no la quieres.

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Secamente.*) No se la impido a los demás.

ARZOBISPO.—¿A los que están en capilla?

SIMÓN BOLÍVAR.—No excluyo a nadie.

ARZOBISPO.—¿Sombras se acercan!

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Sobrecogido.*) ¿Qué sombras, *Monseigneur*? (*Con pronunciación muy recalcada de la «eu» francesa*) ¿Qué sombras?

ARZOBISPO.—Las de la incertidumbre.

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Bajo el influjo de una obsesión que no puede arrancarse.*) ¿Sombras, dijisteis!

ARZOBISPO.—Las de la incertidumbre, la cruel ansia. ¡Ochocientos sesenta y seis hombres en capilla, en espera! No en la de morir, que esa es la de cada instante nuestro, siempre la misma, conocida, amiga casi. No: ¡esta es la espera de nacer a un nuevo día, el miedo a la alborada, el terror sin nombre a un nacimiento, con fatigas que ningún alumbramiento tuvo! (*Pausa de veintidós segundos.*) La brutalidad en el rudo, en el plebeyo, en el ignaro, es comprensible y muchas veces disculpable. ¡Hasta puede

ser hermosa! Está en su línea. ¿Más en ti, el noble, el ilustrado, el redentor del paria? ¿No vienes a acabar «eternamente» (*da a esta palabra un enfático e irónico matiz*), para hacer tu estilo, con el desmán de los tiranos y a abolir sus procedimientos? Pero, además, ¿no entiendes que, si aun de delincuencia se tratara, el delincuente colectivo no existe, que la ejecución así, si para el alma es desgarrón, herida horrenda, para la inteligencia es afrenta ya, difamación, vergüenza, estulta fechoría? ¿Pero no se trata de delincuencia! No hay aquí delincuentes, no los hay: hay prisioneros. Prisioneros, no malhechores, digo. ¡Prisioneros de guerra! ¡Ochocientos sesenta y seis valientes en buena lid tomados! (*Con viril grito.*) ¡Ochocientos sesenta y seis españoles, Simón Bolívar! (*El Prelado hunde su mirada de sublime cólera en una abstracta lejanía, y permanece así veintidós segundos. Luego la clava con dureza en Simón Bolívar, que se mantiene como una esfinge, y tras una pausa de veintidós segundos, igualmente, prosigue.*) Como un salterio adverso debe sonar mi voz a tus oídos: ¿desde los desiertos de la historia llega hasta ti clamando! Es tu deber: ¡escúchala! ¿No hablaste de deberes? Mientras no vuelva al yermo, al cilicio, al páramo de mi soledad con Dios, así he de hablarte. ¡Quiera el feliz acaso que, extrañamente, el yermo, el cilicio, no descendan aquí, a esta cámara del mundo y antes que a mis desiertos vuelva! ¡Por tu salud, soldado! (*Simón Bolívar pone en el pastor una repentina mirada de sorpresa, que al punto retira, tornando a su frígida pasividad. El Prelado guarda el papel que tiene en la mano, sin mirársela, con gran facilidad y naturalidad, en su faltriquera. Tras una pausa.*) ¡Ochocientos sesenta y seis hombres! ¡Un ronco batallón! Desfilando ocuparían cuadras enteras, los últimos oirían lejana la fanfarria de los batidores; desplegados, cubrirían un flanco y decidirían la victoria. ¡Con ellos podrías ganar la más esclarecida, la más alucinante, la más sonada! ¡De ella saldrías envuelto en resplandores! ¡Blasones altos de tu poderío, riqueza para ti, serían sus vidas! ¡Gana con ellos tu victoria, soldado! ¡Ilustra así tu puño, honra tu arma imperial así, para centurias! ¡Obra, en fin, en nombre de tu nobleza y de tu sangre, que español naciste! ¿Vas a abrirte las venas, a asesinar a tu familia?

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Tras una pausa, cortante, frío.*) Voy a hacer algo mucho más increíble, *Monseigneur*. Algo mucho más difícil, escandaloso, algo que la historia apenas

conoce, algo que me hará sufrir y gemir sin consuelo: voy a hacer justicia. La haría con mi hermano. ¡La haría con mi madre! ¡Antes que con nadie en la tierra, la haría conmigo mismo!

ARZOBISPO.—¡Contigo la estás haciendo ya! ¡No sabes que extremada justicia estás haciéndote! (*Pausa de veintidós segundos.*) No te maldigo, no puedo, no sé: pero te emplazo. Eres tú mismo quien conjura la maldición. Te verás solo: renegarán de ti. Contribuiste a la avalancha como el pájaro que mueve esa rama de árbol que la nieve cubre y al movimiento cae, por fuerte contingencia y golpe débil, y rueda y se hincha luego, asuela, destruye. ¡Dios sabe si para crear también! Solo Dios sabe. Mas si la masa y el estruendo, la obra tal vez, son grandes, el pájaro es pequeño, insignificante, mínimo. ¡No, no será por envidia a tu grandeza por lo que renegarán de ti los que te acompañen! Si creces con la obra, que sea de veras, que sea un trofeo que nadie te arrebate. ¡Reta a la envidia! Que sea de veras. ¡Rescata esa grandeza que perdiste! Que sea de veras. ¡No te mientas, acórrete, sálvate, soldado! (*Bajando la voz hasta el susurro.*) Que sea de veras.

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Gritando.*) ¿Cuándo soportó Bolívar insolencia tanta? ¿Qué avilantez osó nunca aconsejarle? Para atreverse a ello, ¿quién se siente tan alto? ¿Qué sol deslumbró al sol para eclipsarle? ¿Cuándo necesitó de eso Bolívar? ¿Cuándo lo oyó? ¿No hablasteis de grandeza? En su paciencia está, también, (*leve cesura tras la coma*) su grandeza. ¡Temed su ira, Monseigneur! ¡Que si algo viene no haya que repetir grandeza de Bolívar!

ARZOBISPO.—(*Quitándole la palabra con la última sílaba. Con voz de trueno, golpeando el suelo una vez con el báculo.*) ¡Basta! (*Macrófono. Pausa de veintiséis segundos. En voz muy baja.*) Basta. (*Cesura.*) Que la santa cólera que sobre ti se cernió se hunda en el polvo a golpe de cayado. Pero basta: no desafíes al cielo y escucha al hombre, que ni pastor ser quiere: hombre no más. Y como tal, escúchame. Hombre soy y quiero serlo ante ti, sin majestad, sin halo: despojo apenas, arcilla, cal. Atiende al hombre, al pecador, al siervo, al indigno, al vil. (*Pausa.*) Al desnudo. (*Pausa.*) Al descalzo. (*Cesura, acercándose a la gran mesa.*) Dejo el báculo a esta parte (*lo deja sobre ella*), a un lado dejo la mitra (*quítasela con ambas manos, la pone sobre la gran mesa*), dejo el lino

y el oro, dejo seda (*se desprende de la capa pluvial, que coloca sobre la gran mesa, igualmente*) y ante ti quedo despojado. (*Pausa.*) ¡Heme ante ti ya sin rito, ni poder, ni jerarquía, sin atributos, sin ley, sin ornamento! (*Al quitarse el pontifical, quedó el Prelado en hábito de capuchino, con cordón y cogulla, que le cuelga sobre la espalda, dejando descubierta la noble y tonsurada cabeza. Tiende hacia Simón Bolívar las manos abiertas, las muestra, se las mira mientras habla, tras una pausa de catorce segundos.*) ¡Este instrumento de súplica me queda! Ya no te hablo yo, te hablan mis manos: ¡estas manos mías! Estas manos de la oración, de la bendición, de la unción y la eucaristía, ¡estas manos patéticas! Estas manos que son ahora las del ruego y la humildad y la manse dumbre, estas manos que no saben castigar, ni herir, ni maldecir. (*Muy bajo.*) ¡Pero sí señalar, Simón Bolívar!

SIMÓN BOLÍVAR.—En esta forma, la farsa... o la escena puede continuar por algún tiempo. Por muy poco tiempo.

ARZOBISPO.—Pidiéndote favor contribuyo a elevarte: ¡atiéndeme! Hasta al falso ídolo se le eleva pidiéndole favor, y digo falso porque hay ídolos verdaderos, sí los hay, que hasta el ídolo es adulterable. Pero aun abatido, aun lacerado, abrasado, en la ceniza, al pedirte favor no es mi ruego el de la idolatría y el aturdimiento, aunque al pedir favor contribuya a elevarte. ¡Disculpa este distingo y atiéndeme! Escena, dijiste, de farsa, hablaste. De apremio también, mas considera que, si para el invocado es largo el tiempo, el mismo tiempo es breve para el que pide. ¡Considera y atiéndeme! Hay quien de idolatría sabe y al caer en ella no tiene disculpa, no tiene perdón. Mas hay también quien se engaña. ¿Y qué mortal está seguro de no engañarse? Hay quien se engaña, por la mejor fe guiado, quien obra por desconocimiento, por desconocimiento que no redime de pecado, algunas veces, pero sin dolo por su parte y sin hipocresía, sin simulación, sin esa inocente farsa siquiera con que la tolerancia, la prudencia, la buena crianza, se ven en trance de vestirse. ¡Aun puede significar bondad, al cabo, esta inocente farsa! Sí, hijo, hay también quien se engaña y a quien solo el desengaño abre los ojos y otorga conocimiento. Al llegar a esta sazón empieza el drama para el elegido, para el vidente, para el que clama desde lo profundo y a Dios le pide que oiga su temblor y le ilumine en su miseria, en su tiniebla, en su pasión y

en su querella oscura. ¡El vidente pide asidero para salir de su desengaño! Y no pide ya para que nadie se encumbre y fortalezca. ¡Porque no sabe ya pedir y apenas sabe lo que pide el que suplica! (*Pausa. Tendiendo hacia Simón Bolívar las manos abiertas nuevamente.*) Simón Bolívar, hijo de América, hijo de España, hijo de la Iglesia, aunque reniegues, y por la Iglesia hijo mío también: ¡sácame del desengaño! (*Cesura.*) ¡Considera y atiéndeme!

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Su expresión se ha ido humanizando. Con voz casi cordial, acompañándose con ademán de la diestra, replica.*) Hablad, padre. ¡Hablad!

ARZOBISPO.—(*Parece reconcentrarse durante dieciséis segundos.*) ¡El mal difícil! ¡Ah, qué difícilmente se hace cuando se hace así! ¡Cuánta pugna, cuánta sangre cuesta el mal difícil! La culpa fría le acompaña. Es su imagen y su silueta. (*Pausa de dieciocho segundos.*) Todos somos culpables por egoísmo sagrado, por pasión, por olvido, por ignorancia. ¡Hasta por inocencia somos culpables! Y pocos son lo bastante independientes para ser buenos. ¡Tú lo eres como nadie, Simón Bolívar! Por eso como nadie eres culpable tú. Y tu culpa no es de egoísmo sagrado, ni de olvido, ni de ignorancia, ni de inocencia... ¡Oh, no es de inocencia!... Ni de pasión, ni de alta ambición siquiera. ¡Tú lo sientes por dentro, pues no puedes dejar de ser cristiano! ¡No lo quieres, no puedes convencerte a ti mismo de que lo quieres! (*Pausa.*) Haces flamear consignas y enarbolas enseñas. La llama del flamear está por fuera cabalmente: ¡no está en tu pecho! ¡En tu brazo hay dolor y rendimiento, y el puño se agarrota ya crispado! El esfuerzo es tan grande que no puedes con ese esfuerzo. ¿No será que persigues el mal difícil bajo el ala siniestra, la de la culpa fría? ¿No te inducirá, por desventura, su cobijo falaz, fingiendo afrentas, peligros, daños, a ver amenaza en lo que acaso es fruto de un sentimiento de rivalidad? La culpa fría es el negro ángel de la guarda y las sombras rivales no te son bienquistas, muy pronto me percaté. (*Cesura.*) Muy pronto. (*Pausa.*) Hijo de la luz, en buena hora: ¡alerta! (*Bajando la voz.*) Alerta: el mal difícil y la culpa fría. (*Pausa de veintiocho segundos. Como en soliloquio.*) La impunidad invita. El crimen ignorado es como si no fuera crimen. Puede ser, en el tiempo, breve, instantáneo, y entonces, después de ser, es como si no hubiera sido. Estaba una vida ahí: ¡ya no está! Al que la suprimió casi le parece que no ha sido él. ¡Podría llegar a

olvidarlo! Es el crimen de los malos pensamientos, que pueden venir contra nuestra voluntad, si no siempre contra nuestro deseo más tenebroso. Y su poder manda tal brío que solo la oración nos libra de su poder. Esta, a veces, obra su virtud sin ser articulada. ¡La oración, hijo, es una infinitud! Mas, a veces, la oración misma enciende la avidez de malos pensamientos, que la víctima de la tentación, en la repulsa, toca, palpa, y aspira su vaho y saborea su gusto, como el eremita desventurado. ¿Pero no hemos inventado nosotros todo esto? Porque, aun vencidos y ahuyentados, los malos pensamientos vuelven. Y si el camino trillado les es propicio, su elegido es el puro; el así apellidado. Peca quien consiente en espíritu y desciende a la obra, como los niños, impuros y sin pecado, que no distinguen entre acto y pensamiento. ¿Mas no son los hombres niños para el señor? ¡Misericordia! *(Pausa. Con lentitud.)* Tal vez el mundo, al ignorar el crimen, lo dé por no cometido. *(Dirigiéndose nuevamente a Simón Bolívar. Con énfasis.)* ¡Pero Dios, el nuestro, no olvida al criminal! *(Pausa. El Prelado, como en raptó, levanta las manos abiertas a la altura de las sienes cuando continúa.)* ¡Simón Bolívar, en el claro nombre de tu América, que también es mía! ¡Oh, soldado, capitán, señor de un sueño que se agarra a esta tierra como una tremenda raíz apasionada! ¡Simón Bolívar! *(Levantando el puño sobre su cabeza, como si asiera un asta e hiciese ondear una enseña.)* ¡Por la bandera de la muerte! *(Señalando el suelo con las manos tendidas.)* ¡Por el averno devorado! *(Señalando su anillo pastoral.)* Por la alianza inmaculada: ¡por este anillo! *(Tomando la cruz sobre su pecho con su diestra temblorosa.)* ¡Por este crucifijo empapado, por esta mano trémula!

SIMÓN BOLÍVAR.—*(Se cubre el rostro con ambas manos. Permanece así dieciocho segundos. Lentamente, con reposada y emocionada voz.)* Eminencia Ilustrísima: con vos ya estoy de acuerdo. *(Pausa.)* Necesito ahora... ponerme de acuerdo conmigo mismo. *(El Arzobispo parece no escucharle ya, inmerso en la plegaria, con la mano izquierda sobre el pecho de forma que el crucifijo queda entre el índice y el pulgar. Simón Bolívar, con la cabeza inclinada, parece abismarse en pensamientos, con expresión de zozobra hondísima en su semblante. Mira luego el puño de su espada, lo acaricia con la diestra, como distraído. Apenas había pronunciado Simón Bolívar la última palabra, el familiar, que es enfocado con luz más intensa, levanta los ojos del breviario y, con lenta torsión, pone la mirada en el*

[230] BOVES

grupo del Arzobispo y Simón Bolívar. Se levanta de su asiento y hace ademán de avanzar, pero se vuelve y se va por la puerta del fondo. Cesa la iluminación. Siete segundos después, a través del marco de la ventana se ve cruzar su sombra en la penumbra de la terraza, contra el toldo de estrellas. La sombra va y vuelve a breves intervalos; el familiar pasea espectralmente en uno y otro sentido, con el breviario cerrado sostenido sobre el pecho con la diestra. Cuando ha cruzado seis veces en ambos sentidos, cada vez que pasa nuevamente ante el hueco de la ventana es enfocado casi en forma de flash pero sostenido, de modo que la iluminación constituye un rosario de destellos. Simón Bolívar deja de contemplar el puño de su espada y pone los ojos en el Arzobispo, en trance como un iluminado de Theotocópuli, y le observa con profunda atención durante veintiocho segundos, al cabo de los cuales se acerca, muy pausadamente, al Criado 1, en guardia ante la puerta de sus habitaciones, e inicia con él, desde muy cerca, un diálogo inaudible; el Criado 1, en posición de firmes, se limita a asentir leve y respetuosamente con la cabeza, de vez en cuando. Simón Bolívar, en algunos momentos, señalará al Arzobispo, con ligerísimo ademán de la cabeza y la mano, en el curso del diálogo, que durará dos minutos, al cabo de los cuales se acerca a la puerta de sus habitaciones con claro ademán de entrar, mas, apenas pone la mano en la puerta el Criado 1 para abrirle, se oye crujir el cerrojo como si hubieran echado la llave por dentro. Macrófono. En este instante, los destellos que iluminan el paso de la figura del familiar por el marco de la ventana cesan, siendo sustituidos por una intensa luz, que inunda la terraza. En el próximo paso de izquierda a derecha de la figura del familiar, se cruza con Leandro, que llega desde la derecha y se detiene, y se ve que algo, inaudible, dice el familiar, que se detiene también. Se les ve hablar, sin oírles, durante trece segundos. Leandro continúa hacia la izquierda, para aparecer en escena por el acceso de servicio, mientras el familiar espía desde la ventana. Es el momento en que Simón Bolívar, tras comprobar por sí mismo que la puerta no puede abrirse, llama con potente voz.) ¡Leandro! (El Arzobispo, siempre absorto, de nada parece enterarse y Leandro está allí ya. Simón Bolívar, con ligero movimiento de sorpresa.) ¡Ah! ¿Quién ha cerrado esa puerta desde dentro?

LEANDRO.—Nadie ha cerrado desde dentro, Excelencia. (Se acerca a la puerta y la abre con la mayor facilidad. El Criado 2 aparece restregándose los ojos y como si le deslumbrara la luz. Leandro lo toma por los hombros, lo sacude suavemente) ¿Dormías?

CRIADO 2.—(*Ponderativo.*) ¿Yo? ¡Nunca! ¡Jamás! (*Al darse cuenta de la presencia de Simón Bolívar, adopta la más rígida postura de firmes, metida la barbilla, recogido el abdomen, con la más extremada exageración.*)

LEANDRO.—Pues sigue en tu guardia con los ojos bien abiertos. (*Lo impulsa suavemente hacia el interior y cierra la puerta.*)

SIMÓN BOLÍVAR.—(*A Leandro.*) ¿Lo entiendes tú?

LEANDRO.—(*Desviando la pregunta y eludiendo la respuesta, con tono y ademán apremiantes.*) ¡Informe secreto, Excelencia! (*Simón Bolívar mira en torno, como en busca de lugar apropiado para escuchar a Leandro; como en tácito y espontáneo acuerdo, se retiran los dos hasta la proximidad del acceso de servicio y se advierte que ya con el primer paso empieza a hablar Leandro de forma vehementísima, mas tan bajo que son inaudibles sus palabras. Se sitúa de modo que Simón Bolívar queda de espaldas; puede así el familiar, que desde la ventana espiaba, penetrar en escena por la puerta del fondo, pisando con tino, mas no de puntillas, y llegar hasta el lugar donde se encuentra el Arzobispo, sin ser advertido. Cesa la iluminación en la terraza al desaparecer del marco de la ventana el familiar, que al pasar deja su breviario sobre la silla que había ocupado antes, bajo el cuadro napoleónico. Ya al atravesar la puerta del fondo el familiar, el Arzobispo se pasa la mano por los ojos, parece salir de su trance místico y vuelve la mirada como si le esperase. Le ve, pues, llegar.*)

FAMILIAR.—(*Al Arzobispo, tras una reverencia, en voz baja, muy audible y distinta.*) Solo le mueve la vindicta.

ARZOBISPO.—(*En el mismo tono de voz.*) ¡Caín le mueve!

FAMILIAR.—¿Os acorro?

ARZOBISPO.—En la oración me consuelo. Si lo que acontecer puede es por alta voluntad, será por bien. ¡Ora conmigo y que el bien se haga por mano de Caín!

FAMILIAR.—Retiraos, padre. ¡Conviene así!

ARZOBISPO.—Dar tregua conviene aún. Es la tregua de Dios, mientras Dios quiera. ¡Que nada interrumpa nuestra plegaria, que a nuestra a ánima nada la altere!

(*Con nueva reverencia se retira el familiar, pisando siempre con tino, recoge el breviario que había dejado sobre la silla, se sienta nuevamente de perfil y vuelve a sumirse*

[232] BOVES

en la lectura rezada. Cuando le rodea la mayor agitación, sus labios se moverán muy perceptiblemente, se inclinará, reverente, su cabeza y se santiguará a intervalos. Se mantendrá así, inalterable, hasta el final del acto primero, las manos y el rostro enfocados por suave luz. El Arzobispo lleva nuevamente al pecho la mano izquierda, quedando el crucifijo entre el pulgar y el índice, y vuelve a abismarse en la oración, hierático; de cuando en cuando se mueven sus labios ligeramente, la diestra esboza la bendición, cierra los ojos durante largos tránsitos, los abre y los levanta lentos, al cielo, manteniéndose así en prolongados espacios de deliquio, como en estado de beatitud. No entrelaza las manos en ningún momento. Solo lo hará al final del acto primero, cuando se indique. El diálogo inaudible entre Simón Bolívar y Leandro continuará aún, después de haberse sentado nuevamente el familiar, durante diecisiete segundos, al cabo de los cuales Simón Bolívar entrega, muy ostensiblemente, una llave dorada de regular tamaño al mayordomo, que la recibe con una inclinación. Da así por terminado el diálogo y avanza hasta situarse bajo el retrato de Bonaparte, sin acercarse al familiar que ora, pero observándole durante catorce segundos, como si le fuera a hablar, antes de levantar la mirada, con gran lentitud, y ponerla sobre el cuadro, que contempla durante veinticuatro segundos. Se vuelve, siempre con pausa, avanza dos pasos y se detiene, con el mirar ausente, y así permanece dieciséis segundos, dirigiéndose luego hasta el lugar que antes ocupaba cerca del Arzobispo, que ignora su proximidad: con semblante contrito, con emoción, casi con arrobo, le observa durante cincuenta y cinco segundos. Leandro, muy visible en su diestra la llave dorada que le han entregado, se aproxima, con tardo andar, al Criado 1, en guardia ante la puerta de las habitaciones de Simón Bolívar, volviendo la mirada con disimulo para espiar si es observado por este, y cuando se dispone a dar la llave al Criado 1 se le cae de entre los dedos; recógela del suelo el Criado 1, entregándosela a Leandro, que la recibe en la palma de su mano abierta, cerrándola y quedando oculta la llave.)

LEANDRO.—(Al Criado 1, con laxitud, con ruego casi.) Sustitúyeme afuera. (Pausa.) Como si fuera lo de costumbre. (Queda un instante de espaldas; se advertirá luego que la llave no está ya en su mano. El Criado 1 se va por la puerta del fondo. Simón Bolívar sale de la contemplación del Arzobispo con repentino movimiento y se dirige resueltamente, con pasos ligeros, a sus habitaciones, cuya puerta hace ademán de abrir Leandro. En este

instante se oye, semilejano, un trémolo de guitarras que dura diecisiete segundos. Macrófono. Inmediatamente se percibe el trote de un caballo, que parece arbolarse al ser frenado, y la clara voz de la Niña Osorio.)

NIÑA OSORIO.—¡Bueno! (Pausa.) ¡Ea! (Macrófono. Sigue oyéndose durante trece segundos el chocar de las herraduras de un caballo que se encabrita, hiriendo las losas del patio. Macrófono. Simón Bolívar avanza tres pasos en dirección a la puerta del patio, dejando atrás a Leandro, que permanece inmóvil, y se detiene. Se vuelve para mirar siete segundos al impassible Leandro y no dice nada. Luego, ambos escuchan, expectantes, en la mayor quietud. Nuevamente se oye la clara voz de la Niña Osorio, esta vez potentísima, vibrante, metálica, en penetrante grito.) ¡Para mí el caballo blanco, Simón Bolívar! (Macrófono. Simón Bolívar se vuelve de nuevo para mirar a Leandro durante cinco segundos, sin decir nada. Ambos se mantienen expectantes. Ahora es un trote de siete segundos lo que se percibe y nuevamente el grito de la Niña Osorio. Macrófono.) ¡Al campo! (Inmediatamente lo que se oye es ya un galope que se aleja y otra vez, pero remoto ya, el grito de la Niña Osorio.) ¡Al campo, Simón Bolívar! (Sigue alejándose el galope hasta apagarse. Macrófono. Tras una pausa de nueve segundos empieza a oírse la carrera de unos pasos, con ludir de espuelas, escalera arriba, y siete segundos después se atenúa la iluminación del primer plano y se enfoca con intensa luz la puerta del fondo en el instante mismo en que la abre de un brutal puntapié un fornido descamisado que avanza corriendo de forma que al detenerse se tambalea, restableciéndose la iluminación en este punto. Por la puerta del fondo, que ha quedado abierta, se ve llegar el Criado 1, que un momento parece dudar, recorre el ámbito con la mirada y se sitúa, como en espera, frente al marco de la ventana abierta, a la izquierda del familiar, en discreta y respetuosa posición de semifirmes. El descamisado, apenas ha logrado mantener el equilibrio, hince una rodilla en tierra y jadeante, sudoroso y gesticulante, habla a Simón Bolívar. Pronuncia la «ce» como «ese» andaluza. Calza unas bragas de badana y unas toscas polainas, sucias de polvo, con gruesas espuelas.)

ELÍAS.—¡La Niña Osorio, Eselensia! ¡Robó el caballo y escapó! ¡Saltó la barda baja, la trasera! ¡Por nada se adelantó al ensierro! (Muestra el cordel de maniatar que empuña.) ¡Escapó!

LEANDRO.—(*A Elías.*) Retírate. Te interrogaré cuando puedas hablar con calma. ¿Pero puedes decir algo más de lo que has dicho?

ELÍAS.—¡No, patrón!

LEANDRO.—Ve y no pierdas de vista a la otra persona vigilada. No dejes solo a Manuel. ¡Corre! (*Elías da varios pasos de espaldas haciendo reverencias a Simón Bolívar y vase trotando por la puerta del fondo.*)

SIMÓN BOLÍVAR.—(*A Leandro.*) ¡Te vuelvo a preguntar si lo entiendes! Primero el cerrojo de esa puerta. Ahora esto.

LEANDRO.—Esto sí es grave, Excelencia. Pero consumado ya, no es el remedio, que no tiene, lo que importa, sino la explicación que nos permita salir al encuentro de lo que aún pueda amenazarnos. Anda en esto la mano de algún elemento que no conocemos o no conocemos bien algún elemento... nuevo aquí, la mano secular. (*Pone la mirada, alusivamente, primero en el Arzobispo, luego en el familiar, y va a dirigirse a este y a hablarle, pero antes, añade aún.*) ¡La mano muerta! (*Estas palabras casi se las escupe en el rostro al orante sacerdote, que se santigua. El tono de Leandro es injurioso, insultante su actitud.*)

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Enérgico, a Leandro.*) ¡No! Eso yo lo ajustaré. (*Dichas estas palabras, avanza hasta la ventana y parece otear en la penumbra. Queda luego inmóvil, absorto, mirando hacia la derecha, casi de perfil, durante largo espacio.*)

CRiado 1.—(*Tras haberse apartado y adoptado la posición de firmes al acercarse Simón Bolívar, se dirige a Leandro, que se ha situado nuevamente ante la puerta de las habitaciones.*) ¿Me habéis llamado?

LEANDRO.—(*Tarda en contestar.*) No estoy seguro de haberte llamado. (*Pausa, con negligencia.*) Ocupa tu puesto nuevamente. (*Leandro mismo se dirige al sitio donde ha quedado el canasto azul, que toma en sus manos y del que saca la rosa encarnada que había arrojado Simón Bolívar. Junta las manos y en el hueco que hacen lleva la rosa, como algo precioso y sagrado, entra en la Santa Capilla y permanece allí tres minutos y cuarenta segundos.*)

ARZOBISPO.—(*Interrumpe su plegaria, observa a Leandro, vuelve su mirada hacia la puerta abierta de la Santa Capilla y suspira con hondo dolor.*) ¿Por qué bien vendrá

este mal, Dios mío? Pues tú quieres que sea así, habrá de venir por bien, que bien es el otro lado del mal, para ti el anverso, la cara que no ven ojos mortales. (*Llévase la diestra a la frente y suspira de nuevo.*) ¡Simón, Simón! «El por Dios escuchado» significa este nombre. ¡Ah, que no te escuchara Dios! (*Sale Leandro de la Santa Capilla y hace una reverencia al pasar ante el Arzobispo, que le bendice.*)

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Se acerca al Criado 1 y le habla desde la ventana.*) A ver, Leandro, a quien ha sobornado esa víbora. Venía preparada: ni la fusta olvidó. (*Pausa.*) ¡Pero olvidó las espuelas, como Ruy Díaz!

ARZOBISPO.—(*Vuelve el rostro y la mirada cuando, tras la última palabra, Simón Bolívar se aparta de la ventana y avanza a primer término. Cuando puede ya verle, se dirige a él.*) Por la ventana, hijo, solo verás al prójimo: ¡pero en el espejo solo te has visto a ti mismo! ¡Recuerda el espejo!

SIMÓN BOLÍVAR.—He visto sombras. Pero mirad: está ciego el espejo.

ARZOBISPO.—(*Bajando la voz y la mirada, como hablando para sí mismo.*) ¡Como tú! (*Vuelve a su plegaria.*)

(*Simón Bolívar hace ademán de dirigirse a sus habitaciones. Ha dado la espalda al Arzobispo bruscamente, con no disimulado gesto de ira. En este momento, la Alcahueta irrumpe en escena, en estado de evidente e indomitable agitación. Once segundos después, y también por el acceso de servicio, hace su aparición Manuel, un fornido descamisado, como Elías; empuña el cordel de maniatar con la zurda y un grueso garrote con la diestra; empuñando un garrote y nueve segundos después de Manuel, aparece Elías. Se advierte inequívocamente que ambos llegan persiguiendo a la Alcahueta. Manuel la toma del brazo.*)

MANUEL.—¡Vamos, bruja! (*La Alcahueta se desase de un tirón violentísimo y por un instante se torna feroz la expresión de su rostro, que adquiere al punto un aire de impasibilidad cuando se vuelve a Simón Bolívar, que la increpa.*)

SIMÓN BOLÍVAR.—¿Dejarías de ser lo que siempre fuiste: muñidora de trampas, carcoma de honras y virtudes, traficante en virgos?

(*Manuel hace ademán de lanzarse de nuevo sobre ella brutalmente. La Alcahueta lleva en la muñeca izquierda una pulsera de cuero, con una funda que entra en el interior de la manga, que la oculta, y que contiene un estilete, cuya enyojada empuñadura asoma*

como una alhaja. Mira con dureza al descamisado, después mira al suelo un espacio, se apoya contra la pared para cubrir su espalda y con rápido movimiento desnuda el puñal, cruzando la diestra armada hasta la altura del hombro izquierdo, en posición de asestar. Es enfocado el grupo con intensa luz. En ningún momento hay, en esta escena —que observan, expectantes, Simón Bolívar, Leandro y el Criado 1, mientras el Arzobispo y el familiar parecen abismarse, más aún, en la oración—, acción atropellada, con excitación exterior; su intensidad dramática reside en todo lo contrario. Manuel retrocede con un salto, ante el puñal desnudo.)

ALCAHUETA.—¡Ah! ¿Tan medroso? *(Lleva el estilete a la altura de los ojos, contemplándolo y mostrándolo al mismo tiempo. Permanece así veintiún segundos, baja después el brazo lentamente y con parsimonia y desdén arroja el puñal al suelo, exclamando, enfática.)* ¡Como Pérez de Guzmán! ¿Para qué castigar al siervo y darle así la razón? ¡Bastante castigo tiene con su servidumbre, que no le ennoblece y le hace más vil! *(A Manuel, con una mirada de desprecio.)* ¿Qué te detuvo, esclavo? El miedo a la nada parece engañarte: es lo que te hace creer que existes, que eres. Esa vacuidad, ese bostezo de sima te espe-luzna. Yo no le temo. *(Con muy enfática comicidad.)* ¡Y sin embargo, existo! *(Se coloca ella misma entre los dos descamisados; imperativa.)* ¡Llevadme! *(La toman de un brazo cada uno y se la llevan por la puerta del fondo. Al irse, señala la Alcahueta con la cabeza el cordel de maniatar.)* Aunque el altísimo sabe que gano mi vida con muchos trabajos y no necesito penitencia, yo misma me aplicaré ese cilicio. *(En el punto en que ya desaparecen, exclama, a voz en cuello, con inflexiones de extrema comicidad.)* ¡Pensad en ultratumba, Simón Bolívar!

(Macrófono. Cuando la Alcahueta y los descamisados han desaparecido, se restablece la iluminación y hay una pausa silente, dolorosa, de treinta y dos segundos. Nadie se mueve. Los rostros no expresan nada.)

LEANDRO.—*(Recoge el puñal del suelo, lo examina rápidamente y se lo entrega a su señor.)* Florentino.

SIMÓN BOLÍVAR.—Hablas como experto en puñales. *(Lo mira apenas.)* ¡Guárdalo para tu colección! Puede hacernos falta. *(Se lo devuelve y le vuelve la espalda, contempla al Arzobispo durante veintiséis segundos, abate la mirada en una pausa de veintidós*

segundos, se vuelve con viveza a Leandro.) ¿Que piense en ultratumba ha dicho? (Pausa, encogiéndose de hombros.) ¿Ultratumba, ultratumba? ¿Ha dicho ultratumba? (Avanza después hasta la altura del acceso de servicio, donde se detiene, internándose hasta solo quedar visible medio cuerpo. Permanece así diecinueve segundos, al cabo de los cuales reaparece.) ¡Leandro! (Este acude y ambos se internan en el hueco, mas sin desaparecer totalmente y de forma que se advierta que han entablado vehemente diálogo. Permanecen así veintiocho segundos, al cabo de los cuales Simón Bolívar se va por la puerta del fondo y Leandro por la de las habitaciones, que deja abierta.)

CRIADO 2.—*(Asoma y se dirige al Criado 1.) ¡Arrea! ¡Si parece teatro!*

CRIADO 1.—O será al revés, que el teatro, a veces, se parece a estas cosas. Buen golpe de teatro sí lo ha sido. Pero, por Dios, que todo lo que está ocurriendo aquí hoy no parece teatro: es teatro.

CRIADO 2.—*¡De capa y espada! (En este momento coincide la reaparición de Leandro por la puerta de las habitaciones, que queda abierta, de forma que el Criado 2 es testigo de cuanto acaece, con la reaparición de Simón Bolívar por la puerta del fondo, que es enfocada con luz intensa. Abre y cierra la puerta el criado negro vestido de verdegay. Al avanzar Simón Bolívar, sigue enfocado.)*

LEANDRO.—*(Sin alejarse de la puerta de las habitaciones, a Simón Bolívar, que se detiene a escucharle junto a la misma puerta del fondo.) ¡La cartera de ante ha desaparecido, señor!*

SIMÓN BOLÍVAR.—*(Con sarcástica consternación.) Y todos mis planes con ella; los nombres comprometidos, los designios más secretos. (Abate la mirada y permanece así dieciséis segundos. Con ira.) ¡Habrás que buscar los cómplices dentro de casa! Los harás hablar. Recurriendo a todo, ¿entiendes? (Con un movimiento súbito, quédase mirando fijamente a Leandro, en absoluta inmovilidad, durante veintitrés segundos. Desenvaina después su espada y, siempre manteniendo la incisiva mirada clavada en el mayordomo, avanza hacia él muy lentamente. Al llegar a la altura del acceso de servicio, se detiene un instante, vuelve el rostro hacia el hueco y, con enérgica voz, llama.) ¡Elías! ¡Manuel! ¡A mí! (Después, y ya con andar decidido, se llega hasta Leandro, que deja caer los brazos y se yergue plantado, para recibirle. Simón Bolívar le toma del vestido, por el pecho, sin que Leandro,*

que queda de espaldas al espectador, se mueva ni conmueva, y le mantiene engarrado cuando aparecen trotando los dos parias. Simón Bolívar suelta a Leandro, se lo señala a los descamisados y les grita.) ¡Llevalle! (Toma la espada por la hoja y, sin mirarle, se la tiende al Criado 1, que la toma de la empuñadura y se la lleva al interior de las habitaciones, reapareciendo casi instantáneamente. Al pasar con la espada junto al Criado 2, este, con gran expresión de susto, se santigua. Leandro, siempre de espaldas, junta las muñecas y se las ofrece a Manuel, que empuña un cordel de maniatar de sorprendente blancura y, con gran aparato de fortaleza y rapidez, le enlaza y anuda las muñecas. En el instante mismo se ve a Leandro inclinarse; apretando las manos contra el pecho, logra desasirse con gran presteza y naturalidad y, cuando devuelve el cordel de maniatar a Manuel, es negro. Simón Bolívar, que observa la maniobra con inquietud.) ¿Y esto qué es?

LEANDRO.—Juegos del azar, señor. (*Nota bene: «del» azar, y no de azar.*)

SIMÓN BOLÍVAR.—¿Y qué es el azar, miserable?

LEANDRO.—(*Bajo, despacio, con mucho misterio y mucha ironía.*) ¿Lo que podría ser, señor? Pues... «podría ser» un plexo de urdimbres fabulosamente complicado e incógnito para nosotros y en el que solo reparamos, sin tener conciencia de ello, cuando juega con cosas de alguna entidad. Mas, aun siendo así, aun siendo juego, este plexo ha de tener su norma, que tuvo que ser creada y tiene que ser gobernada. (*Casi con voz de cuchicheo.*) ¿Por quién? (*Pausa.*) ¡Solo un miserable podría saberlo! (*Pausa.*) Ahora, conociendo esa infinitud de realidades que nos asombran, entre las que cuenta la imaginación del hombre y su pobreza, asombroso sería que no existiera lo increado, que no existiera el tejido inconsútil, existiendo un concepto de estas cosas tan vivo que su aliento mueve la luz del candelabro y empaña los espejos. ¿Puede decirse que lo que existe en la realidad del concepto no existe? ¿Puede decirse que no basta este modo de existencia? Es el de nuestra ficción humana y es de tanta grandeza y tal influjo que la representación, el teatro mismo, mandan más fuerza que lo representado y aun son de una perennidad que sobrevive a la sangre. En sazón tan extremada cabría preguntar si lo inexistente existe. Os lo dice quien al representar su papel, como vos el vuestro, se diferencia solo en que tiene conciencia de su acción de actor: sabe que está representando y lo que representa. (*Cesura.*) ¡Un histrión os

lo dice! (*A los descamisados.*) ¡Vamos! (*Con tranquilo ademán y entonación afable, a Manuel.*) Tú delante. (*A Elías.*) Sígueme tú. (*Ha dado apenas dos pasos cuando se detiene, se vuelve hacia Simón Bolívar, le mide, pausado, de pies a cabeza con la mirada, con una expresión de ultrahumano desprecio y una casi imperceptible sonrisa. Continúan después hasta la puerta del fondo. Ya la han franqueado Manuel y Leandro, y Elías está a punto de hacerlo, cuando se oye el grito desgarrado de Simón Bolívar.*)

SIMÓN BOLÍVAR.—¡Elías! ¡Espera tú! (*Manuel y Leandro desaparecen por la puerta del fondo y Elías, que se volvió, súbito, automático, espera, sumiso, con expresión de bárbara ingenuidad, vivo retrato de la servidumbre. Se le mantiene enfocado hasta el último instante. Se le ve empuñar el garrote con ambas manos. El foco le seguirá en todos sus movimientos. A una señal de Bolívar, con la mano izquierda, acude trotando, enarbolando el palo. Cuando llega hasta él, Simón Bolívar le dice.*) ¡Ven conmigo!

(*Elías le sigue en dirección de la Santa Capilla, en la que penetra y desaparece, quedando ligeramente rezagado él mismo y deteniéndose. Abate el garrote y se encorva y avanza así hasta el Arzobispo, dejando colgar los brazos y caer el palo —macrófono— que no recogerá luego. No se arrodilla. El Prelado le da a besar el anillo y le bendice, corriendo el paria inmediatamente en pos de su señor y desapareciendo por la puerta de la Santa Capilla. Simón Bolívar no ha advertido nada. Todo ha ocurrido de forma rapidísima y furtiva. Saldrán ambos nuevamente de la Santa Capilla en el mismo instante en que termina el diálogo entre el Criado 1 y el Criado 2.*)

CRIADO 2.—(*Al Criado 1.*) ¡Leandro no es el que creíamos!

CRIADO 1.—No: es un maestro. Un gran maestro (*De un bolsillo saca la llave dorada, la que Simón Bolívar había entregado a Leandro y este había dejado caer. Se la entrega al Criado 2.*)

CRIADO 2.—¿Para Leandro?

CRIADO 1.—(*Afirma con la cabeza. Pausa de diecinueve segundos.*) Yo mismo no sé por qué tengo esta llave, ni por qué supe, de repente, que la tengo y que tengo que dártela ahora. ¡Un gran maestro!

CRIADO 2.—¡Ni yo por qué sé que es para Leandro! (*Con los ojos en blanco.*) ¡Qué gran maestro!

CRIADO 1.—Parece milagro... ¿pero qué no es milagro? ¿No lo es que convivamos bajo un techo? Convivimos, sí... *(Pausa.)* Convivimos y hasta nos entendemos, aborreciéndonos muchas veces. El más próximo puede ser el más lejano. Y el más dueño del odio, que la proximidad misma aviva, sacando del rescoldo llamas que muerden. *(Pausa de reflexión.)* Y sin embargo, el odio a la sombra desconocida, el odio sin razón ni motivo, hasta el odio heredado, siempre fue el del torrente de sangre *(Pausa.)* ¿Qué no es milagro?

CRIADO 2.—*(Ponderativo.)* ¡Casi lo entiendo! *(Pausa. Señalando discretamente al Arzobispo primero y al familiar después.)* La Iglesia reza y espera.

CRIADO 1.—Lleva siglos diciendo la última palabra. Puede esperar. ¡Sabe hacerlo!

CRIADO 2.—¡Qué temor inspira! Hay algo fiero en su mansedumbre. Sí, espera, es verdad: ¡sabe hacerlo! ¡Qué temor inspira!

CRIADO 1.—Lo inspira sin querer. La Iglesia puede ser terrible cuando es paciente. Y suelo serlo.

CRIADO 2.—¡Qué poder el suyo!

CRIADO 1.—¿Conoces a quien quiere ser poderoso y ni con todos los poderes temporales lo consigue?

CRIADO 2.—*(Afirma con la cabeza.)* Le falta ese poder.

CRIADO 1.—¿Conoces a quien, sin quererlo, sin tenerlo aún, tiene poder ya?

CRIADO 2.—*(Preguntando.)* ¿El buhonero?

CRIADO 1.—Sí, Boves. El buhonero, el mercader ambulante, que de buhonero saltó a guerrero, también ambulante, nómada también. Corre los llanos y congrega ya su caballería, la que él inventó, pero siguen llamándole el buhonero. Se llama así a sí mismo, a pesar de que hizo estudios. Dice que no le gusta adornarse con divisas, que para el guerrero, cuando no son conquistadas, no valen. Y ha jurado responder a la afrenta si son ejecutados los prisioneros. ¡Un español como Boves responde de lo que jura!

CRIADO 2.—¿No es profanar la clausura penetrar ahí? *(Señala la Santa Capilla.)*

CRIADO 1.—No, se puede. Hasta la reja.

CRIADO 2.—Nunca vi abrirse esa puerta hasta hoy. Por algo grande tiene que ser. *(Pausa.)* ¿No crees que, con todo ese arrebatado —ya sabes quién quiero decir—, teme al santo pastor?

CRIADO 1.—Le teme tanto como al buhonero Boves. Le arrebató el miedo.

CRIADO 2.—¿Entonces, el santo príncipe y el mercader ambulante son temidos sin querer serlo?

CRIADO 1.—¡Sin querer serlo!

CRIADO 2.—(*Con inflexiones de gran comicidad.*) Sin querer serlo, sin querer serlo... ¿Y por qué no soy temido yo? (*Por la puerta de la Santa Capilla aparecen Simón Bolívar y Elías.*)

CRIADO 1.—¡Pronto!

CRIADO 2.—(*Mostrando la llave dorada.*) ¡Volando! (*Vase con la llave al interior de las habitaciones de Simón Bolívar.*)

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Hace una señal con la diestra y algo le dice, inaudiblemente, a Elías, que va a situarse nuevamente junto a la puerta del fondo en actitud de estatua. Todavía desde la puerta de la Santa Capilla, con la más enérgica voz de mando, grita casi al Criado 1.*) ¡Mi sello! ¡Y candela! (*Pone luego en el Arzobispo una mirada iracunda, que sostiene durante trece segundos, y avanza despacio. Cuando está en el centro de la escena, llega ya el Criado 1 con un cofrecillo y, en su candelero, una vela de cera encendida, colocándolo todo sobre la gran mesa. Simón Bolívar extrae sello y lacre del cofrecillo, de un bolsillo de su guerrera saca un pañuelo rosa, sobre el que echa el lacre, que sella luego. Con un ademán de la mano llama a Elías, que se acerca trotando, le entrega el pañuelo y, con su tono más enfático, exclama.*) ¡El sello del Libertador! (*Después, con su voz más enérgica e imperativa, ordena.*) Mensaje verbal al auditor del Estado: ¡Que convoque al tribunal a rebato de campanas!

ELÍAS.—(*Con los ojos desorbitados, bárbaro y servil.*) ¡Sí, Eselensia! (*Sale trotando y agitando en alto el pañuelo rosa.*)

SIMÓN BOLÍVAR.—(*Cuando Elías está ya junto a la puerta del fondo, que abrirá de un tirón, aún le grita.*) ¡Revienta el caballo! (*Vuelve un instante la cabeza el siervo, para asentir, vehemente, con el gesto, y desaparece. El Criado 1 mete sello y lacre en el cofrecillo, apaga la vela y se lo lleva todo al interior de las habitaciones. Reaparece al punto para ocupar su puesto. Simón Bolívar le ha visto hacer, absorto, como en ausencia. Se vuelve luego a contemplar al Prelado, ahora sin iracundo ademán: le mira durante dieciocho segundos. Después, con muy*

pausado andar, se dirige hacia la puerta del fondo. Apenas ha dado unos pasos cuando se oye el galope de un caballo que se aleja. Macrófono. Se detiene Simón Bolívar durante trece segundos y avanza hasta encontrarse frente al familiar, al que ignora, alzando los ojos al retrato de Bonaparte, echando atrás la cabeza. Se mantiene así durante once segundos. Se asoma a la ventana y contempla el firmamento durante nueve segundos. Vuelve sobre sus pasos, siempre con gran lentitud y exclama, sin énfasis, casi melancólico.) Solo él vio su estrella. (Cesura.) ¡Solo yo veo la mía! (Muy pausado, se sienta junto a la gran mesa, el codo sobre el brazo del sillón, la mano en la mejilla, y espera. La inmovilidad de los personajes que están en escena es total; el silencio, absoluto. Transcurren así noventa segundos, al cabo de los cuales empieza a oírse el rezo del Prelado y del familiar, cuyos labios se mueven en plegaria, como un rumor inarticulado, en crescendo, sin elevarse más de lo peculiar en ningún momento. Macrófono. Transcurridos cien segundos, como acompañando a los orantes, se empieza a percibir, lejano, pero muy audible, un rebato de campanas. Simón Bolívar se pone en pie, despacio, y despacio también, da unos pasos en la dirección de sus habitaciones, se detiene y queda inmóvil durante trece segundos. Se advierte que escucha. Después, enérgico, tranquilo, al Criado 1.) Que ensillen el overo y avisen a los edecanes.

(La iluminación cobra gradualmente un matiz azulado suavísimo y aumenta ligeramente la intensidad con que se oye el rebato de campanas. El familiar levanta los ojos del breviario, sus labios han dejado de moverse.)

ARZOBISPO.—*(Deja caer los brazos; lento, vuelve el rostro, como escuchando, mas no ostensiblemente, avanza unos pasos hacia el primer término y, alzando la mirada y los brazos.) ¡Es la sentencia, señor! (Macrófono. Hince una rodilla, después la otra, muy despacio y como ausente ya, junta las manos y entrelaza los dedos, orante, e inclina la cabeza con una unción que no es de este mundo.)*

(El Criado 1, que se ha ido por la puerta del fondo para cumplir la orden de Simón Bolívar, vuelve a ocupar su puesto tres minutos después. Es enfocada la puerta del fondo, que abre el criado negro vestido de verdegay, tras una pausa de diecinueve segundos, y hacen su aparición los dos edecanes de Simón Bolívar con uniforme de gran gala, con sus bicornios bajo el brazo y espejeantes botas de montar con espuelas. Avanzan sin que Simón Bolívar se vuelva siquiera para mirarles y se sitúan, erguidos, pero no cuadrados, cada uno a un lado del corredor, frente

a frente. Aguardan allí, con estatuaría inmovilidad. En el instante mismo de la aparición de los edecanes, el Criado 1 penetra en las habitaciones y al punto vuelve con el bicornio y la espada de Simón Bolívar, que sostiene, por la hoja, con un pañillo azul celeste. Se adelanta unos pasos hacia el centro de la escena y espera en posición de firmes. Cuatro segundos después reaparece por la puerta del fondo el criado negro vestido de verdegay con las espuelas de oro del Libertador. Avanza tres pasos, se cuadra, rígido, y espera. Desde la Santa Capilla, en este instante, llegan las voces de un coro que entona el «Tantum ergo», con acompañamiento de órgano. El cántico, potente al principio, va apagándose, en disminuyendo, y dura veinticuatro segundos. Macrófono. Simón Bolívar, que había dado unos pasos en dirección del Criado 1, se detiene y se vuelve poco a poco para poner la mirada en la puerta de la Santa Capilla, por la que aparece la alta y magra figura de un fraile capuchino de cuya mano izquierda cuelga un gran farol encendido. Solo asoma medio cuerpo del fraile, que está de espaldas al espectador y que inclina muy acentuadamente la cabeza, que cubre la cogulla. El cordón será muy visible. Permanecerá así, inmóvil como una talla, hasta el final. Nubecillas de incienso, de intensísima fragancia, salen por la puerta de la Santa Capilla, desde la que llega una barítona y robusta voz.)

VOZ DESDE LA SANTA CAPILLA.—¡Conciencia de los hombres! (Cesura.) ¡El testigo, Dios! (Pausa de ocho segundos.) El castigo... ¡Dios!

(La escena se oscurece gradualmente. El rebato de campanas cobra volumen en crescendo. Simón Bolívar, con expresión de ira y de odio, se acerca al orante Prelado con rápido paso y ademán amenazador. Con presteza acude el familiar, que ha dejado sobre la silla su breviario, y se interpone entre ambos, casi en irrupción. Orgulloso, esbelto, el joven sacerdote se yergue allí, con un relampagueo de sagrada cólera en sus pupilas: cierra los puños, sin crisparlos, deja colgar los brazos, en ligero balanceo. Es como si lo sobrenatural y lo temporal batallaran tumultuosamente en su alma. El rebato de campanas se oye cada vez más próximo y acaba cobrando tonante intensidad.)

CAE EL TELÓN

(Bajado el telón ya, el rebato, por medio de macrófonos instalados en la sala, alcanza un fortissimo que se sostiene treinta y cinco segundos, ni un segundo más.)



ACTO SEGUNDO

Gran tienda en el campamento del brigadier español derrotado en Carabobo por Simón Bolívar. Frente y fondo casi totalmente abiertos. Se ven algunos cables amarrados a gruesas estacas. Lateralmente tampoco se cierra la tienda de campaña, que es, más bien, un toldo de lona suspendido a gran altura. Sobre un estrado de escasa elevación, preside la escena, dividiéndola en dos partes, un sillón monumental que ostenta en el respaldo el águila bicéfala del Imperio, la Corona y las Armas de España y todos los emblemas y alegorías. Tendrá partes de transparente material, de modo que pueda iluminarse por dentro con tubos fluorescentes o lámparas de extraordinario poder de luminosidad. Ante el estrado, alfombra oriental cuadrilonga. Deslinda la escena por la derecha un profundo y angosto camino—invisible por lo pronto—encallejonado entre dos hileras de laureles; será de la máxima longitud y profundidad posibles a fin de dotar de perspectiva a las figuras que avancen desde el fondo: la «boca» estará cerrada por un pequeño telón que se alzará y bajará cuando se indique; a través de este camino «habrá paso», lo que, bajado el pequeño telón, permitirá el acceso de los personajes que llegan desde la derecha sin ser vistos hasta que ingresan en el pódium. A la izquierda del sillón monumental, la escena descende en forma de rampa sobre un fondo de llanura con horizonte de cielo y tierra. Una estrecha rampa descende hasta la sala desde el centro del proscenio. En el fondo, luz diurna sobre el campo. Primer término en penumbra. Distribuidos adecuadamente, varios taburetes de lona amarilla, de matiz ligeramente dorado: la madera del armazón, amarilla también, en tono algo más oscuro. Sobre uno de los taburetes se ven un catalejo y unos mapas. En los intervalos que se indican, cruzan el pódium oficiales, soldados y paisanos (hombres y mujeres), sin alcanzar el primer plano. Algunas veces, las menos, se saludan, casi imperceptiblemente, los que se cruzan; ninguno de estos transeúntes rebasará el segundo plano ni descenderá a la sala por la rampa; algunos llegarán desde la rampa del fondo, dirigiéndose luego hacia la izquierda o la derecha. En ningún momento

[246] BOVES

se recurrirá a fanfarrias o alardes militares, clarines, trompetas, salvas, etc., ni a los saludos o ademanes reglamentarios de la milicia, fuera de lo indicado. El sillón heráldico no será enfocado en ninguna escena: permanecerá vacante y sin ninguna iluminación hasta que se indique.

CORO DE LA ACUSACIÓN.—*(Está constituido por nueve oficiales del Ejército Español uniformados y dos figuras de cera, no uniformadas. Habrá tres heridos: uno se apoya en un bastón, otro tiene la cabeza vendada y otro lleva un brazo en cabestrillo. Forman un círculo que va girando a medida que se desplazan de forma lentísima, de modo que unos quedarán de frente, otros de perfil y otros de espaldas. En el centro, las figuras de cera, que podrán pasar inadvertidas en su condición de tales y que son impulsadas disimuladamente a medida que el círculo va desplazándose. Una de estas figuras levanta al cielo brazos y cabeza, la otra se dobla sobre la tierra. Al alzarse el telón, el círculo «asoma» ya por el extremo de la izquierda de la escena, en la que va penetrando poco a poco, sin acabar de ingresar en ella por completo: una pequeña parte seguirá hablando entre bastidores y, al final, tras haber retrocedido, el coro íntegro hablará así hasta el momento mismo de su total desaparición. Permanecerán en el borde de la escena los muñecos de cera, de espaldas, a la izquierda el que levanta brazos y cabeza al cielo y, junto a él, a la derecha, el que se dobla sobre la tierra. Apenas deja de verse la zaga del coro, estos muñecos son halados con hilos desde dentro, con tal lentitud que desaparecen de forma imperceptible. El coro hablará y gritará con la voz «remota» de los sordos. Se enfoca el acceso de la izquierda en la penumbra del primer término de la escena desierta.)*

ACUSADOR 1.—*(En el extremo del círculo que asoma ya por el borde izquierdo de la escena. Macrófono.)* ¡Desquite con honor queremos!

CORO.—*(Todos a una.)* ¡Rebelión!

ACUSADOR 2.—¡Desquite por nuestra mano!

ACUSADOR 3.—¡Castigo por nuestra mano!

CORO.—*(Todos a una.)* ¡Rebelión! ¡Rebelión!

ACUSADOR 4.—*(Dentro ya de la escena una parte del círculo.)* ¡Castigo para el brigadier! ¡Desquite con honor!

ACUSADOR 5.—¡Desquite por nuestra mano!

ACUSADOR 6.—¡Castigo por nuestra mano!

CORO.—(*Todos a una.*) ¡Rebelión!

ACUSADOR 7.—¡Un general derrotado no es España vencida!

ACUSADOR 8.—¡Quedará invicta en todas las derrotas!

ACUSADOR 9.—¡Fuimos derrotados en Carabobo!

ACUSADOR 1.—¡En La Puerta deshecho Simón Bolívar!

ACUSADOR 2.—¡Mas no por nosotros! ¡Mas no por nosotros!

ACUSADOR 3.—¡En Carabobo nos quitó las armas Simón Bolívar!

ACUSADOR 4.—¡Y las banderas! ¡Ay, ay!

ACUSADOR 5.—¡En La Puerta, Boves le quitó el nombre y la victoria!

ACUSADOR 6.—¡A Simón Bolívar!

ACUSADOR 7.—¡El buhonero Boves!

ACUSADOR 8.—¡El guerrero Boves por España! ¡En La Puerta, Boves!

ACUSADOR 9.—¡Simón Bolívar en Carabobo!

ACUSADOR 1.—¡Nos quitó las armas!

ACUSADOR 2.—¡Y las banderas! ¡Ay, ay!

ACUSADOR 3.—¡En Carabobo!

ACUSADOR 4.—¡En La Puerta, Boves!

ACUSADOR 5.—¡Simón Bolívar en Carabobo!

ACUSADOR 6.—¡Desquite con honor! ¡Castigo por nuestra mano!

CORO.—(*Todos a una.*) ¡Rebelión!

ACUSADOR 7.—¡Banderas de Carabobo!

ACUSADOR 8.—¡Banderas de La Puerta!

ACUSADOR 9.—¡Que llega el buhonero, Simón Bolívar!

ACUSADOR 1.—¡Que viene el guerrero, Simón Bolívar! (*Empieza a oírse, muy lejano, el estruendo de caballería al galope.*)

ACUSADOR 2.—¡Oye sonar la tierra!

ACUSADOR 3.—¿No sientes el huracán desatado, Simón Bolívar?

ACUSADOR 4.—¡Ah, por tu crimen!

ACUSADOR 5.—¿No oyes a España rugiendo?

[248] BOVES

ACUSADOR 6.—¡Ah, por tu crimen, Simón Bolívar! *(Pausa silente de veintiocho segundos. Durante ella se acelera el ritmo con que el círculo gira, se oye el ludir de los pies contra el suelo. Transcurrido este lapso, se vuelve al ralenti, el arrastre de los pies deja de oírse.)*

ACUSADOR 7.—*(Se desprende lentamente del círculo, queda inmóvil a dos metros de distancia, de perfil, mirando a sus compañeros. Levanta el brazo derecho, señala a la altura con el índice y eleva la voz, hasta gritar casi.)* ¡Boves ataca con el sol mordiendo! ¡Boves ataca con España erguida! ¡Pronto al salto con tus jinetes, José Tomás Rodríguez! ¡Vidrio desgarrador de España! ¡Pronto al asalto con tus llaneros! ¡Que hagan criba sus lanzas! ¡Al salto, al asalto, José Tomás Rodríguez! ¡Gira, carga! ¡Salta con tus isleños del Hierro y Fuerteventura! ¡Gira, carga! *(Aumenta, en pausado crescendo, la intensidad con que se oye el galope de la caballería.)* ¡Que llega, que llega!

CORO.—*(Todos a una.)* ¡Que llega! *(El Acusador 7 se reintegra muy lentamente al círculo, que empieza a retroceder y cuya desaparición total coincidirá con el último grito.)*

ACUSADOR 8.—¡Que llega Boves del desierto!

ACUSADOR 9.—¡Que llega Boves, Simón Bolívar!

ACUSADOR 1.—¡El buhonero!

ACUSADOR 2.—¡El guerrero!

ACUSADOR 3.—¡Boves con sus legiones! ¡Ahí llegan! ¡Ahí están ya!

ACUSADOR 4.—¡Ya gira el ala diestra de sus jinetes!

ACUSADOR 5.—¡Y la siniestra, Simón Bolívar!

CORO.—*(Todos a una, gritando.)* ¡Gira, carga! *(El clímax toca su ápice; el estruendo de la caballería al galope es ensordecedor; los gritos del coro, de terrible estridencia, sosteniéndose durante veintitrés segundos. Cesa todo de forma súbita con el último grito del coro, que hasta el instante de su desaparición sigue clamando.)* ¡Gira, carga!... ¡Gira, carga!... ¡Gira, carga!

(Simultáneamente quedan el micrófono desconectado y el coro mudo, en corte repentino. Desde dentro empiezan ya a halar por medio de hilos los muñecos de cera, con lentitud tan grande que su desaparición será imperceptible. Permanece desierta la escena durante veintiún segundos, al cabo de los cuales se oyen dulcísimas guitarras distantes durante diecisiete segundos. Micrófono.)

EL DONCEL ENAJENADO.—(*Hosenrolle para niña muy alta de once-doce años, pues su rostro ha de ser de extrema suavidad, su figura de extrema fragilidad. Pigmentado lo visible del rostro, cuello, pecho, pies y piernas; atezado, por sol o lámpara de cuarzo usada con precaución, espejeado por masajes de glicerina; ningún maquillaje. Viste camisa escotada y pantalón, de tonos claros, muy finos; calza sandalias rojas. Llega por la rampa, desde el fondo de la escena. Se le oye hablar antes de aparecer, sin que importe que no se perciban claramente sus palabras. Macrófono. Es enfocado al penetrar en la penumbra del primer término. Cuando ya es inteligible su apóstrofe.*) ¿Para qué me acicalo y me limpio? ¿Para qué me baño y me peino? ¿Para qué estrujo pétalos y acaricio resinas? (*A los pocos pasos de haber ingresado en la zona de penumbra, se detiene, se inclina, casi rítmicamente, al hablar, doblando solo la cintura, accionando con los brazos cada vez, vuelta hacia arriba la palma de las manos, como en ademán persuasivo.*) Yo busco el vuelo, porque ella es vuelo, y tú me atas, tierra. (*Pausa.*) Yo busco el aire, porque es hálito ella, y tú, tierra dura, me aprisionas. (*Pausa.*) Claridad busco, porque ella es clara y radiante, y tu polvo, tierra, ennegrece la sed de mis pupilas. (*Pausa.*) Tierra, oh tierra, soñar quiero y no me dejas tú, y ella es presentida y es soñada. (*Pausa.*) Tú me distraes y me desvías, tierra, cuando quiero el estro para ser cumplido, pues ella es petulante (*cesura*)... con alegría, pues ella es ampulosa (*cesura*)... con ironía. (*Pausa.*) Imán de mi cuerpo y mi ánima, tierra: deja a ese aliento que mueve hojas de libro y de árboles por la gran voluntad, que así lo dicta, oh, déjale, que el libro en mis manos es ciencia y hermosura. (*Cesura.*) ¡Mis manos! (*Se las mira.*) ¡La traición de mis manos! Magnéticas son como la succión de tu abismo, oh tierra, oh aterradora potestad. Mi amor por ella es alto, alto, ¡oh, es alto mi amor! (*Se mira las manos nuevamente.*) ¡La traición de mis manos! ¿Cómo podría no ser baja siéndolo tú, tierra, imán de mi cuerpo y mi ánima? (*Cesura.*) ¿Y para qué? (*Cesura.*) Para cortar el vuelo, para restar aire y claridad y quebrar el sueño soñado y desviar el estro apetecido. (*Se mira las manos nuevamente y alza los ojos como al cielo, gritando.*) ¡Hay tierra en mis manos! (*Atropella las palabras.*) Desvarío, todo es desvarío: atraes con la fragancia (*vuelve a hablar a la tierra*)... ¡para arrojarlos en el hedor! (*Ademán de arrojar con el brazo.*) Por dentro, tierra, eres hedor como las criaturas, tu fruto de gloria y maldición, y el sol de tus vísceras se llama

[250] BOVES

infierno. ¡Eres hedor porque eres toda entrañas, tú, que no tienes entrañas! ¡Eres muda, eres ronca, eres negra! (*Levanta la mirada. Pausa de diecisiete segundos.*) ¿Por qué bodas cruentas, si ella es vuelo y claridad? (*Con congoja, casi con lloro.*) ¿Por qué esto delicado en mi ser y esta turbación y esta querella? ¡Oh, si mi dolor no cuenta! ¡Si mi dolor no sirve! (*Vuelve a hablar a la tierra.*) ¿Para qué haces dolor, entonces? (*Extendiendo los brazos, como en súplica.*) ¡Tierra! (*Con un grito sollozante, desgarrador.*) ¡Madre! (*Queda catorce segundos como en extravío, se vuelve, luego, de espaldas y da unos pasos casi vacilante, hacia el fondo, como para irse. Se detiene, permanece ligeramente inclinado, colgantes los brazos. En el instante mismo en que queda de espaldas, se ve avanzar por la estrecha rampa que desciende hasta la sala, desde el centro del proscenio, a una mujer muy rubia —la Coya— vestida hasta el cuello, vestida hasta los pies. La negra túnica de seda, ceñidísima a la forma del cuerpo, le cubre parte de la cabeza. Calza sandalias negras de ancho tacón.*)

LA COYA.—(*Pasa al lado del Doncel sin que él la vea. Cuando le ha rebasado unos pocos pasos, se detiene, se vuelve y le contempla con arrobo durante treinta y tres segundos. Le habla después así, con gran dulzura.*) ¿Adónde vas, dorado de sol? ¿Huyes de la nube que te hostiga y quema? ¿A quién das tu lamento en soledad? (*Se acercan, le toma de la mano: quedan de perfil, frente a frente. La Coya suelta la mano del Doncel y sigue hablándole.*) ¿Por qué andas huido y abrumando cuando la fortuna te eligió?

DONCEL.—Enajenado, abrumado ando, que no huido.

LA COYA.—Hacendado de harta plata y noble alcurnia es tu padre. Tu madre es severa y rígida, pero religiosa y honesta. Este aldeaño en que te tienen es áspero, es rico, sin embargo. Tu hogar es un huerto de delicia y te han educado con primor. ¡Estás ya presto! ¿No es natural que quieran casarte? ¿Y no es suerte, sin par, que quieran hacerlo con la mujer que adoras desatinadamente? Suerte sin par, te digo, mas no sé si suerte para ti, chiquillo enrevesado. Para otro, para todos, significaría felicidad por lo pronto, intranquilidad después. Para ti por lo pronto significa horror y el después no se piensa cuando solo se sabe soñar. ¡Deja la quimera, niño! (*Pausa de hesitación.*) Además... además las gentes como yo..., que saben latín, gustan mucho de hablar de deberes. (*Cesura.*) ¿No lo sabías? (*Ante la cara de pasmo del Doncel.*) ¿No lo sabías? (*Cesura.*) Pero son otras las cosas que tú sabes.

DONCEL.—¡Nada quiero saber de deberes bárbaros!

LA COYA.—¿Por qué andas huido y abrumado? ¿Por qué?

DONCEL.—Enajenado, abrumado ando, que no huido, ya lo dije.

LA COYA.—Tienes la novia más linda.

DONCEL.—Sí, la más linda. (*Exultante.*) ¡La más linda!

LA COYA.—¿Entonces?

DONCEL.—Decías que sabes latín.

LA COYA.—Bueno..., como algunos toros de lidia. En Ronda nací, en Alcalá me criaron, en Sevilla casé, enviudé en Lima, muy niña aún, y he merecido que me llamen la Coya. ¿No es como para saber latín?

DONCEL.—Pues sabrás que lindo procede de *limpidus* (*esdrújulo*). Y así quiero a mi novia: linda, limpia. (*Pausa. Queda dieciséis segundos como meditando. La Coya le observa, cautivada.*) Que soy de los libros, dicen, que no soy de la vida. ¿No nacieron los libros de la vida? ¿No es más libresca la vida que los libros? Eso que dicen de mí no vale, ¿verdad?... ¿Verdad?

LA COYA.—De la vida nacieron los libros buenos, más también los malos, los de la vida libresca que tú dices, la diaria, la de todos los días para el hombre de todos los días... ¡No! ¡Eso que dicen de ti no vale! A los de la vida diaria, expresarse así les seduce. Hablan siempre con literatura. El rudo es siempre enfático. Aun el callado lo es cuando acierta a hablar. (*De nuevo le contempla con embeleso en una pausa de veintiséis segundos. El Doncel baja ostensiblemente la mirada, confuso. La Coya le toma de la mano, que retiene durante trece segundos.*) Mírame. (*Suelta la mano.*)

DONCEL.—(*Con vehemencia.*) ¡Eres la tentación!

LA COYA.—La tentación va vestida.

DONCEL.—(*Maquinalmente.*) La tentación va vestida.

LA COYA.—Pasa a tu vera y la reconoces. No suele ocurrir. Es sutil tu instinto. (*Bajando la voz hasta lo inaudible casi.*) Tu instinto..., tu instinto. (*Alzando de nuevo la voz, como en soliloquio.*) La tentación va vestida. ¡No es para el ufano! Ni la necesita ni la conoce, ¿cómo va a reconocerla?

DONCEL.—«Cerca está de grosero el venturoso»... ¿Leíste a Villamediana?

LA COYA.—Me lo estás leyendo tú. (*Pausa.*) Solo al esquivo se tienta, la gula no lo ha menester, ni es entendedora.

DONCEL.—Eres muy rubia. También puede ser rubia la tentación.

LA COYA.—(*Sonríe.*) ¿Sabes? Soy más garrida de lo que parezco. (*Levanta, despacio, ambas manos cerradas y las abre, con clara insinuación, a la altura de los senos, muy breves. El Doncel se tapa los ojos, se cubre la cara con el brazo. Se oyen risas desde la galería. El Doncel baja el brazo, mira con confusión. Cuando se han aplacado las risas y se ha hecho el silencio, la Coya, que ni un instante ha apartado sus ojos del Doncel.*) ¡Que ría el vulgo! ¡No me reiré yo de ti, niño del alba y el rocío, junco del tremedal, lirio del yermo! Te miró el sol y te puso moreno. La tentación te mira y encendido te pone. ¡A heno tibio trasciendes, ah, niño tétrico! (*Le toma de la cintura con ambas manos, como si la midiera, entorna los ojos, retira las manos. Con voz levemente enronquecida.*) También tú debes ser más de lo que pareces... (*Pausa de diecinueve segundos. Con naturalidad, persuasiva.*) Hay que ser más de lo que se parece, la gracia está en ser más de lo que se parece. La tentación es sabia, que no sería tentación si no lo fuera. Ser más de lo que se parece, porque lo contrario, parecer más de lo que se es, ¿qué significa? (*Cesura.*) Significa...

DONCEL.—... La seguridad del desengaño, la promesa de la amargura.

LA COYA.—¿Y lo contrario, ser más de lo que se parece?

DONCEL.—Pues significa... lo contrario. Es prenda de felicidad, seguridad de recompensa.

LA COYA.—¿Y a ese pedazo de dicha, a esa fugacidad asida, a ese mortal seguro quieres renunciar? ¡Nadie logró más sobre la tierra!

DONCEL.—Sobre la tierra, has dicho: ¡sobre la tierra!

LA COYA.—Nadie logró más sobre la tierra, ¡oh niño tétrico de la mejilla extenuada, recortado a diamante, palidecido, ingrátido, entre la zarpa y el frémito! (*Pausa.*) ¡Oh, deja que mis ojos te midan! (*Pausa. De pies a cabeza, de la cabeza a los pies, le mide con la mirada lentamente.*) ¿No es el parecer asunto de nuestros ojos? Según quien mire, así se parece. (*Cesura.*) ¿No será que eres lo que pareces? Si pareces portento, ¿no será porque eres portento? ¿Y no será en todo así? (*Cesura.*) ¡Pero ya se

trastornan mis sentidos, chiquillo enrevesado! (*Pausa, abate la mirada, que mantiene durante diecinueve segundos. Ladea la cabeza luego, como en ademán de escuchar. Al cabo de diecisiete segundos señala con el índice hacia el paisaje del fondo.*) ¿Oyes?

DONCEL.—No.

LA COYA.—Es el cañón. ¡El cañón! (*Pausa de trece segundos.*) Y para que no confundas lo inconfundible y el nuncio de la guerra y su paso te despierten de ese delirio, atiende: (*cesura*) el cañón no es sordo como el tumbo de la marea, su estampido no rueda como el trueno. Tiene algo de garganta, de metal, de rugido y de clangor, de quebranto y grima. Y tiene más pavora, el cañón, ¿entiendes?... El cañón. (*Pausa de dieciséis segundos.*) Seis días hace que lo oigo. Hoy, el séptimo. Siete días, ¿entiendes?... Siete días. (*Abate de nuevo la mirada, la mantiene así durante dieciocho segundos. Avanza luego dos pasos sobre el fondo. Se detiene, se vuelve, sin moverse del sitio, pone en el Doncel una mirada que es distinta ya, se ha endurecido en su expresión y su voz se desgarrá al apostrofarle.*) No estás para la reflexión, que estás en raptó. Mas si mañana lo estuvieres, pon reflexión en el recuerdo y piensa que la farsa puede ser caridad, que algo me arranco del corazón al conminarte..., mas debo hacerlo. (*Gritando.*) ¡Debo hacerlo!

DONCEL.—La gran madre Cibeles te inspira sin que lo adviertas. ¡Es fecunda, que no caritativa!

LA COYA.—(*Con énfasis.*) ¡Soñador insensato, en buena hora! La dureza, como la farsa, puede también ser caridad y esa inspiración de la gran madre Cibeles es por tu bien al cabo. Bueno es, al cabo, lo que bien acaba, buena es la dureza si rima con el buen sentido y algo consigue y el delirio cede y el (*quebrándosele la voz*) adorable sueño, con su realidad, no menos fuerte, no siempre posible sin tragedia, se desvanece y huye, porque lo quiere el sino.

DONCEL.—¿El sino? ¡Nada le ataja!

LA COYA.—Pues por eso. ¡Por eso! Vuelve a casa, al hogar, al lecho que te espera: ¡al calor del lecho!

DONCEL.—(*En trance.*) ¡A su brutalidad, a la barbarie horrible de las bodas cruentas!

(Cae el primer velo. Entre el Doncel y la Coya se interpone un teloncillo formado por un velo con lastre de plomos forrados. El velo cae muy cerca de la Coya, rozando su figura, que aparece ligeramente borrosa cuando replica al Doncel.)

LA COYA.—*(Apostrofándole con la conminación de su grito.) ¡Vuelve a casa! (Cae el segundo velo, más denso; el Doncel, al grito de la Coya, se pasa cada vez la mano por los ojos, tiende los brazos, suplicantes, hacia la figura que se va desvaneciendo. Hay una pausa de trece segundos entre uno y otro apóstrofe.) ¡Al hogar!... ¡Al lecho! (Cae el tercer velo, más denso aún. Se oscurece por completo el primer término de la escena.) ¡Al lecho que te espera! ¡Al calor del lecho!*

(Una luz intensísima ilumina la figura de la Coya, que alza los brazos a la altura, con las manos abiertas, y va descendiendo al antro. Se la ve desaparecer, devorada por la tierra. Escotillón. Se alzan los velos. La iluminación se restablece. En este instante mismo se oye realmente, distante y a la par cercano, el cañón. Con intervalos de trece segundos se repiten las detonaciones, graves, profundas, hasta el final de la escena. Palabra y detonación no deben coincidir. Macrófono.)

DONCEL.—*¡Ah, mísero! ¡El cañón!... Ahora lo oigo: ¡el grito de los deberes bárbaros! ¡Es la voz de la tierra, es la voz de la madre! (Pausa.) La muda, la ronca, la oscura... (Vuelve el semblante, con espanto, hacia la hondura del horizonte, donde brama el cañón. Da unos pasos hacia el primer término, vuelve de nuevo el rostro hacia el horizonte y, levantando al cielo los brazos y la mirada.) ¡Ah! ¡Ah, mísero! ¡Dónde ir con mi sueño? ¿Dónde con mi quimera? (Pausa.) ¿O soy yo mismo el sueño que huye y muere? (Corre hacia la rampa que desciende hasta la sala desde el centro del proscenio. Con la voz quebrada por el dolor.) ¡Ah, mísero! (Desciende corriendo por la rampa. Cuando alcanza la sala es enfocado y la escena se oscurece totalmente. La luz va siguiéndole hasta el final. Sigue él corriendo y, cuando está ya próximo a la salida posterior de la sala, clama nuevamente.) ¡Ah, mísero! (Y se desploma. Dos «espectadores» le levantan del suelo, le sostienen y se lo llevan por la puerta posterior de la sala. Para mantenerse en pie, el Doncel pasa los brazos sobre el cuello de las asistencias. Ha dejado caer hacia atrás, inerte, la cabeza. La expresión de su rostro es de ultrahumana aflicción. Se apaga el foco y se restablece, muy gradualmente, la iluminación de la escena.)*

DON ALONSO.—(*Hosenrolle para muchacha de diecisiete-veinticuatro años, muy esbelta y espigada. Cuando la iluminación se restablece se ve a Don Alonso, de espaldas, sentado en un taburete ante un alto tambor de regimiento, sobre el que se apoya para escribir, sirviéndole el parche de carpeta. Hay un tintero, junto al que dejará, al irse, la pluma de ave. En el suelo, a su izquierda, cartera de cuero, y sobre ella el bicornio del que escribe. Don Alonso parece un viejecito muy delgado, muy doblado y encorvadito. Tiene tan encogidos los hombros que la cabeza se le hunde en las espaldas como a un corcovado. Escribe incansablemente, inmerso en su labor, ignorante de cuanto le rodea, metiendo las antiparras en el papel casi. Está de medio perfil, acoda el brazo izquierdo y oculta la cara con la mano. No dejará de escribir durante toda la escena de los habladores, hasta que se indique.*)

LOS HABLADORES.—(*Transcurridos cuarenta y tres segundos desde el momento en que la iluminación se restablece totalmente, sin otro personaje que Don Alonso en escena, se oye, por el lado de la rampa del fondo, que es por donde llegan, el rumor de las palabras, por lo pronto ininteligibles, de los habladores. Macrófono. Cuando aparecen por la rampa se ve que visten uniforme de oficiales.*)

HABLADOR 1.—(*En su mano un libro, no muy voluminoso, en cuarto menor, encuadernado en pasta española.*) Veo que está bien vigilado, demasiado bien vigilado, el campamento de los derrotados de Carabobo. Acabo de llegar, como te decía, lleno de noticias y aprensiones.

HABLADOR 2.—Sabrás más que nosotros. A veces el espectador, aunque no lo sea literalmente...

HABLADOR 1.—... Espectador a distancia... imaginativo...

HABLADOR 2.—... Cree saber más que el actor.

HABLADOR 1.—En alguna ocasión puede ser cierto. Pero en muy rara ocasión y claro que según de qué actor se trate. Una visión muy sagaz, videncia casi, lo consigue. Aquella que esperaba lo que iba a ocurrir. ¿Pero quién podía esperar que Simón Bolívar os derrotara en la batalla de Carabobo? ¿Quién podía esperar el desastre de Simón Bolívar ante Boves en la batalla de La Puerta?

HABLADOR 2.—Porque nadie conocía a Boves seriamente. Su primer golpe no había pasado de un ensayo.

HABLADOR 1.—Es que lo nuevo no se acaba de creer... Cuando es increíble, cuando parece increíble, hay una resistencia instintiva a concederle realidad. En casos singularesísimos, el milagro puede ser demasiado milagro.

HABLADOR 2.—Un milagro insoportable. Más que para ninguno, para los que lidian bajo las mismas banderas.

HABLADOR 1.—¿Y qué decir de quien se deja quitar las banderas?

HABLADOR 2.—(*Señalando al sillón monumental.*) ¡Sí! ¡Con ese trono digno de un César..., de un Julio César, y se dejó quitar las banderas!

HABLADOR 1.—¡Se las dejó quitar por Simón Bolívar en Carabobo! (*Mira al suelo, baja la voz y repite, como obsesionado.*) Por Simón Bolívar en Carabobo...

HABLADOR 2.—En Carabobo... (*Pausa embarazosa de diecinueve segundos.*) En fin, ya has visto el campamento de los allí derrotados. Esto (*señala en torno*) es el sanctasanctórum, el centro de ceremonias. Ahí (*señala el sillón monumental*), el sillón heráldico que arrastra el imponente personaje. Le viene el trono un poco grande, como a algunos monarcas de hoy. (*Pausa.*) Lo coloca ahí como símbolo de su jerarquía. (*Respetuoso.*) Y claro que como personificación de España.

HABLADOR 1.—Imponente personaje has llamado a vuestro derrotado brigadier.

HABLADOR 2.—Me quedo corto. Pero es magnánimo, es ecuaníme, nadie le niega esto. Sería admirable que fuese, además, un soldado.

HABLADOR 1.—No imaginaba encontrarte en el campamento del general vencido.

HABLADOR 2.—Yo soy de los vencidos también, aunque no sea general.

HABLADOR 1.—¿Fue dura la derrota?

HABLADOR 2.—Ni eso: fue blanda, tonta, fácil. ¡Teníamos un adversario incapaz de ganar batallas difíciles! Nuestro general no sale de la sorpresa, parece que no hubiera perdido y camina con paso de vencedor. Bueno..., de vencedor después de la derrota: pisa fuerte, habla recio, viste pesado, cruje de oro y relumbra como una constelación.

HABLADOR 1.—Aún no le he podido ver.

HABLADOR 2.—Pues ya le verás, ya le oirás.

HABLADOR 1.—Hay mucho descontento.

HABLADOR 2.—Incluso señales inequívocas de que algo se fragua. Pero no hay cuidado: si su ineptia no es demasiada, estos personajes cuentan con largo plazo. Con muy largo plazo. Es la regla.

HABLADOR 1.—La regla es, pues, que al fin sucumben. Casi la regla de los héroes.

HABLADOR 2.—Casi la misma: lo que quiere decir que no es la misma.

HABLADOR 1.—El descontento algo supone.

HABLADOR 2.—Supone mucho y poco, según de lo que dije se infiere. ¿Pero dónde no hay descontento?

HABLADOR 1.—¿No sería más exacto decir que dónde no hay descontentos?

HABLADOR 2.—Sí: es un poco menos inexacto. *(Pausa.)*

HABLADOR 1.—*(Señalando a Don Alonso, bajando la voz.)* No nos dábamos cuenta... ¿Quién es?

HABLADOR 2.—*(Bajo también, encogiéndose de hombros.)* ¡Don Alonso, con sus manías eruditas! Cuando está entregado a ellas, como ahora, no oye nada. Escribe historia, pero sabe hacerla también, como nosotros.

HABLADOR 1.—*(Con voz natural.)* ¿Nosotros?

HABLADOR 2.—*(Con voz natural.)* Bueno..., solo conozco a uno que hoy haga historia: el asturiano José Tomás Rodríguez, alias Boves, aunque unos y otros, movidos por la misma pasión, quisieran que desapareciera de la historia hasta su apodo. Tu interrogación dubitativa estuvo en su punto. En realidad, es el único que hace historia. Nosotros la deshacemos.

HABLADOR 1.—*(Que ha quedado junto a uno de los taburetes distribuidos por la escena, deja en él, distraído, el libro que tenía en la mano y allí lo olvida, sin interrumpir el diálogo.)* Lo que es una manera de hacerla.

HABLADOR 2.—Por la argumentación alejandrina se puede llegar a cualquier conclusión.

HABLADOR 1.—Como la que un mercader pueda hacer historia, por ejemplo.

HABLADOR 2.—Pues por ejemplo: en Oriente, el guerrero siempre tuvo algo de mercader. Y creo que el Oriente ha dado guerreros que han hecho historia. Algunos, diríase, que con el designio de hacerla, si para lograrlo el designio bastara. En Boves,

al que apenas puede llamarse mercader, no hay tal designio, ni siquiera hay un propósito. Mas sí la conciencia clarísima del papel que está representando, como si, a pesar de no proponerse hacer historia, se diera cuenta de que la está haciendo.

HABLADOR 1.—¿Por qué puede apenas llamársele mercader?

HABLADOR 2.—Porque lo era tan ínfimo que apenas lo era, y porque fue, además, algo peor. No peor en el fondo, acaso, mas sí en la apariencia, al proceder sin embozo, abiertamente. Fue, en ocasiones, traficante de todo lo arriesgado: contrabandista, pirata, incluso realizó alijos de armamento sin importarle quién pagaba con tal de que pagara y mientras no se transgredieran ciertas normas. *(Pausa, con énfasis.)* ¡Pero se transgredieron! Y si no era un santo varón, no quiso ser un canalla. *(Pausa.)* Hasta le encarcelaron en el último momento, pues nunca dejaron de temerle. Monteverde, ¿recuerdas?, *(ademán de asentimiento del Hablador 1)* le abrió las puertas de la prisión. Aguardando su hora, había vuelto a su antiguo oficio de vendedor ambulante de baratijas, es decir: buhonero. Por eso le llaman «Boves el buhonero». Sus viajes por los llanos, arreando recuas, le permitieron conocer esas regiones mejor que los llaneros mismos. Y conocer, cabalmente, a los llaneros. Con ellos y con unas centurias de isleños de Canarias como núcleo, formó esa caballería militar que es creación suya. *(En este instante, Don Alonso da un recio golpe con el puño en el parche del tambor. Macrófono.)*

DON ALONSO.—*(Con voz límpida, vibrante.)* ¡Mosquitos de Lucifer!

HABLADOR 2.—*(Ante el gesto de sorpresa del Hablador 1, bajando la voz.)* Está riñendo con los mosquitos. Habla solo, a veces, mas sin salir de su abstracción. No se entera de nada que no le sirva para su crónica. ¡Pero es todo menos un cuitado! Lo que se salvó en Carabobo, él lo salvó a sablazos.

HABLADOR 1.—*(Bajando la voz.)* ¡Quién lo diría, con lo frágil que parece! ¿No oirá también más de lo que parece?

HABLADOR 2.—De sordo nada tiene. *(En este momento, Don Alonso ladea la cabeza, hundida en las espaldas, y parece escuchar: se pone tras la oreja la mano senil y temblorosa para oír mejor, sin descubrir el rostro, deja la pluma de ave sobre el parche y se quita las antiparras; luego, de espaldas siempre y siempre sin descubrir el rostro, recoge con gran rapidez, del suelo, su bicornio, que coloca sobre las rodillas, y su cartera, en la*

que guarda las antiparras y lo escrito. El Hablador 2, que ha hecho una pausa de veintiséis segundos, con voz baja aún.) Pongamos un poco de distancia.

(Los dos habladores dan unos pasos hacia el primer término, de modo que Don Alonso quedará a sus espaldas, y prosiguen su diálogo, ahora con voz natural. No se han dado cuenta de los movimientos de Don Alonso.)

HABLADOR 1.—Yo le encuentro rasgos diabólicos.

HABLADOR 2.—*(Muy despacio.)* Misterioso... mágico... diabólico. ¡Palabras para designar algo que no existe! Que se inventa.

(En este instante se yergue Don Alonso para replicar, como si se hubiera sentido tocado por la alusión. No se había visto el sable que ocultaba, sentado, entre las piernas y que ahora le cuelga del cinto. Cuando se vuelve y queda de frente, surge, diríase que por metamorfosis maravillosa, por revelación, el verdadero Don Alonso, el héroe de la batalla, que es apuestísimo y esbeltísimo mozo. Como si hubieran presentado su apóstrofe, los dos habladores se vuelven hacia él, que, en su voz límpida y vibrante, da la réplica al Hablador 2.)

DON ALONSO.—Si se inventa, existe ya. Más certero será decir que la distribución que de ello se hace no es acorde con la realidad inmensa. No es esto ni lo otro, lo misterioso, lo mágico, lo horrible, lo angélico o diabólico, que tanto monta, a veces: la vida entera es así.

HABLADOR 2.—*(Con tono desabrido.)* ¿También la estupidez?

DON ALONSO.—La estupidez desnuda es un sitio: un sitio donde ocurre algo. ¡Oh, es un sitio de mucha actividad!

HABLADOR 2.—¿Y la inteligencia?

DON ALONSO.—Menos aún y más: un sitio donde nada ocurre. Tal vez porque ocurre todo. Su instrumento sutil, el intelecto, es infatigable. *(Sonríe. Hace una ligera inclinación y vase por la izquierda, en la mano su cartera, bajo el brazo el bicornio. El ludir del sable, que le arrastra, y el ruido de las espuelas son marcial acompañamiento de su paso. Macrófono.)*

(Los habladores, que apenas habían contestado a su saludo, ni le aluden siquiera. El Hablador 2 insinúa el ademán de «¿vamos?», al que el Hablador 1 replica con un ademán de asentimiento. En silencio se retiran hacia la rampa del fondo. Cuando llegan a su

[260] BOVES

borde, el Hablador 1 hace ademán como de «¡un momento!» al Hablador 2, que queda esperando mientras él vuelve al primer término y mira en torno como si buscara algo. De pronto, y como si descubriera lo que busca, hace un muy leve gesto de «¡ah!», al ver sobre uno de los taburetes el libro que había olvidado. Después de recogerlo, vuelve a reunirse con el Hablador 2 y juntos y silenciosos desaparecen por la rampa del fondo. Durante veintinueve segundos permanece la escena desierta y silente.)

TRANSEÚNTES.—(*Transcurrido este tiempo empiezan a oírse pasos de multitud, mas nunca recios, ni apresurados: son pasos de paseo que se van acercando, lo mismo que el lejano rumor de conversaciones que les acompaña y que al ingresar en escena, poco a poco, los transeúntes, tal como se indica en la acotación general que encabeza el presente acto, aumentarán algo en intensidad, pero sin adquirir estridencia en ningún momento. Macrófono. Los transeúntes se moverán en la zona que queda tras el sillón monumental, sin desplazarse hasta el primer término. Una pareja de ronda, armada de arcabuces, pide a los paisanos el salvoconducto: en escena muda, los más muestran el documento; a los que carecen de él se les veda el paso. Entre los paisanos se ven más mujeres que hombres y entre los militares casi solo soldados y únicamente dos o tres oficiales cuando ha desaparecido la pareja de ronda, que avanzará de izquierda a derecha por el fondo de la escena. Los oficiales «no pasean» como los demás transeúntes: pasan rápidamente, marcialmente, y a su paso los soldados hacen el saludo reglamentario. Hacia el final de la escena, se oye, lejana, en coro de niñas, la antigua canción conocida por la letra «Dónde vas Alfonso XII / dónde vas triste de ti». Las palabras, inadecuadas para la época, son ininteligibles. El coro va apagándose en disminuyendo. Macrófono. La duración de la escena estará dada por la del preludio acústico y la duración misma de los movimientos indicados y el coro de niñas. Tras la desaparición del último de los transeúntes, en el momento mismo de hacerse el silencio, y sin pausa, se oyen, durante veintitrés segundos, chillidos de niños que se van acercando. Macrófono.)*

LA PELOTA DE LUZ.—(*Un hombre de mediana edad ingresa en la escena por el lado izquierdo y alcanza el centro de la misma en el instante en que los chillidos de los niños se oyen tan próximos ya que han adquirido estridencia. Se detiene, como sorprendido, y entonces le alcanza el pelotazo de la bola luminosa de celuloide —lamparita en su interior—, que, tras el rebote, recoge del suelo y tiene ya en su mano cuando irrumpen en*

escena por el lado derecho dos niños y una niña de entre siete y nueve años: los niños llegan chillando hasta el hombre que recogió la pelota de luz y la sostiene con el brazo levantado, le rodean, levantan también los brazos con las manos abiertas, reclaman la pelota con sus chillidos. Da vueltas el hombre para librarse de su acoso y los niños dan vueltas con él, chillando siempre, hasta que, para hurtarse a su acoso, tira lejos la pelota, que desaparece por el lado izquierdo. Los niños se lanzan tras ella en el momento en que, por el lado derecho aparece, gritando, la Niña Despojada.)

LA NIÑA DESPOJADA.—¡Mi pelota, mi pelota! ¡Ay, mi pelota! *(Corre tras los niños y se cruza con el hombre, que avanza ahora con paso tardo e inseguro, sujetándose con ambas manos el lado del corazón. Ha desaparecido la niña, ha cesado el macrófono y se ha hecho un silencio repentino.)*

EL TROPEZADO.—*(Descubre el costado un instante, apartando las manos, y se ilumina la lamparita oculta bajo la camisa de plástico que viste, sin apariencia de tal, naturalmente. Mirándose.)* ¡Ah! ¡Una herida de luz! *(Con gran rapidez, vuelve a cubrir el costado con las manos, apagando la claridad. Se tambalea como un ebrio.)* ¡Ese ay de la niña! *(Ya a punto de desaparecer por la derecha.)* ¡Ah, qué tropiezo! *(Vase.)*

LA NIÑA DESPOJADA.—*(En este instante vuelve a oírse, lejano, el grito de la niña, que va extinguiéndose.)* ¡Ay, mi pelota!... ¡Ay, pelota!... ¡Ay, mi pelota! *(Macrófono.)*

EL MOZO DE LA FRANELA BLANCA.—*(Llegando desde la derecha, se cruza con el Tropezado, al que mira apenas, pero pone en su furtiva mirada una incalculable displi-cencia. Es un hombre muy joven, casi un muchacho, y es atlético, alto, erguido por natu-raleza, sin sombra de afectación. Su cometido es limpiar y pulir el sillón monumental con la franela blanca que trae en la mano. Hay en su expresión como un cinismo pasivo, una negligente, una indolente impertinencia y una permanente sonrisa, apenas percep-tible, más en los ojos que en los labios. Inicia en seguida su tarea de limpieza con pausados movimientos y mucha seguridad, y hay como una perezosa suficiencia en todos sus gestos y ademanes. Cuando han transcurridos treinta y nueve segundos se oyen, en crescendo, pasos rapidísimos, que van acercándose. Macrófono.)*

EL CAMINANTE.—*(Llega por la rampa del fondo. Es un hombre de encogida figura y pelo blanco, que se encorva al andar. Habla jadeante, con angustia y hay una gran*

[262] BOVES

ingenuidad en su expresión, en sus maneras, y mucha bondad. El Mozo de la Franela Blanca no contesta a sus preguntas, ignora sus palabras: se encoge de hombros, insinúa, apenas, vagos ademanes, sin interrumpir la limpieza del sillón heráldico, mas sin asomo de rudeza, con una pasividad ambigua y su sonrisa permanente.) Llego a ti como disparado. ¡Por fin! ¿Las has visto? Me quedé rezagado. ¡Nadie ha visto las recuas! ¿Las viste tú? *(Anhelante, inútilmente, aguarda la respuesta durante diecisiete segundos.)* ¿No las has visto? *(Pausa, casi suplicante.)* ¡Tengo que alcanzarlas! *(Pausa. Con congoja infantil.)* Me quedé rezagado... *(Pausa.)* ¡Ah, comprendo! *(Pausa, en transición irónica.)* Y dime: ¿es para ti ese trono? *(Pausa.)* ¡Pero parece poco para ti! *(Le vuelve la espalda bruscamente; inicia, con lentos pasos, la retirada hacia la izquierda, mirando al suelo.)* Siempre ocurren estas cosas. ¿Por qué ocurrirán estas cosas? *(Levanta la mirada, acelera el paso y se va por la izquierda.)* ¿Por qué ocurrirán? *(Pasos y palabras se oyen alejándose, dejando en seguida de percibirse las palabras primero y los pasos después. Tras una pausa de trece segundos vuelven a oírse los pasos, no obstante, como en otra dirección. Cesan de nuevo, vuelven a oírse, titubeantes. Finalmente se pierden. Macrófono.)*

EL MOZO DE LA FRANELA BLANCA.—*(Continúa, durante cincuenta y ocho segundos, su tarea de limpieza del sillón heráldico. Sacude la franela un par de veces, empieza a silbar la tonada de «Mambrú se fue a la guerra» y contempla el sillón como distraído. Deja de silbar y tras una pausa silba de nuevo, esta vez «Al alimón, al alimón, la torre se ha caído». Deja de silbar, gira sobre los talones y se va, con lentitud, hacia la derecha. Pero se toca la frente con la palma de la mano, como si algo se le olvidara, y vuelve sobre sus pasos. Se detiene ante el sillón, mas hacia su parte posterior, a la que dirige la mirada. Hace, por mofa, una reverencia grotesca, como llevándose al pecho un invisible tricornio, mientras, con abierta y cortesana sonrisa y meliflua voz de respetuosa zumba.)* ¡Señor Rector! *(El señor Rector surge por escotillón, pero como si hubiera estado escondido detrás del sillón monumental. Es un párroco galdosiano de enorme sombrero de teja. El Mozo de la Franela Blanca se va, de puntillas, por la derecha, volviéndose furtivamente un par de veces.)*

EL RECTOR.—¡Recta y curva! *(Pausa. Señala el lugar por donde ha desaparecido el Caminante con la mano abierta, con la que va cortando el aire mientras dice.)* ¡Hala,

hala, hala! (*Pausa.*) ¡La recta, la ilusión de la recta! ¡La verdad! ¡La muerte! (*Pausa. Mira hacia donde ha desaparecido el Mozo de la Franela Blanca, señala con el gesto en esa dirección; hace, con el dorso de la mano abierta, unos movimientos en semicírculo, con mimo y lentitud, acompañándolos con leve balanceo de cabeza y hombros. Con palabra severa, mas no mucho.*) ¡La curva, la nebulosa, el anca, la estrella! ¡La mentira, la vida! (*Pausa. En súbita mutación, levanta una mano, que le tiembla. Con un grito.*) ¡La muerte, mil veces la muerte! (*Mutis por escotillón.*)

EL TRISTÓN.—(*Saliendo por la derecha y yéndose por la izquierda, cruza la escena en su primer término. Es personaje de una agobiadora tristeza, flaco, mohíno, desmadrado, desgachado, desgarrado, que no puede con su cuerpo y hasta mirar parece que le cuesta trabajo; pero mirar es lo único que hace, a un lado y a otro, en todos sentidos, incluso al techo. Se detiene ante el sillón heráldico, se dobla cómicamente para contemplarlo durante diecinueve segundos, da unos pasos como si fuera a seguir, pero se vuelve con un respingo y solo vacilando logra correr para situarse de nuevo frente al sillón y doblarse y contemplarle de nuevo, de la forma más grotesca, durante otros diecinueve segundos, al cabo de los cuales levanta los brazos y la mirada a la altura y suspira cómica, ruidosa y profundamente. Vase según lo indicado.*)

TRANSEÚNTES.—(*Coincidiendo con el mutis del Tristón. Se siguen las indicaciones de la acotación general que encabeza el presente acto. Mismas características que la escena anterior de transeúntes, pero esta será más breve y no se oirá el coro de niñas. Ningún oficial, solo soldados y paisanos. Apenas se ha colmado el pódium, aparece por el lado izquierdo la pareja de ronda, armada de arcabuces; los guardias van haciendo a todos señal de retirarse, sin pedir a nadie salvoconducto. Su cometido es despejar la escena. Poco a poco lo logran y todos se van dispersando en distintas direcciones. La pareja, entonces, se separa, situándose un guardia en el acceso izquierdo y el otro en el derecho, de centinelas.*)

EL CAPITÁN.—(*De uniforme, con charreteras; llega, en compañía de un subordinado, desde la izquierda. Al pasar, el centinela se cuadra y da un golpe en el suelo con la culata del arcabuz. Al subordinado.*) Intercederé con el General. Espero que obtendremos algo.

EL SUBORDINADO.—(*Con desabrida expresión de falsa amabilidad, mirando de través.*) Gracias, no lo hagáis. Lo agradezco. Pero no, no.

EL CAPITÁN.—(*Le mira un largo espacio significativamente, con calma y sarcasmo.*) Bien, muy bien: no lo haré, puedes tranquilizarte.

EL SUBORDINADO.—Gracias de todos modos. Gracias. ¡Muchas gracias!

EL CAPITÁN.—Puedes estar tranquilo. (*Pausa.*) No hablaré de «mi insignificancia» y de «vuestra magnificencia», como los mandarines, porque estaría fuera de lugar. (*Pausa.*) ¡Pero ganas me dan de hacerlo! Acaso sea yo quien deba darte las gracias: me evitas un desengaño... que no hubiera sido muy grande. ¡Adiós! (*El subordinado se cuadra, saluda y vase por la izquierda.*)

EL HISTRIÓN.—(*Llega por la derecha; con uniforme de caporal. Hombre de edad madura, de pelo jaro. Calza botas de jinete que le están enormes. El centinela le cruza el arcabuz, cerrándole el paso. El Histrión le dice algo al oído, el centinela ríe y le deja pasar. Al Capitán, cuadrándose.*) Citado estoy aquí y aquí estoy, señor Capitán.

EL CAPITÁN.—¿Solo o acompañado?

EL HISTRIÓN.—(*Cuya guerrera muestra dos grandes y ridículos bultos a ambos lados. Saca un rollo y uno de los bultos desaparece. Entregándoselo al Capitán.*) Muy bien acompañado. Cumpliendo la orden recibida, he agotado todos los recursos antes de redactar este informe... (*Sonriendo ponderativamente.*) Y para redactarlo.

EL CAPITÁN.—(*Desenrolla el documento y para leerlo se sienta en uno de los taburetes que hay en la escena. El texto está manuscrito, naturalmente. El Histrión observa con visible preocupación todos sus movimientos. El Capitán empieza a leer y su semblante se torna sombrío. Levanta la mirada y la pone, durante nueve segundos, en el Histrión, que da muestras de inquietud. Sigue leyendo y su entrecejo manifiesta ya, con ruda elocuencia, lo que siente. Vuelve a mirar al Histrión, que esboza una sonrisa de embarazo, insinúa gestos y ademanes como quien pide disculpa y al mismo tiempo intenta tranquilizar y aplacar. Pero el Capitán estalla, al fin.*) ¡Esto no tiene sentido! ¡Es insensato! (*Pausa.*) ¡Pero es que además no guarda ninguna relación con nuestro negocio! ¡Es un aborto retórico y obsceno! (*Le devuelve el rollo; gritando.*) ¡Pero qué es lo que me has dado aquí? (*En este instante se oye el golpe en tierra del arcabuz del centinela de la izquierda, al que algo le dice un oficial. Al oírlo, el Capitán se vuelve, sin levantarse. Al oficial.*) ¡Dentro de un momento, Alférez! (*El oficial saluda y se retira.*)

EL HISTRIÓN.—(*Desenrolla el manuscrito, lo mira, se lleva la mano a la boca, cómicamente consternado por lo que ha hecho. Saca el otro rollo que guarda en la guerrera y, suplicante casi, se lo entrega a su superior.*) ¡Troqué los papeles! En un comediante de oficio no es milagro, señor Capitán. Suele ocurrir. (*Guarda el otro rollo.*)

EL CAPITÁN.—(*Desenrollando el manuscrito.*) También ocurre fuera de tu oficio. Todos somos un poco comediantes.

EL HISTRIÓN.—Por eso mismo: tragicomedia lo uno y lo otro. (*Señala lo que el Capitán lee y el rollo que ha guardado.*)

EL CAPITÁN.—(*Le mira con ademán brusco.*) No está claro lo que quieres decir.

EL HISTRIÓN.—No, señor Capitán.

EL CAPITÁN.—(*Lee con atención durante veintisiete segundos. Después se advierte que pasa las hojas en lectura superficial. Hace gestos de aprobación muy leves. Al cabo, dice al Histrión, que no le ha quitado la vista de encima.*) Está bien..., casi muy bien.

EL HISTRIÓN.—(*Cómicamente desolado.*) ¿«Casi» nada más?

EL CAPITÁN.—(*Ríe.*) Pero si lo otro es retórico, esto es reseco.

EL HISTRIÓN.—Distinto estilo, es la única diferencia.

EL CAPITÁN.—Demasiado europeo: ¡estamos en América!

EL HISTRIÓN.—¿No estamos en Europa también? ¿No estamos en España? Como un pedazo suyo se consideró esto siempre: cuando ocurra a la inversa, cuando América se considere un pedazo de Europa..., que eso es..., habrá empezado a tener conciencia de sí misma.

EL CAPITÁN.—(*Le mira y luego queda mirando el rollo que tiene en la mano durante once segundos. Después se vuelve a los soldados.*) ¡Centinelas! Vuestra guardia está cumplida. (*Los centinelas se cuadran y dan el golpe de saludo en la tierra con el arcabuz. Luego, el de la derecha queda en posición de descanso en espera del de la izquierda, que cruza la escena corriendo para unírsele. Mutis de ambos por la derecha. Ingresa en escena, por la izquierda, el oficial que momentos antes había hablado con el centinela. Avanza con cierta timidez; cuando está cerca, el Histrión se cuadra y saluda, con lo que el Capitán se da cuenta de su presencia y responde con un ademán a su saludo, sin levantarse.*) ¿Quería algo de mí, Alférez?

EL ALFÉREZ.—(*Con ingenua expresión de su joven rostro.*) No..., nada. ¡Nada!

EL CAPITÁN.—Ah, naturalmente: discúlpeme (*Sonríe al Histrión, señalando con el ademán un taburete, que el Histrión acerca y ofrece al Alferez. El Capitán sonriendo, muy bondadoso, le invita a sentarse con el gesto. El Alferez sonríe y se sienta. De pronto, el Capitán mira los pies del Histrión.*) No había reparado en que equivocaste las botas.

EL HISTRIÓN.—Encontré las siete leguas, señor Capitán.

EL CAPITÁN.—Entonado estáis hoy, señor soldado. (*Pausa. Serio.*) Para un viejo cómico de la legua como tú, las botas de siete leguas están bien y está en su punto esa retórica, un tanto obscena, que me enseñaste. (*Con énfasis.*) ¡Pero nosotros somos la antirretórica con charreteras!

EL HISTRIÓN.—(*Muy respetuoso.*) También esa forma a que hacéis alusión tendría, si fuera realidad posible lo que dais a entender, un valor estético, pasivo y hasta retórico. Los respiros, las cesuras, son también retórica. Ni de un paisaje compuesto podemos decir que sea una obra de arte. Tampoco de una batalla (*con voz casi inaudible*) ... aunque haya artistas en perderlas. (*El Capitán endurece su expresión.*) Pero por la mano del pintor pueden convertirse en obra de arte el paisaje y la batalla.

EL CAPITÁN.—¡Bueno está! Nosotros llamamos a las cosas por su nombre: ¿es esto retórica?

EL HISTRIÓN.—Es física, señor Capitán, con humildad me disculpo. No comprendía que, realmente, es física. Para que sea retórica le faltan los polvos de la madre Celestina y la escuela de esta madre también, señor Capitán. Rezagado ando, es cierto. Se queda uno atrás de puro nuevecito.

EL ALFÉREZ.—(*Con gesto de conciliación, discretamente.*) Todo tiene valor, yo creo.

EL HISTRIÓN.—Nada deja de tenerlo, es ya otra cosa. Todo tiene valor es como todo es bueno, todo es malo... y por ahí. Si todo tiene valor, así, no más, careceríamos de norma para medirlo y deberíamos ir pensando en el laurel para el artista incógnito.

EL ALFÉREZ.—No aludía a cuánto valor tiene todo. Mas, aparte de ello, hay el valor negativo. En arte animaría el proceso, traería pugna, reacciones de mucha realidad, acaso, sería prenda de elasticidad, de fuerza y finura, seguridad de promesa.

EL HISTRIÓN.—Siempre que no faltaran los grandes maestros, que esa es la cuestión.

EL ALFÉREZ.—Sí. (*Pausa.*) Esa es la cuestión.

EL HISTRIÓN.—Creo que está bien claro. Demasiado no debe estar. Está bien claro.

EL CAPITÁN.—¡No!

EL HISTRIÓN.—(*Se inclina cómicamente hasta el suelo.*) Vuestra afirmación no dicta en este tema, que es el de mi locura, con respeto lo digo.

EL CAPITÁN.—¿Afirmación, si he dicho que no?

EL HISTRIÓN.—Ha afirmado que no. La negación no existe. La nada tampoco: es algo. ¡Es nada! (*Con inaudita celeridad, pero con muy clara dicción.*) Solo el pretérito existe y el presente como límite nada más entre el antes y el después. Hasta el futuro está contenido en el pasado, aunque no sepamos cómo. Y lo que se sitúa entre la nada y algo, entre el cero y el uno o la fracción del uno que antecede al uno, no tiene nombre, es lo desconocido, es equis, lo que ya es tener nombre y el tenerlo tiene una significación, y como tal significación, una realidad.

EL CAPITÁN.—(*Violento.*) ¡Alto!

EL HISTRIÓN.—(*Con voz lastimera, lentamente, pero muy excitado.*) Se ha hecho siempre así por algunas autoridades, de idéntica forma, o parecida, o equivalente. Esa voz de mando, ese «alto», quiere decir muchas cosas y no sabemos todo lo que quiere decir, o lo que no quiere decir, da lo mismo. (*Pausa.*) Pero, por algunas autoridades, se ha hecho siempre así con nosotros, los pobres pensadores.

EL CAPITÁN.—Creo que los demás también piensan...

EL HISTRIÓN.—(*Sin oírle.*) Mas, haciéndolo así esas autoridades, acaban después repitiendo nuestras ideas, trastocándolas y convirtiéndolas en arma vulneraria. Y muchas veces para cohonestar sus actos, para justificarse, recurren a nuestras ideas también o a ese remedo de ellas que llaman su razón o sus razones, míseros engendros racionales, pero racionales al fin.

EL CAPITÁN.—¡Por menos se mandaba a la hoguera!

EL HISTRIÓN.—Y por más también, señor Capitán, por muchísimo más.

LOS CHAFAROTES.—(*Por la rampa del fondo se oyen estrepitosas risotadas. Macrófono. Todos vuelven la mirada hacia ese lado, por el que, once segundos después, aparecen*

[268] BOVES

dos oficiales de dragones, dos rudos militares, con arrastre de sables y ludir de espuelas. Macrófono. Llegan abrazados y quién sabe si ligerísimamente achispados. Ambos a una.)
¡Alabado el Santo Sacramento!

EL CAPITÁN.—(*Levantándose.*) ¡Por siempre sea alabado! (*Saludando por chanza con el rollo.*) ¡En buena hora, caballeritos! ¿Por dónde entrasteis?

LOS CHAFAROTES.—(*Ambos a una, en falsete.*) ¡Por la puerta! (*Carcajada de ambos, los demás rien.*)

EL CAPITÁN.—Yo creí que por la puerta se salía... ¡Preguntádselo al héroe de Carabobo! (*Los chafarotes rien estrepitosamente. El Alférez se levanta, el Histrión se cuadra: ambos saludan. El Alférez hará repetido ademán, que pasará inadvertido, de ceder su asiento.*)

CHAFAROTE 1.—¿Estáis en junta?

EL CAPITÁN.—En junta secreta.

CHAFAROTE 1.—¡Sois gente grande! ¡Gente grande! (*Se pone afectadamente serio. Al Chafarote 2.*) ¡Chist! (*En cuchicheo.*) ¡Están fraguando el golpe! ¡Junta secreta! (*A los demás, con voz natural nuevamente.*) ¡Proseguid, hermanitos! No nos enteramos de nada, no oímos nada: dejamos los oréganos en el monte! (*Todo lo seguro que puede, da unos pasos hacia el sillón monumental. Al pasar junto al gran tambor de regimiento, se detiene, observa con indecible curiosidad la pluma de ave y el tintero, toma la pluma, la mira y examina, vuelve a dejarla sobre el parche, se encoge de hombros como quien no entiende nada de aquello, se vuelve hacia los demás y con voz un poquito vacilante, insiste.*) Proseguid, hermanitos. (*Al encontrarse frente al sillón heráldico, hace un esfuerzo por cuadrarse y saludar; después, rezongando por lo bajo con palabras audibles, pero ininteligibles, se sienta trabajosamente en la esquina del estrado. Cierra los ojos, se los restriega, procura mantenerlos abiertos, vuelve a cerrarlos; al fin, queda inmóvil y parece dormir. El Chafarote 2, que se apoya en el sable para mantenerse más firme y observa con una sonrisa boba, de pronto advierte la falta de su compañero, le busca con la mirada, le descubre, mira en torno, se le acerca como a hurtadillas, con blando pisar, casi vacilante, se sienta junto a él y queda instantáneamente dormido. Permanecen así ambos hasta la llegada del brigadier. La anterior acción de los chafarotes es simultánea con la llegada, desde la izquierda, antes de que el Capitán y el Alférez hayan tenido tiempo de volver a*

sentarse, de un oficial. Al oír sus pasos, se vuelve el Capitán y sale a su encuentro. Se saludan con confianza, sin formalidades, y permanecen en segundo término en coloquio inaudible, que durará hasta el instante en que el Chafarote 2 queda dormido junto a su compañero. El Capitán entrega al oficial el rollo que tenía en la mano, le despide y vuelve a sentarse. Ya sentado, busca con la mirada a los chafarotes, los descubre, suspira irónicamente y se encoge de hombros, sonriendo. Sonríen los demás igualmente.)

EL HISTRIÓN.—Que prosiguiéramos nos pidieron. ¡No los despierta una andanada!

EL CAPITÁN.—(*Queda un momento pensativo, como intentando recordar.*) ¡Sí! Decías, entre otros despropósitos, que se queda uno atrás de puro nuevecito. Quería preguntarte qué alegas para semejante presunción. (*Levemente sarcástico.*) Se queda uno atrás de puro nuevecito...

EL HISTRIÓN.—Sí, porque las renovaciones, que no valen simplemente por serlo y si no significan algo más, no son nunca obra de la juventud, que solo es la primera que sigue por el atajo, y se fundan siempre en algo que viene de lejos, mas no del futuro, adonde se va, pero de donde claro que no se vuelve, sino del pretérito, que existe únicamente para el hombre, que fue el que lo inventó, y que, si es lo más joven en sus fuentes remotas, las de la infancia humana, no ha sido propicio a los jóvenes nunca. (*Pausa.*) Y como uno es joven todavía, (*pavoneándose*)... gracias a Dios sean dadas.

EL CAPITÁN.—Te estás burlando.

EL HISTRIÓN.—(*Con mucho aspaviento.*) ¡Naturalmente, señor Capitán! (*Ríen. Pausa.*) Se queda uno atrás de puro nuevecito, en el rezago se queda uno: no en el regazo. El que no es retórico no piensa en el rezago, señor Capitán. (*Animándose.*) Pero aguardad tantico, que de un regazo impuro..., regazo ahora, de un regazo impuro voy a sacar algo que llama a las cosas, como en física, por su nombre, pero con muchísima retórica. Lo parió un letrado de la Puebla de Montalbán en los tiempos de Marigalante...

EL CAPITÁN.—¡Maricastaña!

EL HISTRIÓN.—Marigalante en retórico, señor Capitán. Decía que lo parió un letrado. Y después de bautizarse él, bautizó a su parto con el nombre de «Tragicomedia de Calixto y Melibea». (*Antes de sacar el rollo manuscrito con el texto de La Celestina,*

[270] BOVES

se palpa la guerrera, como si temiera confundirse nuevamente. Al comprobar que tiene uno solo, suspira con alivio, lo saca y empieza a desenrollarlo mientras perora.) Sí, se queda uno atrás de puro nuevecito, ¿no es inllevable? Se quiere uno renovar con lo de fuera, pero esto se agota, mientras lo de dentro no se acaba. Lo de dentro es retórica también, aunque salga afuera transmutado en juego de sombras mudas o en juego de sombras gárrulas. ¿Hay algo más retórico que un fantasma con su grito agorero, señor Capitán? El único distingo de alguna entidad que cabría es el de que, como en todo, hay aquí bueno y malo para quien de bueno y malo entiende, y malo y bueno para quien de malo y bueno no entiende nada. *(Volviéndose al Capitán y al Alférez. Con leve ironía.)* ¿No me entendéis? *(Pausa.)* Con todo ello quiere decirse que claro que hay buena y mala retórica. Pero que hay retórica y que otra cosa no hay.

EL CAPITÁN.—*(Impaciente.)* Bueno, a ver eso de llamar a las cosas por su nombre, pero con mucha retórica. *(Rudo.)* Te repito que nosotros somos la antirretórica con charreteras. No lo olvides y no me mires así. Antirretórica, an-ti-rre-tó-ri-ca: ¿sabes lo que esto significa?

EL HISTRIÓN.—Solo puede significar otra retórica.

EL CAPITÁN.—*(Con rudeza.)* ¿Cómo?

EL HISTRIÓN.—*(Asustado.)* ¡Otra física! ¡Otra física! *(Ríe el Capitán.)*

EL CAPITÁN.—Comprenderás que no puede hacerse retórica con nuestro negocio.

EL HISTRIÓN.—¡No! *(Pausa.)* Puede hacerse física. *(Pausa. Mira al suelo como reflexionando. Volviendo con vivo ademán de su reflexión.)* Pero la retórica más sutil puede hacerse con lo más grueso e indecoroso. *(Queda pensativo. Pausa de diecisiete segundos. Con gesto insinuante.)* ¡Escuchad! *(Despliega las grandes hojas del rollo, hace ademán de buscar lo que quiere leer y se interrumpe para decir aún.)* La retórica más sutil puede también hacerse con alarde de descuido, de esa negligencia que es la peor afectación, al presentarse como lo contrario de lo que es en verdad. Esta de aquí *(golpea ligeramente los papeles con el dorso de la mano)* parece más honrada, aunque sea un poco deshonesto. *(Bajando la voz, con tono confidencial.)* Es la obra que represento a menudo para mí solo. Actores y espectadores hablan para mí y al oír mi voz ya no me parece mía. En cambio es mía la comedia: el autor soy yo.

EL CAPITÁN.—¿Tú?

EL HISTRIÓN.—Entre autor y actor solo va una letra y el actor es autor también.

EL CAPITÁN.—En cierto modo, sí.

EL HISTRIÓN.—(*En disminuyendo.*) Pero escuchad... escuchad... escuchad. (*Es interrumpido por un soldado que llega corriendo, patina en su esfuerzo por detenerse y tropieza con el Histrión.*)

SOLDADO.—(*A media voz, pero muy excitado.*) ¡El General!... ¡El General! (*Pausa. Más bajo*) ¡Llega el General con su séquito! (*Dicho esto, vase corriendo como había llegado. El Histrión arrolla los papeles, guarda el rollo en su guerrera, se acerca a los chafarotes que duermen, apoyado el uno contra el otro; reflexiona un instante y les da en los hombros unos golpecitos para despertarles. Como no dan señales de vida, les sacude ligeramente, también en vano; les sacude recio, entonces, y al fin despiertan, muy sobresaltados. El Chafarote 1, aún ausente, se cuadra ante el Histrión, luego lo hace en distintas direcciones, como saludando a un fantasma.*)

EL HISTRIÓN.—(*En voz baja, apremiante, a ambos chafarotes.*) ¡El General! ¡Que llega el General! (*El Chafarote 2, que en el primer momento quedó como alorado, repentinamente desenvaina el sable y parece dispuesto a lidiar, contra fantasmas también. Rápido acude el Histrión, que toma la funda del sable y le conmina, persuasivo y respetuoso, con apremio.*) ¡Envainad! Es solo el General que llega y no habrá que presentar armas.

(*Ayudado por el Histrión, el Chafarote 2 envaina su sable. Ambos chafarotes empiezan a recobrarse. Se oyen, en lento crescendo, pisadas múltiples, pero no de marcha, acompañadas de un redoble de tambor, en «sordina», muy pausado, como el procesional que acompaña a los cortejos fúnebres o a los «pasos» en Semana Santa. Cuando se oyen cerca las pisadas y el redoble, empieza a oírse también un discreto rumor de conversaciones. Macrófono. El Capitán y el Alférez, que se han puesto de pie, saludarán, a la llegada del General, así como los dos chafarotes, mas solo el Histrión se cuadrará, permaneciendo así hasta que un ademán del brigadier le releve de la postura. Precede al General un negro desnudo que sostiene en la diestra, como en alcándara, un papagayo de enhiesta policromía y rico plumaje; siguen al negro dos ayudantes, tras los que aparece el General en persona,*

[272] BOVES

seguido, a su vez, de un grupo de oficiales de su Estado Mayor. «Hace una entrada» impresionante, cargado de oro, barroco, imponente en el gesto, en el ademán y la actitud, en la voz y en el tono solemne con que habla. Apenas se ha detenido, en un lugar equidistante del sillón heráldico y el extremo de la izquierda, llega desde la derecha un mozo portador de un «taburete» sencillo, como los demás, pero con respaldo y brazos, que deja a su lado y se va.)

EL PAPAGAYO.—*(Con dicción clarísima. Macrófono.)* ¡Qué boniiiito! ¡Halcón fiero, halcón fiero, de colorín te vistieron! ¡Qué boniiiito, qué boniiiito!

EL CAPITÁN.—*(Al Histrión. Con un ademán del brazo, el General le releva de su posición de firmes.)* ¿Es naturaleza o artificio? *(El Histrión permanece mudo, atónito.)*

EL GENERAL.—*(Al Histrión, tras una pausa de diecisiete segundos.)* ¿No sabes responder?

EL HISTRIÓN.—Artificio, mecánica, señor General: la naturaleza no sabe faltar al respeto.

EL GENERAL.—*(Aprueba con robusta risa, los demás le acompañan. Al Histrión.)* ¿Tendremos función esta tarde?

EL HISTRIÓN.—Hubo que aplazar el número. Por lo pronto, hay espectáculo.

EL GENERAL.—*(Dirigiéndose a todos y al Capitán especialmente.)* El bufón puede permitírsele todo. *(Rostros sonrientes como réplica de su sonrisa. El brigadier indica al negro con el gesto y unas palabras inaudibles que se lleve al papagayo. Vase por la derecha y se cruza con la Coya, que llega desde el mismo lado y acaricia al pájaro, sin detenerse. Misma actriz de la escena del Doncel Enajenado, ahora semidesnuda o semivestida. Su precaria vestimenta consiste en tiras de intenso y detonante azul. Sobre la oreja izquierda, un clavel encarnado. Al advertirse su presencia, todos vuelven hacia ella los ojos.)*

LA COYA.—*(Al General, mostrándole un papel, con sonrisa petulante.)* ¡Salvoconducto!

EL GENERAL.—*(La mira con impasibilidad y tarda en preguntar al Histrión.)* ¿Qué quiere? *(Señalándola con leve ademán de la cabeza. Balanceándose como las mulatas, la Coya se sitúa en el centro del grupo antes de que el Histrión pueda contestar.)* ¿Pertenece a la función de esta tarde?

EL HISTRIÓN.—Forma parte del espectáculo solamente.

EL GENERAL.—(*Con distraída sonrisa, se dirige a la Coya.*) ¿De dónde llegas?

LA COYA.—A lo mejor de los infiernos: surjo de las profundidades.

EL GENERAL.—¿Cómo?

LA COYA.—Me tragó la tierra y me arrojó de nuevo, me arrebató como pecadora y me devolvió en estado de inocencia.

EL GENERAL.—(*Con una furtiva mirada a su pergeño.*) Sí. Ya se ve.

LA COYA.—(*Con desplante.*) ¡Soy la Coya!

EL HISTRIÓN.—¿Coya tú?

LA COYA.—Soy un símbolo.

EL HISTRIÓN.—Un símbolo mal arropado.

LA COYA.—Soy un símbolo. El de la hija del sol, reina, hermana del inca y su esposa.

EL HISTRIÓN.—¡Muy en rubio me lo contáis!

LA COYA.—¿No es rubio Febo?

EL HISTRIÓN.—¡Pero la prole le salió trigueña!

LA COYA.—Yo salí al gran padre.

EL HISTRIÓN.—Y los demás, a su esposa y hermana, la gran... madre, que era trigueña.

LA COYA.—En el símbolo hay variación.

EL HISTRIÓN.—En el símbolo precisamente no puede haberla... (*aparte, bajando la voz*) aunque la haya.

LA COYA.—(*Habla riendo, con mucha zalamería.*) Rubia como el tesoro de los galeones...

EL GENERAL.—(*Impacientándose.*) Por fin, ¿qué es lo que quieres?

LA COYA.—Lo diré por turno. (*En escena al ralenti, lentísima, de mucha insinuación, en que al hablar rozará casi con las mejillas, se acerca, meciéndose, al General, y le habla al oído. Después observa atentamente su expresión, que es de repulsa. Hace lo mismo con el Ayudante 1, cuyo rostro delata, muy discretamente, delicia; lo hace también con el Ayudante 2, que hace un leve gesto de burla; el oficial al que aún se acerca responde con frialdad, y con serena amabilidad el Alférez. El ademán con que ahora escuchan todos a la Coya va de acuerdo con su actitud previa.*) Descontando lo

[274] BOVES

que por descontado se daba, lo obligado en el jefe, quedan cuatro réplicas mudas, pero de una elocuencia que con palabras no podría expresarse. *(Pausa. Al General.)* Vuestra Excelencia me preguntó qué quería. Todos lo saben ya: ¡convidarles a mi bohío! Bueno, a los jóvenes. Quiero decir algo más jóvenes que su merced. ¿Me los llevo, señor? Porque ellos mismos no tienen mucho... impulso. Uno que sí, otro risa me das, otro ni pío y el último que muy bien. ¡El General se queda! *(Ligerísimo rumor de conversación en el grupo, cuyos componentes se advierte que cambian palabras durante los veintitún segundos que dura esta pausa. Macrófono. El General mira en torno con una muy leve sonrisa y una complaciente calma.)* ¡El General se queda y nadie se anima! Lo siento.

EL CAPITÁN.—*(Con muestras de impaciencia.)* ¿Son muy caras esas tentaciones?

LA COYA.—¿Las tentaciones? Representan el prefacio nada más. No se cobran.

EL HISTRIÓN.—Debes ser muy bisoña, muy... bisoñita. La tentación es lo que más se ha pagado siempre. *(Pausa.)* ¡Pero lo sabes mejor que yo!

LA COYA.—*(Sin oírle. Con énfasis.)* Poeta y danzarina, eso soy. Sin declamación y sin danza, ¿adónde iríamos? Tengo un bohío antillano, con un frescor tan denso de aromas naturales que adormece. Decía mi padre que lo hemos logrado todo luchando contra natura, pero que, sin embargo, la naturaleza, que es horrible y cruel, es también bella y dulce y generosa, imponente y sencilla y que lo feo es siempre un requilorio humano, que lo natural puede ser horrible, pero feo jamás. Mi bohío es natural, sin nada feo, sin nada horrible. A su vera hay una cascada de diamante para las abluciones. Mi padre me enseñó lo que significan. ¡Me enseñó tantas cosas mi padre! De poesía, que lo túrgido ha de ser fino y breve, y la fragancia ha de ser natural, de fruta más que de flor. Que en la danza hay que empezar por lo isócrono y repetirlo y repetirlo, y entonces la vorágine se desencadena sola.

EL HISTRIÓN.—¡Caramba con tu padre! *(Pausa.)* Y encima el sol era tu abuelo.

LA COYA.—*(Enfática.)* ¡Mi gran padre!

EL HISTRIÓN.—Da lo mismo hablando en gabacho, que es la boga.

LA COYA.—No da lo mismo, pero no vas a entenderme, ni quiero que me entiendas. ¿Cómo vas a entenderme si contigo no va nada? Lo que importa aquí es muy

otro. ¡El General se queda y nadie se anima! Lo siento de verdad, porque la mentira que estoy diciendo es verdad. Y la opulencia verbal con que me expreso se la estamos enseñando los europeos a los tropicales. ¡Pero qué buenos discípulos! Tengo alguno que ofusca de puro plumaje y pura pedrería.

EL HISTRIÓN.—Con tanta riqueza, no hay apuros.

LA COYA.—¡No los hay, buen fámulo! Hasta en lo que llaman prosaico, sin serlo, esto es riquísimo: hay agua por todas partes.

EL HISTRIÓN.—Solo falta la sed. (*Baja la mirada y se abstrae durante diecinueve segundos. Repentino.*) ¿Fámulo me llamaste?

LA COYA.—¿No te comportas como fámulo complaciente? Al llamarte así procedo con lógica.

EL HISTRIÓN.—(*Aflauta la voz, remedándola.*) Al llamarme así tropiezas... con lógica. (*Pausa, con voz normal.*) Si te atienes a ella, sin más, estás arreglada. Las cosas existen sin lógica. Y en lo que sucede no la hay. Pero da la endiablada casualidad de que, sin las cosas, la lógica exista. Incluso a pesar de las cosas. ¿Habrás en lo que sucede una lógica invisible que sea lo que decide al fin? No lo sabemos. ¡Es posible! Pero quien en lo cotidiano se atenga a la lógica, sin más, está arreglado.

(*La Coya se vuelve hacia el General y se le acerca, como dispuesta a hablarle, pero él la detiene con un muy contenido pero duro gesto y con inequívoco y leve ademán le da a entender que se vaya. No acompaña al gesto y el ademán de la cabeza el menor movimiento de manos y brazos.*)

EL CAPITÁN.—(*Aprobando tácitamente.*) ¿Te has enterado?

LA COYA.—Antes de que me lo indicaran, caballero oficial. (*El Capitán hace un movimiento agresivo casi.*)

EL HISTRIÓN.—(*Al Capitán, con suma timidez.*) Es que llama a las cosas por su nombre, señor Capitán.

(*La Coya hace como que se va y se queda, con disimulo, en segundo término, en actitud de desamparo. Pone cálidas y casi tímidas miradas en el Alférez, que, presa de ostensible turbación y «sin poderlo remediar», la mira también. El General y el Capitán se desentienden de ella.*)

[276] BOVES

EL CAPITÁN.—(*Riendo.*) ¡Famoso! (*Al General, al que parecen haber hecho mucha gracia las palabras del Histrión y sonríe, complacido.*) En lo de llamar a las cosas por su nombre, pero con mucha retórica, habíamos quedado cabalmente cuando se detuvo la función con vuestra llegada, Excelencia.

EL GENERAL.—(*Riendo.*) Pues que siga, que siga la función.

EL CAPITÁN.—(*Al Histrión.*) De un regazo impuro ibas a sacar tu ejemplo, decías.

EL HISTRIÓN.—De un regazo impurísimo. Y el ejemplo es dechado. (*Saca el rollo de su guerrera y empieza a desenrollarlo con calma.*) La dueña de la impureza fue la dueña más sonada de cuantas en su oficio trotaron por el mundo y, si por razón del mismo tenía que ser estéril, fue, por razón del espíritu, fecundísima. Ese regazo impuro, Excelencia, ese impurísimo regazo, señor Capitán, señores todos, fue un regazo espiritual también. Descubrir que el espíritu tenga con estas cosas parentesco es la hazaña, el milagro del bachiller que compuso la «Tragicomedia de Calixto y Melibea». Lo que voy a repetir ahora (*hace una inclinación*) con la venia de Vuestra Excelencia y el favor de todos, se refiere al apóstrofe vulgar aplicado a la dueña Celestina. Escuchad, pues: ¡escuchad! (*Se vuelve de espaldas y se cubre con una máscara el rostro, se vuelve de cara y aparece convertido en un anciano. Echa un poco hacia atrás la cabeza y empieza a leer en falsete, con voz de viejo, un poco lejana, pero enérgica y en modo alguno cascada o temblona; hay una entonación sarcástica clarísima, evidentísima, en su lectura.*) «¿Por qué, señor, te matas? ¿Por qué, señor, te congojas? ¿Y tú piensas que es vituperio en las orejas de esta el nombre que la llamé? No lo creas, que así se glorifica el oír como tú cuando dicen: ¡diestro caballero es Calixto! Y demás de esto, es nombrada y por tal título conocida. Si entre cien mujeres va y alguno dice: ¡puta vieja!, sin ningún empacho luego vuelve la cabeza y responde con alegre cara. Si pasa por los perros, a aquello suena su ladrido; si está cerca de las aves, otra cosa no cantan; si cerca los ganados, balando lo pregonan; si cerca las bestias, rebuznando dicen: ¡puta vieja! Las ranas de los charcos otra cosa no suelen mentar. Si va entre los herreros, aquello dicen sus martillos. Armeros, herradores, caldereros, arcadores, todo oficio de instrumento forma en el aire su nombre. Cántanla los carpinteros, péinanla los peinadores. Todas cosas que son hacen, a do quiera que ella está, el tan nombre representan. ¿Qué quie-

res más, sino si una piedra toca con otra luego suena ¡puta vieja!?» (*Deja caer, de golpe, la diestra con que sostiene los papeles, quedando el brazo colgante y el lector mudo e inmóvil. El General, muy grave, con mucha seriedad, casi con solemnidad, inicia un aplauso, la indicación de un aplauso, que se generaliza moderada y brevemente. Aunque reacio, el Capitán acaba aplaudiendo también. El Histrión se inclina exageradamente, hasta doblarse, y en esta posición y con voz más lejana aún, como de aparecido.*) ¡El bachiller Fernando de Rojas se incorpora (*se incorpora, sin violencia y sin lentitud*) y saluda! (*Derecho ya, inclina la cabeza, solo la cabeza, con el cuerpo erguido, y extiende, en saludo, ambos brazos. Después se arranca la máscara a la vista de todos, arroja los papeles y guarda rollo y máscara en su guerrera, hablando, al mismo tiempo que lo hace, al General.*) ¿Fue de vuestro agrado? ¡El valor del verso, sin su artimaña!

EL CAPITÁN.—(*Al General.*) La ralea celestinesca ha prosperado hartó por aquí. Hasta en el duelo entre Simón Bolívar y la Niña Osorio tuvo su paso.

EL HISTRIÓN.—Paso honroso, señor Capitán. La madre Celestina sabe muy bien que no debe escaparse de su leyenda.

EL CAPITÁN.—No sé si lo entendería así el Libertador burlado.

EL HISTRIÓN.—No lo entendió así: se enfureció vulgarmente.

EL CAPITÁN.—Es tonto, entonces.

EL HISTRIÓN.—Mucho peor: ¡es medio tonto!

EL GENERAL.—En esa tragicomedia prevalece lo trágico. Quien no lo vea así, no sabe verla. (*Se frota las manos, carraspea ligeramente, se vuelve para mirar al Ayudante 1, mira después al Capitán y este, a su vez, mira significativamente al Histrión.*)

EL HISTRIÓN.—(*Tras algún titubeo.*) Creo que se suspende la función, Excelencia, hasta la próxima lid.

EL GENERAL.—(*Sonriendo.*) Lidia la llamaría yo.

(*El Histrión se cuadra, saluda y se va por la derecha, mas, cuando está a punto de desaparecer, vuelve sobre sus pasos, sin mirar a nadie, recoge la pluma de ave y el tintero que están aún sobre el gran tambor de regimiento y se los lleva. La Coya, entretanto, ha avanzado unos pasos sobre el centro del grupo, mirando siempre al Alférez y con viva y manifiesta sorpresa del General.*)

[278] BOVES

EL HISTRIÓN.—(*Cuando se va ya con la pluma y el tintero, casi tropieza con la Coya. Entonces, indicando con la mano sus desnudeces, se vuelve, al Capitán.*) Física también, señor Capitán. (*Este sonríe. La Coya lo ignora todo menos al Alférez, que no sabe adónde volver los ojos. El Histrión la toma del brazo y la impulsa suavemente. Ella se deja llevar; volviendo la cabeza, como seducida, se quita el clavel encarnado que lleva sobre la oreja, señala con él al Alférez y se lo arroja. Cae a sus pies. El joven militar queda como petrificado. El Histrión coloca a la moza la pluma de ave sobre la oreja, donde tenía el clavel. Mutis del Histrión y la Coya por la derecha.*)

EL GENERAL.—(*Enérgico.*) ¡Alférez! (*Este avanza hasta él y se cuadra.*) ¡Os corresponden cuatro horas de servicio extraordinario!

EL ALFÉREZ.—Sí, General.

EL GENERAL.—¡Cuatro horas!... ¿Entendido?

EL ALFÉREZ.—Sí, General.

EL GENERAL.—(*Se le queda mirando ferozmente durante diecisiete segundos. Bajando la voz.*) Eso será mañana. (*Pausa.*) Ahora tiene permiso... de cuatro horas. (*Risas generales discretísimas.*)

EL ALFÉREZ.—Sí, General. (*Saluda y vase por la derecha. Pero se detiene al oír que se le llama nuevamente.*)

EL GENERAL.—¡Alférez! (*Vuelve este sobre sus pasos.*) Creo que olvida algo. (*Con ligero movimiento de cabeza señala el clavel, que el Alférez recoge del suelo y se lleva, muy apresurado y confuso. Risas un poco menos discretas. Mutis del Alférez por la derecha. El grupo de oficiales empieza a desbandarse poco a poco, por la rampa del fondo algunos, la mayoría por la derecha, quedando en escena solamente el Capitán y los dos ayudantes del brigadier. Este señala los mapas que están sobre un taburete y se los pide al Ayudante 1.*) ¡Esas cartas! (*El Ayudante se las entrega, el Capitán le acerca el taburete con el catalejo. Se vuelve luego el General al Ayudante 2 y le ordena.*) ¡La guardia!

AYUDANTE 2.—(*Vase por la derecha y vuelve a poco con una pareja de arcabuces, que se separan, situándose un guardia de centinela en el acceso izquierdo de la escena y permaneciendo el otro en el derecho, como anteriormente. Después de colocar los centinelas, el Ayudante 2 se acerca al General, que al oír sus pasos levanta la mirada de los mapas que consulta.*) ¡General!

EL GENERAL.—Hablad.

AYUDANTE 2.—En el reconocimiento han encontrado un negro y un mulato de las fuerzas de la insurrección, fugitivos. *(Pausa.)* Están ahí.

EL GENERAL.—¿Ha llegado el Oficial en misión?

AYUDANTE 2.—Los trajo él mismo.

EL GENERAL.—Bien: que se presenten.

AYUDANTE 2.—Como el mulato desvariaba, se le llevó a la enfermería.

EL GENERAL.—¿Está atendido?

AYUDANTE 2.—Sí, General.

EL GENERAL.—¡Traed al otro! *(El Ayudante 2 saluda y vase por la derecha. El Capitán y el Ayudante 1 permanecen, atentos, junto al General, que continúa el estudio de los mapas. Al cabo de cincuenta y dos segundos reaparece el Ayudante 2 con un Oficial que conduce del brazo a un soldado negro, sucio de polvo, el uniforme hecho jirones y las pantorrillas al aire. Calza guaraches, especie de sandalias de cuero. De un rústico cinto le cuelga un mellado y desnudo sable, que el Oficial le quita. El negro le deja hacer con la más altiva indiferencia, parece no ver nada, no ver a nadie, y parece terriblemente cansado. El General deja los mapas sobre el taburete y extiende el brazo como indicando que quiere examinar el sable. El Oficial se lo entrega. Brutalmente.)* ¡Haced hablar al que desvaría! *(Al oír esta orden, el negro, que permanecía inmóvil, colgantes los brazos, dando a todos la espalda, se vuelve como sobresaltado, asustado. El Oficial saluda y vase por la derecha. Mientras el General examina el sable, el Ayudante 2 se acerca, vigilante, al negro, que le mira despectivamente, le vuelve la espalda y se sienta en el suelo y hunde la cara en las rodillas. Risas contenidas del Capitán y el Ayudante 1. El General, al Ayudante 2, sin levantar los ojos del sable que examina.)* ¿Con nadie más se ha tropezado?

AYUDANTE 2.—Se informa que con nadie, es decir: con montones de cadáveres dispersos por doquiera. Tantos que ni un cálculo se podría aventurar. En La Puerta Boves acabó con todo. Quien no pudo huir, y pocos serían los que pudieron, pareció.

EL GENERAL.—*(Entrega el sable al Capitán.)* ¿De qué palo será esta astilla?

EL CAPITÁN.—Santo no debe ser. *(Examina el arma. El Ayudante 1 señala al negro y mira, interrogante, al General.)*

[280] BOVES

EL GENERAL.—Dejadle descansar. (*Con rudeza.*) ¡Le vamos a necesitar descansado!

EL CAPITÁN.—(*Refiriéndose al sable, que examina cuidadosamente.*) No trae firma.

EL GENERAL.—De un alijo de Boves, a lo mejor.

EL CAPITÁN.—No sé si es posible, (*riendo*)... pero es probable. Primero les vende las armas y después se las quita. ¡Muy capaz, Boves!

EL GENERAL.—¡En La Puerta no dejó con vida a nadie!

EL CAPITÁN.—Lo huracanado es asolador: no individualiza. El enemigo no lo forman las personas, incluso «amigos», podría decirse, como en el caso de la sentencia de Simón Bolívar, un culto, ciertamente, no un bárbaro, siempre disculpable, una sentencia que no fue contra vencidos, combatiendo aún, o fugitivos, que según la táctica napoleónica no deben ser perdonados, no: fue contra inermes prisioneros encadenados, reclusos. Y ni siquiera sacrificados en masa: fueron inmolados personalmente, bajo nombre de pila y apellido familiar. (*Pausa. Sin énfasis.*) Boves es el huracán y el huracán no sabe cómo se llaman sus víctimas.

EL GENERAL.—Entonces, Simón Bolívar, lo que él sonoramente bautizó como «guerra a muerte», ¿se la declaró al huracán? ¿Declaró la guerra a muerte al huracán?

EL CAPITÁN.—(*Sin énfasis.*) Sí, General. Y el huracán respondió con la guerra a muerte. Eso es todo.

EL GENERAL.—Resultaría así que somos una brisa de verano, un blando céfiro. Porque también nos la declaró a nosotros.

EL CAPITÁN.—Con nosotros está Boves.

EL GENERAL.—(*Tras una pausa de reflexión.*) Habrá que verlo...

AYUDANTE 1.—(*Con discreta sonrisa.*) Habrá que verlo, Capitán. (*El Capitán deja en el taburete, sobre los mapas y junto al catalejo, el sable que examinaba.*)

OFICIAL.—(*Encargado de hacer hablar al mulato prisionero, llega desde la derecha con un papel en la mano, que tiende al General.*) La identificación del otro prisionero. Es todo lo que he podido obtener.

EL GENERAL.—(*Se inclina y lee el papel sin cogerlo; luego, arrebatando la identificación al Oficial y poniéndose en pie, iracundo.*) ¡Falsa! (*Rompe el papel en pedazos, que arroja, violento, detrás del taburete en que estaba sentado. Saca después del bolsillo de su*

guerrera un papel doblado en dos: lo dobla una vez más y se lo entrega al Oficial.) Cúmplase. La desviación más ligera de lo aquí ordenado significa juicio sumarísimo. ¡Estamos en guerra, teniente! *(Pausa.)* De este *(señala al negro; golpeándose el pecho con cólera)*... ¡me encargo yo! *(El negro levanta casi imperceptiblemente la cabeza, que ladea un poco para una mirada furtiva. Cierra los ojos y hunde la cara en las rodillas de nuevo sin que su movimiento haya sido advertido. Tras una pausa, el General ordena.)* ¡Id! *(El Oficial saluda, vase por la derecha; el General se sienta nuevamente y queda absorto durante veintitrés segundos, al cabo de los cuales se vuelve hacia el negro.)* ¡Eh, moreno! Queremos verte de frente: de espaldas te conocemos ya bastante. *(El negro gira y queda de frente, sin levantarse, y mira en torno con expresión de susto.)* ¿Dormías?

EL NEGRO.—*(Con la voz chillona característica.)* Aguaitaba no más.

EL GENERAL.—Habrás oído, entonces, todo lo que se ha hablado aquí, te habrás enterado de todo. *(El negro dice «no» con la cabeza.)* ¿Qué aguaitabas, si no dormías?... Bueno, *(con tono de admonición)*... ¿y sabes qué vas a contestarme?

EL NEGRO.—*(Con voz completamente distinta, robusta, ronca, y haciendo sonar las «eses» casi como «che francesa», al modo de los andaluces cuando remedan a los castellanos.)* Ssí, sseñor jefe, ssí le voy a contesstar, ssí le voy a contesstar.

EL GENERAL.—*(Riendo, al Capitán y los ayudantes, que ríen también.)* Supone que debe hablar como ha oído remedarnos. Es curioso que hasta para el remedo crean necesario agruesar la voz, expresarse de forma más viril. *(Al negro.)* No hace falta que hables como los blancos, no importa que hables como los morenos. *(Pausa. Mira al negro durante diecisiete segundos con aire de preocupación. Como con decisión súbita.)* En la batalla de La Puerta no dejó con vida a nadie el buhonero... *(El negro da señales de no entender.)* El buhonero, Boves, que vendía cosillas baratas...

EL NEGRO.—¡Espejitos! *(Hablará en adelante con su voz chillona característica, su pronunciación será la del típico andaluz vulgar americano: como «ese» la «ce» y la «zeta», y como «hache aspirada» la «ge» y la «jota», suprimiendo la ese en final de sílaba, p. ej.: «epehito» en vez de espejitos.)*

EL GENERAL.—... Sí: espejitos, peinetitas, lucentor. Pues ahora Boves...

EL NEGRO.—¡Ahora es general! ¡Yo lo he visto!

[282] BOVES

EL GENERAL.—Bueno, supongamos que Boves... *(Pausa.)* ¿Y dónde le viste tú?

EL NEGRO.—¡En La Puerta, pues!

EL GENERAL.—Pues eso es lo que vas a contarnos: cómo le viste, lo que allí ocurrió *(sarcástico)*... y algo más, naturalmente. *(Pausa.)* Te decía que el buhonero..., *(ligeramente irónico)* el General, no dejó con vida a nadie. Bien: si en La Puerta no escapó nadie, ¿cómo escapaste tú? *(El negro mira al suelo con aire consternado y no contesta. El General le observa con gran atención durante diecisiete segundos. Después se dirige al Capitán.)* Habrá que flanquearle dialécticamente. *(Vuelve a observar con honda atención al prisionero durante diecisiete segundos.)* A ver... ¿Recuerdas lo que se hacía en vuestro ejército cuando cayeron sobre vosotros las hordas de Boves?

EL NEGRO.—Estábamos celebrando.

EL GENERAL.—¿Celebrando qué?

EL NEGRO.—El triunfo de Carabobo. Se habían hecho pasos y carrozas para pasear lo tomado, las armas, las banderas, todito. Se sintió primero como un temblor y después empezaron a verse como sombras en la lejura. El Libertador estaba entonces hablando. ¡Era una gran arenga!

EL GENERAL.—*(Al Capitán.)* Se acuerda más de la arenga que de la derrota. *(Pausa.)* Siempre ocurre así. *(Pausa. Al negro.)* ¿Y qué os decía en esa arenga?

EL NEGRO.—¡Todo pura libertad!

EL GENERAL.—Pero ¿libertad en todo? ¿Y para qué?

EL NEGRO.—¡Libertad no más, patrón!

EL GENERAL.—*(Al Capitán y los ayudantes.)* Si ha empezado a llamarse a sí mismo Libertador y es eco de lo que es eco, se comprende que regale libertad. Tendrá esta tal virtud que por sí sola obrará el milagro. *(Con entonación levemente sarcástica.)* Como en el beduino, por ejemplo, el ser más libre que existe. Ni las ligaduras familiares del gitano tiene. *(Pausa. Al negro.)* Admirable: libertad para todo y para todos. Libertad para ti también, claro.

EL NEGRO.—Para mí y para mis hermanos los morenos. Nos decía que con la libertad vamos a ser muy poderosos.

EL GENERAL.—Sí, no importa quién tiene la libertad, ¿verdad que no importa?

EL NEGRO.—No importa, Excelencia, no importa. Ahora van a tener los morenos libertad de veras.

EL GENERAL.—¿Para todo?

EL NEGRO.—Para todo lo que se quiera, si no es cosa mala.

EL GENERAL.—¿Y quién dice qué cosas son malas, fuera de las sabidas, como robar, matar, embriagarse?

EL NEGRO.—Eso lo dice el patrón, que es el que manda.

EL GENERAL.—Y al mandar priva de libertad necesariamente. Nunca podrá ser de otra manera, hijo. *(Pausa.)* Y ahora, dime: si haces saber que quieres venir con nosotros, ¿te darán libertad para hacerlo?

EL NEGRO.—¿Me fusilan, patrón!

EL GENERAL.—*(Al Capitán y los ayudantes.)* De este patrón de América no va a librarse el mundo tan pronto. ¡Ni de su libertad, por ventura! *(Cesura.)* Ni de su libertad, que claro que no es la nuestra. *(Pausa de diecisiete segundos, durante los que el General se sume en cavilación «visiblemente» hondísima.)* ¡Libertad! *(Pausa.)* Que trabaje la máquina ciega para que rinda, eso es lo que importa. No trabaja mejor dando lo que se pide, pero debe suponerse que sí y hay que echarle a la fiera lo que le gusta: ¡le echarían carne humana! *(Cesura.)* ¿Pero no están haciéndolo ya? *(Pausa de diecisiete segundos. Con mucha parsimonia, como reflexionando en voz alta.)* Gran diferencia, inmensa, terrible diferencia, acaso, ignorada tan a menudo por nuestra ceguera incurable, la que existe entre los que condicionan el rumbo definitivo de una época en pugna con los bandazos y guiñadas del rumbo pasajero, y los que, condicionados por este momentáneo vaivén, producen ciertos ruidos y aun parecen gobernar los acontecimientos, cuando lo que en verdad ocurre es que son ellos mismos gobernados por sucesos de diversa magnitud, algunas veces con carácter de retrocesos, gigantescos incluso, transitorios siempre. *(Suspira, se toca la frente como si quisiera espantar los pensamientos, su expresión se anima y hace al negro, con ademán «repentino», esta pregunta.)* El Libertador ¿es español o es americano?

EL NEGRO.—Es americano.

EL GENERAL.—¿Por el habla también?

[284] BOVES

EL NEGRO.—Por el habla es español.

EL GENERAL.—¿Entonces?

EL NEGRO.—Es como Vuestra Excelencia.

EL GENERAL.—(*Sonríe casi imperceptiblemente. Al Capitán y los ayudantes.*) Ved como ese aspecto de mi excelencia, de mi contingencia, tiene significación y no la tiene: la tiene en mí y no en Simón Bolívar. Si yo hablara en gaditano, al que el americano tanto se parece, no me serviría de nada o me serviría de mucho, según. La argumentación va y viene, la circunstancia manda y lo que hay detrás maneja cualquier cosa. (*Pausa, bajando la voz, lentamente.*) Al cabo sentimos, vemos, aquí también..., ¡oh, aquí también!..., el signo del azar, ese instrumento del destino. (*Cesura.*) ¿Pero dónde no lo sentimos, dónde no lo vemos, determinándonos, en esta cárcel sin efugio? (*Se levanta, brusco, y pasea, despacio, las manos atrás, en uno y otro sentido. Se detiene y exclama, como aludiendo a ideas que le acosan.*) ¿No es contradecirse un modo de afirmarse? (*Continúa su lento paseo durante veintitrés segundos, se detiene ante el negro y le observa durante once segundos. Como recordando, sin apremiarle.*) Dijiste que habías visto a Boves en la batalla de La Puerta...

EL NEGRO.—Y a la mujer, que iba también delante, a su izquierda, como un relámpago. (*Extendiendo los brazos, ponderativo.*) No se vio más. El polvero lo tapó todo igual que niebla y la galopada y el griterío me dejaron sordo. Olía a chamusquina, por los cuatro fogoneros rodeando a la mujer... (*El General mira al Capitán, que interrumpe.*)

EL CAPITÁN.—¡La escolta de incendiarios! (*El General sigue dando señales de no comprender.*)

EL NEGRO.—¡Se remecía la tierra! (*Crispa los puños y los vibra en el aire.*) Me dio mareo y perdí el sentido.

EL GENERAL.—¿Pero cómo viste a Boves? ¿Y de qué mujer hablas?

EL NEGRO.—(*Bajando la voz.*) Los vi. (*Inclina la cabeza, abate la mirada y enmudece. Todos le observan atentamente, en silencio, durante veintitrés segundos.*)

EL GENERAL.—(*Enérgico.*) ¡Habla! (*Pausa, gritando.*) ¡Habla!

EL NEGRO.—(*Muy excitado.*) ¡No sé cuánto tiempo! (*Pausa.*) No se acaba el tiempo. ¡Se venían encima, encima, encima (*ademanos ilustrativos*), y no llegaban

nunca! (*Acelerando. Simula empuñar una lanza, sostener la rienda con el brazo y sujetarse la cabeza.*) Boves llevaba la lanza así y la rienda al brazo y la mano en la cabeza vendada. A la mujer la rodeaban cuatro lanceros de España con hachas al sol, encendidas. (*El General interroga al Capitán con la mirada.*)

EL CAPITÁN.—¡La Niña Osorio!

EL NEGRO.—Cuando apareció empezaron a gritar todos: «¡El caballo robado! ¡El caballo robado!».

EL CAPITÁN.—(*Interrumpiendo.*) Con vuestra licencia, General. (*Al negro.*) ¿Qué pinta tenía el caballo?

EL NEGRO.—¡Una garza real, una blancura!

EL CAPITÁN.—(*Al General.*) El potro de gala de Simón Bolívar, el que de su misma casa le arrebataron una noche.

EL NEGRO.—(*Siempre muy excitado, con algo visionario en su manera.*) ¡Y se venían encima y no se acababa el tiempo! ¡Boves con la mano así y con la lanza así! (*Se coge la cabeza con la mano, empuña una lanza imaginaria con ademán de embestida.*) ¡Y los fogoneros rodeando a la mujer, y la mujer tenía armas en el arzón y las dos manos, y soltó la rienda y empezó a disparar! ¡Y no se acababa el tiempo y no llegaban nunca! Y todos gritaban: «¡El caballo robado! ¡El caballo robado!».

¡Y Boves no se movía, con la mano así y la lanza así! ¡Y la mujer seguía disparando! (*Bajando la voz, muy despacio.*) Y no se acababa el tiempo. (*Pausa, más bajo aún, más despacio aún.*) La mujer seguía disparando. (*Cesura.*) Sigue disparando. (*Enmudece, inclina la cabeza y hunde la cara en las rodillas. Permanecerá así hasta que se indique.*)

EL GENERAL.—(*Tras una pausa de diecisiete segundos.*) ¿No tienes más que decirnos? (*Violento.*) ¿Olvidas que vas a contestarme? (*Pausa.*) Y sin más espera y con mucho cuidado, que a nadie vas a engañar. ¡El engañado serás tú si lo intentas! ¡A ver, pronto! Vas a empezar por el momento mismo en que te enganchaste... o te engancharon. (*Pausa.*) ¡Habla! (*El negro permanece callado e inmóvil. Transcurren veintitrés segundos y percibe el movimiento con que el Capitán se acerca al taburete y empuña el sable por la hoja, levanta ligeramente la cabeza, la vuelve hacia ese lado y ve que el Capitán va a blandir el arma, mas no el ademán prohibitivo con que el General le detiene.*)

EL NEGRO.—(*Con un sollozo.*) ¡Si no le matan, él me mata a mí!

EL GENERAL.—¿De quién estás hablando?

EL NEGRO.—(*Gimoteante.*) ¡Si matan a mi compañero, lo contaré todito!

EL CAPITÁN.—Se refiere al otro prisionero, al mulato.

EL NEGRO.—(*Siempre lloriqueando.*) ¡Si no le matan, él me mata a mí! ¡Si le matan, lo contaré todito! ¡Si le matan, lo contaré todito!

EL GENERAL.—(*Le impone silencio con un estentóreo grito.*) ¡Calla! (*Macrófono. Todos le miran. Pausa expectante de veintitrés segundos, al cabo de los cuales dice con mucha naturalidad, con tranquilidad perfecta.*) Morirá. Tenía que morir de todos modos. (*Al Ayudante 2, imperativo.*) ¡Que se dé confesión al otro prisionero! No hay plazo para capilla. ¡Volved al punto! (*El Ayudante 2 le mira con estupefacción, saluda y vase corriendo por la derecha. El General se sienta, espera. Al cabo de cuarenta y dos segundos reaparece el Ayudante 2, con tardo andar, por la derecha. Apenas ha dado unos pasos, se vuelve como si presintiera que alguien le sigue: desde la derecha también llega entonces el teniente que aprehendió a los prisioneros y había recibido la orden escrita del General. El Ayudante 2 se detiene y espera. A su vez, el Oficial se detiene junto a él, le mira y luego se acerca al General con aire de gran cautela y preocupación.*)

OFICIAL.—(*Respetuosísimo.*) ¡General! (*El General le mira duramente.*)... ¿Confir-
máis la orden escrita? (*La dura mirada se hace brutal, pero no se da respuesta. Lim-
piándose con el dorso de la mano las lágrimas, el negro contempla la escena con aire
alelado. El Capitán y los ayudantes observan con expresión de ansiedad apenas contenida.
El Oficial retrocede dos pasos, mira al negro, desenfunda su pistola de dos cañones y la
amartilla con ambos gatillos.*) Crac..., crac. (*Macrófono. Pone después su mirada en el
General, en el Capitán, en los ayudantes, la clava en el suelo y permanece así diecisiete
segundos, y mira nuevamente al General, que se pone en pie, brusco, y a su vez, le mira
fijamente. Retrocede y va alejándose con lentitud. Antes de desaparecer por la derecha,
vuelve la cabeza aún y emprende la carrera; se oirán los pasos, corriendo, pero sin alejarse
mucho, durante diecisiete segundos. Macrófono. El General, que, inmóvil, había seguido
mirando, fijo, al Oficial hasta su mutis, y aún había seguido mirándole, como a un es-
pectro, cuando ya había desaparecido, se derrumba en su taburete y apoya el codo y se*

cubre la cara con la diestra. Permanece en la inmovilidad más absoluta. Así han seguido la escena los demás, trasuntada en el rostro la consternación. El negro ha vuelto a hundir la cara en las rodillas. A contar desde el instante en que dejan de oírse, corriendo, los pasos del Oficial, hay una pausa —una espera— de ochenta y cuatro segundos, transcurridos los cuales se oye un disparo. Macrófono. El negro se estremece. Los demás permanecen inmóviles, la mirada clavada en el suelo. Treinta y tres segundos transcurren hasta que se oye el segundo disparo. Macrófono. Vuelve a estremecerse el negro, que, aterrorizado, levanta, poco a poco, la cabeza. Transcurren nuevamente treinta y tres segundos hasta que reaparece el Oficial con la pistola humeante en la mano izquierda, empuñada por los cañones. Se difunde olor a pólvora. El Oficial se cuadra, sin solemnidad, ante el General, que se pone en pie y le mira, inexpressivo, indiferente. Vase el Oficial por la derecha. El General permanece en pie.)

EL NEGRO.—(*Gritando, repentino, con los brazos en alto, estirados, las manos abiertas.*) ¡Ahora a mí, ahora a mí! (*Cesura.*) ¡Ahora a mí! ¡Él iba a hablar! ¡Yo no! ¡Ahora a mí! ¡Él era el que quería hablar! (*Se interrumpe de pronto y enmudece. Hay una indecible expresión de estupor en su rostro. Permanece así durante trece segundos, fija la mirada en el acceso de la derecha. Súbitamente lanza un espantable grito.*) ¡Ah! (*Macrófono. Siete segundos después y por el borde del acceso de la derecha, del que no se separará, se muestra, como en aparición, la figura del mulato prisionero «sacrificado», que es enfocada con iluminación intensísima durante trece segundos. Cae la iluminación y el negro, que entretanto se ha incorporado, se lanza a la carrera, en una huida de terror, hacia la rampa del fondo. El centinela hace un movimiento para interponerse, y el Capitán y el Ayudante 2 para salir en su persecución.*)

EL GENERAL.—(*Violenta torsión para dirigirse a ellos. Con estentóreo vozarrón.*) ¡Dejadle! (*Macrófono. Se ve desaparecer por la rampa del fondo al negro, en loca huida, y se oyen, alejándose, sus blandas pisadas de paria. Macrófono. Pausa de treinta y tres segundos. Se advierte embarazo en la expresión del Capitán y los ayudantes, mas no en la del General, que vuelve a sentarse con aire de tranquilidad perfecta. Tranquilas son también sus palabras de explicación.*) Cree en aparecidos y creyó ver el espectro del hombre a quien temía con muy buenas razones. (*Se vuelve sonriente hacia el mulato, que no se*

moverá del lugar por donde «apareció» y que replica con muy discreta y leve sonrisa y una ligera reverencia. A los demás.) ¡No era todo farsa en él! *(Cesura. Riendo.)* ¡Y ahora el cuento que va a contar es de susto! *(Pausa.)* Lo de verdadero interés para nosotros que hubiera podido contarnos... nos lo contará este *(señala al mulato)*, que sirvió de cimbel y le trajo como a un borrego hasta que toparon con el destacamento. *(Pausa de diecisiete segundos. Al mulato.)* A ti había que ponerte a prueba. *(Cesura.)* Creo que la actitud del otro prisionero lo dice todo... *(Respetuosa sonrisa y leve inclinación del mulato. Pausa de trece segundos. A los demás.)* Aunque el negrito hubiera puesto como condición la muerte del presunto compañero para hablar, estaba dispuesto el simulacro a fin de impresionarle. El pretexto era secundario. Hay una pequeña diferencia entre los dos hombres: el otro era espía de la insurrección, este... *(señala al mulato)* solo lo es nuestro. *(Sonríen todos menos el General.)* La prueba a que le hemos sometido era necesaria. Si el otro, tras haberse confiado, desconfiaba y temía de veras, era que nuestro hombre no solo era de fiar, sino que había trabajado bien. *(Al mulato.)* No te aflijas: tu trabajo es bueno.

EL CAPITÁN.—*(Riendo.)* No ha sido malo el de Vuestra Excelencia, General.

EL GENERAL.—*(Muy serio.)* Para ciertos asuntos confidenciales, lo mejor es no tener confidentes. *(Queda como distraído durante diecisiete segundos. Al mulato, de pronto.)* Tendrás que hablar con el Capitán. Pero antes tómate un pequeño descanso y agasájate como puedas. Hay orden de atenderte. *(El mulato, que tiene aspecto de gran fatiga, hace una inclinación y vase por la derecha.)*

AYUDANTE 1.—*(Al Capitán, levemente sarcástico.)* A pesar del tornado y sus furias, el negro fuera no tenía nada: ni un rasguño.

EL CAPITÁN.—¡Lo tenía todo por dentro!

EL GENERAL.—Una conmoción muy compleja estremecía su alma. ¡Oh, esto es ya impresionante en el primitivo! *(Pausa.)* ¡Qué difícil conocerle! Casi tanto como conocer a un niño, aunque sea hijo nuestro. No dejará por ello de ser un primitivo también, mientras sea niño, no dejará de tener una mente simple y un alma complicadísima. *(Se levanta y pasea lentamente. Habla mientras lo hace.)* No nos servía ni como prisionero el negrito. *(Pausa.)* Ni un mártir podía hacerse de él, ni siquiera una

víctima. *(Pausa.)* Se sintió héroe, pero no dependía de él serlo. No se es por el hecho, sino por la persona. *(Pausa.)* El heroísmo es un estilo. *(Cesura.)* Aunque claro que, a veces, solo la caricatura de un estilo... *(Pausa de diecisiete segundos, se detiene ante la rampa del fondo, mira al horizonte, continúa paseando.)* El africano soportó mejor la vida de trabajo que el indio, se impuso a este, acentuó con más fuerza, pero con España se mantuvo en su lugar siempre sin que para ello se le apremiase. Como el indio mismo, le fue siempre fiel... y sigue siéndoselo. *(Pausa.)* No, con ellos no habría lucha. *(Pausa, irónico.)* La hay con los de nuestra sangre... *(Cesura.)* ¡Más fraticida no fue una lucha jamás! *(Tras una pausa de trece segundos, durante la que continúa, en silencio, su paseo, se oyen, a cierta distancia, los diecisiete segundos más característicos de canto y danza afroamericanos del disco yanqui más nuevo. Macrófono. El General se vuelve, sorprendido.)*

AYUDANTE 1.—¡Merienda de negros en el corral! Los mozos de las cuadras tienen asueto.

EL GENERAL.—¿Por qué no? Dejad libertad para algunas cosas, dejad que se haga lo que quieren los más —se supone que lo que quieren los más es lo bueno y sagrado— y veréis al mundo entero, que al fin es multitud, regido por piratas y embriagado de alcohol y erótica grosera, danzar al son del canto de esos caníbales. ¡El mundo entero danzando así! *(Pausa.)* ¡Claro que libertad para estas cosas! Para otras les dejarán la de cambiar de amo, si se la dejan. Han abolido nominalmente la servidumbre del peón para sustituirla por la servidumbre del mendigo, sin apenas tomarse el trabajo de disfrazarle. Los parias de color se vengarán a través del alma de unos amos blancos que son casi tan primitivos como ellos, pero han perdido la inocencia. ¡Irrumpirán a través de su alma! ¿No anuncian ya su llegada con estrépito?

AYUDANTE 1.—Su alegría es horrible: no sé si macabra o burlesca. ¡No sé si siquiera es alegría! *(Pausa.)* Suelen ser, por inclinación, muy burlones.

EL GENERAL.—Es natural: es lo natural. Cuando la burla no es juego de arte desinteresado y ejemplar, es una forma de compensación. Con la burla se remienda lo que claudica. El esclavo se burló siempre de su amo, el siervo de su señor, el preso de su carcelero. Aun en el triunfo de Roma, el héroe debía soportar, de gloria abroquelado, las pullas del legionario más borroso. La burla es un ardid del inferior, la

[290] BOVES

compensación falaz de un desequilibrio, el galardón del villano merecedor de su servidumbre, de su cárcel, de su trailla y que, si sabe de las lágrimas del miedo y de la palidez del susto, no conoce el silencio del orgullo más noble, el llanto de la desesperación más humana, el despliegue heroico de la rebelión verdadera. Es vil y se burla. ¡Con el escarnio de Cristo, el vil se burló de Dios!

AYUDANTE 1.—Decíais, General, que estos parias fueron fieles a España siempre.

EL GENERAL.—Al empezar a ser libres —vamos a suponer que han empezado a serlo—, empezaron algunos a perder la inocencia. Pero son los menos todavía. El estrago es insignificante aún. Formaban un componente lleno de promesa y aún constituyen una posibilidad. Su manumisión era ya una realidad cada día más vasta en el hecho mismo, si no en la letra. No se les azuzaba con quimeras porque no se les engañaba y lo que tenían que sufrir lo sufrían también los de nuestra sangre. En el trato de cada día no se hacían diferencias y en este imperio cristiano las fuerzas de la dominación estuvieron siempre contrarrestadas por las gestas de la misión. Si fueron, si son aún leales a España, es porque supo dominarles sin dejarse dominar, sin dejarse arrastrar por lo tumultuoso que acecha a esos seres simples, que de algún modo pugnaban por dar algo, tras haber recibido mucho: este algo fue interpretado, fue vertido, fue traducido y llegó a ser suyo y nuestro a la vez. (*Pausa.*) Era una manera de hacer las cosas: la de España. Por eso tuvo su fidelidad y aún la tiene. España los supo dominar porque los supo conservar. Dio más de lo que recibió, influyó y diríase que solo fue influida en lo que quiso: en lo que enriquece y no degrada. (*Pausa.*) Y por lo menos aspiró a ser justa dentro de la gran línea de las estructuras imperiales. Su dominio fue, así, real. Si hubiera sido injusto, no hubiera sido dominio.

AYUDANTE 1.—Los libertadores no solo no quieren ser injustos: quieren ser generosos.

EL GENERAL.—Y no solo con el infeliz: con nosotros también. Es la historia del despojado de su heredad al que el mismo que le privó de todo ofrece, como dádiva, una parcela de lo que es suyo. Se lo quitan primero y después le brindan un pedacito de lo que le han quitado. Con el infeliz lo hacen como limosna o gracia. Con el que no lo es... poco menos. (*Cesura.*) ¡Ah, y si el no infeliz despierta celos, rivalidad,

entonces sí que se hace con gusto! Brindar graciosamente el mendrugo al dueño del tesoro es el gran recurso de la pasión cainita, la capaz de hacer del bueno malo y de convertir al avisado en necio. Es redomada esta pasión. (*Pausa. Detiene su paseo. Como de pronto.*) ¡Pero no es hábil! (*Pausa. Reanuda su paseo.*) ¡Oh, son los suyos crímenes muy piadosos! Ya el viejo sarcasmo pregunta si es lo que es, o es caridad. En los casos más groseros, a serlo aspira. Y en el mejor de los casos, si no puede evitar llamarse envidia, le gustaría apellidarse protección.

EL CAPITÁN.—La que a Simón Bolívar le inspiraba Miranda no se contentó con tan poco.

EL GENERAL.—¡Es que hay la envidia frenética! Es homicida, entonces. ¡Insaciable! No se contenta con menos que con la muerte y la muerte está en sus pensamientos aunque no se consume la acción que sueña el ansia que los consume. Mas no solo por las alturas y como rara ave agorera tropezamos con este frenesí. (*Pausa.*) Es bastante común. (*Pausa. Deteniéndose. Como distraído.*) Es bastante corriente. (*Pausa de trece segundos. Reanudando su paseo, siempre con aire distraído.*) En Miranda, la ambición más material, más metálica, se envolvía en aureolas, levantaba románticos penachos: la ambición del aventurero, que no fue menos, ni más, entreveró amor y codicia, y si el soldado solo acertó a perder, el galán supo cortejar princesas. Esto Simón Bolívar no podría soportarlo. ¡Ni en el caduco Miranda podría soportarlo! Se le tenía por español y lo era, como Simón Bolívar, a quien siempre despreció un poco; incluso como español fue odiado Miranda por los criollos de más abolengo y, si alzó guion de rebeldía, fascinado por el miraje de una oportunidad histórica, como los demás jefes de la emancipación, españoles todos también, no logró vencer el recelo: ¡se le tenía por español y lo era! Hasta el decorado de nuestro uniforme allanó su paso por las cortes y las cancillerías. Cruzó, desvaneciéndose, como un fulgor súbito, y nos parece que no tiene otra realidad que la del sueño, aunque tenga la realidad de la vida..., que ya sabemos que puede ser sueño, por acaso. Mas cierto es que españoles fuimos sus mejores amigos y los únicos leales: no pudimos olvidar que luchó por España y que se declaró español muchas veces, con alarde sincero, aunque luego claudicara por conveniencia y sin convicción. Y esto, la falta de convicción, le

perdería. Si el hambre de oro llegó a ofuscarle, en Miranda, como en tantos personajes que hicieron leyenda sin querer, que es el modo de tenerla, al fin, el oro fue símbolo, quién sabe si el más espiritual de los símbolos. *(Pausa. Deteniéndose. Con énfasis.)* ¡El oro es misterio y fuerza y fantasía! *(Pausa de diecisiete segundos. Reanudando su paseo.)* La leyenda puede ser falaz, sin embargo; la heroica sobre todo, aunque, por horra de fundamento que sea, se imponga al elegido en su azaroso juego. ¡Porque leyenda obliga! *(Pausa de trece segundos.)* Claro que hasta cierto punto, porque la hay efímera esencialmente si se considera cuán tendido es su arco en el tiempo. Aquí, por algún lapso, hasta el aborto puede parecer parto de gloria.

EL CAPITÁN.—Habláis de Miranda en pretérito, General.

EL GENERAL.—Del sepultado en vida puede hablarse así. ¡Qué hazaña la de Simón Bolívar! ¡Qué hazaña tan monstruosa! Entrega a Miranda al enemigo y se escabulle, en una de sus célebres espantadas, con el salvoconducto que recibió de Monteverde como pago de su traición. Y por siniestra broma del acaso, el barquito en que escapó se llamaba «El Celoso»... *(Pausa. Se detiene, abate la mirada. Muy bajo.)* ¿No fue Carabobo una broma siniestra del destino? *(Reanudando su paseo.)* Y mientras el vendido y burlado gime en una prisión de La Carraca, el traidor se corona de laurel...

EL CAPITÁN.—Pero Boves...

EL GENERAL.—*(Deteniéndose.)* ¡Boves! ¡La sombra fatídica de Simón Bolívar! *(Pausa.)* Sí, su fatídica sombra... *(Muy bajo.)* No sé si también la mía... *(Reanuda muy lentamente su paseo. Pausa de diecisiete segundos. Como evocando.)* Pero Miranda mostró siempre indignación ante los fanatismos ciegos, sus dotes personales eran prodigiosas; su curiosidad, erudita, como una avidez no mitigada. Hombre mágico, fue uno de los grandes amantes de su tiempo. ¡Nunca trastocó Don Juan más su nombre llamándose Francisco! Y su desvelo por los desheredados no fue solo una actitud, porque fue una verdad..., ¡una verdad entrañable!..., en quien vivió de la mentira y la emboscada.

EL CAPITÁN.—¿Creéis que esa verdad única de Miranda sea verdad también en Simón Bolívar? *(El General niega con la cabeza. Pausa.)* ¡Claro! Lo chico no le importa

nada, tiene la obsesión de lo grande. Dice que (*muy enfático*) cruzará selvas y desiertos, océanos y montañas. (*Pausa.*) Parece que habla así.

EL GENERAL.—Como si, por aquí mismo y sin hablar así, no se hubiera hecho eso antes todos los días. (*Pausa de diecisiete segundos. Se acerca despacio a su taburete, queda inmóvil un instante, y se sienta. Levanta los ojos, evocador y permanece así durante trece segundos; como reanudando el hilo de sus pensamientos.*) Pero, tanto en Simón Bolívar como en Miranda, la libertad era un banderín de enganche. Bien lo dijo el negrito, por ventura: «¡Libertad no más, patrón!». (*Pausa.*) Y así, no más, la libertad, en el mundo de lo práctico, es un concepto vacío. Claro que se trata de libertad para hacer o no hacer esto o lo otro, o lo otro, o lo otro. ¡Imaginad lo inacabable de la lista! Pero, además, es que la libertad total sería tan horrible como la tiranía total y sobre todo: sería tan imposible como ella. Ni como cosa relativa pasaron ambas nunca de ser una transición, un tránsito..., una fugacidad. (*Pausa de trece segundos.*) Y otra imposibilidad también: la libertad, en el mundo de lo práctico, no se concibe sin una autoridad que la otorgue, lo que el criterio de quienes piden una libertad anárquica, sin saber bien lo que piden, olvida siempre. (*Pausa.*) Como olvida que la autoridad misma no es libre y que mal podrá otorgarse lo que no se tiene. (*Pausa de trece segundos.*) Ni a mencionar siquiera la libertad me atrevo en el mundo de la metafísica y la religión, donde incluso, a veces, otro hombre lleva. No salgamos de las disputas de los hombres en el mundo de lo práctico, sin siquiera hollar aquí el terreno escabroso de la ética y sus frenos. (*Pausa. Con énfasis.*) ¿Libertad? ¡Un fantasma regido por fantasmas! (*Pausa, despacio, bajando un poco la voz.*) ¿Libertad? ¡En cada rincón habrá un pequeño personaje que mandará inapelablemente! Pues si no quieren autoridad por arriba es porque quieren tiranía por abajo. (*Pausa de trece segundos. Casi con vehemencia.*) Mas aun concediendo que la libertad imposible se haga posible en forma de «cierta libertad» para este momento, para la otra circunstancia, esta «cierta libertad», que el sensato sabe bien lo que significa, no podría sufrir merma, en el inteligente, por obra de humana coerción externa, jamás. No podrá privarle de ella nadie: Cervantes ya lo dijo y repetirlo no es menester porque el buen sentido de las gentes, que es el sentido menos común, nunca lo ha ignorado. (*Pausa. Sarcástico.*)

[294] BOVES

Lo otro..., la otra «libertad», es una consigna interesada, una mentira, un cimbel, un fraude. Sus defensores de hoy la atacarán mañana, si es preciso, para defenderla pasado mañana, si a su único afán le conviniera así. *(Pausa de trece segundos.)* La libertad práctica, además, está condicionada por lo prohibido: aquí está vedado lo blanco y hay libertad para lo negro, allá está vedado lo negro y hay libertad para lo blanco, de modo que no existe lugar imaginable donde no se le haga sitio, para algo, a esta menguada, a esta mísera, a esta... «cierta libertad» de los hombres. Su existencia allí, su inexistencia allí, de forma exclusiva, es una ficción, determinada por una finalidad y atizada por una obsesión casi inocente.

(Pausa de diecisiete segundos. Transcurrida esta, durante trece segundos vuelve a oírse, más lejano esta vez, el disco afroamericano. Macrófono. El General levanta ligeramente la cabeza, con ademán de escuchar, pero sin volverse. Se supone que desde dentro llaman al Ayudante 2, que mira hacia el acceso de la derecha y se señala el pecho con el índice, como inquiriendo: «¿Es a mí?». Es a él, que, con un ademán de «Perdone», al General, vase por la derecha. El General toma los mapas del taburete y los examina.)

AYUDANTE 2.—*(Transcurridos cuarenta y siete segundos, vuelve, por la derecha. Al General.)* Un sargento encontró a última hora a un criollito muy díscolo y tuvo que maniararle. Acaban de llegar.

EL GENERAL.—¿Se le ha interrogado?

AYUDANTE 2.—Se burla del interrogatorio. Dice que sabe mucho y que no dirá nada.

EL GENERAL.—Lo que quiere decir que no sabe nada. *(Pausa.)* ¡Traedle! *(Cuando ya se va el Ayudante 2.)* Pero sin ligaduras. *(Pausa. Al Capitán y al Ayudante 1.)* Los conquistadores lo hacían mejor: usaban cadenas. Pero sus actos de crueldad, incluso de barbarie, tenían su razón de ser, si puede haber razón humana para estas cosas. A menudo luchaban con caníbales y había que asustarles de alguna forma para que no se merendaran a los prisioneros. Que hubo ignominia, sería torpe negarlo. ¡Como un grito de reproche nos acusan desde el abismo de las centurias la fiera de Cuauh-témoc *(bien acentuada prosódicamente la e)* y el candor de Atahualpa! Mas, salvo en casos bien raros, el guerrero obraba a espaldas del misionero. Y el procedimiento le

costó caro a menudo. Claro que con algún asesino hay que contar siempre. No falta nunca. De cualquier raza y en cualquier sitio. *(Pausa.)* ¡No era la norma! *(Pausa de trece segundos.)* ¿Y no es un horror la guerra? *(Con repentina excitación, gritando.)* ¿No es un horror la guerra? *(Abate la mirada y queda inmóvil durante veinticuatro segundos. Muy de prisa, muy «distráido».)* Pero no solo usaban cadenas con los extraños. Se usaban con los propios. Se usaba eso mucho, entonces. Con todos. Y en todas partes. Por aquí se usaba además el sacrificio humano en religión y el asado de prisionero blanco era bocado de príncipes. *(Pausa de diecisiete segundos. Despacio, como pensando en voz alta, sarcástico.)* ¡Y estos indios eran traicioneros! Servían la hija o la mujer mientras recogían la cosecha. Ya en el silo la mies y el enemigo confiado, servían el dardo con curare. *(Se oye la protesta, ininteligible y estridente, de una voz juvenil, acercándose. Macrófono.)*

EL CRIOLLITO.—*(Aparece por la derecha, muy engallado. Al Ayudante 2, que le trae sujeto de un brazo.)* ¡No, si conmigo no van a atreverse! *(El Ayudante 2 le empuja con violencia. Da un traspié, está a punto de caerse y queda, atónito, frente al General, que parece no darse cuenta de su presencia y tarda veinticuatro segundos en hablarle. Sin dar la espalda, el criollito se sitúa atravesado y sin mirar de frente en ningún momento. Ha perdido por completo los bríos.)*

EL GENERAL.—Los que dicen que saben mucho pueden sorprendernos: pueden saber mucho efectivamente. *(Pausa.)* Te me anunciaron como un criollito díscolo: ¡tú no podías saber nada! *(Tras observarle con atención durante trece segundos.)* No: no sabes nada, criollito. *(Pausa.)* ¿Hijo de españoles?

EL CRIOLLITO.—¡Pero soy de esta tierra!

EL GENERAL.—¡No faltaba más! Naciste aquí y eres de esta tierra. Y si de muy niño te hubieran llevado a otra, dirías también: «Soy de esta tierra», aunque en ella no hubieras nacido.

EL CRIOLLITO.—¡Nací en esta tierra y no me llevaron a otra!

EL GENERAL.—¿Y no te importan tus padres?

EL CRIOLLITO.—¿Por qué no preguntar si a mis padres les importo yo? *(Pausa.)* Pero no puedo importarles: están enterrados...

EL GENERAL.—¡Enterrados en América! Tras haberle dado una vida y un hijo..., ¡son más de esta tierra que tú, criollito! ¡Están en sus raíces como España misma! Y si su memoria para España significa mucho, para esta tierra significa mucho más. Lo que aquí quedó, lo que aquí queda, es ya más cosa de América que de España, aunque de España viniese.

EL CRIOLLITO.—Los españoles fueron vencidos y volverán a serlo. ¡En Carabobo perdieron las banderas!

EL GENERAL.—(*Sin énfasis, muy despacio, con calma impresionante.*) Los españoles siempre vuelven. Cuando nadie lo espera, cuando nadie lo imagina, cuando nadie lo cree, vuelven.

EL CRIOLLITO.—¡Perdieron las banderas!

EL GENERAL.—(*Le mira con indiferencia durante veintidós segundos, después, con un ademán de la mano, al Ayudante 2, indica que se lo lleven.*) Que le den un ligero viático y le encaminen.

EL CRIOLLITO.—(*El Ayudante 2 le toma del brazo y se lo lleva por la derecha. Antes de desaparecer, se vuelve con insolencia.*) ¡Ya decía yo que conmigo no iban a atreverse!

EL CAPITÁN.—¡No!

EL GENERAL.—(*Al Capitán y al Ayudante 1.*) No importan los padres ni su legado. Importa lo inerte, lo oscuro: la tierra en que nacemos, el polvo que nos cubre. No es la mente la que dicta, ni la cabeza la que manda: mandan y dictan nuestros pies sobre la tierra, nuestros pies en el polvo. Pies de caminante nos guían, pies al fin cansados. Si infantiles, juveniles tan solo, hollaran otra tierra, pisaran otro polvo, ¿qué no ofrecería nuestra voluntad por signos y emblemas de que abominamos? (*Pausa de diecisiete segundos.*) A la gente menor le gusta más lo que separa, lo que desgarrar, que lo que une. A lo que separa se le llama emancipación, en las familias, en los pueblos, en Asia, en Europa, en América también. ¡Qué viejo es este nuevo mundo! Pero las uniones, las reuniones incluso, pueden hacerse por la fuerza lo mismo que las separaciones, lo mismo que las conversiones. Suelen ser las más firmes: a la segunda generación, el nieto del converso por la fuerza, el nieto del nuevo ciudadano, al que se impuso otra ley, mata por la nueva confesión, por la nueva patria. La infección de las secesiones

siempre se ha curado con el cauterio. (*Pausa.*) Pero es natural —la paradoja es natural siempre— que la gente menor, que quiere lo que iguala y odia lo que diferencia, prefiera sobre todo lo que separa, lo que desgarrar, lo que desune..., (*irónico*) lo que emancipa.

AYUDANTE 1.—La providencia estuvo con el negro y el blanco guiándolos aquí y no al vivac de los llaneros de Boves.

EL GENERAL.—¡Los llaneros! (*Pausa.*) Son los tártaros, los almohades...

EL CAPITÁN.—(*Respetuoso.*) Son tan españoles como el hombre que los manda..., mientras no les obliguen a dejar de serlo, General. (*Pausa.*) Aquí no hay guardia que cierre las fronteras, porque no las hay. ¡Tendrán que inventarlas! Y para esto de lidiar por España, ni siquiera entre negros y blancos hay fronteras.

EL GENERAL.—Diferencias habrá, diferencias humanas, pero, como cristianos y españoles, fronteras artificiales no las hemos echado nunca. La diferencia entre un blanco y un negro no es mayor, a veces, que la diferencia entre un blanco y otro blanco. Incluso la diferencia puede favorecer al negro. Ahora, en determinados trances, entre una multitud de negros y una multitud de blancos no hay ninguna diferencia. (*Pausa de diecisiete segundos. Con vehemencia en vivo crescendo.*) Negros y blancos hay en la caballería de Boves, pero esto es seguro: a esos llaneros los engullirá el llano. (*En disminuyendo, despacio.*) Es un viejo fenómeno. (*Pausa de veinticuatro segundos. Se levanta, repentino. Con gran énfasis, tendiendo, patético, los brazos.*) No le envidio a José Tomás Rodríguez, llamado Boves. No envidio al buhonero terrible. ¡Oh, qué sinceramente no le envidio! (*Abate la mirada e inicia un lento paseo en uno y otro sentido. Al cabo de veintidós segundos llega por la derecha el Ayudante 2. Al verle venir, el General se acerca al taburete de los mapas, que baraja durante veintidós segundos. Se los entrega al Ayudante 1.*) Después de la cena se reunirá el consejo de Estado Mayor. (*Dirigiéndose a los dos ayudantes.*) Ahora los informes del reconocimiento. (*Saludan ambos y vanse por la derecha. Dirigiéndose al Capitán.*) Entrevistad a nuestro espía... como sabéis hacerlo. (*El Capitán saluda y se va por la derecha. El General continúa su paseo durante treinta y ocho segundos, transcurridos los cuales se detiene en el espacio que media entre el sillón monumental y el acceso de la izquierda y mira al fondo, en la dirección de la rampa, sin avanzar. Queda así, inmóvil, durante diecisiete segundos, transcurridos los*

[298] BOVES

cuales aparece por la izquierda el guía de la brigada, el baqueano, cargado con una montura. El centinela va a vedarle el paso en el momento en que el General se dirige a él.) ¡Eh, baqueano! *(El baqueano se detiene, el General avanza sobre el fondo. Al baqueano.)* Ha cambiado el viento: se oye el manantial. *(Ruido de agua. Macrófono. El General otea el horizonte durante trece segundos. De pronto.)* ¡Águilas! *(Pausa.)* ¿Qué señal será?

EL BAQUEANO.—Señal de ese viento, patrón.

EL GENERAL.—¡Viento de águilas! *(Pausa de trece segundos.)* ¿O será sueño, quimera? *(El baqueano hace una reverencia y sigue su camino, cruzando la escena y desapareciendo por la derecha. El General, reanudando, con languidez, su paseo.)* Aves, claveles, peces, constelaciones... ¿Por qué? ¿Por qué si lo otro lo anula y lo invalida? ¡Lo otro! *(Pausa. Muy bajo.)* Lo otro. *(Va apagándose muy paulatinamente el ruido de agua. Atardece. Desde la sumidad del horizonte surge el gran arrebol crepuscular. El General mide con lentos pasos y actitud pensativa el espacio de escena comprendido entre el sillón monumental y el extremo izquierdo. A la tercera torna se detiene ante el sillón heráldico y lo contempla, mudo, durante treinta y tres segundos. Es enfocado. Baja la mirada y queda así durante diecisiete segundos. La alza de nuevo, mira al sillón y de pronto se vuelve con una torsión súbita y «los ojos al cielo», mas solo los ojos, sin levantar la cabeza. El gesto debe parecer muy afectado, muy teatral, como parecen al hombre-vaquero de hoy los sentimientos de ayer. Inmediatamente después, ya de espaldas al sillón, clama con grito horrendo.)* ¡Ese monstruo divino! *(Macrófono. Se cubre con las manos el rostro, poseído del sagrado terror, precipita unos pasos, como si quisiera huir y fuese a caer fulminado. Repercusión de los pasos en el macrófono. Cesa la iluminación en el momento en que separa las manos del rostro, que cubrían. Es enfocada, intensísimamente, durante once segundos, el águila bicéfala del Imperio que remata el respaldo del sillón heráldico y que resplandecerá, soberbia, sin que lo advierta el General, mas solo con fulgor externo, esta vez. Son enfocados luego los centinelas en el momento en que golpean la tierra con los arcabuces. Macrófono. Adquieren ambos una granítica, una inaudita rigidez, exorbitados los ojos, clavada, inmóvil, la pupila, entreabierto la boca. Se mantienen así durante treinta y siete segundos. Se les ve luego recobrar gradualmente la movilidad. Cesa la iluminación.*

El águila bicéfala del sillón heráldico es enfocada nuevamente, de la misma forma que la vez anterior, también durante once segundos y también sin que lo advierta el General, que permanece aún de espaldas hasta que la iluminación del águila heráldica cesa. En este momento avanza hacia el fondo, mira al horizonte, vuelve a primer término, se detiene, gira y se dirige a los centinelas.) ¡Cumplido aquí, guardias! (Se van por la izquierda. El General se sienta en su taburete de respaldo y abate la mirada.) ¡Es como si estuviera de imaginaria el mundo! (En adelante mostrará ya siempre el semblante embargado por la zozobra.)

CENTINELAS.—*(Transcurridos cuarenta y dos segundos se oye un grito muy lejano, apenas perceptible, de las centinelas, que va repitiéndose, cada vez más cerca, hasta oírse ya claramente, pero no muy próximo. Macrófono.) ¡Alerta! ¡Gente armada!... ¡Alerta! ¡Gente armada!... ¡Alerta! ¡Gente armada!... ¡Alerta! ¡Gente armada! (Etc. El General se vuelve como con desgano y solo ligeramente, en ademán de escuchar, mas recobra pronto su anterior actitud de opresión e indiferencia.)*

AYUDANTE 1.—*(Al cuarto alerta, llega con gran premura.) ¡Alarma, General! (El General ni levanta la cabeza siquiera. El Ayudante 1 toma el catalejo que está sobre un taburete y otea el horizonte. Sigue oyéndose, cada vez más cercano, el grito de las centinelas. Se oye rumor de pisadas y de conversaciones. Macrófono. Llegan el Ayudante 2, el Capitán, el Histrión y más oficiales. Por la rampa asoman tímidos grupos de hombres y mujeres, que se detienen sin atreverse a avanzar y a los que solo se verá de medio cuerpo. El Ayudante 1, tras escrudinar el horizonte durante un espacio con el catalejo.) ¡Parecen picas más que lanzas! (Pausa de trece segundos.) ¡Son vanguardias! ¡Boves va a atacarnos!*

EL CAPITÁN.—*(Muy tranquilo, como si quisiera restar importancia al suceso.) Es una patrulla de tres jinetes. El batidor muy avanzado. Parece una descubierta.*

AYUDANTE 1.—*¡La primera! De mal agüero, esas sombras errantes...*

(Cesa la alarma de las centinelas. Empieza a oscurecer. Pausa de treinta y ocho segundos, transcurridos los cuales se oye, durante veintidós segundos, acercándose, el galope de un caballo. Macrófono.)

OFICIAL DE CABALLERÍA.—*(Inmediatamente, próximos y acercándose igualmente, los pasos de un hombre en loca carrera, que el ludir de las espuelas hace metálicos.*

[300] BOVES

Macrófono. Casi corriendo aún, ingresa en escena por la derecha un oficial de caballería en avío de jinete, con sable, botas de montar y espuelas. Se cuadra ante el General.) ¡Mensajeros de Boves, General!

EL GENERAL.—*(Le observa, como ausente, durante veintidós segundos y contesta con el ademán antes que con la palabra, haciendo tres veces la indicación con la mano antes de hablar.)* Que se presenten..., que se presenten.

(El Oficial saluda y vase por la derecha. Se derrumba la noche repentina del trópico, la escena se ilumina con luz suave. El rehiló de las primeras estrellas sobre el horizonte. Se van engrosando los grupos de gente que asoman por la rampa, entreverándose, como personificación de la América virgen, siempre leal a España; un breve golpe de mestizas, negras y mulatas, las más jóvenes con el seno desnudo. De pronto, todo este gentío avanza, corriendo, en súbita irrupción, que repercute con cortísimo estruendo en el macrófono, mas se detiene, en parada automática, antes de llegar al primer plano, permaneciendo, inmóvil y silencioso, en segundo término. Como habrán rebasado el declive de la rampa, aparecen de cuerpo entero todas las figuras. Llega aún alguna gente desde todas direcciones, se mezclan paisanos y militares. Leve y breve rumor de pisadas y voces. Macrófono. Nadie se interpondrá ante el conjunto que avanzó en irrupción, a fin de no romper la perspectiva. El General, siempre con aire de pesadumbre, pero con erguido y noble ademán, se acerca al sillón heráldico, sube al estrado, parece que va a sentarse en el sillón, mas permanece en pie, plantado, sin afectación y como mirando sin ver, como envuelto en un halo espectral. Muy lentamente se levanta el pequeño telón que cierra la boca del pasillo que forma la tramoya que deslinda la escena por la derecha, y el profundo y angosto camino, encallejonado entre dos hileras de laureles, empieza a iluminarse gradualmente. Proceso de treinta y cuatro segundos. Radiante ya el acceso vacío, hay una espera de veintiséis segundos, al cabo de los cuales aparecen, ingresando desde el fondo, los mensajeros de Boves: dos abanderados, con las enseñas, arrolladas, al hombro, precedidos por el isleño José Yáñez, de Canarias, uno de los lugartenientes de Boves, de gran apostura, movimientos rápidos, sencillos y desenvueltos, y palabra cortante. Viste camisa blanca —crema— desabrochada. Sobre el pecho, sujeta por una cadenilla, y bien visible, una cruz —no un crucifijo— de plata, de regular tamaño. Calza pantalón blanco —crema— y faja del

mismo color. Pistola al cinto. Ni sable ni espada. Ningún distintivo de uniforme. Lleva cruzado un tahalí, de brillante correa negra, del que, por el lado izquierdo, pende una cartera, de cuero negro igualmente. Los abanderados son dos guerreros cetrinos y corpulentos. Visten camisa color plomo oscuro y pantalón negro, con machete al anca. Los tres hombres calzan botas de jinete con espuelas, de plata las de Yáñez. Sobre la espalda cuelgan de los barbuquejos de cinta negra, en los tres, jaranos de fina paja.)

YÁÑEZ.—(*Avanza, decidido, hasta situarse frente al General, y en posición de firmes, mas sin cuadrarse, se presenta.*) José Yáñez, correo de Boves. (*Simultáneamente van apagándose, de forma gradual, la iluminación del acceso de los laureles, y descendiendo, lentamente, el teloncito. Funciona el inyector de aire antes de que los abanderados empiecen a desenrollar las enseñas. Es enfocado el grupo. Envueltas en luz, se despliegan las banderas, que flamean, ex machina, súbitas, encendidas. Son dos banderas españolas. A través del micrófono se percibe un rumor de velamen. No hay saludo. Mientras saca los despachos —dos rollos— de la cartera.*) La orden es de entregar el original y leer en voz alta la copia para su confrontación. (*Ya con los rollos en la mano.*) ¡Los despachos, General! (*Entrega el original, que el General no desenrollará, y se queda con la copia, que desenrolla y lee. No lo hace «con naturalidad», pero su énfasis es moderado, sin el más leve matiz de desplante. Su voz es vibrante y robusta.*) ¡Dios os guarde! (*Cesura.*) José Tomás Rodríguez, Capitán de escuadrones, comunica a su General en jefe. ¡General! Os informo haber recuperado las armas, las municiones y el honor de las banderas de España que Vuestra Excelencia perdió en Carabobo.

EL GENERAL.—(*Como impensadamente, al terminar la lectura, el General oprime, sin ira, el rollo, que se arruga en su mano. Al retirarse se lo entregará al Ayudante 1. José Yáñez deja caer el brazo con el documento, arrollado de nuevo, y espera. Transcurren treinta y dos segundos hasta que el General responde, tranquilo.*) Lacónico, por ventura. (*Pausa.*) ¡Lacónico!

YÁÑEZ.—(*Pausa embarazosa de treinta y dos segundos, que rompe con decisión.*) El Capitán Boves os devuelve estos trofeos. (*Señala las banderas con el rollo, que guarda luego en la cartera.*) Lo demás queda seguro en su poder.

(*Se desconectan el inyector de aire y el micrófono. Las banderas se pliegan.*)

[302] BOVES

EL GENERAL.—(*Desciende del estrado para irse por la derecha. Se detiene un instante. Tras alguna hesitación.*) ¿Deseáis alguna cosa?

YÁÑEZ.—Abrevar nuestros caballos, señor. ¡Nada más!

(*Con ademán sereno y aire digno, el General desaparece por la derecha. El conjunto que avanzó antes en irrupción y se detuvo, repentino, en segundo término, es enfocado con tres destellos de siete segundos de duración cada uno, sobre el extremo de la izquierda, sobre el centro y sobre el extremo de la derecha del mismo. Los destellos serán casi en forma de flash de intensísima luz. Se revelará una multitud de rostros atónitos. Esta forma de iluminación no será sustituida por el procedimiento del foco que va recorriendo lentamente el grupo. Se iluminará luego el sillón heráldico con ráfagas intermitentes de intensa luz. Yáñez se vuelve a los abanderados con enérgica torsión y algo inaudible les dice. Ellos, entonces, avanzan con los trofeos hasta el sillón monumental y colocan sobre él las banderas, cruzadas. Nadie deberá cuadrarse, ni saludar, ni hacer ademán alguno alusivo. La escena debe ser lo más remoto a una parada. Los abanderados se apartan del sillón con lentitud natural, sin alarde. Se acelera el rafagueo intermitente sobre el sillón, tiemblan las banderas. Se oye, lejos, un redoble que no es el redoble de un tambor, sino el redoble de un trueno, que rueda, acercándose, en crescendo rápido, y alcanza su intensidad máxima cuando el telón, al descender, se encuentra a mitad de su recorrido, manteniéndose hasta el momento en que acaba de caer y cesando entonces repentinamente. Macrófono. Se apaga el rafagueo sobre el sillón y las banderas. Se atenúa hasta un mínimun la iluminación de la escena.*)

CAE EL TELÓN

(*El sillón heráldico se ilumina interiormente como un ascua cuando faltan dos metros para que el telón, muy lento, le alcance y oculte. ¡No antes! Se enfoca con iluminación suave el telón a medida que va descendiendo. Bajado ya el telón, sillón y trofeos serán inmediatamente retirados por los tramoyistas.*)

ACTO TERCERO

Cabaña del vivac de Boves. El color claro, muy apagado, de los muros, en su parte inferior se oscurece por el fondo en la mitad izquierda y en el muro lateral izquierdo. El suelo de ocre cálido. En el muro del fondo un ventanillo sin vidrio a la altura de la cabeza de una persona en pie. La puerta de salida —de entrada—, en el muro del fondo a la derecha, a escasa distancia del rincón con el muro lateral: es tan baja que para salir será necesario encorvarse. Boves, bronceados rostros y manos, viste cazadora de paño de Béjar color sangre de toro, con amplio cuello, y botas de jinete sin espuelas, camisa blanco-crema, abierta. En el centro, ligeramente hacia la derecha, de través, una lujosa cama de campaña; sobre ella, unas grandes espuelas y un jarano de paja fina con barbuquejo, debajo del que se ocultan dos pistolas. Próxima a la cama de campaña, sin interponerse, una pequeña mesa rústica sobre la que se ven un vaso de cristal, vacío, y una herradura de pulido y brillante metal. En primer término, ligeramente hacia la izquierda, de modo que no oculte a Boves cuando esté sentado en la cama de campaña, el «fantasma» de Simón Bolívar, de espaldas, sentado, a su vez, en una linda silla dorada, con el mismo uniforme del acto primero, con botas de montar sin espuelas, fajín y bicornio, que sostiene con la mano derecha y cuya punta se apoya en la cadera; con la izquierda sostiene, vertical, la espada. Contrasta su deslumbrante indumento con la pobreza del ámbito y la simple vestidura de los demás. No deberá encarnar aquí a Simón Bolívar, al que solo de espaldas se verá, el mismo actor que representó el papel de Simón Bolívar en el acto primero y que esta vez será doblado por otro actor que deberá permanecer inmóvil como una estatua durante todo el tiempo, aunque en algún instante puede cambiar levemente de postura con lenta naturalidad. Según lo indicado, la figura que representa a Simón Bolívar quedará, pues, frente a la parte oscura del muro del fondo. La escena aparece colmada de guerreros: son los llaneros de Boves, de pie, sentados en los bancos a lo largo de los muros, sentados en el suelo o tendidos. Permanecerán mudos durante todo el acto. Todos visten chaquetilla corta de jinetes

y calzan botas de montar con espuelas. Los que quedan junto a los muros de matiz más oscuro están vestidos de claro. Estarán situados junto a los muros todos, dejando el pódium libre y despejado, así como la parte de muro que queda frente a la figura de Simón Bolívar. Morales, lugarteniente de Boves, está vestido completamente de negro; permanecerá todo el tiempo en la mitad derecha de la escena, sin rebasarla en ningún momento. Tres llaneros con los ojos cerrados, pero no duermen; uno está de pie. Tienen todos jaranos de paja, algunos a la espalda, colgados del barbuquejo, incluso Morales; unos pocos, puestos; otros, a sus pies, o a su lado. La llama vivísima de un candil preside la escena. Hay un hogar de fuego intenso, sobre el fuego una trébede y sobre ella un cazo de azófar de largo mango. En el muro, próxima al hogar, una repisa con escudillas de barro y varios saquitos. Del techo pende, sobre el centro de la cabaña, a modo de lámpara sin lumbré, un gran reloj de arena. En todas sus fases, la naturaleza apostrofica del monólogo de Boves, de acuerdo con su gradación e intensificación, indicará por sí misma el grado y la intensidad con que deberá dirigirse el personaje al fantasma de Simón Bolívar ante él sentado como ante un tribunal: más o menos de cerca, más o menos directamente. Candil y fuego del hogar surgen ex machina.

BOVES.—(*Oscuridad absoluta en la escena al levantarse el telón. Durante veinticuatro segundos se oye, próximo, el lamento, todo grima y pavora, de la quena. Va alejándose hasta extinguirse. Macrófono. Diecisiete segundos después, Boves habla, lentísimo, excepto en las exclamaciones, con grave y profunda voz.*) Así eran las noches antes del fuego sobyugado, en las horas sin palidez de luna y de muerte, ni rescoldo de estrellas. A la calígene de esta espelunca no podría llegar esa luz y herir los ojos del búho y del felino. Pero están aquí, a mi alrededor, el búho y el felino. ¡Acechan con los ojos apagados! (*Murmullo de los guerreros: se inicia pianissimo, como un inarticulado rezo; se eleva, en crescendo, mas no demasiado, y se corta repentinamente. Dura veintitrés segundos. Macrófono.*) Están aquí, aquí mismo, me acompañan siempre, conmigo los llevo. ¡El búho y el felino! El vulpino también. La sabiduría, la fiereza y la astucia en la oscuridad; el timón y la prora, el designio y la zarpa. ¿De qué vale, sin astucia, la sabiduría? ¿De qué? ¿Pero la astucia sola, no es torpe, al cabo? Hasta es inocente, pura casi. La sabiduría misma es astucia ya frente a lo azaroso de esta tiniebla. (*Pausa.*) Sabios y

fieras y zorros, a ciegas por la vida. ¡Mandíbulas, tenazas, a tientas en lo oscuro! *(Pausa.)* Un sabio, mil astutos, legiones de torpes. *(Pausa.)* Un sabio: ¡un búho! *(Cesura.)* ¿Y esta voz, esta voz que está temblando? *(Cesura.)* ¡Ah, es solo la de un pobre buhonero! *(Se ilumina la escena gradualmente. La inmovilidad y el silencio son totales en el grupo escénico. Boves, sentado en la cama de campaña, se cubre el rostro con las manos. Transcurridos veinticuatro segundos, las deja, poco a poco, resbalar; los brazos continúan el movimiento iniciado hasta quedar colgantes, balanceándose casi imperceptiblemente. En su cara hay una inexpressión de ausencia. Permanece así un espacio de treinta y siete segundos. Mira fija, extrañamente la aparición de Simón Bolívar, con una mezcla de asombro y estupor, durante diecisiete segundos, abate la mirada durante once segundos y ya con expresión serena, mas como si se arrancara con esfuerzo las palabras.)*

No es como si me estuviera muriendo: es como si estuviera muerto ya. ¿Me oyes, fantasma? *(Pausa, bajando la voz.)* Otro fantasma te está hablando. *(Pausa de catorce segundos. Mueve de arriba abajo la cabeza con mucha parsimonia.)* Las bragas perdiste en La Puerta: no solo los estribos. Te quedaron los rizos y el disfraz. Tu sien necesitaba unos pechos maternos para reclinarse. De veras, de veras, de veras, no pedía la dura corona del triunfo ni el laurel oscuro de las victorias. ¡Las victorias terribles, fantasma! ¿Pero qué sabes tú del azote de los elementos? Su rumor sordo te hace huir desde leguas, pelele pálido y menudo. *(Pausa de veinticuatro segundos.)* Se puede ser grande en la derrota, es viejo cuento. ¡Hasta más grande que en la victoria misma! Tú no supiste serlo, no sabrás nunca. ¡Más chico que Boabdil y más cobarde has sido! *(Pausa. Vehemente de pronto.)* Como una anguila te escurrías. Pero te atajé. ¡Te atajé! *(Pausa, con dolor.)* ¡Por mi infortunio! ¿Porque quién contiene la marea? ¿Quién para el brazo y el río? *(Cesura, gritando.)* ¡Fue el agua! ¡Fue el mar! *(Pausa de diecisiete segundos, con reproche en el gesto, en el acento.)* El fusilamiento en tropel, calculado: ese fue el crimen. Lo mío..., lo nuestro..., lo de ellos, fue el mar. El mar muge y su clamor se recuerda. Pero hay crímenes que hasta en un Augusto se olvidan. Lo mismo nuestro... ¡Lo suyo! *(Señalando a los llaneros presentes y ausentes.)*... O algo que en lo exterior se le pareciera, si hubiese sido, si pudiera ser asolación y estrago alevosos, fruto de premeditación, de reflexión siniestra, hubiera sido ya otra cosa. ¡No estruendo, sino estrépito hubiera

levantado! Y habría la tendencia a olvidarlo, como un confuso propósito de olvidarlo, y se olvidaría, acabaría olvidándose. Podría responder a disformes y casi misteriosos designios de exterminación de razas, y se olvidaría. *(Pausa cogitabunda de once segundos.)* ¡Se olvidaría! Como se olvida un redoble de tambores... Y es que hubiera sido el mar también, pero un mar de artificio. *(Pausa.)* ¿Lo nuestro en cambio?... ¡Que responda el mar de la naturaleza! *(Pausa, gritando.)* ¡O que responda el cielo! *(Pausa de veinticuatro segundos, abate la mirada. Con pesadumbre hondísima, muy bajo.)* ¡No! ¡Lo nuestro no se olvida! *(Pausa de veintiocho segundos. Vuelve la lenta mirada en torno, la deja prendida en el rojo hogar. Señalándole con un ademán de la cabeza, sin dirigirse expresamente a nadie.)* ¡El fuego del vivac!... Casi me parece poético. *(Pausa.)* Nos rige el contrasentido, porque nadie busca el arrimo del hogar en este clima y para colar nuestro pobre café es hartó lujo de brasa. ¿O será para los ojos este fuego? ¿Será de veras poético, entonces, y el contrasentido no será tan grande? ¿Será que la poesía significa para el hombre más bárbaro tanto como el pan? *(Cesura.)* ¡Eso debe ser! *(Diminuendo.)* Porque de algunos dicen que llevan fuego en los ojos. *(Pausa de veintidós segundos, moviendo de arriba abajo la cabeza y golpeando ligeramente la cama de campaña con ambas manos.)* ¡Ay, ay! *(Al fantasma.)* Blanda, mullida... ¡Demasiado esplendor para ese vivac mísero! *(Cesura.)* ¡Para este cubil! Como que era tuya: ¡tu cama de campaña! *(Pausa, como distraído.)* No sé si el sueño lo habrás perdido, pero el lecho está aquí. *(Cesura, con parsimonia.)* ¡El lecho blando y la ración caliente! No os lo envidiaron nunca los que sobre vosotros cayeron. Para envidiar algo hay que conocerlo y ellos no saben lo que es ración caliente ni lecho blando. *(Con creciente excitación.)* ¡Quedan demasiado lejos! Hay que acercarse un poco para envidiar. *(Pausa.)* Y quien no envidia no odia. *(Pausa, gritando.)* ¡El mar no odia aunque mate! *(Apoya un codo en la rodilla, sostiene la frente con la diestra. Permanece así durante veintisiete segundos. Deshace la postura, se pone en pie, despacio, sin moverse del sitio, levanta los ojos a lo alto, tropieza su mirada con el reloj de la arena, que señala con la mano. Sin dirigirse expresamente a nadie.)* ¡El reloj de arena! ¡La cantinera alemana con su superstición! *(Pausa.)* ¿Superstición? Seguramente superstición... Mas eso que nos habla desde la sombra, ¿por qué lo hace? ¿Por qué? ¿Y por qué no concebimos la posibilidad de que

deje de hablarnos? *(Pausa.)* ¿Acaso porque no concebimos que en la sombra no haya nada? *(Pausa.)* ¡Queremos que haya algo! ¡No queremos que no haya nada, no queremos! *(Pausa de diecisiete segundos.)* ¡Ah, este querer con las entrañas, este no querer con las entrañas! Tiene que haber algo que es lo que importa. Lo presentimos, lo sabemos en este sabernos ciegos, en esta conciencia de no ver..., ¡en este querer con las entrañas, en este no querer con las entrañas! *(Pausa de veintisiete segundos. Queda atónito y vuelve a sentarse, como si algo gravitara sobre él. Con los codos sobre las rodillas, sostiene las mejillas con el dorso de las manos.)* Bruto egoísmo, ventaja por encima de todo, conveniencia por encima de todo, grandeza vana o vanidad pura, como únicos impulsos de una acción cualquiera que con algo ha de justificarse, traen consigo que este algo sea mentira en las afirmaciones de quien lo maneja. *(Apartando las manos de las mejillas. Al fantasma.)* El bruto egoísmo no lo niego yo en mí, no niego la ventaja que busco, la conveniencia que deseo: en ti, tú los niegas. *(Pausa.)* ¡Es que yo no miento! Y si en esto no lo hago, menos tendré que hacerlo en lo que manejo como enseña. Este aspecto es mentira también en ti, pero acabará siendo verdad al acabar ligado y entreverado con lo otro: con egoísmo, ventaja y conveniencia. ¡Es una pobre forma de ser verdad las cosas! Pero las hay que fueron verdad desde el principio para el alma: ¡verdad simplemente! *(Cesura.)* ¿No soy yo esto? ¿Simplemente? *(Pausa de veintisiete segundos, toma el jarano, lo cuelga por el barbuquejo del índice derecho: lo balancea ligeramente y vuelve a colocarlo sobre las pistolas, que se habrán visto por primera vez. Con parsimonia, sin dirigirse expresamente a nadie.)* No somos los llegados con el viento a pedir cancha los peores. ¡El infeliz siervo nunca tuvo peor amo que el que ahora quiere manumitirle! *(Pausa de diecisiete segundos, apartando la mirada, como para sí.)* Nunca tuvo el siervo, en suelo americano, mejor patrón que la Iglesia. Y en América la Iglesia es también España. *(Pausa, con énfasis.)* ¡Por la fuerza habría que arrancar al siervo de los brazos de España y del seno de la Iglesia! *(Pausa.)* Es que había que hacerle libre... por la fuerza. ¡Pero ni la Iglesia le abandona ni España le soltará mientras sus brazos sean estos! *(Cerrando los puños fieramente.)* Si ellos faltasen, quedará la Iglesia y con ella, siempre, España. *(Bajo, sin énfasis, con emoción.)* Que si la una es eterna, la otra también. *(Se cubre el rostro con las manos durante once segundos.)*

Vuelve la cabeza hacia la derecha.) ¿Estás ahí, Morales? (Este avanza unos pasos y sonrío muy levemente.)... ¿Estás ahí! Antes de que el pensamiento lo requiera..., estás ahí. Lo estarás siempre. (Antes de que termine de hablar Boves, el llanero a él más próximo se pone en pie, mirándose las manos: en sus dedos hay huellas de sangre. Con un trapo blanco, que se enrojece visiblemente, las limpia de forma muy ostensible. Vuelve a sentarse. Boves le observa. Y se mira las manos también. De pronto, ve manchas de sangre en el dorso de la izquierda, que levanta, interesado y siempre distraído, para ver mejor. Después, con negligente naturalidad, limpia las manchas con la manga del brazo derecho. Repentino, al fantasma.) Toda esta grima y esta muerte vienen de la acción fratricida de tu mano..., de tu blanca y pulcra mano, que si no sabe matar con filo de acero, sabe asesinar con una firma. *(Pausa.)* ¿Ignorabas que como el dinero cría dinero, la sangre engendra sangre? *(Pausa de once segundos.)* Nos dicen que la vida es lucha, guerra. Es verdad. Pero lo horrible está en el contento, en las ganas de pelea con que nos lo dicen. Y siempre son los para la pelea peor dotados los que en realidad la quieren y los que en realidad la temen más que nadie. *(Pausa.)* Los que son como tú. ¡Como tú! Y como tú son ellos siempre los que desatan el rabión y desencadenan los mastines. *(Pausa.)* Hoy ya los soldados hacemos la guerra por necesidad: ¡rara vez la fraguamos! *(Pausa.)* Te habla así quien no sabe vivir sin guerrear. *(Pausa de diecisiete segundos. Lento, doliente, desolado.)* Hay que herir y matar y hacer el mal. Se puede caer, perecer en esta pugna. Al hacer el mal es posible que muramos: si no lo hacemos, es seguro que nos estamos empezando a morir. *(Pausa de once segundos. Crispa las manos a la altura, clama.)* ¡Piedad! ¡Piedad! ¡Piedad por ellos!... ¡Piedad por él! *(Se lleva los puños cerrados a los ojos, pausa de once segundos, se los mira.)* Llegando aquí no hay piedad. *(Pausa de once segundos, muy bajo.)* Hay piedra. *(Pausa. Tan bajo como un cuchicheo.)* ¡Piedra dura! *(Pausa. Se señala el pecho con el índice, sin golpearle.)* ¡Y aquí! También aquí. *(Repentino, de prisa, vehemente.)* Tú tienes blando el puño, blando el pecho: ¡no suena a la llamada! Se hiende. Y dentro, nada responde. *(Pausa de veintitrés segundos. Se reclina, apoyando el codo derecho en la cama; acciona, pausado, con el brazo izquierdo. Con entonación tranquila.)* De este mal que hacemos, ¿vendrá algún bien? El mal es una invención del hombre, una realidad nuestra. *(Pausa. Al fantasma, con*

énfasis.) ¡El mal puede ser fascinante! (*Le mira, fijamente, durante veintisiete segundos. Apartando, brusco, la mirada.*) ¡Tú no eres el mal! (*Pausa de diecisiete segundos. Se incorpora de nuevo, apoya los antebrazos en las rodillas, junta las manos, entrelazando los dedos. Sin dirigirse expresamente a nadie.*) Ser a medias es como nada: o negro como tú, Morales (*se vuelve hacia él*), o como Yáñez, blanco. Sois mis guiones: blanco y negro. Significáis lo mismo. ¡El blanco significa luto también! (*Pausa.*) Estamos solos y de luto. ¡Pero listos para la fiesta! Porque no sé si es más presumido Morales, de negro, que Yáñez de blanco. (*Pausa.*) Listos para la fiesta, pues sabemos que el débil no cede. Por mucho que adorne su colerilla, su empuje no es de temer. No es la manga que asuela y se va con su locura. Pero el débil vuelve pronto a su escondite, atisba, maquina: ¡no cede jamás! El ímpetu del fuerte se agota en sí mismo, no premedita el daño: limpia, castiga, deja su arrebol, se va. Se pierde en la inmensidad que es su centro. (*Tras una pausa de catorce segundos y despacio, se levanta, cruza la escena hacia la derecha, tropieza con Morales, le pone la zarpa sobre el hombro, le da un cariñoso empujón que le hace balancearse y sonreír, sigue hasta la puerta y se detiene ante ella. Permanece así, inmóvil durante treinta y cuatro segundos, vuelve después sobre sus pasos hasta la cama de campaña. Sin apartarse mucho de ella, en adelante paseará en uno y otro sentido mientras habla, se detendrá, paseará nuevamente, según el apóstrofe lo exija y de acuerdo con las indicaciones. Deteniéndose, al fantasma, evocador, con ausencia.*) Se mata por necesidad cuando se mata por naturaleza, no por arte, no por quimera o delirio. El héroe mata por necesidad: el asesino lo hace por envidia o por esa ambición torpe que no es ambición. La naturaleza mata de un modo necesario que no necesita justificarse porque no tiene justificación humana. ¡La tiene, acaso, divina! El héroe mata por necesidad, como la naturaleza, y con albedrío. Por el pan luchaba el Cid y así lo proclamó: por el pan, por necesidad. ¡Por eso supo hacerlo con albedrío! (*Pausa de diecisiete segundos.*) No mata el buitre, el cóndor, que vive de la muerte. Mata el águila, que vive de la vida. (*Con énfasis.*) ¡Ah! ¡El águila le dejó al buitre su carroña! (*Pausa de veintitrés segundos.*) Había mucha luz cuando salimos, era un día claro. (*Pausa de once segundos, muy despacio, sin énfasis.*) Allá quedó el sol, cuando nos fuimos, escarbando entre cadáveres. (*Pausa de diecisiete segundos.*) ¡Pero creías

que «se puede»? ¿Pero lo creías posible? (*Acercándose, amenazador.*) Pues escucha tú y que escuche el mundo. (*Con énfasis.*) ¡Puede tardar la réplica de España, pero llega siempre! (*Gira con lentitud hasta quedar de espaldas; pausa de veintitrés segundos, da breves pasos; se detiene, con dolorida queja.*) ¡Airadas, heridas palabras! ¡Alta, triste ocasión! (*Pausa de diecisiete segundos.*) Buscaré esa muerte que es la mía. (*Pausa.*) Voy a encontrarla. (*Pausa de once segundos, repentino, rudo, vehemente.*) ¿Pero no soy todavía Boves? (*Pausa de once segundos, disminuyendo.*) Lo soy aunque no quisiera. Es todo lo que me queda: ser Boves. ¿Pero no me queda todo con serlo? Al fin, este vivac lo mismo podría ser el primero que el último. Ni siquiera es un alto en la guerra: es guerra también, como lo es todo para mí. (*Pausa.*) Lo es todo porque no es un fin, ni un medio, ni un pretexto de vida: es un principio, lo que los sabios llaman un principio. (*Pausa de veintisiete segundos, se dirige a los llaneros directamente.*) Cuando me haya desvanecido, os mandarán otros: mis tenientes. (*Cesura, gritando.*) ¡Todo el que un día mande, en guerra, llaneros, será teniente de Boves! (*Pausa de veintidós segundos.*) Ahora estamos con el cansancio. Para vencerle, más cansancio, más cansancio: más campo, más hierro. (*Pausa, gritando.*) ¿Pero se cansa el incansable? (*Pausa de once segundos.*) ¿Se cansaron los otros, los grandes? ¿Se cansaron? (*Pausa de once segundos.*) ¡Porque si cien veces crucé la cordillera de los Andes con mis recuas, mil veces la habrían cruzado antes que yo los viejos de España vestidos de torneo! (*Durante treinta y siete segundos se pasea, de prisa en uno y otro sentido, se detiene después, hace ademán de hablar, balbuce algo incomprensible y enmudece. Continúa el paseo durante veintisiete segundos. Al fantasma, acercándose.*) Bachiller del engaño eres, si no maestro. Me engañaste a mí mismo en el primer instante y quién sabe si a tu lado o sobre ti estaría si en vez de topar con tu comedia hubiera tocado la verdad que esta ocultaba. (*Pausa de once segundos.*) ¿A tu lado he dicho? Pero no me hubieras soportado a tu lado, ni a mi lado hubieras podido mantenerme. Si algo serás, solo habrá de ser por lo que a través de ti forje el destino. El viento sopla desde esa punta de la rosa y las lonas se henchirán ellas mismas y el camino se hará solo, la obra se cumplirá por su propia virtud. ¡Quisiera Dios que no se cumpliese, más por América que por España! (*Pausa de diecisiete segundos.*) ¡Ya puedes buscarte aliados, comprarte caporales y enganchar

extranjeros! Ellos forjarán la obra por ti, pero tú, al cabo, tendrás que descender al lugar exacto: ¡exacto! Porque esto sí que nadie lo podrá impedir. (*Pausa de veintisiete segundos.*) ¿Que eres bachiller del engaño, dije? ¡Pero es que también yo soy bachiller! ¡El bachiller Boves! ¡El capitán de ladrones, el buhonero! (*Repentino, gritando.*) ¡A Sierra Morena o a los llanos, Boves, capitán! (*Pasea muy de prisa, como furioso, en uno y otro sentido, durante treinta y dos segundos. Se detiene, dirigiéndose a todos, con violencia y sarcasmo.*) Estamos derrotados después de esta victoria... ¿No estamos derrotados? ¡Emplazados estamos! (*Pausa de diecisiete segundos.*) Pero por dentro no me creéis: ¡no os arengué jamás! (*Pausa de treinta y siete segundos, se acerca, despacio, a la cama de campaña, habla de pie junto a ella. Con misterio, crescendo casi imperceptible. Al fantasma.*) ¡El bachiller Boves! (*Pausa de diecisiete segundos.*) ¡Qué viejas tus novedades que no son tuyas! Los hombres se pierden en los huecos del olvido de lo que tienen y lo que son: lo que tienen lo dejan resbalar de las manos, y lo que son dejan de serlo. Empiezan luego a encontrarse, desmañados, tardos, primero, después más ágiles, y al fin tienen las mismas cosas entre las manos y vuelven a ser lo que eran antes, pero con color distinto: se desconocen así y creen que son otros y desconocen las cosas y creen que no son ya las mismas. Y hacen gran negocio de lo que son y no eran, de lo que tienen y no tenían. Se han movido y creen que otros no pueden moverse, se dan prisa y creen que otros no pueden correr. Mas sucede que no son ellos los que se han movido realmente y que pregonan, como propias, cosas que no son suyas. Y no ven que el avance va por más altos caminos y que el avance mismo no es el que ellos creen. Desde esos caminos solo un hilito de voz llega aquí abajo. Pero la vieja voz es por allá..., ¡por allá!... Por donde se renueva. Y parece joven y lo es. Y parece vieja y lo es. Aquí abajo, el buhonero Boves vale tanto como el bachiller o más: desde su acémila pregonan la mercancía superflua, pero sin precio de sangre. No le da otro valor que el que tiene, ni cree que tiene más valor por pregonarla él, ¡sabe que el buhonero y el bachiller son uno solo! (*Pausa de veintisiete segundos.*) Pero si fuera sembrador pensaría dónde va a caer la simiente. Si va a prender para arrojar cizaña o para arrojar espiga. En esto, nacer es siempre renacer de otra manera y así lo nuevo es virtud a una hora y a otra hora lo viejo es virtud. ¿Pero de dónde, si no es de lo

[312] BOVES

viejo, puede lo nuevo nacer? ¿Quién es más viejo, el esclavo o el caníbal? Es más viejo el caníbal y la esclavitud fue ya un avance. El mercenario es más viejo que el guerrero, aunque naciera después, y el místico de las sectas era más viejo, en todo, en hacer, en pensar, en sentir, que el dialéctico de los templos y los mercados, que le precedió en milenios y está más cerca de nosotros. *(Pausa de diecisiete segundos.)* ¡Fantasma iluso, el progreso es otra tragedia que el espectáculo con que sueñas tú! Hay progreso, lo hay, lo hay: mas por otros caminos. Sí, otra vez inquiero: ¿quién es más viejo, el esclavo que no has conocido o el caníbal con quien tratas? ¡Pues a ver si logras hacer de caníbales esclavos! *(Bajando la voz.)* Será un progreso. *(Empiezan a oírse desde un palco sordas voces, como de conversación excitada, sin vocalización de las palabras. Solo el rumor se percibe. Macrófono sin estridencia. Algunos espectadores reclaman silencio. Macrófono. Ambas cosas duran treinta y ocho segundos. Boves, entreabierta la boca, el brazo extendido, accionando la mano, queda en la más absoluta inmovilidad y mudo. Se oscurece totalmente la escena, un reflector enfoca el palco, en el que se ven una mujer y tres hombres, que prosiguen, excitadísimos, como protestando, en su conversación inarticulada, en su rumor. Diecisiete segundos después se apaga el reflector y la iluminación se restablece en la escena, sorprendiendo a Boves, inmóvil y mudo, en la postura en que quedó al ser interrumpido. Continúa así hasta que la tranquilidad se ha restablecido por completo. Habla entonces.)* Tú todavía cantas a Lutecia y Roma, y bailas al arrullo de violines. Muy pronto no será así ya: se cantará al gran cacique, al que aborreces, y se le rendirá culto y se danzará al son de sus tambores. *(Pausa de treinta y cuatro segundos, transcurridos los cuales Boves se sienta, con lentitud, en la cama de campaña, contemplando al fantasma con los ojos muy abiertos, pero como si en ellos hubiera ausencia, lejanía: mira sin ver. Permanecerá así, inmóvil, hasta que se indique. Treinta y ocho segundos después de haberse sentado Boves, el fantasma de Simón Bolívar se levanta, repentinamente, de la dorada silla que ocupa y queda erguido e inmóvil mirando a Boves, que, a su vez, sigue mirándole fijamente, «sin verle», tal como se ha indicado. El fantasma se ha pasado el bicornio a la mano izquierda y con la derecha sostiene el respaldo de la silla. Permanece así veintisiete segundos, al cabo de los cuales impulsa la silla sin violencia y la derriba. Recupera el bicornio con la diestra y avanza en dirección a la parte oscura del*

*muro del fondo que tiene enfrente. Las pisadas repercuten y se oye un manso rumor de sonajas. Macrófono. El fantasma avanza de forma no exenta de ritmo, un poco mecánica, aunque sin la menor afectación, sin la más leve exageración. Es una estatua que ha echado a andar. Diecisiete segundos antes de llegar al muro del fondo empiezan a oírse unos sa-
túrnicos compases de Paganini en el violín. Macrófono. El fantasma va a filtrarse, como ex machina, por la indicada parte oscura del muro del fondo. Apagón instantáneo en el momento mismo de topar con él y reaparición instantánea del fantasma, enfocado con intensísima luz amarillenta y con proyección luminosa desde los pies, en el mismo palco que ocupan los excitados personajes anteriormente enfocados, ahora mudos, excepto la mujer, que lanza un tremendo chillido siete segundos después de aparecer a su lado el fantasma, materializado ahora, de frente, por el mismo actor que representó el papel de Simón Bolívar en el acto primero. Su actitud es estatuaria, rígida, imponente. Ha dejado de oírse el violín. La aparición dura diecisiete segundos. Oscuridad absoluta de once segundos. Se enfoca nuevamente el palco, ahora vacío, durante diecisiete segundos. Se percibe, circunfuso, en el ámbito, un muy ligero, un ligerísimo olor a azufre, que trasciende desde la sala. Se ha aprovechado el apagón para retirar la silla derribada. Se enfoca intensamente, durante diecisiete segundos, a Boves, cesa la proyección y la iluminación se restablece muy gradualmente en la escena, donde nadie ha visto al fantasma, ni le ha visto desaparecer y reaparecer, aunque, para Boves, «sigue allí». Sigue contemplándole tal como se ha indicado: con los ojos muy abiertos, con ausencia, con lejanía en ellos, mirando sin ver. Permanece así, inmóvil, durante treinta y cuatro segundos. Cuando se ha restablecido la tranquilidad por completo, se le ve descongelar poco a poco la postura, la actitud, la expresión. Recobra laxitud, se reclina en la cama de campaña, apoyando en ella el codo derecho, y su cuerpo empieza a agitarse convulsivamente de risa: ríe y ríe, con los brazos y las manos, con el rostro, mas de forma muda, sin emisión de sonido hilarante, durante veintisiete segundos. Se incorpora después y gradualmente se endurece su semblante hasta la ferocidad: repentino, se pone en pie, queda inmóvil durante diecisiete segundos y avanza hasta el centro del primer término, encorvado ligeramente, como para el salto, colgantes los brazos, con tardo y pesado andar. Repercuten sus pasos en el macrófono. Desde el pros-
cenio mismo, dirigiéndose a todos y a nadie con fiero apóstrofe.) ¡La voz de Boves habla*

[314] BOVES

sola como la del torrente! (*Se queda mirando, sin expresión ahora y como al vacío, durante diecisiete segundos y se vuelve luego, con lentitud, hacia Morales, avanza hacia él unos pocos pasos, se detiene y le dice, con tranquilidad y persuasiva palabra.*) No os arengué nunca, Morales: ¿no os arengué nunca? (*Morales, con despacioso ademán, dice «no» con la cabeza. Boves reafirma, brusco.*) ¡Nunca os arengué! (*Cesura.*) ¡Os mandé! (*Con paso rápido vuelve hasta la cama de campaña y se sienta en ella nuevamente. Descansando los antebrazos sobre las rodillas, queda pensativo durante veintisiete segundos. De pronto, levantando los brazos, exclamativo, sin dirigirse expresamente a nadie.*) ¡Francisco Miranda! ¡Simón Bolívar! (*Señalando a los llaneros.*) Esta es mi guardia: los otros están mal armados, mal trajeados y mal nutridos. (*Pausa.*) ¿Pero qué guardia tuvo Monteverde contra Francisco Miranda, el ilustre general de la revolución francesa, y Simón Bolívar, juntos? Hablar de un puñado de hombres es hablar de muchos hombres. ¡Con menos tuvo para los dos Domingo Monteverde, capitán de fragata! (*Pausa de once segundos, evocando.*) ¡Domingo Monteverde! Un conquistador de los viejos parecía... A un hombre así solo herido de muerte se le podrá vencer. ¿Y es eso vencer? (*Pausa de once segundos.*) Solo muerto podrá ser vencido un Boves. ¿Es vencer eso? (*Pausa de once segundos. Al fantasma, que «sigue allí» para Boves hasta el final.*) Pero no: ni heridos de muerte, ni enterrados podrán vencernos nunca, que la fama nos cubre y abroquela. No la mentira de fama disfrazada, y al fin desenmascarada siempre, pronto o tarde. (*Pausa de diecisiete segundos, con vehemente reproche.*) ¿Y qué hiciste luego con el ilustre general? Miranda es un chacal reumático, pero lo tuyo es de reptil. Entregaste al chacal caduco y te escabulliste con el precio de la traición: ¡lo tuyo es de reptil! (*Pausa de veintiún segundos.*) ¡Qué fea es la cara de la envidia! ¡Qué fea es! (*Pausa.*) Dormía Miranda en su alojamiento cuando te presentaste, descolorido, a sorprenderle. ¡Ni para sorprender a un hombre dormido te atreviste a ir solo! Te hiciste acompañar. Pero Miranda no creyó en pesadillas, ni despertó sobresaltado. ¡Le diste risa! Su exclamación se repitió mucho, pero no acabará de repetirse: «¡Bochinche, bochinche! ¡Esta gente no sabe hacer sino bochinche!» (*Pausa.*) ¡Qué desdén, qué triste burla en estas palabras del Miranda mejor, del que algo quiso cuando le traicionaste y vendiste, Simón Bolívar! (*Pausa de veintisiete segundos, mueve de arriba*

abajo la cabeza. Con leve ironía.) ¡Tu comedia! ¡No sabes cómo va a servirte! Es lo que va a servirte. Pero no sabes por qué. Eres comediante tú mismo y no te das cuenta de que la gente responde a la comedia sabiendo que es comedia, pero como si no lo fuera. *(Pausa de veintisiete segundos. Nuevamente mueve de arriba abajo la cabeza antes de hablar.)* No era soldado Miranda. *(Cesura.)* ¿Lo eres tú? *(Pausa.)* Aventurero de casta, sí lo era. *(Gritando.)* ¿Lo eres tú? *(Pausa. Volviéndose hacia su lugarteniente.)* ¡Era isleño Morales! Es nuestra propia gente la que se nos enfrenta. Tenemos que luchar contra nuestra propia gente. *(Pausa de veintisiete segundos. Al fantasma.)* También Miranda asesinó, aunque se contentara con diecisiete. Era ya la guerra ciega, desatada por los pregoneros de las luces. Miranda empezó, seguiste tú... *(Bajando la voz y la mirada. Con gran pesadumbre.)* Acabé yo. *(Pausa de veintisiete segundos. Irguiéndose, golpeándose el pecho sin violencia, con rudo énfasis en la palabra.)* ¡Este buhonero, este matutero, este salteador vendió géneros y baratijas, pero no vendió a España! *(Pausa de veintisiete segundos.)* Cuando Monteverde me franqueó el chiquero en calabozo, muy luego venteste al retinto. ¡Ya andaba suelto! ¡Del Orinoco al Caribe no encontrarías burladero que aliviase tu espanto! *(Pausa. Muy bajo y como distraído.)* Tan dispuesto estabas a escapar que asegurabas la fuga con espuelas de oro. *(Cesura. Con énfasis.)* ¡Tienes la fogosidad del cadete y te echaron un lobo en la vereda! *(Se pone en pie, tiende los brazos. Con fiereza.)* El bachiller Boves... ¡El buhonero errante, pastor de fieras, mordido del sol! *(Pausa.)* Pálido fantasma, ¿qué soñabas tú de la gloria? *(Cesura.)* ¡Es negra! *(Se vuelve, da, decidido, unos pocos pasos, que después se hacen lentos, dirigiéndose hacia la puerta, pero retrocede antes de llegar a ella. Al pasar, de vuelta, junto a la pequeña mesa rústica, se detiene, ensimismado, toma con la diestra la herradura y la contempla con aire distraído; con el mismo aire con que levanta los ojos al reloj de arena, los pone de nuevo en la herradura y vuelve a mirar el reloj, como estableciendo mentalmente una relación entre ambas cosas. Después, deja caer de golpe la herradura sobre la mesa —macrófono— y avanza hasta la vecindad del fantasma y se detiene ante él y le apostrofa de nuevo sin hesitación.)* Te aconsejaba lo sórdido. Era tu consejero. *(Pausa.)* ¿Cómo ibas a tener razón, si no tenías instinto? Así, aunque hubieses tenido inteligencia, no hubieras tenido materia en que emplearla. ¡Te faltaba hasta el bajo

instinto! *(Pausa, adagio.)* La razón misma, a lo mejor, no es otra cosa que alto instinto. *(Pausa de veintisiete segundos. Sarcástico.)* Pero encontrarás ayuda, no te aflijas: ¡todo te lo van a facilitar! ¿No ves que hasta la sombra de España inspira lo que inspira? *(Pausa.)* Ni siquiera vas a necesitar batallas: ¡batallas! Te bastará con darles este nombre a emboscadas, sorpresas, fintas, esguinces y escaramuzas. Las grandes distancias son buenas para el ardid y como para huir hay que poner tierra por medio... *(Se vuelve, brusco, da dos pasos, se detiene en esta nueva distancia y gira, sin moverse del sitio, para seguir con su apóstrofe. Tras una pausa de veintisiete segundos.)* Con un fantasma estoy hablando. ¿No eres un fantasma? *(Pausa de diecisiete segundos.)* Sí, no eres otra cosa. Un fantasma que caracolea con su potrillo en el paseo de la fiesta. ¡Ah! Los andaluces se burlan de nosotros, los hombres de Cantabria, porque somos malos jinetes. ¡Tú montas a caballo, pero no eres Gustavo Adolfo! *(Cesura. Con un alarido espantable.)* ¡Ni Boves! *(Macrófono. Se lleva la mano a la frente, cierra los ojos durante once segundos, se llega hasta la cama de campaña, queda inmóvil durante once segundos, se sienta, toma una de las espuelas, la contempla durante diecisiete segundos y hace girar los acicates durante otros diecisiete segundos con la palma de la mano. Deja la espuela de nuevo sobre la cama de campaña y, sentado en ella, sigue con apóstrofe.)* ¡Cubrirás distancias! Grande es esta tierra, que está mejor como está. ¡Es inmensa y una, y tus quimeras van a despedazarla! En su inmensidad puedo desvanecerme un día como una racha y dejarle cancha a tus quimeras... Sí, las distancias, para el ardid, son buenas. ¡Tenías que ser astuto! Pero el llano es grande, grande, grande, es rasa la encrucijada y para la madriguera es mucho el desamparo. ¡Desvalido! En la inestabilidad que es tu sino necesitas una retórica de urgencia para sostenerte ¿Vas a imponer tus quimeras aunque caigas tú? ¿Vas a poner vallas donde no las hay? ¿Vas a parcelar y disminuir la heredad de España? *(Pausa, con ironía.)* Puede que el resultado te responda. Este gravitar hacia lo reducido es viejo, dirás; es natural, dirás; tiene su fin, dirás. ¡También es vieja la lepra! Y es natural y tiene su fin también: la disolución en lo inerte. Sí, acaso el resultado te responda. ¡Las pestilencias bíblicas han dado siempre resultado! *(Se levanta, da varios pasos y se vuelve.)* «Otro fantasma te está hablando», dije. Pero soy más bien un espectro, una sombra: tu fatídica sombra, acaso. ¡Lo de fantasma te cuadra más a ti!

(Pausa de diecisiete segundos.) Aunque ni fantásticos sean tus calenturientos delirios..., ellos te forjaron un imperio de muy poca imaginación: un imperio de palabras sin razón de ser. Porque las palabras en ti no son divinas, ni colmadas, ni necesarias: son vacuas y superfluas. ¡Sin razón de ser! ¡Forjar un imperio donde estuvo España es como crear un mundo donde estuvo Dios! ¿Contra qué molinos te llevó tu fiebre? Descomedidos, desaforados gigantes resultaron sus aspas ahora también. Solo que tú, de Quijote, ni la pinta tienes... Las palabras de tus delirios febriles no pasarán a la posteridad y los hechos que te sobrevivan no serán tuyos, ni serán benéficos e insignes por ser grandes y ser hechos. ¡También las pestilencias son hechos y sobreviven y son grandes! ¿Forjar un imperio donde estuvo España, la Gran Bautista? Las cosas son lo que son, no lo que queramos que sean. Nuestro querer mismo es lo que es, no lo que quisiéramos que fuese. El disfraz será disfraz siempre y hasta para el sobre-nombre se necesita acierto: ¡los hay ridículos, Libertador! *(Pausa de veintisiete segundos.)* ¡Qué nombres, qué sobrenombres dejó por aquí la Gran Bautista! En hombres, montes, corrientes y mares... ¡Para caer de rodillas y abatir la frente son algunos! Ah, España estuvo aquí: ¡Dios anda por las crestas! *(Pausa de diecisiete segundos.)* Y navega por sus ríos..., ¡los ríos de América, Simón Bolívar! *(Pausa de once segundos.)* ¡Blancos eran, allá, en los páramos, antes de tener voz! Cuando se hacen lentos, en la anchura cautelosa, son más de asombro. *(Fuerte y vasto rumor de chapoteo en el micrófono durante veintisiete segundos. Boves lleva la mano a la altura del oído, sin acercarla, e inclina ligeramente la cabeza en ademán de escuchar. Baja la mano transcurridos los veintisiete segundos.)* ¡Mas qué grandor también en la angostura horrida! *(Furia de catarata ensordecedora en el micrófono durante once segundos. Pausa de cuarenta y tres segundos. Boves se acerca a la mesa, toma la herradura, la contempla durante once segundos, vuelve a dejarla, con suavidad, sobre la mesa, queda mirando el reloj de arena durante veintisiete segundos. Sin dirigirse a nadie expresamente.)* Se me dice que soy naturaleza, instinto, ímpetu oscuro. ¿Por qué, entonces, quiero razonar? ¿Por qué, por qué? ¿Por qué eso inabordable que me obliga a hacerlo? Y eso inabordable, ¿por qué existe? ¿Solo en el hombre? *(Pausa de diecisiete segundos. Evocando.)* Un niño era yo casi cuando el señor rector me hablaba de un sabio que descendía de Espinosa de los Monteros y escribía

en latín y era hereje. Le llamaba «adivino a medias» y nunca comprendí bien lo que quería decir. ¡Este es misterio mayor que el misterio último! Porque la razón sin el instinto no puede valerse y el instinto sin la razón tampoco. ¡Ni en los hombres ni en los ríos! (*Pausa de treinta y cuatro segundos.*) ¡Ah, el bachiller Boves! (*Pausa de diecisiete segundos.*) Era en mi Asturias dormida y fue el mismo cura rector, fue el padre Álvaro quien se sorprendió al no ver en mí, un día, a aquel niño delicado que yo había sido. «¿Vas a la escuela?», me preguntó. No esperó a que contestara: «Claro que vas —dijo—, te estás embruteciendo». Otro que no hubiera sido el cura rector, otro que no hubiera sido el padre Álvaro, hubiera dicho: «Estás formándote con el trato de otros seres..., te estás curtiendo para la lucha», o cosas así... ¡esas cosas! Sí, fuera de Asturias, entonces, se hablaba ya de otro modo. ¡Fuera de Asturias! (*Pausa de diecisiete segundos.*) ¡Qué contrasentido! ¿Pero qué no es contrasentido? ¡Fuera de Asturias, sí! (*Pausa de once segundos.*) Sí, acaso sepa mejor el buitre del consejo que el águila, y del gobierno. (*Pausa de diecisiete segundos.*) Con golpes de efecto, con pico de oro, con astucia: ¡no con el brazo! ¡No con el hierro! (*Avanza, rápido, hacia el lugar del fantasma, deteniéndose, imprecando.*) ¡Pero tu pensamiento no es una exhalación! ¡Tu propia astucia te tejerá la soga! ¡Misericordia vas a pedir en la hora última a los que traicionas con la vileza más fría, y la esterilidad de todo va a quedar más patente que el mar que araron, para parir un mundo, las carabelas! (*Pausa de diecisiete segundos, adagio, bajando la voz.*) Eres lo sinuoso: lo vivo. (*Queda inmóvil, colgantes los brazos, abatida la mirada, durante treinta y siete segundos. Bajo, en muy lenta admonición.*) ¿No sabes que la miseria es fecunda? ¡Oh, es fecundísima! Su lloro fertiliza, y sin ella el genio no quiere nacer, ni el héroe. En los más altos linajes nacen con el dolor de la persecución y la cárcel, de la burla y el odio. Esto es miseria también, es también hambre. De justicia, se le ha llamado. ¡Oh, es hambre y sed! (*Pausa de diecisiete segundos.*) ¡Pero deben ser aceptadas la miseria y el hambre! Si no hacen sufrir, no valen, ¿entiendes? (*Pausa de once segundos.*) ¡Llega el punto de la evasión, la hora del genio, del héroe. Pero es que para evadirse de algo hay que haber pasado por ello antes, sufriendolo, aceptándolo, sin desplante, con loca pugna, sufriendo, sufriendo, sufriendo. En los pueblos y en los hombres, quien sabe de desplante no sabe de dolor,

no sabe de miseria. ¿Cómo podrá saber luego de templanza, esa virtud castellana que tú y yo desconocemos? (*Pausa de diecisiete segundos.*) Solo arroja brote de resplandor la miseria vencida y solo como parto suyo hay grandeza. ¡Solo el hambre tiene hijos mayores! ¿Entiendes? (*Pausa de diecisiete segundos, repentino, vehemente.*) ¡Pero que no vengán en el instante postrero la miseria y el hambre! Las de la justicia clemente y las del pan. ¡Que no sean el hambre y la miseria de la expiación! (*Pausa de veintisiete segundos. Con ensoñación.*) Te veo consumido por la ventisca y la pugna, por el soroche y el vértigo de los páramos, por el polvo que abrasa en el resistero de los llanos sin quicio, por los brazos de la selva, por sus púas y su sopor y su vaho. Te veo como un tizoncillo, como un sarmiento, como un montoncito de huesos, mísero. (*Cesura.*) ¿Y por qué? (*Pausa de once segundos.*) Por un crimen y una quimera que apenas sirvieron de pretexto a tu vanidad. ¡Ni siquiera por un exceso, opulento y obtuso! Solo por vanidad, solo por vanidad. (*Pausa de once segundos.*) ¡No por necesidad! ¡Por hambre! (*Pausa de veintisiete segundos.*) ¡Te veo consumido! Por el miedo, por los remordimientos, por el desengaño. ¡No naciste para las galernas! (*Pausa de veintisiete segundos. Muy lento, muy bajo.*) ¿Tenaz como la gota de agua que perfora? Acaso. Con su valor, con su labor. No inventes un océano. Se disipará como una nube. (*Cesura.*) Y quedará la gota de agua. (*Permanece inmóvil durante veintisiete segundos. Se acerca después al hogar, que contempla durante once segundos, toma de su largo mango el cazo de azófar, lo deja nuevamente sobre la trébede, se vuelve para mirar a Morales —que no lo advertirá— durante once segundos, gira y queda de espaldas al fuego y habla, como replicando al acoso de una obsesión, sin dirigirse expresamente a nadie.*) La sangre engendra sangre y el dinero cría dinero. (*Muy despacio, tras una pausa de diecisiete segundos.*) Tuviste sangre. (*Pausa de once segundos.*) Dinero no te faltará. (*Pausa de once segundos. Ya con fluidez.*) El dinero cría dinero y donde el dinero lo es todo, se vuelve catarata. (*Pausa de once segundos.*) Como soy el bachiller Boves, sé que a los reyes bárbaros de Asia y a los autócratas divinizados de los pueblos elementales, incluso a los reyezuelos y los caciques, les sobraron riquezas. A los monarcas de los grandes pueblos les faltaron siempre. Pero crió, creció, cundió tanto el dinero más tarde que ya empieza a invadirlo todo y todo es trata ya. (*Pausa de once segundos.*) ¿La gloria también?

[320] BOVES

(Pausa de once segundos.) No: la gloria no, aunque lo parezca, por instantes. La gloria no se compra: se envidia. *(Pausa de once segundos.)* Y por esta pasión se hiere, y por esta pasión se mata. *(Pausa de once segundos.)* Mas un día se aclara el engaño y el desengaño llega. El dinero es un don: está cambiando al mundo. *(Pausa de once segundos.)* Pero lo cambia hasta aquí. *(Señala con la mano extendida. Pausa de once segundos.)* Hasta aquí. Ni más alto ni más hondo. *(Cesura.)* ¡No se compra la gloria! *(Pausa de treinta y siete segundos.)* No es el dinero en la mano: es el cimbel de su símbolo. Es la *(la)* hambre, no el manjar. Con dinero y sin gloria pueden mandar generales sin batallas, cubrirse de relumbres y apagarse solos en torres sin luz. ¡Sin alma, digo! *(Da unos pasos hacia el lugar del fantasma. Se detiene.)* Pero si no nací en la opulencia como tú, pronto fui rico. Lo suficiente para comprar mi libertad la primera vez que me encarcelaron. ¡Aquí se compra y se vende todo! *(Pausa de once segundos. Bajando la voz.)* La libertad también. *(Se pone la diestra sobre el pecho, casi a la altura del hombro, vuelve la cabeza y sesga el torso, sin cambiar de sitio, hasta quedar casi de espaldas. Permanece inmóvil. Pausa de veintisiete segundos. En el ventanillo aparece una luz de llamita que, al cabo de veintitrés segundos, se extingue. En este momento empieza a oírse, pianissimo, un murmullo que se prolonga, inquietante como el musitar de un rezo inarticulado, con inflexiones de zumbido y resonancia grave, sorda, profunda. Se eleva en crescendo muy lento, mas no llega a alcanzar estridencia: es la voz de los llaneros despertando de su sopor. Algunos mueven pausadamente los brazos, otros los agitan. Cesa, en disminuyendo, cuarenta y ocho segundos después de haber empezado. Pausa silente de veintisiete segundos. La escena recobra su anterior quietud. Transcurrida la pausa, se oye un tremendo y seco golpe a la puerta. Macrófono. Todos se vuelven hacia ella menos Boves, que permanece inmóvil y mudo. Morales avanza como para abrir y ver quién llama. Pero ante la puerta misma se detiene, ya con la mano extendida, retrocede y se acerca a Boves, como para hablarle. Se detiene sin hacerlo cuando está ya junto a él y se retira a segundo término. Transcurridos otros diecisiete segundos, Boves se vuelve lentamente. Sin dirigirse a nadie.)* Una de las dos que no duermen llamó a la puerta. *(Cesura.)* ¡Una de las dos! *(Cesura.)* La envidia no puede ser ya. *(Pausa, adagio, sombrío.)* Será la muerte. *(Con tardos pasos se acerca a la cama de campaña, se sienta, levanta los ojos, suspira y, tras una pausa de veintisiete*

segundos.) ¡La envidia, la muerte! (*Cesura.*) ¡Las dos pálidas! (*Cesura.*) ¡Las dos insomnes! (*Morales se acerca al hogar, toma de la repisa una escudilla. Boves lo advierte y sigue con atención sus movimientos. Morales vierte en la escudilla café del cazo que hay sobre la trébede. Toma luego, también de la repisa, el saquito del azúcar, lo palpa, insistente, para cerciorarse de que está realmente vacío, y lo arroja al suelo con indiferencia. Pone después la escudilla sobre la mesa rústica y se retira a segundo término. Aquí habla Boves, sarcástico.*) ¿Café a la franca o a la turca, como en las grandes mesas? (*Pausa de veintisiete segundos.*) ¡El trago amargo! (*Cesura.*) ¿No preparas el tuyo, Morales? ¿Tu trago amargo, Morales? (*Pausa de diecisiete segundos.*) A lo mejor quieres abrevarme para la jornada. (*Pausa de diecisiete segundos.*) ¿Cuándo llegaste a América? (*Con cáustica zumba.*) ¡El pan fue amargo también! (*Pausa de once segundos.*) Y ahora... el trago amargo. (*Apoya ambos codos sobre las rodillas y las mejillas en ambas manos. Pausa cogitativa de treinta y siete segundos. Pone las manos, cerradas, sobre las rodillas. Cavilando.*) Se cuenta y no se acaba de contar las trescientas víctimas de un rey sanguinario de Inglaterra. ¡Trescientas víctimas en un reinado! ¡Trescientas sombras sobre la conciencia de los protestantes como ingleses y como hombres bastaron para torcer un rumbo y cambiar a Europa! ¡La Contrarreforma fue contraataque! (*Cesura. Al fantasma.*) ¿Y qué soy yo, Simón Bolívar? (*Cesura. Con énfasis.*) ¡Que nadie se atreva! ¡Porque allí donde se ataque a España y a la Iglesia saltará siempre a la lid un Boves! (*Pausa de veintisiete segundos, volviendo a su cavilación.*) Trescientas sombras en el curso de un reinado: nada más que trescientas. (*Pausa de diecisiete segundos, muy despacio, recalcando las sílabas, al fantasma.*) Tú, en frío, y de una descarga, hiciste ochocientas sesenta y seis. (*Cesura.*) ¡A muchas las conocías por su nombre! (*Cesura.*) ¿Y creíste que no iba a cambiar nada? (*Pausa de veintisiete segundos, disminuyendo.*) Ya viste el cambio que conjuraste, pero alcanzarás a ver el plazo que se ha de cumplir y la deuda que se ha de pagar. (*Con énfasis.*) ¡Gemirás en el destierro! (*Pausa de treinta y siete segundos.*) No quisiste escuchar la voz del gran vicario... (*Pausa de diecisiete segundos.*) No eres valiente: ¡temerario tenías que ser! (*Pausa de diecisiete segundos.*) La Iglesia no castiga: ¿cómo podría castigar la misericordia? (*Pausa de once segundos.*) Advierte tan solo. (*Cesura. Con gran énfasis.*) ¡Pero es que no conoce el mundo castigo

más terrible que la admonición de la Iglesia! (*Se pone en pie muy despacio y muy despacio se acerca al fuego, que contempla durante treinta y cuatro segundos. Pasea, ensimismando, lento, en uno y otro sentido. Evocando.*) Extraños caminos de la tierra conoce el buhonero, pasos diabólicos, horizontes vírgenes. ¡Portentos ha visto! (*Pausa de once segundos.*) Desplomarse el cielo, hecho espuma, por quebradas sin fondo y pararse un resplandor en las nubes y no irse. ¡Y no irse! ¡Ah, suplicio de la razón perdida! (*Pausa de diecisiete segundos, adagio.*) Solo puede perderse lo que se tiene: si la razón puede perderse es que la razón existe. (*Pausa de once segundos, con suave ironía.*) Si todo no es una ficción de vocablos... (*Pausa de once segundos, con vehemencia.*) ¡Pero es que nos duele la razón! (*Tocándose la frente.*) ¡Aquí!... ¡Aquí! (*Pausa de once segundos, bajo, tocándose el pecho.*) Y tal vez otra razón nos duele aquí. (*Pausa de once segundos, con un grito.*) ¿Por qué? (*Queda inmóvil, colgantes los brazos, durante treinta y siete segundos. Con ritmo y lentitud reanuda su paseo, deteniéndose para hablar.*) A veces me pregunto si he amado, si amo, si soy fuego o soy agua. (*Pausa de once segundos.*) ¡Pero agua soy! ¡Y soy fuego! Desatados, asuelan los dos. El fuego hace del agua vapor y nube y lluvia y manantial y río que se desborda. El agua puede con el fuego, pero no como chispa, no como luz. (*Levantando las manos a la altura de los hombros, con dolor y esperanza.*) ¡El agua no apagó esta pasión mía, porque es incendio y es luz y es chispa que no se extingue! (*Pausa de veintisiete segundos, razonando.*) Se gusta la fruta y la avidez se aplaca: se ama la estrella y no se apaga la sed, porque no se apaga la estrella. No hay pirotecnias de artificio en mi vida para prenderse al capricho y morirse solas. (*Cesura, nostálgico.*) ¡Eh, caminante, sobre mi sepulcro una estrella sin nombre! (*Pausa de cuarenta y tres segundos.*) ¿Destino? (*Cesura.*) Lo es ya que el destino exista y se llame así. Lo es ya que el destino sea destino: que sea. ¡Sin poder dejar de ser! (*Pausa de diecisiete segundos.*) En nuestro derivar hay períodos, como en el discurso, como en la gestación. Lo periódico es ley de existencia. (*Pausa de diecisiete segundos.*) ¿Destino? (*Cesura.*) Que haya períodos es destino también. Comas, comas, hay. ¡Comas! (*Cesura.*) ¡Y alumbramientos! (*Pausa de once segundos.*) No tienen exactitud o la tienen condicionada, aproximada. ¿Pero no es así toda exactitud? (*Pausa de diecisiete segundos.*) Algo premonitorio anuncia el punto exacto. Se siente que llega. Con comas,

con pausas. Con un punto final invisible. *(Pausa de cuarenta y siete segundos. Se detiene ante la mesa, mira, ensimismado el vaso, durante once segundos. Repentino, vehemente.)* ¿El destino en mí? ¡En un gorrión, en un pez, en un lucero, en un vaso! *(Toma el vaso y lo arroja al suelo con violencia, rompiéndolo. Macrófono.)* ¡Ya es indestructible! Los añicos le hurtan a un destino de destrucción. No se puede romper el cántaro roto como no se puede vencer al vencido. *(Con sarcasmo.)* Como no se puede convencer al convencido... *(Pausa de once segundos.)* ¡El vencido es invencible! ¡Qué impotente, qué invencible saña en él! *(Pausa de once segundos.)* No, no vence el vencedor mientras viva el vencido. Y el vencido es inmortal. *(Pausa de cuarenta y siete segundos. Reanuda el deambular y el soliloquio.)* ¡El recurso súbito, inesperado, inexplicable! Una calle, una flor ardiente, un visaje, el olor de una ciudad, lo entresueños visto, lo entrevisto en este otro sueño de las vigiliadas duras en que jadeamos, a veces, como en las pesadillas. *(Pausa de diecisiete segundos)* ¡Oh!, ¿qué máquina celeste nos gobierna por dentro? *(Pausa de cuarenta y siete segundos.)* Curiosa vida, Morales. *(Sin mirarle, sin verle: el apostrofado no atiende, no escucha, no oye.)* Curiosa vida. Unos pasan por ella haciendo ruido, otros desatamos el estruendo y otros, como tú, caminan silenciosos al sepulcro. Algo, al fin, se cierra: un hoyo, un anochecer, una caja, una puerta o una tapa... *(Señalando la puerta.)* ¡Esa!... Un destino. Curiosa vida, Morales: la voz que calla, como la tuya, también es voz. *(Pausa de cuarenta y siete segundos.)* ¡Esta tierra, Morales! Desde el mar llegaste, como yo, a esta tierra. ¿No fue su aparición un brinco sobre el oleaje? ¡Qué hermosa me pareció, verde como un monte puro! ¡Qué hermosa es! *(Pausa de diecisiete segundos.)* ¡Esta tierra, Morales! ¡Esta tierra tan hollada, tan azotada, tan golpeada por mí! *(Pausa de cincuenta y tres segundos. Extendiendo, patético, los brazos hacia el reloj de arena, pero sin pathos en la palabra.)* ¡Tiempo del hombre, lámpara apagada! *(Siguiendo paseando: empieza despacísimo, sigue despacio, en uno y otro sentido. Cuando lo ha hecho dos veces, se acerca a la cama de campaña, se sienta y se calza las espuelas.)* Mi coturno: no necesité otro. *(Se pone de pie, enfunda las pistolas.)* Toda mi artillería: nunca tuve más. *(Saca la manopla de empuñar la lanza de un bolsillo de la chaqueta y la prueba, abriendo y cerrando el puño repetidas veces. Las espuelas darán una resonancia metálica a sus pasos. Aparece por el lado derecho del ventanillo*

una luz de llamita, se mantiene durante diecisiete segundos y desaparece por el lado izquierdo. Nadie lo advierte. El fuego del hogar se extingue dulcemente, sin que nadie lo advierta. Una nueva luz aparece en el centro del ventanillo, se mantiene diecisiete segundos y se la ve alejarse y perderse. Boves, que nada ha visto, se acerca al ventanillo, diecisiete segundos después, mira por él durante cuarenta y siete segundos.) Pronto rayará el alba. ¡No sé cuál! *(Se estremece, ligeramente, como de frío, se sube el cuello, se abrocha la chaqueta.)* El animal lo presiente, Morales: es como una querencia. Pero aunque el presentimiento me invada también, soy hombre tan solo. No, no voy a compararme con la fiera. En la comparación saldría perdiendo. ¡La fiera saldría perdiendo! *(Da un par de pasos hacia la puerta, Morales le ofrece su lanza. Volviéndose, de pronto.)* ¡Ah! *(Con rápido andar, sonoro, se acerca a la pequeña mesa rústica, queda inmóvil, inclina la cabeza, pone la diestra sobre el corazón, mientras el brazo izquierdo cuelga, inerte, cierra los ojos y parece orar durante cuarenta segundos. Se santigua con fervor y toma la escudilla de café. Con ella en la mano.)* ¿Mi cicuta? *(Ríe, por única vez, con ronca y corta risa, apura el contenido de la escudilla.)* ¡Pero a mí no me mata la cicuta! *(Da unos pasos hacia Morales, que parece esperarle, teniéndole la lanza. Se detiene. Escuchando el misterio de la propia voz.)* ¡Este helor nuevo, Morales! *(Adagio.)* Es como si me amaneciera también por dentro. Este estar en este instante, ser en él y no ser ya... ¡para ser por siempre! *(Cesura.)* ¡Ah, esta pesadumbre que ya no es mía! *(Recoge el sombrero de paja que está sobre la cama de campaña y lo cuelga, por el barbuquejo, del brazo derecho; toma con la diestra la lanza que le ofrece Morales. Este se arma con la suya, apoyada en el rincón. En este momento se oye, durante cuarenta y siete segundos, el rumor de las espuelas de los llaneros, que requieren sus lanzas y forman dos grupos, uno a la derecha y otro a la izquierda. Macrófono. Se atenúa la iluminación y se enfoca la puerta, que se abre sola, sin chirrido, lentamente. Boves habla con la misma voz, el mismo ritmo y la misma entonación con que habló al comienzo del acto, en la escena primera, en la oscuridad.)* La tapa que se abre. *(Pausa de diecisiete segundos.)* El golpe con que va a cerrarse no lo oíré ya.

(Se restablece la iluminación. Boves toma el candil de la repisa y se lo entrega a Morales. Los dos grupos se colocan en formación. Macrófono. Se ha compuesto un bosque de

lanzas cuando Boves se pone al frente del grupo de la derecha y Morales al frente del grupo de la izquierda. Durante cincuenta segundos quedan inmóviles, miran a una lontananza como si formaran ante una potestad y un espíritu que se yerguen frente a sus ojos desde el fondo de la sala: desde el fondo de los siglos. Son enfocados los cuerpos, las lanzas, las miradas remotas, laceradas de enigma en su quietud patética. Transcurridos los cincuenta segundos, Boves hace una señal, levantando el brazo izquierdo, y los guerreros —no Boves ni Morales— dan un golpe en la tierra con el cuento de las lanzas. Macrófono. Cesa la iluminación. Después se dirige Boves a la puerta, inclina la lanza, se encorva para pasar y sale el primero, mientras Morales alumbra con el candil. Le sigue el primer grupo de llaneros. Ya afuera, se desvían hacia la derecha oblicuamente. Se oyen sus pasos, alejándose, durante cuarenta y siete segundos. Macrófono. Silencio de veintisiete segundos, transcurrido el cual se oye el galope del primer escuadrón, que se pierde en la lejanía. Macrófono. A una señal de Morales, el segundo grupo le precede y sale. Rumor de pasos en el macrófono. Cuando él mismo se dispone a salir se atenúa la iluminación y un rojo y vivísimo resplandor invade el ámbito de la puerta, cegando a Morales, que sostiene la lanza bajo el brazo derecho y cambia el candil de mano para cubrirse los ojos con el brazo izquierdo y avanzar, vacilando. Al salir deja el candil en el suelo, en el centro del marco de la puerta, ligeramente desplazado hacia el exterior. Sus pasos se confunden con los de los hombres de su grupo todavía durante diecisiete segundos. Súbito, se extingue el rojo resplandor de la puerta. Silencio de veintisiete segundos. Se oye el galope del segundo escuadrón, que se aleja y se apaga. Macrófono. Desierta la escena y en el suelo y en el centro del marco de la puerta el candil encendido, hay una pausa silente de treinta y siete segundos, transcurridos los cuales la iluminación se reduce al *minimum* gradualmente. Es enfocado con intenso haz el reloj de arena. Su sombra, su forma agrandada, se proyecta sobre el muro del fondo. Se agita, trémulo, primero, como despertando, después echa a andar con un latido, oscila como un péndulo, con el tictac de un gran reloj de torre, mientras su sombra danza sobre el muro del fondo, de color más claro en su parte superior. Macrófono a todo volumen. Cuando han transcurrido cuarenta y siete segundos, se iluminan con potente foco la puerta y su marco, en el que, alargada desde fuera, asoma, por el lado derecho, la mano recia, férrea, de un fuerte y desnudo brazo, que, durante diecisiete segundos, se

[326] BOVES

mantiene extendida, y se apodera luego del ardiente candil y lo arrebató, brusca, sin apagar su llama. Diecisiete segundos después la puerta se cierra, repentina, con duro y tremendo golpe. Macrófono. Cesa en este instante el latido del reloj de arena, que, en su última oscilación, desaparece por un lado, extinguiéndose el haz que lo enfocaba y concentrándose toda la iluminación en la puerta, cerrada ahora.)

TELÓN RÁPIDO

(Se encienden, súbitas, todas las luces de la sala. Diecisiete segundos después se apagan de pronto y se mantiene la oscuridad completa durante once segundos, enfocándose después, a telón bajado, el extremo derecho del proscenio, en el que está ya el Rapsoda, de frac. Tiene ante sí un micrófono. Lleva primero el índice a los labios, como reclamando silencio, y en seguida extiende ambos brazos, como pidiendo calma. Su semblante es grave y es solemne su actitud: cumple una misión dramática. Con entonación.)

EL RAPSODA.—Soy el trovero, el juglar, el rapsoda. *(Pausa de diecisiete segundos.)* El hábito es distinto, distinta la vestidura. *(Se mira el traje de etiqueta.)* No pulso la cítara, como no vibro el arco, ni agito penachos o guiones. No requiero laúd, ni vihuela. *(Pausa de once segundos.)* Es otro mi clarín. *(Señala el micrófono. Pausa de once segundos.)* Tiene hoy la gloria un trémolo de aviones heráldicos, el rumor de estas ondas. *(Señala el micrófono nuevamente.)* Tropieza con estrellas: es otra la trompeta de la fama. ¡Pero es el mismo clangor! El que siempre venció obstáculos y salvó distancias inverosímiles y aterró a gigantes desaforados y derribó torres y atravesó muros y se oyó en el cielo. *(Pausa de diecisiete segundos.)* ¡Es el mismo clangor! Como yo soy el mismo. *(Pausa.)* El que era: ¡el mismo! El de ayer. El de mañana. *(Pausa.)* El eterno. *(Pausa de diecisiete segundos. Levanta la voz y los brazos.)* ¡Oídmme, españoles! ¡Boves ha muerto! *(Pausa de veintisiete segundos. Crispa un puño patético.)* ¡Doblado sobre crines, no caído! ¡Vencedor en la batalla! ¡Victorioso en su caballo sangriento! *(Pausa de diecisiete segundos.)* Oídmme, españoles: ¡ni la muerte le desazonó! *(Pausa de once segundos.)* ¡Oídmme! *(Bajando la voz, adagio.)* Boves murió así. *(Pausa de diecisiete segundos.)* En su caballo sangriento. *(Se oscurece totalmente la sala durante los once segundos que el Rapsoda tarda en desaparecer con su micrófono. Se restablece gradualmente la iluminación.)*

FIN

En sordina, los micrófonos dejan oír pedazos del Beethoven más recóndito y doliente, en la sala, en los pasillos, en el vestíbulo, en la calle, en toda la ciudad, en la nación entera.

FLORILEGIO BOLIVARIANO

Su apellido —Bolívar— dio nombre al yate romántico del lord inglés —el hasta el rapto arcangélico idealizado Euphorion de la segunda parte de «Fausto»— que claudicaba de la misma debilidad ampulosamente y era famoso como él y candidato a héroe como él. A ambos les mató la fiebre, no la saeta airada de Belona, como ellos soñaron, tal vez, más que quisieron. Esta evocación, sin embargo, nos llevaría excesivamente lejos y demasiado cerca de lo demasiado humano, que hablará mejor y por sí mismo en el florilegio. Como aquí, para muestra, bastan dos flores, estas:

1. Ante el desastre de un terremoto: «Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y la forzaremos a obedecernos».

2. Del célebre discurso de Potosí: «Venimos venciendo desde las costas del Atlántico en quince años de una lucha de gigantes. Hemos derrocado la tiranía. En cuanto a mí, de pie sobre esta mole de plata que se llama Potosí y cuyas venas riquísimas fueron trescientos años el erario de España, yo estimo en nada esta opulencia cuando la comparo con la gloria de haber traído victorioso el estandarte de la libertad, desde las playas del Orinoco, para fijarlo aquí, en el pico de esta montaña, cuyo seno es el asombro del universo».

No pedimos que se graben en un mausoleo —si no se han grabado ya— estos floripondios del precursor más auténtico del tropicalismo en su más elemental versión, porque nunca fuimos crueles: bastará con esculpirlos en uno de los pedestales de regalo. Por ejemplo, en el que aceptamos, agradecidos, mientras se vacía la estatua que enfrente va a levantarse.

Pero quien tanto se había excedido en el clarinazo y en el tropo tenía que excederse también en los tintes sombríos y el responso funerario. Solo natural fue que acabara hablando así: «No hay buena fe en América, ni entre los hombres ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las constituciones, libros; las elecciones, combates; la libertad, anarquía; y la vida, un tormento... La América es ingobernable; los que han servido a la revolución han arado en el mar. Lo único que se puede hacer en América es emigrar. Estos países caerán infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar a las de tiranuelos imperceptibles, de todos colores y razas, devorados por los crímenes y extinguidos por la ferocidad».





UN CUENTO: *PUENTE ROJO*



Puente Rojo es un cuento largo, o bien una novela corta. Lo que reproducimos aquí es el único «testigo» del texto: nada sabemos de su génesis ni de su historia; en el archivo del autor no se encuentran cartas que hablen de esta obra, no hay notas o apuntes, que, en cambio, sí abundan sobre sus novelas y dramas. Además de no mencionarlo nunca, Ramón de la Serna y Espina no envió este cuento a ninguna editorial. Un misterio absoluto lo envuelve. Hasta la datación es muy difícil, al faltar referencias.

Las ausencias en Ramón siempre delatan algo importante, pues guarda silencio solo sobre las cosas que le provocan un gran dolor, como la muerte de su hija. Por supuesto, algo pasó a finales de los años veinte que le afectó hondamente. Tal vez la escritura de este cuento se llevó a cabo junto a otros relatos que Ramón redactó con su madre y que ella insertó en la antología *Copa de horizontes*, que apareció bajo el sello de la Compañía Iberoamericana de Publicaciones en 1930. De hecho, *Puente Rojo*, desde el punto de vista tanto temático como estilístico, comparte muchos rasgos con algunas narraciones de dicha antología.

Por otra parte, algunos indicios nos llevan a conjeturar que la misma Concha Espina no se sentía muy dueña de esos textos. En este sentido, cabe destacar que no los incluyó en su *Obra Completa*. Igualmente, el segundo indicio, no menos importante, es que el estudioso francés Gérard Lavergne no dedicó atención a estos cuentos, aunque trazó un exhaustivo perfil de la vida y de la obra de la autora, tal vez uno de los más completos. Lavergne no se adentró mucho en la cuestión, la liquidó de manera un tanto tajante; sin embargo, sí advirtió la diferencia de estilo con respecto a otros cuentos y novelas de la escritora, y escribió: «publica Concha Espina en 1928 *Petróleo* [...] es de un género y un estilo muy diferente, será recogido en una colección, *Copa de horizontes*»¹.

Por último, Ramón, en este mismo período, empezó a alejarse aún más de su familia; evidentemente, le amargó bastante no ser tomado en consideración en el

¹ Gérard Lavergne, *Vida y obra de Concha Espina*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1986, p. 99.

momento de la publicación de *Copa de horizontes*. Lavergne acaba afirmando que «Ramón [...] llega a adoptar una actitud francamente hostil. Tiene una categoría intelectual superior a la normal y al parecer se sentía humillado por los escritos de su hermano Víctor e incluso por los de su madre»².

Es indudable que estos años marcaron una ruptura entre madre e hijo; de este momento en adelante cambió la actitud de Ramón, las relaciones se enfriaron. Este asunto explicaría varias decisiones tomadas por el escritor: la de no unirse a su familia en Luzmela durante la Guerra Civil española, la de dejar definitivamente España en 1939 y la de cortar la comunicación con ellos. A partir de entonces fueron muy pocas las cartas que envió a sus familiares, únicamente destinadas a Josefina o a Luis, el hermano menor.

Puente Rojo fue escrito muy probablemente entre finales de los años veinte y principios de los treinta. Se trata de una narración ambientada en la Europa del Este, concretamente en Moldavia. El protagonista, Juan Tagle, de origen español, se encuentra allí para sacar adelante un proyecto de investigación sobre los Aschkenassin; es decir, los judíos alemanes. Es un hombre muy culto, entiende y habla distintos idiomas, entre ellos el francés, el alemán, el inglés. Asimismo, siente, como Ramón, una profunda admiración por la cultura alemana; tiene una gran curiosidad y quiere escudriñar desde dentro los rasgos de la cultura y de los pueblos de una Europa lejana con la que los occidentales comparten muy poco y que a él le fascina. No olvidemos que, durante su estancia en Alemania, Ramón había viajado también a países de la Europa oriental. Allí, observa, aprende, analiza y escribe. Tras un tiempo de incubación, todo lo que su viva inteligencia ha registrado emerge lentamente y se convierte en densas páginas que nada dejan a la casualidad.

También la escritura avanza lentamente. Ramón se detiene, no fluye como un río caudaloso; la suya es una escritura meditativa que necesita un largo proceso de elaboración, porque previamente desea apropiarse de las cosas, de los conceptos; quiere captar la realidad y estar seguro de poder describirla desde sus diferentes ángulos sin que nada escape a su mirada; después puede escribir; y lo hace lentamente, pero el

² *Ibíd.*, p. 115.

resultado es notable: nos devuelve páginas pausadas, incisivas, contundentes. Es indudable que su escritura refleja su personalidad: la de un empedernido perfeccionista. Un imperativo en su vida: elegir la palabra precisa.

Todo esto lo encontramos aquí, en este cuento del que, a diferencia de otros trabajos, Ramón no hizo sucesivos borradores, sino que dejó huella de su exigente revisión en un único original. Cuánto talento escondido, cuántas páginas logradas que han esperado guardadas en los cajones de su escritorio.

[D. A.]



PUENTE ROJO



LA INDÓMITA RALEA de Puente Rojo tenía un secreto, denso de velos mil: había inventado a Dios. Se encontraban en Puente Rojo descendientes de príncipes del desierto. ¡Cómo gravitaba el desierto sobre el alma! Cuando el éxodo y la dispersión, como eran espléndidos soldados, multitud de ellos se enrolaron en las legiones de Roma y acabaron estableciéndose en la Galia y la Hispania. Al licenciarse, obtenían tierras y como señores fundaron burgos, aldeas, urbes. Tenían sus camposantos y sus templos, sus regidores y autoridades, sus huestes y sus dominios. Eran ricos, temidos y respetados. La saña que su prosperidad atizó en la cainita pasión de la humana criatura solo hasta reciente data impuso su huraña: la data de la primera cruzada exactamente. Entonces se les encerró en las juderías, se les negó el pan y la sal, y se les culpó del romano sacrificio de Apolo con que la Urbs castigó la tierna y apocalíptica rebeldía de un divino hijo de su casta. Vino entonces la nueva migración, el nuevo éxodo.

A los de Hispania el turco les abrió las puertas. Sin embargo, la nobleza hispano-hebrea entroncada con reyes no abandonó la nueva patria. Los míseros, como conversos fueron asimilados, y solo una minoría acaudalada y vulgar emigró de la vieja Piel de Toro. Su raza se insertó así, con la sangre, por los siglos de los siglos en la estirpe ibérica. Los de la Galia y el Rin, mucho más numerosos, buscaron —con excepción considerable— refugio trágico en la nebulosa tierra eslava: en Bohemia y Polonia, en Bosnia, en la Dacia, en la Moldavia, en la Valaquia y en la Rusia de los grandes duques, que sería la de los míticos autócratas de más tarde. Y también fundaron burgos, urbes, aldeas. Contribuyeron al auge nacional de aquellas tierras y, como en el Rin, en muchas de ellas eran más antiguos que germanos y eslavos. Con su dominio y su predominio, parcial, mas reiterado y multiplicado, volvió con el tiempo la saña eterna, y hubo nuevas migraciones y hubo nuevas persecuciones y el acoso no cesó hasta que ellos mismos blandieron el acero venerable de la defensa hierosolimitana, su espada famosa de patriotas y legionarios. ¿No eran mercaderes por

necesidad? Por vocación siempre habían sido pastores, es decir, guerreros. Y eran, en parte, por la figura inmortal de su psique, los más empedernidos aristócratas que han conocido las centurias.

Así, de caminantes, de errantes, con el prurito nómada de su origen, volvieron a ponerse en movimiento, invencibles, soberbios, mas ya en tropel, en grey promiscua y tensa de acción y persistencia.

Y en cada acceso del mundo, encendido de sangre, les aguardaba el paso de un puente rojo.

Y de rojo lo pintaron en nuestra canción. Puente Rojo. Ya no guardaba el color más que en el nombre. Las caravanas cruentas, huyendo de los *pogroms*, por allí llegaron. Por el Puente Rojo. La estepa empezaba allí. Allí empezaba Rusia. Bajo el puente, un álveo polvoriento. Mas todo era polvo en el bárbaro arrabal. Y no polvo de mantillo: polvo de arcilla, de un ocre rojizo también.

La gente misma era fiera y melancólica, la mezcla indescrible, la vida de una espantable dureza. Había ricos, pobres, parias. En el Puente Rojo. Era el arrabal de las canciones salvajes y dulces, incisivas, nostálgicas. Puente Rojo. Era el núcleo nutrido de la culta y nueva ciudad que se erguía en la panda ladera de la inhóspita colina, con sus calles asfaltadas —las primeras de la Historia—, con sus sinagogas suntuosas, con sus opulentos banqueros y sus enormes bazares. Con su barrio griego, con su barrio búlgaro, con su barrio cingaro, con su barrio de circasianos, con su barrio armenio, con su barrio turco y con el conglomerado de la singular secta de rusos emigrados que practicaban la mutilación ritual al llegar a los cuarenta años y se dedicaban primero al alquiler de carruajes y después al de camiones y automóviles.

En los meses de una estación si fin, la nieve del invierno eslavó todo lo cubría. Entonces fluía un arrebatado caudal bajo el Puente Rojo y era dramático y gratuito el espectáculo de los ahogados. Pero Dios, el suyo, que es el nuestro, estaba allí con el Génesis para resucitarlos: la fecundidad de aquella casta tremenda era como un alumbramiento de vida para el mundo.

Y la nación donde se habían establecido solo era como un desvaído existir de su fuerza y su pasión y su cálculo sin números y su sabiduría. El origen de esta nación

se remontaba al andaluz Trajano y a la Historia surgió como una cruz de eslavos y españoles. El idioma es latino en muchos aspectos por su morfología y eslavo en la médula de su verbo suavísimo.

Mas por el Puente Rojo que vamos a cruzar y cruzar por el ancho mundo, un fuerte y melifluo alemán de los tiempos medios es lo que se oye. Es la lengua de humanas criaturas que —en su irremisible juventud— pueden decir que en algunas de las más opulentas regiones alemanas son más viejas que los alemanes mismos. ¡Ah, en el Puente Rojo!

Me envía la Junta para Ampliación de Estudios de Madrid. Y es un imprevisto fin de viaje. Líneas de aviones confortables solo corren regularmente entre Londres y París. Me detuve en Berlín para comprar tres libros. Era difícil entonces que me interesaran más de tres libros. Subí al tren en la Stettiner Bahnhof y después de incontables cambios llegué a Salónica. ¡Yo que no había ido a América por miedo al transbordo en Medina del Campo! ¡Medina del Campo! ¿Te acuerdas?: «Que de noche le mataron / al Caballero, / la gala de Medina, / la flor de Olmedo». ¡Medina con su castro y su castillo!

Y heme aquí en la capital fronteriza de Moldavia, a un paseo de Rusia para un aceptable nadador como soy yo todavía. Y todo por culpa de Súrole, mi fortuita compañera de viaje y mi debilidad de hombre maduro a las pocas horas. Tiene una esbeltísima figurilla, en las mejillas hoyuelos, ese color moreno verde que era el deliquio de Cervantes, once años que parecen catorce y azul lo blanco de los ojos negríssimos.

—¿Hay baños públicos en tu ciudad, Súrole?

—¿Que si hay? Comunes y privados, con todo lo que hace falta. De vapor a la rusa, de aire caliente a la turca, y baños rituales, muy complicados, a la hebrea.

Súrole movía levemente la cabecita al hablar. Su nombre, en nuestro romance, es tanto como Sarita. El liso cabello, de un negro oscuro que era la finura perfecta, le cubría la frente. Y con qué gracia. Era su voz ronca más bien y parecía casi la de una mujer hecha. Viajaba con su padre, hombre macizo y bondadoso. Parecían de familia acaudalada.

Por Súrole no fue Salónica mi previsto fin de viaje.

—Hay muchas más cosas interesantes en mi ciudad y el grupo de sefardíes es más reducido, pero más original.

Esa ingrata precocidad, tan frecuente en algunos judíos, era la pura ausencia en mi compañerita de viaje. ¡Qué salada y natural la chiquilla! Lo que evidenciaba de forma admirable el avance de sus estudios adquiría expresión como si tal cosa. El padre mantenía una perspicaz reserva. Apenas hablaba. Claro: solo conocía el alemán rudimentariamente, mientras la niña lo conocía como yo y el francés mejor que yo. También conocía algo de inglés. Su papá, tan recio como zahorí, según pude advertir bien pronto, se llamaba Jacob Trauman, por nombre y apellido. Así se apresuró a informarme su hijita, como si hubiera pensado en algo. ¿Quién sabe? Un almita tan normal y avisada puede albergar previsiones inaprehensibles.

—¿Entonces tú crees que saldré ganando mucho yendo a tu ciudad?

—Sí, lo otro es tan conocido... A la capital de Valaquia la llaman el pequeño París: ¿no es terrible?

—¡Abominable!

El tren se había detenido en una estación diminuta, cercana a Lemberg, y había vendedores que ofrecían emparedados de jamón.

—¿Quieres, Súrole?

—No debo. La carne de cerdo nos está vedada... ¡Pero qué importa!

Quien no la hubiera adivinado, no se hubiera dado cuenta de la sonrisa del señor Trauman. Más tarde me enteré de que volvía de Berlín como propietario de cinco magníficos edificios. Pero su negocio principal estaba en la capital de Moldavia.

Qué occidental es aquel próximo Oriente, o qué semieslava Alemania parece; se advierte por el tipo humano que se ve en el campo de las estaciones. La única diferencia es que abundan más los adriáticos —o dináricos, como dicen los profesores—, que son la gente de más alta talla del mundo, gente morena o de nariz aguilina. Por lo demás, podría decirse que, hacia el este, Alemania se extiende sin límites.

—¿Qué tipos son esos? —pregunto a la linda y fuerte guía que el destino me había deparado—. Se parecen a los cherqueses (quería decir a los circasianos). Tipos parecidos se encuentran en los Balcanes por todas partes, hasta más allá de Turquía.

He oído decir que son más inteligentes que listos. Son de los que tardan en llegar... pero llegan. ¿No es usted un poco así?

«Esta chiquilla va a acabar tuteándome antes de que lleguemos a su pueblo, a pesar de mis patillas grises», pensé. Luego dije:

—Yo soy de los que después de haber llegado tardan en enterarse.

—Sí, ahora comprendo. Usted es diferente de todos. Muy diferente. Por eso...

—Dejó la frase sin terminar, pero no era necesario. Como evadiéndose de algo, añadió—: Los cherqueses venden un requesón muy rico por las calles de mi ciudad. Lo pregonan en su lengua. También venden exquisita mantequilla envuelta en hojas de parra.

Movió la cabecita y las sedosas crenchas le cubrieron la frente con delicia.

—Dime, Súrole, ¿es tu ciudad muy distinta de Berlín?

—Lo mismo. Solo que hay más baños y en Strada Cucu se ven mujeres mejor vestidas. ¡Mucho mejor vestidas!

Como ella misma se vestía era algo tan suyo que tocaba lo incomparable.

Mas la comprobación de que en todo lo que veía se continuaba Alemania llegó a ser para mí una obsesión verdadera. Me lo decía hasta el alemán medieval que hablaba buena parte de la población. Pronto adiviné, sin embargo, que faltaba una cosa: que la costumbre de la innovación en ciertos aspectos —progreso lo llaman— se convirtiera en verdadero hábito engarrado en la psique de los pueblos. La plebe, incluso plebe con pujos intelectuales, suele burlarse de la innovación en sus diálogos domésticos y callejeros, en el libro, en el periódico, en la radio. Y claro que se trata de innovación que ni siquiera roza sus intereses. El atraso es desinteresado siempre.

Como nuestro fin de viaje era el mismo, pregunté a Súrole su dirección y le pedí que me recomendase un hotel.

—Por mi dirección no se preocupe: nuestra casa está casi enfrente del hotel donde va a hospedarse... —Hizo una pausa como aguardando el acatamiento a su mandato. Tras una ligera afirmación mía, que no pasó de un ademán, prosiguió—: Es al final de Strada Cucu, la calle Mayor del barrio judío. No le había dicho que bastante más de la mitad de la capital de Moldavia es judía Aschkenassin, aunque haya pocos y raros sefardíes. Esto sí se lo había dicho. El hotel está junto al parque, ya en el campo de

Tatarasch, por donde entraron los tártaros y hacia el extremo opuesto del Puente Rojo, por donde entra el viento y es lo más plebeyo de la ciudad. Pero... —Quedó un instante en inmovilidad extraña. Luego añadió, con su velada y ronca vocecita—: Pero todos hemos pasado por allí. Por el Puente Rojo.



No sé cómo han transcurrido dos años. Mis superiores de la Junta para Ampliación de Estudios eran fríos, pero bastantes flexibles. No les importó mucho que yo me dedicara a los Aschkenassin, es decir, a los judíos de origen alemán, en vez de a los pocos sefardíes que quedan en el mundo. ¿No era Súrole Aschkenassin? En su ciudad, puramente agraria, había de todo. Pero es que había máquinas también, checas en su mayoría. Yo me acordaba del hambre de París, del hambre de Berlín, del hambre de Londres. Poco a poco fui adaptándome. ¡Oh, mala memoria la de la humanidad!

Empecé a conocer gente. Pero lo del dinero iba mal. Don Ramón me escribió que le parecía muy bien que me dedicara a los Aschkenassin, pero que faltaban fondos y una beca de dos años parecía algo excesivo en tales circunstancias. Se arregló la cosa sola, como suele ocurrir. La inesperada herencia de una tía resolvió el asunto. Y nunca supe por qué me pareció lo más natural que debía quedarme cerca de Súrole. Yo que, desde los seis años, mareaba a familia y amigos con mis «por qué».

Aquel extremo de Strada Cucu, frontero al parque y al campo, se había llamado en otro tiempo Eiserne Brick (Eiserne Brücke en el alemán de nuestros días), es decir: Puente de Hierro. Sangre y hierro por las dos puntas de aquel cúmulo humano. Al hierro hay que despertarle: «¡Desperta, ferro!», decían los almogávares. Una vez en vela, fluye la sangre eternamente bajo los rojos puentes que se le atraviesan siempre al Pueblo Elegido. Mas solo hasta que él mismo despierta. Ni el Puente de Hierro existe ya, ni siquiera el caudal que pudiera justificarle, como no existe en la Ciudad de México el Puente de Alvarado.

El gran caudal próximo era el histórico del Prut, pero no hay más puente que lo atravesase que el del ferrocarril de Odessa. «Estar como Dios en Odessa» es tanto como

vivir en la delicia. Los hebreos de la urbe rusa son tan herejes que dejan a Dios en paz. Habría que llegar hasta allí y claro que no en tren. Habría que llegar aunque hubiera que atravesar el Puente Rojo y atravesar el fronterizo Prut a nado. Súrole patinaba y esquiaba como una dríade y nadaba como una sirena morenita. Y en Odessa había un gran seminario de estudios lingüísticos y ómnibus eléctricos, conducidos por mujeres, que eran un portento. Sí, cualquier día...



Ya empiezas a conocerme. Si te digo que me llamo Juan apenas, solo la verdad te digo. Juan Tagle, para puntualizar un poco. Diré, para más detalles, que tengo la mano nerviosa, que soy de talla media, más bien alto, que tengo facciones demasiado «clásicas» y extrañas al mismo tiempo, los ojos castaños y el pelo oscuro. Pero es que el sino me lleva de bruces a lo «clásico» por donde vaya: ahí está Súrole, solo que sin ánfora, y a breve trecho está el Ponto de mis estudios juveniles.

El señor Trauman era viudo y no se había vuelto a casar, cosa rarísima en la gente de su raza. Tenía su fortuna en inmensos terrenos urbanos, en los que iba contratando la construcción de casas de alquiler. ¿Podía invertirse con más seguridad el dinero? No había que jugar, como hacían casi todos sus amigos. Había que pensar en Súrole. Dio por terminados sus estudios en el colegio, dando preferencia a las profesoras a domicilio. Se contaba entre estas profesoras Isabel Montero —no se llamaba así—, que enseñaba español y guitarra a la niña. Había vivido nueve años en Cádiz. Pero a la chiquilla misma lo que más le interesaba era el inglés. Se había convertido en una mujercita y había empezado a revelarme enigmas. No sé cómo me quedé dos años en Strada Cucu. ¿Cuántos años me quedaría aún? A Súrole se le habían acentuado los hoyuelos y sonreía ahora de una manera...

Como mi hotel estaba orientado al norte, el trabajo me obligaba y podía perturbarme la niña, me acomodé lindamente en una habitación trasera, que daba a un patio y era muy asoleada. Se calentaba todavía a la romana: con chimeneas en huecos de los muros.

Con mi conocimiento del alemán no encontré dificultad para aprender el yidis, que es el alemán de la Edad Media. Me entero de todo con la mayor facilidad. Claro que con Súrole hablo el alemán de ahora. Y se me ocurren cosas. Cosas.

¿Por qué el apego de la extraña muchachita? En la misma vecindad hay mozos finísimos, estudiantes de Viena, aristócratas por todos los flancos. Estrafalaria criatura, Súrole Trauman, que podía ser mi hija muy bien. El señor Trauman tenía contratado un buen coche francés a los *skapiten* —la secta rusa que practica la mutilación— y la niña lo usaba con frecuencia. Nuestros saludos eran a distancia y con el padre no pasaban de un barrunto de cuasi solemne reverencia. Pero con Súrole había encuentros y había —ya lo he dicho— revelaciones.

El señor Trauman tenía abundante servidumbre —rústicos eslavos adoradores de iconos— y amplia y cómoda casa, aunque un poco anticuada. En el extremo oeste había un gran patio, delimitado en parte por un vulgar enrejado pintado de verde y con una puerta de hierro con cadena y campanilla para llamar. Los caminos estaban enarenados, había unos banquillos pintados de blanco y un alarde de las célebres rosas del país.

Un día que me encontré con Súrole, me dijo:

—¿Por qué no hablamos inglés en vez de alemán? Sería bonito practicar en el jardín cuando hace buen tiempo. —Era bastante. Mas al punto añadió—: ¿Podría acompañarme a Sfefan cel Mare. Tengo que comprar algunas cositas. Iríamos a pie. Ya se lo he dicho a papá.

Era como llevarle a uno esposado. La verdad es que no había escapatoria.

Stefan cel Mare, es decir: Esteban el Grande. Puede haber grandes pueblos de contorno geográfico reducido y escasa población —Grecia, por ejemplo— y extensos pueblos insignificantes, densamente poblados. ¿Cómo podrían vivir estos últimos sin grandes hombres? Todos los tienen, reales o inventados. Inventados muy a menudo. Pero el lujoso comercio de Stefan cel Mare —la calle principal de la ciudad— y aun la mayoría de las grandes residencias pertenecen a judíos también. La vieja raza se impone por su gracia y su agilidad misteriosa.

—Eres casi tan alta como yo, y el sol, qué bien te sienta. Ganas me dan de decirte ¡ole!

—¡Pues olé!

—Así dicen los extranjeros y los españoles mismos pasada Sierra Morena. ¡Lo bueno es ole! Pero en mí es aprendido. Soy del norte de la Península.

—¿Y Sierra Morena?

—Es una frontera espiritual. Graciosos, esos botoncitos —le digo.

—Son de metal, como ves. Pero la gracia está en que no conviertan el vestido en un uniforme.

El «you» de los ingleses me impide saber si se ha lanzado a tutearme. Tengo mis temores.

Se nos cruzó un francés profesor de baile. Iba en bicicleta y del cuello le colgaba un manguito de piel. Afectado personaje. Le hizo a Súrole un ceremonioso saludo. La chiquilla se encogió de hombros y de pronto me dijo:

—Estoy segura de que usas pijamas de un solo color.

—*Selbstverständlich!* Naturalmente —le respondí.

Pero no dejó de sorprenderme la ocurrencia. ¡Qué diablillo la acosa! Me conocía ya mejor que yo mismo. No la conocía yo a ella tan bien. Ni me atreví a decirle de la delicia de sus piernas tostadas ni de la armonía de sus fuertes tobillos. Tenía una osamenta dura y delicada al mismo tiempo. ¿Pero iba yo a piroppearla? Jamás supe hacerlo y ella no lo ignoraba. ¡Súrole!

—Hay algo que solo a medias adivinas —le dije sin mirarla. No contestó. Proseguí con cierto embarazo—: Qué inauditas son tus revelaciones y quién eres tú misma.

—¿Estás muy seguro de lo uno y de lo otro? Y para hablar de otra cosa: ¿crees que te conozco por dentro?

—Si me conoces bien por fuera...

—Eso es ya más difícil.

Pensé que cómo lo sabría, pero nada repliqué.

Sobre que ella creyera que emparejábamos perfectamente y que la gente hablara de ello, el primer asombrado fui yo. Y que una niña pudiese hablar como ella hablaba y con tan sencilla naturalidad al mismo tiempo era únicamente porque el don de la revelación la poseía y porque lo mandaba el destino, esa ingente cosa tan olvidada

por los hombres de hoy. Creen que nuestros actos dependen solo de nosotros mismos y que la energía y la voluntad son más de lo que son.

Nos encontramos ya en una arteria muy orgullosa de la ciudad: el tráfico, la gente elegante, los escaparates resplandecientes, lo evidencian sin lugar a duda.

Con cierta ironía me dice Súrole, al cabo de larga pausa:

—¿Sabes que para leerte estoy estudiando español?

La castigo con delicia, respondiendo:

—Mi español no podrás entenderlo nunca.

—¿Y cómo puedes tú entender la literatura de otras lenguas?

—Ya ves. —Aprovecho el desconcierto levísimo para preguntarle—: ¿Qué te parecería una novela sobre los judíos?

Hay un imperceptible estrabismo en su mirada cuando se venga dulcemente:

—Con tal de que no sea «la novela de los judíos»...

—Pues puede serlo a lo mejor, aunque uno no quiera, aunque se proponga expresar simplemente lo que no puede guardar ya en el alma y al hacerlo solo piense en seres vivos de donde sean, en razones y conceptos que le rondan a uno, en vigilia perenne desde hace veinte años. Ni habías pensado tú en nacer entonces.

—¿Razones, así, en plural? ¿No será mejor decir razón?

—Lo es absolutamente y en doble sentido. Escucha: ¿por qué tienes razón siempre?

—No la tengo siempre. Sería demasiado aburrido. Vuestra guitarra, por ejemplo, es para mí algo tan lejano y maravilloso que lo mejor me parece quedarme mirándola. Me pasa, tal vez, lo que contigo. No dirás que no es esto lo que la gente llama poco «razonable». —Hace una cesura muy breve para volver sobre el tema que parece haberle alcanzado en lo más sensible—: Hablabas de una novela de judíos. Los primitivos cristianos ¿qué fueron? La raigambre más honda de todo ello ¿de dónde viene? ¿De quién fue creación la divina y melancólica fantasía, convertida hoy en acuerdo tácito y convencional entre estos y aquellos. ¿Judíos? ¿Cristianos? ¿Qué más da? Buenos los unos. Buenos los otros. El hecho de que la superioridad de nuestra experiencia y nuestra sabiduría de milenios provoque un antagonismo violento o disfrazado solo es natural.

No había qué replicar y, por decir algo, pregunté:

—¿Falta mucho para Stefan cel Mare?

—No falta nada: estamos en Stefan cel Mare hace un rato largo.

—¿Pero no tenías que comprar algunas cositas?

Se rio abiertamente. Luego añadió en voz baja:

—No tengo nada que comprar.

—En cambio, yo tengo que comprar unas violetas.

—No sé si las encontrarás.

—¡Oh, las encontraré! Y te explicaré algún día su significación. También yo tengo mis revelaciones, aunque en esto no pueda competir.

Hablamos en francés las últimas palabras y mis temores se cumplieron: me estaba tuteando la mocosa.

Por mi parte, reconozco que me daba un poco de vergüenza mi torpeza para orientarme. Al cabo de dos años confieso que tenía siempre que preguntar. Pero en el centro de la ciudad solamente. En las afueras me guiaba como un baqueano perfecto. Nunca supe por qué. Tal vez me distraía el tráfico. Tal vez esas mujeres tan bien vestidas. Podría decir que vestidas como en ninguna parte.



—¡Qué recogido tu jardín, cómo acompañan las rosas y qué bueno el sol en el banquito blanco!

—Parece un claustro alegre, ¿no?

—Ciertamente, y con Súrole yo no sé lo que parece.

—Sabes más de ironía que de sarcasmo. Me gusta.

Con su traje malva de señorita, estaba desconocida casi y era irremisiblemente la misma. Hablaba el inglés tan bien como yo y nada me había dicho. ¿No sería un pretexto? Lo era seguramente. Ni siquiera intentaba disimularlo la chiquilla.

La encontré leyendo *The Shulamite* y el *Chorus of the daughters of Jerusalem*.

—¿Para practicar? —le pregunté directamente.

—No —me contestó sin más.

En un par de años había adquirido un aplomo singular, es decir: el de la palabra sincera, no el de la expresión rotunda. Que no hubiera perdido la enigmática ingenuidad era ya bastante.

—Darle un excelso carácter religioso al amor humano, solo vosotros lo habéis conseguido.

—¿No te parece lo del monoteísmo mayor hazaña?

—No estoy muy seguro.

—¿Conoces la cábala?

—Un poco.

—¿La encuentras supersticiosa?

—Por ningún lado.

—¿Por qué la religión ha sido frecuentemente perseguida y la superstición casi nunca? Y es aceptada en el acto por la multitud. No solo en la esfera de las creencias: en medicina, por ejemplo.

—Es así. Y yo creo que constituye una de las causas de la desdicha universal precisamente la superstición en todos sus aspectos.

Cierra el libro, se acicala el flequillo automáticamente y me pregunta con sencilla curiosidad:

—¿Te gustan a ti las corridas de toros?

—Hay en ellas elementos estéticos incomparables.

—Pero como se conservan hasta ahora son un espectáculo para caníbales.

—Sí, como tantos otros. Que el hombre lo arriesgara aquí todo, bueno. Lo de los infelices animales, en cambio... ¿Te parecería indispensable que en un asalto de florete corriera sangre humana?

—¿Y en las corridas?

—Que solo corriera sangre humana llegaría a aceptarlo. La fiesta es grandiosa. Pero solo sangre humana: ¡el espada que se arrime!

—¿Y el soldado?

—Como sacrificio, como defensa, como deber, tendrá que hacerlo mientras el

género humano no cambie. Pero las corridas son un drama rítmico, portentoso, en el que la ética nada significa. El espada tendrá que arrimarse siempre.

—Quieres decir arriesgarlo todo, jugarse la vida, ¿no es eso?

—Eso exactamente. Dime Súrole, preciosa, ¿por qué no hay en tu casa un perro?

Me miró con indecible emoción a lo más profundo de las pupilas:

—Porque lo ha habido —contestó apenas.



Al llegar al jardín de Súrole Trauman —reventaba de rosas bajo el sol enemigo que fulminaba desde Tatarasch—, oigo un rasgueo de guitarra española. Me detengo para escuchar, nostálgico, un instante. Pronto advierto fallas evidentes en la interpretación buscada. No, no es que aquello no pareciese «muy castizo a la bética». Podría ser muy español siendo un poquillo «otra cosa». Faltaba entrega. Era forzado careciendo de fuerza.

Nada le digo —ni ella me dice nada— cuando sale ataviada como para un paseo. Son las once y media. Me sorprende su seriedad y sería imposible hablar de su belleza sin traer a cuento deidades legendarias. En la cintura luce mis violetas, que parecen más frescas que ayer.

—¿Nuevamente a Stefan cel Mare?

—A papá le parece admirable. Confío en que no te parecerá mal a ti. Hoy sí tengo que comprar algunas cositas. Me gusta ir a tu lado y la animación me vendrá bien.

Parece decidido que hablaremos francés en adelante. Con los zapatos ingleses que hoy calza, está más alta que yo.

—Juan, somos ya tan amigos —me dice de improviso, sin atenuar su seriedad incomprensible—. Y yo misma no sé por qué —añade—. A esta relación le llamaban «eros espiritualizado» en el Renacimiento, por los tiempos de Lucrecia Borgia, compatriota tuya, creo.

—En su corte se hablaba el castellano.

—Entonces era otra cosa. ¿No aceptas que aquel espíritu puede hoy valerse del francés como instrumento?

[352] PUENTE ROJO

—Todavía sí.

Era adivinación la suya más que lo que suele llamarse «cultura» y solía ir acompañada en su manifestación de un ademán levisimo de desdén. Siendo su belleza lo que era, llegué a convencerme de que lo que le surtía de dentro, eso, era lo enorme.

Algo descomunal me distrae, porque claro que uno tiene sus manías. Inquieta con el gesto de qué se trata:

—Ese camión alemán de seis ruedas. Es un Diesel.

—¿Y qué le encuentras?

—Lo que le falta, probablemente. Siendo un prodigio, dentro de pocos años no veremos ninguno.

Con su característico movimiento de hombros y de cabeza, me pregunta:

—¿Y por qué?

—Está demasiado calculado.

—Mejor. Las máquinas están igualando al mundo como apisonadoras. Han llegado demasiado pronto y solo con las manos sabemos manejarlas. Yo, ni con las manos: no he querido.

—Yo no he podido, lo que, en ciertos casos, viene a ser lo mismo.

—¡Pero qué maravilla son, no obstante! Quién sabe si de pura admiración no me acerco demasiado a ellas.

Le bastan cinco minutos para comprarse unas telas vienesas que se hace enviar a domicilio.

Cuando nos despedimos, me dice:

—Hoy voy a mandarte un cargamento de las rosas más encendidas. Porque quiero. Sabía «querer» tan inefablemente...

●

Esta vez vino en persona, con su curioso aspecto de infatigable somnolencia, el obeso Weissglass, dueño del hotel, para avisarme de que me llamaban por teléfono de parte del señor Trauman:

—Sí, aquí Juan Tagle. ¿De parte del señor Trauman?

—De parte de nadie, tonto. ¿Cómo, si no, iba a mandarte las rosas que te voy a mandar porque quiero?

—Gracias, Súrole. Eres ya una mujercita muy extraña y me desconciertas como no podría expresarlo.

La ronca voz daba a su francés un singular carácter. Las húngaras hablan así.

—Adiós, Juan, ese viento y ese polvo rojizo anuncian la nieve. Puedo conducir mi trineo, pero no es cosa de que te invite. La excursión a Odessa habrá que aplazarla para la primavera próxima. Porque no vas a dejarme: sabes muy bien que ando detrás de ti.

—Soy lo bastante viejo para saberlo.

—A ser viejo tendrás que aprender con muchísimos trabajos.

—Y también tendría que aprender a dejarte. Resulta que ya no sé.

—Entonces habrá que buscar dónde encontrarnos. No será tan difícil. Y aún nos quedarán unos días de sol. Perdona que te haya interrumpido. Ya sabía que el hotel Trajan, con su pomposo nombre hispanorromano, no tenía baño privado, ni teléfono en las habitaciones. Pero necesitaba tenerte cerca... sin ser todavía persona. Ahora, puedes imaginar. Adiós. ¡Hasta siempre!

—Adiós, Súrole.

Apenas había colgado el auricular cuando apareció el dueño del hotel de nuevo, esta vez con las rosas y en dos grandes jarrones.

—Este jarrón en el alféizar y este otro en el velador. Son puro fuego. ¡Qué pasión! ¡Qué delicadeza! Comprendo, comprendo. Ah, no olvidaré dar orden de que por la noche las saquen a la galería. Aunque duerma usted con la ventana abierta, es demasiado intenso el aroma.

Tenía cara grande y blandas manos y reacciones que aún no podía definir.

Digo que me parece muy bien todo, naturalmente, y espero un instante para reanudar mi trabajo. Pero Weissglass no parece dispuesto a irse tan pronto. Se ve que está impresionado y que al mismo tiempo encuentra aquello algo absurdo. Soy el menos fastuoso de sus huéspedes.

—Es muy original la gente aquí. Un general se ha casado con la hija de unos carboneros. En su país no ocurrirán estas cosas...

—Por lo menos son poco frecuentes.

—Parece muy buena su máquina de escribir.

—Es italiana y muy buena, efectivamente. No todo ha de ser checo en Moldavia.

—No lo es el trigo. Ni tampoco las rosas... El jardín y la casa eran precisamente del general que se casó con la hija de los carboneros. Y el señor Trauman se encontró ya los rosales florecidos.

Involuntariamente se formó en mí el propósito de hacerle salir de la habitación si nombraba a Súrole. No se atrevió.

—El señor Trauman —prosiguió con su aire de inexplicable somnolencia— es propietario de todos los terrenos del barrio y de buenos edificios en nuestra ciudad y en otras capitales. También es propietario del edificio de este hotel. Yo solo soy dueño del establecimiento y estoy muy agradecido al señor Trauman, que es muy liberal en sus contratos. A su disposición y a sus órdenes, y le ruego me haga saber la menor deficiencia. Se le avisará inmediatamente cuando le hablen por teléfono.

Soy yo ahora quien toma la iniciativa para decirle:

—Adiós y gracias. Permitirá que reanude este trabajo urgente.

—Claro, claro. Discúlpeme. Hasta luego.



Súrole me ha dicho por teléfono que si quiero ir muy temprano al jardín, que es ya el último sol tibio. Weissglass, con sus blandas manos, me abre la gran puerta de muelles con vidrios de colores y aquí estoy con la chiquilla bajo un lindo sol.

¡Qué seria y melancólica la encuentro! La sibila en el trípode debía tener un semblante así. ¡Pero qué niña es, no obstante, con toda su estatura! Le preocupan experiencias, estoy seguro, y acaso por el más pueril motivo. No es que se crea obligada a dar «explicaciones». Es, simplemente, que la revelación aflora a sus labios sin designio, toda enigma y naturalidad.

—Si tuvieras algunos años más, parecerías una figura bíblica.

—Acaso lo parezca por tener algunos años menos. Pero esto lo he leído. ¡Qué sé yo!

—Hoy te preocupa lo que no quieres decir.

—Nada podría ocultarte. Pensaba en el instinto. ¿Por qué madruga tan increíblemente, ciego y exacto? ¿Quién podría librarse de sus ardides? Pero también la mente puede madrugar y sujetarle bien con la rienda.

—¿Y cómo?

—A fuerza de un tan hondo desvío que no encontraría modo de expresarse. ¿Me concibes corriendo detrás de unos pantalones?

—No serías quien eres.

—Lo corriente es poner sobre el instinto las máscaras de toda la hipocresía de lo convencional, haciendo mucho alarde de lo que es pura ficción. Se ha adquirido ya en la faena mucha soltura y se ha perdido el aire gazmoño de otros tiempos. Se es muy pecador y muy creyente en la forma, según el estilo francés más depurado. Encuentro más saludables, y aun más interesantes, a los salvajes del Puente Rojo. ¿No te parece lo otro una nueva forma de gazmoñería... con soltura? ¿Es posible evitar la repulsión ante su cinismo? Pero esa novelera intriga pierde fuerza por momentos. Me refiero a la de alardear solemnemente y correr detrás de lo que sea. ¿Dejarse llevar por lo que depende de la ocasión, como en el hurto, de lo que obedece al capricho más desbocado, a lo exclusivamente fortuito y casual? La pugna con lo azaroso es destino también y más que en el instinto hay misterio en la razón. No irás a creermelo «razonable» por lo que digo.

—¡Súrole! No sé por qué me recuerdas a Juana Inés de Asbaje, la adorable criolla de Nueva España —le digo.

—Ni la conozco, ni sé lo que es Nueva España.

—Así se llamaba México. Juana Inés, a los trece años —los que tú tienes— era ya dama de la Corte virreinal y los más apuestos galanes estaban enamorados de ella.

Súrole se da perfecta cuenta de que en el parangón no hay halago.

—No, no he oído nunca mencionarla.

—No es muy conocida a pesar de la indecible admiración que sentían hacia ella los poetas peninsulares de su tiempo. Su persona fue infinitamente más importante que su obra. —Como un ingenuo pecador, necesito resuello para continuar—: Tu edad tenía cuando el virrey de Nueva España la sometió a la prueba de una especie de certamen en el que la hizo contender con cuarenta doctores de la Universidad Metropolitana. «Se defendió como una galera real se defiende de un enjambre de chalupas.» En ella había más juego que en ti. ¿Vas a reírte de mí si te digo que tú eres más trágica?

Se rio, con sus hoyuelos de chiquilla. Pero no negó mi aserto.

—Yo solo soy hija única y consentida que hace lo que quiere.

—La cuestión es qué es lo que quieres.

—A lo mejor lo sabes tú mejor que yo misma.

Posiblemente. ¿Por qué sé yo que las decisiones en ella tienen algo de inspiraciones?

—No has vuelto a preguntarme por mis estudios de español. Los he dejado. También la guitarra —me dice.

Más que decírmelo, diríase que me lo asegura. Me dice cuanto piensa. Y ocurre que en ella hasta las cosas aprendidas son distintas, que las trae de una fuente ignota que muy pronto percibí, estremecido, y cuya presencia en la hondura de su alma será siempre para mí una inquietud grávida de sigilo. Sin comprender la revelación me encuentro ante su aliento. Que eso exista, sencillamente, tenía que averiguarlo a través de Súrole Trauman y en esta punta del planeta. ¡Qué desvaída queda la sutileza ante tamañas realidades!

Sí, me dice cuánto piensa, pero como un poco ausente, con un matiz de comunicación onírica en el que no significa nada la voluntad. Sin ilación, prosigue con su ronca y turbadora voz:

—No ignoras que entre nosotros queda mucho del matrimonio de conveniencia, amañado por los padres, tan frecuente entre cristianos. Ni tampoco ignoras que, entre orientales, las mujeres se casan cuando todavía no lo son. En nuestro medio y en nuestro país, a mí se me puede considerar como una rica heredera: ¿qué no sabré

ya de estas cosas? Culturalmente, por añadidura —y de prestado si quieres—, se me ha preparado excepcionalmente bien. Y yo no he respondido tan mal. ¿Por qué te habré adivinado, Juan Tagle, en una estación de Berlín, cuando nada barruntaba aún de mi propia intimidad?

—Porque tenía que ser. Y en cuanto a adivinación, acaso la poseías ya íntegra.

—Acaso. —Queda un instante como con las pupilas clavadas en una alta lejanía y musita apenas—: Tenía que ser. Pero no temas.

—¿Qué?

—Que te dé asunto para una de esas Mesalinas de provincia, tan en boga aún.

—La gente, en realidad, no quiere saber ya de ellas. Pero no le dan otra cosa. Y a propósito: yo soy un hidalgo provinciano —me creo en trance de aclarar.

—Lo de hidalgo es bonito y lo otro no es cierto. Te has escapado y el universo es tuyo. No hay más nobleza que la de la sangre. Me va a divertir enterarte algo de mi genealogía. ¡Cómo suena!

El banquito blanco del jardín brinda proximidad y la chiquilla pasa su brazo derecho por el respaldo —se ríe al hacerlo— y se me acerca. Luego se recrea, contándome:

—Yo soy una singular cruza de la fragilidad de mi madre —murió pocos meses después de nacer yo— y de la reciedumbre de mi padre. Por ella descendiendo de Baalschen Tob y del Vájnefquer. Los conocerás, seguramente.

—Dos príncipes y dos sabios.

—Por mi padre estoy emparentada con el barón Hirsch y con Mosche Montefort. De los primeros no hay retratos, naturalmente. Lo veda la ley. Pero de los segundos, sí. Los verás, con autógrafos muy curiosos, cuando papá te invite. Le gusta comer bien. No se ha querido volver a casar. Es un judío más estafalario de lo que parece. Sale muy poco. Y casi exclusivamente para nuestros negocios. Digo nuestros porque todo lo hace por mí. Raro, raro judío.

—¿Crees tú que no hay raros cristianos?

—Yo misma.

—¿Tú?

—Sin querer, he sumado lo cristiano a mis sentimientos. Precisamente por sentirme muy hebrea. Y tiene que haber ocurrido con verdad al haber ocurrido sin propósito. —Luego añade con leve ironía—: Ah, esto es gracioso: estoy también emparentada por mi padre con los Wolff, banqueros y militares. Últimamente han traducido al idioma del país el apellido y se llaman Lupescu.

No puedo evitar un movimiento de sorpresa. Pero es que, a veces, ¿cómo impedir que supersticiones seculares graviten sobre uno? Lo que oigo ha sido siempre lo común y la ira que suscita, desnuda o velada, más común todavía. Súrole se da cuenta y me sonrío. Para resistirla se requeriría una fuerza ultrahumana. ¡A fe que, por ventura, carezco de ella!



Se me ocurre pensar si Súrole no será una realidad de sueño: si como una realidad de vigilia no será hija de mi invención. ¿Pero no se queda corta la invención siempre ante ciertos seres y ciertas cosas? Es como si me hubieran regalado una clámide. Claro que solo el presentimiento me lo dice, pues su aparición añade al carácter imponente de lo antiguo un carácter muy de hoy y probablemente muy de mañana. Ahora bien: ¿qué hace un hombre que vive en el modesto hotel de una capital rica pero pequeña, es decir, sin grandeza pasada ni presente, con la manifestación indefinible de una figura de tragedia que se le viene a los brazos?

Ha caído la primera nieve y oigo ya la esquila de los trineos. Tengo que comprar una cinta para la máquina de escribir en Stefan cel Mare. Pero debo ir solo esta vez. Al salir tropiezo con mi calígrafo: es un moldavo que conoce bien el hebreo y me hace las copias que necesito para mis trabajos. Es muy puntual, aunque sea insignificante, psíquica y físicamente. Él no me ha visto. Me distrae, no obstante, de la gran visión. Le oigo, con voz que es grito casi, exclamar:

—*Jidauca!* —Luego escupe y sigue su camino con los ojos sobre el suelo, como si quisiera enterrar algo. Diríase que hay en él humillación, incluso veneración. Ocurre así. La exclamación se tiene por injuriosa, dirigida a una hebrea.

Súrole la ha oído y me mira sin saludarme. Está de pie en el pescante de su lujoso trineo y hace restallar en el aire frío el látigo con fuerza y destreza que podrían derribar a un titán. Arrancan los caballos y ella continúa de pie, hasta desaparecer por la cerrada curva de una calle próxima. Ya me había dicho en una ocasión que hacía únicamente esta clase de ejercicios, que no le interesaba en absoluto la gimnasia de manual y *coaching*. ¿Y quién hubiera podido concebirla en ella?

A mi regreso al hotel dejé encargo en el *bureau* de que pagasen al calígrafo su último trabajo y le dijeran que no necesitaría de sus servicios en adelante.

Me llama Súrole por teléfono: «que si quiero ir a tomar el té con ella en el vestíbulo que da sobre el jardín mismo». Un poco tarde me parece. Está anocheciendo.

Cruzo la calle con fatigas, pues empieza a helar y los pies me recuerdan que soy de clima templado. La nieve está muy resbaladiza y las cuadrillas municipales no han despejado aún la calzada. No necesito llamar: me espera a la puerta del jardín iluminado un rústico de la servidumbre y me guía hasta la entrada del vestíbulo, aureolada de tal forma por la aparición de la muchacha que necesito dominar un poco la impresión. Es la primera vez que la veo sin los vestidos ligeros de calle. Parece mucho mayor y altísima.

En un país oriental y entre los orientales de más estirpe que han existido, sería torpeza punible ignorar la importancia que tienen las alfombras con su apagado esplendor. Algo me inquieta la presencia de Súrole mientras me despojo de las galochas con toda la rapidez que puedo y todavía tengo que descalzar el guante derecho para tenderle la mano. Me la retiene un instante. No lo había hecho nunca.

En tacitas de China me ofrece té con limón, a la rusa. Es muy niña para fumar, pero sabe ofrecerme, con gracia, sabrosísimos cigarrillos de Macedonia. No me ofrece pastas, en cambio. Es demasiado tarde.

Ahora no se sienta a mi lado, y si con ella fuera posible, mi visita parecería una visita de cumplido. Permanecemos callados un largo rato y, aun cuando al fin resplandece su sonrisa, no hablamos nada. Sin la acción sedante del cigarrillo me vería mal. Al cabo le digo:

—Pareces acongojada. —Niega levemente con la cabeza y sonrío de nuevo—. Acaso sin darte cuenta tú misma.

—¿No será que el acongojado, tal vez sin que te des cuenta, seas tú, y qué proyectes sobre mí tu propia congoja?

—¿Te acuerdas de lo de «was machst du dir Sorgen»?

—Ah, conoces la cancioncita vienesa. Bastante cursi, ¿no?

—Lo de «Sorgen» empieza a ser muy filosófico.

—Sí, pero en singular. Entre tener «Sorge» y tener «Sorgen» hay una diferencia parecida a la que existe entre tener «razones» y tener «razón».

—Yo te lo decía un poco irónicamente.

—Pues, por lo mismo. ¿Sin ironía quieres filosofar?

—Apuntaba a la filosofía y no a la canción, naturalmente. Que es como tú pretendes, no se discute. ¿Pero cómo lo sabes, doctorcita?

—¿Encuentras algo doctoral en mí?

—¡Nada! Por eso, a veces, al oírte hablar, es cosa de no creerlo.

Me mira, inmóvil, profundamente. Pienso qué preciosa es y diríase que no puedo pensarlo. Nunca tuve afición a la superfluidad.



Las invitaciones del señor Trauman se aplazan, por lo visto, y el té del anochecer parece hacerse habitual. Súrole me espera siempre a la puerta del vestíbulo que ha convertido en saloncito de simple y acogedora riqueza, pero apenas me despide, como si le fuera doloroso.

—Es un poco tarde para el té, pero así te robo menos tiempo. Y yo tengo que estudiar y que salir. No voy a pedirte que me acompañes todos los días. Por cierto, ¿no estás demasiado recluido?

—Tomo el sol y el aire en el patio interior sin dejar el trabajo y hago algún ejercicio de gimnasia estática. No me alcanzan para más las horas. Ya me tomaré unas vacaciones.

La ronca voz de su pubertad se ha transformado en una voz límpida, metálica, que delinea su fraseo con muy velado énfasis. Así cuando me pregunta:

—¿En la primavera?

—Tendrá que ser en la primavera.

—¿Nadaremos en el Prut?

—Nadaremos.

—Puede decirse que aprendí sola, aunque tuve de profesora a una estudiante rusa.

El patinar se ha quedado anticuadísimo, ¿no te parece?

—No creo que pueda parecerme en ti nada anticuado aunque tanto de antiguo haya en tu personita.

—Para esquiar no hay cerca lugar en condiciones. Y he crecido demasiado para hacerlo por la cuesta de Strada Cucu. —Hace una breve pausa. Y luego, como volviendo a algo que le interesa más—: En el Prut tengo una canoa y el viaje a Odessa lo haremos. Ya estoy preparando a papá. Te tiene mucha simpatía. Seguramente te habrás dado cuenta.

—Entonces huelga la preparación.

—Sin embargo, es mejor que se vaya acostumbrando a la idea.

En su cálculo prevalece la tónica de la bondad. ¿Cómo es posible que no empiece calculando un ser inteligente? La diferencia reside en el hecho de que el cálculo no está al final, sino al principio, y que ni siquiera se puede llamar cálculo. La inteligencia sabe que el final jamás depende de uno, que se va revelando y nos va llevando, como cosa del destino que es.

Pasan días que parecen raudos y parecen eternos. Este atardecer, un ayea del frío viento de la estepa hace de bordón con frémitos de saga cuando cruzo la calle.

Apenas veo llegar al fornido mozo de pelo ensortijado que se me atraviesa en el camino y me empuja brutalmente con el codo hasta hacerme vacilar. Después, con hiriente impertinencia, se ríe de la gracia y se aleja.

«Has equivocado la vereda, pollo. Tal vez porque, como Gil Blas, soy de Santillana. Siento saber de picardía más de lo que quisiera. No me gusta eso.»

Se me olvida lo resbaladizo de la nieve, en cosa de segundos le alcanzo con trancos decididos y firmes, le toco en un hombro y cuando se vuelve recibe la más sonora bofetada que se ha oído en Strada Cucu desde hace un siglo. Le da la luz intensamente

y advierto que no solo va en pelo, sino que solo viste un jersey, aunque aparatoso, y ni siquiera calza guantes.

«No, nada de posturita y pugilato. Necesito mis manos para quehaceres más nobles. ¿Y valdría la pena que me alcanzase la zarpa de un mozalbete en ocasión semejante?»

Saco mi pistola de Eibar sin mucha prisa y le digo en yidis que manos abajo y media vuelta. Comprende, a pesar de su aire extranjero, se sobresalta y me obedece sin chistar.

La palma me arde aún cuando el criado de Trauman, que ha presenciando la escena con pasividad de primitivo, me abre la puerta de hierro sin darme las buenas tardes y se esfuma por el alledaño.

«¿He despejado lo primero que se interpone en el rumbo de la nostalgia que tengo ya en el corazón? No lo creo: madrugar no es todo, aunque sea bastante haber madrugado.»

Súrole me ofrece hoy los cigarrillos antes que el té y sabe por qué lo hace. Ha presenciado también la breve escena, que no puede haber sido grata para mí, naturalmente, y no ignora el poder sedante del tabaco. Muy seria, me dice:

—Se cree un Donatello y quién sabe si lo es. Podría ganarse un jornal. No llega a mala persona. A estos tipos los malea mucho la mujer vulgar, los saca de su sitio y los hunde al fin.

—Parece extranjero.

—Es un norteamericano... nacido aquí. Ha tomado la *allure*, mas, para quien conoce el género, no se le despintará Puente Rojo por mucho que se adorne. Incluso perdería si se le despintara, sería demasiado grosera la caricatura.

Una extraña euforia me gana. Me pregunto por qué el desgaste del hábito nada puede contra Súrole. Por temor a evadirme, yo mismo atenúo el concepto que se ha adueñado de mi convicción y ya no quiero imaginar virtudes ultrahumanas. Solo pienso hasta cuando, humanamente, seguirá resistiéndolo todo.

—¿Conoces al mozalbete?

—A través de sus hermanas, un poco. Son parientes lejanos. No le hagas caso aunque busque pelea, por favor. Es un chiquillo tonto. Los tontos quieren guerra

siempre y más si son chiquillos. También hay chiquillas muy belicosas, pero se debe a influencias. Cuando llega la hora, son los que menos sirven. Nada saben de sacrificio, ni aun de guerra, aunque parezcan buscarla.

—Todos, casi todos los mozalbetes quieren guerra. Y con ellos y con los que como ellos no la conocen, empieza el asunto. ¿Cómo acaba? Recuerda que, cuando al feroz corso le faltaron los viejos granaderos, vino su Waterloo.

—Hasta a la chiquillería todavía imberbe se la maneja muy bien para crear ambiente. No lo entiendo.

—Ni tú ni yo lo entenderemos nunca. No debe ser cosa de entender. Pero por ahí andan y pululan y se mueven y con ellos tenemos que convivir. Hasta intimar, si el instinto lo exige. No vamos a engañarnos con la hipocresía.

—Se me ocurre que el hipócrita no se engaña ni a sí mismo. La hipocresía podrá presentarse, a veces, como una necesidad, aunque no lo sea, pero lo más frecuente es que se presente como un deporte inexplicable. Decías que «casi» todos los mozos son así. ¿No será ese «casi» un consuelo?

—Por lo menos, una esperanza. Lo inmortal en la juventud no puede ser solo una invención de nuestra pobre fantasía. Sin embargo, no contemos con el prodigio.

—No hace falta: aunque no se exprese, diríase que se anuncia con clarines. Y en cuanto a la auténtica juventud, ya lo sabes: hay quien nunca la ha tenido y quien encuentra el modo de desasirse de ella.

Hoy se ha peinado por primera vez con las trenzas coronándole la frente.

—Pareces una damita.

—Podrías besarme la mano.

—¿Estás segura?

—Digo yo. Aún queda, de los tiempos del Imperio austrohúngaro, esta costumbre vienesa por aquí. Claro que en la misma Viena era una supervivencia. Pero si lo hicieras no tendría nada de particular. Y ahora: ¿te importa que de tarde en tarde te llame Don Juan muy bajito?

—¿Tengo algo de eso?

—Los que de veras lo son no lo parecen nunca, así, de pronto.



El criado no me alcanza para abrirme la puerta. Algo debe haber bebido, porque se tambalea un poco cuando llega con la enorme llave para cerrar por dentro. No me he puesto los guantes y noto la frigidez del barrote helado. Hay luz en las habitaciones del señor Trauman. Su actitud no se explica muy bien, ni yo me explico bien su persona.

«Súrole me repite que siente hacia mí gran simpatía, pero su espectral ausencia apenas me permite corresponderle. Es raro, muy raro, y así lo encuentra su propia hija. ¿No será que carece de idioma para entenderse conmigo? Habla un alemán balbuciente y con mucho acento. La verdad es que yo no me decido a hablar yidis, aunque no encuentre dificultad para comprenderlo. De un par de frases sueltas no paso, ni necesito de más.»

Cruzo la calle sola. A mi derecha acaban en seguida los faroles del alumbrado sobre la nieve, contra la fronda del parque y la medrosa y cándida tiniebla de Tata-rasch. La entrada del hotel se anima de viva luz a través de los vidrios de colores y dentro se oye discreta música. Es el aparato de radio del comedor. La hora de la cena se aproxima. Y habrá que saludar a la gente que uno va conociendo aunque no quiera. Bien poco para el tiempo que aquí llevo.

«¿Con quién se casará Súrole Trauman? Es como si para averiguarlo hubiera venido.»

Al entrar en el comedor veo, en un lugar próximo a la arquería del patio, defendido de la intemperie con vidrieras dobles, al atlético jovencito que se me atravesó brutalmente en la acera, vestido con un correcto traje oscuro y acompañado de un hombre grueso, ya maduro, de impulsivo aspecto. La calefacción de los muros irradia una tibia temperatura. Llego hasta mi mesa y ocupo el sitio de costumbre. Consulto el reloj, me levanto de nuevo y me dirijo al teléfono que desde el comedor mismo puede verse sobre un velador, junto a la columna de un arco, en el patio de acceso. Los «visitantes» quedan tan cerca que podrían oírme. Me siento, pues, de espaldas a ellos y tengo la suerte, inesperada, de que Súrole misma contesta. Como en alemán o en inglés podrían entenderme, le hablo en francés, que, de todos modos, es nuestro idioma desde hace algún tiempo.

—El mozo se llama Morice Berger y le maneja el otro, Nathan Falk. Pretende ser arquitecto y se ha presentado con grandes proyectos donde papá. También quiere fundar un periódico que tendría por fin una campaña sensacional. Se trataría de la independencia de Moldavia.

—Debe interesarle mucho.

—Claro que no le importa nada. Pero un rudimentario instinto le dice que conseguiría bastante. Con estas historias, a la corta se acierta siempre. En cuanto al muchacho, sospecho que pretende ofuscar me.

—Un plan en toda la línea.

—En el medio en que han formado su carácter, gentes primitivas, que prosperan con falaz aparato y bajo vuelo, se abren paso a codazos. Y pretenden hacer lo mismo.

—Con la exageración propia del que imita.

—Y con su tendencia a convertir lo imitado en caricatura. Sin hacer demasiado caso, no estará de más que tomes alguna precaución. Falk es capaz de cualquiera barbaridad.

—Escucha, preciosa, y disculpa la ocurrencia: ¿haces limosnas alguna vez?

—No sé hacerlas. Tampoco papá, que da mucho secretamente. Si se averigua, no faltará quien diga que es para propaganda.

—¿De qué?

—De algo que no existe. Tú lo sabes.

—Pues hace mella como si existiese. ¡Qué caos tan poco limpio! Bueno, dime adiós con tu voz clara.

—Adiós..., Don Juan.

Subo un instante a mi habitación y ya estoy nuevamente sentado a mi mesa reservada, sobre cuyo centro me sorprende una roja flor en un vaso. ¿Cómo llegó allí la aterciopelada rosa? Yo mismo solo me doy cuenta de mi interrogante mirada al tropezar con el saludo sonriente a Weissglass, el hotelero. Por mi parte, me acuerdo de hacer ligeras reverencias a Kumansky, a Sulima, a Ninoschka, que son los conocidos que han llegado ya. Pero ya están ahí Karl Meyer y John Schüller con sus largas patas de araña y su expresión bondadosísima. Interrumpe la música, imperceptible

casi, una robusta voz: «Hier spricht Moskau», «habla Moscú». Weissglass se apresura a cambiar de onda y nos obsequia con música húngara de danza en pianísimo. Esta noche veo en el comedor bastantes caras desconocidas y noto que algunas señoras se han perfumado más de lo necesario estrictamente. Esto quiere decir que, después de la cena, subirá de tono la música y se bailará. Le pido a la camarera que me sirva una copa de vodka y tomo una aspirina antes del consomé. Saco del bolsillo mi libro de siempre, procurando que nadie lo advierta. Más que para leer, me sirve para recoger la mirada. No puede faltarme.

Ninoschka, la estudiante rusa, me sonríe sin motivo. ¿Pero no es la sonrisa sin motivo la mejor? Es bonita, aunque no sabe vestirse. Y es poco inteligente y muy enérgica. Estudia literatura del país en esta Universidad después de haberse titulado en Kiev. Conseguirá pronto lo que se proponga. Como veo que no la han servido aún, me levanto y le brindo con el gesto una silla de mi propia mesa. Viene encantada. Debe tener mucho que decirme.

Berger, el joven y atlético Berger del pequeño choque callejero, escucha un poco distraído el monólogo vehemente del rudo Falk. ¡No ha llegado a caballo de la estepa! Se ha apeado de cualquier vehículo, diríase que con la comparsa de un circo motorizado. Algo le obsesiona, sin duda.

«Os estorbo y habéis venido a echarme, sencillamente», pienso a través de las palabras de Ninoschka. La muchacha está entusiasmadísima con un libro de Malraux. Me lo enseña y se lo devuelvo al punto.

—Es el panegirista de Charles Maurras, ya en 1923. Me parece la evolución natural y no la inversa. Los que empiezan demasiado pronto quedan luego suavечitos como un guante. Yo mismo he hecho panegíricos por el estilo. Pero es que en este libro cabalmente hay resabios muy sospechosos.

—Maurras es un excelente escritor. ¿Y no le parece Malraux un escritor muy bueno?

—Sí. ¿Por qué no se conformará con serlo? Además, gana bastante.

Advierto que Kumansky nos observa con curiosidad, quién sabe si con inquietud. Este polaco, filólogo y militar, no viste uniforme nunca, como si dejara las actividades de su verdadera profesión para más adelante o hubiera renunciado a ellas. Es la bon-

dad en persona y me crispa, no obstante, por su manía, un poco ingenua, incluso tosca, de las reglas sociales y de la etiqueta más convencional. Se entiende bien con Sulima, sin advertir el cinismo grosero de su desenvoltura, solo porque no ignora ningún detalle de lo que a él parece interesarle sobre todas las cosas. Hacia Falk siente profunda antipatía por su insolente rudeza y hoy clava en él su monóculo de modo extraño. A pesar de no ser ya joven, es ágil como una pantera y como una pantera valiente. Sulima le trata con cauteloso tacto. Lo contrario de lo que hace conmigo. Se da cuenta muy bien de cómo yo la conozco. Kumansky se retira hoy, con su saludo prusiano, antes que nunca. Tal vez se siente indispuerto.

«¡Sulima! No ha habido nada entre nosotros. Puede decirse que apenas me conoces y, sin embargo, me odias. Y el odio gratuito es a muerte. Exige la eliminación. Se proyecta, ciego, no solo sobre personas, sino sobre cosas, sobre lo desconocido. Desentrañar su mecanismo no sería difícil. Pero dejemos la psique en paz. Es uno de los impulsos más misteriosos del ser y hasta parece una necesidad de la vida.»

—¿Café a la franca o a la turca? —pregunta la camarera.

—Usted dirá, Ninoschka.

—A la franca, prefiero.

—Como yo.

—A la turca para mí —dice lánguidamente Sulima, que, sin que lo advirtiéramos, se ha acercado con el ondulante movimiento de sus miembros indefinidos.

Me levanto para ofrecerle una silla y un cigarrillo inmediatamente. Es una viciosa del tabaco.

Ninoschka le ofrece fuego y ella le toma la mano y la oprime con la suya largamente. Pone en mí luego sus ojos azules clarísimos, que son la falsedad misma, y me coloca lo que ha averiguado: «Que la adorable y genial Juana Inés de Asbaje, que yo mencioné casualmente hace un par de días, es la Sor Juana Inés de la Cruz de las lindas coplillas y los enfáticos poemas: que fue una bella monja mexicana cuyo homosexualismo está fuera de toda duda».

Su intención, como de costumbre, es la de clavarme los rehiletes. Me zafo y no encuentra réplica. Mas tendré que encontrar yo la manera de eludir su trato desagradable.

Quien de veras nos odia, nos necesita: nos buscará siempre con afán insomne.

Pero será inútil atisbar la clave de nuestros personajes. Si de veras están vivos, nos sorprenderán siempre por algún lado en la acción, que los arrastra a ellos y nos arrastra a nosotros mismos. La tipificación es mucho, pero no basta.

No puede decirse que Sulima es fea. Ni siquiera que viste mal como Ninoschka. Es levantina y todas saben vestirse. Esta casta de descendientes de occidentales nacidos en el próximo Oriente siempre se ha distinguido por su finura exterior, por su amoralidad y por su listeza más que por su inteligencia. Peligrosa grey de trujamanes, alcahuetas, tahúres, agentes, guías, solo el reducido medio en que viven les impide alcanzar generalmente verdadera magnitud en su desenvolvimiento.

Sin saber que la entiendo, Sulima se dirige, en ruso, a Ninoschka, bastante más joven que ella. Levanta con sus dedos, de prensil avidez, el vaso de la rosa y dice a la muchacha:

—Yo tengo rosas también, Ninoschka.

—Prefiero los claveles.

—También tengo claveles. Deben proceder del andaluz Trajano, que a lo mejor mandó construir este caserón que llaman hotel.

—Lo conservan muy limpio.

—¿Estás segura?

—Nunca afirmo nada sin estarlo.

Se levanta bruscamente, me tiende la mano y me dice:

—*Au revoir*, Tagle.

Apenas ha dado dos pasos, me levanto igualmente para irme.

—¡Quédese un ratito más y tal vez oiga y vea algo que le interese! ¿Le han presentado a Falk?

—No sé por qué habían de presentármelo.

—Es un gran jerarca. Pronto saldrá el periódico que ha fundado. Se llamará *Jerarquía* y allí estaré yo.

—Estará allí muy bien.

—¿Por qué?

—Es una suposición como otra cualquiera.

—¿Estaré muy mal! Pero estaré, que ya es algo. Yo misma he fundado revistas y diarios y estoy acostumbrada a mandar, no a que me manden. Y menos dos... —Mi mirada la detiene—. Mi padre era dueño y fundador del periódico más importante de Constantinopla y si Abdul Hamid no le hubiera hecho envenenar porque lo temía...

Sueño alto, cuando murmuro de forma imperceptible:

—¿Se dará cuenta de cómo está mintiendo?

—No se deje engatusar, *Monsieur Tagle*..., de Tagle, me parece.

—Ese «de» en nuestra lengua no significa nada.

—¿Conoce Salónica?

—Apenas.

—Pero si usted no es de su sangre..., ¿qué hace usted aquí?

Comprende que ha ido demasiado lejos, aunque ir demasiado lejos sea su hábito insofrenable. Tiene un conocimiento fragmentario de todas las cosas capaz de embaír a cualquiera y se complace en hacer uso de él para el alfilerazo. No lo puede remediar.

«¡Qué mísera es su alma! ¿Lo sabe? Pero la vida es suya, incluso vivir parece que es eso y lo demás huir de la vida.»

—¿No decía que Falk es un gran «jerarca»? —pregunto.

—¡Lo es a pesar de todo! Y no habrá quien le sustituya. El amor a lo esencial y a su verdad le manda a uno ser flexible.

Pienso en reptiles, con notoria injusticia para los infelices animales.

Sulima saca de su bolso una pitillera de oro y un encendedor de oro también. Me ofrece y percibo el olor a perfume de su bolso de cuero escarlata.

—Gracias: estoy habituado a los míos.

Advertí al punto que los suyos ostentaban, también en oro, el escudo de Moldavia, contra el que yo no sentía la menor aversión. Pero adivinaba ya un poco de lo que se iba preparando.

Aunque un poco lejos, tengo a Morice Berger frente a frente y le observo sin querer. Parece obsesionado y apagado, remoto al visionario monólogo de Nathan Falk y diríase

que a todo cuanto le rodea. Los músculos no bastan si falta el envite y el sentido de lo que rebasa el encuentro con lo individual. No necesito más para saber que obedece a Falk sin comprenderle. Este se toca la frente con el puño cerrado al hablar. Es voraz, recio, grande. Como está de espaldas, aún no he visto su rostro más que en impreciso perfil. Bebe con moderación y, sin la osamenta que le sostiene, sería delgado. Habla tan alto —siempre en inglés— que me llegan palabras sueltas. No tiene voz potente, mas el propósito de forzarla la enronquece un poco, permitiéndole imponer su discurso. Que esto es su conversación: una arenga, un apóstrofe, un discurso inacabable. Mira la hora del enorme reloj del comedor, enmudece, sorbe su café y enciende un puro simbólico. Porque se ve que no traga el humo, que no es fumador. Hasta esto es mentira en él.

«¿No entreví en el bolso de Sulima postales obscenas de un carácter especial? Probablemente, porque cómo podía haberlo imaginado.»

Falk vuelve a mirar el reloj, se levanta, se acerca al aparato de radio y manipula para darle intensidad a la emisión, y allí permanece sin volver a su mesa. Erguido, duro y firme, arrebolado el rostro fuerte, sin una contracción, domina al concurso con tremenda naturalidad. No están allí Ninoschka ni Kumansky, por azar venturoso, y debe saber que yo suelo mantenerme al margen por instintiva inclinación. John Schüller y Karl Meyer son leales agentes que reciben órdenes y están siempre dispuestos a cumplirlas hasta el sacrificio. Y no son más que esto.

—¡Atención, atención! Van ustedes a oír el nuevo himno nacional de Moldavia —anuncia con pausada solemnidad el *speaker*.

Se oyen unos compases de orquesta. Parece que el himno no tiene letra todavía.

—¡Señores, señores! ¡De pie, *ve rog!* ¡De pie, por favor, *bitte, please!*

Ha forzado la voz violenta y sus palabras, a pesar del *please*, son de mandato. Es obedecido de forma unánime. En la solapa luce una áurea insignia de gran tamaño: el escudo de Moldavia. Pone su mirada hierática en mi esquiva persona para observar cómo yo me levanto también. El fulgor de esta pequeña victoria le cruza diagonalmente. Representa su papel de modo perfecto. La escuela norteamericana ha desbastado su balcánico histrionismo. Debo reconocer que como actor supera a todo lo conocido en el género.

Cuando el último golpe de timbal cierra la emisión, Falk alza ambos brazos sin alterar la expresión casi mística y lanza la exclamación que es su primer grito:

—*Moldova mare!* ¡Moldavia grande!

Comparado con los que le han precedido, evidencia matices de depuración. No sería tan fácil no tomarle en serio y burlarse de él como han solido hacer siempre al principio con este nuevo tipo de demagogo los que luego se le entregan sin reserva ni crítica.

La gente parece un poco sorprendida, no obstante, mas puede percibirse un leve murmullo de aprobación.

«En unos meses, ¿quién impedirá que se convierta en la resaca de un Océano?»

Música de baile. Empiezan a ayuntarse parejas y yo me retiro con mi libro y mi rosa. Cuando me encuentro al pie de la ancha escalera, un señor de singular aspecto parece preguntar algo a Weissglass, quien con el gesto me señala a mí. Y hacia mí se dirige el recién llegado.

—¿Podría hablar con usted un instante? —me dice, mostrándome su placa de policía. Tomamos asiento en las sillas próximas al teléfono. Secamente prosigue—: Tendrá que explicar su permanencia entre nosotros: ¿tiene su documentación en regla?

—No.

—Bien: aquí no puedo exigirle que me muestre ningún documento. Se trata de una cortés amonestación sencillamente. El jefe de la comisaría central desea verle y ha preferido citarle de palabra, por medio de un subordinado, en atención a su personalidad eminente. Dispone de buenos y fidedignos informes y con toda sinceridad le estima. Yo supongo que, si usted estuviera dispuesto a abandonar el país, no experimentaría el menor contratiempo. Claro que esto no pasa de una simple suposición sin demasiada base. En todo caso, le conviene pasar por la comisaría central cuanto antes. Se lo digo por su bien.

—Gracias por el recado. Buenas noches —replico, levantándome.

La musiquilla de los danzantes apenas llega hasta mi habitación, afortunadamente. A pesar de que esa ventana no cierra nunca del todo, dentro es tibia y uniforme la temperatura gracias a la irradiación de los muros.

«Qué curioso, ¡cómo cambió cuando le ofrecí un cigarrillo, suntuoso para él! Pero no voy a engañarme: me quieren echar.»

Hoy hay una luna sobre la nieve y mañana habrá sol. La ducha aún tiene agua caliente, voy a dormir sin leer, pensando en quien ha tomado posesión de mis pensamientos, y ya estoy haciéndome la proposición decisivamente irónica: «el clima es saludable y no me voy de aquí».

«Ahora unos cuantos paseos de punta a punta del amplio dormitorio, metiendo un poco los pies y sin mirarme al espejo. ¡Y a ver si pueden echarme! Me haré invisible, si es menester, pero me quedo aquí. Tengo, además, una nueva misión. ¡Y no tan ardua! Todo se reducirá a salirles al paso metiendo un poco la punta de los pies. Ninoschka podría ayudarme, pero su ayuda me traería complicaciones excesivas. Kumansky podría ayudarme también, pero es demasiado impulsivo. Me ayudaré yo mismo y oíré a Súrole antes.»

Me acuerdo de la picardía que llevo dentro, acosada, reducida a una simple posibilidad involuntaria, y me río de mis propias ínfulas. Me fajo plebeyamente: me aprieto el cincho.

«Habrà que ser ilegal. ¿Qué me importa a mí la erudición filológica? No he nacido para profesor. Y voy a endurecerme como un salvaje, voy a darme fricciones de nieve helada todos los días como los suecos antes del traidor Bernadotte. Que se perpetúa en su sitio, naturalmente. ¡Tendría gracia que los Bonaparte se perpetuasen! ¡Vil, mísero gascón! O vascón, que es lo mismo, para mancilla de la estupenda casta peninsular. Los suecos no contaminados, como ellos querían, van a ser mi dechado por estas veredas que Carlos Doce cruzó para caer en la trampa de Pedro el Grande, que si no era genial, como él era, era hábil y astuto. De mi abominada picardía nada sabían ninguno de los dos. Pero con picardía o sin ella, solo por excepción o milagro conseguimos las cosas, si no es a puro traspié. Al éxito, incluso al triunfo y a la gloria, suele llegarse así.»

Un golpe de viento golpea la ventana, mas no hay señales de perturbación. El barómetro no se intranquiliza. Proseguiré mi paseo celular durante unos minutos. «¿De dónde me conocía Falk? Porque aquella mirada cuando me levanté al iniciarse

los acordes del himno... Me habría visto antes. Es inútil que pretenda no llamar la atención, que evite la fastuosidad y que me recluya. No sé por qué.»



Que Súrole está puntualmente enterada de todo lo ocurrido anoche en el hotel Trajan es una simple deducción mía. Nada le indico, ni necesito hacerlo. A la evidencia no se la somete a interrogatorio. La muchacha parece ligeramente pálida hoy.

—He conseguido té de caravana —me dice. Luego, de improviso, añade, no ya con su metálica voz, sino con aquella voz ronca de niña que tan extraña impresión me había producido. Parece mayor que ayer mismo, no obstante. ¿Y cómo podría imaginar hasta qué extremo su trágica belleza, su magia de otro mundo, me tiene prosternado?—. Quieren echarte. No vayas a la comisaría central de ningún modo.

—Legalmente nadie podrá impedir que me echen. Habrá que recurrir a la ilegalidad.

—¡No vayas! Te volverán a citar, pero lograremos que se intervenga y que se aplace el asunto por algún tiempo. Por muy poco tiempo. Pero si vas, no vuelves. Llevarte por la violencia del lugar donde estás domiciliado de momento no podrán. ¡No vayas!

—Te repito que habrá que recurrir a la ilegalidad, Súrole.

Sus ojos, quietos, expresan más que sus palabras cuando dice:

—Te asesinarían. Para eso sirve el halcón.

—¡Quién sabe si no sirve!

—Ya dispone de dinero. Se lo han dado: ni siquiera ha tenido necesidad de pedirlo. Esto prende. A papá le ha amenazado, a la par violento y amable: «Que los potentados del país deben participar en el movimiento para que este tenga un carácter nacional. Que el futuro Estado tal vez se vea en trance de llevar a la práctica algunas confiscaciones en bien de la comunidad. Que la tierra, más que cosa alguna, pertenece al pueblo, especialmente en las zonas urbanas, ya que en ellas, sobre todo, será el régimen su personificación definitiva».

—¿Y no trajo a su gallardo y forzado testaferro?

—No. Debe haber comprendido que tendrá que llamar con él a otra puerta. No será tan difícil que se la abran.

—¿Es hombre culto Falk?

—Parece que bastante. No cree en nada. En esta línea de actividades es la mejor manera de hacerlo bien. ¡Esto prende, Juan Tagle! Habrá que hacer algo antes de que tome cuerpo. Papá está ya vacilante.

—Pero Nathan Falk es judío.

Ahora, para quien sabe ver su trémula sombra, cálida y lejana, habla en Súrole la vidente a través de la revelación:

—No le preguntarán nada. No tendrá que rendir cuentas de nada. Le elegirán democráticamente como corresponde al demagogo. En pocas horas ha pronunciado treinta y seis discursos, en pocos días saldrá un gran periódico como instrumento de sus fines y aureola de su campaña. Y ahí le ves ya dueño de un potente coche a prueba de balas. Es el demócrata por excelencia: vive del *demos* y de él ha nacido. Le nombrarán jefe por aclamación, le llevarán en vilo al palacio del Gobierno y le adorarán con el marmóreo título de Dominator. Podría ser un extranjero, un tráfuga. Puede ser judío y perseguir a los judíos, ser armenio y perseguir a los armenios.

Hace una pausa, entorna los ojos y continúa, lenta, enigmática:

—Es de una ambición desenfadada y de una doblez increíble. Atacará a las autoridades y manejará influencias para que le toleren hasta que llegue su momento. Podrá con todos. Y el caos de horror que vendrá será estéril porque quien se aferra a la demagogia nunca quiere nada y no va a ninguna parte. Lo sé: no hablo de oídas y sería incapaz de sutilezas. ¡No quiere nada! Todo empieza en él y en él termina. ¡Qué desastre, cuánto estrago y miseria! Y a ti... ¡te asesinarán, Juan Tagle!

Prosigue, tal vez sin darse cuenta. Y ya es una ausente que ni siquiera a mí se dirige:

—Donde el fenómeno no se produce es que no ha surgido el individuo de verdaderas dotes para la faena. Porque es siempre uno solo: uno y único. Los demás solo forman la comparsa despreciable. Falk reúne todas las condiciones y, a poco que se le deje cobrar ímpetu, nadie podrá evitar lo inevitable con todas sus consecuencias.

Sigue hablando como en trance. Ya me he habituado a su sencilla precocidad, mas el verbo de su presagio no podrá dejar de estremecerme nunca.

—¿Estás segura? —inquiero discretamente, en un titubeo sin consistencia para convertir en diálogo su monólogo.

—Con el más absoluto convencimiento. ¡Nathan Falk, Dominator de Moldavia! Insisto en atenuar el énfasis dramático, decidido a dialogar especulativamente:

—Hombre y mujeres de espíritu, genios de la sabiduría, han dicho sobre todas las cosas cuanto era necesario decir y esto no lo ignora nadie. Pero se pretende ignorarlo, pensar mejor que ellos, hacer y maniobrar contra ellos.

—Por eso llega un momento en que solo una réplica es eficaz, incluso posible: la acción. ¡Que hable la fatalidad si hace falta!

—Han transcurrido meses que en ti diríanse centurias. No he olvidado cómo te reté un día cuando te dije que había algo trágico en tu personalidad.

Me sonrío ahora al escucharme. Me mira hondamente y calla.

Cuando se levanta para servirme más té, no sé por qué me sorprendo al ver que se ha afinado más todavía el junco de su cintura. ¿Súbitamente se ha desvanecido la chiquilla y ha hecho su aparición la mujer? ¡Qué sé yo en mi desconcierto! La verdad sincerísima es que para encuentros así no estaba preparado.



El temor de que hemos de separarnos pronto, sin que nada ni nadie pueda impedirlo, ha abatido mi ánimo de tal forma que busco en la sonrisa de Súrole algo así como el último asidero. No andaba tan errado en mi barrunto: era ya la mujer. Hasta su fuerza y su destreza somáticas se me figuran, por instantes, una protección. Si no fuera un portento de armonía, parecería demasiado alta.

—Quiero estar más horas contigo.

Son las once de la mañana, luce el sol y ya me he dado mi fricción de nieve.

—¿A Stefan cel Mare nuevamente?

—*Wenn du nichts dagegen hast.* Si no tienes nada que oponer.

«Al llegar la hora en que deba despojarme de esta máscara de legalidad en que vivo, también será la separación ineludible de momento. ¡Tendremos que separarnos! Lograremos algo, no obstante, y quién sabría ayudarme como ella. Pero esta incertidumbre.»

¿Tendrá significación que haya vuelto a hablarme en alemán? ¡Es más suyo! Cuando descendemos la moderada pendiente camino de Stefan cel Mare, me dice Súrole:

—¿Sabes que el barrio de Strada Cucu se llamaba antes Schilof o Schulhof en el alemán que hoy se habla?

Pienso que en castellano se llamaría la Aljama, por alguna importante sinagoga que habría antaño, antes de los tiempos del asfalto y de la urbanización, en este arrabal.

Abstraído con el pensamiento, resbalo. Es imposible mantener limpias de nieve por completo las aceras. Siento en mi brazo los bronceos dedos de la muchacha, que me sostiene. Ni siquiera me mira, ni alude de ningún modo a mi traspié, inexistente en la apariencia. ¿De qué es nuncio esta crispatura, sin hacérmela notar? Mas no sin hacérmelo sentir. De eso no sería capaz quien es el puro sentir personificado. ¡A pesar de sus cálculos evidentes! Seguimos dialogando y por mi parte no olvido cierta precaución.

Tan despacio anda hoy Súrole que se tienden y alargan las distancias. Llego a convencerme de que se trata de un lento paseo, quien sabe si de un pretexto para que la acompañe durante un dilatado espacio y conversar conmigo. Se siente discretamente comunicativa, me cuenta cosas inesperadas: de su tía abuela, hija de un famoso rabino, que ya con el velo de desposada huyó a caballo.

¡Cómo llama la atención Súrole! A nuestro paso, la gente vuelve la cabeza. Vamos vestidos de pieles los dos, aunque a mí apenas se me nota. Sería impropio. Claro que no me conoce nadie, ni nadie me saluda. Pero sí a mi amiga, quien lamenta no recordar a la mayoría de las personas que tan ceremoniosos saludos le hacen. Me lo dice sonriente, con su color incomparable y sus dulces hoyuelos.

Una jovencita hace ademán de detenerse al cruzarse con nosotros, pero Súrole la elude con natural sencillez:

—Adiós, Hava, hasta muy pronto. Es Hava Goldman —me explica—, condiscípula de las monjas francesas. —Queda un instante como bajo la influencia de algo íntimo. Luego, en muy leve tono, añade—: Tiene más edad que yo, aunque no la representa.

—¡Sí, la representa!

En el foco de mi visión se introduce la ondulante figura de Sulima, que no nos ha visto.

—Sulima ha pasado sin vernos —digo.

—Yo creo que nos ha visto muy bien.

—No la conozco por otro nombre.

—Se te olvida que nunca hemos hablado de esa mujer.

—¿Sabes algo de ella?

—Probablemente más de lo que supone, con todos sus ardides. Es tu centinela de vista. Tiene cierta cultura, una amargura inmensa y una carencia de escrúpulos total.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Por el tonto de Weissglass, es decir: lo he inferido a fuerza de oír sus cuentos. Va al despacho de papá algunas veces. Ahora se le ha pedido que lo haga con mayor frecuencia y que nos informe. Puedes fiarte de él.

«¡Qué hijos del destino somos!» Gradualmente empiezan a adquirir relieve en mi conciencia multitud de personajes que se manifiestan a una nueva luz.

—Ahí tienes un descendiente de emperadores bizantinos —observo, con la menos cáustica ironía. Acabamos de cruzarnos con un Cantacuzeno, que claro que saluda expresivamente a la muchacha. Es uno de los más frenéticos partidarios de Falk.

Con imperceptible manipulación, Súrole se ciñe más el cinturón de plata que lleva sobre el oscuro abrigo de piel. Imperceptiblemente también me doy cuenta de la facilidad con que encuentra los orificios sin quitarse los guantes. «¿Será cuestión de que yo meta los pies?»

Como necesito expresar algo, digo:

[378] PUENTE ROJO

—Por mucho que haya degenerado vuestra nobleza, la occidental, calcada sobre el modelo latinizante de la servidumbre de los reyes francos, es una caterva de advenedizos. Eso sin mencionar a la única raza histórica superviviente en su prístino estado: la tuya.

Nada replica Súrole. Al cabo, rompe el silencio, para exclamar, delicada y enérgica:

—A los ojos de todo el mundo no será fácil que te lleven. Y más yendo en mi compañía.

Me oprime el brazo con impulso que no quiere dominar. Luego se muestra muy tranquila. Su voz ha recobrado el timbre metálico y en su pausado andar no hay un deliberado propósito. Comprendo: ha tomado una decisión que la alivia indeciblemente.



—No me importa robarte tiempo. Quiero estar contigo.

Había creído posible que nos encontráramos en su jardín por la mañana. Mas el tiro del viento desde el Puente Rojo hería cruelmente.

—Por el camino de Stefan cel Mare está más abrigado. Tendrás que sacrificarte.
—Una nueva y clara sonrisa ilumina sus palabras.

—Qué remedio: me sacrificaré, Súrole.

Me devuelve unas revistas norteamericanas que le había prestado días atrás.

—¿Qué te han parecido?

—Me han interesado mucho. Pero la desatentada primacía del dinero, la manía de la falsa sensación y la falsa actualidad no las concibo en gente por lo demás magnífica. ¿No se cansarán de ese malabarismo?

—Yo creo que sí.

—¿Y por qué escriben en broma?

—Siempre me lo he preguntado. Y te hablo con sinceridad, aunque suenen a ambigüedad mis palabras.

¿Estaré cayendo en lo vulgar? Porque la reiteración del paseo por la lujosa arteria de Stefan cel Mare, en vez de hastiarme un poco, me gusta más cada día. Será por el «sacrificio» que me ha pedido Súrole, pero es que también gentes y cosas llegan incluso a encantarme. Hay una buena librería, alemana, por ejemplo, y allí pasamos ratos deliciosos buscando los tres libros que necesito de vez en cuando. No es posible que pasen de tres. Y no es poco.

Hoy tengo ya mi paquete y al salir de la librería tropezamos casi con un señor cenceño, de pelo gris, que se detiene para saludar a mi amiga. Me lo presenta:

—Don Gonzalo Braun.

—¿Nuevo por estas tierras? —me pregunta en una especie de andaluz gaditano que me suena a gloria.

—No tanto.

—Uno de estos días iré a visitar a tu padre. Cariñosos recuerdos y hasta luego.

Nos estrecha la mano y le vemos alejarse con el aire del caminante eterno. Como en Súrole ya nada me asombra, no me sorprende que haya entendido el castellano de Braun sin la menor dificultad.

—Es un financiero muy acaudalado y su hija menor tiene fama de ser bellísima. Les agrada este rincón y don Gonzalo quiere descansar aquí una temporada larga. Pero se me figura que es de los incapaces de descanso, pues él, personalmente, constituye la única fuerza digna de consideración que se enfrenta a Falk y a sus designios. Todavía no lo hace abiertamente. En estos momentos, si adoptara semejante actitud, le haría un favor.

—Parece hombre de garra.

—Trafica en lobos —dice Súrole, sin más.

Luego su mirada inquisitiva me ilustra sobre la magnitud que aquí tiene ya la invasión de lo primitivo.

—Todos esos grandes locales que ves cerrados ahora al atardecer se abren, se iluminan a *giorno* para el estrépito de los instrumentos de percusión y parejas innumerables brincan con la música del Níger trasplantada a las Américas. ¡Ah, el simiesco rebaño!

—Ha escogido bien su hora Falk.

—Más que los que le precedieron, pues la infección se propaga vertiginosamente.

Se nos cruza una muchachita con la que tengo que encontrarme en ocasiones. Ella claro que no intenta saludar. Y claro que yo no la desprecio. ¿Quién ignora estas cosas? ¿Sobra hablar de ellas? La necesito alguna vez: eso es todo. La alta pasión dicta normas de distancia, ciertamente, y puede convertir algo en lo contrario de lo que el primer atisbo presintió. ¿Pero va uno a buscarse para esas urgencias una estrella del cielo?

Por fin es a mí a quien saludan.

—¿De la Universidad? —pregunta Súrole, en un pequeño alarde de confianza.

—Sí.

—Rusa seguramente. Se las conoce de lejos.

Por mi parte, pienso que ni con las más agradables he podido habituarme a su tendencia a entrar por la ventana cuando está franca la puerta.

—Vive en el hotel Trajan, se llaman Ninoschka y a pesar de su juventud la han enviado para que estudie vuestra literatura. No es elegante, como ves, ni demasiado inteligente.

—Pero es bonita. Nada sabía de ella.

—Es que se reduce exclusivamente a sus trabajos y nada la distrae de ellos. Busca hablar conmigo de estos temas, pero nada más.

—Y Weissglass tiene que saberlo mejor que nadie. Por eso no se ha referido a ella en ninguno de sus cuentos.

—¿Tampoco a John Schüller?

—Tampoco.

—Será por el mismo motivo. Te habrá hablado, en cambio, del romanista alemán Karl Meyer.

—No.

—Pues no ha sido muy zahorí. Y de Kumansky, ¿sabes algo?

—Que es un polaco muy arrebatado, muy agresivo y cultísimo.

—¿Y que se ha imaginado que Falk puede ser el blanco de su agresividad polaca?

—Sí. Temo por él. Por Kumansky, naturalmente.

—Últimamente me parece presentir que para el Dominator es mucho más peligroso Karl Meyer.

Si tengo tan presentes nuestros descensos por Strada Cucu en la tensión de estos días y nuestros paseos por Stefan cel Mare, es porque se nos olvida siempre contar con el tiempo y al regresar lo hacemos deprisa y conversamos apenas. Pero hoy no se me escapa hasta qué punto vuelve transfigurada Súrole. Yo mismo, por inducción acaso, siento como un nuevo vigor que reafirma y estimula los propósitos indeclinables que tanto bien me habían hecho. Me buscan, efectivamente. Y van a encontrarme. ¡De veras que van a encontrarme!

De anohecida me alcanza don Gonzalo Braun en el jardín de Trauman y me dice sin detenerse:

—¡Adiós, Juan Tagle!

Hay una cordialísima familiaridad en sus palabras. Diríase que me ha tratado toda la vida. Y le ha quedado bien grabado en la memoria mi nombre, a pesar de que no es un dechado precisamente la pronunciación de Súrole.

Tatarasch me parece más espectral que nunca cuando cruzo la calle para volver al hotel. En el comedor veo la espalda y la ruda nuca de Falk, a quien no acompaña su edecán. Procuero retirarme pronto a mi habitación para ordenar mis pensamientos.

Apenas termino con mi fricción sueca y empiezo a reaccionar cuando me llaman al teléfono. Es temprano.

—¡Qué terrible sacrificio, Súrole!

—¿De veras? Pues empezará dentro de media hora si no te me niegas cruelmente.

—¿Has dicho que dentro de medio minuto? Perfectamente... Ah, bueno, dentro de media hora entonces.

Una eufórica impaciencia me impulsa a adelantarme, contra mi costumbre, y heme aquí hollando con mis recias botas la nieve de la acera, junto a la verja del nostálgico y provinciano jardín. Por primera vez, en el ocio de la espera, me detengo con la mirada sobre el rostro del criado, que trajina con la podadera y el hacha, me saluda y ni siquiera hace ademán de abrirme la puerta. «El paria necesita que se le

mande», reflexiono. Es de un rubio grisáceo, y a pleno sol veo que es mucho más joven de lo que creía. No levanta los ojos y trabaja con desgano evidente. Se me ocurre algo que será absurdo, o no lo será, tal vez. «¿No habrá alcanzado el brazo homicida de Falk hasta esta misma casa?» Habrá que montar la guardia, en todo caso, sin que Súrole lo note. «Sí, ya sé cómo.»

Nos ha pasado a todos el advertir un acto retrospectivamente. Llevo un buen espacio andando a la vera de mi amiga cuando me pregunto: «¿No había un coche parado a cierta distancia del jardín? ¿Y no lo examinó Súrole con avidez intensísima velada por un aire de indiferencia?».

—Súrole, ¿no había un coche parado cerca de tu jardín?

—A prueba de balas —comenta con voz que es un susurro, tomándome la mano por un instante. Lo hace con la nueva tranquilidad que tanto me estimula. Es una tranquilidad transparente, contagiosa.

—¿Han vuelto a la carga con tu padre?

—Han vuelto. Y no se dejará intimidar. Pero puede dejarse convencer. Quieren que ceda a crédito al «Moma» —así llaman al movimiento de *Moldova mare*— los mejores terrenos de la ciudad, ofreciéndole todo género de garantías.

—¿El «Moma»?

—Sí, el «Moma». ¿Y sabes que hay un proyecto para que las principales vías de la capital se designen simplemente con las iniciales?

—La invasión de lo primitivo, la era mágica del mundo rediviva. Ya no hay otra cosa.

—¡Oh, sí!

—Súrole, voy a preguntarte una tontería: ¿cómo se llama el criado que cuida tu jardín y abre la puerta?

—Se le da el apelativo de la servidumbre en el idioma del país. Nunca he sabido cómo se llama.

—En realidad, no me importa. Ni sé por qué te lo he preguntado.

La reverberación es fuerte. Súrole se quita el cinturón y, al desabrochar su abrigo con holgura, deja ver, como réplica deslumbrante de su negra falda, una blusa color granate imperial. Pero es ella quien presta relieve al matiz finísimo del oscuro fuego. ¡Ella!

Cuando al mediodía siguiente entro en el comedor, veo una cara nueva y echo de menos una cara conocida, el noble rostro de un amigo a quien admiraba y a quien quería ya.

«¿Por qué me evita Weissglass hoy?»

Súrole me recibe muy seria, y queda, diríase que atónita, en espera de mis palabras. Pero parecen no decirle nada. Al fin habla ella con angustiosa lentitud:

—Unos viandantes encontraron esta madrugada sobre la nieve el cadáver de Kumansky en el despoblado de Tatarasch, a un kilómetro de aquí, aproximadamente, cosida la espalda a puñaladas.

—¡Por la espalda tenían que atacarle!

—No era el hombre para el negocio que se le había encomendado. —Hace una honda pausa y exclama después con medida increíble dentro de su desesperación—: El halcón ha empezado a asesinar. ¿Quién será el próximo, Dios mío? ¡No serás tú! ¡No serás tú!

Al despedirme me da un dulce beso en la mejilla y se calma un poco al ver que empuño un arma y le quito el seguro.

—Habrás que andar con la barba sobre el hombro, como los conquistadores de América —digo con forzada sonrisa. Y hago que vaya delante el criado que debe abrirme la puerta. Mi subconsciente y abominada picardía me otorga una superioridad clara que casi me hace gracia a mí mismo.

Sulima me saluda con frialdad cuando me siento a mi mesa. Kumansky es sustituido en cuestión de horas por Benjamín Medina, que se me acerca al llegar el momento del café y se presenta a sí mismo.

—Fue al subir la calle cuando le apuñalaron por la espalda en medio de la cellisca. Luego le arrastraron hasta Tatarasch envuelto en una arpillera. El cadáver estaba casi cubierto por la nieve cuando le encontraron. No hay que pensar en huellas dactilares: hay que pensar en devolver el golpe.

Es tan grande mi estupor que no me entero de que Medina me habla en correcto castellano. Me dice que es vienés, nacido en el barrio de la vieja Escuela Española de Equitación.

—Montar a caballo era entonces un arte, no un deporte. Importaba más el «cómo» que el «qué» —dice con su voz suave.

Es delgado, bajo, de bella presencia, distinguido. Recordando al violento y atlético Kumansky, no veo claro cómo podrá sustituirle. Y sin embargo, al poco tiempo de hablar con él —a filología solo se ha referido vagamente—, me convengo de que estoy en presencia de ese raro producto de la humana existencia que es el soldado.

Está informadísimo. Me dice que Falk se ha esfumado en las nubes. Que es ya dueño de una residencia rodeada de un pequeño y frondoso parque guardado por gente bien armada y bien organizada. Y que solo tres casas separan su nuevo domicilio del hotel Trajan.

Por primera vez viene a sentarse a mi mesa Karl Meyer, seguido de John Schüler, el desgarbado inglés cuya profesión desconozco.

—*Sie gestatten?* ¿Permite? —dice con inconfundible acento prusiano. La camarera se dispone a traer sillas, pero se adelanta Weissglass, cuya confusión se manifiesta en forma de ingenua esquivéz.

—¿Permanecerá mucho entre nosotros? La perspectiva no es aquí muy agradable —digo a Schüler en alemán.

—Me trasladarán a Varsovia. Pero no tan pronto.

—Ah, disculpe: no le importará que hablemos alemán esta noche.

—Creo que ya no le importa a uno nada —replica. Y se ríe de su propia respuesta largamente.

«¿Cómo se las arreglará con las mujeres?», pienso ante su risa bondadosa de clérigo. Medina sonríe ligeramente, pero en la cara de Meyer no se mueve un músculo.

«¿Será de los que lo preparan concienzudamente todo y lo echan a perder en el último instante?» Si Castilla hace los hombres y los gasta, Prusia destruye fácilmente las cosas que hacen sus propios hombres. Una diferencia hay: Castilla es muy vieja y engaña, mientras Prusia, que es muy nueva, no engaña a nadie.



Volvió grupas al viento más despiadado. Y aspiró el vaho del barrio plebeyo, donde lo relajado de las costumbres ya es hábito con carácter de norma. No existe la práctica de oficio. No hace falta. Las rudas canciones, en bronco y apasionado yidis, son de una obscenidad crudísima. ¿Glosarlas, dialogadas, como números de fuerza? Se nos quedaría corto el brutal cotillero literario. Es fama que chiquillas y mujeres usan muy ligera ropa interior en el Puente Rojo. Basta.

—Salí de allí al galope tras dos breves visitas; una a la humilde sinagoga de un primo de mi padre.

—De un tío tuyo.

—Sí —replica Súrole—, pero como es poco mayor que yo me es imposible llamarle así. Quiso darme la bendición. Esto se presta a cosas en el Puente Rojo. Me excusé y retuve bien defendidas mis manos en el manguito. Me hizo entonces el regalo de un pomo de óleo litúrgico. Con él se ungían reyes, me dijo, bajando los ojos. Por todo el cuerpo. Pero es solo para ti. Yo empecé a impacientarme tanto como los caballos afuera. Me fui. —Apenas prueba el té. Hace una pausa y prosigue, imperceptiblemente cohibida—: La segunda visita fue a la rica aljama del padre de dos preciosas muchachas, Malka y Débora, condiscípulas de primeras letras. La menor es hija del pecado más desconcertante y el supuesto padre la va a casar con el tío, que es además...

—Entiendo. Legalmente no podría impedirse.

—¿No será mejor preguntar qué es lo que no puede hacerse legalmente?

—Pero la ley mosaica facilita el divorcio.

—Débora, dominada, no querrá separarse y además se trata de que una considerable herencia no salga del círculo de los consanguíneos más próximos.

—¿Y ella lo sabe todo?

—Todo. La costumbre de saberlo hace que se muestre indiferente, al parecer. Es tan melosamente felina como hipócrita y repulsivo el supuesto padre, muy alto, seco, tieso y serio siempre. A los fieles esto les gusta.

—¿También estuvo seco y serio contigo?

—Derretido estuvo. Todo muecas de amabilidad. Y me miró con indecencia. ¡Salí al galope del Puente Rojo! Pero...

—¿Qué?

—Que no conozco más patria que esa arcilla cruenta.

—¿No es de la que está hecho el hombre?

Súrole, sin contestarme, sonríe. ¿Cómo podría escapársele la simpatía irónica de mi pregunta?

—Mi maestra de español —dice— me ha contado del protagonista de una obra de vuestro teatro romántico, Don Álvaro, creo. —Asiento con la cabeza—. Pues a don Álvaro parece que en una escena le amenazan y le aconsejan que tiemble. Él, entonces, replica: «¿Temblar? No sé temblar». Pues algo así le pasa a la gente del Puente Rojo. No tiene la conciencia del peligro. Algunos emigran o se ocultan para eludir el servicio militar por razones evidentes. ¿Pero por miedo? Entre polvo y nieve han nacido. En los tiempos de los *pogroms* llegaban dementes a pie desde Rusia, quién sabe por qué veredas, y era yo muy chiquitina cuando un atardecer pude presenciar la aparición de la loca Miriam en el puente mismo, clamando contra Dios y el frío y la inclemencia, vestida de harapos, hermosísima.

—Miriam. ¡María! La Santísima Reina de la Tierra y de los cielos para los cristianos. ¿Pero quedan cristianos en el mundo?

—A lo mejor tú, acaso yo, humildísimamente, y unos pocos más. Y dime: ¿por qué defiendes, sobre todo, el concepto de Imperio?

—Porque amo las violetas.

—Por cierto: a propósito de las violetas, me debes una revelación. Ni tu promesa ni tu homenaje cayeron en el olvido.

Nuestro diálogo, muy sofrenado en su espiritual entraña, algo tiene, sin duda, de peripatético y apacible en la sobrehaz, de paseo entre frondas y de razón antigua.

—Amo las violetas, Súrole. Su morado tenue es el color de mi Imperio. ¿Cuándo fue alarde la fuerza?

En el acto comprendo que no necesita más explicación. Comprueba mi aserto, no obstante, la muchacha, inquiriendo:

—¿Amas las violetas porque amas la verdadera fuerza?

—Como a ti, Súrole: con todas las potencias de mi alma.

Al día siguiente he de descubrir mi velluda muñeca un poquito para consultar el reloj de pulsera:

—Las cuatro y medio minuto.

—Debes compensarme en estas horas. ¡Déjeme quitarte tiempo! Tengo, además, algo que contarte. Como te llegan las informaciones a través de los periódicos de Berlín y Viena que recibes y de las revistas norteamericanas, es muy probable que en lo que a nuestra región se refiere estés un poco atrasado de noticias. Pues bien, esta mañana de domingo ha sido el ensayo general.

—¿Ensayo general de qué?

—En el Estadio Metropolitano, vigilado muy benévolamente por la policía del Gobierno, se han congregado, desafiando el frío, más de sesenta mil personas para oír a Falk. La multitud agitaba blancas banderitas con el escudo dorado de Moldavia y en la tribuna del demagogo se elevaba un altísimo mástil. En él se izó la enorme bandera. Sancionado por un loco éxito, el movimiento se ha puesto arrolladoramente en marcha, con una celeridad que asombra al propio Falk, le arrastra y le obliga. ¿Y sabes quién izó la enseña? Aquella muchacha que insinuó el ademán de detenerse para saludarme en Stefan cel Mare.

—Hava Goldman. No se me ha ido el nombre. Ni he olvidado lo que me dijiste refiriéndote a Morice Berger: que si Falk llamaba con él a otra puerta no sería difícil que se la abriesen.

—Pues Hava Goldman estaba en la tribuna con otros grandes —estas cosas no pueden ser chicas nunca—, uniformada de blanco y oro, como algunas veces se visten para la lidia los matadores de tu país, según me los han descrito.

Súrole me ofrece hoy un té admirable. Y unos nuevos cigarrillos que sahúman la estancia con singularísimo aroma que me recuerda el Strand y el estilo de Carrera.

—Son de Bosnia —exclama, infantil y ponderativa.

Y por fin la veo ponerse uno entre los labios.

—¿Es en serio?

—Creo que sí.

Al darle fuego, ¿noto en su mano un ligerísimo temblor? La propia necesidad de fumar puede ser un síntoma.

—Nunca te he condenado a oír música grabada. Tengo una colección aceptable.

«Un nuevo sedante», pienso. Terminamos escuchando «Kol Nidrei», en la versión de Max Bruch, interpretado por Pablo Casals.

—¿Y mañana? —le digo al despedirnos.

—El barómetro empieza a inquietarse: no vengas tampoco antes del mediodía. Tal vez a las cuatro y media de la tarde, si te es posible.

Cae un fino polvo de nieve helada cuando penetro en el jardín. Tomo a Súrole con blandura por los hombros y la impulso para que se resguarde.

—Bueno —dice, riendo con ironía. Y aun añade—: ¿Pero por qué?

Compruebo que Súrole ha desaparecido y que va delante de mí la sombra del criado, surgido de la sombra. Cuando está a punto de llegar a la puerta y empuña la llave descomunal, avanzo con rápido envite hasta alcanzarle. Ya en la acera, casi le grito con violencia que no puedo dominar:

—*Ai inteles?* ¿Has comprendido?

Queda un instante con las pupilas aterradas, me mira furtivamente luego y con acento firme responde:

—*Da, da, Dómnule!* Sí, ¡sí, Señor!

Permanezco inmóvil hasta que le veo desvanecerse entre los árboles con el sigilo de siempre.

«Vaya si ha comprendido el siniestro personaje», me digo cuando me dispongo a examinar el puñal turco de corva hoja y damasquinada vaina que le he quitado.

«¿Pero qué es eso?»

Dos policías uniformados llegan, en ronda al parecer, por la acera misma. No me muevo hasta que han pasado y los sigo a alguna distancia con el fin de acercarme a la nueva residencia de Falk. Está cerquísima y nada peculiar advierto. Frente a la puerta veo el conocido coche blindado. Con cadenas en las llantas y con bastantes apuros habrá llegado hasta allí y espera sobre el motor, por el frío seguramente. Ante el portal del hotel me sacudo como un perro.

Un hombre bajo y tosco sale en el instante mismo en que yo quiero entrar. Se interpone y me para. Su semblante, sin embargo, no logra intranquilizarme.

—Stern, Aaron Stern: *how do you do?*

Estrecho la mano que me tiende y acepto la proposición de recibirle en mi habitación privada. Viste un amplísimo gabán que me sorprende un poco. Pero es de los seres que jamás podrán inspirar desconfianza a Juan Tagle. Mil atisbos, mil matices me lo evidencian de forma misteriosa. Al contrario: es confianza lo que me inspira y como una tranquilidad nueva.

Cierro con llave por dentro. Stern se desabrocha el gabán mientras yo me siento en el borde de la cama, un poco cansado. Y a fe que es curioso el espectáculo que me brinda: de su cinturón penden diez potentísimas bombas.

—¿Qué se propone? —pregunto.

—¿Usted me conoce?

—Creo que hace siglos que nos conocemos los dos.

Se ríe, bronco, saca tres pistolas automáticas de gran calibre y las coloca sobre mi mesa.

—Dos para usted y una para mí.

Brusco, pone junto a las armas una canana enorme.

—¿No será mejor que use mi propia arma?

—¡Enséñemela!

Abro el cajón y alinee mi pistola de Eibar en el extremo de las catapultas que me ha ofrecido.

Una saludable carcajada me lo explica todo.

—No sirve para nada.

No le digo que tal vez sirva para algo.

—Esos trabucos no tienen marca, como verá. Mi armero no firma nunca. Las balas de la canana son *dum-dum* perfectas. Algo anticuadas, pero no se ha inventado cosa más eficaz. Hay que matar de veras. ¿Sabe usted a quién?

—Naturalmente. —Pienso que sería mejor esperar una oportunidad que no podría hacerse esperar mucho. Pero cuando se solicita mi ayuda para algo me es imposible decir «no»—. Bien: cuando usted quiera —repongo, un poco desconcertado.

—Tendrá que ser ahora mismo: es la ocasión. Los demás titubean, le dejan ganar tiempo y le dejarán hasta que sea tarde. ¡Como siempre! Nosotros haremos la faena

más ardua, luego se nos acosará y ellos cosecharán los laureles. Pero no me importa, ¿sabe usted? ¡No me importa! Me parece que a usted tampoco.

Pienso que tampoco, pero no contesto. ¿Por qué me siento tan cansado?

—Usted es español y, cuando a un español la pasión le invade, se puede hacer con él lo que se quiera.

—No esté tan seguro. Y vamos al caso, que por mi mano se puede preparar lo decisivo.

Ni me oye. Tan auténtico es su aplomo. Lleva la ventaja de haber examinado el terreno, pero sobre el terreno veremos lo que se hace. Extrae del bolsillo derecho de su pantalón un grueso envoltorio de papel impermeable que desenvuelve con sumo cuidado.

—Aquí está —exclama, mostrándome a la luz una llave impregnada con aceite. La envuelve de nuevo y me explica—: Es de una pequeña puerta trasera. Enfrente está la gran puerta de madera del salón de conferencias. Hasta altas horas de la noche no la cierran con llave. Allí está reunido Falk en estos momentos con los grandes del movimiento. La guardia suele estar concentrada en la parte anterior del edificio, aunque hay vigilancia por todas partes. Habrá que aprovechar el minuto favorable. Usted solo tendrá que guardarme las espaldas desde fuera y cubrirme la retirada. La tiniebla de Tatarasch empieza allí mismo y puedo guiarme a ciegas por el despoblado. Le conduciré donde nadie le encontrará. Pero como se habrá acabado todo, pronto saldremos de nuestro escondite.

—Desde él, ¿podremos comunicarnos con alguna persona?

—Don John Schüler.

—¿A qué se dedica?

—Nadie lo sabe.

—Es inglés, ¿no?

—Por tal pasa.

—Parece muy ingenuo y bondadoso.

—Es muy audaz, ingenua y bondadosamente.

Como el plan parece plausible, lo acepto en el acto, con ciertas reservas que no manifiesto. Parece dudoso que de las formidables explosiones que se producirían

saliera con vida Stern. Hace un instante, el coche blindado estaba sobre el motor y solo a Falk mismo podía esperar. Apoderarse de él sería fácil y más aún ocultarse en su interior. Despachado el trámite, huiríamos en el coche mismo, «a prueba de balas», nos aparearíamos y nos escabulliríamos fumando por cualquier callejuela.

—¿Un cigarrillo?

—Gracias, necesito fumar.

—Lo mismo me ocurre. Pero antes no sobrarán dos copitas de brandi seco de la Mancha.

—De la tierra de don Chisciotte.

—De tan triste figura como yo en estos instantes.

Bebemos, encendemos los cigarrillos, enfundo los dos pistolones descomunales y abro la puerta para salir.

Medina se incorpora ágilmente, abandonando la silla de mimbre que ocupa en el pasillo, nos toma del brazo y nos hace entrar de nuevo en mi habitación, cuya puerta cierra con lentitud.

—Puede echarlo a perder todo con su impulsividad, Stern.

—Será mejor esperar a que crezca... como siempre.

—No. Esperar unas horas tan solo. Le tenemos aislado: sin agua y sin teléfono. Se ve en el trance de alumbrarse con petróleo y sus receptores de radio no funcionan. La emisora que empezaron a instalar no pasará del comienzo. Esperar, sí; pero esta vez solo unas horas. En la acción definitiva, Stern estará a nuestro lado. Las prácticas de guerrillero tienen un reverso peligroso en circunstancias como estas. Hasta en sus habitaciones está rodeado Falk de una guardia escogida que no se separa de él y que cuando sale, aunque solo sea para subir al coche, le precede y le sigue. Se lo repito: descanse unas horas, Stern, que va a hacernos mucha falta. Y tome más precauciones. ¿Está seguro de que no les han oído?

—Sí —es la cortante réplica de Stern.

—No lo estoy yo tanto —observa Medina, que durante todo el tiempo ha hablado en voz tan baja que casi ha sido un cuchicheo. Luego, en el mismo tono, añade—: Stern, *gute Nacht*. Buenas noches, Stern. —Toma en sus dos manos, finísimas, la

gruesa zarpa que se le extiende y aún dice, muy quedo—: Monte su pistola y llévela empuñada en el bolsillo, como en las películas.

De mí se despide Stern con una forzada sonrisa, mientras, un poco avergonzado, me apresuro a esconder en un armario el arsenal que llevo encima.

Medina, a quien no he tenido ocasión de rogar que tome asiento, hace también ademán de retirarse. Antes me dice:

—Es el más fiel de los compañeros, pero un arrebatado incorregible.

Se despide con esto, tendiéndome la mano.

Claro que no pienso cenar. Tomo una aspirina con otra copa, enciendo otro cigarrillo y me paseo por la habitación, bastante excitado.

«No sabe temblar tampoco este salvaje de Stern. Pero Súrole temblaba hoy... por mí.» Sigo sintiendo cansancio. Aún me planteo una nueva cuestión antes de entregarme al sueño: «Súrole contó lo de Débora sin el aspaviento más leve. ¿Será que la mujer no siente este horror como el hombre? Eso debe ser. ¡Súrole! ¿De dónde traes esa magia diabólica de armado ángel del paraíso?».

—Estaba pendiente del reloj —son las palabras con que a la tarde siguiente me recibe.

—Y supongo que del barómetro.

—También del barómetro. Aumenta su inquietud... y la mía.

—Algo presentes, tú que descienes de présagos legendarios.

—Qué sé yo.

Me invita a sentarme junto a ella en el diván escarlata, estrecha mis manos y las oprime contra sus mejillas, frías, suavísimas. No vienen a servir el té: ya está servido. Súrole toma los cigarrillos y me ofrece.

—¿Y tú? —inquiero sin aparentar sorpresa.

—Hoy sí: por última vez acaso.

Respeto el pudor con que pretende velar la borrasca que conmueve su alma desde lo hondo. Le hace parecer mayor la intensa y mate palidez que la ha invadido. Y cuando le doy fuego, noto que hoy tiembla igualmente, de modo casi imperceptible. Le preparo su té y le acerco la tacita a los labios:

—Gracias; no es nada —dice, sonriendo.

Claro que no pregunto de qué se trata. Inicio un tema que acaba casi en anécdota para distraerla y prevenirla. La preocupación menor alivia a la mayor frecuentemente.

—¿De dónde es el criado que abre la puerta y cuida el jardín, Súrole?

—De las cercanías de Kishinev. Tiene vivienda aparte aquí mismo con su familia.

—Sospecho que es el asesino de Kumansky, aunque probarlo sería imposible. Y que preparaba algo más. Mira el puñal que le he quitado ayer, al salir. Guárdalo si quieres.

Lo toma sin decir nada, desenvaina la hoja, se levanta y aprieta el botón del timbre con el pulgar. Aparece la doncella y, sin mirarla, exclama con su metálica voz durísima, entera:

—¡El siervo!

Cuando se presenta, ya ha apartado la sima oscura de sus ojos de la fusta de áureo engarre que está sobre su escritorio junto a los guantes de guiar. Enfunda el puñal ante la espantada mirada del rústico y le manda:

—¡No saldrás de tu cuarto hasta que vuelvas a Kishinev!

Se acerca al escritorio sobre el que están los guantes y el *knut*, y coloca junto a ellos el puñal. Después, al parecer tranquila, murmura:

—Puedes irte.

Si algo en ella no me sorprendiera, diría que me sorprende la limpidez purísima de su moldavo.

—Ahora sí va a ser por vez última —indico, apenas, al ofrecerle otro cigarrillo.

Quiere encenderlo ella misma. La observo cuidadosamente, pero no acierto a descubrir en sus manos el temblor más tenue.

Me propongo entretenerla hoy y le cuento una historia de espionaje con final heroico. No es cuestión de reproducirla. Cuando termino, exclama Súrole:

—Jamás he oído, ni leído, cosa más bella, más espiritualmente saludable y conmovedora. No, por este lado no os ha llegado la infección.

—Podría pensarse en una inmunidad atávica.

—Reserva eso, *bitte!* Por ahí abundan los salteadores.

Debe haber en mis labios una vaga sonrisa, mientras me encojo ligeramente de hombros.

—Es una historia verídica hasta el detalle menor —comento.

—¡Qué pobre la imaginación de lo *purely imaginary*!—replica.

Esta noche es la doncella quien abre la puerta del jardín.



Despacho mis ejercicios gimnásticos, de flexión sobre todo, y, mientras hacen en mi habitación la limpieza, aprovecho la radiante mañana para tomar el sol y el aire en el enorme patio posterior, sin abandonar mi libro ni mi cuaderno de notas.

«Con Súrole obré ayer a lo pícaro. No me agrada, pero sale bien. En determinados momentos no sé de otro recurso y, en todos los momentos y en cierta medida, obrar así con alguna gente es una obligación moral.»

Sin embargo, no se me ocurre meter los pies y hoy he dejado la fricción de nieve.

Sigo sintiendo cansancio. Paseo el libro como los estudiantes dados a la divagación. «En el fondo son los mejores.»

Siento como si me mirasen por la espalda y esa sensación de no reconocerse uno al verse inesperadamente reflejado por detrás entre dos espejos. Y tengo que estar muy envejecido con esta expresión de cansancio.

«¿Cómo evitar que se trasunte en el rostro? Los grandes espejos de las peluquerías empiezan a amedrentarme. Y cuando miro los escaparates yendo con Súrole, me veo a mí mismo sin pretenderlo. No entiendo qué ven sus ojos en este raquítrico y envejecido personaje. ¿No es ella demasiado joven y demasiado alta? ¿Por qué no le importa?»

De pronto percibo la cólera de unas rachas intermitentes desde el lado de Puente Rojo y en poco tiempo empiezan a oscurecer el cielo unos sombríos cúmulos que instantes después son ya temerosa calígene.

Oigo que se abre una ventana de la galería superior y desde arriba me grita Weissglass:

—*Furten!* ¡Tempestad! Será mejor que se recoja.

Encuentro acogedora y tibia mi habitación. Apenas me alcanzó la nieve en masa ni me tocó la ventisca. Mas siento como si una inducción rarísima me galvanizara. Como un fluido que atravesara paredes y calara techumbres. Imposible trabajar. «¿Cuánto hace que ya no me importa trabajar? Posiblemente, en estas cosas, nunca me ha importado. Todo esto es por haber nacido hijo de un profesor, siendo yo la negación del profesor. ¿Por qué, si no, he arrojado con rabia sobre el diván mi libro y mi cuaderno de notas? Sé de estas cosas más que nadie, es cierto. Mi padre, que sabía mucho menos, nació para ellas... ¿pero he nacido yo a pesar de ser su hijo?»

Portazos en el eco, taques de maderas: el viento estremece el caserón igual que un terremoto.

Fumo, me paseo, nervioso, por la habitación, pero no logro abstraerme, presa de una inquietud de lobo enjaulado. Me produce una curiosa impresión el no oír mis propios pasos, que el estrépito de la naturaleza enfurecida apaga. Encañonado, el viento es todo silbos y ayes de grima.

«Don Álvaro no sabía temblar. Hijo del sol, por la bética fantasía de su creador romántico, era parto de su creador en realidad. Se hubiera visto mal en este clima. El bárbaro Stern, en cambio, y muchos de su casta lo mismo “se hacen” a la calcinada área del desierto que a la nevada estepa. Y no aciertan a temblar tampoco.»

«Nadie sabe a qué se dedica John Schüller. Parece hombre muy ocupado, no obstante. Pero Stern debe saberlo... ¡O tal vez no lo sabe! A Medina no parece rodearle ningún misterio. Será de los que no lo necesitan. ¿Qué mayor misterio que él mismo?»

«No puedo concentrarme en nada. Porque este cabrilleo de preocupaciones y ocurrencias es tanto como nada.»

Me llega algo desgarrador y una detonación remota. Ilusión mía, posiblemente. El trueno emigra hasta la primavera. No queda tan lejos el Olimpo.

«Tratar con personajes bíblicos ¿no es tanto como tratar con olímpicos personajes? Claro que sí. Lo que decide aquí es tener clara conciencia de ello, cosa muy infrecuente y difícil. ¿Existe algo más difícil que la evidencia pura? Si lo evidente fuera

aceptado, sería un edén la vida. Con toda mi filología, si tengo conciencia de con quién trato por mandato del destino, a fe que no estoy perdiendo el tiempo.»

Aunque no he podido abstraerme, fue, no obstante, como si hubiera traseñado, como si hubiese dado un salto el reloj. Y como una mutación súbita oigo mis pasos de nuevo. Cedió la tormenta. ¡Se tiende el aquilón de puro viejo y herido!

Oigo un andar pesado y dos tímidos golpes a mi puerta.

—Adelante.

Temo un poco a esta estentórea voz con que la naturaleza quiso dotarme, tan en desacuerdo con mi presencia física, y procuro velarla siempre. Debo, pues, repetir el ruego, esta vez con mayor energía:

—¡Adelante!

Más que abrirse, se entreabre la puerta con suma discreción y en el umbral, indeciso, diríase que arrepentido de haber llamado, aparece Weissglass, el hotelero. Se frota maquinalmente las manos con una toalla —parece que las tiene ateridas— y advierto sin lugar a duda cuán penosamente enmudece.

—¿Desea algo de mí?

—*Da, Dómnule*. Sí, señor: a *Domnisoara* Trauman le ha ocurrido un accidente.

—¿A Súrole?

—*Da, Dómnule!*

—¡Entre, cierre la puerta y acérquese!

Levanta los ojos y balbuce con embarazo indescriptible y estúpido:

—Dicen que sabía más que cien doctores, aunque belleza no tenía mucha.

El instantáneo movimiento que hago no rebasa, en verdad, la linde del instante. Weissglass es sincero. La estulticia es así.

Con todo el filo de mi acento le hostigo, como si le corriera los acicates a una mula:

—*Bitte, weiter!* ¡Siga, por favor!

Con instintivo disimulo abro el cajón de mi mesa.

—Los electricistas estaban reparando una avería en la entrada y salí a inspeccionar su trabajo. Por esa casualidad lo he presenciado todo. Salí en pelo, sin guantes y solo

con mi chaqueta blanca en medio de la más tremenda ventisca que se ha conocido aquí nunca. Lo presencié todo, todo, hasta el final, pues bajé patinando el declive, como hacía de niño. Tengo menos edad de la que represento. Nací en Strada Cucu y conozco a *Domnisoara* Trauman desde chiquitina.

—Antes que nada le suplico que me diga si el final ha sido grave.

Calla ante mi ruego. Y es tan grande su desconcierto que decido no insistir.

—Debía haber llegado la troika en aquel mismo instante, pues no la cubría la nieve. Vi salir corriendo a *Domnisoara* Trauman y detenerse un segundo para consultar su relojito mientras se ponía el guante izquierdo. Sujetaba el *knut* bajo el brazo del mismo lado. —Hace una pausa para tomar resuello, bosqueja una boba risa de amabilidad y se frota las manos con la toalla. Sigue luego a su albedrío. Habrá que dejarle—. Saltó al pescante sin asirse, y ya en él, de pie, se calzó el guante derecho. Llevaba botas cortas y fuertes, vestía pantalón de cuero negro, cazadora muy ceñida de cuero negro igualmente y gorra del mismo material que le cubría las orejas. ¿No encuentra atrevida la indumentaria?

—Bueno.

—Parecía una sombra y parecía más niña, con toda su estatura. Tenía la habilidad de guiar de pie. No lo había aprendido de nadie. Lo sabe toda la ciudad y es como si hubiera ocurrido siempre. Se acostumbraron a verla. La gente se acostumbra a todo: a lo nuevo también. ¿O es usted de otra opinión?

—*Bitte!, bitte!*

—Hostigó duramente con el látigo a los caballos espléndidos, uncidos en troika: ya sabe, el guion en el centro y los otros dos uno a cada flanco. Tanto el tiro como el trineo mismo procedían de los abuelos de *Domnisoara* Trauman. Ahora no los hay así. El señor Trauman conserva todavía la yeguada de Kishinev. —Bruscamente, es como si el palpitante recuerdo le emocionara demasiado, le asustara, tal vez. Se sigue frotando las manos con la toalla. Diríase que así saca energía para continuar el relato—. La nieve hacía que, a cierta distancia, fuera muy escasa la visibilidad. Sin embargo, los bronce del trineo resplandecían igual que relámpagos.

—¿Resplandecían?

—*Da, Dómnule.*

—Sería una ilusión óptica.

—Era un resplandor de broncos pulidos entre la blancura de la nieve densísima. Era un resplandor. Y en contraste, igualmente, con la nieve, la imagen erguida y oscura de *Domnisoara* Trauman que veía alejarse de espaldas, pero sin que se me desvaneciese. Usted conoce el declive de Strada Cucu y puede imaginar lo que significa lanzar por allí, con todo lo que dé, el mejor tiro de troika de Moldavia entera. Yo la veía, a la imagen oscura, la veía, y no podía convencerme de que la veía aún. Los pocos transeúntes con que tropecé volvían la cabeza por no presenciar lo que era ya inevitable. Sacudidas por el suicida galope, sonaban las campanillas del trineo, lo mismo que si las golpeasen contra un peñasco. Sí, sí, eso es. Y el vehículo empezó a serpentear. Ya se sabe lo que va a ocurrir, sin remedio posible, cuando, cuesta abajo, un trineo adquiere este movimiento. —Weissglass hace ondular la diestra en el aire para ilustrar su descripción. Luego continúa—: No se puede emplear el freno de tierra sin provocar el vuelco y no hay puño que contenga el tiro desbocado.

Me sería insoportable la tensión sin la ayuda de un cigarrillo. Weissglass acude con su encendedor, pero no puede manipularlo.

—Permítame.

Cuando lo ha guardado, torna a frotarse las manos con la toalla y enhila su relato. Quiere decirse que lo intenta, pues parece que no va a conseguirlo.

«¡Arrebatada con el meteoro, calzando la manopla del auriga! Muros de cal y canto interpuso entre tu ámbito y el mío. ¡Muros tendré que derribar!»

Se recobra momentáneamente el hotelero y, aunque con fatigas, prosigue:

—Los vehículos en peligro de ser alcanzados, y algunos que subían lentamente, buscaron refugio en las aceras. Un instante pensé, mientras me deslizaba con todo mi peso, no sé por qué designio impelido, que nada serio ocurriría. Pero oí restallar el látigo con furia y lo vi alzarse, violento, terrible, sobre la cabeza de la joven, entre el relampagueo de los metales y la agitación de las esquirlas, que me llenaba de pavor. He de confesarlo. Con sus ases de vértigo, la trasera del trineo hacía que le viniera estrecha la calzada. ¿Y quién podría detener un alud?

Parece que Weissglass ha alcanzado el tope de lo que de él puede pedirse. Se me ocurre ofrecerle una copa de brandi manchego, que apura con avidez.

—Otra, si tiene la bondad. No he probado nada mejor.

—No lo hay, probablemente.

El ávido soy yo ahora, al advertir que se repone este hotelero, más sensible que un espectador de anfiteatro.

—Yo no perdía por completo a *Domnisoara* Trauman cuando vi avanzar dificultosamente cuesta arriba un automóvil cerrado, negro. Sería más exacto decir que vi su sombra. La troika llegaba en aquel instante mismo a la plaza que se abre a mano izquierda, camino de Stefan cel Mare, y que usted conoce con seguridad. Era imposible impedir el choque. *Domnisoara* Trauman dejó caer el *knut* a sus pies y creí que se disponía a saltar del trineo. No sé cómo pude darme cuenta de sus actos, ni de los míos. Lo recuerdo todo: se dobló sobre los caballos y les habló, oí perfectamente: dejó suelta la rienda del lado derecho de cada uno y asió, empuñándolas con toda su fuerza, las riendas del lado izquierdo. El tirón desesperado la hizo echarse hacia atrás de forma que mis ideas se turbaron y cruzaron preocupaciones disparatadas por mi cabeza con rapidez que no puede comprenderse: «que si el señor Trauman perdía a su hija era seguro que vendería el hotel Trajan y se retiraría a su finca de Kishinev, que quién sabe con qué nuevo propietario tendría que entenderme...». Puede usted imaginar. —Torna a frotarse y, tras un respiro, decide continuar su relato—: Obligados con tanto ímpetu por el lado izquierdo, doblaron las cabezas los animales, girando bruscamente y arbolándose igual que fieras. Gritaron, con nieve y espuma en la boca.

—¿Gritaron?

—*Da, Dómnule*. Como bielas bracearon sus remos en el aire. Y gritaron. *Da, Dómnule!* Gritaron, aullaron, gimieron. Era de no creerlo y era así. Fue el final esperado.

—*Bitte!* ¡Por favor!

—El coletazo del trineo contra el parachoques del automóvil fue tan bárbaro que pareció una explosión. No la hubo. Por eso se salvó el señor Berger.

—¿Y *Domnisoara* Trauman? ¿Y Súrole, Súrole?

—Que no cayera derribada fue el milagro mayor. Ella y sus potros salieron del accidente sin una rozadura.

—¿Y Falk?

—Quedó muerto instantáneamente.

Nuevamente inquieto, se frota Weissglass las manos. ¿Cómo podría no tener sus nervios, sus sueños, sus apetencias y sus angustias un hotelero también? Aunque para él no hubiera llegado el desenlace, continuó hablando con mayor tranquilidad, desde luego no con la excitación que antes había mostrado.

—*Domnisoara* Trauman permanece en la comisaría, dicen que incomunicada. En el viejo trineo apenas se notaban huellas del encontronazo. La niña misma sacó al señor Berger de entre los hierros doblados del automóvil. A todo esto, yo me encontraba ya cerca y pude entender bien lo que hablaban: «La fatalidad ha sido, Morice», dijo *Domnisoara* Trauman al joven, que, desencajado y con la cara compungida de un chiquillo, contestó: «La fatalidad con tu nombre, Sara». *Domnisoara* Trauman le ayudó a subir su trineo. Solo tenía leves magulladuras al parecer, aunque me produjo la impresión de que andaba con dificultad. Ellos no advirtieron mi presencia. Más vale. Se evita una complicaciones. —Ahora la cesura de Weissglass no tiene carácter angustioso, ni necesita frotarse—. Había dejado de nevar —prosigue—, mas fue solo un momento. La niña hizo arrancar el tiro, de pie en el pescante según su costumbre, a todo galope, justamente cuando arreció de nuevo la gran tormenta y unas rachas frías, que apenas pude resistir, hicieron flamear las crines de los potros. Llevó al herido a la mejor clínica de la ciudad, según se supo, y luego se presentó espontáneamente en la comisaría central, donde quedó detenida e incomunicada. Lo del señor Falk ha sido desgracia para todos. Era hijo de Ocho Horas y ya el país entero veía en él una salvación. ¡No quise examinar el coche! Créame usted que nos hubiera librado de muchos peligros.

—¿Quién era Ocho Horas?

—Ya le digo, el padre del señor Falk. Un socialista muy terco y muy honrado que se hizo querer de todo el mundo. Se debió a él que se implantara la jornada de ocho horas y los propios favorecidos le colgaron el apodo.

—Presentirían el advenimiento del hijo —repuse con ironía que Weissglass ni barruntó.

«Y sin embargo —pienso— este hombre es leal. Claro que tiene sus opiniones y sus reservas, claro que las opiniones y las reservas del hotelero Weissglass, multiplicadas al infinito, forman buena parte del estrago del mundo, claro, claro.»

Cuando se cierra la puerta tras el hotelero, cierro el cajón de mi mesa. Y una vez más compruebo que, a menudo, son las cosas mismas, preñadas del enigma insondable, las que le sorprenden a uno para decirle hasta qué punto ha llegado. No ha sido el punto final, por ahora.

Al avisarme la camarera, instantes después, de que me llaman por teléfono, me entrega una extraña nota de John Schüller, escrita a lápiz, apresuradamente, a juzgar por la letra. Dice así: «Una gestión oportuna ha hecho posible que *Miss Trauman* esté en libertad bajo fianza. Suyo, John Schüller».

Casi me falta la voz, al principio, para contestar a mi amiga desde el micrófono. Curiosamente advierto que a ella no le sobra.

—Sí, poco más o menos enterado. ¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—¿Bien, de veras?

—¡Bien!

—¡Súrole! ¡Tú y la tempestad!

●

Al entrar esta noche en el comedor está ya allí John Schüller y me llego hasta él para darle las gracias por su aviso. Se ríe con la bondadosa mueca de siempre y me dice:

—Sulima ha desaparecido.

Cuando van a servir el café me acerco a la mesa que ocupan Ninoschka, Karl Meyer y Schüller. No he querido perturbar a Súrole. A una breve llamada telefónica para informarme de su salud, respondió: «No me es posible el ademán de limpiarme

una mano con la otra como en las escenas de histrionismo. Mis dedos están entumecidos. Siento gran nerviosidad, que ha ido aumentando a medida que las horas pasan, y tengo un poco de fiebre. Debo descansar, intentarlo por lo menos. Necesito estar sola y tú sabes que esta necesidad en mí no puede responder a ficción ni designio. Pero tendré cerca, como nunca, al amigo de mi vida».

He llevado a la mesa de Meyer y Schüler la botella de brandi de la Mancha que he bajado de mi habitación. Tengo conmigo la mejor reserva de cigarrillos de Macedonia y me invade una euforia inexpressable. He de contener mi efusión en un alarde de voluntad tras haber presagiado a los pies de mi amiga como un derrumbe de constelaciones.

Pido copas de licor e inicio un tanteo con Medina, que no me disimula su simpatía sin palabras.

—¡Qué irrupción la de las fuerzas oscuras! ¿Serán el mal? —digo.

—No: el mal no existe como fenómeno colectivo. Es individual siempre, en repeticiones sin fin, y está desnudo, por mucho que quiera velarse.

—¿De quién será hijo, de quién?

—De la pasión cainita, la implacable, la insomne. En nuestro mito da lugar al primer homicidio sobre la tierra.

—La amarilla. ¡La innombrable!

—Es verdad: como por tácito acuerdo el hombre ha dejado de nombrarla. Se le otorga una convencional inexistencia.

—Cuando es la más obstinada de las pasiones.

Medina asiente con la cabeza melancólicamente. Tiene una elegancia un poco distraída, al parecer. Y así, como al descuido, habla con una exactitud inconcebible.

—Qué engañoso veneno tienen ustedes —exclama, sin abandonar la queda entonación, después de apurar una copa de brandi con naturalidad no aprendida.

—Lo suave engaña a menudo —replico, casi eludiéndole. No se delata, pero juraría que se ha dado cuenta. Viste con primor que a primera vista no se advierte.

No se ha mencionado para nada el impresionante suceso del día, cuando insinúo:

—Había que atacar la causa.

—Era ya efecto —repone—. La efectividad de tal amenaza, latente desde el amanecer de la Historia, coincide con la aparición de esos personajes, que no son causa. No son nada en sí mismos.

—Decía que las fuerzas oscuras no son el mal. ¿Cómo las ve usted?

—Como algo horrible más que terrible. Es su hora y lo han invadido todo: hasta la alta torre de la filosofía. Pero son fecundas. Su cieno vital fertiliza. Para enfrentarnos a ellas debemos saber que son invencibles. Su reflujo temporal dejará eternamente portentos a los ojos del mundo. Y no olvidemos que las fuerzas oscuras están también dentro de nosotros: de los que todo lo entregamos para luchar contra ellas.

—¿Consiste entonces su fecundidad en la virtud, que les es propia, de estimular la reacción de lo que les es opuesto?

—Algo así. Son el acicate sin el que no nos moveríamos. Aunque sean densas nutriticias, carecen de designio creador. Incluso carecen de designio simplemente. Hemos de ver en ellas lo fatal, lo ciego. Solo a la coerción obedecen y tenemos la suerte prodigiosa de que esté en nuestras manos la verdadera fuerza. Aun me atrevería a decir que, no por fuertes, sino por débiles, son abominables. Su chillido por la fuerza es la pura fascinación de lo que no tienen. ¿Quién ignora lo que el tosco alarde significa?

Ninoschka, inmóvil, es la incompreensión en granito. Llevado por la ilación de nuestro diálogo, decido plantear una interrogante a Medina:

—¿No encuentra que la razón, la luz, es mucho más misteriosa?

—Evidentemente. Y aparejada al instinto, si sabe domeñarle, su acierto es seguro a breve plazo. A la larga acierta siempre, de forma deslumbradora. Entretanto no debe olvidar sus límites, su posibilidad, su probabilidad.

—El cielo está lleno de soles incontables, Ninoschka. Y nosotros aquí —digo a la muchacha. Levanta ella los ojos y me mira después. En sus labios hay un inaudible susurro.

●

Como en la vieja aristocracia rusa, se nota la ausencia, absoluta casi, del componente eslavo. Si en Rusia eran una mezcla de griegos bizantinos y caucásicos, en Moldavia

son una mezcla de griegos bizantinos y andaluces. Se parecen a nosotros en todo menos en su incurable sentimentalismo y en su generosidad. Son espléndidos. Como han transcurrido meses que una felicidad asombrosa hace que me parezcan semanas y el desnieve ha comenzado, todo lo invaden. Estoy hablando de los cadetes de la Scola Militar. ¿Por qué me inquietan un poco? ¡Quién sabe! Ni yo mismo.

Súrole es una señorita perfecta y se permite ya lujos de indumentaria que antes le estaban vedados. Mas todo sin rebasar la linde de una relativa sobriedad. Y su figura es tan armoniosa que no parece excesivamente alta. Llama la atención más cada día, no obstante.

Nos cruzamos con dos cadetes flamantes y lindos, que la saludan militarmente, con gran espectáculo:

—*Tsigancel*! ¡Gitana! —le dice, bajito, entornando los ojos, uno de ellos.

—*Au revoir*, Pavel —contesta Súrole, con su mejor sonrisa.

—Ya Mérimée había advertido una enorme diferencia entre las gitanas españolas y las gitanas orientales: húngaras, bohemias, moldavas. Abunda mucho más la belleza entre estas últimas. Los gitanos, al revés que en España, suelen ser insignificantes.

—Sí, aquí son generalmente preciosas las gitanas. Y ya ves: «tsiganca», gitana, es un requiebro, mientras «jidauca», judía, es una injuria.

—En esto como en todo: a la gitana se le puede arrojar una moneda. La judía puede estar en condiciones de arrojarla ella misma.

—Pero habrá también hermosas gitanas en España.

—Genialmente hermosas. Mas debe reconocerse que entre ellas la belleza no es «abundante».

Nos encontramos en el cogollo de Stefan cel Mare. Cadetes y más cadetes, con su bigotillo, su talle encorsetado, su salvaje melancolía y el cromatismo de sus uniformes. Se impone la evocación de las libaciones, de los violines... y de las gitanas justamente.

De pronto oigo a mi espalda un andar de caminante milenario, un percutir sobre la piedra y como un ludir de aceros y correaes. A poco nos alcanza Aaron Stern, que parece habernos ignorado. Si digo que entre aquellos soldaditos es el guerrero, solo la verdad digo y una verdad sin hiel: la opereta puede ser encantadora.

—¿Has vuelto a oír alguna noticia de Berger? —pregunto a Súrole.

—Lo que ya sabíamos: que se ocultó en el Puente Rojo y que cruzó la frontera.

Pasa una morena muy gentil que me deja el suave rastro de un perfume y una significativa mirada. No acabo de acostumbrarme a que me quieran las mujeres, aunque tal vez sea el único don con que se me ha favorecido.

—Ni en el país ni en el extranjero puede ser Berger muy peligroso. Sin embargo, del extranjero vendrá la nueva amenaza.

—¿No vino del extranjero la anterior?

—Sí, pero la nueva vendrá de forma distinta: en forma de inundación. Se está haciendo todo lo posible para no evitarlo, incluso para estimularlo. Tenemos aquí a Medina, a Meyer, a Schüller, al feroz Stern. Pero pueden ser necesarios en otros lugares más decisivos.

—No faltará quien los sustituya.

Dice esto Súrole de un modo que huelga todo comentario. Cuando ladeo la cabeza un poco para mirarla, me encuentro con que ella ha hecho lo mismo. Nos reímos. Ella con sus hoyuelos de chiquilla en el moreno verde de su rostro y con aquella diabólica mirada de no sé qué paraíso. ¿No habrá vagado por el Azoguejo algún antepasado suyo? Sin saber por qué, recuerdo la enigmática judía de Guadalcanal, de la que descendían, por los Enríquez, nuestros Reyes Católicos, tanto Fernando como Isabel. Sucedió así que, bajo el signo de la más recatada y orgullosa aristocracia que existe, se sacó a España de la pila.

—Te invito a una mezcla americana en este bar —propongo a mi amiga como al sesgo.

—¿No encuentras que hay demasiados cadetes? Luego esa musiquilla y ese lujo barato. Sé un sitio mejor. No te importará.

—Nada, Súrole.

—Tienen además jerez: no *sherry*. Y auténticas aceitunas de Sevilla. Es de un Montero, pariente de mi antigua maestra.

—Gracias por aceptar la nueva invitación.

—Tonto...

—Muy bien. ¿Viste a Stern cuando pasó junto a nosotros?

—Le oí.

—Sí, hay seres humanos a los que, más que verlos, los oímos.

Entramos en el local que Súrole me indica y me fascina su falta de «carácter». No está exento de elegancia y brilla de limpieza. Hay bastante gente, incluso algún cadete despistado. Indudablemente es un grato lugar. Figura a la entrada, por toda muestra, la palabra «Montero». Nos sirven las aceitunas sin los detestables palillos y las tomamos con los dedos, naturalmente. Súrole enhila nuestro diálogo con su fenomenal memoria. Es como si no se hubiera interrumpido para nada.

—Pero a Medina —dice, con voz muy baja y clara—, por lo que voy advirtiéndolo, ni se le ve, ni se le oye.

—Tiene todo el aspecto de calcular el momento de su aparición y el estruendo o el sigilo que debe rodearla. Mas tiene también todo el aspecto de esos personajes con los que, para uno, es facilísimo equivocarse en todo menos en una cosa.

—¿Soy indiscreta si te pregunto cuál explícitamente?

—Es de fiar, Súrole: sin la más remota sombra de duda. Tanto como el temible Stern.

—¿Y John Schüller? ¿Y Karl Meyer? Algo he sabido de ellos últimamente.

—Permíteme que aplase un poco la respuesta, preciosa. ¿No notas algo? El jerez aparte, desde luego.

—Sí, Juan Tagle, sí: desde que nos conocimos, «noto algo».

«A lo mejor tiene carácter este sitio: a lo mejor lo tiene. A lo mejor la forma más fina de tener carácter es cierto modo de no tenerlo.»

—¿Y cómo no vas a notar algo, Súrole? Notas que el aliento de los días que vivimos se ha convertido en nuestra propia respiración.

—Que quien pretenda sustraerse a ese aliento vivirá inertemente.

—Que todo lo penetra y lo traspasa, desinteresado como el odio, como la ciencia.

—¿El amor también?

—Lo tiñe y matiza por lo menos. Quien se situé al margen, suponiendo tal posibilidad, logrará todo lo más construirse una torre de papel. Y será en él todo

tan falso como las escenas eróticas entre hombres y mujeres en un Gide y en otros muchos.

—Algo descompuesto: algo compuesto en el mejor de los casos, ¿no es así?

Desde el suceso memorable en que Súrole salvó la vida por mano de un arcángel sin nombre, voy siempre armado cuando salgo en su compañía, y ella misma, que como, con su denuedo, podría no ser prudente, toma sus precauciones. Algo sospecho de pequeñas bombas de mano diestramente disimuladas. Y de que Stern la tiene vigilada voy convenciéndome más cada día.

«¡Te impulsó una fuerza ignota, pero por mí lo hiciste!»

Él entra cuando salimos nosotros:

—¡No hay salida, muchachos! Lo que es hoy no me privo yo de brindar con vosotros. ¡Monterito! Como tenemos mucha prisa, vas a abrir, para mí, una de Fundador de lo más añejo. ¿Te queda algo de jamón serrano?

—Un poquillo —replica el presumido tabernero, que antes no hizo acto de presencia.

Parece que don Gonzalo manda allí y en su euforia tutea a todo el mundo. No hay escapatoria y hemos de resignarnos. Decir que no a nada sería poco delicado y hasta me conformo con fumar tabaco negro antes del mediodía.

La bebida es más fuerte que mi brandi manchego y menos engañosa. Tiene ese sabor «oxidado» que tanto aprecian los entendidos. Doblamos la libación, no hay más remedio, hasta que Gonzalo, con entusiasmos de estudiante, exclama:

—¡Qué estocada, Tagle! ¡Linda, preciosidad! ¡Bendita sea la hora en que tú naciste! ¿La sacamos en hombros?

Don Gonzalo tiene sus ocurrencias con su imborrable acento de Fráncfort: no hay modo de que el Fundador combine con el jamón serrano cortado a cuchillo que Montero nos sirve.

—Aquí me tenéis, de vuelta de América y de Asia, donde contraté balleneros japoneses. Gané, gané bastante y a ti te lo debo, chiquilla, pues no me hubiera movido de Moldavia. Ahora podré dedicarme con holgura al asunto del petróleo. ¿Qué te gustaría? ¿Qué te parecen unos zarcillos de brillantes con unas aguas que marean? ¡Pues míralos! Acabo de llegar y hoy mismo iba a llevártelos.

Como Don Gonzalo ha hablado en español, Súrole se ha enterado a medias en lo que a la expresión literal se refiere, pero claro que lo ha adivinado todo. Un poco desconcertada, acepta el presente:

—Son maravillosos —dice en alemán.

Don Gonzalo se está conmoviendo de forma tan manifiesta que opta por despedirse.

—Si quiere cambiar sus garabatos por algo más sustancioso, búsqume no más, querido Tagle —me dice.

—Ya los he cambiado, poco más o menos —repongo evasivamente.

Besa a Súrole en ambas mejillas. Al despedirse de mí casi me descoyunta los dedos. La muchacha saca de su bolso el estuche y contempla con embeleso los zarcillos.

—Hoy te han llamado gitana —comento.

—Pavel podría regalarme unos zarcillos así.

—Y es apuesto además: viste de mil colores, es melancólico y bravo.

—¿Sabes lo que es, de veras? Pues un mocito insulso al que hasta enjundia le falta para ser peligroso. Le han cortado por un patrón que es en todos el mismo. Pero es un ejemplar de esa cruz de griego y andaluz, tan frecuente, como sabes, en la nobleza de Moldavia. Ha sido un buen compañero en juegos deportivos.

Guardo un silencio que dura mientras salimos y durante un buen trayecto. Pero la exclamación mental, repetida, me alivia: «¡Te impulsó una fuerza ignota, pero por mí lo hiciste!».

Sospecho que se está divirtiendo.

—Eres mala —le digo.

—Es demasiado fácil serlo, don Juan de Santillana.

Como me río por cualquier cosa, no me cuesta demasiado esfuerzo reírme de mí mismo.

—Más que de Santillana debías haber dicho de Altamira.

—He de confesarte que mi famosa «cultura» ostenta sus fallas. ¿Tiene eso algo que ver con el hombre de las cavernas?

—No tiene que ver con otra cosa.

—Pues exageras bastante.

—No tanto: se trata de un remoto ser humano muy versado en magia y muy artista. Cabalmente entre artistas, sobre todo entre los llamados «plásticos», abunda mucho el tipo.

Las calles limpias de nieve, la ciudad llena de ramas florecidas, de brotes inquietantes. Ni la pandilla de los señoritos uniformados falta. Aunque le cargaba a uno un poco, hay quien, en América, los echa de menos. El aire primaveral me turba blandamente los sentidos y aun diríase que quiere meterme por un atajo nuevo. El aire primaveral. Percibo el suave verdeguear de los horizontes. ¡Oh, y el aire primaveral por el atajo nuevo! ¿De qué valen designios y propósitos si el aire primaveral llega con su blandura? ¡Pero nada de fechorías, Juan Tagle!

Cuando, sin saber cómo, nos encontramos en las cercanías del hotel Trajan, vemos a Medina y a Stern que avanzan juntos con gran ligereza. Un momento Medina pone su mano sobre el hombro de Stern, pero es evidente que no puede contener su arrebato. Se lanza a la carrera y desaparece por la entrada del hotel. Pronto desaparece igualmente Medina por el mismo sitio.

Dejo a Súrole a la puerta de su jardín y a buen paso me dirijo al hotel también yo. Todos hemos llegado tarde, pero no parece demasiado grave el estrago.

—Gracias a que se retrasó el señor Stern acompañado del señor Medina. Se trata de su habitación. Tres cadetes, pretextando llegar al bar, se introdujeron en ella y desenvainaron los sables y algún destrozo hicieron. El señor Schüller y el señor Meyer acudieron a mi aviso con presteza y vería usted cómo se pasaban a los muchachitos igual que si fueran muñecos de goma. ¿Cómo averiguarían el número de su habitación, *Dómnule*?

—No creo que sea empresa difícil. ¿Quién dio al señor Medina la noticia? —inquiero.

—Preguntó él mismo por teléfono que si había novedad.

Medina está reunido con Stern, Meyer y Schüller, en el gran corredor.

—¡Tagle, *bitte*, un instante tan solo!

—Creo que no falta nadie. Weissglass tiene ya sus instrucciones. Aquí no ha ocurrido nada. Ciertamente no ha ocurrido nada —afirma el hombre a quien todos parecen

acatar—. De los periódicos han preguntado: «No ha ocurrido nada». La servidumbre que diga lo que quiera y que hable la gente cuanto guste: es indispensable que oficialmente no haya ocurrido nada porque el pequeño incidente podría explotarse con determinados fines. Se trata de su muchacha, Tagle, que ya está haciendo Historia.

Aunque no lo dice en tono de admonición, ni mucho menos, me roe por dentro un resquemor indefinible. ¿Esbozaría yo un preámbulo indebido en Stettiner Bahnhof? ¿Me adueñaría ya entonces de un alma indefensa? Este pensamiento no me abandona mientras examino mi habitación sin excesiva curiosidad. Recuerdo los días, que me parecen tan lejanos, en que yo era un mozalbete también. ¿O no lo fui nunca? Que tuve juventud lo demostraría el trabajo que le cuesta dejarme en paz.

«Afortunadamente, el tiempo les alcanzó apenas para probar el brandi manchego. Ni papeles importantes ni documentos comprometedores tengo aquí. Tampoco dinero, que no hubieran tocado, naturalmente, pues son muy caballerangos. El ajuar de Weissglass ha sufrido mucho más que mis propias cosas. Tiene razón Medina: ciertamente no ha ocurrido nada.»

Sobre mi mesa encuentro un papel en el que figuran, garabateados a lápiz, los siguientes nombres: Pavel / Lúdovic / Peter.

Cuando, por la tarde, le enseño el papel a Súrole, me explica:

—A Pavel ya le has visto: fue el que me requebró al pasar. Es el joven príncipe Bibescu. De los otros dos no me acuerdo, o no los conozco.

—Morce Berger acabó volviéndose prudente, a pesar de ser un atleta de veras.

—No es de más cuidado que estos aprendices. Y en cuanto a inteligencia, allá se andarán. Carecen de interés en absoluto. Se me ocurre decirte una cosa.

—Di lo que quieras, Súrole.

—Aunque seas inteligente, no es por eso por lo que te quiero, ¿sabes? Abomino de dos tópicos: el decir de una persona, de un genio, que «no es inteligente» y el decir de la persona de mentalidad más ágil que «carece de imaginación».

—Más que dos tópicos, son dos maneras de consolarse.

—Si he aludido a la falta de inteligencia de Berger, Pavel y sus compañeros, es porque su tontería no admite dudas. Y otra cosa quisiera confesarte, Juan: mi

total convicción de que para hacer algo hay que ser algo, de que para el hacer es necesario el ser.

Claro que soy todo asentimiento y que, si no me muestro maravillado ante la simple evidencia de lo que oigo, es por puro pudor.

—Morice, Pavel... ¡Disputada por moros y cristianos! Eres la Elena de Moldavia. Sin ironía —comento.

—¿Y tú mi Paris? Sin ironía también.

—Yo me substraigo al mito, Súrole. Y ahora, en serio: desde todas partes se me hace sentir que estoy aquí de más.

—Amenazas peores pesan sobre los dos. Sobre ti y sobre mí. Lo que ha sucedido hoy podría reducirse a esto: la primavera ha revuelto a los cadetes.

—¿Solo a los cadetes?

—Mira que voy a recordarte al hombre mágico de Altamira. A lo mejor es el que me ha enamorado.

—A lo mejor.

—¡Pero qué horrible si solo supieras hablarme de tonterías! Será que la inteligencia no es nada sin lo otro.

—Probablemente, Súrole.

—¡La primavera, Juan Tagle! ¿Has olvidado Odessa?

—Creí que tú lo habías olvidado.

—¿Cómo sería posible? Pero han sucedido tantas cosas. Iremos. Y pasaremos al sol aquí por los parques y las calles. ¡Ni gitana ni nada! Voy a ponerme los zarcillos de don Gonzalo, que ya verás cómo me sientan y que son más valiosos aún de lo que al principio creí. Y en algún instante tomaré tu mano: porque me gusta. Iremos donde Montero...

—Disculpa, preciosa, ¿sabes lo que hizo Medina poco después del zafarrancho de los cadetes? Ordenó que se le dijera en el acto a Montero por teléfono que echara el cierre inmediatamente. Estas situaciones se repiten siempre con idéntico carácter. Montero no se llama así ni es español, según me has dicho. Pero no hubiera importado. Y si hubiese habido un barrio español en la ciudad, el aire podría haberse puesto

denso por el rumor más inconsistente y hubieras sido la causa primera de posibles escenas de saqueo y aun de matanza. Te hablo de una verdad factible, aunque te suene a broma. Medina y la falta de cebo humano han evitado desagradables y graves conflictos. La cosa se hubiera complicado muy fácilmente con las otras sombrías amenazas que pesan sobre nosotros. Y a propósito de ellas: ¿sigue aquí el criado? No he vuelto a verle.

—Está bien observado en las cercanías de Kishinev. Mas ahora, en este minuto, casi me indigna la cadetada de los greco-andaluces.

—Búscate la luz en un terso espejo bien alto y acabarás perdonándoles.

—Ese requiebro no será griego, ni andaluz.

—De andaluz no tengo nada y supongo que de griego tampoco, con todo mi «clasicismo».

—Parece que no quieres mucho a los andaluces.

—Algo peor: los admiro. Son ellos quienes nos desprecian a nosotros.

—¿Despreciar a Castilla?

—Te parecerá una chanza, pero es verdad. El remedo, la burla, por mucho que se pretenda deslastrarlos de intenciones, son una forma de desprecio. En Andalucía, se burlan de las maneras y el modo de hablar de los castellanos hasta los poetas. Juan Ramón Jiménez ha puesto en versos admirables su remedo de andaluz, que es siempre el mismo.

—Serán excepciones. De una amiga mía de la infancia, Iliana, sé que se ha burlado del acento de mi moldavo y hasta de mi conversación, como si yo fuera una pedante.

—No podrías serlo aunque quisieras.

—Me inclino a creer que se trata de excepciones y que, por lo demás, solo gente vulgarísima, ineducada, puede cultivar ese tipo de remedo.

—Pero, Súrole: ¿no es infinito el número de la gente ineducada? La encuentra uno en los lugares más inconcebibles. No, no, aquí se puede universalizar sin medio a incurrir en injusticia: puede decirse los andaluces en general. Han infectado además a los hispanoamericanos, les han enseñado el remedo, que imitan de modo perfectísimo. Se burlan del estilo y el modo de hablar de los castellanos exactamente como

ellos lo hacen. —La avidez de Súrole por todo lo que sean temas de cultura hace que su rostro adquiriera una expresión de extrema curiosidad—. Por los límites de la Mancha y Andalucía, no lejos de Sierra Morena, hay una estación, y supongo que un pueblo, que se llama Espeluy. Pues bien, existe este dicho andaluz: «De Espeluy para arriba todos son catetos». Quiere decirse rústicos, palurdos. El remedo se basa exclusivamente en la pronunciación de la ese castellana, parecida a la doble ese francesa, en usar alguna palabra fuerte y en agruesar la voz. Es decir, en adoptar una actitud viril. Mas ocurre que, si el andaluz encuentra al castellano tosco, el castellano encuentra afectado al andaluz. Y si alguna vez se le ocurre remedarle, lo que es rarísimo, no es la actitud viril la que adopta, sino la contraria. Tratándose de burla, resulta mucho más agradecido.

—Estás hablando con picardía, don Juan Tagle, y dices que eso no te gusta. —Ahora sonrío para decirle que «no me gusta nada». Súrole añade—: Detrás de ese presunto desprecio de los andaluces hacia los castellanos, ¿no se ocultará otra cosa, como suele ocurrir?

—Seguramente, en ciertos casos por lo menos. Pero... ¿te parece bien que dejemos la psicología?

—Muy bien, muy bien. ¿Y la lingüística? ¿No es tu oficio?

—Aproximadamente. ¿Qué desea saber su Excelencia?

—Que si el castellano, tal como se habla y se pronuncia en Castilla, es o no la lengua literaria de todos los españoles.

—Lo es, incluso la lengua literaria de los andaluces, que, si se ven en trance de discursar o declamar, pasan mil apuros para disimular el acento vernáculo. También fue, parcialmente, la lengua de los portugueses, aun después de la separación.

—Una separación, que, cambiando lo que hay que cambiar, debió parecerse bastante a la que aquí se preparaba. ¿No es así?

—Igualmente fue maniobrada desde fuera y desde fuera ha sido mantenida. Hay algo semejante por otros «pagos».

—No entiendo del todo.

—Es como si dijéramos, irónicamente, por otras viñas, por otros lugares.

—Los ingleses aprendieron bien de los italianos.

—Sí, por cierto. Y añadieron lo suyo, aunque hay que reconocer, en justicia, que aguantaron lo suyo también. Fernando el Católico, por ejemplo, los engañó vilmente. Y muy a propósito: ¿sabes lo que me han dicho hoy? Que ya estás haciendo Historia.

—Que escribo en prosa, podían haberte dicho. ¿Qué sabe uno lo que hace?

—Se acaba sabiéndolo, preciosidad.

—El presentimiento está antes que la sabiduría. Bueno: será heredado. Pero no hurtes el cuerpo, que tu parte te corresponde.

—Bien modesta, hasta ahora. Y he empezado a hacerme reproches, hasta tener remordimientos o algo parecido.

—A ver si acierto con alguna de las que tú llamas adivinaciones mías. Tus remordimientos obedecen al temor de malograr en mí la perspectiva de una felicidad conyugal. ¡Como si eso se hubiera hecho para mí! Imagino que ni mi padre piensa en semejante cosa para su «precoz» hija. «¿Te vas enterando?»

—¿Quién te ha enseñado esa expresión española?

—La Montero, mi maestra.

—Pues es de Madrid, no de Cádiz.

—¿Te vas enterando, mi Don Juan?

—¡Súrole!



Es como si no hubiera sabido nunca lo que es primavera. Y ya son hartas las que en mi pasado transcurrieron. He sustituido las fricciones de nieve por baños de aire prolongados y con todo mi escepticismo parece que voy a meter los pies para un rato y seguir respondiendo a mi curioso destino. El jardín de Súrole revienta de flores y, cuando la moza me franquea la entrada, veo a mi amiga muy embebida en el amor. Tanto que ni mi presencia advierte. Está reclinada sobre una especie de ventanillo de corredera pintando de blanco, por el que asoman las sedosas y crinadas cabezas los tres potros de la gran aventura, disputándose su azúcar y sus caricias.

«Me ha pedido que viniese por la mañana. ¡Y qué mañana! Este diablillo se las entiende misteriosamente con el barómetro. Ah, ya sabe que estoy aquí.»

Se vuelve sin manifestar sorpresa. Salgo a su encuentro y sale a mi encuentro. Yo con más lentitud. «De andaluz no tengo nada: no entiendo nada de caballos. Soy un jinete mediocre y práctico, un poco a la inglesa. En fin: soy un cántabro entre orientales. Es como si me diera cuenta de pronto. Para ellos la equitación es una estética: para mí es un deporte simplemente. Si es necesario, cuestión de llegar a la meta lo antes posible, aunque tenga que encogerme como un feto. Sí: un cántabro entre orientales. Y esa criatura: ¿de qué paraíso, de qué desiertos llega?» A mí mismo me parece que estaba orando para mis adentros. Y tengo el premio de los bienaventurados, porque Súrole roza mis labios con los suyos en un beso levísimo. Me lleva luego hasta un banco y dice:

—Creo que es la primera vez que te hago esperar. Voy cogiendo confianza, ¿sabes?

—¿Un cigarrillo?

—Medio, gracias. Quiero decir que fumaré hasta la mitad, por puro capricho, pero más tarde, donde Montero, si te parece bien.

—Todo es empezar, Súrole. Con esto y con otras cosas.

Ha comprendido la alusión y me mira sin sonreír. Pero no hay cuidado: es obstinada sin el ademán de la obstinación. Quiere decirse que en esto tiene lo que hay que tener.

«Si para hacer tiempo y esperar a Súrole sacara un libro, una revista, un periódico, la realidad prodigiosa de esta fantasía de Oriente pronto se acabaría. Un cigarrillo, en cambio, está bien. Es lo único que está bien. Ni mirar. Nada. No digamos curiosear: estoy seguro de que lo percibiría a distancia en lo más sensitivo de su ser delicado y terrible.»

Se ha descalzado sus medias de caravana y no parece en ella audacia la ajorca de azófar riquísimo que ciñe la garganta de su pie.

—Estás pigmentada.

—Sí: por igual.

La réplica, en cambio, parece audaz ligeramente. Pero puede responder a su hábito de puntualizar. Disimulo un raro embarazo psíquico añadiendo:

—Ese azófar no se funde ya.

—Es muy antiguo. Heredado.

—¿También es heredada la medida?

No había reparado en el detalle: diríase que lo es también... ¡tontísimo!

«Tengo la impresión de que fuera ella la que me protege a mí. Quién sabe. Les ha dado por ahí siempre y no me lo he explicado nunca. En este caso, algo ha sucedido que rebasa la norma, desde luego. Pero en general no debe tratarse de otra cosa que de confianza: esa confianza que les inspiro instantáneamente. Mi indiferencia por ciertas fórmulas les permite fácilmente tomar la iniciativa. Sin embargo, ellas mismas no me querían dócil y saben que si me dejo llevar es porque me tiene sin cuidado.»

Viste Súrole un traje tipo sastre, aunque de chaquetilla muy femenina y más bien larga, sobre la que luce un cinturón metálico, no sé de qué, pero que juega con gracia de maravilla sobre el azul muy oscuro de la tela. Quisiera preguntar, mas comprendo que sería molesto para mí mismo hacer más preguntas.

Margareta Cohen se encarga de hacerlas. Nadie hubiera podido adivinar la delicia que es ya, con sus seis años, debajo de las pieles, botas y manguitos que la envolvían y la deformaban hace pocas semanas. Con sus ojos del más claro azul y sus trenzas del rubio más delicado y suave, su esbeltísima figurilla y su dulce simpatía, saludó a mi amiga, dirigiéndome una sonrisa como al sesgo:

—*Bonjour, Domnisoara* Trauman.

—*Bonjour, mignonne.*

—¿Es de caravana la tela de su vestido?

—Sí, bonita. —Volviéndose a mí, añade Súrole—: Creo que en realidad la reciben de Mosul en avión, pero que procede de la India. El prestigio de los géneros de caravana es aquí tan grande que los anuncian así. Como yo misma entiendo, sé que en este caso la tela es auténticamente oriental.

Margareta parece que quiere preguntarme algo, pero no se decide. Para mí es como si la viese por vez primera. La uniformada rústica que la acompaña se aparta un breve trecho, respetuosa en la acción, pero con una expresión singular. ¿Como si nos odiara? Posiblemente. Es recia y tosca, de un rubio gris el cabello, de un azul gris los ojos y de una palidez un poco repulsiva.

—*Domnisoara* Trauman —exclama Margareta, ya en trance de despedirse.

—Dime, pequeña.

—¿Es verdad que mataste a un hombre?

La niñera parece inquietarse.

—¿Quién te ha contado ese cuento?

—Se lo he oído a mamá, a la Montero, a mi tío Jacob y a mucha gente más. Pero papá responde siempre que no es así, que no es así. Yo no lo entiendo bien.

—Cuando seas mayorcita lo entenderás: no es así, Margareta, no es así.

—*Au revoir, Domnisoara* Trauman. Adiós, don Juan.

—¿Y ese don Juan de la chiquilla? —pregunto a Súrole.

—Aprende danzas españolas con la Montero.

A poco nos cruzamos con un señor que se encorva al andar para hacerlo con mayor rapidez. Es relativamente joven, usa barba y aún no ha juzgado conveniente modificar su indumentaria. Viste todavía de invierno.

—No nos detengamos aunque pretenda hacerlo. Administra algunas propiedades de mi padre. Es el fisgón típico.

—El *schnorrer*.

Una larga con los terrenos cambiados nos libra de él sin gran dificultad. Lástima que Súrole no comprenda la terminología insuperable de la tauomaquia.

Me doy cuenta de que el rumor nos sigue y nos acompaña y nos envuelve. Advierto en Súrole un apresto de lucha y justamente este ademán la hace parecer increíblemente niña. Si su enorme precocidad tiene tan natural carácter que se nota apenas es porque va acompañada y patroneada por pasiones y ambiciones muy temporales, muy terrenales. De otro modo se despeñaría en el vacío o acabaría convirtiéndose en mediocre listeza. No estaría compensada, sencillamente. El instinto desenfrenado y solo es lo horrible del mundo, pero la mente sola y desenfrenada es cosa de pavor. Lo que hay en Súrole de humano equilibrio y de norma clara es sencillamente la tónica de su ser adorable.

Encontramos el local de Montero ocupado militarmente. Es tarde para retroceder cuando nos damos cuenta.

—Jerez y Fundador —digo a Montero, que se acerca, solícito, después de consultar a mi amiga.

Los cadetes que han invadido la lujosa taberna se limitan por lo pronto a hablar alto, a reír alto y a beber Bordeaux tinto, sin acompañar la bebida con nada, tal como hacen los alemanes.

—¡Qué barbarie! —no puedo menos de exclamar.

Allí están, con numerosa compañía, Pavel, Lúdvic, Peter, según me informa bajito Súrole, que algo prepara en su bolso.

—Sería insensato —me atrevo a decirle, un poco alarmado, mientras por mi cuenta quito el seguro a mi arma en el bolsillo.

—No temas: se trata de humo nada más.

Por lo pronto, es como si nada hubiese ocurrido ni fuese a ocurrir.

—Me dijiste que no conocías a los dos amigos de Pavel.

—Como están juntos y se imitan los ademanes, es seguro que se trata de ellos.

Realmente los vemos sin mirarlos. Pero un instante que las pupilas de Súrole tropiezan con las de Pavel, me parece advertir que se pone repentinamente serio y le hace una inclinación.

—Te ha saludado —le digo.

—Sí.

—¡Chaval estúpido!

—Esa expresión no pretenderás que sea de Madrid.

—Ha acabado siéndolo. Pero puede ser de Cádiz, cuando tan bien la interpretas. Digo yo.

—¿Qué te pasa? No querrá salir por sus fueros el hombre de Altamira.

Me río, forzadamente acaso. Chocan en mí sentimientos encontrados, sin duda, y no me gusta nada la forma en que estoy metiendo los pies.

Una orquesta moldava de balalaikas, flautas, violines y acordeones ameniza el aperitivo. Un tenor de barrio nos obsequia con canciones melancólicas.

—Los greco-andaluces se han disfrazado de albaneses.

—De veras. Hasta su traje nacional tiene algo de albanés.

—Pero que haya macedonios que no quieran ser griegos es ya fantástico.

—Tu país ha empezado ya a balcanizarse.

—Y mis compatriotas acabarán en albaneses si no lo remediamos. Huelga la salvedad de que, en Albania, los albaneses me parecen admirables.

La música y el Bordeaux han animado a los mozalbetes vestidos con el más cromático alarde. El desatentado guirigay hace ingrata la permanencia allí. Es cuestión de irse, mas parece que se espía nuestra salida. Me doy cuenta de que los cadetes han bloqueado la puerta con sillas. Claro que Súrole podría salir sin el menor impedimento: se le abriría calle galantemente. Pero yo... Yo sigo metiendo los pies y voy a decirle a mi amiga que tenga la bondad de adelantarse. Ni un instante dudo de que luego me abriré plaza como sea.

Mas he aquí que percibo el percutir de pasos sobre la piedra: el caminante eterno hace su aparición. No me saluda. Tampoco a la señorita Trauman. Le siguen cuatro macizos personajes de patibulario aspecto.

Por hacer algo, saco del bolsillo interior izquierdo de la chaqueta, como si fuese la cartera, mi pitillera de rojo tafelete.

—Aquí tienes tu medio cigarrillo.

—Creo que necesito fumármelo entero.

—¿Quién te ha enseñado?

—Nadie.

—Nadie te ha enseñado nada.

—Al contrario: he tenido los mejores maestros, incluso excepcionales.

—¡Nadie te ha enseñado nada!

—¿Ni tú?

—No había pensado en ello.

Cuando Súrole tiene ya el cigarrillo entre los labios y me dispongo a darle fuego, se acerca Pavel con su encendedor, adelantándose. Rapidísimo se interpone Stern con una nauseabunda tagarnina entre los dientes, toma con su garra la muñeca del muchachito, enciende su tabaco, apaga el encendedor y le lanza una bocanada de humo en el rostro. Le impulsa luego hacia su sitio. Entretanto, sus acompañantes han despejado de sillas la puerta de salida.

«Tenía razón Súrole. Se trataba, efectivamente, de humo nada más.»

—Deben ustedes irse —dice Stern a mi amiga.

Hago ademán de resistirme, asiéndola del brazo.

—Se lo ruego —añade Stern, dirigiéndose a mí.

Los músicos parecen enardecerse en el momento mismo en que salimos y atacan la «doina» moldava con los más vehementes compases. Oportuno y exacto, ha intervenido Montero.

Ya en la calle, mi amiga me coge la mano por momentos con un nuevo ademán. No me había disimulado esta querencia. Hasta me la había anunciado. Hay horas de la vida en que se alcanza una linde y nos encontramos, sin que podamos preverlo, con que las mismas cosas son distintas ya. Stern me ha impresionado de modo increíble. Él y los suyos se entregan a una misión desinteresadamente. Y lo mismo Medina, Schüler, Meyer. ¡Quién sabe si Súrole también! Sin querer, llegaremos al hecho. No sé cuándo, ni cómo. No entra en mí el menor cálculo y aun mi picardía falla grotescamente aquí. Entre paraísos y desiertos, ando perdido. No acabo de entenderlos bien. La minoría de aristócratas y burgueses acaudalados es la que más me desconcierta. Aunque lo ignoren, aunque lo nieguen, llevan a un Stern en el corazón. Y no saben lo que es el temor de la muerte. No lo han sabido nunca. Por eso hicieron de las medrosas deidades un Dios rotundo y se lo impusieron a la Humanidad. ¡Portentosa hazaña en tan reducida grey! Ahora pueden luchar con su Dios, enfrentársele, buscarlo dentro de sí mismos en los sentimientos nobles, que, si no vienen de él, ¿de dónde han de venir?

—Nos siguen —dice, sonriendo, mi amiga. —No vuelvo la cabeza, naturalmente, y me limito a preguntar quién—. Aaron Stern y sus cuatro salvajes. Podemos estar tranquilos. Pero lo ocurrido tendrá consecuencias si no se evita, yo no sé de qué forma.

En su voz metálica es imposible no percibir cierta emoción cuando menciona a Stern y su gente. No debe darse cuenta ella misma. Imagina que tal vez lucharán un día contra ellos y en lo más hondo de su ser sentirán hacia la bronca banda una invencible atracción.

A la hora de la cena se me acerca Medina y me habla sin preámbulo, con ironía bondadosa.

—Que Montero les hubiera facilitado la salida por la puerta trasera hubiera sido lo razonable. Ahora bien, que aceptaran solución semejante no podía pedirse de Stern, ni de un español como usted, desde luego. ¿Se hubieran deshonrado por ello? Que tácticamente hubiera sido lo necesario no puede ponerse en duda. Tienen ustedes más de guerreros que de soldados, querido Tagle. Consolémonos con la realidad indiscutible de que entre ustedes y entre nosotros hay soldados excelentes.

—Ni Stern ni yo hemos tenido ocasión de aprender el oficio.

—Hubieran encontrado el medio y el modo si un íntimo requerimiento se lo hubiese dictado.

—Eso sí.

Me sirven *Adevarul* con el desayuno a la mañana siguiente. Como si dijéramos el *Pravda* moldavo. El título significa exactamente lo mismo: «La Verdad». Consecuente con ella, el periódico se ocupa, con aparatosa rotulación, del incidente de ayer en «Montero», informando a sus lectores que malhechores desconocidos intentaron perturbar el orden en el distinguido local, pero que unos pocos cadetes que casualmente acertaron a encontrarse allí reaccionaron con su tradicional bravura y los cobardes maleantes fueron expulsados a viva fuerza sin que hubiera ningún hecho grave que lamentar. Claro que se trata de la «verdad» táctica de Medina, cuya habilidad y prudencia no dejan de impresionarme. Él mismo debe haberme mandado el periódico. Y en cuanto a los cadetes, habrán acabado creyendo en esta «verdad», con lo que el honor se ha salvado mejor que en Pavía, pudiendo darse por liquidado el incidente.



«Uno encuentra una estrella y en ella busca —encuentra también, acaso— ese fluido amor que es pura esencia. Mas he aquí que, por sorpresa, surge lo otro. ¿Como un complemento? ¡No, seguramente! Surge, sin embargo, y está ahí, y la estrella lo quiere, lo quiere. El solo pensamiento de un acto que admita la interpretación de lo grosero me desazona. Claro que, si el instante obliga, no retrocede uno ante nada. Pero mi pobre picardía es de muy distinta naturaleza. Es defensa sin táctica ni estudio.

Aquí no se me pondría nada por delante. Pero lo gratuitamente grosero es agresivo, y deriva, a menudo, hacia estados de demencia velados astutamente. Es la negación de lo heroico. Defensa heroica es lo que se evidencia en Stern, lo que se revela en Súrole. Y nada más.»

No sé por qué recuerdo los letreros y dibujos obscenos de ciertos lugares públicos: no faltan en ninguna ciudad del mundo, en ningún tren, en ningún barco. Los autores pueden ser parientes, amigos nuestros, y si lo que para ellos debe ser diversión es sufrimiento para uno, ¿cómo entenderse, de veras, con ellos? Entenderse con ellos: ¡qué locura! Saben muy bien lo que hacen, conocen su propia mentira mejor que nadie y aquí son invencibles. Porque ¿cómo convencer a los convencidos?

Cada día me seduce más, como una viva paradoja, la fuerza y la finura de Medina. Nos está ya mandando a todos sin un simple ademán de mando: sin que nos demos cuenta. En lo que a mí se refiere, puede ocurrir que yo descuide este punto, sencillamente porque no me interesa. Y no se le debe escapar a Medina, como no se le escapa a Súrole. Voy al teléfono por primera vez sin ser llamado (... «como no se le escapa a Súrole»).

—*Domnisoara* Trauman, sí.

—No sé si podrá venir al teléfono. Un instante.

Me es desconocida la autoritaria voz femenina que contesta y diría que lo que me dice me es desconocido también. Se prolonga la pausa, mas, al fin, Súrole acude:

—Mejor es que vengas ahora mismo —replica.

Lo apagado de sus palabras me sorprende un poco. Como el tono autoritario de quien primero contestó a mi llamada. Sin mirarme, la moza que me abre la puerta del jardín me dice:

—*Domnisoara* Trauman vendrá en seguida.

Esto es nuevo igualmente. Experimento cierta inquietud mientras transcurren los minutos que tarda en aparecer mi amiga. Seria y dulce, me pregunta:

—¿Te parece bien que nos sentemos aquí, en este banco, al calor y a la luz del sol?

Estoy en presencia de una tensión nueva, es indudable, incluso me siento inducido por esa tensión de modo evidente. «A la luz de sol.»

—Imagina que todo lo vivido por ti, cerca de ti, no existiera.

—Ni puedo imaginarlo, ni, ya, puede dejar de haber existido lo que es una forma de existir. Pero hablas con ironía.

—Un poco acerba. ¿Te sorprende?

—Indiciblemente, Súrole. Hay algo nuevo.

—Quién sabe si algo muy viejo. Puede cogernos de improviso y adquirir aire de novedad para uno.

Por enérgico impulso se abre la puerta por donde tantas veces he visto aparecer a Súrole y avanza por el camino del jardín, hacia la calle, una mujer de alta y fuerte figura, casi joven aún. No nos saluda. Parece no habernos visto. Viste sin personalidad y con lujo muy ostentoso.

Pregunto a mi amiga:

—¿Qué significa eso?

—Significa la despedida: que no volverás a entrar por esa puerta.

—¡Súrole!

—Mi padre se ha casado con una dama de buena presencia, como has visto. De la misma casta que nuestros lejanos parientes del Puente Rojo.

—Recuerdo: los del caso del padre real de su sobrina, con la que se iba a casar para retener una fuerte herencia.

—Ya se ha consumado esto. Con perfecta felicidad. Pues bien, mi madrastra, no desdeñable como mujer...

—Efectivamente.

—... enredó a mi padre por el conocido procedimiento. Es granítica y lista. La boda tuvo lugar privadamente. No asistí a ella, ni se me pidió que asistiera. «Ha llegado el momento de que te sometas a la patria potestad», me dijo ayer Ana. Luego, lenta, segura, añadió: «Te ocuparás de las labores domésticas: es conveniente e instructivo. Y te dejarás de fantasías».

—¿Qué respondiste?

—Nada. He aplazado la respuesta para esta noche. Si me acorren las circunstancias, desde luego.

—Sabes ser reservada. Me parece admirable. Claro que no es un descubrimiento: siempre lo has sido en cierto modo. Pero que lo seas en el instante en que se van a anular tu alma, tu espíritu, tu ser como criatura; en el instante en que una siniestra voluntad va a cegar fuentes, cubrir horizontes, secar veneros de dicha y ensombrecer horriblemente una existencia prodigiosa, no lo comprendo bien, Súrole. Tal vez sea yo demasiado lógico, demasiado occidental.

Con el barrunto de una levísima sonrisa, me responde:

—Tal vez.

—¿Me despido, preciosa?

—Bueno.

Me tiende su mano suavísima y fuerte y oprime la mía en silencio. ¿Se trata, realmente, de «la despedida»? No puedo concebirlo. Y debo aprender lo que son angustias y fatigas. Pero de veras. Quién sabe si por primera vez en mi vida. Empiezo a urdir planes en el acto, me paseo por mi habitación fumando desesperadamente y, si no busco alivio en el brandi manchego, es por pudor. Claro que no bajo a cenar. Sube, en cambio, Medina cuando menos podía esperarle.

—Me ha sorprendido no verle a la hora de la cena. Como le tenía preparado esto, he venido a traérselo. ¡Disculpe mi intrusión!

Pone sobre mi mesa un paquete de cigarrillos egipcios elaborados a la inglesa. Conoce mi gusto.

—Gracias, gracias infinitamente. Tome asiento: tenga la bondad.

Diríase que ya se dispusiera a hacerlo él mismo. Con tal naturalidad lo hace. Por mi parte, fallan todos los resabios de picardía.

—¿Brandy?

—Ahora no, muchas gracias.

¿No sería un pretexto para tomarlo yo mismo? Medina guarda su silencio como si algo aguardase. Que yo me tranquilice un poco, probablemente. Aquí fallo también en mi esfuerzo de mostrarme sereno.

—Voy a probar sus cigarrillos, ¿me acompaña?

—En otra ocasión. Fume usted, se lo ruego.

Es tan delicioso el tabaco que me ha traído que el efecto sedante se produce casi instantáneamente. Debe advertirlo Medina, porque inicia la conversación.

—Le supongo enterado de la boda de Trauman y Ana Singer.

—¿Singer?

—Es su apellido. En castellano quiere decir cantador o cantante, ¿no es así?

—Exactamente.

—Pues no creo que cantará victoria. En este caso, más que de Historia, se trata de anécdota con matiz dramático.

—¿Está usted hablando de Sara Trauman?

—Sí. Hasta un observador próximo hubiera percibido difícilmente en la tiniebla del jardín el enguantado puño engarrado a su látigo famoso golpeando bárbaramente a la intrusa.

—¿A Ana Singer? ¿A su madrastra?

—Debió impulsar la acción de su amiga la convicción absoluta de que tenía que intervenir de modo inmediato, con rápida, con fulmínea decisión. ¿Para qué comunicarle el origen de la información que le proporcione? Bástele saber que es fidedigna.

—No lo pongo en duda, no puedo ponerlo en duda.

Prendo un nuevo cigarrillo, recurro moderadamente al brandi manchego y me paseo maquinalmente por la habitación. Inmóvil, inmutable, Medina me contempla. Solo tras una pausa continúa:

—Como la recia mujer de su padre empezara a chillar, su muchacha, muy bajo, le escupió estas palabras: «¡Si grita no sale de aquí con vida! ¡Y nadie sabrá la causa! Si quiere vivir, vamos a vivir en paz. Y usted tendrá que someterse por la sencilla razón de que es lo que le corresponde. ¡No se me atraviese en la vereda! Seré la de antes. Así, mi padre tendrá todo mi cariño y a usted no es imposible que acabe estimándola». Después, con el *knut* bajo el brazo, la sostuvo y la condujo al interior de la casa. Aún se le oyó decir, ya más tranquila: «He procurado no hacerle daño. No necesitará cuidados especiales».

—Gracias, Medina, por orientarme con tanta bondad en horas de confusión. Es probable que sin usted no hubiera sabido nunca nada de lo ocurrido esta noche.

—Creo poder decirle que es seguro que jamás lo hubiera sabido. Adiós. Descanse y piense en lo que nos espera.

—Adiós. Gracias otra vez. También por los espléndidos cigarrillos.

Fino y tácito, le veo desaparecer. Y solo cuando me encuentro solo nuevamente me vuelven unas palabras tuyas, que no dejan de ser extrañas: «piense en lo que nos espera».

«Debe ser la euforia que me invade. Porque ya estoy calculando las clases de ejercicio físico más adecuado para mantenerme en condiciones. Mi escepticismo, creo que saludable, y mi incurable picardía, que a veces resulta un poco ingenua, me han colocado en una situación indudablemente singular. Podría mandar, sé que dotes no me faltan: pero no me interesa en absoluto. Está claro que no me refiero al tipo de mandón *féroce*..., ¡por Dios! En todo caso, parece que me están mandando y que son otros los que se encargan de las decisiones. A lo mejor acabo en literato.»

Lo de descansar ha sido un buen consejo: siento cansancio. También Súrole, a su edad, me ha confesado cansancio alguna vez. Mas hay en ella una obstinación de que yo carezco. Y de la mala, de la más terrible: de esa que no se nota. «Sin querer, descubro algo terrible en ella y me lo repito sin que alcance a desentrañar su enigma velado. Se trata de algo muy interior, muy íntimo, que a veces se creería que obedece a deliberado propósito y en realidad carece de designio por completo. Transmite como un resplandor que no sé de dónde le llega. Lo único que sé, con el más total convencimiento, es que por eso y solo por eso estoy yo aquí y que no vería el modo de desahirmarme, aunque quisiera, de una fascinación que está colmando mi existencia.»



Bien temprano vienen a avisarme:

—Al teléfono, señor.

—¡Súrole, lo esperaba! Es verdad que lo esperaba.

—Ven ahora, luego, por la mañana, por la tarde, visítame en el jardín, en casa..., porque si pasa mucho tiempo soy capaz de presentarme ahí yo misma. Ven. No contestes. Adiós.

Vuelo con los minutos que tardo en llegar al jardín de Súrole, a cuya puerta, por primera vez, me espera mi amiga. La traspasa el sol, me toma de las manos y me lleva por el camino florecido hasta el banco de nuestros coloquios. No me ha sonreído ni de lejos, parece angustiada y feliz, y la encuentro ligeramente pálida.

—Que tú existas, Súrole, sencillamente que existas, es tan inconcebible prodigio que su simple contemplación me descubre un aliento que no sé lo que es. Hay en ti algo fiero y domado al mismo tiempo: ¿en qué consiste? Es una de las revelaciones que espero de ti. Vendrá cuando tú no quieras que venga, probablemente.

—Probablemente.

Por su semblante creo advertir en ella una ligera alteración hepática, que a su edad solo leve y transitoria puede ser.

En voz baja, con apagado hablar, me dice sin preámbulo:

—Se ha sometido, se ha rendido, quizá. Sé que se trata de una paz exterior, pero de una falsedad que es la pura evidencia. La prefiero, no obstante, a la otra, siniestra y oscura. Hay guerras de liberación y yo me he adelantado a tomar posiciones, contra mi voluntad. ¡Esto no lo hubiera querido yo nunca! Ni otras cosas..., tú lo sabes bien. Hasta qué punto debo estar en guardia no lo ignoro. —Hace una pausa, como si la agobiara una fatiga. Luego, midiendo cada sílaba imperceptiblemente, prosigue—: ¡Cuánto enemigo y qué pronto! No aludo a los de fuera, sino a los de dentro, los increíbles. Tanto que a veces me resisto a creer en ellos.

Replicar casi me parecería profanación abominable. Prefiero distraerme con el matiz romántico que la nueva situación presta a su belleza sin nombre y que aun resalta el oscuro traje que viste, muy en desacuerdo con esa primavera. Por decir algo, pregunto:

—¿Y tus caballos?

—¡Qué sería yo sin mis caballos! —es lo que, sin contestarme, en realidad, contesta. No puede menos de volver a su tema. Y ahora casi hay en sus palabras un acento de melancolía—: Dentro de casa, Juan Tagle: dentro de casa. Es verdad que dentro tuvimos ya un enemigo peligroso, mas ahora puede decirse que la ciudadela está ocupada.

Me mira con ese modo suyo de apasionada distracción, pasa el brazo por el respaldo y me estrecha contra sí. Como yo solo percibo en mi interior al «hombre de Altamira» cuando me siento malamente acosado, una manifestación amorosa de calidad tan alta me deja un poco pasivo e inerte en la apariencia, casi indiferente para quien no acierte a adivinar. Porque el sentimiento de estupor es pronto relevado por un sentimiento de dicha que luego me hará preguntarme por qué se me otorga tanto. Me reprocharía que no lo merezco si pudiera decirse qué cosas sí se merecen o no se merecen.

Se apodera de la muchacha una evidente laxitud de felicidad cuando de pronto, apartándose, y con la más ingenua expresión, pronuncia estas palabras:

—¿Sabes que Ana Singer te quiere conocer? Así, de pronto. A lo mejor ha pensado en cautivarte.

—A lo mejor. Quién sabe si haría mejor pareja que contigo.

La réplica es un pellizco en el dorso de la mano y una sonrisa que por fin me deja ver sus hoyuelos. Después, en castellano un poquito a la andaluza, contesta:

—¡Mala persona!

—Algo suena a copla. Te han enseñado algo, evidentemente. Aunque no sé si será de lo más recomendable.

—Como sea, entre sueños y coplas, no olvidemos lo demás.

—Del todo, no. Hay que dedicarle su tiempo, pero yo creo que después hay que olvidarlo. Lo contrario sería convertirse en una criatura atormentada, que es la mejor manera de malograr las cosas.

—¿Tú qué piensas hacer?

—Nada.

—¿Cómo «nada»?

—Estar alerta es como no hacer nada, ¿no te parece?

—No. —Luego añade—: Habrás suspendido tus trabajos de profesor despistado, pero que no hagas nada es imposible. Aunque te lo propusieras, no lo conseguirías.

—Te quiero.

—Eso, además.

—Eso antes que todo.

—¿Y después?

—Ya te he dicho que a lo mejor acabo en literato. Y me dejo mandar por gentes simpáticas y capaces, Súrole. Por ti, por... otros.

—Eso parece. Pero tu alerta no se reduce a una actitud pasmada.

—Habrà reacciones momentáneas, posiblemente.

—Calculas menos que yo.

—No calculo.

—¿De veras?, ¿de veras?

—Bueno, un poquito calculamos todos.

—¿Olvidas esa atávica picardía que tanto te disgusta?

—Pues la había olvidado. Tampoco me gustan mis canas prematuras y alguna vez las olvido. Y lo mismo me ocurre con tu terrible y tranquila precocidad. Me pareces una persona mayor.

—¡Mira!

Se pone de pie, riendo, y su gran talla parece confirmarme una realidad quimérica. Porque si, con toda su precocidad, no fuera tan niña, ¿podría ser tan adorable?

—Juan, te quiero más que tú a mí. No acabas de acostumbrarte a esta pasión.

—No me la explico. Me explico vagamente la mía, desde luego. No me exijas el hábito. No lo alcanzaré nunca. Cada día me pareces más extraña. Quién sabe si por ello mi adoración sea mayor cada día.

—¡Te quiero! No sé por qué. No me pregunto por qué. ¡Te quiero!, ¡te quiero! Te quise al conocerte, sin darme cuenta yo misma. Y ahora solo esto puedo decirte: ¡no te alejes de mi corazón!

—Ni la más prolongada ausencia lo lograría. ¿Sabes que en castellano «ausencia» es tanto como nostalgia, como *Sehnsucht*?

—Me seduce oírlo. ¿Ni en las «ausencias» de la muerte te alejarás de mí?

—Ni en las ausencias de la muerte, Súrole. Porque ni con la muerte podrá sucumbir tu milagro.

—¡Juan!

Que ingenuidad tan transparente pueda ir de la mano de las más temibles y amenazadoras facultades y de una asombrosa virtud para la acción, diríase que «impropia» de un intelecto especulativo en lo entrañado de su esencia, es una verdad que solo quien ha penetrado en ella puede creerla.

—No, no creo que estés ahí, que alientes, que vivas, Súrole. —Se acentúan la palidez de su rostro y la laxa felicidad de su expresión nuevamente—. Hasta mañana —le digo. Mi sensibilidad dolorosa no soportaría un nuevo encuentro dentro del mismo día.



—¿Es usted moldavo, Stern?

—Lo soy, aunque nací en Alejandría.

—Como Rudolf Hess.

—Sí. Parece un sarcasmo. Con la familia aprendí el moldavo, en la escuela el alemán y en la calle el árabe. Sé lo que es el desierto. Así me fue fácil enrolarme entre los regulares españoles de Marruecos como indígena. Adquirí alguna experiencia antes de hacer aquí el servicio militar mandado por estos oficialitos. Conozco el castellano corriente, pero con un hombre como usted prefiero hablar alemán.

—¿Se propone permanecer en Moldavia mucho tiempo?

—El necesario.

—Eso no es decir nada.

—Hasta que vuelvan.

—Comprendo. Dígame en que puedo valerle.

—¿Le disgustaría que echásemos la llave por dentro?

La echa él mismo con su manera ejecutiva. Luego me ofrece un siniestro puro.

—Gracias. Solo fumo cigarrillos. Del licor de la tierra de Don Quijote aceptará un trago.

—Y un doble, como un su país dicen, ¿se acuerda?

Le sirvo con generosidad y no desdén yo el estimulante hoy. Estoy cansado sin motivo.

—Usted necesita acción, don Juan, ¿entiende? Cuando se ha hecho uno duro, el final no importa. —Le temo un poco y parece advertirlo—. Medina está ausente. Yo le acataré hasta donde me he propuesto acatarle. No crea que soy un desatentado. ¿Pero le parece bien que les dejemos ganar tiempo?

—Tal vez, sí. Si se previene, el atacado suele ganar.

—¿Si se previene! Ahí está la cuestión. Para preveniros justamente vamos a iniciar reuniones secretas en Tatarasch y contamos con usted.

—Conforme, si no es impedimento que esté también con los otros, con derecho a reserva.

—Con todos los derechos. —De un enorme bolsillo extrae una especie de croquis—: La hora exacta, las recomendaciones pertinentes, el fusil-ametralladora recién revisado... Todo lo hemos tenido en cuenta.

—Pero, querido Stern, es la segunda vez que usted me equipa.

—Ahora no podrá interponerse nadie —responde con brusquedad. Y luego—: ¿Sabe manejar la maquinita?

—Creo que aceptablemente.

—Mucho cuidado de que no se caliente el ánimo, si llegara el caso. Aquí tiene, en este paquete, lo necesario para contener a una compañía. —Se ríe tan saludablemente que hay que creer en él. Después dice—: No serán tantos. Probablemente no será ninguno.

—Y todo esto a espaldas de Medina.

—Es la mejor manera de ayudarlo. ¿Sabe usted que se ha visto nuevamente a Sulima en la ciudad? Y Medina, con sus matemáticas, no se ha enterado.

—¿Está seguro?

—Ni de otras cosas se ha enterado. Ahora le imitan el estilo.

—No es tan sencillo que lo logren.

—Lo están logrando ya. Ni hablar más del asunto. Este papel gris encerado le servirá para envolver el arma.

Examino el croquis con atención. Parece no faltar detalle.

—Debo salir a las cuatro y media.

—Si saliera a deshora, llamaría la atención. Así el envoltorio parecerá la merienda.

Se ríe nuevamente, contagiosamente. ¡Es envidiable! Cuando nos despedimos a la puerta de la habitación, diríase que echo de menos en el pasillo una sombra vigilante. Se apodera de mí un desasosiego curioso. Es como si fuera a intervenir en algo, todo lo loable que se quiera, pero a espaldas de la ley.

«¿Y qué me importa a mí esa ley convencional? Stern está claro que custodia a Súrole con más eficacia que yo. Se mueve en su terreno. Medina, en cambio, parece ignorarla en cierto modo. Medina... ¿Pero quién sabe lo que prepara Medina?»

Mi amiga acepta mi disculpa telefónica con el dulce anhelo con que ahora habla conmigo. Tendré que salir por la puerta trasera.

«Parece un cambio circunstancial, transitorio, más que una verdadera metamorfosis. La chiquilla está aprendiendo lo que es fatiga y angustia y ansiedad. ¡No lo sabía! Pero vamos a trastear a lo pícaro a este berrendo.»

Aunque tiene más de designio que de convencimiento mi propósito, no me abandona la certidumbre.

Falta medio minuto para las cuatro y media cuando salgo por la puertecilla del patio y tomo la dirección de Tatarasch después de haber estudiado minuciosamente el croquis. No encuentro dificultad para orientarme fuera de la ciudad, como suele ocurrirme. Paso por detrás, exactamente, del antiguo cuartel general de Nathan Falk y comparsa. Ya en la estepa de profundo horizonte, diríase que me llevan de la mano. Voy seguro y tranquilo, casi divertido y bastante escéptico. La aureola política, la tremenda fuerza de la acción de Stern se me escapan por completo. Me gusta él individualmente y nada más. El magnífico soldado que presiento en Medina es algo para mí de incomprensible valor. Que Stern sea antes «lo necesario» no lo concibo. Será que el intelectual y quién sabe si el literato de cierto tipo se evaden, sin querer, de esa hervorosa y espléndida vida natural a ras de tierra.

Que la estepa sea rica y alumbre criaturas singulares también es difícil de concebir para un cántabro. Las estepas son los graneros del mundo y sus hijos tienen una mo-

vilidad inquietante. Casi soy de Madrid y siempre me sentí allí como un extranjero. Súrole, a través de generaciones, ¿no viene de yermos de suprema huraña? Y mi tema será siempre la adoración a una extraña.

«La terrible dulzura de Súrole no la comprenderé nunca. No, de eso no sé nada. Es decir: sé que me tendrá asido indisolublemente por el resto de mis días.»

Voy vestido a la ligera, aunque de recio paño, voy calzado adecuadamente, mi paso es más rápido de lo que parece y, sin embargo, un frígido aire estremece mis huesos. Consulto el reloj: llevo tres cuartos de hora de camino. Diviso ya el pequeño barranco señalado en el croquis.

«¿Cuidado? Creo que sí...»

Como un par de hombres podrían atajarme atrincherándose en él, la sombra que creo haber atisbado me hace detenerme.

«Resguardo no tengo, pero ahí están esas piedras.»

Resplandece al sol, flamante, mi arma. Stern me advirtió que «los del lado de acá» acudirían todos individualmente y a distinta hora para no llamar la atención.

Si mi presunción se confirma, está bien que resplandezca el arma, porque ya estoy sobre el suelo y en dos minutos me he construido la excelente avanzadilla en que me encuentro con unos pedruscos ideales. La posición es buena y estoy listo. Parece que mi ingrata picardía no fue tan ingenua esta vez. Ahí no hay quien se mueva. Flanquearme, en esta amplitud, sería imposible. Solo que llegasen de atrás.

Empiezo a quedarme frío con la inmovilidad. Pero no debe ser la inmovilidad lo que lamente. Puede contribuir la nerviosidad que no me disimulo. Y algo más. La proximidad del barranco es señal evidente de la proximidad de una vaguada y la ley de la capilaridad se hace sentir. Una evidente humedad que se manifiesta en la superficie va paralizándose poco a poco. Y este sol no tiene fuerza. Si dura mucho la situación, a lo mejor me precipito y suelto la primera andanada.

«Nada conseguiría. Ni que me contestaran. Esperarían incluso hasta la noche y en retirarse no hay que pensar. Si abandono el resguardo y me ven las espaldas, estoy perdido.»

Como mi oído derecho, que es fino, lo tengo aplicado al suelo, percibo el galopar de un caballo a mis espaldas indudablemente. Pruebo la retrovisión con mi espejito

de bolsillo. Es inútil. Pero el galope se acerca tanto en escasos minutos que decido volver la cabeza con suprema lentitud. No veo nada.

Veo, en cambio, un indudable movimiento en la gente del barranco. Oigo rodar una piedra. Por un instante advierto como una reflexión de prismáticos.

«Ahí deben estar viendo ya lo que no veo yo.»

Poco después creo adivinar que delante de mí solo tengo el silencio del despojado. Y al volver la cabeza veo detrás de mí a dos hombres que avanzan a la carrera. Las zancas de araña de John Schüller son inconfundibles y pronto reconozco a Karl Meyer también.

«Casi tiene gracia. Medina no solo se preocupa de Súrole: se preocupa de mí también.»

John Schüller me arrebató el arma con afectuosa brusquedad y con medidas de experto se va acercando al barranco.

—Se esfumaron. ¿Le parece bien que nos encaminemos sin demasiada prisa en demanda de una colación caliente antes de que nos deje en mala forma la temperatura? Le salvó su habilidad. Resérvela, que tendrá ocasión de emplearla —me dice.

Deben advertir el cansancio, nervioso probablemente, que hace algún tiempo siento, porque regresamos a paso lentísimo.

Yo no sé por dónde ha hecho desaparecer el arma John Schüller, ni se lo pregunto. Curiosamente toman para entrar en la ciudad y en el hotel el mismo camino que para salir tomé yo. A Stern no alude ninguno de los dos.

—Gracias. Hasta luego. Necesito un baño caliente.

John Schüller no me devuelve el arma, ni yo se la pido.





ALGUNOS ARTÍCULOS



Ramón de la Serna y Espina fue un periodista excelente que escribió y publicó centenares de artículos a lo largo de su vida. Los primeros los redacta estando en Berlín, cuando comienza a colaborar como corresponsal extranjero para el periódico madrileño *La Libertad*; en su columna se dedica a la descripción de la vida cultural de la que entonces era la capital de la República de Weimar.

Ya en estos primeros artículos sobresalen las peculiaridades de la escritura de Ramón: la capacidad de captar cosas que generalmente pasan inadvertidas; la ironía, la fina inteligencia que, como un láser, pasa a través de la realidad que le rodea, y la prosa cuidada, sólida, rotunda, que denota un largo proceso de reflexión.

Su carrera de periodista se interrumpe en los siguientes años madrileños y será retomada al trasladarse a Chile. Este, de hecho, será el período más prolífico en la actividad periodística de Ramón, el de su colaboración en el diario chileno *El Mercurio*, trabajo que mantendría hasta su muerte.

Parte de los artículos que aquí reproducimos son precisamente los publicados en ese periódico. Otros son inéditos; se trata de textos que escribió para ser leídos en un programa radiofónico en el que participó y que tenía intención de publicar; algunos, sin embargo, ni siquiera formaron parte de esas audiciones, ya que el programa fue suspendido.

Es muy difícil, casi imposible, encontrar un hilo conductor entre estos textos. Ramón escribía sobre los temas más dispares, sobre asuntos que le inspiraban, sobre argumentos que manejaba mejor que nadie, de modo que sus observaciones no fuesen obvias y su pluma resultara reconocible. Sí resulta evidente que en buena parte de los artículos pone su atención en la brecha que existe entre apariencia y realidad; el periodista empieza analizando un tema desde un punto de vista generalizado, compartido por la mayoría, y, a medida que avanza, lo que hace es subvertirlo a través de razonamientos tan lógicos y estudiados que el lector, aunque no quiera, acababa convenciéndose de lo contrario.

[440] ALGUNOS ARTÍCULOS

Me gusta imaginar que este fue el desafío que le obsesionó durante toda su vida: desvelar lo que hay detrás de la apariencia de las cosas, llegar a la esencia, a la verdad. Es lo que hace con la mayoría de sus personajes de ficción y es lo que hace con sus artículos. Y espero que sea también lo que hacemos aquí con su obra escondida y aislada: desvelarla.

[D. A.]

SAGITARIO

[Publicado en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 6 de mayo de 1953]

EL PRIMITIVO NO SOLO se nos sale de la intimidad armado de la zarpa ávida de los instintos atávicos, como salió Minerva, armada de todas las armas, de la testa de Júpiter: en determinados estratos de los núcleos urbanos del mundo entero podemos observarle, ambulante y pululante, en efigie viva, en personal presencia. Y por una razón muy simple: fueron los más rudos e incultos, los más bárbaros, los menos hábiles, los primeros que debieron ceder sus tierras al avance de una agricultura en trance de racionalización. Su rebeldía, tan humana, y su inflexibilidad les impulsaron a acogerse, en su mayor parte, al asilo de villas y ciudades en formación embrionaria, donde se dedicaron a los oficios más humildes, como siervos primero, sometidos y estigmatizados, manumisos más tarde y —para hablar con Bécquer— dotados de la fecundidad del «lecho de amor de la miseria», que les hizo multiplicarse, sobre todo con los progresos de la industrialización y los avances de la terapéutica, de forma tal que hoy el crecimiento sin tope de las grandes urbes y los conflictos sociales y económicos que acarrea constituyen, para las mentes responsables, una amenaza tan grávida de peligros que se llegó en algunos países a una restricción persuasiva de la natalidad, del tipo de la que, por espontánea intuición, practica la burguesía francesa desde mediados del pasado siglo. Se ha dado aquí marcha atrás por bien obvias razones. ¿No está tenso, con hurañía obstinadísima, ese psíquico arco pronto a disparar la enconada flecha del perenne sagitario que podría ser hoy el proyectil dirigido, por ejemplo? En el mal sueño de los hombres sin fe se teme, sin embargo, y parece ser la opinión de los iniciados, que ello no baste: que hará falta carne de peones en avalancha por todas las lejanías del Oriente, por todas las latitudes del Occidente angustiado. ¿No vienen a ser las ofensivas y contraofensivas «de paz» como tácticas

declaraciones de algo que solo podrá intranquilizarnos más aún? Nos frotamos los ojos y nos preguntamos cómo la ceguera humana puede ser tan inmensa.

Otros campesinos elementales, arreados ya por los primeros tanteos de la técnica agraria, se refugiaron en los más fragosos extravíos y se extinguieron poco a poco o se encuentran en proceso de extinción. Pero la migración secundaria ha continuado por la casta urbana engrosada en términos increíbles y esta vez de ciudad a ciudad, o más exacto: de las pequeñas poblaciones a la gran urbe, que crece y crece con carácter de patológica proliferación. Como ante lo desmesurado de la afluencia la absorción normal no ha sido posible, sobrevive, diríase que intacto, el hombre elemental de la áspera ruralia, con la «felicidad» subconsciente del sin camisa o del bien encamisado y abrochado y bravo. En este explosivo encontrará siempre voraz réplica la tea cruenta de todas las demagogias.

Por quién sabe qué palanca, se aprieta un día la mandíbula de los frenos, y la máquina de la producción, aquí y allá, se para, porque tenía que ser. La «culpa», si es que hay culpa, se diluye de tal forma que para desentrañar su última raigambre habría que practicar la disección por los flancos más inverosímiles, encontrar nuevas vías, salidas y veredas vírgenes, atajos y rodeos desconocidos. ¡Habría que hacer lo imposible! Nos encontramos ante esa cosa tremenda que es un hecho histórico para el que carecemos de perspectiva. No hay, traslaticamente hablando, «alumbramiento», porque no estamos en situación de ponerlo «en condiciones» de que se produzca. Y entonces, entonces mismo, es cuando lo más insospechado, lo más fantástico puede emerger desde la calígene de los más engarrados presagios de la psique. Sobre el hormigón de la acera ambula un obrero sin trabajo. Como «el otro día»: ¿lo habéis olvidado?

Fue en el período que se ha llamado «veranillo de la cultura alemana» y que tal vez fue primavera que no llegó a fructificar, ni a cundir, agostados sus brotes por la vaharada montés del alma semieslava de una mesocrática stirpe, ebria de ambiciones y dueña al fin de los destinos de un pueblo que se le había resistido siempre, considerándola extraña y remota a su ser, incluso exótica. Por virtud de la vital paradoja, puntualísima esta vez, como siempre, la xenofobia, el «odio al meteco», adquirieron

caracteres de frenesí. Por entonces se podían presenciar en un café escenas como esta: a un camarero se le injuria por su presunto acento extranjero, gritándole «Ausländer» (extranjero precisamente), a lo que él, indignado, replica: «¡Soy Rheinländer!»; es decir: soy renano. Hablaba con ligero matiz dialectal, eso era todo.

La zapa clandestina de misticismos oscuros al fin cala determinadas zonas del sentir colectivo, las contagia, las infecta y las invade. Surgen la Orgesch y la Liga de la Saña. El mediocre literato muniqués Harrer funda el Partido de Trabajadores. En él ingresa con el número 7 un obrero sin trabajo oriundo de la Alta Austria.

En la emocional textura humana de este rústico iluminado ejercerán un influjo, sin valla racional que lo contenga, las mágicas doctrinas del general y profesor Haushofer, transmitidas por su discípulo Rudolf Hess.



LA TORRE INVISIBLE

[Publicado en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 25 de diciembre de 1955]

ENTRE LO TACITURNO O DESGARRADO del tiempo trágico y la horrible alegría del tiempo alcohólico, queda apenas lugar en el terreno de la ética, es decir, de la «razón práctica», para el tímido y esquivo y acosado «tiempo eufórico». Tiempo material —la voz del pueblo no vacila en materializar lo más inasible— nos sobra siempre, o más exactamente formulado: no nos falta nunca. ¡Pero cuán pocas veces se siente la deriva maravillosa, a la vez tibieza y fresca y leticia, del tiempo más espiritual que existe, del tiempo eufórico, ese extraño hijo del enigma! Porque el tiempo de un rapto por las esferas excelsas tiene más de divino que de espiritualmente humano. En la aprehensión del tiempo eufórico hay algo de quimérico designio, ya que no se trata de una realidad que tomamos, sino de una realidad que recibimos. De pura dádiva, pues. En trance tal, no podría afirmarse, sin embargo, que poseemos lo que se nos otorga, todo lo contrario: es ello lo que, en acto de delicia, nos posee, nos convierte en poseídos, casi en posesos, si damos al vocablo una virgen y traslaticia significación.

Sobre lo que haya de descubrimiento peregrino en esta magnitud del tiempo, no sabemos que se haya escrito nada memorable, aunque de ello se haya hablado algo, quién sabe si mucho. No se ha planteado el tema problemáticamente sobre la mesa o desde la tribuna, no se ha pensado en «explotarlo» especulativamente. En el poeta es querella o deliquio. Pero al poeta se le ama o se le odia, no se le escucha para obedecerle, para tomarle en cuenta cuando se tiene presente una finalidad, ya que si su grito o su susurro habrá sabido de conseja, en cambio, de admonición, de consejo, no ha sabido nunca.

El tiempo eufórico no es solo el que anhelamos, sino el que de veras necesitamos: el que necesitamos con avidez trófica, con hambre. Y suele ser el que nos roban los demás.

Decíamos que no recordamos sobre el tema nada digno de recordación y añadíamos que sobre el mismo debe haberse hablado, incluso mucho, tal vez. Pero no olvidemos que hay una manera de escribir que es como un modo de hablar: la manera del periodista, justamente. Al verse obligado a buscar el ágora, en el ágora ha de encontrar su sitio. ¡Y con qué finura, con qué abnegada conciencia de la responsabilidad, con qué fuerza y qué decoro sabe hacerlo, a veces! Su sitio en el ágora es entonces como una torre invisible.

El tiempo eufórico diríase muy apropiado asunto para el diálogo «socrático», para el que se guía por la alta norma del dechado inextinto. Mecido por los giros intensos de la palabra gozosa, que con solo hablar se recrea, que ni al repentizar olvida la cadencia, que crea sin proponerse crear y lo hace por la simple virtud de su ser, presentimos al tiempo de la euforia, ciego para la adversidad y el dolor, y adivinamos cómo, sin que se explique ni necesite explicarse, atraído por un cimbel oculto, se llega, es presencia ya, se tiende, dura.

Reparemos, no obstante: si el monólogo es el diálogo del hombre consigo mismo, ¿sería excesivo proponer que el diálogo auténtico, el puro coloquio, es una forma de monólogo, a su vez?

Al diálogo socrático suele aludirse con interpretaciones demasiado simples, demasiado fáciles, demasiado «claras». Como el del periodista con el lector, es, en verdad, monólogo. Un monólogo que tiene en cuenta la pregunta que, no por ser tácita, deja de «interrumpir». El periodista, el auténtico, el de casta, se siente interrumpido, aunque no oiga la interrupción. En su monólogo debe, pues, contestar al que interrumpe y alega. Lo hace siempre: es su secreto, su clave.

Este juego antiguo, en los días áureos de la dialéctica, los del Hemiciclo ateniense, no fue posible, en la elevada esfera del pensamiento, sin Sócrates mismo, ni lo sería, más tarde, sin otro «Sócrates» cualquiera. Del personaje capaz de trasuntar la figura socrática no puede prescindirse si se quiere que el noble «diálogo» se produzca, se sostenga y sea realidad: él da la señal que lo inicia, él es quien lo patronea, le atraviesa vallas y le abre portillos, le infunde validez, le otorga finalidad y le pone fin. Lo colectivo no significa aquí nada. Tan indispensable es la vigilancia y la guía del inelu-

dible personaje que, para que el cosmos dialéctico no se convierta en gárrulo caos, su dechado se imita por el ámbito modesto de los debates y está presente en las ingenuas asambleas de los mozos más díscolos o los más sesudos diletantes.

El periodista escribe, se dirá, mientras Sócrates no escribió nunca, al extremo de que solo «de oídas» sabemos de él. ¿Pero no hemos dicho que la manera de escribir del periodista es como un modo de hablar? ¿Qué alcance tendría lo hablado por Sócrates que, así como el tiempo histórico se cuenta por lo acaecido antes y después de Jesucristo, el «tiempo» filosófico se mide por lo pensado antes y después de Sócrates!

Del gran periodista muy a menudo solo de oídas sabemos. Y sin embargo, a la postre, las cosas acaban siendo como su hablar nos lo dice.

Si Hermes —el Mercurio de los latinos— era el dios de los brigantes, era también el mensajero de los dioses. En su etérea torre del ágora, del mercado, el periodista de excepción es portador, raudo agente, de un alto mensaje. Lleva alas en los talones y el caduceo empuñado, aunque se esfuerce en disimularlo y apenas se le note.

Y así, como Hermes mismo, no corre: vuela.



CAUTIVO DE LA ESPERANZA

[Publicado en *Occidente*, Santiago de Chile, 1957]

PARA RENUNCIAR HAY QUE TENER. Quien no tiene ¿cómo renunciaría? La esperanza mira, vuela al mañana. Lo ciego se hunde en la calígene del pasado, que le pertenece. Como no ve, palpa, rept, necesita escamas, anillos, para el descenso. Para el ascenso, que pide alas, no tiene facultad. No se avino con la sombra el poeta. Juan Ramón, le decían. Juan Ramón se llama en el aún eterno. No bajó, no se avino: hacían falta escamas. No se verificó en él la *katabasis*: no descendió al antro. Tenía por qué. Por qué renunciar. Y no querer, claro que fue no poder. No quiso, no pudo. ¡Le retuvo la esperanza! Entrevió apenas el claustro infernal, que renovaba ya, innovaba el perennal bostezo en un gran ensayo sobre la zona oscura, mostrando los portillos de la espelunca enorme. Mas al poeta Juan Ramón le repugnó lo enorme hasta en el mar, hasta en «el mar bruto» entrevistado por la boca de una bocacalle. Es el que tiene y no renuncia a tener, la renuncia del que no tiene solo es símbolo negro, es ya enormidad. Al poeta Juan Ramón le repugnó el mar bruto. Lo quería inmenso y verde pálido: no enorme.

El nuevo ensayo sobre la zona oscura apretó lo plástico y lo musical en un haz confuso. El ofidio dejó oír su crótalo y el glaciador derivó, asolando, arrasando, crujiendo, lento, con el tumbo lejano de un mar bruto, enorme. Juan Ramón, el poeta, no supo envejecer con lo que llegaba, con lo arcano, con lo anciano que volvía, sin alcanzar aún la poesía alta del encarnado verbo, sin tocarla aún, sin mancillarla. Se hizo a un lado con esguince de lidiador, de marismeño. ¡Oh, se hizo a un lado! Dejó pasar la gran avenida del detrito enorme y esperó y la vio precipitarse, acelerarse, al fin, y la oyó derrumbarse, lejana, con el tumbo distante de un mar bruto. Está muerta ya, derribada, enterrada. Pero en los ecos se oye aún el sonar primario, con tantán de parches, con paso viejo de un descomunal recién nacido, con el andar pesado del amanecer,

cuando el hombre acababa de erguirse. Y ya no canta, nunca cantó: suena, perora con la voz subterránea de ese dios del granito que balbuce en los cráteres. Solo suena en los ecos, porque nadie dice ya: suena. Suena. Con la grandeza siniestra de las orografías, con el resuello de los páramos. Ya solo suena. Anulado por el dios infernal lo divino, el gemir arcaico, inarticulado, es todo percusión, es sonar todo: sonar es su poder oscuro. Sonar, con el decir ausente, lejos de lo divino, del espíritu intacto, intangible, de la luz hecha carne: del logos. Por eso, ¡renunciad si habéis entrado! En la espelunca, la palabra muere. Poetas del averno: ¡sonad tan solo! Sin decir, sin hablar siquiera. Mantendréis así el tumbo, el remoto; el derrote ciego, el bramar, el angear del mar bruto. No, no busquéis lo inmenso, que será en vano. Con lo enorme quedaos.

¿Que la «lógica» es soma también, materia, que la «razón» es también instinto? Casi acabamos de enterarnos de que es así. ¡Mas de qué otro modo es así! Ya Herder decía que un alma sin cuerpo es algo tan monstruoso como un cuerpo sin alma. Solo que el alma se ha vuelto sospechosa: esa serpiente errática, inhumada ya, era toda alma y era toda cuerpo. Tenía la voz de un dios telúrico y aún tiene el eco de un dios. De lo divino no sabía nada, en lo celeste no atisbó nunca y su gran desconocido era el espíritu y seguiría siéndolo por siempre, aunque en el eco lo remede, torpe.

Siendo ese ser torpe, tiene que haber nacido astuto, que nace astuto, necesariamente, quien nace torpe. El brujo de la horda se introdujo en los laboratorios de la mente y robó el misterio del sol. ¡A pedazos quiere hacerle estallar sobre la cerviz del mundo! Mas si con lo divino, que es lo en verdad terrible, la trampa falla, con el brujo de la astucia la trampa sirve. ¡Está en ella ya! ¿No veis el puñal asido, en alto aún y sangriento como la lanza de San Jorge sobre el dragón humillado? ¿Que el dragón tiene su poesía? ¿Pues quién no quiere tenerla? Sí, el dragón tiene su poesía y aún se la oye sonar.

Ya es casi el día del ventarrón claro, con su *katálysis*, con su tarde de brisas tibias y fragancia. Caerá luego el telón de lo inmenso y la noche vendrá, creyente; caerán luceros frígidos, copos y, sin fragura entre mármoles, las acrópolis de la cólera y el pensamiento se cuajarán de lámparas. De su atrio encendido salió, sale, saldrá siempre la expedición, la exploración, la nao de Tarsis.

Tras el periplo, el retorno, el arribaje, con su acarreo y su vellocino, con su toisón de oro. Piden carena las quillas, la chusma necesita el baño: los dominadores proceden con ronco afán a la depuración, a la sublimación. No les basta volver seducidos, no les basta volver enriquecidos. Todavía es chusma la marinería: chusma tiznada, contaminada en la rapiña, manchada. Y todo quedaría en robo sin la mutación del rapto. ¡Por qué desvíos trotaron, Señor, con qué futuros metecos traficaron, qué ardidés los suyos, qué líos de trajineros incurables! Eran guerreros del mar y el guerrero, como el trovero, tuvo siempre algo de mercader. En la nómina de su importación figuraban coplas, flautas de jazmín, *puellae Gaditanae*. El mercader lo era de tesoros, de mitos, de hermosura: no había otro comercio. Todavía no se traficaba en lobos.

¡Depuración, baño de fuego! Volvían del Ártico, de Thule, por el helor mordidos, sucios del abordaje, roídos por el hambre de todos los apetitos, volvían de la barbarie del Oriente ofuscador y la barbarie es refinada: ebrios, volvían, por Babel aturdidos, con sus torres sagradas y sus présagos retumbantes, expertos en el temblor de las estrellas y en el temblor de las entrañas, en la prostitución sagrada y su norma y en la regla del incesto.

Pero no es el viaje en la nao de Tarsis lo que importaba, lo importante, sino el viajero. El viajero: no el viaje. En el papiro se ponían los libros de la relación en ringla trémula. El viajero de las acrópolis nos contó su viaje y nació la crónica. ¡Parece hoy mismo! Por la parte de los infieles, las tierras de la extensión sin límite, guerras de exterminio y carros de batalla como los de ahora, casi como los de ahora, el crimen por el aire en la saeta, riquezas, regadío, táleros, promiscuidad, abundancia de volcada cornucopia, desastres de geológica magnitud, prosperidad con la muerte encima, desplante, ostentación.

Mas si el viajero descubre y atesora, del viajero se aprende, se le imita y la imitación prende unas veces, las tierras de la extensión son fecundadas. Otras veces no pasa el trámite de un remedo: la procesión de Huánuco tiene muchas versiones.

El viajero, al descubrir, advirtió algo tremendo: que empezaba a descubrir lo que llevaba acostado en el alma. Hubo como un desperezo en el entresijo más remoto de su psique, lo adormido apenas; despertó, diríase, al topar con lo afín y el retroceso

sobre el propio ser solo en apariencia fue contagio. El espíritu, en trance tal, retrocede siempre sobre el alma: retrocede y cede. Sabe que a la fiera hay que cebarla para domarla luego, como en el blasón de los Ceballos («es ardid de caballeros, ceballos para vencellos»). El presunto contagio, así, persistió en formas atenuadas, cultivadas: pederastia, Eleusis, fábula, deidades angélicas, las del éxtasis claro, arcangélicas furias, las del dolor ardiente, bello y oscuro. Para la fealdad no había entendimiento. La así llamada en arte, no es fealdad, si es arte. Ni había sentido para la bondad, ni para la santidad espacio. No había santos, no había buenos. Los buenos vendrían, con el declinar cristiano, al secarse las fuentes.

Juan Ramón se llama, en el aún eterno, el viajero último de la nao de Tarsis. ¡En Tarsis había nacido, en el cruce! Juan Ramón, el romero, con su avión heráldico, su ángaro y su crucería, es el último hijo de Tarsis y el último viajero de la nao. Le precedió, en el signo, un poseso de pelo jaro, ginovés de nación. También tuvo la maestría y el conjuro. A su grito, el remo fue gavia, la nave, ave, el mar tenebroso fue la mar ancha y el río, ría, y en la ría tres barcas con tres divisas: un virgo, una niña, una pinta de plata. Los pájaros marinos reviraron a tierra con aleteo de asombro y sobre el oleaje hubo pinzones. Parió un mundo, inventó un estilo. Los continuadores así hablarían: «y hallamos mucha mar y viento y orgullo de corriente» (Sarmiento de Gamboa).

A Tarsis —al cruce— ve Juan Ramón llegar los zíngaros del Hindukusch con su señorío y su gongo y sus panderos y sus osos dormidos. Le pasaban por delante y él les deja pasar, que está de vuelo. A Trebisonda, a la soñada Orplid, a Calicut, se marcha, príncipe de los peregrinos nuevos, rocío y conchas en su esclavina y en los dedos, quemándole, el fruto de un fervor. Ni en los días áureos del Renacimiento encuentran par sus versiones. Si en Hafis vio Goethe un dechado, en Tagore vio Juan Ramón un deudo. Tradujo a Tagore y tradujo a Goethe, y al hacerlo nos dio una versión más de sí mismo. ¿Qué podría hacer, si no era este milagro?

No escapó a la racha de abominación la bifronte, la bicéfala antinomia Oriente-Occidente. Ya no se puede repetir «Oriente» aludiendo al de hoy y al «Occidente» de ahora no se le puede mentar. Mas, si Juan Ramón nombra a Oriente, dice: no es el espurio, y si de Occidente habla dice que no es el espurio. ¡Qué ingenuo advertirlo,

decir que lo dice cuando no necesita decirlo! No necesita decirlo, nunca lo dijo, lo añadimos nosotros en pura ingenuidad. ¿Por qué lo hacemos? Pues por cuanto es y cuanto significa Juan Ramón, porque nos asimos a él desesperadamente y que él no nos deje de su mano. Por cuanto es, por cuanto significa.

Con esa alucinación de los adelantados, ígneos de locura, los que al Oriente buscaban por Occidente, quedándose en un Occidente por ellos agigantado, alumbrado por ellos, se olvida un poco a los romeros del Oriente encontrado, con rodeo también, mas por la mano cierta. España los mandó al Levante. Y muy allende los mandó Portugal, que es Hispania lusitana. La tarraconense y la bética, sin embargo, tuvieron también, por las rutas legendarias, sus baqueanos más erguidos. Y con ellos, en espíritu y cadencia, Juan Ramón, que así se llama. Mas si hay olvido en lo que España envió a Oriente, olvido hay en lo que de Oriente recibió la nación española como ninguna. Lo último —qué rico, qué precioso— fue el último viajero quien lo trajo. Singló con él la nao de Tarsis para el trance postrero. Se cerró el ciclo. Sellado quedó con su sello: J.R.J.

Sería ver el Azoguejo y no ver el Acueducto. Por aquel aledaño de Tartésida, donde el poeta nació, ni el halalí venatorio de los cotos ducales, ni el jaleo de la Blanca Paloma con sus fandangos santurrones (no se acaba de llegar, ¿dónde está el Rocío?, ¿ve usted aquella nube?, ¿es el Rocío!), ni los pagos fragantes, ni los Goyas del palacio de la Marismilla, con ser grave cosa ya, nos lo dicen todo, aunque algo de lo otro nos digan también. Lo otro es la más viva, la más grandiosa conjunción de Oriente y Occidente que maniobró el destino en el tercer polo de la tierra: en Tarsis. De allí arrancaría el flujo de la expansión occidental que traería el reflujo que nos invade, sin que nos acordemos de dónde viene, sin que siquiera sepamos por dónde viene. Hasta qué extrema realidad llega el gran hecho, polarizando el detalle, el episodio de la vida humana, nos lo revelan cosas así: allí conoció el poeta —allí, en el cruce— a la mujer que iba a acompañarle; desde allí partió él mismo a las Indias occidentales, a su retorno, de sueño y fantasía, del más fabuloso Oriente. Allí, allí mismo, en el cruce, en La Rábida, se cruzó con ella, allí le cautivó, allí quedó, ya por siempre, cautivo de la esperanza. Mas no creáis que la suya tomó el color suave de la flor que él ama tanto: el color rosa.

Su esperanza es dramática y, si queréis para ella una rosa, encarnada ha de ser como una sangre, como un ascua, shakesperiana y roja ha de ser, rosa de cantar vieja canción («to sing a song that old was sung»), rosa de la esperanza vencedora: la de Lancaster.

Adolecía el poeta. Para conmover su mente, el espíritu en ella aposentado, pedid la exhalación, acaso baste. Mas basta el céfiro, el suspiro, el pétalo, la pluma, para estremecer su psique desde el claro exterior, desde el afuera, desde la selva oscura o la estrellada que a la interior replica. ¡Imaginad lo bronco, lo tosco y vil de la existencia! Le dejó vulnerado, ya de mozo: herido inmortalmente. Y aunque de él apenas se sabía, el mundo supo lo acaecido. La paradoja, es decir, el portentoso, había empezado. El más docto, el más famoso doctor de la poesía española, firmó el diagnóstico entonces, sin dar receta, por ventura: «Juan Ramón Jiménez sufre de esa dolencia que consiste en tener el alma a flor de piel» (Rubén Darío). Sin otra máquina que el soplo, el rumor se esparció, voló mundo adelante: llegaba desde el Occidente de las ínsulas y las tierras del Imperio sin noche, ¿pero adónde llegaba? También se sabía sin saberlo, también se sabía que llegaba al polo «donde Occidente nació» (Schulten); al cruce, a Tarsis, donde también nació el poeta.

Y también del poniente, del punto mayestático, del Occidente vasto, el sin confines, llegó la amiga, el ángel, la dulce compañía, obrera fuerte. A cumplir el mandato, llegó, sumisa, y cumplido el mandato, se fue, sumisa. La constelación dio, exacta, lo que la vida fingió azaroso.

En «Tarsis, mercadera», nació el poeta, exactamente. Por donde el río hace mestas, sobre la tuera, y de acerbo, se pone amargo y cadencioso. Todo el alledaño es «lugar Codiciadero», poseído de seducción y espanto. Detrás, Sierra Morena, su espalda zaína, con lo escondido: lo que la mercadera necesitaba, que si nada tenía, como nadie ambicionó, atesoró como nadie. En la isla-estación de transbordo antiquísima del estaño hiperbóreo, del ámbar, los toros de Gerión aún se apacentan. Huele a flores destrozadas. Allí —en el cruce, en el tercer polo del mundo— hizo la primera salida el poeta misterioso, como un manchego, por acaso, y también de amanecida y también escurrido él mismo, pero fino y mancebo en su mítico asno, que, por gala y donaire, trocó la cabalgadura y así Rocinante se llamó Platero. En la olímpica pradera, luego, se encontraron

y juntos pacen. Por compañeros divinos, un perrito, un canario. Y el recuerdo infantil, goces y miedos, por Tarsis se quedó, mas aún le tira en la mano al poeta como a la rienda el cabeceo. La Fata Morgana en la lejura de la Marisma y por sus veredas el juego lindo, «tú que sí, yo que no», el mohín turbador por las veredas, «que me quiero ir ya», y la flauta con su dulzura ambigua, con su engaño, yéndose siempre, y acercándose siempre, medroso, el tambor de los mineros.

En la frontera de Espeluy empieza la América mayor: es su frontera y Tarsis queda dentro. Es la que, con el acento en la palabra, con el ritmo en la voz, unió al poeta y a su esposa, que de América vino, si no es que de América volvió y aunque volvió a otra América honda: la inicial, la primera. Por la frontera de Espeluy —por estar dentro Moguer— sigue unido a América, con acento y ritmo, Juan Ramón Jiménez. Esa frontera es la que de él nos separa. Insalvable la hemos llamado alguna vez: insalvable parece. ¿Mas qué español que para serlo sirva no aprendió a saltar la barrera del coso y a meterse en la lidia, en la lid? Martincho era navarro y, si no fue torero, saltó a los toros. Como saltó Goya, que tiene su romance marismeño.

La inspiración remece algo dentro, pero su propio significado nos dice que viene de afuera. De arriba, se creía. De abajo llegó siempre, además, aunque solo lo sepamos ahora. Es compañía también la compañía «distante» y quién sabe si no es distante, y la «próxima», quién sabe lo que es, quién sabe nada, mas, si acompaña y vela, puede ser causa o medio de inspiración. Próxima y distante fue la esposa para Juan Ramón Jiménez y sigue siéndolo. Irremediablemente inspirado, el poeta no sabe por qué, es él quien nos dice que no sabe por qué, que este sentimiento es *involuntario*. Pero ¡qué fantástico coincidir! Emplea, para decírnoslo, la misma palabra, exactamente la misma palabra que para expresar idéntica idea emplea Nietzsche: *unfreiwillig*. Que el andaluz sea aquí formalmente más sobrio que el sajón solo al que maneje el concepto falso de lo bético podrá sorprenderle. El profesor de Basilea nos hace sonreír, casi nos da un poco de risa con lo gestero que se pone. Juan Ramón, al decirnos que el trámite es involuntario, que es así, sencillamente, qué le vamos a hacer, lo dice de forma que nos hace pensar si no se está riendo un poco de nosotros. Y es que, para este elegíaco, no hay elegía sin ironía. Por algo vuelve siempre a Goethe.

A Juan Ramón Jiménez no se le acabará de descubrir. ¡Quién sabe si él mismo no ha desdeñado algo que luego arderá solo! Los Idilios goethianos de Wilhelm Tischbein empezaron a mostrar lumbre hace catorce años (hablando desde 1957), con un destello tan límpido que nos deja en el puro arrobó. Pues hasta a la muerte misma, como un pedernal frío golpeado, le arranca fuegos el Juan Ramón de la romántica alcuernia, aunque lo sea en apariencia nada más, el elegíaco que no se deja asir, simplemente el poeta esquivo a las pinzas, al docto instrumental, y que si de la elegía convenida se evade, imaginad cómo se le va a retener en la ficha de una escuela.

Sí, de un pedernal frío golpeado:

*¿Cómo, si estás ya muerta,
la pena mira así,
viva, en tus ojos todavía negros?
¿Qué es lo que muere, entonces, la alegría?
¿Qué es, entonces, lo eterno, la tristeza?*

*Yo no seré yo, muerte,
hasta que tú, en tu turno, vistas
de huesos pálidos mi alma.*

Si el tiempo alemán es el andante (Nietzsche), acaso sea el adagio el bético-americano (no el africano negroide con que ha empezado a tatuarse), metidos ambos, desde luego, en esa metáfora que no soporta la batuta. Aquí no puede hablarse con ningún género de pedestrismo, ni con el del pie de la letra, ni con el del pie quebrado. Es un tiempo poético que toma respiro, pero no descansa, es la prisa lenta, la *festina lente*, diríamos. Pero Goethe lo ha dicho ya y Juan Ramón lo repite, citándole en su texto, sin tocarlo:

*Wie das Gestirn,
ohne Hast
aber ohne Rast...*

No se apresuró nunca, Juan Ramón, como un lucero no se apresura. Y si es sazón de repicar, Juan Ramón lo hace ordenadamente, como en el conflicto entre el racionero (Góngora) y el campanero, que incurrió en castigo por no acatar la consigna de don Luis: «Hay que tañer con orden». Si este Juan Ramón tolerase un «don» que no le gusta, podría decirse que don Juan Ramón dispone que la irrupción misma sea ordenada. Y es que por su diócesis la danza nunca pareció pateo:

*Llegó rompiendo, llenos de rocío,
los rosales; metiéndose, despedregando
los pesados torrentes; levantando,
ciclón de luz, los pájaros alegres.*

¿Y quién supo como él, con estelar ironía, meter la inmensidad en un puño? A la enormidad no le dio vereda: la atajó, la arreó y la dispersó. Acaso usó el sarcasmo, alguna vez: la fusta; acaso había en su risa algo de náusea, mas, al fin, la ironía, en su espíritu, es lo que dicta. Quien tanto no aprendido sabe, ¿cómo no va a saber que ni de la enormidad propia nos libramos? Menos que de ninguna de la propia. De esto a entregarse, a rendirse a la enormidad, median abismos. ¡La inmensidad está por medio!

*Al amanecer,
el mundo me besa
en tu boca, mujer.*

*Tengo bastante con este pedacito
del divino, inmenso sol.
Sobra para el arraigo de mis pies.
En él divinamente inmenso me haré yo.*

Vive en abrazo con la inmensidad: abrazado por ella y a ella abrazado. Y aun, por juego, metida en un puño, como su memorable dedicatoria «a la inmensa

minoría». Quien sabe entenderle, sin embargo, sabe que Juan Ramón no es hombre de minorías y mucho menos «selectas». Lo selecto y lo inmenso no se compadecen. Una minoría selecta no puede menos de ser, en alguna forma, por esto o por lo otro, una minoría cursilona. Pero sí es hombre de soledad Juan Ramón: de algo inasequible, pues de algo que es una sed, un deseo, un quisiera con el que quisiera estar *en todas partes*:

*Libro, ¡afán
de estar en todas partes,
en soledad!*

Pero ¡la ironía, la ironía! Hasta en el juego metafísico calderoniano para cuando «dispertemos»:

*¡O, qué hermosa realidad!
(¡Que no vaya a ser un sueño!)
¡Y si es un sueño, tú, Dios,
ten mi cuerpo y dale cuerpo!*

Y en una pregunta, solo como interrogación, sin desplante, el reto al instinto, a la tiniebla, en el nombre del espíritu y su potestad, en el nombre de la gota de agua y la lanza de San Jorge, en el nombre de lo más claro, de lo más temible:

*¿Has taladrado, a fuerza de mirar
un sitio solo, la tierra?*

¡Mas su esperanza! Por cones de infinitud, de intemporalidad:

*¡Nostalgia, aguda, infinita,
terrible de lo que tengo!*

Nostalgia viva: esperanza que es realidad viva también, mas con tragedia, terrible como la rosa invicta, la encarnada. Es su realidad, la suya, esta esperanza, la realidad, la esperanza que ya tiene.

La que a él le tiene, cautivo.

Y la naturaleza sometida, la fiera domada, dócil: ¡salta, jaguar, por el aro! Logrado, conseguido, con esa brisa que tiene fuerza de huracanes. Juan Ramón, caballero en su asno mítico, derriba cíclopes, torres abate y arrasa selvas bárbaras. El viento de su brisa llega cargado de sol, y así, mata con luz, quiebra con ala, con ímpetus de Oriente que el aspa occidental, manchega, bética, reduce.

Con viento solano.

Y con un hálito igual, sin término, sin descanso, con el engarre seguro, recio y ligero, de este andaluz ebrio de eternidades:

*¡Venid, siglos venideros,
tened! Y ahora, huid, volad,
que ya os volveré a cojer
antes de vuestro final.*



COLOQUIO NOCTURNO

[Publicado en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 9 de noviembre de 1958]

FUE COMO SI EL GRANDE anduviera rondando la filosofía y el menor estuviera ya dentro y le invitara a pasar, abriéndole la puerta. Dio la casualidad de que era la puerta de su casa, una noche de julio de 1794, en la ciudad de Jena.

Lo cuenta Goethe mismo, no son palabras ni pensamientos que se le atribuyen; lo cuenta con el descuido admirable de su prosa más admirable y con la sinceridad más transparente. Porque se presenta como el porfiado, casi como el torpe, como el colérico incluso. La obstinación de Schiller, en su relato, adquiere un contorno humanísimo; qué señor tan terco y rudo podía ser Goethe alguna vez. ¿Pero hasta dónde? Hasta esa linde fluida que no deja de iluminar el decoro: hasta ahí y sin pasar de ahí. Schiller era infinitamente más listo que él, más bondadoso también, si no más bueno. De los dos, Goethe era solo el grande.

La lección del ayer suyo para el hoy nuestro, que es aquí lo que importa, está en el fondo de la cuestión también, no solo en la forma que cobra al desdoblarse en tema. Esto aparece siempre, en cierta medida, condicionado por aquello. Pues bien, el fondo de la cuestión era entonces de actualidad trágica, y que lo fuera y no solo ocupara la mente de poetas y pensadores, sino la de gentes de toda condición y categoría algo nos ilustra sobre aquel tiempo y sus preocupaciones, y bastante, de paso y sin quererlo, sobre el nuestro y sus afanes.

Las chifladuras de algún raro profesor pueden traer consecuencias de la más inquietante magnitud. Se trata de muy vieja historia. Y aun puede ocurrir que, cuanto más chiflado y más raro es el maestro, de más fenomenal calibre son las consecuencias. En el proceso de preguntas sin fin de Immanuel Kant —fue un terrible preguntón el profesor regiomontano—, las respuestas que del hombre obtuvo fueron

las más sonadas, fueron las más ingentes, así como las que otro profesor de nuestros días —no menos chiflado y raro que él— obtuvo de la Naturaleza fueron las más lívidas, las más aterradoras. El hombre habló con la idea; la Naturaleza respondió con el trueno. Para un alma religiosa, en ambos casos, fue como para caer de rodillas.

¿Llegaron a «entenderse», al fin, Goethe y Schiller, en su disensión, en su discrepancia? Era como si, al intentarlo, al esforzarse para lograr un acuerdo, solo hubiesen logrado una tregua, un descanso para recobrarse y volver a la carga con la locura de su tema. Es lo que suele ocurrir. ¿No hubiera sido mejor dejarlo? Hubiera sido demasiado razonable, sin duda. «Dejarlo para luego» es lo más que se consigue.

Goethe solía asistir a las sesiones periódicas de la sociedad científica fundada por Batsch. Allí encontró a Schiller una vez, lo que no debió serle muy grato. Al salir tropezaron casualmente y ya siguieron juntos. Criticaron la sesión como tal sesión y en esto sí que estaban acordes; cómo no iban a estarlo. «No se la explicaban», como no se explicaban tantas cosas de cada día. Pero asistían a sus debates. Con alusión al de aquella noche, Schiller manifestó sus dudas sobre tan fragmentario modo de estudiar la Naturaleza. Goethe, que pensaba lo mismo, replicó que tenía que haber otra manera de considerarla, dejándola gravitar, entera y viva, desde su totalidad sobre sus partes. Schiller, sin ocultar su escepticismo, hubiera deseado que la proposición se le esclareciera. Pero, en esto, habían llegado a su casa. Ante la puerta abierta, Goethe no resistió la tentación. La especulación recibía estímulo, además, para él como para nadie, de la cálida aparición de la mujer que salía a su encuentro: la mujer de Schiller, a la que, desde su infancia, «se había acostumbrado a admirar».

No había que dejar atenuarse el rehílo de la «cosa» (*Ding*), para hablar en kantiano, como aquí corresponde: la cosa a que alude el «fenómeno». ¿Sería también la del «hallazgo» de las actuales filosofías? Como gustéis: basta quererlo y tener gracia —esa gracia de toque altísimo— para exponerlo y defenderlo. Atención, sin embargo, que quien aquí se calza los patines no deja ya de patinar. Pero volvamos a Goethe, que —hablando en plata— no dejó enfriar la cosa y, entrado apenas en casa de su adversario y amigo, reanudó la pugna. Imagínadle ahora, soberbio y dieciochesco y magnífico señor, vibrando la pluma de ave entre el pulgar y el índice. Era un hombre

alto y moreno, de rostro latino (latinizado era el apellido de su madre). Él contemplaba el mundo a su modo y con fiera pertinacia se atrincheraba en este derecho, que creía sagrado. Lo hacía con esa doble virtud del intelecto que es acicate y contención. Ahora le aguijaba, incisivo, en el ardor del alegato, en la exposición de «lo que de la experiencia misma se desprende», según él: «... expuse, con vehemencia, la metamorfosis de las plantas y con algunos característicos rasgos de la pluma hice surgir ante su mirada una planta simbólica». Schiller siguió el proceso expositivo con vivísimo interés, intuyendo, adivinando lo que se quería demostrar, mas, cuando hubo terminado Goethe, disintió con el gesto, exclamando: «Eso no es una experiencia: ¡es una idea!». Goethe replicó: «Muy bueno para mí eso de tener ideas sin saberlo y hasta verlas con los ojos». Después comentará la actitud de su amigo ante la Naturaleza diciendo que «la asió por el lado de algunas empíricas y humanas naturalidades». Succedía que Schiller era kantiano. Goethe era goethiano nada más.

Había antagonismo, un antagonismo fundamental, entre los dos alemanes, y no dejó de haberlo nunca. El célebre «Coloquio», sin embargo, es un alarde casi de lo que siempre ha exigido como delimitación, como dique, la alta expresión apasionada. Pero es que en la expresión, sin más, en la expresión simplemente, hay la aparente paradoja de que la palabra sea freno y no vehículo: el término inexpressión sería ficción, la inexpressión no existe, es la suma expresión, la que, al no decir nada, lo dice todo. No hay expresión más exorbitante que la del gesto inmovilizado, sin tono, atónico, mudo; ni siquiera la sucesión de gestos de la pantomima. Grita, no habla, el expresionismo, por ejemplo, bajo todas sus denominaciones, incluso la que le cuelga su marbete a lo que todavía sigue siendo «lo último». La más significativa, la más elocuente, la más desapoderada, la más violenta palabra todavía es contención de aquello que, con fuerza «inefable», expresaría *indeciblemente* más de lo que ella misma podría expresar nunca.

Para defenderse aquí hay que cuidar la armadura como los conquistadores españoles: sin limpieza y primor para el cuerpo y el hierro, no hubieran podido resistir. Fue su secreto. Que pueda aprenderse, que pueda imitarse, no lo sabemos. Pero hay que cuidar la armadura.

[464] ALGUNOS ARTÍCULOS

¿Sería posible hoy un coloquio parecido a aquel? Y sin ser posible esto, ¿será posible, por ventura, lo otro?

Y qué curioso, qué curioso. No tenían prisa, no tenían ninguna prisa los dos alemanes que en una calleja de Jena, sorbidos por la gran resaca, poseídos del *mysterium tremendum*, ebrios de algo impalpable, discutían, bajo un voleo de estrellas, sobre la Naturaleza y sus cosas.

EL VALOR PRÁCTICO DE LA POESÍA

[Publicado en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 2 de junio de 1962]

SI DE ALGO PRÁCTICO DECIMOS que es poético parecerá un contrasentido lo que decimos, incluso podrá parecer que nos expresamos con ridiculez o cursilería. Aludimos aquí, no a aquello que, bello o feo, poético o no, puede ser práctico por mera contingencia, sino a lo que en lenguaje corriente entendemos por específicamente práctico y sobreentendemos que es, por esencia y siempre, antipoético, no poético por lo menos. Lo práctico, lo económico —suelen identificarse a menudo estos conceptos—, es hoy la gran palabra, la gran consigna. Si de algo podemos decir que es económico, que es práctico, es como si lo hubiéramos santificado: sabemos que será acatado sin discusión. ¿Y si decimos que es poético? Pero nadie lo duda: si en la vida corriente decimos de algo que es poético no redundará precisamente en su ventaja. Incluso tendremos que proceder con cautela, disculparnos. Una sonrisa amable no será la peor réplica. Pero todos sabemos que hubo épocas en que no era así. Y parece que no va a ser así en el futuro. Ahora bien: ¿puede, en realidad, proponerse responsablemente que lo poético tenga «además» un valor práctico? Preguntamos si «en realidad» y no olvidamos al hacerlo lo que en la realidad viva significa la paradoja.

La premisa de todo el avance práctico que caracteriza a nuestro tiempo ha de buscarse en lo puramente científico y en la técnica científica. Unas veces el técnico científico rectifica y «compensa» al científico puro, como en el célebre caso Einstein-Rutherford. Otras veces, el técnico científico es rectificado por el científico puro o simplemente por la realidad. Y aquí Siemens tal vez sea el caso más interesante de error, así como Diesel lo sería de acierto. ¡Pero también a estas cosas alcanza la nivelación en proceso incontenible! Y en buena hora, porque se trata de la más deseable:

de la nivelación por las alturas. Ciencia y técnica van nivelándose en una acción recíproca cada vez más intensa.

Que la poesía ha prestado servicios prácticos de fundamental valor a la geografía, a la arqueología y a la historia es de sobra conocido. Incluso parece que también se los ha prestado a la minería, según revelaciones de muy reciente data. Esto último pertenece a la misma línea que lo anterior: no es nuevo aunque sea reciente. Hay algo nuevo, sin embargo, nuevo sobre todo por su creciente reiteración, por su frecuencia mayor cada día.

Quienes debemos tener trato diario con los más recientes y serios trabajos científicos y filosóficos no salimos de nuestro asombro ante la frecuencia con que los sabios más eminentes de hoy recurren, no ya a la cita poética ocasional, sino al testimonio de la poesía como prueba y refuerzo de esas tesis y esas teorías que, como hemos visto, son la gran premisa de todo el avance técnico y práctico de nuestra época. ¿Es este avance raudo, vertiginoso, o por el contrario tiene paso y cadencia de estrofa?

El dinamismo de la cultura se mantuvo siempre, hasta el punto de que se consideró extraño el carácter de algunas culturas en cierto modo «estacionarias», como la china tradicional. Hoy son bastantes los que han presentido el ritmo real de nuestra cultura y el presentimiento es cosa del subconsciente y a este no se le engaña: no se deja. Me refiero a la intuición de que, con todo lo espectacular de los grandes avances prácticos, técnicos y científicos, no galopamos tanto como creen algunos. En su derivar profundo no van tan aprisa las cosas como en la sobrehaz. Por dar un solo ejemplo: la teoría de los cuantos de Max Planck —reforzada con el descubrimiento por Einstein de los cuantos lumínicos—, ya sexagenaria, es en estos momentos, ahora mismo, podría decirse, cuando, sin revelar su enigma, tal vez indescifrable, nos ayuda a descifrar y comprender, en la medida que esto es posible para la mente humana, los inauditos fenómenos que en las exploraciones y atisbos de la física novísima se evidencian.

Cadenciosa, rítmicamente, marcha todo este negocio: ¿poéticamente? Sin demasiada hipérbole podríamos contestar que sí. Y lo admirable es que los propios hombres de ciencia, los altos doctores de la técnica científica, son los que, de facto, nos lo confirman. Al clamar por el espíritu, claman ellos mismos por la poesía, la buscan, la

aman apasionadamente, como en el peregrino caso de Robert Oppenheimer, nuestro huésped insigne de unas horas. Hay para la estupefacción en lo que, con su búsqueda de poesía, los sabios encuentran. ¿No suena a fábula que sin el poema didáctico de Lucrecio —*De la naturaleza de las cosas*— probablemente no podría hablarse hoy de energía nuclear?

Sonará entonces a maravilla cuando el sabio y el poeta se dan en la misma persona, como ocurre con Adelbert von Chamisso, el gran romántico que pasó por Chile. ¿Y quién que pasó por Chile no quiere volver? ¿Qué podría ensombrecer su retorno mágico a una tierra por ley y tradición hospitalaria?

Pero aquí penetramos ya en el sanctasanctórum de la poesía, olvidando todo lo demás.



DESCRÉDITO DE LO SUBLIME

[Publicado en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 9 de marzo de 1963]

¡TEMA DE ACTUALIDAD SI LO HAY! Decir que lo sublime está desacreditado es como decir que está desacreditado el Himalaya. Lo desacreditado es lo que por «Himalaya» quiere hacerse pasar, sin serlo, y contra ello cierra hoy el sarcasmo de la tragicomedia con causticidad inaudita. Merecido lo tiene esa simulación, merecido lo tiene esa falacia. Pero lo tragicómico empieza a convertirse en rutina y manera: empieza a amañarse. A crear hábito, como algunas drogas, y como ellas, a perder virtud con el exceso. Otra cosa es la zumba, la burla saludable, la eutrapelia antigua, con su perennidad y su retorno: está volviendo siempre, está de vuelta y no se irá jamás. No crea hábito porque ella misma es un hábito natural, como lo es la respiración. Sin su compañía lo sublime no respira, sin su contraste no sabe vivir.

Se ha dicho que para combatir las ideologías y su estrago innegable se crean ideologías nuevas y que la actitud «anti» es ideológica ya. ¿Pero queda otro recurso? El prejuicio contra lo intelectual y contra el intelectual es cronológicamente anterior al prejuicio contra las ideologías. La diferencia está en la estación de origen [...]. Contra lo intelectual se lanzaban por gente sencilla, como armas arrojadas, con más ingenuidad, míseros engendros intelectuales justamente. Todo esto se ha puesto un poco aburrido, un poco monótono. Así, con lo tragicómico tenemos para rato. Por ciertos flancos de la actividad artística es ya cosa corriente. Más aún: es la corriente. Ahora bien, ¿crear es seguirla, es ir «con» la corriente? ¡El creador ha ido siempre «contra» la corriente desde que el arte existe!

La burla de lo sublime nació con lo sublime mismo. En el intento de alcanzarlo atisban los ojos del sátiro y acechan los riesgos más crueles del fracaso y el ridículo. La parodia de lo sublime se barrunta ya en los mitos más oscuros, se manifiesta,

áspera, en lo aristofanesco, para saltar a lo shakespeareano, hecha paradoja, al cabo de inasibles transmigraciones y metamorfosis. Hoy se contorsiona nuevamente y reitera la escena de un revolcadero que no encuentra par en el pasado, ni podrá encontrarlo en el futuro. Vino esto con el viejo Brecht —nunca fue joven— y continúa con los que le continúan, con los que le siguen y remedan, con menos talento. Lo que eso lleva dentro son, en nuestro caso, recuerdos de la adolescencia. ¿Y cómo convencerse a sí mismo de que las «viejas» cosas de la juventud son las cosas «nuevas» de la vejez? Porque para uno podrá tratarse de cosas interesantes, desconcertantes, impresionantes, pero ¿nuevas? Lo que aquí vuelve no es un pasado de fragancias, todo lo contrario, más nada es en vano en la vida esta de la tierra y el detrito puede ser fecundizante.

Pero hubo otros modos y los sigue habiendo, y en ellos la suprema audacia era distinta. En los cortejos romanos, la burla del triunfador, de laurel coronado en su carro de batalla, era obligada; la burla sacrílega del albañil, del «masón», del cantero, en la piedra neutral, inerte, de las catedrales románicas y góticas, era tolerada; la burla de la pureza en la tragicomedia sin igual de la madre Celestina es inmortalizada, y hasta la fina burla estética de la propia creación fue consagrada en la corte de Lucrecia Borgia: las tiradas del *Orlando* de Ludovico Ariosto se declamaban en falsete. ¿Y qué hizo Ramón Gómez de la Serna, el recién oído, para quien lo menudo era gigantesco, sino burlarse de todo y de sí mismo y de sus cosas, inacabablemente, con el sesgo de esa metáfora interminable que entreveraba en el dolor del mundo? En el teatro hubiera sido hoy su momento si no hubiera carecido de la más elemental picardía escénica.

Pero frente a la intensidad de lo báquico, frente al siniestro vaho de humanidad de esa bronca procesión de flagelantes en que el chasco y la vaya de carnestolendas se ha convertido con el injerto africano, el drama cómico palidece.

Un «Novum» son aquí esas excelentes revistas sintéticas neoyorquinas, que no han encontrado imitadores dignos de mención y que informan, glosan y comentan en broma cuanto acaece en el planeta y fuera de él. En alguna ocasión, nosotros las hemos tomado en serio. Nos fatigan ya un poco. Es hora de cambiar el disco.

Con Cervantes se nos da, prefigurada, genialmente anticipada, la imagen del humorismo moderno. En lo cervantino, la sátira intelectual, la alta ironía, cobra una

virginal excelsitud con la creación del cuasi divino héroe de la comedia caballeresca. Aquí nos encontramos ya frente al humor: la abeja hace sentir su arrullo cósmico sin que el aguijón se ensañe. ¿Pero puede existir, acaso, el pensamiento sin el rumor de la ironía intelectual? Es el rumor oceánico de la caracola, y el espíritu no vive sin sentirse por él acompañado.

¡Descrédito de lo sublime! Habíamos aludido al hábito más no al indumentario. Lo hacemos ahora para decir que tampoco aquí el hábito hace al monje; quiere decirse que el tema no hace al poeta, al artista. Mucho menos al genio creador. Da la casualidad de que entre lo sublime se cuentan los horrores dantescos y goyescos.



GARCÍA LORCA Y NERUDA

[Publicado en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 26 de julio de 1964]

ERAN POR ENTONCES MIS VECINOS de la calle del General Arrando —una breve y poco frecuentada rúa entre Almagro y Santa Engracia— Federico García Lorca y Antonio Machado. Dueña del edificio en que yo ocupaba un piso era la bailarina Encarnación López, que ocupaba dos pisos, y allí se alojaba, cuando estaba de paso en Madrid, el matador Ignacio Sánchez Mejías. Le visitaba a menudo Rafael Alberti, cuya *Santa Casilda* se leyó en mi casa. Les veía poco. Y pocas eran las veces que, por aquellos días, entraba yo en un bar o un café. Una de estas raras veces, apenas había descendido los escalones del bar de Correos, en la calle de Alcalá, no lejos de la Cibeles, cuando oí que me llamaban y al volverme vi a Federico, que agitó como un banderín el papel que tenía en la mano, indicándome que me acercara. Era un original de Neruda en una hoja dactilografiada. Rodeaban al poeta, recio, negro, Norah Borges, Acario Cotapos y otros amigos. Me senté junto al grupo y Federico prosiguió, a media voz, la lectura del poema como solo él sabía hacerlo. Recuerdo que se leyó allí también aquella noche el texto de una tarjeta postal de Salvador Dalí a mi cuñado, el músico, en que le hablaba de que se había construido no sé dónde un reloj de paja y recuerdo también que, refiriéndose al reloj, terminaba así: «Y anda...».

—¿Cómo no vas por la revista? —pregunté a García Lorca.

—Ya iré... «Que entre y que salga», sé que ha dicho Ortega, por lo que a mí respecta, dictando una norma de conducta. Ya volveré... cualquier día.

No volvió jamás.

La *Revista de Occidente* se había negado a reeditar el *Romancero*, cuya primera edición se agotó en cuestión de horas y no volvería a imprimirse en edición no fraudulenta hasta que Victoria Ocampo lo reeditara en Buenos Aires. Pero todo el mundo se sabía

el *Romancero* de memoria. Empezaba ya a hacer estragos *La casada infiel*. Con ironía de la mejor ley, Alberti decía que era un éxito «pornográfico». En la pieza teatral de Gómez de la Serna *Los medios seres* —los intérpretes llevaban media cara pintada de tizne—, se intercala, no se sabe bien por qué, este romance, que obtuvo la única ovación la noche del estreno. Se lo acabamos de oír a Gassman por una carretera italiana. En Santiago, Alone se lo oyó recitar hace tiempo —y esto tiene ya resonancia medieval— a uno de esos mendigos que se cuelan en los buses con su cantilena.

La Xirgu rechaza *Yerma* a García Lorca; la Membrives estrena *Bodas de sangre* en un teatro bonaerense; la Xirgu, entonces, acepta *Yerma*. No digáis que es estulto: decid que «es así». Con su magia personal irresistible, Federico transformó a la Xirgu en *Yerma*. Parecía otra, sin su lloriqueo y su amaneramiento. Después de este éxito, me dijo el poeta: «Ahora voy a hacer algo de frac». Quería decir algo de pensamiento, naturalmente. Ojalá hubiera sido posible. Pronto le reclamarían desde Buenos Aires.

La noche del encuentro en el bar a que me he referido insistió mucho en que volviera por allí: «¡Conocerás a Neruda!». Algunos días después, efectivamente, Federico García Lorca me presentó a Pablo Neruda en aquel mismo sitio. Se habló de cosas de que no estaba yo muy informado y me sorprendió que Neruda soportara las agresiones de Vicente Huidobro con mucha mayor tranquilidad que Federico los sarcasmos de J.R.J. Con alguna de las personas del grupo Neruda hablaba en inglés. Es muy importante, desde más de un punto de vista, esto del buen inglés de Pablo Neruda. En su anterior viaje, había entregado un original a Guillermo de Torre, entonces secretario de *La Gaceta Literaria*, que lo encontró «oscuro». Nuestro poeta volvió la espalda y dejó aquello. Se fue. Ahora su original había sido aceptado por Bergamín, el sutil aforístico, director de la excelente revista *Cruz y Raya*. Tuvo larga espera, sin embargo. Transcurrían las semanas, los meses... «Estoy ya neurasténico», me dijo una noche que nos encontramos en el escenario del Español.

¿Sería excesivo suponer que con *Residencia en la tierra* nació Pablo Neruda para el mundo y las constelaciones? El hado quiso que le sacara de pila un demócrata cristiano con la bendición de los jesuitas. *Cruz y Raya* estaba financiada por Ruiz Senén, de la banca Urquijo, apoderado de la Compañía de Jesús. Neruda ignoraba esto en absoluto,

como el niño ignora quién le bautiza y qué nombre van a ponerle. Naturalmente tuvo que acabar sabiéndolo, pero es como quien se embarca sin saber dónde y, cuando se entera adónde va el barco, ya han levantado el portalón. ¿Pero hubiera encontrado otro barco donde embarcarse? Por el pasaje en este tuvo que esperar hasta perder la paciencia y ya antes se le había negado el pasaje donde le hubiera correspondido.

Cuando García Lorca regresó de Buenos Aires se le cubrió con una densa cortina de silencio. Al cóctel con que le agasajamos sus amigos en el hotel Florida concurríamos cuatro gatos. No podría darse ejemplo más impresionante de resentimiento colectivo.

Pero en la sala del hotel nos esperaba, como en el corral de una antigua venta, la caja de sorpresas, el retablo de las maravillas, el tinglado de marionetas maniobrado por el propio García Lorca, que dio la réplica a los resentidos con parodias de tan diabólico ingenio que quién sabe si por ellas no quedó ya sentenciado. Allí sonaron y resonaron todas las malsonantes y no ambarinas palabras del arroyo matritense y granadino, por supuesto sin soporífera «significación más profunda» (*tieferer Bedeutung*), entre burlas y veras. ¡Y con qué gracia! Con la escuela que no envejece porque la vida la mantiene viva y joven, no solo el arte o la temporal inyección de una boga, aunque ninguna sea infecunda y aunque excepcionalmente pueda acarrear una experiencia auténtica que es imposible ignorar, como en el caso de la exploración analítica.

—Es todo —me dijo García Lorca, entregándome el ejemplar *El Heraldo*, diario de la tarde de escaso prestigio y no mucha circulación, con la página que le dedicaba Pérez Ferrero.

—¿Puedes prestarme el ejemplar? Esta noche a las once tengo que ver a Vela. Le hablaré.

Fernando Vela, el fino autor de *El futuro imperfecto*, era entonces —no sé si ha vuelto a serlo— secretario de la *Revista de Occidente* y director de *El Sol*, el gran diario liberal suprimido. Me dijo Federico que no le importaba esperar y que podríamos encontrarnos en un café de la calle de Alcalá que no cerraba hasta la madrugada. Como un curioso añadido a la considerable lista de eminentes españoles «nietos de América», advertiré que Vela es hijo de chilena, como Ortega y Ors eran hijos de cubano y cubana respectivamente.

Pero hagamos un inciso de cierta actualidad a propósito del Madrid cubano de ayer que le hace al Madrid de hoy enigmáticas señales. Acaso demos con la clave de estos signos o con una versión plausible por lo menos. Volvamos al 98, que no solo es una fecha histórica, con el portazo que anuncia el fin del Imperio «sin noche», y una fecha que, con su famosa generación, engendra algo que repercutiría en todo el ámbito de una cultura, sino también una fecha de reintegración atávica con un fenómeno único. Vamos a verlo, porque no lo ha visto nadie.

El general español Weyler inventa en Cuba los campos de concentración que con el tiempo serían en Europa bíblico azote para su raza indomable. En la bahía de La Habana se hunde el acorazado norteamericano Maine al estallar los explosivos que llevaba a bordo. El enemigo tiene la culpa de todo, ya se sabe; la mente humana funciona así y los españoles, que no habían hundido al Maine, cargaron con esta culpabilidad inocentemente. Pero qué vueltas pueden dar las cosas, se dirá. Bueno, es que esto también «funciona así». Ante tales hechos y presunciones, el periodista norteamericano Pulitzer, el del premio, del mismo origen que Weyler y Goldwater (Goldwasser), desata una campaña de prensa que levanta muchedumbres. El vasco Eulate tiene el gesto de meterse en el Hudson con el Vizcaya, situándose donde no hubiera podido alcanzarle el fuego de los cañones de los fuertes. España declara la guerra (todavía había esto: un sueño parece). La escuadra española es deshecha a mansalva frente a Santiago de Cuba. Una bandera arriada y una bandera izada: la bandera cubana, tan bonita. ¿Izada en tierra antillana solamente? Esperemos un poco, que horas son las centurias bajo especie histórica. Exactamente como ocurrió en Chile —con la insigne excepción de los hermanos Carrera, aristócratas de antiguo y «viejos ricos», y alguno más—, la clase más distinguida y acaudalada era partidaria en Cuba del régimen colonial. Pero Cuba está mucho más cerca de la Península y para viajar había ya cómodos transatlánticos que permitieron a esa clase privilegiada trasladarse en masa a la nación de origen. A la capital del reino la mayor parte. Muchos habían amasado inmensas fortunas. Barrios enteros, como el de Argüelles, son barrios cubanos, contruidos con dinero de Cuba. Como la isla era provincia, los funcionarios conservaron sus cargos, así como todos los miembros del ejército y la marina. Perte-

necían a familias cubanas —con centenares de eminentes literatos, banqueros, periodistas, políticos, profesores— el general Berenguer, el general Mola (inventor de la «quinta columna»), etc. De los Franco carezco de datos para una afirmación responsable, pero son de una vieja familia de militares y marinos (el padre era almirante) y muchos de los que conocieron a Ramón Franco, el aviador, veían en él a un típico cubano. Durante el sitio de Madrid, en la última guerra, ventanas, balcones y azoteas de los barrios distinguidos —que no fueron bombardeados— eran un mar de banderas cubanas, las únicas intactas en la acribillada ciudad, como desafiantes en un arrebato de linos, en una embriaguez de flámulas, contra el aire de Castilla. Su hechizo fue algo misterioso: ¡hasta los bárbaros de la FAI las respetaron! Solo ante ellas se detuvieron los anarquistas, que no se detenían ante nada. ¿Y hoy? La consigna de guerra de Pulitzer, su *remember*, su *acordaos del Maine*, ha cobrado una nueva y sorprendente significación.

Pero volvamos del interludio a la escena extraña de la alta hora de la noche en que Federico García Lorca me espera en un café de la calle de Alcalá. Temí llegar tarde: llegué «tarde y a tiempo», como a él mismo le gustaba decir. Desde la puerta le vi, solo, como ensimismado, en la sala enorme casi una sombra. Un minuto me detuve a contemplarle. ¿O fue un siglo? Esperaba... Y yo sabía ya que inútilmente. Aquella misma noche, con su voz ronca, velada, me reveló el enigma del más delicado romance de anunciación: el *Milagro de la Virgen y el niño capado*, también anticipación ibérica —si llegó a escribirse— de los delirios místico-eróticos del cineasta escandinavo Bergman, que se inspira igualmente en el acervo arcaico de la saga. Fue mi último encuentro con Federico García Lorca, que en Pablo Neruda tuvo al gran amigo de su vida. De un tiro en la nuca le asesinaron. Fue como si a España le hubieran hundido una bala en el corazón.

Mi último encuentro con Neruda fue junto a mi lecho de enfermo en un hotel de Santiago, adonde llegó en compañía de Gonzalo Losada, el editor.

Me referí antes a la importancia del buen inglés de Neruda, desde más de un punto de vista. Han empezado los ensayos de *Romeo y Julieta*, que va a representarse en un teatro santiaguino con más gente en el reducido escenario que en la estrecha

[478] ALGUNOS ARTÍCULOS

sala, costoso y desproporcionado alarde. Ahora bien, ha sido afortunadísima la elección de la actriz que encarnará a Julieta, aunque echamos de menos la irremplazable contribución de Orthous, nuestro más alto valor escénico. Pero si se confirmara la buena nueva, la de que será de Neruda la versión castellana, podrá decirse que en ninguna lengua universal habrá conmemorado a Shakespeare ninguna nación con solemnidad más noble y digna.

EN TORNO AL SUICIDIO

[Publicado en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 5 de marzo de 1967]

SIEMPRE HUBO RACHAS DE SUICIDIOS, incluso la invitación enigmática de lugares preferidos para suicidarse y hasta «pueblos de suicidas», como nipones, húngaros y portugueses. Los dos últimos por motivos sentimentales sobre todo. De este tipo quedan menos cada día, pues apenas quedan cuitas de amor. Por otra parte, es cada vez más raro también el suicidio por motivos económicos. Si hay hambre en el mundo es donde a la gente no le suele dar por suicidarse, abstracción hecha del suicidio ritual, en vía de desaparición, y el antiguo proletario de la explotación industrial está bien nutrido y llamarle proletario le sonaría a insulto. Es ya un turista con vacaciones pagadas.

Entre los pueblos elementales, incluidos los pocos que aún subsisten, se desconoce el suicidio. La «inseguridad» de la vida y la consiguiente angustia no son ya de origen material. Queda lo viejo, naturalmente, con las viejas causas, lo que siempre ha habido y siempre habrá. Lo nuevo tiene otra motivación y otro carácter.

El cristiano, si lo es de veras, no puede ser suicida. No lo es «hoy», en verdad, quien se quita la vida por la causa más frecuente. Un anacrónico designio de buen gusto, más que la discreción, nos veda puntualizar el caso rarísimo, relativamente reciente, del confesor de una reina. Fue ante el espejo, al rasurarse. Se dio un tajo en la garganta. Esta fascinación letal del espejo ha sido descrita por Dostoyevski, que a través de los personajes de sus novelas nos lo dijo ya todo sobre la psicología del suicida y el suicidio.

En Hungría, una cancioncita sobre la tristeza del domingo trajo un reguero de desgracia: a la gente le dio por suicidarse al oírla cantar. Son casos de contagio como el de los bonzos suicidas, como tantas cosas que tienen el carácter transitorio y periódico de las bogas, casi diríamos de las modas. Lo de las drogas es ya completamente

distinto, es lo verdaderamente nuevo, lo de ahora, no nos atrevemos a decir que también lo de mañana.

Sin el contraste de sombra de ese pedazo de nuestro existir que es el sufrimiento, la dicha sería inconcebible: no la sentiríamos, no la «veríamos». El dolor puede ser desmedido, sin embargo, y la desmesura puede tener estruendo dramático o un carácter tácito y oscuro, acaso más cruel. En estos casos, la cuestión no es cómo el dolor llega, sino cómo se recibe.

Hay una insensibilidad de puertas cerradas a la neurosis y hay la sensibilidad que le abre todas las puertas. Tal vez nadie ha definido la neurosis «natural», mucho antes de que la psicología moderna lo hiciera a su modo, tan maravillosamente como Rubén Darío: «Esa dolencia que consiste en tener el alma a flor de piel», dijo de ella, aplicándoselo a Juan Ramón Jiménez, que se cambiaba de barrio huyendo del ruido. ¡Y aún no había el acoso alucinante de las radios!

Pocas serán las personas que, en algún momento por lo menos, no recurran hoy a estimulantes, sedantes, tranquilizantes, somníferos, y hay quien no lo confiesa. En «algún momento», hemos dicho, y si no es más que eso, ya estará bien.

Lo que las estadísticas nos cuentan empavorece, tan disforme es la masa de drogas que se consume. En grandes hoteles de Estados Unidos hay farmacias y médicos que recetan las tabletas o los comprimidos a quien los pide. A pesar de ser Ginebra sede del Bureau Internacional Antipium, fundado y financiado, en sus comienzos, por el español Blanco, Suiza es el gran centro universal de producción y bate todos los records de consumo. Los suizos se alimentan de drogas y de pan, mientras no se demuestre lo contrario. Ellos fueron quienes inventaron, ya hace muchos años, el Antifohn, un sedante contra los efectos perturbadores del viento Sur, que, como el viento Norte en el hemisferio austral, en el boreal trastorna a las personas nerviosas. Ya se sabe que a algunos con este viento les duele la cabeza. Y hay una típica expresión para el individuo que en esos días anda raro y excitable: «está de Sur», suele decirse de él.

El remoto Veronal, por ejemplo —como ya no se fabrica no puede pensarse que hacemos la propaganda de este calmante—, se presentaba en tabletas con ranuras

para partirlas en cuatro y en las instrucciones se autorizaban «uno o dos comprimidos o tabletas cada dos horas, tres o cuatro veces al día».

Desengaño y droga van hoy de la mano. Por eso, si el ciego pesimismo nihilista —no el nihilismo como realidad ontológica—, que solo para la imaginación enferma constituye una realidad, es infernal engendro, cierto escepticismo tiene la virtud del remedio mejor y más saludable, al no ser ya simple reacción de una amargura que a menudo ni siquiera sabe que es amargura.

Añádase el temor, bastante justificado por lo general, de que sean los demás los que se hagan demasiadas ilusiones. Por eso mucha gente teme confesar sinceramente que anda mal de salud o que su situación deja que desear: «en seguida le jubilan a uno», suelen decir. En cierto modo y en cierta medida, es verdad, aunque no deba evitarse, por ello, el «mentir» de un decoro ineludible. Pero tan cierto es lo de la «jubilación» que una célebre revista de difusión internacional, escrita en inglés, llama «la morgue» a la sección en que se archivan los datos personales que corresponden a las que fueron figuras del momento y quedan relegadas a segundo plano. Claro que hay quien no pasa a segundo plano nunca. Pero que también la tendencia a desplazar y eliminar ha adquirido el ritmo de vértigo propio de la época es indiscutible. Con la elevación del nivel cultural y económico, son más los que pueden competir y no quieren competidores. De ahí el instintivo alarde de salud, incluso de invulnerabilidad: «eso me lo echo yo a la espalda»... (cuando se lo han echado a la espalda ya se les había agazapado en lo íntimo el daño que traerá la úlcera o la neurosis). Solo una persona conocemos que, cuando se le pregunta «¿cómo estás?», responde «mal, gracias». Solemos contestar «lo más bien», aunque nos llegue el agua al cuello.

Hay momentos en que el ser humano se siente anonadado por desdichas ante las que se encuentra inerme; ante una ruina, por ejemplo, que, aunque implique bienes materiales, en el fondo es la ruina moral de una legítima ambición, que puede haber sido provocada por quienes —para hablar con la sentencia hebraica— «se arrancarían los dos ojos gustosamente con tal de arrancarle un ojo al vecino»; o bien se siente invadido, de forma ineluctable, por una neurosis, de enigmático origen a menudo, con síntomas psíquicos o físicos que son un martirio y resisten

a todos los tratamientos. Se recurre entonces a la droga, incluso se recomienda responsablemente.

El efecto instantáneo en crisis agudas suele ser maravilloso. Pero lo que alguna vez puede salvarnos la vida, de nosotros depende que no nos quite la vida. Porque en ese efecto del instante acecha la más insidiosa falacia.

Ortiz Echagüe, el conocido redactor de *La Nación* de Buenos Aires y colaborador habitual de grandes diarios de América y Europa, se arrojó por la ventana de la habitación que ocupaba en un hotel de París. Era rico, influyente, admirado, con una simpatía y una ecuanimidad que le granjearon amistades por donde fue y las declaraciones de su administrador fueron patentes: la marcha de sus finanzas no podía ser más satisfactoria. No hubo motivo externo, que sepamos, para moverle a hacer lo que hizo. Pero es que ningún motivo hubiera sido bastante para un hombre como él. ¡Fue la droga! Sobre el velador, junto al lecho, se encontró el tubo aún con algunos comprimidos del somnífero con que combatía un insomnio tenaz.

El fenómeno de la disolución de la familia, vertiginoso, como todo lo de hoy, viene a complicar aún estas situaciones de sumo peligro. Solo se nos habla de gente conocida, naturalmente, y es seguro que sucede lo mismo en los casos innumerables de que nada sabemos por tratarse de gentes a las que pocos conocen. Pues bien, a todos nos sorprende —no acabamos de acostumbrarnos— que a artistas célebres y acaudalados, por ejemplo, hombres y mujeres, se los encuentre muertos en el departamento donde vivían solos.

Para hurtarse al golpe de la amenaza siniestra mucho puede hacer la mente del informado. ¿Pero se informa? ¡Ahí está el asunto! A menudo se receta sin informar. Y se vende sin receta.

Mientras tanto, nos acaparan y obsesionan otros tremendos problemas que son auténticos dramas. Los que se refieren, por ejemplo, a los abismos estéticos del círculo monocromo; a los remedos (donde hay una ciencia que diríase ficción pura, simple fantasía) de una ficción con resabios científicos y literarios; a la libidine (sexo, le llaman) que está ya en los «paraísos» de todas las mitologías; a la pirueta que los viejos inventan, bautizan, financian y administran, y a la que inyectan problemática y en-

tregan, ya lista y conclusa, a unos jóvenes que no piensan que si sobreviven al accidente mecánico que por estadística les corresponde son los viejos de mañana.

Nuestro signo para vencer no es hoy la Cruz de Constantino, ni la espada de un arcángel humanizado. Nada es despreciable, sin embargo, si no es abominación o crimen. Ahora bien, ¿puede lo mínimo exaltarse con un desvarío de la ampulosidad y es posible enfrentarse a lo máximo con ese énfasis del desgaire que es la peor de las afectaciones? Ha llegado a constituir todo ello un tipo de droga, también de veras nuevo, que ingerimos contra nuestra voluntad y a veces sin darnos cuenta y con el que mucho más difícilmente dominaremos el impulso de acabar de una vez. ¿Ocurre esto en una mala hora del mundo? Lo contrario es verdad. Ocurre entre una locura de portentos del hombre como para caer de rodillas.



ELOGIO DE LO CONVENCIONAL

[Publicado en *El Mercurio*, Santiago de Chile, fecha ilegible]

ELOGIO SINCERO, sin más ironía que la necesaria para el apremio del espíritu, sin más evocación de grandes precedentes que la formal identidad de la palabra, sin más designio que el sencillo intento —ni siquiera ensayo— de la parcial elucidación de un tema que la vida artística y literaria de esta hora solo hace más actual, más próximo y asequible a la observación, pero que es tan viejo como la voz que redobra el eco, en las historias de los hombres, contra la roca de su destino.

Lo convencional, sin excluir la forma, prefiere la fórmula. Practicado desde dentro y desde arriba, diríase que abroquela a la forma, la preserva, la reserva, para, en el instante preciso de su trance, «dejarla caer», más que asestar con ella o lanzarla como arma arrojada. «La tentación va vestida», repite un personaje todavía secreto. Pues la eficacia también. Y este sería el alto sentido de lo convencional que nos importa aquí, no su deformación vulgar o lo indicado por el mal uso del término. En su buen uso teórico y en su aplicación práctica, lo convencional es un estilo, no muy accesible, moldeado por la reiteración humana de un acuerdo tácito con la idea de llegar a un fin concreto, alcanzable, con la fundada perspectiva de lograr algo, real y verdaderamente. Por ahí han de pasar la imaginación, la audacia, la fantasía, llevadas por la inteligencia, si para la vida han de hacer presa segura. Es un modo providencial de rutina: el «camino de la sal» del primitivo que abría trocha en la espesura para llegar al mar, el «camino de los toros» (así designa la toponimia en la mexicana Sonora al viejo camino de los bisontes), de la migración por la existencia. El camino, decimos, naturalmente: no la cosa misma. Esto de lo convencional es asunto con más misterio que otros, ajeno a todo cálculo práctico, a todo pragmatismo deliberado. Y claro que en toda esta realidad hay contradicción, paradoja: no sería realidad de otra manera.

El manejo de la argumentación, el tono de mesura, la reserva irónica y la buena voluntad se manifiestan en lo convencional con discreción y pausa, y se mantienen en ese nivel de dignidad tan remoto a lo ampuloso y descomedido. No hace falta repetir que ello solo cuando se trata, como dijimos, de lo convencional desde dentro y desde arriba. Su alta «fórmula» puede afirmarse que al cabo es la «forma» de las grandes épocas: la intemporal, la clásica, la más terrible en su serenidad, la más temible en su acción.

A lo convencional no le gusta presentarse con traje nuevo —prefiere, donde conviene así, la gala de tradición, la inmarcesible—, no le gusta «estrenar», llegar endomingado. No le agrada el «último grito» y no porque no sepa gritar, exactamente. Lo que ocurre es que no menudea la estridencia ni grita antes de herir. Pero si hay que hacer ambas cosas, las hace para que no se olviden. Que tan enemigo como de esto lo es de la gravedad importante y la vacua solemnidad, no hace falta decirlo. Su tolerancia es hija de la ironía espiritual, o lo que es lo mismo: fruto de esa sabiduría sin tiempo que se posee, mas no se aprende. La renovación verdadera, cuyo impulso nace siempre en una mente individual, asocial frecuentemente —el genio es asocial por esencia—, una vez aplacado el tumulto, donde le hubiere, llega siempre por la mano invisible de lo convencional y es por ella impuesto. Por su virtud lo más hirsuto se amolda como un guante y el fiero ademán se torna mansedumbre.

En el futuro está la muerte: la nuestra, la de todos. Grávido de prodigio y duda y horror está el futuro. La perplejidad se apodera aquí del más valiente, que acaso se pregunta qué nos dice —desde dentro, desde arriba— ese ademán de aire antiguo de lo convencional, su flexible resistencia a la novedad y su desvío tolerante, irónico, ante lo advenedizo. ¿No será caduco su gesto, cosa del pasado? El pasado pesa, oprime, gravita sobre nosotros: lo llevamos a cuevas. Nuestro temor del futuro en realidad es siempre temor del pasado. Mas también hay alegría del pasado, franca o melancólica, según la inteligencia o la falta de inteligencia de quien la experimente. Si es exclusiva, parece incomprensible en lo individual. No lo parece tanto desde el gran colector de la historia. Se imagina el pasado, por algunos, como algo ido, muerto, exangüe: como acabamiento, como extenuación. Y esto es tan verdad como

es verdad que en el futuro están la muerte, la duda y el horror. Mas también dijimos que el prodigio: el fruto de nuestra pasión, de nuestra obra. Es su milagroso flanco y el pasado lo tiene también. ¿Qué sería para nosotros el futuro si no lo hinchiera la fantasía, creándolo? Que eso es el que soñamos: creación nuestra. ¿Y no lo es el pasado? ¿No es el pasado creación también y fantasía? No lo veamos solo con la mejilla extenuada, ni exangüe, ni aterido, que es además mofletudo tritón: sin su resoplido, arrachado aquí y allá armonioso, la rueda del presente no se movería, no girarían las aspas del molino, ni darían latido sus entrañas. Los últimos en llegar, los más jóvenes, están más cerca del pasado —incluso del primario y remoto, del pasado elemental del hombre— que los primeros en llegar, los que nacieron antes. De entre estos sale el renovador siempre. Los jóvenes van detrás. También del impostor.

Que la vida artística y literaria de esta hora —dijimos al principio— solo hace más actual un tema en sí venerable. Para terminar, recordaremos la reserva con que la actitud convencional contempló el flameo de aquellas consignas que, por ejemplo, decretaron la muerte de la novela a manos de la biografía, del teatro a manos del cine, lo mismo que hoy decretan, ante la misma tranquila actitud, otras muertes no más seguras. Claro que se saltará al extremo opuesto, según la norma infalible. Y por obra de las mismas personas en ciertos casos. En estos, los mismos del «anti» van a ser los del «pro». Ha sido así siempre: cuando el cónsul César, cuando el cónsul Bonaparte... De los más rebeldes al cabo se averigua que están sedientos de Academia.

Desde las cátedras donde se nos ha condenado a existir —que vivir era poco— se rompe la barrera de lo convencional muy doctamente. No sabemos bien si el arte imita ya a la existencia o todavía a la naturaleza, mas parece que a esta no la ha olvidado. Nos lo confirma el profesor de filosofía de la Universidad Libre de Berlín Michael Landmann —fino ensayista, por lo demás—, que, en el anuncio editorial de un libro de próxima publicación sobre la realidad poética (de la poesía absoluta), toma partido por uno de los patriarcas o «archipapás» (*Erzvater*) de la poética, nueva hasta cierto punto, quien afirma impertérrito que: «el arte está llamado a dar leyes a la naturaleza».

No deja de ser curioso que Lenin se mostrara a menudo partidario decidido de lo convencional y que en la mejor película de propaganda que se haya hecho nunca

[488] ALGUNOS ARTÍCULOS

—*Los marinos de Kronstadt*— al que llegaba a excederse en su protesta contra el trato de privilegio que se daba a los prisioneros ingleses se le replicara que no sabía lo que era «alta política». ¡Esta es convencional siempre!

Palabras, se dirá, y se dirá bien. Mas no olvidemos que hasta para condenar a las palabras necesitamos las palabras. Ellas son el instrumento de la humana intuición y de su enigma, por ellas hablan la voluntad y la fe, por su virtud se mueven las montañas y se surcan los espacios.

EL CONCEPTO DE SUPERIORIDAD Y SU CONTRARIO

[Inédito]

LA SUPERIORIDAD INDIVIDUAL está siempre fuera de duda. No así la superioridad colectiva, si es proclamada por los propios interesados. Sencillamente porque el concepto de «superioridad» lleva implícito su contrario: el de «inferioridad». Y si hay quien reconoce noblemente, incluso orgullosamente, fracasos, no sabemos de nadie dispuesto a considerarse inferior, ni a dar por buena una inferioridad que el que se proclama, poco elegantemente, «superior» pretende imponer. No existe otra superioridad que la declarada por una neutralidad estricta que se da rarísimas veces, la reconocida con nobleza por el propio vencido o la sancionada por una evidencia que desafía a las centurias.

Los «morenos» de La Habana no son producto de la trata precisamente. No descienden, en su mayoría, de los guineos, de los ñáñigos que llevaron más tarde los negreros como carne de esclavitud: descienden de los morenos sevillanos y bien ostensiblemente lo ponen de manifiesto su estilo, su jactancia, sus maneras y su lenguaje para quien de esto entiende un poco. Que África dejó en España, y en Portugal sobre todo, bien copiosa semilla es también indiscutible. Si insistimos sobre este detalle, sobre esta realidad viva, a la posibilidad de cuyo influjo ninguno escapamos (bastaría atisbarlo a través de *El celoso extremeño* de Cervantes, de los estudios del cubano Ortiz), es para hacer ver que nos referimos a una objetividad también, y no únicamente a una desviación de carácter psicológico, en lo que vamos a decir.

Que los negros son excelentes boxeadores parece indudable. Y claro que estamos dispuestos a reconocerlo, hasta con verdadera satisfacción, los que somos cristianos más que de nombre. Pero de esto a que nos consideremos, en ningún aspecto, «inferiores» a los negritos va alguna diferencia.

Repetimos que la falacia reside en el hecho de que el concepto de «superioridad» y el de «inferioridad» que lleva implícito se aplican, no a individualidades, sino a colectividades. No sería acertado, por ejemplo, que aludiera a la «superioridad del boxeo africano» un cronista de color.

«El hombre mejor gana siempre» (es siempre el que gana, quiere decirse), afirma el proverbio inglés, y contra esta proposición nada vale que nos vengan con el regate de que «la actuación no correspondió al resultado», etc. Claro que quien por las circunstancias y el hábito se ve en trance de usar el procedimiento analítico casi exclusivamente, para colmar los textos, incurre en tales rodeos necesariamente. Y claro que nada hay que oponer contra lo analítico en sí mismo, sino contra su exclusividad.

Durante el torneo de fútbol de Río, en un conjunto de equipos que se equivalían muy aproximadamente, no imagino que nadie se creyera «inferior» a nadie. Un equipo europeo de la misma nacionalidad (la española) del que empató allí con los uruguayos, que fueron los triunfadores de la competencia, hace bastantes años (1929) había vencido a los ingleses cuando los ingleses parecían invencibles y sin que a la victoria contribuyeran jugadores «internacionales». De algún modo tenía que salir por sus fueros en este orden de acción la tierra del capitán Diego García de Paredes, el de las fuerzas descomunales, y del conquistador Pedro de Alvarado, el de la figura principesca y el salto fabuloso (si no está trastocada mi memoria, es el que recuerda en la gran ciudad de México la calle del Puente de Alvarado). En boxeo, los españoles empezaron conquistando cinco campeones de Europa, desde el peso máximo al peso pluma, y se aburrieron en seguida de las pugnas del cuadrilátero. Llegaban de la arena encendida de los cosos y a ella volvieron. El apuesto y gigantesco Zamora del otro palenque pronto quedó reducido a un símbolo lejano.

El dechado de Olimpia fue profanado con barbarie. Como antes en Roma, en Bizancio se llegó a rebajar los juegos por la linde de la bestia humana. Hoy se trata, sencillamente, de espectáculo, con todo lo que trae consigo; de embrutecimiento de los públicos, de competencia que se convierte en rivalidad de nacionalismos y provincialismos que no pueden menos de ser estultos en los grandes y en los chicos; se trata de intereses, sin ventaja ninguna para la salud física de los pueblos y en desmedro

de su salud espiritual. De aquella resurrección maravillosa que trajeron los ingleses no queda nada.

Decíamos antes que los púgiles de color se señalan de modo extraordinario. Hasta que llegue la saturación y se acabe el asunto. Mas, aun en este período de auge, tienen sus traspies, como si quisieran indicarnos el verdadero valor que a estas mitificaciones —por no decir mixtificaciones— debe atribuirse. Quienes no conocieron a Sam Mac Vea y a Jack Johnson (de raza negra ambos) decían que Joe Louis —por ser quien se ha jugado con mayor frecuencia el título— era el mejor boxeador que ha existido y aun «el mejor boxeador de todos los tiempos», para usar la frasecita. Pues bien, Billy Conn, boxeador judío, le ganó todos los asaltos de su primer *match*. En los últimos instantes de la última vuelta se confió como un chiquillo —era realmente un chiquillo— y se dejó cazar. Max Schmeling, sin embargo, boxeador alemán, derrotó a Joe Louis en su primer encuentro desastrosamente y le dejó sobre la lona hecho un guiñapo. Lo que no había impedido que, antes de esta hazaña, el semipesado inglés Gipsy Daniels, a pesar de una desventaja que se medía... por kilos (la belleza femenina se mide hoy por centímetros), hubiese derrotado en la misma forma a Schmeling cuando ya era una celebridad. El comentario del hamburgués después del combate fue magnífico: contra un golpe duro y exacto en la barbilla —murmuró—, «no ha crecido ninguna hierba» («ist kein Kraut gewachsen»). Schmeling —uno de los paracaidistas que más tarde se lanzarían sobre Creta— procede de St. Pauli, el barrio marinero de Hamburgo, donde hemos visto el salón popular de baile más alucinante de Europa. El boxeador no tenía mucho de «ario», a juzgar por su aspecto. Recordemos también que Gipsy Daniels no solo era nombre de batalla: se trataba de un auténtico gitano. Por lo visto, sirven para algo más que para bailarines, guitarristas y toreros.

Las victorias del judío Baer sobre Schmeling y sobre Carnera, el coloso italiano, están en la memoria de todos. Tuvieron entonces una significación que, Dios sea loado, no podrían tener ya. Se interrumpió la transmisión por radio que describía el encuentro Schmeling-Baer y que con gran estruendo había sido anunciada, aplicándose así el silencio a la realidad palpitante, por los mismos que habían desatado un alud de exabruptos frente al espectro de una ficción.



EL PROFETA Y SU TIERRA

[Inédito]

«NADIE» EN SU TIERRA, dice el proverbio, con tremenda rotundidad, refiriéndose al riesgo que significa dedicarse al estupendo oficio de profeta en la tierra propia. ¿Nadie?, nos preguntamos, como si dudásemos. Y el trueno bíblico de la tradición responde desde dentro: «¡Nadie!».

¿Da a entender su gesto que no quiere usted ser profeta? ¿Y quién le ha dicho que está en su mano dejar de querer algo? Lo de «en su mano» es modismo, sin más, pero, por si acaso, no nos pregunte si es cuestión de fatalismo, de fatalidad, de las rayas de la mano, cabalmente, o si es cuestión de libre albedrío, porque no estamos para bromas.

Lo de la tierra es cosa de tomarlo simbólicamente, por expresarnos así. Pues tampoco en su casa, en su familia, en su partido, etc. es profeta nadie, verdadero profeta, lo que se llama un profeta de cuerpo entero. Por eso hay que mudarse, hay que cambiarse. Y es que lo de la tierra, la casa, la familia, el partido, se guisa todo en la misma olla, y es que la tendencia a abrirle los brazos al extraño, aunque se reniegue de su casta, es un resabio de la especie humana del que no podrá despojarse nunca. ¡Es tan hospitalaria, tan buena! La xenofobia responde a procesos morbosos, siempre pasajeros, y los tabús de casta, que son algo distinto, son fanatismos oscuros, ciegos, heredados. Y nadie ignora que no hay saña comparable a la del odio «sin explicación», al odio desinteresado, místico, abstracto, incluso atávico, a veces, y sin razón de ser. En la era napoleónica se procuraba no acuartelar en el mismo cantón a determinados regimientos de caballería: clases y soldados de una unidad agredían a los de la otra y se mataban entre sí como fieras y sin saber por qué.

¿Pero no se rinden homenajes de apoteosis al gran artista, al gran sabio, al gran poeta, al gran político, al gran soldado, al héroe, al padre de la patria, es decir, al «profeta», en el propio suelo?

Si el personaje es grande de veras, el homenaje —salvo algunos gloriosos y terribles casos— suele ser también grande de veras. Pero puede ocurrir que solo póstumo y no es raro que su tierra se le rinda nada más que para enterrarle, después de haberle desterrado.

Claro que lo tribal, aunque se manifieste de forma sublimada, ha mirado siempre con recelo, cuando no con odio, al extraño, sobre todo si pertenece a la misma estirpe, pero nótese bien, solo en cuanto le atribuye carácter «colectivo», con lo que nos encontramos de nuevo ante lo ciego, casi ante lo abstracto, y ante lo más sañudo e impalpable también.

El fenómeno suele ocultar el factor inequívoco de la singular atracción que lo «desconocido», lo diferente, lo distinto, ejerce en la psique del hombre, origen de la exogamia en el mundo primitivo con su rapto de mujeres —«la novia robada»— y sus adopciones. Esta atracción, en benéfica metamorfosis, se mantiene viva y no solo entre los antros de la subconsciencia, como lo demuestra «la novia extranjera», hasta hace poco incluso obligada en las dinastías hereditarias por línea masculina. El «príncipe consorte» todavía suele ser extranjero. Y en los ejércitos de ocupación, allí donde pulula la fémina inquieta y volandera, el «enemigo» puede llegar a ser objeto de verdadero asedio, con el estrambote de serios conflictos que, bien recientemente, por ejemplo, han ocasionado bastantes quebraderos de cabeza a las cancillerías. Aquí, el auténtico «neutral», abierto a la atracción de forma no velada, sin egoísmos violentos y que puede muy bien ser apasionado, hasta la vehemencia más extrema, hasta la demasía, no pasa de ser una excepción individualísima que casi nos atreveríamos a llamar excelsa.

Los mismos afrentados, disimulando con ingenuidad infantil lo que no hay por qué, contribuyen a que la patraña se perpetúe. Si a una mulatilla habanera se le pregunta que de dónde es su madre, irremediablemente contesta —por lo menos solía hacerlo en tiempo no tan lejano— que su papá es catalán, que tiene mucha prisa, que

adiós. Es fama que los catalanes, más refinados de lo que podría creerse, se perecen por las morenas. Pero bien podría ser un cuento. Mas, puestos aquí en el disparadero, sería cuento de nunca acabar. Al chino le hiede el blanco y el guajiro inventó lo que llama la pestecita del moreno, por ejemplo. Puede imaginarse el perfume del caníbal, que se alimenta de lobos, de hombres. Y parece que aún queda un número muy apreciable de caníbales.

Si su tierra no digiere al profeta, no es porque no se reconozca lo que vale, sino porque, en un mal momento, ha pretendido arramblar con todo: imponer su fuerza, su saber, su genio. Y aquí no se impone nadie. Claro que por el bien común tiene que ser así, incluso por el bien del presunto pecador. Que algunos profetas no hayan pretendido imponer nada y hayan debido esperar a ser reconocidos por tierras que no son la suya se olvida o se quiere que se olvide. ¿No está el bien general por encima de todo? Había que salir por los fueros de la ley, de la conciencia, de la justicia y demás cosas. Que la mano tendida del desterrado solo encontró la repulsa de quienes necesitaban su ausencia para encontrarse a gusto no se dice o no se puede decir. No hubo, ni hay, ni habrá, en la tierra propia, perdón para el profeta que gime en tierra extraña. Algunos diríase que temen lo que puede ocurrirles si esperan a ser desterrados y se destierran voluntariamente, pero no les vale. Si no son utilizables, ocasionalmente, para algún fin interesado —y lo que se les otorgue entonces será vano y fugaz—, será como si se hubieran anticipado a cumplir una sentencia cruel que pendía ya sobre su cabeza. Y aun puede darse el caso de quien, siendo profeta auténtico, no lo sea, en la realidad, ni en su tierra ni en la extraña. Ha sido, a veces, la suerte de los grandes elegidos, de aquellos a quienes solo la muerte o el martirio redime de su pecado de profecía, para esplendor y gloria de la posteridad, y así, de su tierra también, que los encarama entonces sobre pedestales de granito, les cubre de flores y banderas y aun les levanta altares de oro y luz. Que hubo quien necesitó emigrar después de muerto para ser venerado, como Santiago, como el propio Nazareno, solo el detalle añade al cuadro de conjunto.

Sería cuestión de preguntarse si a los que por acción directa o indirecta o por culpable abstención se hicieron responsables de algún modo en la afrenta o el daño

infligidos a la gran figura no les importa que la Historia —la crónica en casos de entidad menor— les cuente entre los detractores del «profeta» y si no han pensado en ello. ¿Por qué, por qué, Dios mío?, se habrá dicho este alguna vez. ¿Qué les he hecho a ellos, qué le he hecho a nadie? ¿Por qué me acosan, por qué me persiguen como a una alimaña? Bien les ha hecho, gloria le deben: ¡por eso le acosan y persiguen! Y porque necesitan hacerlo, porque es para ellos razón de vida, cuestión de muerte: la mano airada, el arma homicida, si no asoman por acaso, por acaso se ocultan. Esa pasión no se aplaca con menos.

No podremos dejar de referirnos, ya objetivamente, por ser caso relativamente próximo, además de ejemplar, a quien, para colmo de desdicha, no es profeta en su tierra ni en la extraña, como el suizo Sutter, el primero y más genial de los *pioneers*. Norteamérica le debe California, pero ni en el recuerdo se ha honrado su nombre. Todo lo más se le menciona en el montón semianónimo, como un patibulario más en la legión de los que cayeron sobre el West igual que buitres.

Claro que el no ser profeta en tierra propia no significa que se vaya a ser profeta, poco menos que automáticamente, en tierra extraña. En ella se han de hacer méritos para lograrlo. Se sobreentiende que a quien no los hace por libre decisión, si hay decisión libre, o por lo que fuere, le quedará solo la posibilidad de serlo, es decir: lo será en potencia, pero no de hecho, factualmente o actualmente, que es lo mismo. Sutter hizo méritos insignes, pero el suyo es un caso de desventura. Al que tiene una tierra y lo de profeta en ella le fracasa, siempre le queda el recurso de probar el albur por otras latitudes, lo que ya es bastante.

Bueno, ¿y qué hace el que tiene dos tierras y no es profeta en ninguna de las dos?

LA MANO AIRADA

[Inédito]

UNA VIDA DE CIMIENTOS y raigambres y espeluncas sería una vida sobre la que aún no ha descendido el espíritu. Y este eterno derrotado es a la postre el más poderoso. Sin él no hay genio político en el mundo.

Se dirá que el genio político tiene también su pugna. La diferencia está en que el demagogo busca su perspectiva y la mantiene a fuerza de tensión y funambulismo. Hasta que se cae o se desploma. El genio político la tiene natural también *post mortem*. Se hace comprender él mismo —por nosotros quiero decir: por nosotros— sin que se requiera un esfuerzo de comprensión de nuestra parte. Al demagogo debemos esforzarnos por comprenderle. Claro que quienes se han pasado años observándole se lo saben de memoria. Y si nos disgusta no es porque todavía no le comprendamos, sino porque al cabo le comprendemos muy bien, es decir: porque hemos acabado comprendiéndole y hemos aprendido a interpretar su dialéctica, que es la de la tea, no la de la luz. Nadie siente su propia inseguridad con más trágica incertidumbre que el demagogo mismo. Por eso teme y recela de todo y de todos. Sus gritos, en realidad, son gritos de pavor. Si esto casi lo sabe él, casi lo sabe su mente, no solo su instinto, imaginad lo que saben algunos de los que le rodean, de los que ven con gusto cómo se desenvuelve. Estos algunos nunca son demasiados, pero forman un contingente no ignorable y muy peligroso. No nos extenderemos sobre sus motivos, indesignables casi de puro evidentes. Ni necesitaremos decir que no hablamos para ellos. Podrían darnos lecciones. Y no porque sean grandes su penetración o su perspicacia, sino por su aplicación a aquello que, por repulsión o por desdén, hemos descuidado en el curso de toda una existencia, torpemente, acaso. A través de ella tropezamos con el enigma. La vida se nos transfigura, se nos transmuta entre las

manos, repentiza, súbita e inesperada, incluso insospechada, a nuestro inquirir sus metamorfosis. En una palabra: nos revela su hondísimo sentido religioso.

Cuidado aquí, no obstante. ¡Cuidado! La vida es milagro..., pero no vayamos a resultar milagreros. Todos los frenos racionales serán aquí pocos. Y habría que buscarle el sentido a las cosas. Muy bien. ¿Pero qué es lo que no tiene algún sentido? Si reparamos, todo lo tiene. Quien aquí se calza los patines no podrá detenerse ya. Nuestro personaje tiene también su sentido, cómo no. Pero toda la magia del mundo no acercará a velar el rusticismo, el diletantismo, el curanderismo del demagogo. Porque la insigne maestría se le niega, necesita ese disfraz. Su insolencia y su histrionismo pueden arrastrarle a rasgarse las vestiduras de forma que parece dispuesto a mostrárenos *in naturalibus*. Pero no suele ser hombre para lidiar desnudo. Y esto sí que en ningún sentido. El testimonio de los que verdaderamente saben de estas cosas nunca ha dejado de decirnos que ahí no hay excelencia auténtica ni en lo luciferino y satánico. ¡Lucifer fue un arcángel! En lo teatral mismo del demagogo y de cuanto le rodea hay algo forzado y violento. Están ausentes la finura, la agilidad, la alegría y ese poder para el que querer no basta. Tal vez sea más exacto decir que basta solo donde hay querer de veras. El alto taumaturgo nunca ha sido milagrero, ni ha sido teatral nunca. Claro que nos referimos a lo que se llama «golpe de teatro». Porque buen teatro se ha hecho siempre en el mundo por las alturas. Y jamás se ha hecho manejando solo instintos.

Esa forma de «exploración» que es un modo de entrega a la fluencia irracional, con que nos han asombrado los filósofos de nuestros días —ontólogos, habría ya que llamarles— al extremo de la estupefacción, puede ser parcialmente, en el sondeo filosófico mismo, lícita hasta cierto punto y en algún caso puede ser ineludible y necesaria, pero en lo práctico, es decir, en lo moral, así como en el trasunto estético de la existencia, fácilmente alcanza el borde funesto si llega a imponerse sin el freno de muchas limitaciones. Que el potro humano sea duro de boca y le busque al freno de la propia voluntad las interpretaciones más fantásticas, mientras se somete al fustazo de la voluntad ajena dócilmente, es otro asunto que nos desviaría aquí del nuestro. Por si acaso, a lo que algunos filósofos llaman «estructuras dadas», vitalmente, irracionalmente dadas, pongámosles, desde luego, reparos de hormigón. Ningún río de la naturaleza ha tomado

la iniciativa de encauzarse y mover una turbina. El peligro de que, todo lo estructuralmente que se quiera, los instintos se desenfrenen y desborden es el eterno peligro. ¿A dónde nos llevaría el pasadizo tenebroso y pálido si no fuéramos patroneados por la razón, piloteados por el intelecto?

Disponemos de un maravilloso conjuro, de una varita de virtudes, de un «sésamo ábrete»: la razón y su atisbo. Es algo en sí tan prodigioso que nada podremos descubrir que al prodigio de su realidad misma supere. Es eso divino en el hombre, eso que no en vano ha pretendido llamarse racional por definición. Este atisbo ha aprendido ya que en determinados momentos y por cierto período, para manejar a las multitudes, no hacen falta, incluso constituyen supremo impedimento, el código del moralista y el tratado del psicólogo. Y que con un mágico recetario basta.

En tales coyunturas, el demagogo, erguido por la marea que le parió o de que fue ciega causa, ha de poner su ego delante de las cosas. Si en su fase primera lo pusiese detrás, no se le vería. Por eso suele no referirse a lo que ha hecho y es siempre su tema lo que va a hacer y habla en primera persona con tan enfática exaltación.

Estos magos astutos saben bastante de sarcasmo y chanza, de remedo y burla. Ahora bien: de ironía no saben nada. Si algo supieran, no podrían soportarse a sí mismos. La alta ironía es cosa de dioses. La burla es asunto infernal y es aquí insignificante aunque tenga magnitud de océano. Que el infierno de la insignificancia es el más desesperante y cruel, hasta el proverbio nos lo dice. Siendo así las cosas, aunque no queramos que sean así, ni nos guste que así sean, hemos de pensar qué es lo que va a enfrentarse a la magia de la acción, al falso dinamismo, al arbitrio teatral del demagogo y a su demencia contagiosa. No será lo inerte y vulgar, lo doctoral y precavido y gris. Dejamos al margen esa sabia forma gris en el estilo, que puede ser magnífica, no hará falta que lo advirtamos. En todo caso, la realidad de la mentira en la vida humana es el paradójico concepto a que hemos de habituarnos si pretendemos concebir al demagogo en todo el alcance de su significación. Nada tiene que ver su mentira con cierto tipo de fraude casi plausible y en cierto modo creador. Las falsificaciones de Macpherson influyeron en Herder y en Goethe. En casos como este, se trata de versiones que se nutren en una tradición poética. Pero las falacias y las

[500] ALGUNOS ARTÍCULOS

simplificaciones maniobradas por una mente simple y mágica traen necesariamente consigo indecible estrago. No olvidemos que el hombre simple por arriba, por abajo suele ser complicadísimo. La maraña de sus instintos es irreductible por la razón. Ni olvidemos que el plexo de esta cenagosa flora, aunque acarree la muerte, es una realidad viva. Todo esto existe: ¡existe y reclama su fuero! Ni lo podemos negar, ni lo podemos suprimir. Existe. Con una saña y una pertinacia aterradoras.

Es la parte del cieno vital, del limo de que somos hechos. Es la parte visceral y ciega y vegetativa, el puño crispado que blandió la quijada del primer homicidio. Existe. Es alma. Es vida estremeciéndose por su ser mismo. Con el filo cruento asomando, con la amenaza del degüello y la tea como concomitancia inseparable.

Y una advertencia final: debemos tener presente al considerar estas cosas que el hombre de magia que ha de enfrentarse al demagogo ha de mantener, como fuere, su perspectiva. Hay realidades que sin ella no son aprehensibles.

METAMORFOSIS DEL NORTEAMERICANO

[Inédito]

EL HOMBRE DE ALLENDE el Río Grande es como es. ¿Y por qué había de querer ser de otra manera? En el fondo, y aunque algunas veces no estamos demasiado satisfechos de nosotros mismos, ¿lo queremos nosotros? Sin embargo, el norteamericano acepta la crítica extraña y ejerce la autocrítica cada lunes y cada martes. Se siente fuerte y puede permitírselo. Ahora bien, ¿ha sido el norteamericano siempre así? ¿Ha sido siempre como es ahora?

Los pueblos, de forma similar, aunque distinta a lo que sucede con los individuos, experimentan metamorfosis —cambios «de forma»— sin alterar su raigambre. Pero, en cierta hora y en cierta medida, esto significa que lo que está fuera, eso está dentro. Quiere decirse que el cambio en la superficie presupone un cambio en la entraña. ¿Hasta dónde? ¿Porque el individuo, porque el pueblo, en la entraña, es eternamente lo mismo! No hay pueblos nuevos: una vez constituidos, son siempre «lo que han sido» por imperativo misterioso.

Solo la fuerza del hábito nos enseña a entender. Al que «no entiende» le parecen iguales todos los partidos de fútbol, por ejemplo, o le parecen iguales todos los chinos. Pero no cabía la menor duda, en los días del Mitchell y el Overland y el chicle y el negro del *pullman*, los norteamericanos se parecían entre sí como ningún otro pueblo del mundo. Con su jarano y sus *walk over*, o con el gris oscuro de sus «sacos» y sus anchos pantalones encinchados, con su sombrerito de plato, encasquetado y aplastadito, desnudaban unas facciones de parecido incomprensible. Tenían claros los ojos, pero los rubios no abundaban. Los autos —todos tenían ya el suyo— eran indefectiblemente negros: iguales todos también. Se dirá que también hoy son todos los coches iguales, pero ello obedece a una tipificación dinámica que es idéntica en todas

partes. No es un hecho que responda a un designio de voluntad, a un «gusto». Porque hoy, el norteamericano, en su persona y en sus cosas, no es así ya. Cabalmente con el auge de su democracia, blandida y proclamada, y por virtud de esa paradoja de la existencia que es, sencillamente, lo natural, se nos aparece diferenciado, diversificado y sobre todo «individualizado», o lo que viene a ser lo mismo: espiritualizado.

Naturalmente, existe otra vertiente de hechos entre los norteamericanos, como entre nosotros. No se trata de lo que solo pueda ocurrir «hoy», precisamente, en lo esencial por lo menos. Ciertas características «de época», ingratas, sin discusión, recuerdan bastante, aunque no las repitan, a otras características «de época» igualmente, con su tipicidad aproximada. De modo que, en plazo tal vez largo para la vida humana, pasará «esto», inequívocamente transitorio y que incluso delata una fugacidad bien conocida. ¡Pero volverá en su día, claro que volverá!

No se repiten las cosas, decimos, ¡pero cómo se parecen! Fue en los tiempos —remotísimos, se diría— en que el susurro de los micrófonos se nos vino encima transformado en la vociferación de los altavoces. «¿Qué le parece el film sonoro?»: era entonces el tópico inexcusable. «Es como si me preguntara usted qué me parece el teléfono.» ¿Se podría contestar hoy con muy otro sentido a quienes le preguntan a uno qué opina sobre el cine tridimensional, que en buen momento se les ocurrió inventar a los franceses?

Mas, sobre toda esta vertiente de hechos y todos sus humanísimos plexos, hay una elevación «nueva» en la metamorfosis del norteamericano. Este, en el respeto moral al espíritu —por citar algo ya tangible—, ha llegado a lo excelso.

Actualicemos un caso memorable: a Santayana nadie le reprochó, jamás, que conservara, hasta su muerte, la nacionalidad española. Ni siquiera se le tuvo en cuenta que abandonase, tranquila y definitivamente, su aula famosa, con desdén de todas las tiranías burocráticas —nada menos— bajo el pretexto divino de que «tenía una cita con la primavera». Antes se había atrevido a decir, con feroz sarcasmo unamuneco, en el curso de una lección universitaria: «Dios no existe, ¡pero la Santísima Virgen es su madre!». Debemos el dato, probablemente ignorado, a un condiscípulo alemán que había sido discípulo suyo.

Bien: ¿ha inspirado idéntico respeto el más conocido filósofo sudamericano en su patria de adopción? Francisco Romero, nacido en Sevilla, de padres españoles, renunció a su nacionalidad para entregarse a la milicia primero y luego, con su alma toda, con toda su vida y toda su mente, a cuanto en la Argentina significa cultura, estudio y saber. ¡Y con qué fecundidad en la tarea, con qué logros entre una juventud ávida y maravillosa! No ha impedido ello que sufriera prisión por pecados que no cometió nunca. ¿Cabría culpar a la Argentina como nación? Sería disparatado, sencillamente.

Mencionar el caso de don Andrés Bello casi parecería lugar común en Chile. En realidad, tratándose de un sudamericano, sería lo propio hablar aquí de un forastero, más que de un extranjero. Así era antes. De las desdichas de otro «forastero» ilustre, Sarmiento, nadie tuvo aquí la culpa. *El Mercurio* se encargó de ponerles remedio decorosísimo.

Aludiendo a una tradición argentina inexistente, se ha pretendido, en recientes devaneos históricos, desvirtuar la obra de Sarmiento en Chile, como si hubiera sido esta creación «individual» de un argentino que vivía entre nosotros, como podía haberlo sido de un nicaragüense. Justamente se dio el caso de que un esclarecido nicaragüense —Rubén Darío— tuviese entre nosotros menos suerte. Pero ello se debió a muy singulares condiciones de carácter. Creyó que podía compadecerse —y ello le costó la vida— su amor a lo espiritual con su afición a lo espirituoso. Mas, por ventura, a nadie se le ocurrió encarcelarle.



TEMOR DEL PASADO

[Inédito]

HASTA EN LO MÁS ENTRAÑADO de la psique, en aquello que con carácter sintomático o simbólico aflora a la conciencia, persiste el temor del pasado. En la interpretación de los mitos, de las leyendas, pero en el mito rudimentario especialmente, halló un riquísimo hontanar de sabiduría, más que de ciencia, el tremendo —incluso físicamente— Jung. Victoria Ocampo le invitó a dar conferencias. «¿Para qué?», replicó. Tratar con él no era fácil. Su norma ética, sin embargo, le impulsó a darme públicamente las gracias por lo poco que hice para difundir su doctrina. Y es que los hombres «difíciles» son, frecuentemente, los mejores. «Entienden»: saben ser inteligentes ante lo más misterioso bajo el sol. Lo contrario es pecar por ignorancia, lo que, en algunos casos, no significa atenuante para la Iglesia católica, por ejemplo. Según ella, «hay la obligación de no ignorar ciertas cosas».

Temor del pasado: los terrores del primitivo pueden despertar en «la realidad del alma» (Jung) y provocar neurosis «inexplicables», torcer una existencia, sumirla en calígine y martirio. En un ilustre periódico de determinado país hemos leído un estudio sobre Jung en el que se atribuye este descubrimiento a la biografía del autor: a su vida, si afinamos un poco. Claro que la vida individual, incluso la «biografía», pueden condicionar muchas cosas, mas sin pasar de ahí.

Temor del pasado... ¿Pero no se celebra a este con estrepitosos aniversarios, con fiestas y regocijo? No siempre. A menudo se le celebra con solemnidad, con inmovilidad y silencio, con ofrenda, signo del viejo sacrificio, con reverencia y compunción. Es el instante en que hemos visto llorar a héroes.

Con las festividades en memoria de la fundación de París (segundo milenario) se presentó la gran ocasión. Decir «oportunidad» nos sonaría a blasfemia. Porque si al

cabo se vence una «crisis» que nada tiene que ver con economía, justamente París se nos brinda hoy con la fuerza de una pugnacidad que es ya cosa de asombro. ¡París, esa torre de Occidente!

En el refranero popular prusiano existía —hay motivos, por lo pronto, para hablar, con pena y sin aceptar sarcasmos, en pretérito— esta expresión proverbial: *Berlin bleibt Berlin*, algo así como «Berlín seguirá siendo siempre Berlín». Mas diríase que, a pesar de la conocida onomatopeya de Rubén Darío, precisamente «París seguirá siendo siempre París». O que no está dispuesto a dejar de serlo, por lo menos. Puede ocurrir que el portento, como la elegancia, sea «una cosa que no tiene nada de particular». O que —por asirnos a nuestro propio refranero—, «entremos nosotros en París, pero que París no entre en nosotros». Esto es viejo y repetido, pero no fuera de «lugar», acaso. ¿Entonar un canto a Lutecia? A fe que no lo necesita y esto sí que estaría fuera de lugar. Sería abominable. En la expresión —como en el término espacio— va incluida la noción de tiempo, y aun confundida, identificada, a veces. Juegos terribles del espíritu de nuestro idioma.

París es aún la suma justificación histórica, el alegato supremo de que la gran «cultura» del mundo se desplaza, hasta hoy, hacia Occidente. Incluso la que desde Oriente nos sigue llegando. Muy sin pretensiones, y con muy llana ironía, solía decir Auburtin que el Occidente es una invención de los griegos («orientales»!) y que seguimos dándoles vueltas sin haberlos superado. Cuando divisó la Acrópolis por vez primera en la lontananza, también a él se le ocurrió, como a Renan, caer de rodillas.

—¿Por qué no lo hace? —le preguntó su acompañante.

—Porque me da vergüenza: ¿qué pensaría el chófer? —replicó.

Decíamos que París es la demostración de que «el mundo» se desplaza hacia Occidente. Ha sido la demostración de lo contrario también, que la Historia tiene estos caprichos y la «memoria» está matando al «recuerdo» en nuestras mentes. Con el emperador Juliano (361-363), el mundo retrocedió en sentido opuesto y por una fase espléndida y mal estudiada, sin la que no seríamos Occidente, ni nada seríamos. Pues por Bizancio invade al Occidente de Europa el cristianismo, transformándola en lo que es, y haciendo más tarde de nuestra América el más límpido trasunto de este

mundo occidental sin el que hemos llegado a no concebir la existencia humana. La nuestra: la de este corazón, la de esta entraña, la de este aliento que nos consume y nos lleva. El fracaso del emperador Juliano para impedirlo se inició en París.

¡Cuánta fatiga cruenta en todo ello! Casi aceptaría uno el regocijo de los aniversarios y eliminaría la severa ceremonia, buscaría el aturdimiento, la embriaguez de un porvenir soñado. Sí, más vale no recordar. Si la liviandad no acechara para caer sobre lo liviano, valdría más la ligereza, lo ligero, lo «inconsistente». Hasta la pirotecnia y el artificio valdrían más para tapar ese dolor, para ahogar esa melancolía de que nadie podrá curarnos.

Porque diríase que, al intuir certeramente en su futuro una proyección de su pasado, es a este al que teme en realidad el hombre.



NOTAS Y UN POEMA PARA EVA



Al final, casi se impone como una necesidad poner de relieve la relación más íntima y profunda que Ramón de la Serna y Espina tuvo en su vida, o sea, la que mantuvo con su esposa. Para responder al deber de sacarlo del olvido, como escritor, dramaturgo, periodista y, sobre todo, como persona, es imprescindible destacar la presencia junto a él de Eva Cargher.

Formaron una pareja inseparable; Ramón se enamoró perdidamente de esta joven rumana de origen judío que conoció en Berlín en los años veinte. Se enamoró de su presencia adusta, de su perfil severo pero al mismo tiempo suave. Ella se enamoró de la inquietud de Ramón, de su inteligencia vivaz, de sus ojos verdes y del inmenso afán que tenía de conocer el mundo. Los dos se unieron aún más al perder a su hija, una niña; un dolor indescriptible e inimaginable que abordaron juntos, sin separarse nunca.

Eva permaneció junto a Ramón incluso en sus peores momentos vitales y creativos; siempre ahí, a su lado; él pendiente de ella y ella pendiente de él. La familia la quería mucho y le estaba muy agradecida por todo lo que hacía, así como por las relaciones a las que renunciaba para estar con Ramón. Ella permaneció en Madrid junto al escritor durante la Guerra Civil española; se encargó de hacer una copia del manuscrito *¡Viva Asturias!* para que no se perdiera...

Cuando Ramón murió, y gracias a la ayuda del hermano menor, Luis de la Serna, Eva regresó a España y se hizo cargo de todos los papeles de su marido, que acabaría consignando a Alfredo Pérez de Armiñán con la idea de que alguien un día pudiese descubrir a este genio olvidado. Así, a pesar de que el desánimo del escritor le llevó a indicar que a su muerte fuesen destruidos, los documentos han llegado hasta nosotros gracias a la labor de su mujer, que estaba plenamente convencida de su valor.

Finalmente se cumple su deseo.

Ramón se lo agradecería mucho, una vez más, como lo hizo en vida a través de estas notas que ahora reproducimos y que expresan el amor, la sencillez, la complicidad y la

[512] NOTAS Y UN POEMA PARA EVA

intimidad de un hombre de genio singular. Sin duda, estas notas son el epílogo necesario y adecuado para completar la unidad luminosa de su autor y de este volumen, editado con la esperanza de que otorgue a Ramón de la Serna y Espina el destello solar que no pudo obtener en vida.

[D. A.]

NOTAS Y UN POEMA PARA EVA

Santiago de Chile, 13 de diciembre de 1952

Av. Bustamante 176, dpto. 103, primer piso

Señora de la Serna:

Muy amiga mía:

Le comunico por la presente que en un teatro en que había centenares de mujeres de todas las edades y una admirable y bonita artista, joven aún y vestida de gala, era usted la más bella y elegante.

Lo que tiene el honor de testimoniarle su muy devoto amigo.

Ramón de la Serna

●

La Chinita ha hecho tantos milagros que no se acabarían de contar nunca. Entre ellos está el de haber hecho, con las manos heladas, en el Madrid del hambre, los bombardeos y el cañoneo sin pausa, una maravillosa copia manuscrita de *¡Viva Asturias!*, haber salvado después el original con ingenio y audacia inauditos, y haber hecho que se depositara en la Universidad de Columbia y fuese recuperado al fin. La Chinita es mi mujer, Eva Cargher, ¿lo sabéis?

Ramón de la Serna

Santiago de Chile, septiembre de 1953

●

Mil ciento veinte pesos. Me dormiré hacia las tres y media pensando que la China tiene malos hechos, buena cara y es la mujer más elegante y seductora. *Gute nacht!*

●

Viva la Chinita. La ilusión del saco negro es enorme. Recosidito, perfecto, tan lindo como el collar de la Cunita, con su ribete de cuerda que afirma y adorna. ¡Con qué orgullo lo llevaré por la calle Ahumada! Pensaré: ¡No es comprado! ¿Qué miráis? ¡Lo ha hecho la China! No vivo de impaciencia por verlo ya.

●

¡*A gute nacht*, Chinita de mi alma!

Lo primero, al levantarme, iré a buscar *El Mercurio*.

Como estabas tan nerviosa, no quise molestarte con la máquina. Yo estaba también un poco nerviosillo y no pude concentrarme. No importa. No he perdido el tiempo y en seguida irá el artículo. Me acosté a las tres y cuarto. No sé a qué hora me dormiré. Trabajé bien. Debes estar muy cansada.

¡Qué bien te peinas!

¿Cuándo vamos a los Portales?

●

Te dejo mil pesos por buena. Tendrás millones, tendrás lo que quieras, adorable Chinita. Una señorita alta (señorita, no señora). Vas a ponerte buenísima en seguida. Y qué bonito reloj, y qué bonita cartera y qué preciosos aretes para tu peinado extraordinario y tu divina cara oriental («Sie sehen gar nicht europäisch aus» [No pareces europea en absoluto]).

La una y media y sereno. *Gute nacht!*

●

Chinita, qué bien te peinas; los caballitos blancos quieren abandonarlo todo y venirse contigo, los pájaros y las lagartijas te adoran y obedecen. No sabes lo que sería si me dejaras este camino. ¡No lo sabes! Dejé preparado —lo más difícil— «Temor del pasado», creo que algo serio. Calculo que me dormiré hacia la una. ¡Haz de mí lo que quieras!



Que Dios te dé larga vida —humanamente— y larga salud y larga felicidad a mi lado. ¡Bendito seas, Señor de la Fe y de la Esperanza!

Y en cuanto a lucha: la lucha es eso y lo más difícil está ganado. ¡Mi China!



Eva: la China es otra cosa. Pero no te sorprenda que Eva empiece a recibir mis cartas de amor. Fue primero lo erótico y es ya lo romántico. Al revés. Llega cuando ya no eres joven en años y eres más joven que nunca hasta en el cuerpo.

Tu enamorado.

R. de la S.



22 agosto, 73 años

Para E. C., sin cuya inspiración no hubiera podido hacerse esta obra.

[Y escrito por Eva Cargher respecto a la dedicatoria anterior, que hace referencia a la última obra de teatro que escribió el autor, *La noche inclinada*.]

Esta dedicatoria la ha hecho segundos antes de morir, con letra temblorosa y la fecha equivocada, es el 10 de agosto. La he encontrado encima de su mesita. Se ha acordado de mi cumpleaños antes del último suspiro.



[Por último, un poema para Eva, el único que Ramón escribió en su vida:]

SONRISAS

*Sonríe tras la vidriera,
y yo galante sonrío...
¿Qué tiene, niña hechicera,
tu sonrisa zalamera
que me roba el albedrío?*

*Va por la calle adelante;
un ritmo son sus andares...
Cálida, leve, ondulante,
ante mí cruza radiante,
dejando aroma de azahares.*

*Tiene la color morena,
y tiene muy negro el pelo...
Y en su mirada agarena,
toda de caricias llena,
encuentro dulce consuelo...*

*En sus indianos vergeles
planté lirios de poesía,
y unos sangrientos claveles
me ofrendó en promesas fieles
su boca que sonreía...*



Se acabó de imprimir
en Madrid
el 24 de junio de 2020